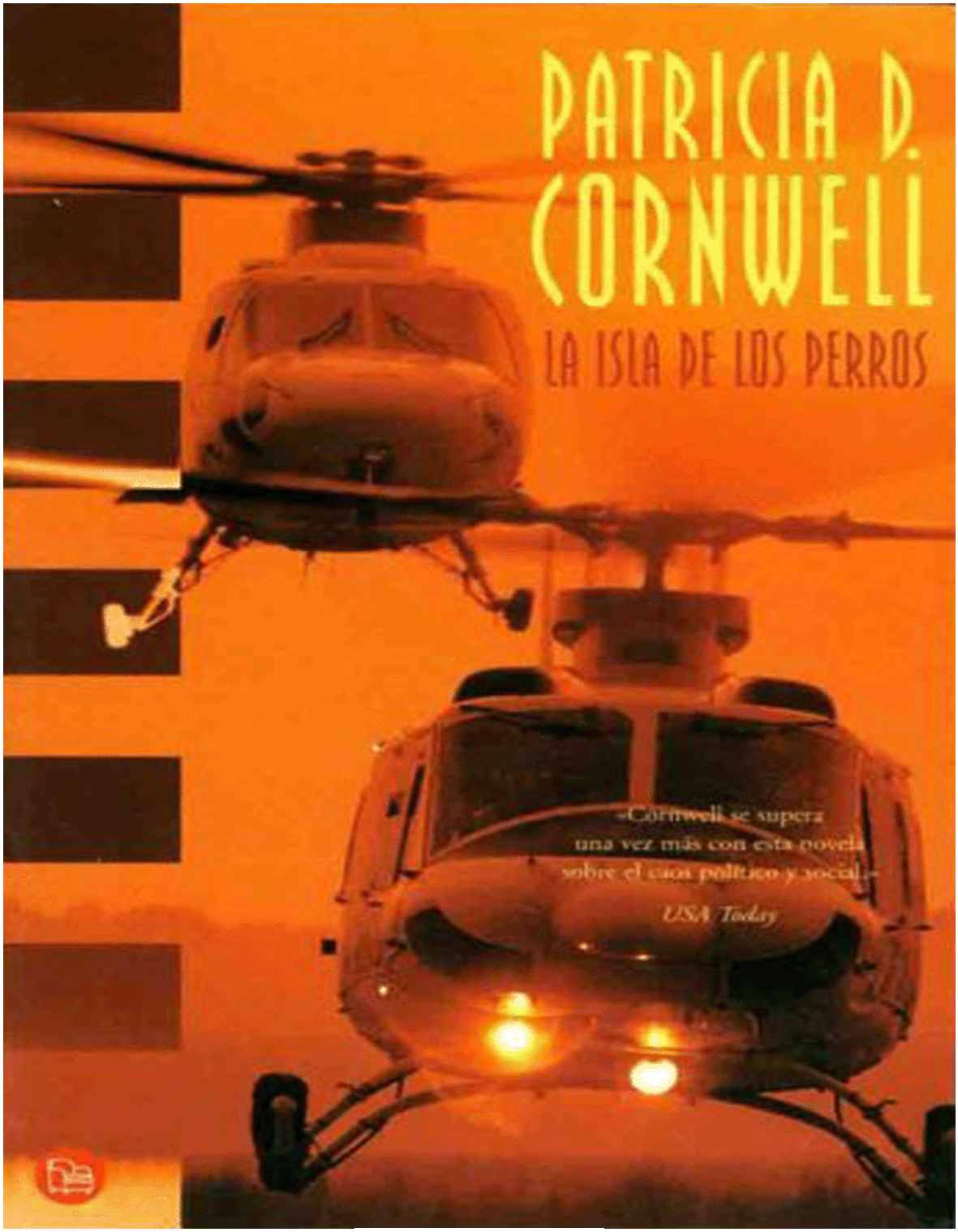
L A I S L A D E L O S P E R R O S

PATRICIA CORNWELL



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Unique First el nombre le iba como anillo al dedo, o al menos eso decía siempre su madre. Unique nació la primera y era singular. No había otra como ella y eso era una buena cosa, como decía su padre, el doctor Ulysses First, el cual nunca llegó a comprender qué malignidad genética había malogrado a su hija.

Unique era una chica menuda de dieciocho años, con una cabellera larga y brillante tan negra como el ébano, una piel traslúcida como el cristal de un vaso de leche vacío y unos labios carnosos y rosados. La chica estaba convencida de que sus ojos azul pálido podían hipnotizar a cualquiera y que con algo tan simple como lanzar una mirada a alguien era capaz de doblegar la mente de esa persona para hacerla encajar en su Objetivo. Unique podía acosar a alguien durante semanas, creando una expectación insoportable hasta el último acto, que era una liberación demencial y necesaria, seguida por lo general de un agujero negro.

—Eh, despierta, el coche me ha dejado tirada. —Llamó a la ventanilla del Peterbilt de dieciocho ruedas que estaba aparcado en solitario en el mercado agrícola, en un extremo del centro de Richmond—.¿No tendrías un teléfono?

Eran las cuatro de la madrugada, la noche estaba oscura como boca de lobo y el aparcamiento no tenía buena iluminación. Aunque Moses Custer sabía bien que andar por ahí a esas horas no era seguro, había hecho caso omiso de su sentido común después de pelearse con su mujer y salir echando chispas al volante de su camión, en el que pensaba pasar la noche, solo y desaparecido en combate, junto a los puestos de verdura. Eso le serviría de lección a su mujer, pensaba siempre que la rutina conyugal se ponía desagradable. Como los golpes en el cristal continuaban, abrió la puerta de la cabina.

Jesús, ¿qué hace una cosita tan dulce como tú sola por aquí a estas horas? —preguntó, confundido y borracho, mientras contemplaba aquel rostro cremoso y delicado que le sonreía como un ángel.

Estás a punto de tener una experiencia única.—Unique siempre decía lo mismo antes de lanzarse sobre su Objetivo.

—Qué quieres decir? preguntó Moses, pasmado—. ¿De qué experiencia única hablas?

La respuesta llegó en forma de una legión de demonios que patearon y golpearon a Moses, arrancándole el cabello y la ropa. Una erupción de explosiones y obscenidades salió del infierno y el fuego le abrasó los músculos y los huesos mientras fuerzas salvajes lo sacudían y desgarraban hasta darlo por muerto y ponían en marcha el camión. Moses flotó un rato encima de su yo muerto y contempló el cuerpo lacerado y exánime sobre el asfalto. Azotado por la lluvia, perdía sangre por la parte posterior de la cabeza; se le había caído una bota y mantenía el brazo izquierdo en un ángulo imposible. Cuando miró su cuerpo, una parte de Moses cedió y se entregó a la eternidad, mientras que otra parte se arrepentía de su vida, lamentándose.

—Tengo la cabeza destrozada —gimió y empezó a sollozar al tiempo que todo se volvía negro—. ¡Oh, mi cabeza está destrozada! ¡Señor, no estoy preparado, todavía no ha llegado mi hora!

La oscuridad total se disolvió en un espacio flotante desde el cual Moses observó las luces intermitentes de las ambulancias y los bomberos, al personal sanitario y a la policía ataviada con impermeables amarillos y una

banda reflectante que brillaba como un fuego blanco. Las llamaradas siseaban en el asfalto mojado bajo una intensa lluvia y las voces sonaban fuertes, excitadas e incomprensibles. Parecía que la gente le chillaba, lo cual atemorizó a Moses y lo hizo sentirse pequeño y avergonzado. Intentó abrir los ojos, pero era como si se los hubiesen cosido.

—¿Qué ha sido del ángel? —murmuró una y otra vez—. Dijo que el coche la había dejado tirada.

El coche de Unique funcionaba a la perfección y la chica dio vueltas por el centro durante un par de horas, escuchando las noticias que emitía la radio sobre el robo con violencia en el mercado agrícola y las sospechas de que lo había cometido la misma banda de piratas de las autopistas que llevaba meses aterrorizando Virginia. Pero esta vez Unique disfrutó de las noticias posteriores a la acción un poco menos de lo habitual. Habría jurado que el viejo conductor negro estaba muerto, y le irritaba el hecho de que sus cómplices mostraran tal prisa en escapar que le impidieran una completa liberación. Si por ella hubiera sido, habría terminado lo que empezó, asegurándose de que el chófer jamás volvería a hablar.

No le preocupaba, sin embargo, que la poli se fijara en ella mientras circulaba con el Miata blanco a aquella hora intempestiva. Una parte de ser Unique consistía en no parecer lo que era; una parte de ser Unique consistía en no parecer en absoluto que había hecho lo que hizo. Estaba tan segura de su naturaleza invencible que se detuvo en el Fred Mini Mart, donde había un coche de policía aparcado.

Unique reconocía un coche sin distintivos a una manzana de distancia y se coló en el interior de la tienda mirando al joven rubio y guapo que pagaba una botella de leche en la caja. Vestía camisa de franela y vaqueros, y Unique lo estudió para ver si iba armado. Descubrió un bulto a la altura de la cadera.

—Gracias, Fred —dijo el rubio policía de paisano al cajero.

—De nada, Andy. Te he echado de menos. Este último año, es como si te hubieras largado del mundo.

—Bueno, pues ya he regresado dijo Andy al tiempo que se guardaba el cambio en el bolsillo. Ve con cuidado, una banda muy peligrosa ronda por ahí. Acaban de asaltar a otro camionero.

—Sí, vaya mierda. Lo he oído en la radio. ¿Le han hecho mucho daño? Supongo que has estado en la escena del crimen.

—No, tengo el día libre. Me he enterado de la misma manera que tú —respondió Andy con un amago de decepción.

—Bueno, yo estoy de acuerdo con lo que dice la prensa de que es un crimen racista —comentó Fred —.Por lo que he oído, el líder es un blanco y hasta ahora todas las víctimas son de raza negra, salvo esa mujer camionera de hace un par de meses. Pero pienso que ella también pertenecía a una minoría, ya sabes a qué me refiero. No es que me gusten demasiado las tortilleras, pero lo que le hicieron fue realmente horrible. Según leí en algún sitio, le habían metido un palo en…

—¡Oh…! —exclamó Fred, sobresaltado, al ver a Unique que, como salida de la nada, dejaba un paquete de seis cervezas Michelob en el mostrador. —Has entrado de forma tan silenciosa, bonita, que pensé que no había nadie más en la tienda.

—Quiero un paquete de Marlboro, por favor —dijo Unique con una dulce sonrisa y una voz débil y delicada.

Era muy guapa e iba pulcramente vestida de negro, aunque llevaba las botas manchadas, como si la hubiera sorprendido la lluvia. Cuando volvió a su Caprice sin distintivos, Andy vio el Miata blanco en el aparcamiento; apenas había tenido tiempo de poner el motor en marcha cuando la chica encantadora y tierna de extraños ojos montó en su coche y lo siguió por todo el centro hasta Fan District. Andy redujo la velocidad con objeto de distinguir la placa de la matrícula, y entonces Unique se desvió por Strawberry Street. El joven experimentó una rara sensación imposible de definir y, una vez en su casa, mientras se preparaba un tazón de cereales tuvo la extraña impresión de que le observaban.

Unique sabía cómo acechar a cualquiera, incluso a la policía, y se quedó al otro lado de la calle, entre las densas sombras de los árboles. Observó la silueta de Andy, que se desplazaba de un cuarto a otro mientras engullía algo de un tazón; varias veces abrió las cortinas y miró hacia la calle. Ella lo contempló e imaginó el poder que tenía sobre la mente de aquel hombre. Le pareció que él se sentía incómodo y que había captadoa; Unique llevaba mucho tiempo en la brecha y podía seguir el rastro de su posesión más reciente hasta Dachau, Alemania, donde había sido sometida por un nazi. Mucho antes de eso —lo había adivinado en las cartas de tarot—, ella fue el Adversario y tenía ojos por todo el cuerpo.

Andy abrió las cortinas de nuevo y para entonces ya estaba tan nervioso que se movía por la casa con la pistola en la mano. Una vez estaba de mal humor porque le molestaba mucho que se hubiera producido un caso grave, como el de Moses Custer, y no lo incluyeran en la investigación. Le deprimía y le frustraba oír por la radio que un camionero había sido pateado y apaleado hasta darlo por muerto y no haber podido ver las cosas con sus propios ojos y sacar sus propias conclusiones. 0 tal vez

se hallaba de mal talante sólo porque no había dormido en toda la noche y estaba excitado y asustado por lo que le aguardaba.

Andy Brazil llevaba un año entero esperando aquel día. Después de interminables horas de duro trabajo, por fin iba a lanzar el primer capítulo de una serie especial de ensayos que al cabo de unas horas colgaría en un sitio de Internet al que puso el nombre de «Agente Verdad». El proyecto era ambicioso e inverosímil, pero cuando abordó a su jefa en el formidable despacho que ésta ocupaba en el departamento de policía de Virginia, se mostró absolutamente decidido.

—Escúchame antes de decir que no —le había espetado Andy mientras cerraba la puerta. Y tienes que jurarme que no hablarás con nadie de lo que estoy a punto de proponerte.

La superintendente Hammer se levantó de su silla y permaneció callada unos instantes, como una imagen publicitaria del poder, allí de pie, con las manos en los bolsillos, ante las banderas de Virginia y de Estados Unidos. Era una mujer impresionante de cincuenta y cinco años de edad, con unos ojos penetrantes que podían atravesar una coraza o enardecer a una multitud, y solía vestir elegantes trajes de chaqueta que no ocultaban una silueta que Andy debía contenerse para no mirar abiertamente.

—Muy bien —había respondido Hammer, deambulando por el despacho

como era habitual en ella mientras reflexionaba sobre lo que el joven pretendía hacer—. Mi primera reacción es que no, rotundamente no. Creo que sería un gran error interrumpir tan pronto tu carrera como agente de la ley. Y te recordaré, Andy, que en Charlotte sólo fuiste policía un año, luego otro año aquí, en Richmond, y que sólo llevas seis meses escasos como agente estatal.

Y durante ese tiempo he escrito cientos de columnas sobre crímenes para los periódicos de la zona le recordó él—. Esta es mi contribución más importante, ¿no? ¿Y acaso no ha sido tu principal propósito el utilizarme para informar a la gente de lo que ocurre y de lo que hace la policía o, en algunos casos, de lo que no hace? La cuestión siempre ha sido informar a la gente, y ahora quiero hacerlo de una manera más amplia para un público más amplio.

La trayectoria profesional de Andy era insólita y siempre lo había sido. Se había dedicado al periodismo justo después de acabar los estudios superiores y había ingresado en la policía como voluntario, acompañando a los agentes y escribiendo artículos para el periódico de la ciudad como testigo presencial. Así lo había hecho en Charlotte, Carolina del Norte, donde Hammer por aquel entonces era jefa. Al cabo de un tiempo, Hammer lo había contratado como agente de pleno derecho que colaboraba en el cumplimiento de la ley, y seguía escribiendo sus columnas de sucesos y artículos de opinión. Hammer le había brindado esa oportunidad sin precedentes porque ella también se encontraba en una posición insólita, ya que el Instituto Nacional de Justicia le había otorgado una autorización para hacerse cargo de departamentos de policía con problemas y solucionarlos. Hammer siempre había sido inclasificable y se había convertido en la tutora de Andy, manteniéndolo a su lado a medida que ella ascendía en su carrera. Sin embargo, ese día, sentado en la oficina de su jefa y mientras contemplaba las idas y venidas de ésta por la habitación, Andy comprendió que su plan no era bien recibido.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí —dijo él—. Esto no significa que te dé la espalda y desaparezca.

—No me preocupa que desaparezcas; no se trata de eso —replicó Hammer de una forma que le hizo sentir que, si desaparecía durante meses, ella no lo echaría de menos en absoluto.

No perderás el tiempo si me escuchas, superintendente Hammer —le prometió. Ha llegado un momento en que tengo algo más que contar que quién ha robado a quién o cuántos conductores imprudentes hemos detenido o cuál es la última ola de crímenes. Quiero situar la conducta criminal en el contexto de la naturaleza y la historia humanas, y creo que es importante porque la gente cada vez es peor. ¿Podrías conseguirme una beca o algo con lo que pagar mis facturas mientras investigo, escribo y asisto a clases de vuelo...?

—¿Quién ha hablado de lecciones de vuelo? —interrumpió ella.

—La unidad de aviación tiene instructores y pienso que te resultaría mucho más útil si tuviera la licencia de piloto de helicópteros —explicó Andy.

Hammer dejó que se saliera con la suya, tal vez porque advertía que él se marcharía de todos modos. Podía abrir una página web como proyecto especial y clasificado, le dijo, y seguir trabajando para ella, pero a condición de mantenerse en el anonimato; el gobernador, Bedford Crimm IV, que era

un viejo aristócrata imposible, autócrata y obstinado, no permitiría que Hammer divulgara información al público sin su consentimiento. En definitiva, dijo Hammer, lo que Andy escribiera no podía estar directamente relacionado con la policía del estado de Virginia, aunque a la vez debía dar una imagen favorable de ésta y estimular al público a apoyarla. Añadió que Andy tendría que estar a su disposición para cualquier emergencia y que, si quería aprender a volar, debería combinarse él mismo los horarios.

—¿Tendré un presupuesto para viajes? preguntó él, forzando su suerte.

—¿Para qué? —preguntó Hammer—. ¿Dónde vas a ir?

—Necesitaré fondos para la investigación arqueológica e histórica.

—Pensaba que habías dicho que ibas a escribir sobre el crimen y la naturaleza humana. —Hammer empezaba a resistirse de nuevo al proyecto. ¿Qué quieres? ¿Pilotar helicópteros e ir de un lado a otro?

—Si voy a escribir sobre qué va mal ahora en los Estados Unidos, necesito demostrar qué fue mal en sus orígenes explicó. Además, necesitas más pilotos. En los últimos tres meses se te han despedido dos.

Andy se sentó ante la mesa del comedor, que se había convertido en una oficina irremediablemente caótica, tecleó su contraseña y abrió un archivo. Tras doce meses de ardua investigación y redacción de los artículos, y después de las lecciones de vuelo tanto teóricas como prácticas, tenía unas ganas locas de salir en busca de transgresores de la ley e investigar crímenes violentos por tierra y aire. Deseaba que la gente leyera lo que tenía que decir y, a menudo, fantaseaba con la idea de que iba en coche o en avión junto con otros policías, o de que estaba en la escena del crimen, y escuchaba a escondidas lo que la gente comentaba que había leído en la página web del Agente Verdad. Nadie sabría que el Agente Verdad se encontraba allí, entre ellos, y que incluso recogía más información a partir de sus comentarios. Sólo Hammer sabía quién era realmente el Agente Verdad, y Andy y ella habían protegido su identidad de una manera muy meticulosa.

Cuando, por ejemplo, se dedicó a la investigación arqueológica y viajó a Inglaterra y Argentina en busca de datos, no dijo en ningún momento que era un periodista-policía realizando un trabajo de campo. Era tan sólo un hombre de veintiocho años que, como graduado, investigaba la historia, la criminología y la antropología.

Fue el primer trabajo clandestino que Andy tuvo en su vida, y todavía le asombraba que nadie se hubiera dedicado a investigar si de veras estaba en un programa universitario para graduados o si era en realidad quien decía ser.

Aunque Andy no fuera de esos que se miran en el espejo para saber cómo le veían los demás, sabía que tenía muchas cualidades que jugaban en su favor. Era alto y poseía unos músculos bien esculpidos, y sus rasgos eran tan perfectos y refinados que, de pequeño, le habían tomado el pelo llamándole «bonito». Tenía el cabello de color rubio claro y sus ojos azules cambiaban de tono con sus pensamientos y estados de ánimo, de la misma manera que la luz del cielo varía con el paso de las nubes. A veces se mostraba violento, otras pacífico y otras excepcionalmente intenso. Su intelecto era rápido y fácil y sus palabras brillaban como la plata y eran tan

duras como ese metal, cuando era necesario.

A Andy nunca le había resultado difícil obtener lo que quería pues, por regla general, la gente se sentía atraída hacia él o, al menos, advertía que era una presencia que no podía pasarse por alto. También trabajaba duro para compensar el vacío que experimentara en sus primeros años de vida. Su padre había muerto asesinado cuando él todavía era un niño, dejándolo con una madre alcohólica que nunca reconoció que su hijo era especial y sincero, sino que lo exilió a un reino solitario de preocupaciones y fantasías implacables.

De no haber crecido en tal ambiente, no habría soportado el aislamiento necesario para explorar y escribir lo que el público estaba a punto de leer. Pero llegado ese momento, se sentía tan inquieto y pesimista como la mañana que discurría tras su ventana. Unas densas nubes flotaban sobre la ciudad. Cuando un relámpago rasgó el gris amanecer, se le ocurrió que sería un presagio terrible que se produjera un apagón y el ordenador se estropeara. El timbre del teléfono lo sacó de aquellas preocupaciones.

—Al menos estás despierto —dijo Hammer sin desearle siquiera los buenos días—. He...

—Pensaba que me llamarías cuando tuvieras una emergencia —le interrumpió él—. Me habría gustado que me informaras de lo del camionero del mercado de verduras.

—No te necesitaba —dijo ella.

—¿El mismo modus operandi? ¿Lo rajaron?

—Me temo que sí. Varios cortes en el cuello al parecer con una cuchilla, pero ninguno mortal —respondió Hammer—. Por lo visto, los asaltantes huyeron apresuradamente y el hombre se recuperó el tiempo suficiente para llamar al nueve, uno, uno. La razón por la que te llamo es para decirte que estoy esperando, Agente Verdad —le hizo saber ella—. Creía que habías dicho que inaugurarías la página web a las seis y media. De eso hace cinco minutos.

Esa fue su manera de desearle buena suerte.

UNA BREVE EXPLICACIÓN por el Agente Verdad

La rica historia de los orígenes de Estados Unidos se basa, sobre todo, en las observaciones de testigos presenciales que aparecen narradas en cartas, aventuras auténticas, testimonios, mapas y libros publicados a principios del siglo xvii. Casi todos esos relatos originales se han perdido para siempre o se conservan en el silencio de las colecciones privadas. Por desgracia, otra documentación histórica que se guardaba en Richmond fue quemada durante la guerra de Secesión para que los nordistas re-escribieran los hechos y convenciesen a los estudiantes de todo el mundo de que nuestro país tuvo su origen en Plymouth, lo cual es mentira.

Esta y otras falsedades no deben sorprendernos. Buena parte de lo que consideramos hechos no es más que propaganda o reflexiones bienintencionadas acerca de cómo perciben a las personas y los acontecimientos los que tienen una mala visión o son tendenciosos. Las historias se transmiten de boca a oreja, de un noticiario a otro, de correo electrónico a correo electrónico, de los políticos a nosotros, de los testigos a los jurados, y a la larga se consigue que se den por ciertas muchas cosas

Librodot

que, en realidad, están muy distorsionadas, cuando no son manifiestamente falsas. Por ello, en este inicio de mis conversaciones con usted, lector, voy a basarme sólo en mis experiencias e investigaciones primarias y me centraré en la ciencia y en la medicina, que no tienen imaginación ni personalidad ni bandera política ni motivos de resentimiento.

Al ADN, por ejemplo, no le importa si has hecho algo; al ADN poco le importa si no lo has hecho. El ADN sabe perfectamente quién eres, quiénes son tus padres y quienes tus hijos, pero carece de opinión y no le interesa intimar contigo ni obtener tus votos. El ADN sabe que fuiste tú quien dejaste fluidos seminales en una persona, pero no juzgará cómo lo hiciste o por qué ni tampoco actuará como un voyeur. Por ello, me siento mas inclinado a creer al ADN que al acusado que declara ante el juez, y es una lástima que el ADN ande tan ocupado en resolver crímenes y disputas de paternidad que no pueda reconstruir la historia de Estados Unidos. Si el ADN tuviera tiempo, sospecho que descubriríamos que casi todo lo que creemos acerca del pasado está contaminado, de una manera sorprendente, tal vez.

Como el ADN no puede servirnos de narrador en esta serie de ensayos, haré todo lo que esté en mis manos para contar lo que he descubierto sobre los orígenes de la América anglosajona, con la esperanza de que sirva como metáfora de qué somos y en qué se ha convertido nuestra sociedad.

La historia empieza con un giro de los acontecimientos pequeño pero significativo en el puerto de Londres, el 20 de diciembre ele 1606, cuando treinta y seis marineros y ciento ocho colonos se despidieron tristemente de su tierra y, sin lugar a dudas, buscaron consuelo en las tabernas de la isla de los Perros, o «Isle of Dogges», como se leía en un mapa de Londres fechado en 1610.

Los colonos y los marineros que tripularían las naves hasta Virginia descendieron las escaleras de Blackwall hasta los muelles, donde aquellos aventureros, que querían más de la vida, oro y plata incluidos, embarcaron en el Susan Constant, el Godspeed y el Discovery y empezaron su viaje histórico al Nuevo Continente quedando encallados durante seis semanas en la desembocadura del Támesis. En las crónicas, la razón del retraso se atribuye a la falta de viento o a que éste soplaba en dirección desfavorable.

No sabemos si alguno de aquellos colonos encallados miró atrás, hacia las tabernas, y cambió de opinión, pero las matemáticas nos indican que nadie abandonó el barco. Durante la travesía, un colono murió en el Caribe, posiblemente de un golpe de calor, y el 14 de mayo de 1607, cuando los tres barcos atracaron en la isla de Jamestown, en la orilla norte del río James, Virginia, desembarcaron ciento siete colonos. Al poco, tres colonos murieron a manos de los indios y en julio los barcos regresaron a Inglaterra en busca de suministros, abandonando a su suerte a los ciento cuatro colonos.

Mientras el capitán Newport y los marineros hacían un interminable viaje a Inglaterra, el número de colonos empezó a menguar deprisa y de forma alarmante. Sospecho que, una vez en Londres, los marinos se recuperaron en las tabernas de la isla de los Perros y en la casa de sir Walter Raleigh mientras los colonos esperaban los suministros e intentaban establecer relaciones amistosas con los indios —o «naturales», como los colonos llamaban a los nativos norteamericanos—, ofreciéndoles un poco de cobre y cambiándoles otras baratijas por tabaco y comida.

Hasta ahora nadie ha podido ofrecerme una explicación definitiva de por qué los colonos y los nativos mantenían una relación tan incoherente, pero

Librodot

sospecho que la respuesta se encuentra en la propia naturaleza humana, que inspira a las personas a oprimir a sus semejantes y a ser irritables, intolerantes, egoístas, codiciosas, mentirosas y a apalear a gente inocente y robar camiones. Tampoco nadie ha podido decirme por qué la isla de los Perros se llamaba de ese modo, y lo único que me queda es especular sobre lo obvio: cabe la posibilidad de que el nombre se refiera a los lobos o «perros» de mar, ya que es sabido que muchos marineros y piratas frecuentaban las tabernas mientras descansaban de su viaje o esperaban embarcar para el siguiente.

Pronto volveré con más detalle sobre los piratas, ya que eran una poderosa presencia mientras América daba sus primeros pasos y hoy, todavía, son un problema en las autopistas o en alta mar, aunque los medios de transporte, el equipamiento y las armas que emplean han evolucionado de manera espectacular con el paso de los siglos. Lamento decir, sin embargo, que los piratas actuales tienen la misma personalidad y el mismo modus operandi que los de antaño: siguen cortando cuellos sin piedad y su lema es: «Hombre muerto no habla», con lo cual justifican su apropiación de barcos y remolques de tractores y el asesinato de todos los que lo presencian. Y que los naturales de Virginia no supongan que su historia no está alterada por trastornos de carácter tan despreciables; permítanme que les recuerde que, antaño, la bahía de Chesapeake se encontraba llena de piratas y que éstos frecuentaban la isla Tángier, donde comerciaban libremente y que, según cuenta la leyenda, hasta el mismísimo Barbanegra visitó.

A medida que empiece a compartir verdades con usted, lector, espero que reflexione sobre su propia vida y que intente por todos los medios anteponer al menos una persona a sus deseos y necesidades. De igual modo que los objetos reflejados en un espejo se hallan más cerca de lo que parece, el pasado cabalga en nuestro parachoques por las autopistas de la vida y puede, incluso, estar dentro del coche junto a nosotros... Somos quienes fuimos y, cuanto más cambian las cosas, menos lo hacen si no empezamos por nuestro propio corazón.

¡*Tengan cuidado ahí afuera!*

2

El gobernador Bedford Crimen IV no supo nada de la página web del Agente Verdad hasta que Major Trader, su secretario de prensa, acudió a verlo a la una de la tarde y depositó la «Breve explicación» sobre el escritorio antiguo de madera nudosa.

—Está al corriente de esto, gobernador? —preguntó Trader.

El gobernador Grimm cogió la copia impresa de ordenador y le echó un vistazo, ceñudo.

—Qué es, exactamente?

—Buena pregunta —respondió Trader, sombrío. Todos sabíamos que esto estaba al caer, pero no ha habido manera de confirmarlo o de prever su efecto porque Agente Verdad es un nombre falso. Y parece que no hay modo de rastrear a ese agente renegado en Internet.

Ya veo —asintió el gobernador mientras buscaba a tientas un par de palabras adecuadas. ¿Debo suponer que es uno de los nuestros? ¡Oh! —añadió, sorprendido agradablemente cuando Trader le ofreció una galleta de

chocolate sobre una bandejita de cerámica de Wedge-wood—. Vaya, gracias.

—Recién hecha esta mañana con el mejor chocolate belga. Me temo que yo he comido demasiadas.

—Su esposa es una cocinera excelente, desde luego —dijo el gobernador al tiempo que engullía media galleta en dos bocados . Apuesto a que no emplea levadura. ¿O ya hemos hablado de esto?

Incapaz de resistirse al chocolate, devoró el resto de la galleta.

—Sí de pe a pa.

Una frase que siempre me ha parecido extraña —reflexionó el gobernador al tiempo que se limpiaba los dedos con un pañuelo—. ¿Qué es eso de «de pe a pa»?

—Es una locución popular que tiene que ver con…

—Tsst, tsst… El gobernador soltó su habitual siseo, que significaba que no buscaba una respuesta a la cuestión, sino simplemente expresar su curiosidad—. Adelante con los asuntos —añadió, impaciente.

—Sí —dijo Trader—. El Agente Verdad. No hay nadie que se apellide Verdad en ningún cuerpo de policía del Estado, y nadie tiene la menor idea de quién pueda ser. Pero antes de la publicación de este primer artículo —señaló las hojas impresas— ha habido numerosos anuncios de la página web y de la fecha en que se lanzaría. Sea quien sea ese individuo, conoce Internet lo bastante como para asegurarse de que sus campañas de publicidad lleguen a todos los rincones.

El gobernador Crimm cogió su lupa inglesa con mango de marfil, del siglo xvi. A través de ella, descifró el escrito en la medida suficiente para sentirse interesado y también algo ofendido.

—Hace tiempo que ha quedado claro que ese tal Agente Verdad reside en Virginia o que, por lo menos quiere apuntar a Virginia —continuó Trader con indignación mientras el gobernador leía despacio—Tengo un archivo de lo que ha colgado en varios tableros de anuncios y de los correos electrónicos que ha enviado masivamente. Al parecer tiene acceso a todas las direcciones electrónicas gubernamentales de los estados del Este, lo cual me lleva a pensar que trabaja desde dentro y que es un renegado y un liante.

Pues a mí me gustaría saber qué tiene que decir respecto al hecho de que los Estados Unidos empezaron en Jamestown y no en Plymouth —replicó Crimm, cuya familia vivía en Virginia desde la guerra de Independencia—. Ya estoy harto de que otros estados se lleven la fama por algo que hicimos nosotros. Sin embargo, no me gusta su insinuación de que la historia no es de fiar. Eso va a levantar muchas ampollas, ¿no? ¿Y a qué viene lo de los piratas? —Fijó la lupa sobre el nombre de Barbanegra.

—Muy inquietante. Estoy seguro de que habrá oído las noticias esta mañana, gobernador…

—Claro, claro —respondió Crimm en tono distraído—. ¿Tiene más información al respecto?

—La víctima, Moses Custer, fue molida a golpes; no recordaba gran cosa y sólo hablaba de una experiencia única con un ángel al que se le había estropeado el coche. Pero después de nuevos interrogatorios de la policía estatal ha vuelto a sus cabales y parece que recuerda a un joven blanco con trenzas que soltó procacidades al abrir el remolque del Peterbilt y descubrir miles de calabazas, que el chico y su banda tuvieron que descargar, deprisa y en secreto, al río James. El tal Custer presentaba el mismo tipo de cortes extraños que algunas de las otras víctimas.

—Tenía la impresión de que estábamos haciendo todo lo posible para frenar ese asunto de los piratas —creyó recordar el gobernador . ¿No le ordené a la superintendente Hammer que no hiciera declaraciones a la prensa sin nuestra autorización previa?

—Desde luego que sí. Y, de momento, aún podemos seguir ocultando a la prensa los detalles más sensacionalistas.

—No supondrá usted que el Agente Verdad se propone seguir hablando por Internet de nuestros problemas con los piratas, ¿verdad?

—Pues sí, señor —respondió Trader como si lo diera por hecho—. Podemos estar seguros de que esa página web va a abrir la caja de los truenos porque, según todos los indicios, esto es un trabajo desde dentro y me temo que, si las cosas van a peor, se exija responsabilidades a su Administración.

—Quizá tenga razón. Siempre me echan la culpa de casi todo...—confesó el gobernador al tiempo que le rugía el vientre y los intestinos se lanzaban a una actividad febril, como gusanos expuestos de repente a la luz del día.

El estómago de Crimm ya no era el de antes, y muy a menudo le hacía sentirse fatal. La noche anterior había tenido que soportar una cena de gala, una más, en la mansión oficial. Y, dado que recibía a algunos de sus principales patrocinadores financieros, el anfitrión había decidido que era importante servir comida y bebida de Virginia. Como de costumbre, tomaron jamón de Smithfield, manzanas asadas de Winchester, galletas elaboradas según una receta de antes de la guerra y caldos de los viñedos virginianos.

Grimm, sencillamente, ya no podía digerir nada de todo aquello, en especial las manzanas, y había pasado la mayor parte de la mañana buscando el retrete más discreto y seguro del Capitolio hasta que, al fin, renunció a más reuniones de gabinete para refugiarse en su despacho, que tenía paredes gruesas y disponía de cuarto de baño privado que podía utilizar sin agentes de la Unidad de Protección Ejecutiva apostados delante de la puerta. Por si todo eso fuera poco, el vino le había provocado sinusitis.

—Es absurdo que tenga que servir, y mucho menos beber, esos vinos peleones se quejó con amargura mientras deslizaba la lupa sobre el escrito.

—Disculpe, ¿qué vinos? —inquirió Trader, perplejo.

—Oh!, supongo que no estuvo aquí anoche. —Crimm suspiró—. Deberíamos servir vinos franceses.

Piense en cuanto le gustaban a Thomas Jefferson los caldos franceses y todo lo francés. ¿Por qué, pues, ha de ser tan escandalosa quiebra de las tradiciones el servirlos en la mansión?

—Ya sabe cómo le gusta a la gente criticar —le recordó Trader—. Coincido totalmente con usted en que los vinos franceses son mucho mejores y usted se los merece. Pero seguro que alguien mencionará el detalle y, sin duda, sería comentado en todas partes y perjudicaría su reputación. Esto nos lleva otra vez al Agente Verdad. Ese artículo es sólo el principio. Tenemos un cañón suelto en las manos y deberíamos parar de algún modo a quienquiera que sea o, por lo menos, tener algo que decir al respecto.

Al gobernador le sobró la referencia al cañón, también, y continuó descifrando palabras sin apenas hacer caso del secretario de prensa, que era un entrometido irritante. Crimm no estaba seguro de por qué había contratado a Major Trader, o de si lo había hecho alguna vez. En cualquier caso, Trader no era plato del gusto de Crimm; al menos, ya no, suponiendo

que alguna vez lo hubiera sido. El secretario de prensa era un gordo desaliñado mucho más interesado en comilonas, grandes historias y baladronadas que en mostrarse sincero en cualquier tema. Lo único bueno de que a Crimm le fallara la vista era que ya no distinguía bien a gente como Trader, aunque se hallara en una sala rodeado de tipos así. Y agradecía a Dios aquel favor, porque la visión de Trader con sus mofletes, sus trajes desastrados y sus mechones largos y grasientos aplastados sobre la calva, resultaba cada día más ofensiva.

«...objetos reflejados en un espejo se hallan más cerca de lo que parece —leyó despacio el gobernador, en voz alta, concentrado en la lupa—, el pasado cabalga en nuestro parachoques por las autopistas de la vida y puede, incluso, estar dentro del coche junto a nosotros...»

—Levantó la vista y observó a Trader con un ojo enorme : Hum, esto es interesante.

—No tengo ni idea de qué significa, si es que significa algo. A Trader le irritaba que el gobernador pensara por su cuenta algo distinto de lo que él, su secretario de prensa, le recomendaba.

—Es una especie de acertijo —prosiguió el gobernador, intrigado, mientras movía la lupa sobre el artículo como si estuviera leyendo un tablero de ouija—. ¿Recuerda a Enigma, de Batman? ¿Recuerda que enviaba aquellos acertijos respecto a dónde, cuando y cómo iba a dar su siguiente golpe, y que Batman y Robin tenían que descifrarlos para intervenir? Este Agente Verdad nos proporciona una clave de algo, de lo que se propone hacer a continuación, o quizá, de lo que yo mismo debería hacer; algo relacionado con «las autopistas de la vida».

—Hablando de eso... —Trader aprovechó la oportunidad para cambiar de tema y exponer un asunto que sí podía controlar—. La velocidad excesiva continúa siendo un grave problema, gobernador, y se me ocurre que, si insistimos sobre el control de la velocidad de los vehículos, conseguiremos desviar la atención de la opinión pública del asunto de los piratas.

La velocidad excesiva en «las autopistas de la vida». Quizá sea eso a lo que se refiere ese tipo. Sí, quizá sea éste el acertijo —asintió el gobernador, fascinado con sus propias deducciones—. Pero no sabía que el problema hubiera empeorado...

Eso no había ocurrido, pero Trader quería desviar la atención del gobernador de cualquier acertijo. Crimm era famoso por sus declaraciones inadecuadas y necias sobre cualquier tema que despertara su curiosidad o interés, y en absoluto convenía dar la impresión de que un acertijo o el mismísimo Enigma influenciaba sus decisiones ejecutivas.

—Los ciudadanos se quejan de tener que saltarse la limitación de velocidad incluso en el carril de tráfico lento, a causa de los conductores agresivos que se pegan a sus parachoques y les hacen ráfagas con las luces —improvisó Trader sobre la marcha—. Y no podemos colocar agentes con radares cada par de kilómetros. Además, cada vez hay más incidentes de tráfico por culpa de esos indisciplinados que quieren ir a ciento cuarenta por hora y no les importa cómo adelantan.

—La gente no está lo bastante acojonada, ése es el problema. El gobernador apenas prestaba atención, concentrado en descifrar lo que decía el Agente Verdad respecto al ADN—. ¿Sabe una cosa, Trader? El tipo tiene razón en lo de fiarse de la tecnología y no de los seres humanos. Quizá podamos idear una manera de hacer creer al público que tenemos una

nueva tecnología avanzada que lo descubrirá incluso sin la presencia de un agente sobre el terreno.

De repente el gobernador empezó a creer con una fe casi religiosa en que era aquello lo que insinuaba el Agente Verdad. Ya era hora de imponer tal creencia al público, metiéndole miedo. Los detectives y los fiscales ya lo hacían cada día al amenazar a los sospechosos con la prueba de ADN, aunque no se dispusiera de tal ADN o el análisis del mismo fuera irrelevante. ¿Por qué, pues, no podía empezar él también a atemorizar a la gente? Ya estaba cansado de ser amable. ¿De qué le servía, en definitiva?

—Tenemos todos esos helicópteros nuevos —comentó a su secretario de prensa. Acojonemos a la gente con ellos.

—¿Qué? —¿Quiere usar helicópteros para localizar conductores imprudentes y multarlos? —A Trader no le gustó nada la idea, sobre todo porque no se le había ocurrido a él.

No, no. Pero no veo ninguna razón para no destinarlos a comprobar la velocidad desde el aire; podemos simular que llevan ordenadores sofisticados que la miden y que trasmiten los datos a los agentes que se encuentran en tierra con el fin de que éstos persigan a los infractores. —El gobernador notó que le venía otro retortijón de vientre; era como si las tripas tuvieran la urgencia de ir a alguna parte. Lo único que tenemos que hacer es colocar rótulos de advertencia en las carreteras; así haremos que el público se lo trague y tema ser detenido aunque no haya helicópteros ni agentes en veinte kilómetros a la redonda.

—Ya entiendo. Un farol.

El gobernador tenía prisa por acabar la conversación:

—Por supuesto. Póngase a trabajar en esto de inmediato. Vuelva con la propuesta y emitiremos un comunicado de prensa antes de que acabe el día.

—Usar la aviación para pillar a los conductores no es buena idea le advirtió Trader—. Una cosa así afectará a su valoración en las encuestas y creará una situación explosiva.

Para situación explosiva, la que se estaba gestando en sus intestinos, pensó Crimm al tiempo que saltaba de su sillón de cuero y ordenaba a Trader que saliera. Momentos después, sentado tras la puerta cerrada con el ventilador conectado, se preguntó quién era en realidad el Agente Verdad y si habría alguna manera de influir en lo que publicaba en Internet. Contar con una persona reflexiva y filosófica que difundiera sus ideas y creencias sería de gran ayuda, pensó el gobernador. Alargó la mano y agarró el teléfono móvil que se hallaba en la repisa junto al papel higiénico.

—¿Con quién hablo? —preguntó Crimm cuando una voz respondió.

—Agente Macovich —le llegó la respuesta titubeante desde el puesto de la Unidad de Protección Ejecutiva, en el sótano de la mansión.

Thorlo Macovich reconoció al instante la voz del gobernador y esperó que éste no reconociera la suya. O tal vez, con suerte, que ya hubiese olvidado el incidente ocurrido hacía dos noches en la sala de billar de la mansión. Aunque también cabía la posibilidad de que el gobernador no lo hubiera visto, porque últimamente estaba muy cegato; pero seguro que la hija pequeña de Crimm sí que lo recordaría. Macovich no había visto nunca a nadie caer presa de tal ataque de furia por perder una partida. La chica se había dedicado a gritar obscenidades y había ordenado al agente que se

Librodot

quedara en el sótano y no volviera a pisar las plantas superiores, lo cual era una grave interferencia con sus obligaciones.

—El Agente Verdad... empezó a decir Crimm al tiempo que el retortijón lo obligaba a doblarse.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó Macovich, sorprendido v alarmado. !Oh! ¿Qué ha sido ese ruido?

—¿Tiene usted alguna idea de quién es ese tal Agente Verdad? —el gobernador casi no podía articular palabra.

—No, señor, pero todo el mundo habla de él. ¿Qué ha sido eso, señor? Suena como si alguien estuviera reventando burbujas de ese plástico especial de embalar. ¿Seguro que se encuentra bien? ¡Ohhh!, suena como si alguien anduviera pegando tiros en el Capitolio. !Esto es muy alarmante! ¡Voy para allá enseguida...!

—¡No! ¡No venga! —soltó Grimm mientras los gases le comprimían los órganos, luchando por escapar. Averigüe quién es el Agente Verdad. Considérelo una misión, ¿me oye? Y diga al personal de cocina que esta noche quiero una cena ligera. Sin manzanas ni jamón. por el amor de Dios; marisco, quizás.

—De Virginia, supongo, señor.

Macovich se sintió aliviado. Era evidente que el gobernador no lo recordaba.

—Si no son huevas de crustaceo...

—Creo que esta temporada no se dan. Si usted quiere, puedo enviar un helicóptero oficial a la isla Tangier para que traiga cangrejos azules frescos, senor —añadió Macovich sin entusiasmo, porque detestaba ir a la isla

Y truchas, tal vez.

—¡Eso es! —exclamó el gobernador, sorprendido a la vez por una idea y por lo que a Macovich le sonó a un globo de aire caliente deshinchándose—. !Empezaremos por la isla Tangier! Que los patrulleros pongan allí el primer control de velocidad. ¿Sabía que allí solía fondear el mismísimo Barbanegra? !Un hatajo de piratas, eso es lo que son! ¡Se van a enterar!

—No se ha instalado ningún control de velocidad en Tangier —señaló Macovich, aunque no estaba seguro de a qué controles se refería el gobernador—. La mayoría de los residentes circula en cochecitos de golf o en barca, señor. Y ya no se llevan demasiado bien con el resto de Virginia. ¿Le molesta si le pregunto de qué controles de velocidad me habla?

—Aún no tienen nombre. —El gobernador Crimm se secó el sudor del rostro mientras sus tripas seguían repiqueteando contra su cuerpo con una percusión sonora y dolorosa—. Olvide el marisco. Lo puede recoger mañana, cuando haya pintado los controles de velocidad en la isla, a primera hora. Bien, escúcheme, agente: póngase en contacto con Trader y él le informará. Vamos a devolver la seguridad a las carreteras, como decía ese Agente Verdad en el acertijo de su página web.

Macovich no recordaba haber visto acertijos en la página web del Agente Verdad, ni cosa alguna que pudiera llevar al gobernador a decidir que se montaran controles de velocidad en una isla remota de la bahía de Chesapeake, cuya población se cifraba en menos de setecientos habitantes. El agente Macovich, desde luego, no quería verse implicado en nada que tuviera que ver con la isla Tangier, donde no había un solo residente

afroamericano. De hecho, cuando acudió allí a recoger marisco en otras ocasiones tuvo la impresión de que era el primer negro que veían los isleños, aparte de los que aparecían en televisión y en los catálogos que llegaban por correo.

El agente abandonó la mansión y encendió un cigarrillo mientras caminaba por Capitol Square, sin ninguna prisa por hablar con el secretario de prensa de aquel asunto, ni de ningún otro. Aquel cabronazo, Major Trader, no era de fiar y todo el mundo lo sabía, menos el gobernador. Envuelto en una nube de humo, Macovich estaba preocupado. Si la policía estatal empezaba a meterse con la gente de Tangier, habría problemas.

—Permítame una pregunta —murmuró Macovich cuando entró en el despacho de Trader—. ¿Ha estado alguna vez en la isla Tangier o ha conocido a algún isleño

—No es la clase de sitio que yo visitaría. —Trader estaba volcado sobre el teclado mientras almorzaba un perrito caliente con chile que le había llevado uno de sus ayudantes—. ¿Cuántas veces tengo que decir que os quitéis las gafas de sol dentro de los edificios y después de anochecer? He trabajado mucho para cambiar la imagen de los agentes, de todos vosotros, para que el público no os perciba como un grupo de brutos descerebrados. Devoró la mitad del perrito de un mordisco y se salpicó de mostaza la corbata, ya manchada y pasada de moda . Que seas agente de paisano y viajes en helicóptero no significa que puedas saltarte el protocolo y dejes en mal lugar a todo el mundo.

—!Uf!, pues vamos a quedar fatal, de todos modos —replicó Macovich, y siguió con las gafas puestas—. Si desembarcamos en la isla con nuestros grandes helicópteros y nos ponemos a repartir multas por exceso de velocidad... esa gente reaccionará y hará algo.

—Creo que sería un error. —Trader se limpió los labios fofos con una servilleta grasienta e improvisó una estrategia. El gobernador aún tenía que informarle de que el primer control de velocidad se establecería en la isla Tangier, pero no estaba dispuesto a que Macovich lo notara—. Los meteremos en la cárcel a todos —añadió, como si ya hubiera estudiado a fondo las consecuencias si los isleños se rebelaban.

—!Vaya, ésta sí que es buena, don Secretario de Prensa! —respondió Macovich, sarcástico—. ¡Encerremos a toda una isla de pescadores, mujeres y niños! ¡Por no hablar de los ancianos! Tenemos sueltos por ahí a un puñado de salteadores de autopistas que muelen a palos a inocentes camioneros y trafican con droga desde Canadá, pero vamos a asegurarnos de que ninguno de esos tangierianos circule demasiado deprisa con un cochecito de golf.

Trader se chupó los dedos y los secó en sus voluminosos pantalones.

—Yo que usted, Macovich, me dejaría de pamplinas —replicó. Sobre todo, después de las trampas que hizo anoche al billar. ¡Qué feo!

—¡No hice trampas! —protestó Macovich con tal vehemencia que los demás funcionarios asomaron la cabeza de sus despachos a lo largo de todo el pasillo.

—La primera familia está segura de ello y usted tiene suerte de que el gobernador tenga en la cabeza asuntos más importantes —replicó Trader con desprecio—. Lamentaría tener que ser el encargado de recordarle que no es usted muy apreciado en la mansión últimamente. Desde luego, no sería el primer agente de la Unidad de Protección Ejecutiva que vuelve a verse de

uniforme y haciendo rondas en un coche patrulla, día y noche.

—No creo que la superintendente Hammer me hiciera algo así porque, entonces, ¿quién llevaría por ahí en helicóptero al jefe, viejo y cegato? ¿Quién transportaría los culos gordos y holgazanes de la primera familia del Estado?

—¡Quiere hacer el favor de bajar la voz! —Trader elevó la suya.

Macovich se acercó más al escritorio de falso estilo colonial y los cristales de sus gafas de sol destellaron frente a Trader.

—Por silo había olvidado —soltó Macovich— sólo disponemos de dos pilotos de helicóptero porque la primera dama Crimm los despide a todos. —El agente dio media vuelta y se dispuso a marcharse—. ¿Y sabe otra cosa? La vida ya no es una gran plantación, y usted un día de éstos se despertará y se encontrará metido de lleno en un jodido *Lo que el viento se llevó*.

Unique First no había visto nunca la película ni había leído la novela, pero encajaba perfectamente con el título. Siempre fue capaz de desaparecer sin dejar rastro, como llevada por el viento, y desde niña sabía que si reordenaba sus moléculas mientras se colaba en una pro-piedad privada del vecindario, se hacía invisible. Unique avanzó por el empedrado de Shockhoe Slip y se introdujo en Tobacco Company, un bar restaurante de categoría que ocupaba un antiguo almacén de tabaco renovado, no lejos del río. Tomó asiento cerca del piano, pidió una cerveza y empezó a fumar mientras revivía el episodio de la noche anterior.

Si era sincera consigo misma, hacer de señuelo para los piratas de autopista estaba volviéndose aburrido. Los salteadores de caminos con los que había empezado a asociarse hacía unos meses era gente mezquina que pasaba la mayor parte del tiempo intoxicada. El líder, sobretodo, se dedicaba a quemarse el cerebro con alcohol y marihuana y estaba siempre tan colocado que Unique ni se molestaba ya en joder con él. Hizo saltar la ceniza del cigarrillo, indicó a la camarera que le sirviera otra cerveza y notó la mirada de otra mujer que estaba sentada en la barra, sola.

—¿Eres de fuera? —le preguntó la mujer.

Unique captó en su radar sexual la poderosa energía y los ojos ardientes de la desconocida.

—Voy y vengo —respondió en tono evasivo con una dulce sonrisa.

—¡Ah! —La mujer se levantó, sorprendida ante la especial manera de expresarse de la bella interlocutora—. ¿Te importa si me siento contigo? —Depositó la cerveza en la mesa de Unique y ocupó una silla—. Me llamo A.V., lo cual es realmente curioso ahora que todo el mundo habla de ese Agente Verdad. No te lo creerás, pero hay gente que me conoce e incluso desconocidos a los que, de repente, se les ha metido en la cabeza la loca idea de que mis iniciales, A.V, responden a las del Agente Verdad. ¡Y, por el mero hecho de haber publicado algo en el periódico de la escuela, suponen que soy ese Agente Verdad pero no quiero que nadie lo sepa!

Unique sostuvo la mirada de A.V. y tomó un sorbo de cerveza.

—Pues no lo soy —continuó la mujer—. Ojalá lo fuera, porque ése es el nuevo misterio de la ciudad: ¿Quién es el Agente Verdad? ¿Cuál es la verdad acerca del Agente Verdad? ¿Será una especie de Robin Hood? ¿Tienes tú alguna idea? Por cierto, tienes un cabello sorprendente; debes de pasarte todo el día cepillándolo.

—No sé —replicó Unique mientras A.V. contorsionaba los pies y jugueteaba nerviosamente con los dedos como un escolar enamorado—Se

Librodot

me ha estropeado el coche. Tal vez podrías llevarme a casa...

—¡Claro! —asintió A.V.—. Ningún problema. Chica, hablas en voz tan baja. Siento lo del coche. Vaya desastre cuando te falla el coche, ¿verdad?

A.V. continuó parloteando mientras dejaba un billete de diez dólares en la barra y se ponía su cazadora de cuero de motorista. Por lo general no tenía tanto éxito cuando intentaba ligarse a una mujer, pero ya era hora de que su maldita mala suerte cambiara. A.V. trabajaba para el Estado y tenía que llevar vestidos y atuendos femeninos en el despacho, donde nadie conocía la verdad de su vida privada. Así, su única oportunidad de aliviar la soledad era vestirse como lo hacía y frecuentar bares por la noche y los fines de semana. Esta actividad resultaba cara y, casi siempre, improductiva. Por ello, las manos le temblaban de excitación cuando ayudó a Unique a montar en su vieja Honda.

—Adónde? —preguntó mientras se incorporaba al tráfico de Cary Street.

—Bajemos a los muelles; ya sabes, después de Canal. Me encanta mirar el río. Podemos pasear por la isla Belle —respondió Unique con su vocecilla. Y, cuando pensó en su Propósito, éste palpitó en su interior y el fuego lento de una rabia antigua empezó a consumir su cerebro.

Minutos después, las dos se apearon de la moto y se acercaron al agua. El viento frío de septiembre agitó los cabellos de Unique como un fuego negro. No había nadie a su alrededor y en la mente de la chica se hizo sitio la idea de que A.V. era increíblemente estúpida para acudir allí con una perfecta desconocida. También se preguntó cómo A.V. se había atrevido a pensar que ella era de su condición y que estaría interesada en tales proposiciones. ¡Y cuán estúpidos habían sido también los otros! Unique tomó de la mano a A.V. y juntas cruzaron un puente para peatones que conducía a Belle, la isla donde estuvieran presos los soldados de la Unión durante la guerra de Secesión. La isla estaba densamente arbolada y la cruzaban sendas y pistas destinadas a las bicicletas. Unique llevó a A.V. detrás de un árbol y empezó a besarla y sobarla con frenesí.

—Quiero que tengas una experiencia única —le susurró mientras introducía la lengua en la boca de A.V. y sacaba del bolsillo un afilado cúter.

3

Major Trader había servido el tiempo suficiente en la administración Crimm para saber ciertas cosas. Primera, que el gobernador tenía un vacío en la cabeza y por eso se le persuadía fácilmente para que aprobara medidas políticas o sugerencias que difiriesen de la concepción original. Segundo, que además de estar desorientado y casi ciego, era olvidadizo y se distraía con facilidad, sobre todo cuando sus intestinos entraban en acción. Tercero, que como mejor funcionaba Trader era robando buenas ideas y culpando a los demás de las malas.

Tras sentarse en su despacho y mirar por la ventana hacia la nube de humo que envolvía a Macovich en su desplazamiento por los elegantes terrenos del Capitolio, consideró las posiciones del gobernador en distintas agendas y recordó que Crimm había sido atacado repetidas veces a causa de los problemas de transporte en la Commonwealth. En el norte de Virginia, el tráfico seguía estando terriblemente congestionado y los motoristas eran cada vez más hostiles; las carreteras y los puentes se caían a pedazos; los trenes no siempre eran puntuales, a veces no circulaban e iban muy llenos,

Librodot

y la gente ya no quería volar. El gobernador había asumido la culpa de todo ello y más.

Aunque Trader no iba a reconocerle el mérito a Macovich de haberle advertido sobre los habitantes de Tangier, estaba seguro de que la última idea del gobernador, la de poner trampas de velocidad en la isla, iba a ser acogida con un cortante resentimiento. Garabateó unas notas rápidas en un bloc y se preguntó cuál sería el nombre de aquella nueva iniciativa. Probó con «PAVO» (Plan Antivelocidad Oficial), pero vio que no era eso lo que buscaba; en cambio, le gustó mucho «PAVOR», que podían ser las siglas de «Plan Antivelocidad Oficialmente Regulada». Sí, pensó, eso funcionaría bien. «PAVOR» reflejaba la tesis del gobernador, la de meter miedo a la gente para que se comportara, y «Regulación» sugería que el gobernador creía que aquel plan se extendería a todas partes una vez implantado en la isla Tangier. No importaba lo que el Agente Verdad contara sobre los piratas, el público no le prestaría ninguna atención porque los ciudadanos estarían encolerizados con los controles. Trader marcó el número privado del gobernador.

—¿Quién es? —La voz de Crimm sonó débil y cansada.

—Creo que he dado con algo. ¿Qué le parecería el nombre de «PAVOR»? —Trader dio unos golpecitos al bloc con el lápiz. Transmite de veras el mensaje que usted quiere. Imagine «PAVOR» pintado en lo indicadores en toda la Commonwealth.

Las posaderas de Crimm estaban en carne viva. Tembloroso y bañado en sudor, intentó recordar de qué habían hablado Trader y él justo antes de su terrible erupción gastrointestinal, pero lo único que se le ocurrió era algo relativo al enigma del Agente Verdad.

—¿Quiere decir que le haga sentir pavor para que confiese su verdadera identidad? —El gobernador se sentó en su silla de cuero, cogió la lupa y descubrió un nuevo montón de informes y recortes de prensa—. ¿De dónde ha salido todo esto?

—¿Todo el qué? ¿Se refiere a las señales del PAVOR? —Trader estaba confuso, lo cual le ocurría muy a menudo cuando hablaba con el gobernador.

—Ah, sí, comprendo. Sólo era una pregunta retórica, claro. Supongo que habla de asustar al Agente Verdad para que diga quién es. No me siento bien y ahora no puedo hablar más sobre esto.

—Me refiero a los controles de velocidad. —Trader no soportaba que el gobernador lo interrumpiera—. Tenemos que encontrar un nombre para el programa y he pensado que «PAVOR» es justo lo que usted quiere.

—¡Tonterías! —De repente el gobernador recordó el contenido de la conversación anterior—. Si le ponemos ese nombre, todos los habitantes de la isla sabrán que nuestra intención es asustarlos y que se trata de una amenaza vacía. Encuentre un nombre que suene más burocrático y que tenga menos significado. De ese modo, los isleños se lo tomarán en serio.

Bueno, como ya he dicho antes, esos isleños van a ser difíciles. —Trader se atribuyó el mérito de advertir al gobernador—. Recuerde que yo he sido el primero en decírselo, así que no me eche las culpas si hay polémica.

—Si me hace quedar mal, le echaré las culpas, seguro.

—Como quiera —dijo Trader—, pero no permita que mi advertencia le impida aprobar esa ley, gobernador. Creo que deberíamos enviar de inmediato un helicóptero y hacer ensayos del programa, ¿no le parece?

—Mandaremos helicópteros de todos modos para que me traigan marisco,

Librodot

así que no veo por qué no.

—Eso mismo opino yo —convino Trader.

Trader colgó y se pasó una hora garabateando en su libreta, probando todas las combinaciones de letras que se le ocurrían que tuvieran significado o que encontraba en un diccionario de sinónimos. Cuando la tarde tocaba a su fin, se le ocurrió «VASCAR», que más o menos significaba «Computador de Velocidad Media Visual» y daba a entender que si un automovilista aumentaba visiblemente la velocidad, un aparato objetivo no humano, esto es un ordenador, decidiría si la persona era culpable calculando la velocidad media a la que circulaba mientras iba del punto A al punto B. Los puntos A y B serían bandas blancas pintadas en el asfalto, que se reconocerían con facilidad desde el aire. Trader confiaba en que las siglas serían lo bastante confusas v burocráticas como para sembrar el pánico en el corazón de todos. Y lo que era más importante, se aseguraría de que la indignación pública tuviera como blanco la policía estatal y no el gobernador o él mismo.

Un plan brillante, pensó mientras se conectaba a Internet utilizando un alias. En su mente cobraba fuerza una idea y había mucho que hacer. Entró en la página web del Agente Verdad con el pulso acelerado; lo que más le excitaba era su propia sagacidad y su habilidad manipuladora. Se aseguraría de que la noticia del VASCAR se divulgase por todo el ciberespacio y avisara a gentes de todo el mundo de que Virginia no toleraría el exceso de velocidad y que nunca lo había tolerado, y que la Commonwealth era un ente pendenciero que mandaba helicópteros potentes a hostigar a unos tranquilos isleños pescadores, muy pocos de los cuales tenían vehículo. Se encargaría de que los locales se enfurecieran y fueran a quejarse directamente a la superintendente Judy Hammer de la Policía Estatal para desviar así la atención de los problemas del transporte y de los piratas ante los que el gobernador y, por supuesto, también él tenían que responder.

Hammer era nueva y no había nacido en Virginia, lo cual la convertía en un objetivo fácil. En cualquier caso, le caía mal. En tiempos pasados, los superintendentes habían sido hombres fornidos y duros que procedían de las más viejas familias de Virginia; ellos sabían acatar órdenes y mostrar el respeto debido al secretario de prensa que, en última instancia, era quien controlaba lo que pensaba el gobernador y lo que el público creía. Hammer era una deshonra. Se trataba de una mujer contundente y díscola que, a menudo, vestía pantalones. Trader la había conocido durante la entrevista para optar el cargo de superintendente y Hammer lo había atravesado con la mirada como si fuera de humo, sin reírle las gracias; ni siquiera había prestado atención a los chistes y las anécdotas de mal gusto que Trader había contado.

Empezó a escribir un e-mail y sus dedos se detuvieron sobre el teclado.

Querido Agente Verdad:

He leído con gran interés su «Breve Explicación» y espero que pueda usted recoger la preocupación de una anciana como yo, que nunca se ha casado y vive sola y que tiene miedo de conducir por culpa de todos esos locos de la carretera, incluidos los piratas.

Sin embargo, no creo que la respuesta sean los controles de velocidad y los helicópteros que pasan rugiendo por encima de los honrados ciudadanos. ¡El VASCAR iniciará otra guerra civil y espero que usted se ocupe de ello en

su próximo escrito!
Atentamente,
ANA AMIGA

Trader quería haber firmado «Una amiga», y no vio el error tipográfico mientras pulsaba «Enviar». Cuando recibió la respuesta, al cabo de unos instantes, se percató de la falta.

Querida señorita A. Amiga:
Gracias por su interés. Lamento mucho que esté sola y le dé miedo conducir; eso me entristece. Siéntase libre para escribirme cuando quiera. ¿Qué es el VASCAR?
AGENTE VERDAD

Major Trader decidió que, a partir de aquel momento, bien podía convertirse en la señorita A. Amiga y envió otro mensaje.

Querido Agente Verdad:
Le estoy muy agradecida por haberse tomado la molestia de contestar a una vieja solterona. La superintendente Hammer sabe qué es el VASCAR. Fue idea suya. Me sorprende que no oyera decir nada sobre esos controles de velocidad que va a poner en la isla Tangier, y no puedo hacer otra cosa que sospechar que ha sacado la idea de la «Breve Explicación» que usted ha escrito. Le felicito por la influencia que ha ejercido sobre ella para que diera un escarmiento a los que antes eran uña y carne con los piratas y ahora se aprovechan del turismo.
Atentamente,
ANA AMIGA

Mientras enviaba un informe a Hammer, Trader cloqueó. Era breve y confuso e iba acompañado de una nota de prensa que tenía que difundirse enseguida, por orden del gobernador.

—Qué demonios es esto? —preguntó Hammer cuando su secretaria Windy Brees, le tendió un fax procedente de la oficina del gobernador en el que le informaba de un nuevo programa para el control de velocidad llamado «VASCAR».

—Es nuevo para mí —respondió Windy—. Qué nombre tan estúpido. Quiero decir, que no significa nada, o sea que si me preguntan, diría que me recuerda a NASCAR, lo de las carreras de coches, aunque estoy segura de que el gobernador no ha pensado en ello. Un ejemplo más de cruzar la calle sin mirar primero.

Hammer levó el informe y la nota de prensa varias veces, furiosa de que el gobernador quisiera poner en práctica un programa de la Policía Estatal sin consultarlo antes con ella.

—Maldita sea —murmuró—. Es lo más estúpido que he oído en mi vida. ¿Vamos a utilizar helicópteros para controlar lo deprisa que van los conductores? ¿Y el primer objetivo es la isla Tangier y tiene que ser una

información reservada hasta que se hayan pintado las franjas blancas reflectantes en las pocas carreteras que hay allí? Ponme ahora mismo con el gobernador —ordenó Hammer—. Seguramente estará en su oficina. Di que es urgente a quienquiera que coja el teléfono.

Windy volvió a su escritorio y marcó el número de la oficina del gobernador, sabiendo que eso no serviría de nada. El gobernador nunca devolvía las llamadas de Hammer y desde que la nombrara para el cargo no había vuelto a verla. Windy había aprendido a inventar elaboradas excusas para no delatar su incapacidad de conseguir que el gobernador se pusiera en contacto con Hammer. En los descansos para fumar un cigarrillo, Windy hablaba con las otras secretarias y empleados y muchas veces les decía: «Una cosa es segura: más vale prevenir que un culo volando», que era su manera de decir que, embaucando a su jefa, Windy tomaba medidas preventivas para que no la despidieran cuando tuviera que decirle que el gobernador, como siempre, no podía ser molestado por una superintendente de la Policía Estatal.

Hacía tiempo que los amigos y colegas de Windy habían dejado de corregirle sus incongruencias lingüísticas y, por más disparatados que fueran sus refranes, casi todos entendían lo que quería decir; de hecho, olvidaban el significado original para utilizar siempre el deformado. A Hammer le resultaba exasperante tener que soportar una y otra vez frases como que sus empleados «hubieran tomado por el foro» o que alguien fuera acusado de «ir a su agua».

—Superintendente Hammer? —Windy se detuvo en el umbral de la puerta. Lo siento mucho, pero ahora no puedo ponerme en contacto con el gobernador. Al parecer está en transición.

Hammer alzó la vista de la pila de informes y comunicaciones que estaba leyendo y preguntó:

—¿A qué te refieres con eso de que «está en transición»?

—De viaje a algún sitio. Tal vez esté regresando a la mansión. No estoy segura.

—¿Está en tránsito?

—O de camino hacia ahí, supongo. —Windy se enredó más en su mentira. Pero, en resumen, no creo que nadie pueda ponerse en contacto con él, o sea que no le ocurre sólo a usted.

—¡Pues claro que sólo me ocurre a mí! —Hammer miró de nuevo el informe del VASCAR y se preguntó cómo podría afrontar la última decisión estúpida de la Administración, y tal vez la más peligrosa—. No va a hablar conmigo y tú, ¿podrías dejar de consolarme al respecto?

—Bueno, no es en absoluto amable por parte del gobernador. —Windy se puso en jarras—. Y espero que no se enfade conmigo por cómo la trata. No es justo disparar al mensajero.

«Matar al mensajero —pensó Hammer, irritada—. Se dispara al pianista y se mata al mensajero. Oh, Dios mío, últimamente sólo se me ocurren frases hechas. ¡Detesto las frases hechas!»

—Un hombre con el que salí el mes pasado me dijo que la única razón de que el gobernador la nombrara es porque los problemas que tenemos en las autopistas a él le crean mala prensa y necesita un chivo expiatorio —dijo Windy . Y no creo que deba usted culparse de ello ni tampoco tomárselo como algo personal.

Hammer no podía creer que hubiese heredado una secretaria tan

insoportable, pero despedir a los funcionarios del Estado era muy difícil. No resultaba, pues, extraño que el anterior superintendente se jubilara antes de tiempo aquejado de una dolencia cardíaca y la enfermedad de Parkinson. Pero ¿en qué demonios estaría pensando cuando contrató a Windy Brees? En cuanto abría la boca, ya quedaba claro que era una carga y una incompetente, una alegre estúpida que llevaba una tonelada de maquillaje y se hacía la remilgada, inclinando la cabeza hacia un lado y hacia el otro en un intento de parecer sumisa y mona y necesitada de hombres poderosos que se ocuparan de ella.

Eran las seis pasadas y Hammer llenó el portafolios y se marchó a casa. Mientras circulaba por el centro tuvo la sensación de que el VASCAR iba a arruinarle la carrera sin que pudiera hacer nada por evitarlo. ¿Era una mera coincidencia que el día en que Andy inauguraba la página web gracias a la cual la policía sería vista con buenos ojos, el gobernador decidiera poner en marcha un programa por culpa del cual la policía sería mal juzgada? ¿Era mera coincidencia que Andy hubiese apuntado que, antaño, la isla Tangier era un nido de piratas y que ahora el gobernador la tomara con los isleños? Eso por no mencionar lo escasa que iba de pilotos de helicóptero y que los pocos agentes que quedaban en la unidad de aviación tenían que dedicar el tiempo a perseguir delincuentes y localizar plantaciones de marihuana en vez de lanzarse a la caza de conductores imprudentes en una pequeña isla o en cualquier otra parte.

Hammer siguió pensado en Andy y cayó presa de una fulminante paranoia. No tenía que haberle permitido nunca que colgara esos ensayos en Internet sin previa censura, pero eso había sido parte del acuerdo.

—Si vas a revisarlos, no lo haré —le había dicho él el año anterior—. Una razón obvia para el anonimato es que nadie sepa lo que el Agente Verdad va a decir ni tenga control sobre ello. De otro modo, la verdad se perdería. Si vas a leer mis ensayos antes de que aparezcan en Internet, superintendente Hammer, sé muy bien lo que ocurrirá. Empezarás a preocuparte por las críticas, las culpas y los problemas políticos. Por desgracia es en eso en lo que se centran los burócratas, y con esto no te estoy llamando burócrata.

Si que lo estás haciendo —replicó ella, profundamente ofendida.

Tal vez Andy tuviera razón, pensó Hammer con desaliento mientras recorría East Broad Street hacia Church Hill, el barrio de casas restauradas donde ella vivía. Quizá se estaba convirtiendo en una burócrata a la que le ofuscaba en exceso lo que los demás pensaran o dijeran de ella. ¿Qué le había ocurrido a su manera, firme pero diplomática, de tratar con las quejas y exigencias del público?

Llamó a Andy por el móvil y le dijo:

—Tenemos una posible emergencia. El gobernador quiere poner controles de velocidad en la isla Tangier y se va a organizar un buen lío.

—Algo he oído —dijo él.

—Cómo dices?

—Me habría gustado que me dijeras algo —añadió con frustración Andy, que estaba sentado al ordenador con los cientos de mensajes que el Agente Verdad había recibido en lo que iba de día—. No tenía ni la más leve idea hasta que la señorita Amiga me mandó un e-mail. Tal vez necesite un ayudante. Nunca podré leer todo lo que me llega —afirmó al tiempo que su

Librodot

ordenador anunciaba la llegada de cuatro comunicaciones más.

—¡El VASCAR no ha sido idea mía, por el amor de Dios! —exclamó Hammer—. ¿Y quién es la señorita Amiga? ¡Ahora deberíamos centrarnos en esos terribles secuestros y asaltos, no en la velocidad! Necesito tu ayuda en esto, Andy. Tenemos que pensar qué vamos a hacer.

—Sólo podemos hacer una cosa —respondió mientras tecleaba—. Yo mismo iré a la isla Tangier y pintaré esas franjas para ver cuál es la respuesta. Mejor que lo haga yo que otra persona, y puedo utilizar el Agente Verdad para contrarrestar todas las críticas dirigidas a ti y a la Policía Estatal. Demostraré al público que el VASCAR es una idea pésima, y quizás el gobernador retire el programa y nos deje trabajar en delitos serios. Lo único que necesito es un par de botes de pintura reflectante de secado rápido, una brocha, un helicóptero y un poco de tiempo para revisar bien el artículo de mañana sobre las momias.

¿Y qué demonios tienen que ver las momias con todo lo demás? —protestó Hammer.

LAS MOMIAS por el Agente Verdad

Como casi todo el mundo, crecí viendo momias en las películas de horror. Sin embargo, recientemente he llevado a cabo investigaciones arqueológicas y puedo decirle, lector, que esas terroríficas representaciones de una persona muerta envuelta en vendas de tela no son exactas o rigurosas.

Las momias no pueden hacernos daño a menos que transmitan una enfermedad infecciosa de la Antigüedad, lo cual es muy improbable, aunque sospecho que uno puede sufrir una reacción respiratoria adversa después de inhalar capas de polvo en un lugar lúgubre y frío. Supongo que también es posible hacerse heridas o perderse en el interior de una pirámide en busca de la momia, y morir de hambre y sed o encontrar un ladrón de tumbas y tener un violento altercado.

En la investigación forense, el término «momia» se refiere a una persona muerta cuyo cuerpo ha sido expuesto al frío o a la aridez. En vez de descomponerse, el cuerpo se seca y puede permanecer en ese estado de conservación durante décadas o siglos. Este tipo de momia, que suele encontrarse en sótanos o en el desierto, no es en realidad una momia. Pero, para su tranquilidad, sepa que los antropólogos y otros estudiosos de la materia dirán que los cuerpos que se han secado están momificados, porque el término es de aceptación general. Debo reconocer que, probablemente, a un testigo experto le resultará más fácil decir que la víctima estaba momificada que admitir que esa pobre alma se ha marchitado y secado y que parecía un esqueleto cubierto con cuero de zapato.

La palabra «momia» proviene del vocablo árabe empleado para «alquitrán», que en su forma persa original significaba «cera». Así, la momia es una sustancia como el alquitrán, un tipo de asfalto que se utilizaba en Asia Menor, y una momia es una persona o un animal conservados por medios artificiales, aunque en la actualidad no resulta exacto decir que un cadáver embalsamado es una momia. La razón de ello es muy simple: los cadáveres embalsamados con aldehído fórmico no están siempre bien conservados. Si desenterramos un cuerpo embalsamado cien años más tarde, según donde haya sido enterrado, lo más probable es que nos encontremos un muerto no

Librodot

tan bien conservado como una momia egipcia de hace miles de años.

En nuestra sociedad no llenamos el abdomen de la persona embalsamada con mirra, casia u otros perfumes puros, ni le rellenamos las extremidades con alquitrán o sumergimos el cuerpo en natronita durante setenta días antes de envolverlo con bandas de tela de lino untadas en goma, que es lo que los egipcios utilizaban en vez de cola. Actualmente, un cadáver embalsamado no se introduce en una caja de madera en forma de cuerpo que se apoya contra la pared en el interior de un sepulcro frío y seco.

Con esto no digo que usted no pueda conservar a su ser querido según esta antigua costumbre, suponiendo que encontrase un escriba experto que marcara en el cuerpo las incisiones para el embalsamamiento y luego un practicante llamado «desgarrador» que ayudase con una afilada piedra etíope antes de huir, ya que los egipcios consideraban un delito la violación de los cadáveres, aun cuando el desgarrador fuese legalmente contratado para hacerlo, según el historiador griego Diodoro. Y suponiendo que esté usted dispuesto a pagar por ello, un embalsamamiento de lujo al estilo egipcio le costaría un talento de plata, es decir aproximadamente cuatrocientos dólares, según la inflación y la tasa de cambio.

No hace mucho, mi interés por las momias me llevó hasta Argentina, donde unos científicos las sometían apruebas tales como resonancias magnéticas, tomografías axiales computerizadas y biopsias de ADN. Me puse en contacto con National Geographic para ver si me permitía visitar las momias y me dijeron que sí, siempre y cuando no dijera ni una palabra de ello hasta que la historia apareciese publicada.

Una fría y luminosa mañana llegué a Salta, una ciudad en el noroeste de Argentina que se ha convertido en centro de investigaciones arqueológicas de los incas y de otras culturas precolombinas. Allí me uní a los arqueólogos que habían dirigido la expedición al pico de un volcán andino, en la frontera de Argentina con Chile, donde descubrieron tres momias de quinientos años de antigüedad y en perfecto estado de conservación; pertenecían a unos niños incas ofrendados en sacrificios rituales y enterrados con oro, plata y recipientes de comida. Los arqueólogos me llevaron en jeep por una carretera polvorienta hasta la Universidad Católica, donde un pequeño edificio se había reconvertido en laboratorio fuertemente vigilado por guardias armados con ametralladoras. Al igual que los piratas, los saqueadores de tumbas han representado un peligro constante para nuestra sociedad, incluso en las regiones remotas.

Cuando los arqueólogos sacaron el primer hatillo de un frigorífico y lo dejaron sobre una mesa de pruebas cubierta de papel, pensé que ver los restos congelados de dos chicas y un chico incas sacrificados hacía quinientos años no sería muy distinto de lo que se experimenta en las escenas del crimen y los accidentes de tráfico en los que yo había trabajado. La diferencia principal radica en que, en la arqueología, las causas de la muerte y los objetos no se estudian para llevar a alguien ante la justicia, sino para interpretar un pasado misterioso y esquivo. En este caso era el de unas gentes que no tenían lenguaje escrito y que transmitían su historia a través del arte y de elaborados tapices. Debo confesar que no me importaron demasiado las costumbres, las enfermedades ni la dieta, pero en cambio me preocupó si los niños estaban inconscientes, debido a la altitud y a las bebidas alcohólicas rituales como la chicha, cuando los enterraron vivos.

Me pregunté qué habrían pensado esos niños cuando les pusieron

Librodot

hermosas prendas de lana, tocados de plumas y joyas para conducirlos en procesión hasta la cima del monte Llullaillaco, a 6.700 metros de altura. Esperé que no supieran lo que estaba ocurriendo cuando los envolvieron en telas y los sentaron en las tumbas profundas que los incas por último cubrieron con piedras y tierra a fin de complacer a sus dioses.

Todavía recuerdo a la perfección las caras de esos tres niños asesinados, sobre todo la del chico, que tendría unos ochos años cuando le pusieron unos mocasines de piel y un brazalete de plata y lo enviaron de viaje al más allá con dos pares de sandalias de recambio y una honda para cazar. Su expresión era de congoja y protesta, y tenía las rodillas recogidas en posición fetal y los tobillos fuertemente atados con cuerda. Sospeché que era consciente del papel que desempeñaba en la religión y tuve las sensación de que se había resistido mientras lo cubrían con tierra y piedras. Las chicas, que tendrían ocho y catorce años respectivamente, no estaban atadas y su aspecto era más bien plácido; sin embargo, por extraño que parezca, una de las tumbas había sido alcanzada por un rayo y, cuando desenvolvieron la pequeña momia en el improvisado laboratorio de Salta, todavía percibí el olor de carne humana quemada. Me pareció que el Todopoderoso había querido indicar así a los incas que no le había complacido en absoluto que enterrasen vivos a los niños.

Lamento tener que decir que las cosas nunca cambian demasiado. Siguiendo con las investigaciones sobre nuestro pasado, estuve un tiempo en una excavación de Jamestown y fui en peregrinaje hasta Gran Bretaña para intentar relacionar a los primeros colonos con los que habían quedado encallados en el Támesis. Exploré los fangales, marismas, bares y aparcamientos de la isla de los Perros y la cúpula del Milenio, que se levanta como un gigantesco huevo escalfado erizado de grúas pintadas de oro, pero no encontré ni rastro de John Smith ni de sus compañeros de viaje, ni a ninguna persona viva que recordase algo al respecto.

Tampoco ninguna de las personas que encontré en los bares y cervecerías quedó mínimamente impresionada por el hecho muy poco conocido de que la isla Tangier estaba vinculada con la isla de los Perros, porque Tangier había sido descubierta por el capitán John Smith en 1608.

Y todo esto me lleva, mis nuevos amigos lectores, a una mala noticia.

La isla Tangier ha sido redescubierta, y no sólo por los turistas interesados en la tarta de cangrejos. Unas poderosas gentes deshonestas han decidido utilizar a esos simples isleños para sus fines políticos y eso es injusto, pese al pasado marcadamente pirata de estos pescadores. Pronto volveré sobre esta cuestión con todo detalle.

¡Tengan cuidado ahí afuera!

4

Hammer cerró el expediente del Agente Verdad con frustración y perplejidad. ¿Qué pasaba con Andy? ¿Qué creía que estaba haciendo? ¿Qué tenían que ver las momias y Jamestown con los problemas actuales de Virginia y el crimen?

Todo aquello resultaba del todo inadecuado y estaba destinado a causar tan sólo problemas, se dijo mientras cerraba un cajón enérgicamente y mascullaba que ojalá hubiera alguien en la oficina que supiese preparar un

buen café. ¿Cómo se suponía que debía sentirse tras leer el escrito sobre la momia?

Pasaban unos minutos de las ocho en punto y, al parecer, todo el mundo en la central leía al Agente Verdad; los comentarios formaban un audible murmullo en los despachos a lo largo de los pasillos. Mientras acudía al trabajo en su coche, Hammer se había quedado desconcertada y sorprendida al oír a Billy Bob hablando del escrito sobre la momia en su programa matinal.

«—¡Eh! ¿Sabéis qué haremos ahora? ¡Vamos a iniciar un concurso aquí, en "Billy Bob por la mañana"! Esperamos llamadas de los oyentes para que nos digan quién creen que es, en realidad, el Agente Verdad. Quien acierte se llevará un premio especial que anunciaremos más adelante. Viva, ya tenemos una llamada en centralita. ¿Hola? Aquí "Billy Bob por la mañana", en directo. ¿Con quién hablamos?

» Con Windy.

Hammer, incrédula, reconoció la voz aguda de su secretaria en los altavoces de la radio del coche. La comunicación no era muy buena y Hammer supuso que Windy llamaba desde su teléfono móvil; probablemente, desde el coche en el que también ella se dirigía al trabajo.

»Bien, Wendy, dinos, ¿quién es el Agente Verdad? » Creo que es el gobernador, aunque probablemente tiene un negro.

Hammer continuó revolviendo papeles en el escritorio con el oído atento a algtún signo de actividad en el despacho de Windy, que era contiguo al suyo. Tan pronto como la secretaria abrió la puerta y dejó el bolso sobre la mesa, Hammer saltó de su silla y se le acercó.

—¿Cómo has cometido esa estupidez? —le preguntó de malos modos—. ¿Y qué carajo es eso de un negro?

—¡Oh! —Windy estaba sorprendida y también un poco atemorizada ante la cólera que mostraba la jefa—. Debe de haberme oído por la radio, ¿no? No se preocupe, sólo he dicho que me llamaba Windy, pero no he dado el apellido ni he revelado dónde trabajo. ¿Lo del negro? ¡Ah, sí! Ya sabe, alguien que contrata a otra persona para que escriba para él en secreto, probablemente porque no es buen escritor.

—Me parece que confundes «negro» con «seudónimo» —replicó Hammer con ira controlada mientras se paseaba ante la mesa de Windy. Al fin, decidió cerrar la puerta que daba al pasillo—. Ya tengo suficientes problemas con el gobernador para que ahora llames por tu cuenta a una maldita emisora de radio y lo acuses de ser el Agente Verdad.

—¿Y cómo sabe que no lo es? —Windy cogió entre los dedos su barra de labios.

—No hablamos de lo que yo sepa o deje de saber. Estamos hablando de indiscreción y de falta de sensatez, Windy.

—Apuesto a que usted sí sabe quién es —insistió Windy en tono afectado, mientras le dedicaba una breve caída de ojos con sus pestañas pintadísimas—. Vamos, dígamelo. Estoy completamente segura de que lo sabe. ¿Es guapo? ¿Qué edad tiene? ¿Está soltero?

Hasta ese momento Hammer apenas había pensado en qué sucedería si la gente empezaba a preguntarle si sabía quién era el Agente Verdad. No era propio de ella mentir, a menos que lo requiriese una detención o una confesión, o cuando tenía que salir de viaje y escondía la maleta y le

aseguraba a Popeye que volvería enseguida. La propia Hammer se sorprendió de que le viniera a la cabeza en aquel instante su querido Popeye, pero la imagen del boston terrier que le habían robado aquel verano le llegó muy dentro y la obligó a retirarse a su despacho privado. Cerró la puerta e hizo varias inspiraciones profundas. Estuvo a punto de que se le saltaran las lágrimas.

—Hammer —dijo con tono brusco cuando sonó su teléfono.

—Soy Andy.

Apenas le oía. Se sorbió la nariz de forma ruidosa y se tranquilizó un poco.

—Te oigo fatal —dijo. ¿Estás en la isla?

—Sí. Sólo te informo de que hemos aterrizado a las ocho en punto... Estoy en Janders Road. He pensado que podía ser una buena carret... no tan concurrida como... y... estúpida... quién le importa...?

Te recibo entrecortado, Andy. Y tenemos que hablar de lo que se ha publicado esta mañana. No puedo creerlo. Esto no puede continuar. ¿Hola? ¿Hola? ¿Estas ahí?

La línea se había cortado.

—¡Maldita sea! —exclamó Hammer.

Tangier no tenía antenas para móviles y pocos residentes utilizaban tales teléfonos, ni tampoco Internet, y les importaba un pimiento el Agente Verdad. Pero lo que no había pasado inadvertido para ningún isleño era el helicóptero de la Policía Estatal que virando en la bahía había aterrizado en el aeródromo hacía apenas una hora. Ginny Crockett, por ejemplo, estaba asomada a la ventana desde entonces; finalmente, dedicó unos instantes a dar de comer a su gata, Sookie, y cuando volvió al salón de su pulcra casa, pintada de rosa, vio a un agente de policía, con su uniforme gris y su gran sombrero, pintando una línea blanca ancha y brillante de lado a lado del pavimento resquebrajado de Janders Road. La línea, inexplicable y de mal agüero, empezaba justo delante del local de The What Not Shop, cruzaba el asfalto agrietado por el que asomaban los hierbajos y se extendía hasta el cementerio familiar del patio delantero de la casa de Ginny.

El agua fría corría por los tres tanques de acero del criadero de cangrejos, delante mismo del porche de la casa, bajo la sombra de unos manzanos silvestres. Los pelones —como se denominaba a los cangrejos azules durante la época de muda del caparazón— ya estaban en veda y no volverían a mirar a los turistas con sus ojos telescópicos cargados de resentimiento durante el resto del año. Sin embargo, esto no impedía que Ginny tuviera puesto el rótulo y que cobrara un cuarto de dólar a los turistas por echar un vistazo al gran semental, el cangrejo macho, que conservaba en uno de los acuarios. La mujer había bautizado al animal con el nombre de Jimmy y éste, hasta aquel momento, le había proporcionado a su dueña unos ingresos de veinte dólares y cincuenta centavos.

La mujer pensó que el agente sólo fingía pintar la raya para así espiarla. Las autoridades siempre andaban husmeando, por lo visto para averiguar si personas como ella pagaban impuestos por todos los beneficios que les proporcionaban sus actividades empresariales.

Los isleños habían aprendido con los años que los turistas lo compraban todo. Bastaba con montar una cajita de madera, abrirle una rendija en la parte superior y colocarla en alguna parte con una nota explicativa sobre lo que uno vendía y el precio. Los objetos más populares eran las recetas y los

Librodot

planos callejeros, escritas y trazados a mano y fotocopiados en papeles de colores.

Ginny salió hasta la valla metálica del jardín para ver desde más cerca al agente que avanzaba por la calle con una brocha y un bote de pintura especial que, según alcanzaba a ver por la etiqueta, se prometía impermeable, de secado rápido y reflectante. Era un hombre joven y atractivo que se movía tan despacio como los cangrejos y, para ser justos con él, no parecía disfrutar mucho con lo que hacía.

—¡No tiene derecho a hacer eso! —exclamó Ginny, indignada por que el desconocido se hubiera puesto a pintar en la calzada—. ¡No es correcto! —añadió casi a gritos con el acento raro y musical propio de las gentes de Tangier desde que emigraran de Inglaterra siglos atrás para formar una comunidad ferozmente cerrada en su minúscula isla.

Andy fijó la mirada en ella con sus gafas oscuras y vio al instante que la mujer tenía la peor dentadura que había contemplado nunca. Un rato antes, al acercarse a The What Not Shop a comprar agua mineral había visto a otras dos isleñas con dentaduras también horribles.

—¿No hay dentista en la isla? —preguntó Andy a la vieja que lo observaba, suspicaz, desde el otro lado de la valla.

—Viene de la costa cada lunes —contestó ella con recelo, pues el del dentista era un tema doloroso y todos los vecinos tendían a eludirlo negando la evidencia.

—¿Y lleva mucho tiempo viniendo? preguntó Andy desde su posición, acuclillado sobre el asfalto. Había dejado de pintar por un instante.

—Sí, —siempre ha venido el mismo desde hace tanto tiempo que ni me acuerdo —dijo Ginny, más tímida que arisca esta vez, con los labios arrugados como papel rizado en torno a los dientes falsos, grandes y contrahechos.

—El mundo está lleno de dentistas malos —comentó Andy con diplomacia. Toda la gente de aquí que he visto hasta ahora tiene un montón increíble de arreglos dentales y, aunque no es asunto mío, señora, quizá deberían pensar en cambiar de dentista o, al menos, hacer investigar a fondo al que tienen ahora.

El comentario y la dentadura brillante, perfecta y natural de Andy dejaron a Ginny sin aire, que era la expresión que empleaban en Tangier cuando algo llegaba hondo y causaba un dolor insoportable. No era que los isleños no se quejaran del dentista en privado, en sus charlas. Pero si no era aquél, no tendrían ninguno.

—Supongo que usted no lee al agente Verdad —dijo Andy al tiempo que volvía a su trabajo, pero ese tipo tiene algunas cosas interesantes que decir respecto a afrontar la verdad y, de hecho, a exigirla. La única manera de conseguir la verdad, señora, es mirar de frente lo que uno teme, sea una momia o un dentista astuto y dañino.

Ginny, desconcertada, no supo qué pensar de aquel joven agente de modales correctos que no parecía encajar con su uniforme amedrentador y con el hecho de transgredir los límites y profanar la calzada que discurría frente a su casa.

—¡Bah!, no cambie de tema. No intente desviar mi atención de lo que está haciendo, como si no estuviera pintando esa línea delante de mis propios ojos —declaró, volviendo así al asunto.

No intento desviar nada —replicó Andy—. Debo pintar esta línea de

control de velocidad. Ordenes del gobernador, señora.

Ginny no había oído hablar jamás de semejante asunto y se sulfuró al instante. En toda la isla había menos de veinte vehículos terrestres movidos a gasolina, y la mayor parte de ellos eran furgonetas oxidadas que se utilizaban para transportar bienes. Prácticamente todos los isleños se desplazaban a pie o en cochecitos de golf, triciclos y simples bicicletas, algunas eléctricas. La isla Tangier medía menos de cinco kilómetros de longitud y apenas uno y medio de anchura, y sólo vivían allí seiscientas cincuenta personas. ¿Por qué había de molestarse el gobernador si alguno de ellos aceleraba un poco más de la cuenta con su cochecito eléctrico de golf? La vida transcurría con calma. Las carreteras eran poco más que caminos peatonales, pocos de ellos pavimentados, y una curva mal tomada podía enviarlo a uno de cabeza a un cenagal. El exceso de velocidad no había sido nunca un problema de la comunidad y, de hecho, Ginny no recordaba que el alcalde o el consejo municipal se refirieran nunca a este tema en particular.

—Pues en la costa tienen muchas más carreteras y no hay necesidad de que anden pintando en las nuestras. Deje eso ya, agente, si no quiere jugársela.

Andy no estaba seguro de lo que había dicho la mujer, pero detectó cierto tono de amenaza.

Sólo hago mi trabajo —dijo al tiempo que mojaba la brocha en la lata de pintura.

—Qué pasa si se pisa la raya? Ginny señaló la línea, aún húmeda, pintada en la calzada.

—Nada, todavía —explicó Andy en tono agorero, con la esperanza de que ello estimulara a la mujer a quejarse y le proporcionara así unas cuantas citas valiosas para su siguiente artículo como Agente Verdad—. Tengo que pintar otra a un cuarto de milla, exactamente, de ésta. Luego, cuando nuestros helicópteros patrullen sobre la isla, los pilotos podrán medir cuánto tarda un vehículo en desplazarse de una línea a otra. El VASCAR nos dirá con precisión a qué velocidad circula.

—¡Eh! ;Santo cielo! ¿Van a traer a Tangier los coches de la fórmula NASCAR? —Ginnv se quedó perpleja.

—El VASCAR —repitió Andy, sorprendido y entusiasmado de que aquella virginiana confundiera el control de velocidad con las carreras de coches—. Es un sistema de ordenador que descubre si un coche se salta los límites de velocidad.

—Y entonces, ¿qué? Ginny seguía sin entender palabra e imaginó la isla invadida por el rugido de motores y los aficionados ebrios.

—Entonces, un agente de tráfico detendrá al transgresor y le pondrá la multa,

—Qué es eso de la multa? —Ginnv imaginó al joven agente con su gran gorra y sus gafas oscuras dando a algún pobre isleño que circulase en bicicleta una severa reprimenda, con el dedo levantado en gesto amenazador y ánimo de asustarlo. Luego le recitaría algo parecido a la lectura de derechos que Ginny siempre oía en los programas de televisión captados con la parabólica que tenía instalada entre bolas de cristal y otros adornos de jardín.

—Una multa —repitió Andy, muv serio—. Una sanción. ¿Sabe usted qué

Librodot

es una sanción? —La brocha Llegó hasta el borde de la calzada, a pocos centímetros de la valla de Ginny y de las tumbas de todos sus parientes difuntos, cuyas lápidas aparecían desgastadas y ladeadas en diferentes direcciones—. El agente escribe algo en un papelito, se lo da y usted se presenta en el juzgado para pagar una cantidad. En efectivo o con un cheque.

Andy sabía muy bien que en la isla no había banco y que lo más parecido a un cheque que conocía la mujer era el chequeo que siempre hacía el guardacostas a los barcos de pesca.

—¿Y cuánto hemos de pagar de multa, si es que lo hacen? Ginny estaba cada vez más alarmada.

Andy se incorporó y estiró la espalda dolorida al tiempo que se esforzaba por descifrar lo que acababa de decirle la mujer con su peculiar acento. Entonces recordó la visita que había hecho a The What Not Shop poco antes de empezar a pintar la raya; allí oyó a dos mujeres de la isla que, con el mismo extraño deje, cuchicheaban cosas sobre él y comentaban que había detenido a alguien por algún asunto y que no sabían de quién se trataba ni por qué. Andy entendió, no sin dificultades, que las mujeres se referían a un chico de la isla llamado Fonny Boy Shores; el muchacho no ayudaba nada en su casa, tenía la lengua muy larga, no estudiaba y prefería pasar el tiempo vagando por la orilla del mar en busca de cosas con un palo que contribuir con un salario decente a su empobrecida familia.

—La multa por exceso de velocidad depende de en cuántos kilómetros por hora se supere el límite —informó Andy a la ceñuda isleña.

Lo que no le dijo fue que, en su opinión, era absurdo poner denuncias de exceso de velocidad con mediciones desde el aire. Los aviones y helicópteros no disponían de radares precisos ni de una buena visión de las matrículas, y Andy imaginó a un piloto calculando, por ejemplo, la velocidad de un utilitario blanco que iba en dirección norte y llamando por radio a un coche patrulla en tierra para que detuviera al infractor. El agente saldría quemando llanta de un escondite entre los arbustos de la mediana de la autovía y se lanzaría con luces y sirenas tras el primer utilitario blanco que pasara en dirección norte, seleccionando a uno cualquiera entre el numeroso grupo de utilitarios blancos que circularan por la autovía. ¡Qué manera de desperdiciar carburante, dinero del contribuyente y tiempo!

—Son tres dólares por milla sobrepasada, más treinta dólares de costas del juicio —resumió Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—¿Por qué lo pregunta? —Ginny retrocedió un paso, amenazada.

—Utiliza alguna vez la red Internet?

Ella lo miró, atónita.

—No, no es una red de pesca —continuó Andy, algo frustrado y molesto—. No creo que por aquí tengan ordenadores ni módems. —Contempló las casuchas de tablillas que flanqueaban la carretera deteriorada y vio varios coches de golf saltando baches a lo lejos—. Olvide Internet añadió—. Pero me gustaría saber su nombre, señora; si me lo da, enviaré un mensaje al Agente Verdad para que la mencione a usted y explique al mundo su opinión sobre la nueva iniciativa de control de velocidad del gobernador.

Ginny estaba desconcertada.

—Eso podría atraer más turistas a sus criaderos de cangrejos —insistió él, señalándolos—. Son unos ingresos interesantes, ¿verdad?

—Tengo todo el derecho a ganarme unas perras de vez en cuando dijo Ginny en un intento de quitar importancia a su empresa privada libre de impuestos—. Pero en esta época del año no hay pelones que mostrar y sólo me queda un semental en ese tanque de ahí. Es un bicho grande, pero a veces resulta aburrido y los forasteros pronto irán a otros lugares y dejarán de venir por aquí.

Andy intentó engatusar a la mujer para que le diera su nombre:

—Nunca se sabe. No hay nada mejor que la publicidad. Quizás así las cosas mejoren un poco. Tal vez la gente lea lo que escribe ese tipo sobre ese semental y muchos acudan a echarle un vistazo.

Ginny accedió a decirle quién era porque se convenció de que no era un inspector de Hacienda, sino que se ocupaba de otros asuntos legales. Y cada moneda era importante. La mujer venía observando que, en los tiempos actuales, mucha gente malgastaba las monedas de cuarto de dólar, diez centavos, cinco y, por supuesto, las de uno. En la isla todo el mundo intentaba descargarse de ellas colocándolas al vecino. Las moneditas de un centavo circulaban sin parar y había llegado un punto en que Ginny era capaz de reconocer cada una y sabía que la habían pillado cuando iba de compras y le caía una cantidad enorme de esas familiares piececillas como cambio.

No quiero más monedas pequeñas regañaba una y otra vez a Daisy Eskridge, la cajera de la única tienda de la isla.

—Mira, cielo, no pretendo colocártelas, pero debo repartirlas —había replicado Daisy la última vez que la mujer se había quejado—. Por lo menos, tengo que hacerlo desde que Wheezy Parks estuvo por aquí para comprar harina y jabón y me dio más de cuatrocientos centavos en monedas. Le dije que le fiaba, pero ella estaba decidida a soltar los centavos y no me caben todos en la caja, Ginny.

Ginny aún estaba molesta con Wheezy, que siempre se negaba a comprar a crédito y era la más pesada de la isla en lo que hacía a pasar monedas no deseadas. Junto con los centavos, corría el rumor persistente y escandaloso de que Wheezy abría las alcancías en plena noche y cambiaba las monedas de un centavo por otras de cuarto de dólar, diez centavos y cinco. Luego, para empeorar aún más las cosas, la mujer siempre trataba de librarse del resto de sus centavos a la primera oportunidad. Wheezy, en fin, tenía probablemente la mayoría de las monedas que había en la isla, guardadas probablemente en calcetines bajo la cama.

—En fin, señora Crockett, diez millas sobrepasadas representan treinta dólares, más las costas. —Andy intentaba explicar un complejo proceso legal y Ginny dejó de pensar en centavos y concentró la atención de nuevo en lo que el agente le decía—. Quince millas es conducción temeraria y el responsable puede terminar en la cárcel.

—¡Jesús, María y José! ¡No pueden meternos en la cárcel! —protestó Ginny.

La mujer tenía razón, aunque no del todo. En efecto, no se podía encerrar a nadie en la isla, pues no tenía calabozos ni cárcel. Eso significaba, claramente, que cualquiera que fuese detenido por exceso de velocidad debería trasladarse a tierra firme. La insinuación de que tal cosa fuera posible despertó temores ancestrales en toda la isla tan pronto como Ginny echó a correr por Janders Road y llegó hasta el Spanky's Place, donde Dipper Pruitt estaba sirviendo unos cucuruchos de helado de vainilla a tres

Librodot

silenciosas turistas amish que llevaban largas faldas y cofias en el cabello.

—¡Nos van a encerrar a todos en la cárcel, en la costa! —exclamó Ginny al llegar—. ¡Y van a convertir la isla en una pista de carreras!

Las mujeres amish sonrieron tímidamente mientras sacaban codiciadas piezas de plata de sus delicados monederos negros y, sin el menor ruido, las depositaban una a una sobre el mostrador. Ginny no solía encontrarse con turistas de Pennsylvania y siempre se maravillaba de su manera de vestir y comportarse, así como de la extrema palidez de su piel. Aquella gente podía navegar durante horas en los transbordadores Chesapeake Breeze y Captain Eulice y rondar por la isla el día entero sin quemarse bajo el sol, sin pillar resfriados y sin que se les descompusiera el tipo por el viento. Nunca se sentaban en las mecedoras bajo los porches, ni se apoyaban en las lápidas, ni tampoco miraban los tanques y acuarios sin haher pagado primero, ni hacían comentarios sobre la rara manera de hablar de los isleños. Ginny no había oído jamás que un amish se quejara de la prohibición de alcohol en la isla ni de los tempranos toques de queda que desanimaban cualquier vida nocturna y aseguraban que los marineros estuvieran en casa con sus familias y se acostaran temprano. Si todos los forasteros fueran como la gente de Pennsylvania, Ginny y sus vecinos no se molestarían tanto ante su presencia.

¡Dios todopoderoso! ¿Quién dice que iremos a la cárcel? —inquirió Dipper mientras limpiaba las cucharas de servir helado en una jofaina de agua tibia—. ¿Y qué dicen que hemos hecho?

—Ir demasiado deprisa en los cochecitos de golf replicó Ginny mientras las amish salían en silencio al frío y la humedad de la mañana—. La policía está pintando líneas para multarnos a todos con helicópteros. ¡A la larga, nos obligarán a marcharnos para que venga la NASCAR y construva una pista!

Al cabo de una hora, toda la flota de blancas barcas pesqueras de la isla volvía a toda marcha desde los recovecos y calas de la isla y de la abierta bahía de Chesapeake. Los pequeños motores fuera borda siseaban y petardeaban como radiadores, y los pescadores apretaban el acelerador a tope en respuesta a las amenazadoras novedades sobre cárceles, coches de carreras y comentarios insultantes del agente respecto a los arreglos dentales de los isleños. Una avioneta de observación se desvió de su búsqueda de bancos de pescado para cebos y empezó a volar en círculos sobre Janders Road, a baja altitud, atenta a no acercarse demasiado a la grúa oxidada que se alzaba en la punta sur de la isla, cerca de la planta de tratamiento de residuos y de la pista de aterrizaje que estaba hecha de tierras dragadas del mar.

Por fortuna para Andy, la pintura se secaba casi al instante y, gracias a ello, la actuación de una creciente multitud de mujeres irritadas y de niños armados con mangueras de jardín y cubos de agua tuvo poco efecto en su trabajo. Sin embargo, estaba poniéndose nervioso v empezaba a arrepentirse de haber provocado a los isleños para que le proporcionaran opiniones sinceras que aprovechar en sus artículos. Quizá no debería haber dejado al agente Macovich esperando en el helicóptero. Quizás aquella misión era demasiado peligrosa para llevarla a cabo solo. Andy se apresuró a terminar la línea que pintaba frente al centro sanitario Gladstone Memorial, donde el doctor Sherman Faux estaba taladrando otro diente a Fonny Boy.

5

Librodot

Hasta aquel momento la mañana del gobernador Crimm no había ido bien. Al bajar a desayunar se había perdido y terminó de nuevo en uno de los muchos salones de la mansión, donde se instaló pacientemente en una silla Windsor a la espera de que Pony, el mayordomo, le sirviera café de una antigua lámpara de barco alojada dentro de un candelabro que estaba situado sobre una cómoda estilo Chippendale. Crimm había perdido la lupa de plata que guardaba con gran celo en la repisa de la chimenea de mármol de la suite principal.

—¿Dónde estoy? —dijo, por si había alguien cerca—. Esta mañana no quiero jamón y tengo que tomarme el café enseguida. ¿Pony? ¡Venga aquí ahora mismo! ¿Por qué hace tanto frío? Noto corriente de aire.

—¡Oh, querido! —La voz de la primera dama Maude Crimm flotó en la sala. Eres tú, Bedford?

¿Y quién demonios iba a ser? —rugió el gobernador—. ¿Quién ha cogido mi lupa? Me parece que alguien se la ha llevado a propósito para que no pueda ver lo que se anda tramando.

—Siempre piensas lo mismo, querido. —El fuerte perfume de la señora Crimm entró en la sala y sus zapatillas susurraron sobre la alfombra de Bruselas—. No es ninguna conspiración, querido —mintió al tiempo que su contorno indefinido se inclinaba para besarlo en la calva.

Se trataba de una conspiración y la primera dama lo sabía. Era una adicta incurable al coleccionismo, y la pérdida de visión de su marido e Internet le brindaban por fin la gran oportunidad de entregarse a ese vicio. En los últimos tiempos, Maude Crimm había sucumbido a los trébedes, por ejemplo, procurándose montones de ellos: con asas vueltas hacia arriba, con querubines, con filigranas circulares, tulipanes, uvas, caracolas y placas de «Dios bendiga nuestro hogar», algunos de ellos de hierro forjado y otros de latón. Esa mañana, mientras navegaba por Internet a la caza de objetos y el gobernador roncaba en su cama con los dientes apretados, había topado con un hermoso trébede de estrellas y trenzas y no podía dejar de pensar en él.

Su filosofía sobre las compras era ejercitar el autocontrol de vez en cuando, alejándose del objeto deseado, ya fuera un trébede o un vestido, para ver si continuaba atrayéndola. Si era así, la compra se revelaba inminente e imprescindible. Su marido no compartía esa filosofía y ella había aprendido a mantener las adquisiciones fuera de su vista, lo cual resultaba cada vez más fácil aunque sus peregrinaciones a tientas por la casa cada vez le preocupaban más. La mujer temía que en cualquier momento se metiera en un armario ropero y chocase con un montón de trébedes antiguos. La primera dama no quería recibir otra bronca de su marido, que no se había re-puesto todavía de su última parranda consumista; el episodio se saldó con treinta y ocho tijeras para mecha de principios del siglo xix y una excepcional caja de caramelos Monarch Teenie-Weenie, y se lo había hecho enviar a la mansión, aunque no todo a la vez, claro, sino en el plazo de varios días. La señora Crimm era lo bastante lista como para comprar de golpe y luego escalonar los envíos a través de Federal Express.

—Has mirado en la sala Lafayette? —le preguntó la señora Crimm a su marido—. A veces tu lupa termina allí, en la arqueta Sheraton, junto a la lámpara de aceite.

Ahora que lo pienso, recuerdo que el otro día la vi junto al espejo doble.

—¿Y por qué tendría que haber ido a parar a la sala Lafayette? —replicó,

Librodot

malhumorado, el gobernador. Allí sólo dejamos dormir a los otros gobernadores y a los ex presidentes. Alguien me la esconde. ¿Qué pasa? ¿Es que no quieres que vea lo que me rodea? —preguntó mientras se levantaba de la antigua y frágil silla.

—Ya sabes que nunca me he propuesto que no vieras las cosas, querido —respondió ella al tiempo que lo llevaba fuera del salón—. Sin embargo, esta mañana por casualidad he leído a ese peligroso Agente Verdad. Supongo que no has visto lo que ha vuelto a publicar en su web —dijo para desviar la atención del esposo.

—Qué ha dicho esta vez? —El gobernador siguió a su mujer y chocó con la mesita de té de una salita en la que había un quinqué de cristal—. ¿Lo has impreso?

—Por supuesto —respondió con gravedad la señora Crimm—. Y como no encuentras la lupa, tendré que leértelo yo. Pero temo que te pondrás peor, Bedford y que tu submarino se resentirá.

Al gobernador no le gustó que su mujer hablara abiertamente de su submarino, que era el nombre familiar con el que se referían a sus intestinos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó bizqueando para asegurarse de que nadie les oía.

—No hay nadie, tesoro. Sólo tú y yo, y ya casi hemos llegado a la sala de desayuno. Ahora dobla a la derecha y ten cuidado con la litografía. ¡Oh…! Bueno, yo la enderezaré.

El gobernador oyó que algo rozaba la pared mientras su esposa arreglaba la litografía que él acababa de golpear con su larga nariz.

—Si me doy otra vez en la cabeza con eso… —amenazó mientras arrastraba los pies hasta la sala de desayuno y buscaba a tientas una silla—. Por cierto, ¿qué es?

Es el tratado de William Penn con los indios.

La señora Crimm desplegó una servilleta de lino y se la introdujo a su marido en el cuello de la camisa, que se abrochaba con corchetes y no combinaba con sus tirantes de lana de colores, el chaleco de terciopelo verde o la corbata a rayas.

—Esto no es Filadelfia y no comprendo por qué tenemos a William Penn en la mansión —dijo el gobernador. ¿Desde cuándo está aquí?

Era obvio que había olvidado la pasión fugaz de su esposa por las litografías, si es que alguna vez había sabido de ella. Cuando Pony se materializó con la cafetera, el gobernador lanzó un suspiro.

—Buenos días, señor —dijo Pony mientras servía el café.

—No lo son, Pony, en absoluto. El mundo se va al diablo por momentos.

—Sí, señor, sin duda —convino Pony al tiempo que asentía con la cabeza en gesto solidario—. Y le diré una cosa: yo pensaba que el mundo se había ido al diablo hace ya tiempo, pero me equivocaba, claro que sí. Las cosas cada vez están más liadas, lo bastante como para que un hombre desee correr hasta la iglesia y suplicarle a Dios por favor que nos libere de nuestras penas y nos perdone los pecados y haga que la gente se comporte. ¿Qué pasa con la gente?

»Mire usted, el otro día —prosiguió Pony—, cuando dio ese banquete yo andaba con mis cosas, preparando té para las camareras de esa empresa que nos trajo la comida, y oí hablar a dos de ellas. Una le decía a la otra:

»—Me pregunto si podría llevarme una de esas tacitas de té que tienen

grabado el nombre de la Commonwealth de Virginia, ¿tú que crees?

»—No veo por qué no —respondió la otra—. Pagas tus impuestos, ¿verdad?

»—Pues claro que sí —respondió la primera—. Y, de todas maneras, aquí no hay nada que sea propiedad de la familia Crimm. Nos pertenece a todos.

»Sí, eso es una verdad como un templo... —dijo la otra—. Claro que es de todos.

»Entonces —prosiguió Pony, animado al ver el efecto que causaban sus palabras— las dos camareras se metieron las tazas en el bolso. ¿Se imagina?

—¿Qué demonios...? —farfulló la primera dama, sorprendida y disgustada—. ¿Por qué no se lo impidió usted, por el amor de Dios? Espero que no se llevaran las tazas sin asa y esos platos tan monos de nácar con el diseño floral de Leeds.

Oh, no, señora. Claro que no —la tranquilizó Pony—. Eran unas con asa, las que tienen el emblema en oro de la Commonwealth.

—No tenía que haber servido té a las camareras —le riñó la señora Crimm—. Y mucho menos en las tazas oficiales. Las camareras vienen aquí a trabajar, no son personalidades invitadas a la mansión, por Dios. —Miró al gobernador en busca de apoyo mientras éste derramaba el café sobre el mantel al intentar poner la taza encima del plato—. Tenemos que dejar de ser tan generosos con el público, Bedford. De seguir así, cualquier día un taxista o un recaudador de impuestos se presentará en la puerta exigiendo una visita privada a la mansión con té incluido, servido en tazas de la mejor porcelana.

—La mansión no nos pertenece —recordó el gobernador a su mujer y unos oscuros pensamientos empezaron a poblar su mente, todos apiñados como personas desconocidas en un ascensor, al tiempo que la puerta de su paciencia se cerraba y su estado de ánimo empezaba a decaer. Si se supiera la verdad, cualquier persona de la calle podría venir y pedir que le enseñáramos la casa, pero eso no significa que tengamos que hacerlo o que nos obliguen a ello. La gente no sabe que legalmente tiene ese derecho, y no seré yo quien se lo diga. Y ahora, léeme ese maldito ensayo, Maude.

Deseaba con todas sus fuerzas que aquel día hubiese otro enigma que lo ayudase a atravesar la maraña que parecía envolverlo por doquier.

Trata sobre momias —dijo ella, mirando por encima de las gafas—. A mí siempre me han aterrorizado las momias, ¿sabes? No sabía que a otros les pasara lo mismo, pero ¿qué es todo esto de la isla Tangier? Es la segunda vez que el Agente Verdad la menciona. ¿Qué está ocurriendo ahí, Bedford?

—¿Qué prefiere para acompañar los huevos? ¿Patatas y cebollas fritas o sémola? —preguntó Pony con cortesía.

—No sabía que fuéramos a tomar huevos —respondió el gobernador.

—Le he pedido que nos traiga huevos escalfados —informó la señora Crimm a su marido al tiempo que se alisaba la bata sobre su ancho regazo—. He pensado que te sentarían bien. Cuando tu submarino no funciona bien, lo mejor es tomar comida insípida.

Al igual que sus intestinos, la mente del gobernador Crimm se sumergía sin un rumbo definido. A medida que sus sospechas se transformaban en convicciones, dejó de prestar atención a lo que su esposa decía o leía. En lo que el Agente Verdad había escrito sobre las momias había un mensaje cifrado y, de repente, Crimm recordó que él de pequeño llamaba «momi» a su madre.

Lutilla Crimm había concebido a su hijo mayor en una zona rica de Charlottesville llamada Farmington, durante una tormenta de nieve. Con dificultad, Crimm evocó todo lo que había oído comentar al respecto, y parecía que cuando su padre se enojaba con su esposa cogía por banda al pequeño Bedford y le decía que nunca permitiese que una mujer le mandara y le arruinase la vida:

—Las mujeres están llenas de mentiras —decía el padre de Bedford cuando cargaban troncos para la estufa o retiraban a paladas la nieve de la acera de su casa, un impresionante edificio de ladrillos que se perfilaba sobre un fondo de montañas—. Te harán carantoñas y pensarás que tienen ganas de hacer el amor contigo, pero cuando te tengan bien atrapado y cargado de hijos y responsabilidades, entonces, ¿sabes qué?

—¿Qué? —Bedford había empezado a formular la que sería su pregunta más frecuente.

—¿Qué? —repitió el padre—. ¡Ya te diré yo qué! Entonces, justo cuando estés en pleno..., de repente te dirán que hay que enmasillar otra vez el techo o que las molduras tienen grietas o que hay telarañas en la lámpara.

—¡Oh! —exclamó Bedford, sin parar de meter troncos partidos en la caja que había junto a la estufa.

Vamos a decirlo de otro modo, hijo —prosiguió su padre mientras su mujer trabajaba en una labor de punto de aguja en su salón del piso de arriba—. La mitad de ti quedó desparramada sobre la colcha y probablemente por eso eres un enano con la visión deficiente.

—¿Qué fue exactamente lo que dijo mamá? —Bedford tenía que saber la verdad—. ¿Habló del techo o de las telarañas?

—De ninguna de las dos cosas. Se sentó erguida en la cama y dijo: «Creo que no le he puesto comida al gato».

—¿De veras? —Bedford nunca olvidaría el desaliento que sintió al saber que siempre sería bajo, cegato y feo, todo por culpa de un gato—. ¿Y por qué mamá pensó una cosa así en ese momento?

Eso es justo lo que quería decirte de las mujeres, hijo. En ese momento piensan en cualquier cosa para provocar una distracción. —El padre metió un tronco en la estufa y saltaron unas chispas en señal de protesta—. Cuando habló del gato, tu madre sabía perfectamente lo que hacía.

Desde entonces Bedford Crimen no sólo odió a los gatos, sino que llevaba una honda pena en su corazón y se sentía muy inseguro porque su madre había provocado un interrups durante su concepción, derramando así gran parte de su vitalidad en la colcha. No debía de querer mucho al hijo que estaba por nacer, reflexionaba Bedford con tristeza mientras pelaba un huevo que apenas lograba ver y buscaba el molinillo de la pimienta sin prestar atención a su mujer. Esta mantenía una tensa conversación con Pony sobre la gente que había sido alcanzada por un rayo. Crimm creía que el poder conseguido en la política le había permitido dejar atrás su injusta infancia, pero en aquel momento el Agente Verdad la había sacado de nuevo a la luz.

Crimm exudaba una miasma de paranoia y enojo que parecía un gas nocivo, y su submarino se puso en estado de alerta. El Agente Verdad se encontraba al corriente del vergonzoso debut en la vida del poderoso gobernador, y lo peor que podía suceder ahora era que otros también se enteraran. ¡Claro que el Agente Verdad lo sabía! ¡El Agente Verdad lo sabía todo! Si no, ¿a qué venía hablar de las momias en su ensayo?

Librodot

—¡Esto es un oprobio! —Dio un puñetazo a la mesa y el candelero de plata cayó sobre el plato de la mantequilla.

La sala de desayunar quedó en completo silencio.

—¡Dios mío! —exclamó al cabo de un momento una sobresaltada Maude Crimm—. Suerte que la vela no estaba encendida, querido, o la mantequilla hubiese prendido. La mantequilla auténtica es grasa animal y arde tan rápido como el gas de los encendedores.

—No tanto, señora —intervino Pony—, pero no quiero correr riesgos. —Cogió el candelero y lo limpió con la servilleta que llevaba sobre el brazo—. No desearía que nada prendiera fuego en la mansión. Este lugar ardería en llamas rápidamente como una escoba seca, de puro viejo.

—Hablábamos de relámpagos y casas de gente y de telas ardiendo, y entonces cae un candelero en la mantequilla —advirtió la primera dama en voz baja y tono ominoso—. Espero que no sea una señal.

—Er… —Pony sacudió la cabeza y chasqueó la lengua—. De veras espero que tenga razón. No necesitamos señales como ésas.

—Qué señal? —El gobernador reaccionó al instante y pensó en el VASCAR y en las señales que Major Trader quería poner en toda la Commonwealth.

—Llama a Trader por teléfono —ordenó Crimm a Pony. Dile que quiero ahora mismo un informe de lo que está ocurriendo en Tangier. A estas alturas, las rayas para controlar la velocidad ya deberían estar pintadas. Y hay que preguntar al agente Macovich si ya sabe quién es el Agente Verdad. ¡Voy a encontrar a ese bribón antes de que haga más daño y lo haré callar para siempre! ¡Me importa un pepino la Primera enmienda!

El gobernador Crimm golpeó de nuevo la mesa y Pony agarró el candelero justo antes de que cayese otra vez.

A.V. nunca se había enterado de nada a tiempo, y Unique estaba segura de que la noche anterior la había dejado más que muerta antes de cruzar de nuevo el puente y alejarse en su Miata. Aun así, Unique sentía un fuerte impulso que la llevaba a constatar los hechos. Sus recuerdos de lo que había ocurrido después de que A.V. y ella llegaran a la isla eran parciales y confusos, pero si se basaba en la cantidad de sangre que había visto en su ropa cuando por fin llegó a su destartalado apartamento del centro de la ciudad, podía hacerse una buena idea de lo que le había hecho a aquella mujer fea y presuntuosa que tuvo el atrevimiento de pensar que Unique estaba interesada en ella o que la consideraba su tipo.

Aparcó cerca de la isla Belle y se puso en marcha equipada con zapatillas de tenis y una Polaroid en la mano con el fin de parecer una turista que daba un paseo matinal por la naturaleza. A la luz del día la isla tenía un aspecto muy diferente, y Unique tardó veinte minutos largos en encontrar las ruinas de ladrillo hasta las que, al parecer, había arrastrado el cuerpo desnudo de la mujer, aunque Unique no recordara haber hecho nada después de cortarle el cuello de oreja a oreja. Al entrar en el recinto medio derruido, el pulso de Unique se aceleró y sintió una oleada de poder, arrebato y excitación sexual cuando vio el cuerpo mutilado y ensangrentado que yacía boca arriba en el barro.

A.V. tenía los ojos semiabiertos y empañados, y el cabello estaba empapado de lodo y sangre. A Unique le asqueó pensar que la había besado y tocado. Se agachó y tomó fotografías desde cada ángulo para así acordarse

Librodot

después de aquel suceso sin tener que llevar el carrete a revelar. Cuando se acercó para tomar unos primeros planos, le sorprendió captar un ligero aroma de la colonia de A.V. Eso le trajo recuerdos de los gritos y gorgoteos que A.V. había proferido al agarrarse el cuello mientras ella le pateaba la cabeza antes de rebanarle los pechos y marcarle el nombre «Agente Verdad» en el abdomen. A Unique le impresionó haber sido lo bastante lista como para añadir ese detalle sobre el Agente Verdad. A.V. había formulado el deseo de ser el Agente Verdad, y va lo era.

—Ya tienes lo que querías —dijo Unique al frío y ensangrentado cuerpo antes de volver hacia el puente.

Hacía ya rato que se había marchado en su coche cuando desde la oficina de A.V. empezaron a llamar a casa de ésta para averiguar por qué no se había presentado en el trabajo esa mañana. Unique pasaba por delante de la casa del policía rubio de paisano en el mismo momento en que dos mujeres que paseaban con los cochecitos de sus bebés descubrían el macabro espectáculo entre las ruinas de ladrillos; justo en el instante en que Pony pretendía hallar la lupa perdida del gobernador.

Pony sabía lo alterado que se ponía el gobernador cuando no encontraba uno de sus extravagantes aparatos ópticos y, aunque la primera dama había dado al mayordomo instrucciones estrictas de que no le facilitara las cosas a su marido para que éste pudiera ver mientras ella se encontraba en casa, a causa de los trébedes, Pony decidió que tenía que hacer algo al respecto. Hundió la mano en un bolsillo de su almidonada chaqueta blanca, sacó la lupa de plata y la dejó, sin hacer ruido, en una bombonera de peltre.

—¡Vive Dios! —exclamó—. Mire lo que he encontrado, señor. Aquí tiene su lupa. ¿Por qué la ha metido en la bombonera?

Maude Grimm lanzó a Pony la furibunda mirada que se merecía por contravenir sus órdenes y después sus ojos se encontraron con el ojo derecho del gobernador, que miraba a todas partes desde detrás de la lupa.

—¿Dónde diantre están las chicas? —preguntó al advertir que sus hijas no se hallaban sentadas a la mesa.

—Oh, —les dije que esta mañana podían dormir un rato más —replicó su mujer—. Se quedaron viendo la televisión hasta muy tarde y están cansadas. Mira por dónde, tu lupa estaba en la bombonera. Bedford, deberías procurar no extraviarla.

—De ahora en adelante, no me dejará —amenazó a su mujer, que se puso tensa—. De ahora en adelante, me voy a enterar de todo lo que ocurre bajo mi propio techo, ¿entiendes? No nací ayer, oh no. Nací en 1929 y no soy ningún idiota. —Señaló a la mujer con un grueso de-do—. Tú me ocultas algo, Maude.

—Te aseguro que no —mintió ella al tiempo que recordaba el trébede que había encontrado aquella mañana en Internet.

El gobernador Crimm echó su silla hacia atrás y se puso en pie con la servilleta todavía alrededor del cuello como una esclavina mal colocada. Por primera vez en su vida empezaba a sopesar la posibilidad de que su mujer tuviera un amante. En aquel momento era perfectamente factible que hubiese otro hombre en la casa, y por eso ella le había escondido la lupa en la bombonera. Allí afuera había muchos hombres dispuestos a aprovechar la primera oportunidad que tuvieran de acostarse con una primera dama, pensó, sobre todo con la suya; el submarino del gobernador se contrajo de

Librodot

forma violenta.

—Conque de eso se trata? —profirió desde el arco de la puerta mientras en las escaleras sonaban los pies grandes y cansados de sus hijas.

Lo había adivinado. Sabía lo que hacía su mujer, por supuesto, y la imaginó conquistando a otros hombres con su atractivo húmedo y sus abundantes pechos. Mientras Grimm se acongojaba con unas imágenes eróticas e indecentes, la primera dama pensaba en el creciente cargamento de trébedes que ocultaba en el armario de las sábanas, y fue presa del pánico. Su marido sabía algo de aquello. Entretanto, Pony decidió que había llegado el momento de preparar más café y desapareció en silencio. Los ojos de la señora Crimm se llenaron de lágrimas y los pasos lentos y fuertes de sus hijas sonaron más cerca.

—Oh, Bedford, ¿podrás perdonarme algún día? —suplicó la señora Crimm entre sollozos.

Gracias a la lupa el gobernador advirtió que todavía llevaba puesta la servilleta y tiró de ella, para después arrojarla al suelo. Sus peores temores se confirmaban.

—Dime sólo una cosa murmuró él, con un gran retortijón en el submarino. ¿De dónde los sacas? ¿De la guía telefónica? ¿De los banquetes?

—No, de los banquetes jamás. —A Maude le sorprendió que su marido pensara que podía ir a un banquete y robar un trébede—. Yo no haría algo tan bajo añadió, indignada—. Si quieres saberlo te diré que los he encontrado en Internet. En estos tiempos, en Internet se encuentra cualquier cosa y la tentación ha sido abrumadora. Oh, Bedford, no puedo evitarlo. Por más avergonzada que me sienta, sé que volverá a ocurrir, aunque supongo que podría tener defectos peores.

—¡No hay defecto peor que ése! Y seguro que Pony también está en el ajo —dijo el gobernador jadeante mientras el submarino exploraba la oscura e intrincada superficie de su bienestar, con el periscopio alzado y espiando al enemigo, en este caso una esposa infiel—. Ese bribón de Pony tenía que saber lo que te traes entre manos, ya que se pasa el día entero aquí, sirviéndote como si fueras una reina. Y me pregunto si no se habrán colado a hurtadillas en la mansión por las noches. ¡No me digas que sí, por favor! Porque si han entrado por la noche, mientras yo estoy dormido en la misma cama, ésa es la degradación más infame que existe. ¡Subid ahora mismo a vuestro cuarto! —ordenó a sus hijas. ¡Nos estamos peleando y ya sabéis que nunca nos peleamos en vuestra presencia!

—No, por la noche nunca —juró la señora Crimm mientras los pesados pasos de sus hijas daban media vuelta y volvían a subir perezosamente las escaleras—. Una vez encargados, llegan a la mañana siguiente, dulce esposo mío, y yo los he ido escondiendo en el armario de la ropa de cama.

—Pues ten por seguro que, a partir de hoy, cada día, cuando llegue a casa, registraré todos los armarios —bramó el gobernador. Y lo habría hecho en aquel preciso momento de no ser porque tenía el submarino en peligro, a punto de colisionar con una mina—. Y como los encuentre ahí, aunque sólo sea uno de ellos, va verás. ¡Y lo digo muy en serio!

—No, no lo harás —dijo ella, secándose los ojos al tiempo que calculaba dónde metería los trébedes cuando los sacara del armario tan pronto como él se marchara—. Lo prometo por mi vida. Puedes registrar los armarios siempre que quieras, querido, y dentro sólo habrá ropa. Todas tus hermosas sábanas, perfectamente planchadas, dobladas y guardadas.

Librodot

Cuando la primera explosión retumbó en sus órganos huecos en una terrible y fétida oleada y se abrió paso hacia el orificio con impulso creciente, el gobernador quedó empapado en un sudor frío y denso. El submarino de Bedford Crimm IV armó sus torpedos y cerró de golpe la escotilla de su esfínter al tiempo que huía con gran conmoción hacia el lavabo de señoras más cercano.

Una vez a la semana el doctor Faux tomaba el transbordador que llevaba a la isla Tangier, donde dedicaba su tiempo y pericia a unas personas que no tenían médicos, dentistas ni veterinarios. Su misión en la vida, solía decir, era ayudar a los barqueros menos privilegiados y a sus familias, los cuales desconocían sus insólitas prácticas de facturación y sus trabajos creativos, un fraude constante al programa de seguridad social.

Los dentistas, pensaba el doctor Faux, no tenían más remedio que complementar sus ingresos a expensas del gobierno; así, el hombre estaba sinceramente convencido de que, dado el gran sacrificio que representaba para él visitar a los isleños, el someterlos a trabajos odontológicos innecesarios era absolutamente justo. Al fin y al cabo, ¿quién se ocuparía de aquella isla olvidada, si no lo hacía él?

—Parece que hay mucho revuelo ahí afuera comentó al tiempo que decidía que el diente que acababa de empastar necesitaría otra endodoncia. Bien, Fonny Boy, insisto en aconsejarte que no tomes tantos refrescos. ¿Cuántos tomas cada día? Sé sincero.

Fonny Boy mostró cinco dedos mientras el doctor Faux se asomaba a la ventana para observar al puñado de mujeres y críos que restregaban y lavaban una misteriosa raya blanca pintada en la calle.

—Son demasiados —reprendió el dentista a Fonny Boy, un muchacho de catorce años, alto y desgarbado, de cabellos revueltos y blanqueados por el sol, que siempre andaba desaseado, husmeando en todas partes y vagando por ahí con un palo o una red en busca no de cangrejos, sino de tesoros—. Está claro que eres más propenso a las caries que la mayoría de la gente. —El doctor Faux hizo el mismo comentario que repetía a todos sus pacientes de la isla—. Por eso creo que, por lo menos, deberías pasarte a las bebidas sin azúcar o, mejor aún, al agua.

Fonny Boy había pasado la mayor parte de su vida en el agua o sobre ella, y para él beberla era como decirle a un granjero que comiera estiércol.

—No, no puedo beber agua —declaró, y notó los labios entumecidos y la lengua diez veces mayor de lo normal. Estoy tan hinchado que me voy a asfixiar.

—¿Y el agua embotellada? Hoy en día hay marcas muy buenas, con sabores a frutas y mucho gas. —El dentista seguía mirando por la ventana—. ¿Por qué da vueltas ahí arriba esa avioneta? ¿Y quién es ese agente empapado con un bote de pintura y una botella de agua y por qué todo el mundo anda persiguiéndolo calle abajo? En fin, ahora que te tengo anestesiado, aprovecharé para ajustarte los aparatos correctores.

El doctor Faux hizo una pausa para escribir unos códigos y anotaciones en la extensa ficha dental del muchacho.

—¡No! —protestó Fonny Boy—. Me hacen daño. Los aparatos están bien, menos esas pequeñas bandas de goma que se salen a la menor ocasión.

El muchacho nunca había querido llevar aparatos correctores. También se había mostrado reacio cuando, aquel mismo año, el doctor Faux insistiera

Librodot

en quitarle cuatro dientes perfectamente sanos. Fonny Boy detestaba ir al dentista y solía quejarse a sus padres de que el hombre era un malandrín, como llamaban en la isla a los piratas.

—Un día me enseñó una foto de su cochehabía comentado el muchacho pocos días antes. Tiene un Mercedes negro enorme, y su mujer, otro, pero de diferente color. ¿Cómo es posible que tengan coches tan caros si a nosotros nos atiende siempre gratis?

Era una buena pregunta pero, como de costumbre, nadie tomaba a Fonny Boy en serio. Sus vecinos y maestros lo encontraban divertido y peculiar, y comentaban entre risas su incontrolable pasión por hacer música y cómo siempre andaba a lo largo de la orilla llena de restos y basuras en busca de tesoros.

—Dios santo —había oído comentar a su tía, Ginny Crockett, a la salida de una reciente celebración dominical en la iglesia—. Tiene metido en la cabeza que rastreando la playa acabará por encontrar un barril de dólares de plata. ¡Señor! Su pobre madre no para de reñirle, y no puedo decir que sea culpa de ella. Ha hecho lo imposible por ese chico. Y, por último, ojalá dejara de una vez de tocar esa maldita armónica.

—¡Dios te oiga! Lleva el trasto a todas partes y siempre toca esa melodía... —La amiga de Ginny dijo lo opuesto de lo que pretendía expresar, pues era opinión unánime que cuando Fonny Boy tocaba la armónica, es decir, a todas horas, no conseguía más que unos ruidos discordantes.

—Su padre debería ponerlo firme, pero siempre anda ufanándose del muchacho —respondió Ginny, quien en este caso quería decir exactamente lo que había dicho, porque el padre de Fonny Boy creía a pies juntillas que su hijo único era la envidia de la isla.

—Tan pronto te quite estos aparatos —dijo el doctor Faux mientras se ponía un par de guantes quirúrgicos que facturaría por el triple de su valor— , voy a recomendarte coronas en ocho de los dientes delanteros. ¿Estás preparado para una pequeña extracción de sangre, esta mañana? —añadió, porque Faux había descubierto que existía un buen mercado de venta de sangre a oscuros investigadores médicos que hacían estudios genéticos de poblaciones cerradas.

—¡No! —Fonny Boy saltó en el sillón y se agarró a los brazos de éste hasta que los nudillos le quedaron blancos.

—No te preocupes por las coronas, Fonny Boy. ¡Usaré aleaciones de metales preciosos y tendrás una sonrisa de un millón de dólares!

En aquel instante el viejo teléfono negro sonó en el interior de la clínica. El artilugio era de los tiempos en que los cables estaban recubiertos de aislante de paño y, como de costumbre, había muchas interferencias.

—Clínica —respondió el doctor.

—Necesito hablar con Fonny Boydijo una voz masculina entre las crepitaciones de la línea—. ¿Está ahí?

—¿Eres tú, Huracán? —preguntó el dentista al padre de Fonny Boy, al que apodaban «huracán» debido a su fuerte temperamento—. Tienes cita para una revisión y limpieza y extracción de sangre.

—¡Deje que hable con el chico antes de que me lleven los demonios!

—Es para ti —comunicó Faux a su paciente.

Fonny Boy se levantó del sillón y tomó el auricular mientras ahuyentaba una mosca letárgica.

—¿Sí?

Librodot

—Atiende. ¡Cierra la consulta como un culo apretado! ¡Cierra con llave y no dejes salir de ahí al doctor! —exclamó el padre—. De vez en cuando tenemos que hacer cosas abominables, hijo. No sabemos qué más hacer en una situación así. ¿El dentista ha vuelto a manosearte la boca?

—¡Sí! ¡No quería hacerme nada, papá!dijo Fonny Boy, que hablaba «al revés», como decían en la isla, o sea, diciendo lo contrario de lo que se pretende. Se refería, claro, a que el dentista pretendía destrozarle la boca de mala manera.

—Vamos, muchacho —el padre lo animó a no desanimarse. Vamos a darle una dosis de su propia medicina y un castigo ejemplar. Y haremos que la policía deje de andar tras nosotros continuamente. Tenemos la misma sangre, muchacho. Ahora, quédate quieto que voy enseguida.

—¡Dios bendito! —exclamó Fonny Boy, y de un salto llegó a la puerta y la cerró con una llave que estaba colgada detrás de un cuadro de Cristo apacentando a sus ovejas.

El muchacho no estaba demasiado seguro de por qué tenía que encerrar al doctor Faux en la clínica, pero el condenado dentista merecía lo que se le venía encima y resultaba emocionante saber que se estaba cociendo algo. Tangier era muy aburrida para los jóvenes, y Fonny Boy tenía sueños de encontrar un tesoro y un buen día largarse de allí. Miró por la ventana y observó una multitud de barqueros que avanzaba por la calle en formación militar; algunos de ellos blandían remos y pinzas de coger ostras.

—¡Siéntese en el sillón y cuidado con el escalón! —ordenó al dentista.

—Tengo que sacarte el algodón de la boca —recordó Faux al joven paciente—. Siéntate ahí para que te lo quite; después, si eso es lo que quieres, me sentaré yo.

El doctor supuso que la lidocaína había provocado la excitación del muchacho, precipitando un trastorno nervioso transitorio en el paciente.

Ni el dentista más experimentado podía estar seguro de qué efectos podían tener ciertos fármacos en algunos pacientes, y el doctor siempre preguntaba a los suyos si padecían alguna alergia o reacción adversa a los medicamentos. Sin embargo, era tan infrecuente que los isleños fueran sedados o sometidos a la más ligera anestesia o a otras sustancias modificadoras del estado de ánimo, salvo el alcohol que no se les permitía beber, que los pacientes del doctor Faux eran casi vírgenes en este aspecto. Por ello resultaban idóneos para experimentos con placebos y otras fórmulas que diversas empresas farmacéuticas querían probar con objeto de que la FDA los aprobara, y que donaban a gente como el dentista con ese fin. El dentista introdujo los dedos enguantados en la boca del muchacho, buscando la torunda.

—No te la habrás tragado otra vez, ¿verdad? —preguntó, preocupado.

—Sí —respondió Fonny Boy.

—Pues vas a tener el vientre revuelto un par de días. ¿Por qué has cerrado la puerta? ¿Y dónde has puesto la llave?

Fonny Boy se palpó los bolsillos para asegurarse de que la llave estaba a salvo y bien guardada. Pero no. ¿Qué había hecho de ella? Su mirada recorrió la consulta mientras unas pisadas fuertes y unas voces airadas resonaban en la calle. Excitado, Fonny Boy golpeó al dentista en las narices sin malicia, pero sí con la fuerza suficiente para que sangrara.

—¡Ay! —exclamó Faux con sorpresa y dolor—. ¿Por qué has hecho eso? —preguntó mientras los pescadores gritaban al muchacho que abriese la

puerta.

—¡No puedo! —les respondió a gritos—. ¡No sé dónde he puesto la llave! ¡No recuerdo qué he hecho con ella!

—¿Por qué me has dado ese golpe? —El doctor Faux se limpió la sangre de la nariz con un pañuelo, desconcertado e irritado.

Fonny Boy no estaba seguro, pero le había parecido importante probarse a sí mismo a través de la violencia. Le gustaba muchísimo la idea de que los pescadores vieran que había empleado la fuerza para someter al dentista. Sin duda, su padre estaría satisfecho, aunque al muchacho le hubiese gustado recordar qué había hecho de la llave mientras crecía el tumulto en el exterior.

—¡Eho! ¡Tendréis que echar la puerta abajo! —gritó a la multitud agitada.

Los pescadores le hicieron caso, e irrumpieron por la fuerza agitando los remos y las tenazas.

—¡Abajo Virginia! ¡Abajo Virginia! —era el furioso grito de guerra—. ¡Quítese de la cabeza la idea de volver al continente, doctor Faux! ¿Entendido? ¡Dése preso!

—¡Démosle lo que se merece!

—¡Eso, eso!

—¿Oye eso, doctor? ¿Qué se siente, siendo usted quien ocupa el sillón?

—¡Démosle una buena somanta!

—¡Ya lo he hecho yo! —exclamó Fonny Boy, ufano—. ¡Le he arreado en la nariz y se ha caído de culo! —se vanaglorió.

—¡Deberíamos arrancarle los dientes uno a uno! ¡Recordad cómo le gusta a él sacarnos los nuestros uno detrás de otro!

—¡Una buena paliza, se merece! ¡Y atarlo bien y echarlo a los cangrejos para que se lo coman!

—¡Y no vas a salir de aquí, te lo juro!

¡Maldita sea si no te lo estabas buscando! ¿Oyes bien, doctor?

—¡Un momento! —protestó Faux con voz lo bastante audible como para silenciar por un momento a los isleños, al tiempo que se acurrucaba en el sillón y se frotaba la nariz—. ¡Claro que oigo! ¡Y lo que oigo es, primero, que estáis furiosos con Virginia, pero luego, de pronto, os volvéis contra mí! ¡Aclaraos de una vez!

—¡Estamos furiosos con todos vosotros, los de tierra firme! —decidió una voz—. No hay nadie de tierra firme que no se aproveche de nosotros.

—Bien, pero si estáis completamente decididos a secuestrarme —se apresuró a reflexionar el doctor con equívoca intención—, vuestro plan sólo funcionará si mandáis aviso al gobernador. De lo contrario nadie sabrá que estoy aquí y, entonces, ¿de que os serviría tenerme encerrado? Y respecto a vuestras acusaciones, injustas y desagradecidas, sobre cómo me he ocupado de vuestras necesidades dentales, debo recordaros que llevo muchos años viniendo aquí con mi corazón lleno de bondad y que, sin mí, no tendríais dentista alguno.

—¡Mejor ninguno que tú!

—Mi mujer aún tendría todos sus dientes. Y a mí me duele la muela cada vez que le llega una corriente de aire. ¡Una muela que tú me arreglaste!

Uno de los barqueros albergaba ciertas dudas sobre lo que estaban haciendo y dejó el remo en la pared.

Bueno, quizá deberíamos tratar esto de otra manera. Tampoco queremos problemas...

Librodot

—Exacto —asintió Faux—. Lo que hacéis conmigo se llama «proyectar». Estáis furiosos con el gobernador, y no diré que os falta razón. Es evidente que se os está persiguiendo y discriminando como de costumbre, y no estoy seguro de para qué son esas rayas que han pintado, pero sin duda no auguran nada bueno para vosotros.

—No, seguro que no será para ningún asunto que nos beneficie.

—¡No escuchéis lo que dice! —Fonny Boy tomó la iniciativa—. Viene de la costa y ¿no os resulta extraño que los agentes y él llegaran al mismo tiempo? ¡Está espiándonos, eso es lo que hace!

—Joder! ¿Qué te lleva a pensar que nos está espiando, muchacho? —preguntó el padre de Fonny Boy con furia y resentimiento crecientes.

—Espía la caza ilegal y los ingresos no declarados, y luego va por ahí contando mentiras sobre los sementales, las hembras y las ostras. Dentro de nada sacarán una ley que nos prohíba sacar nada más del mar —continuó Fonny Boy, sin aportar la menor prueba de lo que decía.

¿Te lo ha contado este cabronazo? —preguntó el padre del muchacho al tiempo que volvía la cara hacia el dentista.

—¡Sí! ¡Que me muera si no lo ha dicho!

—¿Qué palabras te dijo, exactamente?

Fonny Boy se encogió de hombros y su increíble declaración quedó en nada, pero la semilla va estaba plantada.

—No podemos correr riesgos —dijo otra voz.

—¡No!

—¡No, claro que no!

—El gobernador ya nos ha recortado la pesca de cangrejos y, ahora que se acerca la campaña de la ostra, ¿qué pasará si nos imponen otra veda? Entonces sí que nos quedaremos con los bolsillos vacíos. No sacaremos ni un centavo.

—¡No es justo!

—¡No, desde luego que no lo es!

—Yo digo que le dejemos hacer una llamada para que cuente nuestras intenciones —sugirió el padre de Fonny Boy con voz airada.

—¿Y a quién va a llamar?

—Que hable con la policía y ya está. Han sido ellos los que han pintado esas rayas en la calle. Y quizás el dentista nos espíe para la policía por cuenta del gobernador.

Pusieron el viejo teléfono negro en manos de Faux y, después de llamar al servicio de información y pasar por varios filtros, el dentista consiguió hablar con la superintendente Hammer y rezó para que a ésta no se le ocurriera repasar sus antecedentes.

—¿Quién es? —preguntó Hammer, y escuchó un murmullo airado al otro lado de la línea.

—Soy un dentista de tierra firme —respondió la voz de Faux—. Me ocupo de la isla Tangier y ahora me encuentro aquí, metido en un buen problema porque ese agente suyo ha pintado unas rayas en Janders Road y el gobernador quiere quedarse la isla para convertirla en una pista de carreras.

¿De qué demonios está hablando? —inquirió Hammer, dispuesta a colgar el auricular de inmediato; el presunto dentista era sin duda un chiflado, pero ella se contuvo v decidió que tal vez debiera escucharlo— Las líneas son un control de velocidad y forman parte del nuevo programa VASCAR que ha puesto en marcha el gobernador.

—Si no eliminan esas rayas ya mismo y no firman un acuerdo que prohíba que los agentes del Estado, los guardacostas y demás personal sigan molestando a los residentes de la isla, van a retenerme aquí, prisionero contra mi voluntad.

—¿Quién es usted? —preguntó Hammer, que tomaba notas en su mesa.

—No me dejan que le diga mi nombre —respondió la voz.

—¡Abajo Virginia! —gritó en segundo término alguien con un extraño acento.

—Aquí nadie votó por el gobernador, que yo recuerde.

—No hacemos más que pescar con nuestras barcas y llevamos una vida honrada, ¿y qué sacamos con eso? ¡Rayas en las calles y a ese sacamuelas que nos deja a todos sin dientes!

—¡Yo no os he sacado todos los dientes! —protestó el dentista con la mano sobre el micrófono, aunque Hammer lo oyó a él y a todos los dermas.

—Muy bien— dijo la superintendente con voz autoritaria—. ¿Y qué quiere de nosotros, exactamente? Estoy desconcertada.

Al otro extremo de la línea, un largo silencio siguió a la pregunta.

—¡Hola! —insistió.

—Estamos hartos de que se entrometan en nuestras vidas —oyó que decía alguien—. ¡Habla con ella y que le diga al gobernador que estábamos muy bien hasta ahora y lo que queremos es la independencia de Virginia!

—¡Eso es!

—¡Sí, eso! ¡Que no vuelvan por la isla la policía ni los recaudadores! ¡Queremos la independencia!

—¡Basta de impuestos! ¡Ni un centavo!

—¡Y basta de decirnos que reduzcamos las capturas!

—¡Sí!

—Bueno, ya los ha oído —dijo el dentista a Hammer—. No más restricciones a la pesca ni impuestos estatales ni intervenciones ni interferencias. La isla Tangier quiere independizarse de Virginia. Y… —añadió bajando la voz en tono conspiratorio—, y el rescate por mi liberación es de cincuenta mil dólares en billetes sin marcar, que enviarán por correo urgente al apartado tres, dieciséis de Reedville. Por favor, cumplan las exigencias inmediatamente. Estas gentes me retienen en la consulta médica y ya me han golpeado; estoy sangrando y mi vida corre peligro…

Antes de que Hammer pudiera responder a lo que interpretaba como un ejemplo de locura o de evidente extorsión, el dentista colgó. La superintendente intentó dar con Andy, sin éxito, y le dejó un mensaje en el contestador explicando lo que había sucedido.

—Tu ensayo sobre las momias ha causado un daño considerable —añadió al término del mensaje grabado—, aunque no puedo asegurar que nadie de la isla lo haya leído. Pero, desde luego, has preparado la escena de tal modo que la gente piensa que Tangier es objeto de persecución por parte de Virginia. Será mejor que hagas algo para arreglar las cosas, Andy. Llámame.

Andy no encontró el mensaje hasta entrada la noche. Después de que Macovich y él volaran de regreso a Richmond, se había apresurado a organizar una misión secreta para la que necesitó un disfraz y un helicóptero civil, que le prestaron. Había pasado el resto del día en la isla, recogiendo información, y cuando por fin llegó a casa era casi medianoche. Repasó el buzón de voz y devolvió la llamada a Hammer, a quien despertó.

—Dios mío —murmuró enseguida—. ¡No tenía ni idea! De haberlo

Librodot

sabido...

—¿Dónde diablos has estado? —le respondió la voz adormilada de Hammer desde el otro extremo de la línea.

—No puedo decírtelo —dijo Andy—. En este momento, no puedo. Sé que debo parecerte insolente e injusto, pero estuve investigando un asunto que en este momento no tengo tiempo de explicarte. Te bastará con saber que cuando esbocé los ensayos que tenía previsto escribir en la página web, mi temario no incluía la isla Tangier ni el fraude dental, de forma que he estado ocupado, y mucho, intentando averiguar todo lo posible sobre los isleños y he tenido que desconectar el teléfono y ponerme a escribir...

—¡Andy! —Hammer ya estaba muy despierta y ofendida—. ¡No puedes ocultarme secretos! ¿Dónde estuviste metido todo el día? ¿Has oído la noticia? Por lo visto no —añadió con emoción—. Una mujer fue asesinada brutalmente en la isla Belle y el asesino escribió tu nombre en el cuerpo de la víctima.

—¿Mi nombre? ¿A qué diablos te refieres con lo de mi nombre?

—Me refiero al de Agente Verdad.

—¿Que alguien ha grabado «Agente Verdad» en el cuerpo de la muerta? —Andy se quedó atónito—. ¿ Qué...? ¿Qué...?

—No sé nada más. Pero, maldita sea, creo que sería una excelente idea que olvidaras ahora mismo toda esa mierda del Agente Verdad y volvieras a las tareas normales de policía antes de que se produzcan males mayores.

—No me eches la culpa de lo que ha hecho un asesino perturbado. Por mucho que lo sienta por la víctima, no tengo nada que ver con su muerte y prometo colaborar en todo. Escucha, llegamos a un acuerdo y me diste tu palabra —le recordó Andy—. Y no olvides lo que te dije hace un año cuando hablamos de todo esto. Si dices la verdad, las fuerzas del mal se disgustan y suceden cosas malas, pero al final la verdad triunfa.

—Andy, por el amor de Dios! —replicó Hammer en tono de impaciencia—. Por favor, no me vengas con otra de tus lecciones de filosofía barata.

—Eso duele —señaló Andy, herido y molesto aunque más decidido que nunca—. Lee al Agente Verdad por la mañana y quizás hablemos después.

BREVE HISTORIA DE LA ISLA TANGIER por el Agente Verdad

Aunque en este momento pueda desear lo contrario, la isla Tangier forma parte del territorio de Virginia y viene perteneciendo a éste desde 1608, cuando John Smith y siete soldados, tres caballeros y un doctor exploraron la bahía de Chesapeake en una gabarra abierta de tres toneladas.

En su búsqueda de buenos puertos y asentamientos se encontraron en medio de numerosas islas, a las que denominaron islas Russell. Y cuando cruzaron la bahía hasta la costa oriental, vieron frente a ellos a dos ceñudos y recios nativos, o «salvajes», como los llamó Smith, que llevaban largas pértigas con punta de hueso.

«¿Quiénes sois y que os proponéis?», preguntaron valientemente los nativos en la lengua de Powhatan, llamada así porque era la que hablaba el gran jefe, padre de Pocahontas.

Smith les respondió en su propio idioma, lo cual impresionó considerablemente a los salvajes.

Y aquí hago una pausa para referirme un momento a la importancia de la comunicación, un tema que me parece muy oportuno en vista de lo que

sucedió ayer en esa misma isla (Tangier) que Smith descubrió. Ningún gobierno, incluido el de Virginia, debería hacer leyes y tomar iniciativas que afecten a una gente que dice lo contrario de lo que quiere decir. Si un isleño dice, por ejemplo: «¡Vaya, muy bonito!» o «No llueve nada», tal vez esté afirmando que cae un diluvio, como bien explica el tangierano David L. Shores en su obra definitiva, Isla Tangier: el lugar; la gente y el habla.

Pues bien, en los viejos tiempos cuando un isleño quería decir lo contrario de lo que decía, lo indicaba añadiendo un «al revés», con lo cual se entendía el sentido. Al decir: «No llueve nada, al revés», venía a afirmar que estaba lloviendo a cántaros. Ahora ya no. Sólo quien conoce a fondo el uso de la inflexión en el tono y de la expresión facial de los isleños puede detectar qué dice en realidad uno de esos pescadores si declara: «No tengo interés en ir» o «Eso es una miserable ostra».

Un amigo mío, conocido de los isleños y a quien en adelante me referiré como «mi sabio confidente», me comentaba:

Supongo que te plantearás si ya que la reacción de la gente ante los controles de velocidad del VASCAR fue un: «¡Vaya, muy gracioso!», quizás en realidad estuvieran expresando que los controles de velocidad no tienen nada de gracioso y que están furiosos contra ellos. Por lo que me has contado, es evidente que esa isleña, Ginny Crockett, estaba muy molesta, aunque a ese policía le dijera exactamente lo contrario.

—Ni más ni menos —asentí—. El gobernador no debería hacer nada por o en esa isla sin entender muy bien la cuestión del «habla al revés». Y para mí está muy claro que la Administración del gobernador está muy habituada a decir lo contrario de lo que piensa, pero no de esta manera. Y acaba de tomar una decisión brillante.

—Pero —señaló mi sabio confidente— advierto una inflexión forzada en tu voz y un tono exageradamente agudo, y has prolongado las palabras levantando la barbilla mientras arqueabas las cejas al decir «acaba de tomar una decisión brillante». ¿Significa eso que querías decir lo contrario?

—¡Ah! Estaba probándote para ver si captabas la idea —repliqué—. No se trata de lo que dices, sino de cómo lo dices.

—Me pregunto si John Smith ya tendría una dificultad parecida al tratar con los salvajes —musitó mi interlocutor—. Quizás esos salvajes también hablaban al revés.

—Bueno, seguro que muchas veces era más importante cómo decían las cosas que lo que contaban —respondí.

Tras una visita amistosa a los salvajes, Smith zarpó de nuevo siguiendo otras caletas de la costa, cuando de pronto «se produjo un tremendo temporal de viento, lluvia, truenos y relámpagos; y sólo con gran peligro escapamos de la furia inmisericorde de aquellas aguas agitadas como un océano», en palabras del propio Smith. Para salvar la vida, los expedicionarios buscaron refugio en una de las muchas islas que Smith denominaba Russell.

Cuando zarparon otra vez, se abatió sobre la barcaza una segunda tormenta que arrancó el mástil y la vela y estuvieron a punto de hundirse mientras achicaban agua frenéticamente. Durante dos días esperaron a que pasara la tempestad y buscaron agua potable en un lugar deshabitado que Smith bautizó como isla del Limbo. Finalmente repararon las velas con sus propias camisas y emprendieron el regreso a Jamestown.

Al parecer, muchos eruditos consideran que Tangier era una de las islas

Librodot

Russell. Sin embargo, yo me pregunto, después de estudiar diferentes mapas antiguos y una carta de vuelo moderna, si no es posible que Tangier sea, en realidad, esa isla Limbo, lo cual explicaría la tendencia de los isleños a decir lo contrario de lo que pretenden dar a entender. Y, si bien no me es posible ofrecer demasiadas pruebas que lo demuestren, no creo que los historiadores puedan descartar por completo tal posibilidad. Si uno toma una carta de navegación aérea oficial de esa zona, se observa que Tangier y Limbo están a unos pocos minutos de vuelo en helicóptero.

Para investigar mejor, decidí ir en helicóptero a Jamestown y, desde allí, registrar las coordenadas exactas de la travesía de Smith si éste había de viajar de Jamestown a Tangier, regresar al punto de partida y, luego, navegar a Limbo. Observe usted, lector, las coordenadas geográficas correspondientes a Jamestown, Tangier y Limbo que me facilitó el sistema GPS cuando sobrevolé cada punto. Tras exponer la tabla, procederé a explicar su significado:

	ISLA JAMESTOWN	ISLA TANGIER	ISLA LIMBO
LATITUD	37*12' 47"	37*49' 51"	37*55' 75"
LONGITUD	76*46' 66"	75*59' 87"	76*01' 58"

Queda claro que Tangier y Limbo no están muy lejos la una de la otra. Así, la hipótesis que le propongo, lector, es que imaginen a Smith y a sus hombres en la barcaza abierta, con vientos terribles, truenos, visibilidad nula... ¿Cómo podía estar Smith tan seguro de que, cuando decidió buscar refugio en lo que llamó Tangier, no se hallaba en realidad en la isla Limbo? Tengo una razonable certeza de que, si yo hubiese volado en el helicóptero con un par de tragos de whisky, habría podido terminar tanto en Limbo como en cualquier otra parte.

Nunca sabremos si Tangier es en realidad esa isla Limbo. Dudo que el propio Smith, si viviera hoy, pudiera decírnoslo. Pero no tengo duda de que si visitara Tangier en la actualidad, se sentiría en cualquier caso como si estuviera en el limbo.

Si Tangier es en efecto esa isla Limbo, me gustaría que hubiera mantenido su viejo nombre. Creo que la isla Limbo habría desarrollado un mercado turístico sólido y especializado, atrayendo a visitantes que hoy no están en un sitio ni en el otro y a los que les gustaría perderse en medio de ninguna parte para dedicarse a la buena vida durante un tiempo. Y también creo que el gobernador de Virginia no se habría puesto a pintar rayas de control de velocidad en un lugar llamado Limbo y que la gente de Limbo no se habría molestado como ha sucedido.

¡*Tengan cuidado ahí afuera!*

7

Andy medía la impaciencia de Hammer por el ritmo del tamborileo de sus dedos sobre el escritorio. En aquel momento interpretaba un fuerte staccato encima del secante mientras escuchaba al joven, que le informaba sobre

Librodot

Tangier y le explicaba que la revuelta guardaba relación con el pasado del lugar, ya que en ese instante el agente no tenía motivos para saber que sus comentarios sobre las malas prácticas dentales habían enfurecido a los isleños tanto como los controles de velocidad.

Pero si mucha de esa gente ni siquiera conoce su pasado y tampoco ha oído hablar de John Smith —replicó Hammer al otro lado del escritorio, desde donde tenía una excelente vista de la calzada circular que rodeaba los edificios oficiales y de las banderas que ondeaban en mástiles altos.

—Yo no los infravaloraría, jefa. Lo único que hago es ponerte en antecedentes —dijo Andy, con el uniforme empapado de sudor y temeroso de lo que Hammer iba a decirle acerca de su último artículo como el Agente Verdad—. En mi opinión, los isleños están programados para pensar que los de afuera son malandrines que llegan para robarles la isla y todo lo que hay en ella; más o menos, lo que debían sentir los nativos norteamericanos cuando los ingleses desembarcaron en Jamestown y empezaron a construir el fuerte.

—¿Malandrines? —Hammer frunció el ceño.

—Es la palabra que usan los isleños para designar a los piratas.

—¡Jesús! —gruñó ella.

Windy Brees apareció de repente en la oficina de Hammer con una expresión excitada en su rostro maquillado y un paquete de UPS clavado en sus uñas pintadas de rojo brillante.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó Windy—. Nunca adivinaría lo que ha pasado.

—Dímelo tú —dijo Hammer con impaciencia. No soportaba las adivinanzas de su secretaria.

—¡Tenemos problemas como para parar un camión! —dijo Windy, jadeante—. Ha desaparecido un dentista que trabaja con esos isleños: Ayer fue a la isla, como solía hacer, y su mujer ha denunciado su ausencia a la policía de Reedville. Les dijo que su marido no había regresado en el ferry, y cuando llamaron a la clínica dental un chico que hablaba muy raro dijo que el dentista había sido tomado como rehén hasta que el gobernador reconociera la independencia de la isla, o algo así.

—Sí, ya estaba al corriente de eso. Al parecer, los isleños han capturado al dentista y lo tienen secuestrado en el consultorio.

—¿En el consultorio? —preguntó Andy, presa de una desagradable sensación.

—Eso es lo que me dijo el dentista. Los secuestradores le han permitido hacer una llamada —explicó Hammer—. Pero no sé su nombre, me dijo que no podía dármelo.

—Sherman Fa.. —intervino Windy—. Se escribe muy raro. —Miró su bloc de notas y deletreó—: F-A-U-X.

—No importa cómo se escriba —la interrumpió Hammer—. Andy, ¿no viste por casualidad a ese dentista mientras pintabas el control de velocidad?

—No —respondió, sin mencionar que tampoco lo había visto cuando regresó disfrazado a la isla, pero que probablemente estuviera a diez metros de él porque uno de los lugares que había visitado era la clínica dental.

Tenía que hablarle a Hammer de su misión secreta, pero pensó que sería mejor hacerlo cuando ella estuviera de mejor humor.

—Había un grupo de barqueros manifestándose en Janders Road —añadió—, lo cual no me sorprende en absoluto; los isleños tienen una larga

Librodot

historia de rencor y aislamiento. Por mucho que yo admire a Thomas Jefferson, debo reconocer que no contribuyó a que las cosas se arreglasen cuando, durante la guerra de la Independencia, ordenó requisar todos los barcos de la isla y bloquear la llegada de suministros. Consideró que Tangier era un país enemigo, como si la isla no formara parte de la mismísima Commonwealth que él gobernaba y...

—Bueno, pero me temo que en este momento no podemos recurrir al señor Jefferson para que nos ayude —lo interrumpió Hammer con frialdad al tiempo que se ponía en pie.

—Según cómo mejor que no se pueda, si tenía esa postura respecto a la isla —comentó Andy, que a duras penas había logrado escapar en el helicóptero Bell 407 tras ser perseguido por los barqueros en Janders Road, cruzar varios puentes peatonales e innumerables marjales y llegar por fin a la diminuta pista donde el agente Macovich lo aguardaba con el motor en marcha.

—¡Tenemos que volver aquí más tarde! —había gritado Andy a Macovich mientras éste, frenético, despegaba y se elevaba en el aire para alejarse a toda prisa.

—¡Estás loco de atar, tío! La voz de Macovich resonó con fuerza en los auriculares de Andy justo en el momento en que una piedra impactaba contra el patín—. ¡No volveremos! ¡Esa gentuza nos está tirando cosas! ¡Confiemos en que no toquen las palas de la hélice!

Eso no ocurrió, porque el 407 era muy potente y enseguida estuvo fuera del alcance de los isleños.

—Mira, lo que pasa es que no he terminado —intentó explicar Andy mientras observaba cómo la furiosa multitud empequeñecía hasta parecer una comitiva de hormigas.

—¿No has terminado de pintar las rayas, tío? Mierda. Pues es una lástima —dijo Macovich—, porque yo no pienso volver si no es a comprar cangrejos para el gran hombre. Y si tú no piensas comprar nada, mejor será que no vuelvas o acabarás de carnaza para los cangrejos.

—Bueno —lo tranquilizó Andy—. Creo que ahí abajo hay un caso grave de fraude dental, pero yo me ocuparé de eso.

Andy no había terminado por servir de carnaza para los cangrejos ni tampoco había sido lo bastante estúpido como para volver a la isla con el mismo helicóptero, en el que claramente se leía: «Policía Estatal». Había sido astuto, pidiendo a un compañero suyo de la empresa de fletado de aviones Heloir que le prestara un Long Ranger sin distintivos.

—¡Andy! —Hammer dejó de deambular por la oficina y le lanzó una mirada acusadora—. ¿Estás todavía aquí o te has marchado sin avisar?

—Lo siento —se disculpó él—. Pensaba en los isleños y en cómo aflora en ellos lo que sienten hacia nosotros cuando no les compramos marisco o cualquier souvenir. Cuando despegamos, incluso lanzaron piedras contra el helicóptero.

—¡Qué horror! —exclamó Windy con ampulosa emoción—. Podían haberle matado. Quiero decir que tirar piedras contra un helicóptero es algo un poco más serio que una travesura infantil, ¿verdad? —A Windy le habría gustado que Andy fuese más mayor y la invitase a salir algún día—. Nunca se me ocurriría visitar una isla donde te tiran piedras y hablan del revés.

—Veo que has leído al Agente Verdad esta mañana —comentó Hammer en tono irónico mientras Andy fingía ignorancia.

Librodot

—No me lo perdería por nada del cielo —suspiró Windy—. Me gustaría que pusiera una foto suya en la página; me muero por saber qué aspecto tiene.

—Lo más probable es que parezca una rata de biblioteca. —Andy fingió una actitud crítica con el Agente Verdad, no exenta de envidia—. Ya sabes cómo son todos esos locos de la informática. Además, estoy harto de oír que si el Agente Verdad esto y que si el Agente Verdad lo otro. Cualquiera diría, ni que fuera Elvis Presley.

—Yo no digo que sea Elvis y, después de lo que he leído esta mañana, ya no pienso que sea el gobernador bajo un seudónimo —anunció Windy—. Si el gobernador fuera el Agente Verdad no criticaría al gobernador, porque eso equivaldría a criticarse a sí mismo y...

—¿Qué más sabemos del dentista secuestrado? —la interrumpió Hammer, que empezó a deambular de nuevo por la estancia alfombrada al tiempo que pensaba lo mucho que le habría gustado atarle la lengua a Windy.

—Nació en Reedville y trabaja como voluntario en la isla Tangier desde hace más de diez años, pero no le gusta que nadie lo sepa. Al menos eso es lo que dice la policía que afirma su esposa —respondió la secretaria—. Profesionalmente, no le ayudaría en nada que sus pacientes de Reedville supieran que ha adquirido toda su experiencia con los habitantes de Tangier. Pero, al menos, ese hombre entiende lo que dicen y piensa como ellos.

—¿Cómo sabes lo que entiende o lo que piensa? —Hammer era contraria a las suposiciones y se encontraba rodeada de ellas muy a menudo.

—Ya sabe el refrán, dime con quién te juntas... —le recordó Windy—. En esa isla todo el mundo piensa igual y, para arreglarles los dientes, él tiene que pensar igual que ellos. Además, la policía de Reedville dijo que ese doctor Faux no tiene dirección, sólo un apartado de correos, y su mujer afirma que no existen fotos de él porque él no permite que se las tomen. Y también que... —Windy consultó sus notas— que en su permiso de conducir no consta el número de la tarjeta de la seguridad social y que tiene contestador automático en todos los teléfonos y que cuando se va de vacaciones con la familia a algún lugar exótico nunca le dice a nadie adónde va.

—Creo que deberíamos hacer algunas comprobaciones sobre ese hombre—sugirió Andy, como si la idea acabara de ocurrírsele—. Me huelo que oculta algo. ¿Y su estilo de vida? ¿Tiene dinero?

—A mares —dijo Windy—. La policía me dijo que posee una casa enorme, muchos coches y una escuela privada.

—¿Y cómo sabe la policía que es una casa enorme, si no se le conoce un domicilio fijo? —preguntó Andy.

—Oh, Reedville es un sito muy pequeño y todo el mundo sabe dónde vive cada cual. Además, una casa enorme siempre llama la atención.

—A mí me pareció algo sospechoso cuando me dijo que los isleños pedían cincuenta mil dólares en efectivo, que debían enviarse a un apartado de correos de Reedville. —Hammer no paraba de recorrer el despacho—. También dijo que pedían que se levantaran todas las restricciones.

—Comprendo —dijo Andy—. 0 sea que quieren que levantemos la congelación de concesión de licencias para la pesca de cangrejos.

Hammer se acercó al escritorio y cogió unos cuantos papeles. Los hojeó esperando encontrar la respuesta del gobernador a sus llamadas, pero no fue así. No había ni un solo mensaje que indicara que había intentado po-

Librodot

nerse en contacto con ella o que admitiese siquiera haber recibido las llamadas de la superintendente.

—Y estoy seguro de que esperan que quitemos los controles de velocidad e impidamos que llegue la NASCAR. Creen que vamos a convertir la isla en una pista de carreras —Andy explicó a Hammer.

—Ya veo. ¿Y cómo es posible que piensen eso? —preguntó Hammer elevando la voz—. Esa isla no puede acoger a ciento cincuenta mil aficionados. No hay sitio para los coches ni modo de trasladarlos hasta allí con pilotos y mecánicos incluidos. Eso por no hablar de los patrocinadores: ningún fabricante de cerveza o cigarrillos querrán que gente como Dale Earnhardt Jr. o Rusty Wallace corran en un lugar donde beber y fumar se considera pecado. Y Tangier apenas está sobre el nivel del mar, con lo cual la pista se inundaría. ¿Por qué demonios les dijiste que vamos a llevar la NASCAR, Andy?

—Yo no lo dije. Yo hablé del VASCAR, no de la NASCAR, pero una isleña confundió los términos, como le ocurre a tanta otra gente.

—Pues estoy segura de que también nos exigirán que acabemos con el santuario de los cangrejos. —Hammer continuaba obsesionada por cómo la evitaba el gobernador—. Nunca nos han perdonado ni nos perdonarán la decisión de que la bahía de Chesapeake quede fuera de los límites permitidos a los pescadores. —Una parte de ella hablaba mientras la otra estaba cada vez más enojada con el gobernador. Era indudable que si ella hubiese sido más joven o fuera un hombre, el gobernador no habría dudado en atenderla. Tendremos que de-volverles el santuario, o retirar la ley o bien pasar por los procesos legales pertinentes.

—Superintendente Hammer? —la voz de Windy se coló en la discusión como una desagradable ventolera. Esta mañana lo primero que he hecho al llegar ha sido llamar al gobernador, y me han dicho que está reunido y que no puede hablar con nadie.

—Mentira —dijo Hammer, mirando el pequeño paquete envuelto en papel marrón que sostenía la secretaria. ¿Eso es para mí? ¿Quién me lo envía?

—Sí. El remitente es Major Trader. ¿Quiere que lo abra?

—¿Ha pasado por rayos X? —preguntó Hammer.

—Por supuesto. Ya sabe que no juzgamos una caja por su envoltorio. —Windy arrancó el papel—. !Oh, mire! Bombones caseros y una nota que dice... Sacó una tarjeta y leyó—: «Con los mejores deseos, el gobernador Crimm».

—Qué extraño —comentó Andy, sabedor de que Crimm nunca tenía en cuenta a Hammer, y mucho menos le hacía regalos—. Creo que será mejor que me lleve esto.

—¿Por qué?preguntó Hammer, perpleja. —Porque es muy sospechoso y quiero examinarlo —respondió Andy.

—Nada más por ahora, Windy —decidió Hammer al tiempo que le indicaba con un gesto que se retirase—. Llama a la oficina del gobernador, y a ver si puede ponerse al teléfono de una maldita vez.

Windy se sintió decepcionada e infeliz al ver que su jefa proscribía su presencia. Ojalá Hammer no hubiese perdido su pobre perrita. Ya nunca estaba de buen humor. Mientras salía, Andy le guiñó un ojo para animarla.

—A los isleños, el santuario les importa bien poco —dijo Andy mientras se guardaba los bombones en el bolsillo—. Sería una estupidez que se preocupasen por el santuario, ya que ellos no pescan en esa zona de la

Librodot

bahía.

En realidad, Hammer sabía muy poco de la pesca y de las leyes que regulaban esa actividad. La industria pesquera quedaba fuera de la jurisdicción de la policía estatal; el asunto correspondía a la guardia costera. A menos que los pescadores cometieran delitos graves en carreteras o autopistas, que era justo lo que había sucedido con la manifestación de Janders Road, el secuestro del dentista y la amenaza de traición. Reprimió la parte de ella que seguía enojada con el gobernador.

—Háblame de ese santuario —dijo al tiempo que volvía a sentarse al escritorio. Y cuéntame todo lo que sepas de por qué los isleños odian Virginia.

Andy le contó que Tangier se había vuelto cada vez más hostil hacia el resto de la Commonwealth desde que una reciente asamblea general aprobara una serie de leyes que apoyaban totalmente la causa de los cangrejos y no la de los isleños que los pescaban. Era cierto, sin embargo, que los cangrejos escaseaban cada vez más.

—En enero un pescador tuvo que testificar ante los legisladores, y reconoció que el número de nasas necesarios para capturar cien cangrejos azules había pasado de diez a cincuenta —explicó Andy—. Y el año pasado las capturas de cangrejo de cáscara dura descendieron por debajo de las siete mil toneladas, y la tendencia a la baja continúa.

Palabras tan duras como «explotación intensiva», sobreexplotación» y «exceso de capitalización» se pronunciaron en Buren Stringle, sede de la asociación de pescadores, y en la única comisaría de policía de la isla. Los legisladores establecieron un límite en el número de nasas que un pescador podía calar en las aguas del Estado. A continuación, se creó una Comisión Consultiva del Cangrejo Azul, que endureció aún más las restricciones al declarar que todas las nasas se etiquetarían para que a la patrulla de vigilancia le resultara más fácil contarlas y saber quién pretendía engañarles. El santuario se amplió ciento setenta kilómetros cuadrados de mar de unos treinta metros de profundidad, desde la línea de Maryland hasta la desembocadura de la bahía de Chesapeake, cerca de la playa de Virginia; una hábil maniobra política destinada a permitir que un millón más de cangrejos cargados de huevas llegaran sanos y salvos a la zona de desove.

En realidad, el santuario no hace ningún bien —resumió Andy. La zona de la bahía que se considera fuera de límites es muy honda y se necesitaría muchísima cuerda para cada nasa. Los pescadores han mantenido en secreto esta información y nadie en la costa, salvo yo, sabe que la isla Tangier no tiene ningún interés en el santuario ni se opone a él. Mientras, en la época de desove los cangrejos siguen desplazándose a su zona habitual, indiferentes a esa nueva protección y sin percatarse de ella.

—Muy bien, pues olvida lo del santuario —dijo Hammer, decepcionada—. Pero no veo qué influencia podemos tener, Andy. De la forma que lo has descrito, a Virginia no le interesa la situación de los pescadores y a los pescadores tampoco les interesan los problemas de Virginia.

Esta es la madre de todos los problemas —comentó Andy—: El desinterés.

No nos pongamos demasiado cínicos.

—Lo que necesitamos es una buena legislación comunitaria al viejo estilo —dijo—. Y eso yo puedo lograrlo a través del Agente Verdad.

—Oh, no —le advirtió ella. No más...

Librodot

—¡Sí! —la contradijo Andy—. Probémoslo, al menos. El Agente Verdad puede pedir a sus lectores que nos ayuden en nuestros casos.

—¡Incluida Popeye! —La voz de Windy sonó de repente en el umbral de la puerta—. Oh, ¿no sería maravilloso que el Agente Verdad nos ayudara a encontrar a Popeye?

—¿Qué? —preguntó Andy, asombrado—. ¿Qué quieres decir con eso de encontrar a Popeye?

Los ojos de Hammer se llenaron de tristeza.

—No se enfade conmigo —le dijo Windy—. Ya sé que piensa que acabo de divulgar un secreto, pero tal vez así podamos encontrar a Popeye. Quizá no sea demasiado tarde; aunque desapareciera hace meses, después de que la dejara salir a hacer pipí.

—Ya basta, Windy —dijo Hammer de nuevo—. Márchate, por favor, y cierra la puerta.

—Sí, de acuerdo, pero ahora mismo enviaré un correo electrónico al Agente Verdad y le contaré lo de Popeye.

Windy salió y cerró la puerta. Hammer suspiró.

—Cómo has podido? —le susurró Andy, enojado y profundamente entristecido por la noticia que Hammer nunca le había contado. ¿Por qué no me llamaste cuando Popeye desapareció?

—Estabas fuera, en uno de tus viajes de investigación, Andy —respondió Hammer, frustrada—. Y no sé por qué... Bueno, sí, es que no he querido hablar con nadie del asunto porque no puede hacerse nada al respecto. Espera —alzó la mano—. ¿Qué quieres ahora, Windy? —preguntó a su secretaria, que acababa de abrir la puerta.

—El detective Slipper, de Richmond, está al teléfono —anunció Windy.

—Gracias. —Esperó que Windy cerrara de nuevo la puerta y, al coger el teléfono, lanzó una mirada ominosa a Andy y dijo—: Aquí Hammer.

Escuchó y tomó notas en una libreta durante un buen rato y, por su expresión, Andy vio que le estaban diciendo algo muy serio y desagradable. De hecho, Hammer parecía sentirse desconcertada.

—Como le dije ayer —explicó finalmente, nadie sabe quién es ese hombre. Pero yo no sacaría conclusiones precipitadas sólo porque se haga llamar Agente Verdad... Si, de acuerdo. Por supuesto que tiene que seguir todas las pistas y por supuesto que le tendré informado. Y por favor, manténgame al corriente. —Colgó y miró a Andy con expresión preocupada y ansiosa—: Era el detective que investiga el asesinato... La mujer que encontraron en la isla Belle. Acaban de identificarla.

—Quién era? —preguntó Andy.

—Se llamaba Trish Trash. Una mujer blanca de veintidós años. Al parecer, era funcionaria del Estado; una lesbiana en el armario que ligaba con mujeres en bares de la zona, utilizando seudónimos.

—¿Y qué más sabemos de ella? —preguntó Andy con impaciencia y sorpresa.

Hammer explicó que la policía de la ciudad creía que se trataba de un crimen homofóbico, cometido por un hombre, posiblemente por el Agente Verdad, quienquiera que éste fuera.

—¡Pero eso es una locura! gritó Andy. Yo estaba... Es imposible que yo la...

—¡Pues claro que no has sido tú! —replicó Hammer al tiempo que se levantaba y empezaba a deambular de nuevo por la habitación—. ¡Dios mío! Ya sabía yo que no era una buena idea... Y se acabó lo de esos malditos ar-

tículos.

—¡No! No puedes castigarme por lo que haya hecho un gilipollas. —Andy se puso en pie de un salto y la tomó por el brazo, sin brusquedad pero con firmeza—. Escucha —bajó la voz—. Por favor, haré lo posible por arreglar todo esto y veré en qué puedo ayudar. Nunca he oído hablar de esa Trish Trash, y no comprendo por qué la relacionan conmigo o con el Agente Verdad. Bueno, lo único que espero es que la policía de Richmond no cometa la estupidez de divulgar ese detalle del Agente Verdad a los medios.

Andy se hallaba fuera de sí. En caso de verse obligado a revelar la auténtica identidad del Agente Verdad no sólo echaría por la borda un año de trabajo, sino que Hammer debería afrontar serios problemas con el gobernador por permitir a uno de sus agentes que publicara sin su previa supervisión y, sobre todo, sin la del propio gobernador.

Tal vez pueda convencer al gobernador de que el Agente Verdad no es un asesino trastornado. —Andy expresaba sus pensamientos en voz alta. Y tal vez consiga implicar a mis lectores en la resolución de problemas y en que colaboren para que se haga justicia en el caso de Trish Trash y otros.

—Lo que tenemos que hacer es informar al gobernador de que hay un asunto urgente en Tangier —replicó Hammer, frustrada—, y no hablarle de un asesinato que ni siquiera pertenece a nuestra jurisdicción.

—Tal vez yo pueda localizártelo —sugirió Andy al tiempo que Macovich entraba en el despacho y oía el final de la conversación.

—Los miércoles por la noche siempre cena en el asador de Ruth Chris —comunicó Macovich.

—Vosotros dos lo localizaréis —ordenó Hammer. Luego, dirigiéndose a Macovich, añadió—, Tal vez no te recuerde y haya olvidado el incidente del billar. Por el amor de Dios, pase lo que pase, no se te ocurra volver a jugar al billar.

—No —dijo Macovich con un movimiento de cabeza. No se preocupe. No jugaré nunca más con esa chica.

No volverás a jugar con nadie de la mansión. —Hammer quería que Macovich la entendiera bien.

—¿Y si el gobernador me lo ordena? —preguntó el agente, frunciendo las cejas tras sus gafas oscuras.

—Pues déjale ganar.

Oh, eso no será fácil. El gobernador no ve nada, superintendente Hammer. La mitad de las veces ni siquiera le pega a la blanca. Vislumbra un reflejo de color blanco y va tras él con el taco. La última vez que estuve allí dejé una taza junto a la mesa e hizo volar mi café hasta el otro lado de la sala de billar.

—Para empezar, no deberías dejar una taza de café sobre los muebles de la mansión —le advirtió Hammer.

—Pensé que no se daría cuenta —dijo Macovich.

8

El doctor Faux estaba atado a una silla y tenía los ojos vendados con un trapo que olía a agua salobre. No estaba especialmente asustado, pero sí muy irritado y molesto. Conforme transcurría el tiempo, sus esperanzas de una rápida liberación y de conseguir los cincuenta mil dólares empezaban a difuminarse. Ya no estaba seguro de las intenciones de los isleños, pero

Librodot

éstos no tenían fama de violentos.

De hecho, hasta donde él sabía el mayor delito en la historia de la isla era el robo de una caja fuerte en casa de Sallie London, hacía de eso ya algunos años. Sallie guardaba en ella los ahorros de toda una vida y la isla entera había colaborado para que la mujer no tuviese que depender sólo de las recetas originales que vendía en la cajita que había colgado en un poste telefónico cercano a correos. El delito quedó sin resolver.

Los secuestradores del doctor Faux lo habían sacado de la consulta para llevarlo a un lugar desconocido de la clínica, desde donde oía pasar las bicicletas por una ventana abierta que permitía un flujo constante de aire húmedo cargado de moscas y mosquitos. De nada le hubiera servido pedir auxilio a gritos, pues toda la población participaba de la conspiración y parecía haberse vuelto contra él. Por primera vez en casi medio siglo, el doctor Faux tuvo tiempo para reflexionar sobre su vida. Con un suspiro, recordó las oportunidades perdidas y su negativa a convertirse en misionero en lo que entonces era el Congo. Dios había Llamado a Sherman Faux, pero el joven Shermie prefirió entonces colgar el teléfono al Creador, resistiéndose a contestar nunca más. Era probable que, finalmente, Dios lo estuviera castigando. Y allí se encontraba en aquel momento, encarcelado en una islita remota en mitad de ninguna parte y, a menos que ideara algún hábil plan, sus días de defraudar a la seguridad social estaban más que acabados.

—Lo siento —dijo el doctor Faux a Dios—. Me la veía venir. Es como cuando Jonás decía que no quería ir a Nínive y Tú le dijiste: «Ahora verás», e hiciste que la ballena lo tragara para después vomitarlo frente a Nínive, a pesar de todo. Te pido, Señor, que no me hagas despertar en mitad del Congo; o de Zaire, como lo llaman ahora. Ya es suficiente con tenerme aquí, donde me encuentro en este momento.

Fonny Boy estaba sentado en el suelo, apoyado contra una pared en la sala de suministros médicos. Tenía calor, estaba lleno de picaduras de insectos y ya se sentía harto de montar guardia, pero cuando el dentista se puso a rezar en voz alta, ajeno por completo a su presencia, el muchacho levó poco a poco el ancla para alejarse de su fantasía favorita, esa en la que izaba una nasa destinada a la captura de cangrejos y encontraba en ella un cofre del tesoro lleno de oro y joyas. Su obsesión por los barcos hundidos era la única razón, probablemente, que lo hacía saltar de la cama cada mañana de verano, de día fiesta o de fin de semana a las dos en punto, cuando su padre lo despertaba y ambos se dirigían a los muelles en el cochecito de golf. Mientras engullía un bocadillo de ostras fritas o de cangrejo para desayunar, Fonny Boy se imaginaba a sí mismo recogiendo una nasa y descubriendo un barco pirata hundido o, quizás, un cangrejo que llevara entre las pinzas una moneda de oro o un diamante.

En muchas de las tiendas de recuerdos había varias autoediciones de las leyendas locales, y Fonny Boy las había leído todas debido a su interés por la historia marítima y por el rescate de pecios. Su relato favorito era el de un incidente sucedido en febrero de 1926, cuando una extraña combinación de vientos y mareas hizo descender el nivel de las aguas de la bahía, dejando a la vista el casco medio putrefacto de una embarcación. Fonny Boy estaba convencido de que se trataba de un barco pirata, porque entre los restos se había encontrado un ha-cha de guerra junto a piezas de cerámica fina y otros objetos que los barqueros vendieron rápidamente a un anticuario de Nueva York que se hallaba de paso. Por desgracia, las aguas se elevaron de

Librodot

nuevo rápidamente y el pecio no fue localizado nunca más. Si el barco pirata había sobrevivido varios siglos en la bahía, seguro que unas décadas más no cambiaban la situación. Aún seguía allí, en alguna parte, pero por desgracia nadie recordaba el lugar exacto donde se había avistado durante aquel frío invierno de tantos años atrás.

La otra posibilidad que barajaba Fonny Boy era que el barco hundido fuera uno español que en 1611 había anclado en Old Point Comfort, en lo que hoy es Hampton, Virginia. Era posible que la nave hubiese sido enviada por el rey Felipe III de España para espiar a la gente de Jamestown y ver qué hacían. Otros historiadores creían que los españoles, en realidad, buscaban otro de sus barcos, hundido antes. ¿Y por qué iban a molestarse en buscarlo, si no era porque contenía un tesoro?, se preguntaba el muchacho. En esa época, en el asentamiento británico recién establecido apenas sucedía nada, salvo que los pobladores se escondían en el fuerte para evitar a los nativos, los salvajes, quienes según había leído Fonny Boy— eran muy antojadizos: tan pronto llevaban maíz a los colonos, como los recibían con una lluvia de flechas.

Fonny Boy siempre se ponía del lado de los salvajes. Suponía que para ellos los colonos eran muy parecidos a los actuales forasteros en Tangier: los isleños los toleraban casi siempre, pero no caían bien y no despertaban la menor confianza. ¿Por qué sería que los forasteros siempre miraban con superioridad a los lugareños en cualquier parte? Eran los forasteros quienes debían ser tachados de inferiores; ellos eran quienes necesitaban desplazarse en taxi e ignoraban dónde se comía mejor o cómo se cultivaba el maíz, y además tenían que pagar un cuarto de dólar para echar un vistazo a los pelones. ¡Ni que un cangrejo azul en plena muda fuera una criatura exótica como un panda o una anaconda!

Cuando, a las seis en punto, el sol ya se hundía en la bahía de Chesapeake y los restaurantes y tiendas de recuerdos cerraron las puertas, el doctor Faux se sumió en el silencio. Aunque el dentista no podía ver nada debido a la venda de olor pestilente, en cambio percibió la rápida bajada de temperatura cuando la noche empezó a envolver la isla al compás de la entrada de un frente frío. Faux tenía claro que de momento no iría a ninguna parte. Nadie, ni siquiera los guardacostas, visitaban Tangier después de anochecer, cuando caía la niebla y difuminaba la costa tortuosa y lo que quedaba de aeródromo. Cuando las condiciones no eran buenas, sólo las barcas de los pescadores se desplazaban libremente, pero eso no le servía de nada al doctor Faux. Ya sabía por experiencia propia que los isleños eran tercos, y en absoluto dados a cambiar de idea. Nadie iba a permitir que se largara de allí por las buenas, tal vez nunca más.

El dentista creía haber oído pocos minutos antes un ruido en la estancia.

—Si me mantenéis aquí, atado de esta manera, ¿quién se ocupará de vuestras dentaduras? ¿Estás ahí, Fonny Boy?

—Sí —respondió el muchacho, y añadió unos sonidos de armónica.

—Me gustaría saber qué planes tenéis, si no te importa contármelos —dijo Faux.

Fonny Boy repitió lo que los isleños habían discutido en asamblea después de tomarlo como rehén:

—Depende del gobernador. Si esas rayas siguen en la carretera, no le queda a usted ninguna esperanza. Ya estamos hartos de Virginia y no

Librodot

aguantamos más el trato que recibimos; tampoco queremos ir a la cárcel por exceso de velocidad en los carros de golf ni que la NASCAR construya una pista de carreras para montar grandes espectáculos. Y tenemos pensado darle su merecido por lo que ha hecho con nuestros dientes, fingiendo que se preocupaba por nosotros cuando, en realidad, nos utilizaba vilmente.

—¿La NASCAR? —exclamó el doctor, perplejo—. Has asistido alguna vez a una carrera de la NASCAR, muchacho?

—¡Sí! —replicó Fonny Boy, que arqueó las cejas y encajó la mandíbula, indicando así que hablaba al revés y que quería decir lo contrario.

—Bueno, no sé muy bien qué significa ese sí, pero te aseguro que la NASCAR no tiene la menor intención de venir por aquí. En esta isla no habrá jamás ningún montón de dólares a ganar, sea con las carreras de coches o con ninguna otra cosa.

—Lo dice la policía —replicó el muchacho—. Y si el gobernador no hace lo que debe y no deja de fastidiarnos, vamos a botar todas las barcas y a montar un bloqueo en torno a la isla e izaremos una bandera con un cangrejo en el centro y quemaremos la enseña de Virginia. Y para montón de dólares, el que ha conseguido reunir usted con sus visitas a Tangier, ¿verdad, doctor Faux?

—¿Vais a izar una bandera con un cangrejo y a cometer traición? —El doctor se mostró perplejo e insistió en escurrir el bulto de las acusaciones del chico sobre su honradez profesional. Eso provocaría otra guerra civil, Fonny Boy. ¿Te das cuenta de las graves consecuencias que tendría un acto tan hostil?

—Yo sólo sé que estamos hartos —replicó Fonny Boy, desafiante y con cierta arrogancia en la voz.

—Bien, muchacho, llevo muchos años visitando la isla —confesó el doctor Faux—. Y no es ninguna casualidad que haya decidido no vivir aquí. Lo que quiero decir, Fonny Boy, es que si deseas tener una oportunidad en la vida, tienes que actuar de un modo inteligente, lo cual en este momento significa hacerme caso.

—Escucharle no sirve de nada —replicó el muchacho con unos bufidos de armónica, dispuesto a impedir que su interés se viera desviado por lo que podía resultar, simplemente, un intento de proponerle algo.

—Escucharme puede resultar muy valioso, porque hacer lo más inteligente puede proporcionarte una buena oportunidad en la vida. Quizás ahí afuera te espera algo especial, Fonny Boy. Pero si sigues con esa gente que me ha encerrado, hay muchas posibilidades de que termines metido en problemas y pases el resto de la vida en esta isla pequeña y pelada, vendiendo recuerdos y cangrejos mientras tocas la armónica. Debes ayudarme a salir de aquí y, si lo haces, quizá te lleve a Reedville conmigo para que trabajes en mi oficina y aprendas a conducir un coche de verdad.

—¿Qué hará si me lleva a la costa? ¿Me arrojará unos dólares de plata? —replicó Fonny Boy con sarcasmo al tiempo que atacaba una versión irreconocible de Yankee Doodle.

—¿Sabes qué es un reclutador? —continuó el doctor Faux sin alzar el tono—. Bien, yo te lo diré. Podría darte empleo para que andes por ahí y busques chicos necesitados cuyos dientes requieran una buena intervención odontológica que sus familias no pueden costear. Tú me los traes a mi clínica de Reedville y yo te doy diez dólares por cada chico. Cuando aprendas a conducir, te compraré un coche. No tenemos por qué volver a pisar esta

Librodot

mísera isla en el resto de nuestra vida.

Fonny Boy tenía mucho que pensar y además era la hora de la cena. Salió de la sala de material, cerró de un portazo para asegurarse de que el dentista lo oía marcharse, y se olvidó de informarle de que pronto le llegaría agua y una bandeja con comida.

El muchacho sintió una punzada de culpabilidad mientras montaba en la bicicleta y se alejaba de la clínica pedaleando, sin renunciar a seguir tocando el Yankee Doodle. Quizá debería haber sido un poco más amable con el doctor y haberle dicho lo de la comida. Tal vez debería esforzarse más para comportarse como le habían enseñado en la iglesia, pero estar involucrado en actividades militares y rebeldes excitaba a Fonny Boy. Se sentía un poco picado y dispuesto a cometer una barrabasada. Sopló fuerte la armónica y pedaleó más rápido de lo habitual, acelerando a tope al cruzar las dos líneas que aparecían pintadas en Janders Road. Fonny Boy pedaleó con furia al aire gélido bajo la luz de la luna y casi se echó encima de su tía Ginny, que se dirigía a la clínica en un cochecito de golf.

—¡Eeeh! —gritó ella cuando se cruzaron—. ¡No toques ese instrumento a estas horas! ¡Volverás locos a los vecinos!

Fonny Boy sopló una réplica sonora y rebelde, y de nuevo deseó no haberse tragado el algodón. La otra vez le había fastidiado una semana entera, moviéndose por sus tripas con la lenta determinación de un glaciar hasta que por fin encontró la salida mientras él estaba en la barca con su padre, sin retrete y sin tierra a la vista.

Cuando Ginny entró en la sala de material momentos después, con la bandeja de pastelillos de cangrejo, bollos calientes y margarina, el doctor Faux había vuelto a sus oraciones.

—... amén, Jesús. Volveré contigo más tarde. ¿Eres tú, Fonny Boy? —preguntó el dentista, esperanzado—. Señor misericordioso, estoy helado. ¿De dónde demonios ha salido este tiempo invernal de repente?

—Viene de la bahía. Le traigo la cena y agua.

—Tengo que ir al baño. —Al doctor Faux le avergonzaba tener que decirle aquello a una mujer cuya boca había taladrado y explotado durante años.

Ginny asintió, siempre que Faux prometiera volver a la silla plegable y dejarse atar y taparse los ojos con la venda.

—Si me ata y me pone la venda, no podré comer —dijo el doctor Faux cuando Ginny lo liberó. El dentista entrecerró los ojos, deslumbrado ante la luz mortecina de la estancia.

Me quedaré aquí por si no vuelves de tus asuntos y, además, no he venido aquí para no decirte nada. —Era el modo que tenía Ginny de decirle que lo dejaría tranquilo mientras se aliviaba, a menos que intentara alguna treta, como escapar. Y que no tenía intención de proporcionarle la menor información.

Mientras el dentista iba al baño, Ginny se sentó en una caja de muestras gratuitas de jabón antibacteriano y rumió acerca de los controles de velocidad, el desembarco de la NASCAR en la isla y lo que el agente había sugerido acerca de la horrible atención dental que recibían los isleños. Ginny se había reunido con otras mujeres en Spanky's y habían hecho correr la noticia mediante octavillas que insertaron en las vallas metálicas y en todos los restaurantes y tiendas. Incluso las habían repartido a los capitanes de los transbordadores, quienes prometieron añadir la noticia de la NASCAR y avisos sobre el fraude dental en sus viajes turísticos, que llevaban a los

Librodot

visitantes desde Crisfield y Reedville.

Faux volvió a la silla plegable y preguntó a Ginny qué tal le iba la dentadura.

—Igual —respondió ella—. De vez en cuando tengo un poco de sensibilidad donde usted arrancó los últimos dientes la semana pasada. Anteanoche devolví.

—Si sientes náuseas o ganas de vomitar, es que debe de haber algún fallo —la engañó Faux, una vez más—. Y cuando hablas, me suena como si esas piezas nuevas bailaran un poco.

—¡Como dos mozas contentas!

—Pues si necesitas otro tubo de crema adhesiva, puedes coger uno, ya que estás aquí —dijo el dentista mientras devoraba uno de los pastelillos de cangrejo—. Están en el armario del centro, en la sala de exploración.

Ginny lo miró en silencio mientras comía y empezó a luchar contra un profundo resentimiento cada vez más próximo al odio. Era una piadosa mujer de iglesia y sabía que odiar era pecado, pero se sentía incapaz de contenerse mientras contemplaba cómo el codicioso e indiferente dentista engullía el resto de la cena.

—Siempre había pensado que era el mejor dentista que conocía, doctor Faux —masculló al fin—. Pero ahora sé que no debemos confiar en nadie. Ahora sabemos qué nos ha estado haciendo. Y me da mucha rabia y estaba furiosa mientras lavaba los platos, justo antes de traerle la cena. Cuando venía a ayudarnos, le dábamos todo lo que podíamos, sobre todo comida y buenas palabras, ¡y vaya pago a cambio! ¡Nos tomaba el pelo y nos manoseaba la boca para conseguir que el gobierno le pagara más de lo debido!

—Mi querida Ginny, sabe que eso no es cierto en absoluto —respondió Faux en tono lisonjero—. Para empezar, los funcionarios del gobierno inspeccionan a los dentistas continuamente y vigilan cosas así. No podría hacerlo ni aunque se me ocurriese. Y juro por la Biblia y la beso —Faux utilizó una de las exclamaciones favoritas de los isleños—, que lo que digo es verdad.

—¡Se acabó! —Ginny ya había oído bastante.

La mujer pensó con amargura que mal día sería aquel en que un agente del gobierno tomase el trasbordador y se presentara para investigar la boca de los isleños y observar si los trabajos dentales realizados eran correctos y necesarios. Intentó aplacar la furia que sentía recordándose que, de no ser por el doctor Faux, no tendría las prótesis ni la crema adherente ni muestras gratuitas de lavados de boca. De no ser por él, a buen seguro no tendría más dientes que los suyos, que el dentista no había tenido más remedio que extraer a causa de flemones, fracturas de raíces, mal esmalte, defectos de colocación y ya no recordaba qué más.

Rezó en silencio para sí un «No quiero odiar a nadie», pero la realidad cayó sobre ella como una enorme losa imposible de apartar.

La verdad, por supuesto, era que le había sorprendido mucho enterarse de que tenía tantos problemas dentales graves, pero había confiado en el doctor Faux. La verdad era que hasta hacía pocos años tenía una buena dentadura y todo el mundo comentaba siempre su bella sonrisa. Ginny no había tenido una caries desde la infancia y, de pronto, en muy poco tiempo se había quedado sin un solo diente propio. Cuanto más reflexionaba sobre ello mientras regresaba a casa por la calle a oscuras, tras volver a encerrar al

Librodot

doctor Faux en el centro médico, más eran los pensamientos venenosos que le provocaba el dentista. ¿Cuántas veces le había contado Faux que todos los isleños tenían mala dentadura y la «enfermedad de Tangier» de nacimiento, debido a la «consanguinidad»? ¿Cuántas veces le habían llegado noticias de que a alguien se le había caído un empaste, o se le había infectado una encía o que alguna corona lisa y con el aspecto de una tecla de piano se había partido por la mitad sin motivo aparente?

Ginny continuó pensando en todo ello con creciente agitación y pesar mientras cruzaba las rayas pintadas en Janders Road. Tal vez deberían retener al doctor Faux hasta que también se le cayeran todos los dientes a él. Quizá se merecía llevar una dentadura postiza que no le encajara bien y que le causara dolor de encías y le impidiera comer. Sí, ojalá tuviese que mirar con deseo y nostalgia las mazorcas de maíz que ya no podía comer, o avergonzarse de que sus prótesis repiquetearan como castañuelas al hablar por teléfono.

—¡Querida, pareces una plañidera! ¡Te caen las lágrimas! —exclamó el marido de Ginny cuando ésta entró en casa, sollozando, y cerró de un portazo.

—¡Quiero mis dientes! —exclamó por fin, casi histérica.

—¿No recuerdas dónde los dejaste? —preguntó el hombre, y empezó a revolver en busca del frasco de cristal donde Ginny solía dejar la dentadura postiza . ¡Pero bueno! —exclamó de repente cuando se puso las gafas—. ¡Que me aspen si no los llevas en la boca, Ginny!

UNA NOTA HISTORICA A PIE DE PAGINA por el Agente Verdad

A primera vista, quizá no parezca muy adecuado llamar nota a pie de página a esta digresión, pues el lector verá que el texto no va precedido de ninguna llamada, ni se encuentra a pie de página.

Sin embargo, el término «nota a pie de página» no tiene por qué aludir a la referencia marcada con números que encontramos en los ensayos, libros de texto y demás. El término también puede indicar algo de menor importancia. Por ejemplo, podría decirse que hasta hace pocos años Jamestown no era más que una nota al pie de la Historia, ya que la mayoría de la gente creía que los Estados Unidos tenían su origen en Plymouth, y por eso se celebra el día de Acción de Gracias. Aunque los libros de texto aún dedican escasa atención a Jamestown, por lo menos ya consta en los libros escolares —y no queda relegado a una mera nota a pie de página— el hecho de que ahí estuvo la primera colonia inglesa permanente.

Me satisface informar de que en el libro de texto de secundaria, La nación americana, se cita Jamestown en las páginas 85 y 86. En cambio, lamentablemente la edición de 1997 de mi Enciclopedia Británica sólo ofrece un octavo de página sobre Jamestown, y uno saca la impresión de que no queda nada del emplazamiento, salvo réplicas de las naves con las que llegaron los colonos desde la isla de los Perros. Estas réplicas se hallan en realidad a un kilómetro y medio al oeste del fuerte original y forman parte de lo que se denomina «asentamiento de Jamestown», que también es una réplica, lamento decirlo; sin embargo merece una visita siempre que uno tenga en cuenta que los primeros pobladores no construyeron los edificios del siglo xx, los retretes, las tiendas de comestibles, los puestos de

Librodot

recuerdos, los aparcamientos y el transbordador, del mismo modo que tampoco surcaron el océano con las naves que se exhiben amarradas en el río.

Me parece vergonzoso que cuando uno visita Jamestown encuentre numerosas señales que lo dirigen hacia el asentamiento, y sólo un par de rótulos que indican la dirección del emplazamiento original. Así pues, se puede escoger entre visitar el Jamestown reconstruido o el auténtico, y muchos turistas seguramente prefieren el primero debido a las instalaciones complementarias. Cabe decir que cuando se levantó la reproducción, se consideraba que el emplazamiento original se había perdido en el río, por la erosión; ello explica por qué Virginia creyó estar haciendo un servicio público al emprender las obras.

La cuestión —comenté a mi sabio confidente— es que la gente acepta como verdadero lo que sólo son fabulaciones o, cuando menos, no puede demostrarse. A continuación le puse como ejemplo el supuesto origen del nombre de isla Tangier.

Según se cuenta, cuando John Smith descubrió la isla deshabitada que hoy llamamos Tangier, pero que bien pudiera ser Limbo, le recordó vivamente Tánger, la ciudad marroquí, lo cual le inspiró el nombre que daría a la isla: «Isla Tánger del Nuevo Mundo.» Todo esto, sin embargo, siempre me ha parecido un cuento apócrifo.

«Tangier no se parece en nada a Tánger —dije a mi sabio confidente—, y eso me hace pensar si Smith no estaría hablando ya al revés... si es que alguna vez dijo tal nombre, para empezar.»

Añadí que Smith, mientras exploraba la zona en la barcaza quizá comentó: «¿Veis esa isla de ahí? Es muy agradable y evoca Tánger». Y tal vez lo dijo en son de broma, con una perceptible inflexión en la voz y una expresión en el rostro que decían todo lo contrario.

Según otras teorías, la isla Tángier recibió su nombre de la ciudad norteafricana, en efecto, pero como consecuencia de que ciertos soldados británicos destinados en Tánger habían zarpado rumbo a América y se habían establecido en una isla de la bahía de Chesapeake, que bien podía ser la actual Tangier, una vez que el ejército inglés retirara su guarnición de la ciudad marroquí, en 1684. Sin embargo, años después ciertas gentes que se hacían llamar «moros» los que vivían en el condado de Sussex, Virginia, negaron que sus antepasados africanos hubieran tenido ninguna relación con la isla Tangier.

¿Quién sabe cuál es la verdad? Ve hecho, nadie parece estar muy seguro de cuándo empezó a habitarse, pero ya hay documentos de propiedad de tierras extendidos en 1670, y una tradición isleña muy discutible sostiene que en 1686 John Crockett se estableció en un altozano, cultivó patatas, nabos, peras e higos y crió ganado y ocho hilos. La isla empezó a prosperar y llamó la atención de las facciones enfrentadas en la guerra de la Independencia, cuando los británicos exigieron suministros a Tangier y el resto de Virginia respondió con un bloqueo de la isla y una serie de advertencias amenazadoras por parte del gobernador de Virginia, Thomas Jefferson.

Mientras tanto, los piratas se apropiaban de lo que les venía en gana; en sus correrías quemaron la casa de un isleño llamado George Pruitt y aterrorizaron a una gente desarmada, demasiado escasa en número para defenderse. Y por si todo ello no bastara, un muchacho llamado Joe Parles II

Librodot

fue detenido y reclutado a la fuerza por los británicos, y todos los jóvenes de Tangier se vieron obligados a ocultarse. Los isleños no tuvieron más remedio que decidirse a comerciar abiertamente con el enemigo si no querían que les confiscasen sus cosechas, propiedades y seres queridos, y empezaron a vender suministros a los británicos, a los otros americanos y a los piratas. Sencillamente, izaron la bandera mas conveniente según quien andara por la zona. Esta técnica de supervivencia se ha mantenido a lo largo de los siglos y, para mí, explica por qué la gente de Tangier padece a los turistas que hoy visitan la isla y acosa a los visitantes con ofertas de pastel de cangrejo, baratijas, camisetas, servicio de taxi en los cochecitos de golf... e información falsa.

Querido lector, le solicito que colabore conmigo en el cumplimiento de la Regla de Oro. ¡Por favor!, si usted ha sufrido algún trabajo dental deficiente o sospechoso por parte de un tal doctor Sherman Faux, de Reedville, envíeme un mensaje electrónico lo antes posible. Si alguien conoce el paradero de una perrita Boston terrier llamada Popeye, hágamelo saber de inmediato. Al igual que el dentista, la perrita ha desaparecido y cabe la posibilidad de que la retengan como rehén en alguna parte. A diferencia del dentista, la perrita Popeye nunca ha hecho mal ni se ha aprovechado de nadie, y no se merece lo que le ha sucedido. Si tiene información sobre estos delitos o cualquier otro —sobre todo acerca del vil asesinato de Trish Trash—, facilítemela.

¡Tengan cuidado ahí afuera!

9

El miércoles, Major Trader se encontraba encorvado sobre su teclado cuando a las siete y tres minutos de la mañana el Agente Verdad publicó su último ensayo en Internet.

—¿Qué es esta absurdidad? —exclamó Trader en voz alta aunque estaba solo. Esto es muy desagradable, Agente Verdad, pero que muy desagradable. Ya nos ocuparemos de que no vuelvas a ensuciar la venerada historia de la Commonwealth de Virginia ni a pedir al público que te dé soplos.

Trader mordió el bollo de crema y se secó los gruesos dedos en el pijama mientras su mujer trajinaba en la cocina y movía cacerolas y cacharros en un atestado armario en busca de una sartén.

—¿Tienes que hacer tanto ruido? —le gritó Trader desde su despacho, que se encontraba al otro lado de aquella casa de coste barato que pronto venderían, logrando unos apetitosos beneficios.

Trader siempre había sido muy sagaz con sus inversiones y en los últimos años se había convertido en un potentado. Su modus operandi era sencillo. Compraba un solar en un barrio exclusivo que no permitiera la construcción de casas para la especulación, construía una, vivía un año en ella y la vendía, aduciendo que su cargo junto al gobernador requería intimidad y seguridad y que ambas cosas resultaban en cierto modo violadas, por lo cual se veía obligado a mudarse otra vez. Aunque sus vecinos se olían el chanchullo, ninguno de ellos pudo demostrar que estaba construyendo la casa con materiales baratos, aun cuando las diez anteriores que había edificado y vendido fuesen todas idénticas y más bien genéricas. Las cartas de queja de las asociaciones de vecinos habían sido ineficaces y completamente desoídas, y el proceder de Trader se había convertido en una adicción.

Le encantaba mudarse. Tal vez era lo que aportaba espectacularidad a

Librodot

una vida de otro modo artificial y falsa. Trader dedicaba varios meses cada año a dar ordenes a su mujer y a supervisar las tareas de embalaje que realizaba ésta, mientras presionaba al mareado constructor para que terminase la casa antes del plazo fijado al grito de: « ¡Deprisa, deprisa! ¡tenemos que mudarnos dentro de dos semanas y será mejor que la casa esté lista! ¡No me fastidies los planes!».

—Pero si todavía no hemos puesto los cables eléctricos —se le había quejado el constructor hacía una semana. —Y eso, ¿cuánto tardara? —había replicado Trader.

—Y aún no ha elegido la pintura…

—¡No seas idiota! ¡La misma pintura mate que has utilizado en las otras diez casas! —gritó Trader por teléfono—. ¡Y la misma moqueta Burbur color crema, imbécil! ¡Y los mismos apliques Williamsburg y de cobre, papasnatas! ¡Y los mismos tiradores del Home Depot, subnormal!

Era de vital importancia que Trader desempeñara el papel de soberano cuando estaba en sus dominios. El resto del tiempo tenía que obedecer al gobernador y posiblemente nadie comprendía, a menos que lo experimentase en carne propia, lo mucho que afectaba eso al ego de quien obedecía.

«Haz esto, haz lo otro.» «Utiliza una palabra distinta.» «Vuelve a redactar ese párrafo.» «Oh, he cambiado de idea, digámosle esto a la prensa.» «Donde está mi lupa» «Sal de mi despacho ahora mismo, no me siento bien.»

Al menos, el exigente y desagradecido cargo de Trader le había enseñado el valor de la manipulación, la venganza y el acaparamiento. Gracias a Internet y si su último plan de inversiones salía bien, se convertiría en millonario por méritos propios.

—¿Major? No me has dicho qué quieres para desayunar. ¿Salchicha o tocino? ¿Tostada de pasas o bollos? ¿Sémola con o sin queso? —le gritó su mujer desde la cocina en medio del ruido de cacerolas.

—¿Qué estás haciendo? ¿Practicando la percusión para una maldita sinfonía? —Trader le gritó a su vez—. ¡Quiero de todo!

Por suerte, sus hijos estaban internos en un colegio y Trader se ahorraba oír sus pasos imparables y ruidosos y sus voces agudas. Su mujer ya lo molestaba bastante y estaba realmente excitada con la nueva casa, igual que lo había estado con las otras diez. Pronto Trader cumpliría cincuenta años y podría retirarse y concentrarse en los delitos informáticos. Frunció el ceño, sumido en sus pensamientos, y leyó de nuevo el último ensayo del Agente Verdad. Luego redactó un mensaje electrónico, provocador y anónimo.

Querido Agente Verdad,

Soy el tataranieto de un espía de la Confederación, o sea que tal vez lleve en el ADN (ja, ja) la incapacidad de divulgar información reservada. Digo «ja, ja» porque sé que agradecerá mi aguda referencia al ADN, puesto que ya ha escrito sobre esa cuestión. Resulta que tengo razones para pensar que el gobernador no quiere detener a los que excedan el límite de velocidad en Tangier. Eso no le importa en absoluto. Sus verdaderos motivos para lanzar el VASCAR fueron crear el caos y cargar a otro las culpas. Estoy seguro de que le gustará mencionarlo en su próximo artículo. Por cierto, me ha entristecido mucho enterarme de lo de Popeye. ¿No se le ha ocurrido pensar que alguien, por algún motivo, podría haber robado esa indefensa perrita? Y si alguien tiene información sobre el doctor Faux o alguien más, ¿hay recompensa?

Librodot

Cordialmente,
EsPíA

Mientras esperaba que el Agente Verdad respondiera, la casa se llenó del olor grasiento a carne frita.

—¡El desayuno está listo! —le gritó su mujer desde la cocina en el mismo momento en que el ordenador le anunciaba que tenía correo.

Querido señor Espía:

Los ciudadanos han de estar dispuestos a decir la verdad sin cobrar a cambio. ¡Y si sabe algo sobre la desaparición de Popeye, será mejor que me lo diga ahora mismo!

AGENTE VERDAD

—Bien, bien susurró Trader con una jubilosa sonrisa—. Creo que le he tocado la fibra sensible.

—¿Dices algo, Major? gritó su mujer entre el ruido que armaban los cacharros en la barata pileta de aluminio.

—¡A ti, no! —vociferó Trader al tiempo que empezaba a redactar otro correo.

Querido Agente Verdad:

Me han llegado rumores sobre quién era la dueña de la perra. ¿Será una coincidencia? Esa mujer no cae bien a todo el mundo y, para empezar, no tendría que desempeñar ese cargo. Ese es un mundo de hombres, ¿no cree? Y, por cierto, ¿tiene esa mujer una dirección no registrada? Me pregunto cómo encontraron su casa los secuestradores de la perra. Y sí, los ciudadanos deberían recibir una generosa recompensa por ayudar a la policía.

Cordialmente,
ESPíA

Furibundo, Andy tecleó un mensaje de respuesta a Espía.

Querido señor Espía:

No es en absoluto un mundo de hombres y si Popeye es víctima de alguna intriga política, le sugiero que me diga ahora mismo lo que sabe. Espero no tener que advertírselo otra vez. Y dónde viva la dueña del perro no es asunto suyo. Me pondré de nuevo en contacto con usted por el tema de la recompensa.

AGENTE VERDAD

Andy envió el correo y esperó que el señor Espía respondiera pero el alud de comunicaciones que llenó su ciberbuzón era de otros lectores. Andy descubrió con creciente furia que el señor Espía había desconectado, pero continuaba obsesionándole.

No podía dejar de pensar en las ocasiones en que había jugado con Popeye y ésta le había lamido las manos. Casi veía el brillo de su abriguito de tela satinada, sentía la suavidad de bebé de su rosada tripita y oía el ruido tranquilizador que producían sus uñas contra el duro suelo de la casa de Hammer en la época en que él la visitaba con frecuencia.

Andy cogió el álbum de fotos, que estaba sobre los libros de texto. Iba a

Librodot

encontrar a esa perra aunque fuese lo último que hiciera en su vida. También le preocupaba la seguridad de Hammer, aunque lo cierto era que tenía una dirección no registrada y que extremaba sus cuidados para que su vida privada fuese secreta. Sólo la policía, sus compañeros de trabajo y unos pocos vecinos sabían dónde vivía. Nunca había hablado de Popeye ni había permitido que los medios de comunicación le hicieran fotos. ¿Cómo había encontrado el secuestrador a Popeye si, como sugería el señor Espía, no era alguien que perteneciera al círculo íntimo de Hammer?

Espero que estés viva, Popeye —murmuró Andy al dar con su foto favorita de la perra, una en la que lucía un abrigo de invierno rojo. No te olvides de la superintendente Hammer y de mí, por favor. Te encontraremos, te lo prometo! ¡Y ya verás lo que le hago al hijo de puta que te ha secuestrado!

Escaneó la foto y la imagen de Popeye llenó la pantalla del ordenador. Abrió el gestor de páginas web y tecleó el siguiente pie de foto: «Desaparecida. ¿Ha visto a Popeye? ¡Se ofrece gran recompensa!». Si la gente era tan insensible que necesitaba dinero para hacer lo correcto, Andy le seguiría el juego. Cambió el pie de foto y ofreció una «INMENSA RECOMPENSA» y, como era de esperar, enseguida llegaron las primeras respuestas falsas. La gente afirmaba haber visto a Popeye en el arcén de la carretera que iba al centro o en un callejón, o gimiendo en el asiento trasero de un coche sospechoso. Otros decían que, si la recompensa era buena, le darían pistas acerca de dónde estaba la perra y por qué.

Asimismo llegaron muchas muestras de solidaridad. Cientos de lectores narraron historias de animales domésticos que habían perdido durante la infancia. Casi todos los mensajes recibidos eran de ese estilo y Andy pasó el día entero ante la mesa del comedor intentando responderlos, a la espera de que alguien le dijera: «Yo me Llevé a la perra porque mis hijos querían una y no podía comprársela, así que nos podemos encontrar en un lugar secreto y le daré la perra a cambio de un precio». O que alguien escribiera: «Mire, estaba todo planeado. Alguien que odiaba a la superintendente Hammer me dio la dirección v una pequeña cantidad de dinero. Ahora me doy cuenta de la maldad de esta acción y devolveré encantado a Popeye, siempre que eso no signifique meterme en problemas y sea recompensado».

Por desgracia no llegó ningún mensaje sobre el asesinato de Trish Trash, a excepción de un correo firmado con las iniciales P. J., cuyo remitente afirmaba haber jugado a softball con Trish Trash y saber a ciencia cierta que la mujer no habría ido a la isla Belle con un hombre si no era por la fuerza.

A las seis de la tarde, Hammer llamó a Andy por teléfonoy le dijo:

—¿Has perdido la chaveta? Pensaba que sólo ibas a escribir artículos para combatir la delincuencia. ¡Ya es bastante triste que divagues sobre momias y piratas como para que ahora pretendas constituirte en la Sociedad para la Prevención de la Violencia contra los Animales!

¿Quieres que retire la foto de Popeye de la web? —preguntó para sondearla—. Puedo hacerlo, pero he pensado que divulgar su desaparición no perjudicará a nadie. Tal vez incluso se animen a devolverla para cobrar la recompensa.

—Es que no sé si podré soportar verla con ese abriguito rojo cada vez que accedo a tu página —confesó Hammer con tristeza.

Cuando las personas evitan ver fotos es porque todavía no se han curado.

Librodot

Precisamente por eso nunca rompo fotos de mis ex novias. Si puedo mirarlas, es que ya estoy bien. Si no, es que todavía estoy mal —explicó Andy.

—Bien, pues deja la foto en la página —asintió Hammer—. Tendré que acostumbrarme a ello. Y tienes razón, Andy, si hay alguna posibilidad de recuperar a Popeye, haremos todo lo que esté en nuestra mano. Pensaba que esta noche acorralarías al gobernador. Ya había recuperado el tono de voz acelerado, propio de su trabajo—. Y me parece acertado que el Agente Verdad lo criticara de nuevo en su ensayo. Por cierto, ¿quién es tu «sabio confidente», a quien te has vuelto a referir?

—Que mi confidente sea sabio me da licencia para el diálogo y para las conversaciones explicativas —replicó Andy.

—Bueno, no sé de quién demonios se trata, pero nadie tiene que saber que tú eres el Agente Verdad, sobre todo después de este terrible asesinato —le dijo Hammer con brusquedad—. Así que espero que no revelaras tu identidad a esa mujer, tu «sabio confidente», y silo hiciste tengo derecho a saberlo, aunque tu vida privada no me importe en absoluto. Dime que no es Windy.

—¿Windy? —Andy se ofendió y se cambió el teléfono de oreja—. Deberías saber que tengo bastante mejor gusto.

Hammer concluyó aquella conversación que había llegado demasiado lejos y se prolongaba en exceso, y colgó sin decir adiós. Andy mandó un último correo electrónico, aunque en esta ocasión utilizó su nombre de usuario.

Querido doctor Pond:

Me gustaría saber si ya tiene el resultado de esos análisis toxicológicos. Recuerde que éste es un caso extremadamente delicado y agradeceré que guarde absoluto secreto sobre todos los detalles. Y no, no puedo arreglarle lo de su última multa por conducción temeraria. Me permito sugerirle que lo más conveniente para usted es que vaya a la academia de conducir el sábado y se le restarán los puntos del expediente.

Gracias y buena suerte,

AGENTE BRAZIL

Desconectó y se puso el uniforme, y al cabo de una ahora aparcó ante el asador de Ruth Chris, en el lado sur de la ciudad. Allí se encontró con el agente Macovich, que había llevado a cenar en helicóptero a la primera familia del Estado. Los dos se sentaron en el coche de Andy y vigilaron la puerta delantera del restaurante, a la espera de que saliera el gobernador.

—¿Qué tal se vuela en ellos? —preguntó Andy, que contemplaba el brillante Bell 430 pintado a rayas de color gris metálico y azul marino en los laterales, y con el emblema de la Commonwealth en las puertas.

—Buf, puedo decirte que no es tan bueno como lo pintan —respondió Macovich—. Suerte que el gobernador no me ha reconocido cuando lo traía. Estaba seguro de que esa hija tan fea que tiene iba a decir algo sobre el billar y que entonces se descubriría el pastel, pero estuvo todo el viaje muy ocupada cogiendo tentempiés de debajo del asiento trasero. Sólo espero que durante el regreso tampoco diga nada. —Macovich encendió un Salem light y miró a Andy a través de sus gafas oscuras—. Ahora que estamos sentados aquí solos, podrías decirme, de hombre a hombre, por qué Hammer te

Librodot

suspendió de servicio durante un año.

—Quién dice que me suspendió? —preguntó Andy, algo a la defensiva.

—Todo el mundo. Según los rumores, te metiste en algún lío gordo o te peleaste con ella.

—Me estaba sacando el carné de piloto y algunas asignaturas más.

—Sé que para aprender a volar no necesitaste cuarenta horas semanales durante todo un año. ¿Y cuánto dedicaste a las asignaturas? ¿Dos, tres semanas por cada una? ¿Y qué hacías el resto del tiempo? ¿Perseguir mujeres y ver la televisión?

—Tal vez.

—¿No vas a decirme por qué se te suspendió? —insistió Macovich.

—No —respondió Andy, malhumorado, pensando que lo mejor sería dejar que el rumor persistiera. Nadie, Macovich incluido, podía enterarse de quién era en realidad el Agente Verdad.

—Pues nadie diría que tienes una vida complicada. Cualquiera que te vea pensará que eres el hijo de puta más feliz de la ciudad —añadió Macovich, celoso.

—Necesitamos pilotos nuevos —dijo Andy para cambiar de tema—. Ahora mismo, tú y yo somos los únicos que quedamos.

Macovich siguió la mirada de Andy hasta el helicóptero y empezó a albergar una sospecha.

—Apuesto a que quieres llevar al gobernador en helicóptero —lo acusó Macovich tras una nube de humo.

—¿Y por qué no? Me parece que podrías echarme una mano —replicó Andy alegremente en el mismo instante que decidía abordar al gobernador sobre ese asunto—. En realidad la primera familia debería tener más de un piloto. Por cierto, ¿qué demonios haces cuando las condiciones meteorológicas no son lo bastante buenas para realizar un vuelo manual y hay que volar con instrumentos?

—Buscar alguna excusa de por qué el helicóptero no puede llevarlo a donde quiere —respondió Macovich—. Casi siempre le digo que el aparato está pasando una revisión o que el radar no funciona.

—Tienes un cuatro treinta y sólo puedes volar cuando hace buen tiempo? —preguntó Andy, incrédulo—. Ese cacharro está hecho para volar entre las nubes. ¿Por qué crees que tiene piloto automático, sistema de información integrada en pantalla, etcétera? Por no hablar de ese motor suave como la seda. Podrías pilotar ese pájaro como si fuera un F-16. No es que lo recomiende —Andy se apresuró a decir, ya que era ilegal hacer acrobacias con un helicóptero—, pero debo admitir que yo lo hice en Fort Worth, en un simulador, cuando estuve en la escuela de vuelo Bell. Reduje la velocidad a unos cincuenta nudos, dirigí el morro hacia abajo, moví el cíclico hacia la derecha, hasta el fondo, y empecé a dar vueltas.

A Macovich le sentó mal la idea de estar boca abajo en un helicóptero e inhaló todo el humo que le fue posible para calmar sus nervios.

—Estás loco —dijo—. No me extraña que te suspendieran de servicio, a menos que... —Macovich había tenido una idea. A menos que no lo hubieran hecho y anduvieras detrás de algo, en alguna misión secreta. ¡Vaya!

Hablando de secretos —dijo Andy, esquivando con destreza las insinuaciones de Macovich—, me pregunto quién debe de ser el Agente Verdad.

—Sí, y no eres el único que se lo pregunta —comentó Macovich—. El

Librodot

gobernador se muere de ganas por saberlo y me ha dicho que lo averigüe. Así que si tienes alguna idea, te agradeceré que me la comuniques.

Andy no respondió.

Yo también siento curiosidad —prosiguió Macovich—. ¿Cómo sabe lo de Tangier y lo que estuvimos haciendo allí? Lo he leído todo en esa columna que firma en Internet. Es como si hubiera estado allí y lo hubiera visto todo.

Andy no dijo nada porque no quería mentir. Macovich volvió hacia él sus gafas oscuras, y sus pensamientos fueron asaltados por otra sospecha.

—¿No serás tú el Agente Verdad? —lo presionó Macovich—. Porque si lo eres, prometo guardarte el secreto. Aunque tienes que entender que debo decírselo al gobernador.

—Escucha, ¿qué te hace pensar que si supiera quién es el Agente Verdad no se lo diría yo mismo al gobernador? Andy sorteó la pregunta con otra pregunta.

—Sí supongo que tienes razón. Si lo supieras, se lo dirías y todo el mérito sería tuyo —precisó Macovich.

—Por supuesto.

—Entonces, ¿quién crees que es? Se me ha pasado por la cabeza la posibilidad de que fuera Major Trader.

—Difícilmente —replicó Andy—. Trader no puede decir la verdad, o sea que no puede ser el Agente Verdad, acierto?

—Probablemente tengas razón. —Macovich exhaló una bocanada de humo—. Y también tienes razón en que andamos escasos de pilotos.

—Por qué todos lo dejan? —inquirió Andy.

Macovich decidió que ya había hablado bastante. Tenía suficientes problemas con la primera familia y no era cuestión de empeorar las cosas. Le preocupaba que Andy pudiera convertirse en una amenaza para él. Ese blanquito era muy listo, mucho más listo que él. Andy ni siquiera tenía que pensar mucho tiempo antes de hablar y a veces utilizaba palabras cuyo significado Macovich desconocía.

—Apuesto a que cuando ibas a la escuela eras uno de esos empollones —dijo Macovich con envidia y dispuesto a encontrar la manera de humillarlo—. Apuesto a que vivías en la biblioteca y no hacías más que estudiar.

—Qué va, nunca estudié —replicó Andy, sin añadir que había pasado tres años en la escuela superior y que le había gustado tanto aprender que nunca lo consideró un deber impuesto—. Lo único que me apetecía era salir y sacar adelante las cosas.

—Sí, seguro. —La nube de humo asintió.

Macovich pasó un año en una escuela técnica, y decidió oponerse a la ambición que tenía su padre de que el hijo mayor llegara un día a tener un trabajo respetable en la Ethyl, fabricando disolventes. Se marchó de casa durante su primer año de estudios para alistarse en el ejército, donde aprendió a pilotar helicópteros, y luego ingresó en la escuela de policía. Con la intención de molestar un poco a su padre, hacía dos meses que le había regalado una foto de la primera familia; la señora Crimm había escrito en ella una dedicatoria personal con la rúbrica de: «Primera dama, Maude Crimm».

Una colilla de cigarrillo voló trazando un arco perfecto y cayó al asfalto, donde brilló como un ojo furioso.

—Lo único que tengo que hacer es decirle al gobernador que me harás de copiloto, y él cuidará de ti —fanfarroneó Macovich sin la menor intención de

Librodot

buscarle a Andy un helicóptero ni ninguna otra cosa salvo, tal vez, algún problema—. Eso suponiendo que no me reconozca. Si ese tiburón de hija que tiene decide montar una bronca, será mejor que se lo diga otro día. Y ahora, será mejor que fume otro cigarrillo antes de que salgan.

Durante un breve instante, el humo se aclaró lo suficiente para que Andy recordase que Thorlo Macovich era el negro más grande que había visto en su vida.

—No es que al gobernador le moleste que fume —Macovich encendió otro cigarrillo mentolado—, pero a la primera dama, buf... ¿Recuerdas esa entrevista suya en el periódico de hace dos domingos sobre el «humo terciario»? —La nube de humo se volvía cada vez más espesa—¿Sabes cómo? Yo inhalo, te paso el humo a ti, a tu boca, y después tú sales corriendo y se lo echas a otra persona en la boca.

—Pues creo que será mejor que lo eches en otro sitio —dijo Andy, urdiendo un plan—. Ahí llegan.

10

En Virginia hay cosas peores que las fábricas de tabaco, y una de ellas era un pirata de las autopistas llamado Smoke, que ya dio muestras de su consumada malicia desde la cuna. Su largo historial de incidentes como delincuente juvenil iba desde ausencias injustificadas en la escuela o prender fuego a gatos hasta agresiones violentas y homicidio. Aunque algunos años atrás se le había llevado ante la justicia de Virginia, había conseguido fugarse de una prisión de máxima seguridad.

Para hacerlo, había fingido que se ahorcaba, colgándose de una sábana atada a la barra de su litera de acero. Cuando el carcelero, A. P. Pinn, vio a Smoke caído en el suelo, con un nudo al cuello, los ojos fuera de las órbitas y la lengua asomándole por la boca, abrió la puerta de la celda y entró apresuradamente a comprobar si el recluso aún estaba con vida. Así era: Smoke se incorporó de un salto y golpeó a Pinn en la cabeza con una bandeja para la comida. A continuación se vistió rápidamente con el uniforme del carcelero, se puso sus gafas de sol y logró salir de la penitenciaría sin que lo descubrieran. Más adelante, Pinn escribió un libro sobre aquel episodio y lo publicó él mismo: Traicionado no se vendió mucho, pero Pinn acabó por conducir un programa por cable llamado «Cara a cara con Pinn».

Smoke veía el programa cada semana para asegurarse de que no iban tras él ni había sospechas de que era el jefe de una banda de asaltantes de autopistas. En cierto modo, le disgustaba que Pinn no se refiriera nunca a él, salvo para mencionar que ser agredido a traición con una bandeja lo había traumatizado y que nadie puede imaginar lo que supone recibir un golpe en la cabeza con un filete y puré de patatas hasta que le ha sucedido, al menos, una vez.

El programa ya había empezado y Smoke y sus secuaces se hallaban reunidos en su remolque Winnebago, que estaba aparcado detrás de los pinos de un solar vacío, en el norte de la ciudad. Smoke cogió el mando a distancia y subió el volumen. Pinn sonreía a la cámara y hablaba con el reverendo Pontius Justice acerca del programa de vigilancia del barrio que acababa de iniciar en Shockhoe Bottom, cerca del mercado agrícola.

Librodot

Mirad a ese capullo —soltó Smoke mientras daba cuenta de una cerveza—. Se cree alguien.

Pinn vestía un traje cruzado negro brillante, camisa y corbata negras y mostraba unos dientes visiblemente blanqueados. Cuando Smoke conoció a Pinn en la cárcel, el tipo llevaba gafas de sol; ahora debía de llevar unas lentes de contacto que lo obligaban a entrecerrar los ojos a cada momento.

—¿Qué cree que es esto? ¿Los premios de la Academia? Aún se le nota el chichón donde le di con la bandeja —señaló Smoke.

—¡Bah, siempre ha tenido ese bulto en la cabeza! —replicó Cat, el más veterano de la banda—. Antes no se afeitaba la cabeza ni se untaba ceras como hace ahora. Por eso se nota el bulto. Qué cabeza tan brillante, tío. Hay que ponerse gafas de sol para que no te deslumbre.

Cat entrecerró los ojos, miró a través del humo y tiró la ceniza del cigarrillo en una lata de cerveza.

—Qué marca de cera crees que usa? —preguntó otro de los bandidos, Possum, un tipo pequeño y de aspecto enfermizo que solía quedarse todo el día en su habitación, viendo televisión con las luces apagadas—. Cera de abeja, supongo. Eh, quizás usa Bed Head. ¿0s acordáis del tipo que me vendió el arma? Le pregunté cómo hacía para tener una cabeza tan brillante y me dijo que usaba Bed Head y que lo sacaba de uno de esos centros de cosmética de Nueva York. Le costaba veinte pavos. Es una barrita que se empuja desde el fondo y luego la frotas en la cabeza como un desodorante…

—¿Ese cabrón se pone desodorante en la cabeza? —dijo un tercer bandido, Cuda, abreviatura de su apodo, «Barracuda». Miró con ojos turbios la calva bruñida de Pinn.

—¡Cierra el pico! —Smoke subió el volumen otra vez.

Estaba tenso porque Pinn parecía acercarse al tema que él esperaba oír.

—… En su libro, Traicionado decía el reverendo justice desde su sillón, excesivamente hundido y puesto junto a un decorado que representaba una biblioteca en la que destacaba la acogedora chimenea—, habla usted extensamente de que los vecinos deben ser vecinos y no sólo gente que vive en el mismo vecindario. Creo que le he citado bien, ¿no?

—Hum… Si., eso dije.

Y que, si amamos a nuestros semejantes y nos apoyamos en nuestro ir y venir, la comunidad cambiará.

—Hum… Sí, es posible que dijera eso.

—¿Y ya pensaba así antes de que le golpearan en la cabeza?

—No recuerdo. Tal vez. —Pinn se incorporó en su asiento, miró a la cámara y acarició la corbata de satén que había comprado en S&K por nueve dólares, noventa y cinco—. Lo que tengo claro es que fui honesto y noble cuando me preocupé por aquel recluso muerto, y lo siguiente que supe fue que me había dejado inconsciente sobre el frío suelo. Me quitó el uniforme y todo lo que había en él. —Pinn estaba enfureciéndose al evocar el episodio y empezaba a costarle esfuerzo aparentar entereza y ecuanimidad. ¿Se imaginan eso? ¿Les gustaría a ustedes —señaló con el dedo a la audiencia televisiva—que alguien les golpeara en la cabeza y les robara la ropa, insinuando al resto de reclusos y a los guardianes que ha sido su amante quien les ha hecho algo, porque los encontraran inconscientes, boca abajo y desnudos?

El reverendo palideció y empezó a sudar bajo los potentes focos.

Eso es lo que el perdón… —intentó cortar a Pinn.

Librodot

—¡Al carajo el perdón! ¡No perdonaré nunca a ese capullo! ¡Rotundamente, no! Algún día lo encontraré, y entonces veremos quién golpea a quién. —Lanzó una mirada de odio a la cámara, dirigida a Smoke—. Y escuchen esto, si alguien sabe dónde está esa víbora venenosa, si lo ven, llamen al número gratuito que aparece abajo en la pantalla y le enviaremos una recompensa. —Repitió el número varias veces—. Se le conoce por el alias de «Smoke» y es un joven blanco de aspecto corriente, con rastas y lo que él llama barba aunque no son más que cuatro pelos.

—¡Bah! —exclamó Possum al tiempo que lanzaba una lata de cerveza vacía contra el televisor.

Smoke echó a su compinche del sofá de un empujón y le ordenó que callara.

—¡Tú rompes esa tele y yo te rompo la cabeza!

—Bien, no sé cuál será el aspecto de Smoke ahora, pues la última vez que lo vi llevaba un mono anaranjado de preso, pero es un joven de veintiuno o veintidós años y es más malo que una serpiente venenosa —continuó Pinn—. Puedo garantizar que no hace nada por ayudar a la comunidad. ¡Ni muchísimo menos! Y bien —añadió, buscando al público sin rostro que escuchaba tras la cámara—, ¿ustedes desearían tener una serpiente deslizándose por la maleza en su barrio?

—Nos mantendremos alerta en el barrio —prometió el reverendo Justice con un gesto de asentimiento y se secó la cara con un pañuelo. Por supuesto que hay mucha maldad por ahí suelta. Fíjese, si no, en el reciente y horrible caso de Moses Custer, que recibió una paliza y a quien robaron el Peterbilt allí mismo, junto al depósito de calabazas.

—Se llevaron el remolque entero o sólo la cabina? —Pinn se distrajo por un instante ante la terrible historia.

—Para qué íbamos a llevárnoslo? —Smoke hizo un gesto de desprecio hacia el televisor—. Si hubiera estado lleno de marihuana, en lugar de esas malditas calabazas... ¿Qué apostáis a que Pinn el Pelado es ese tal Agente Verdad? Sí, seguro que este capullo es quien escribe toda esa basura en Internet.

—Sí, se llevaron el remolque —declaró el reverendo y añadió que era un «gran danés», un término del argot camionero que se refería al vehículo último modelo, lleno de calabazas, que iba unido a la cabeza tractora Peterbilt, de dieciocho ruedas—. Visité a Moses en el hospital. El reverendo movió la cabeza con tristeza—. El pobre hombre da la impresión de que lo ha atacado un perro de presa.

—¿Y qué cuenta que le hicieron? Pinn empezaba a irritarse otra vez. No le gustaba que un invitado estuviera mejor informado que él.

—Qué te hace pensar que ese tipo sea el Agente Verdad? —preguntó Possum, que sabía de ordenadores y era el responsable de comprobar cada mañana la página web del Agente Verdad para ver si había algo que Smoke debería saber.

Possum también se encargaba de todo lo relacionado con Internet, como la búsqueda de camiones de dieciocho ruedas que pudiera haber aparcados con un rótulo de «en venta», así como de novedades relacionadas con exposiciones de camiones, carreras, piezas y acceso-ríos, mercados rurales, asaltos a transportes, contrabando y fronteras con Canadá. Possum también frecuentaba páginas web de sus temas favoritos, como la del club de fans de «Bonanza» y las de cualquier convención que estuviera relacionada con la

Librodot

serie a la que, por supuesto, no asistiría nunca. También había una gran cantidad de mensajes electrónicos de los contactos de Smoke en los bajos fondos, la mayoría de los cuales eran anónimos.

—Moses dormía en el Peterbilt —decía el reverendo Justice—, cuando de repente apareció ese ángel para proporcionarle una experiencia única... Y enseguida lo asaltan esos demonios y lo arrojan al pavimento, propinándole golpes y patadas y navajazos...

—¿No tenía echado el seguro? —preguntó Pinn como si insinuara algo, puesto que tenía por costumbre considerar a la víctima culpable de lo que le sucedía; Pinn ya estaba dispuesto a sentenciar que Moses Custer no habría sido atacado por demonios, piratas de autopista o lo que fuese, si se hubiera preocupado de echar el seguro.

Supongo que no, pero eso no significa que la culpa fuera suya. —El reverendo lanzó una mirada severa a Pinn.

—¡Eh —terció Cuda—, quizá diga en qué hospital está y podamos ir a acabar con él!

—No, yo no creo que Pinn sea el Agente Verdad —Possum expuso su opinión—. No es él, a menos que escriba mucho mejor de lo que habla. Creo que el Agente Verdad es un policía, como su nombre indica. Fijaos que siempre habla de piratas y de ADN y esas cosas. Será mejor que andemos con ojo y que no venga tras nosotros, porque ese tipo sabe descubrir cosas y tú ya has estado encerrado una vez —miró a Smoke—. Y hay una descripción tuya circulando por ahí; quizá será mejor que nos olvidemos de la piratería y busquemos empleo en una tienda o algo así...

—¡Cierra la boca! —gritó Smoke.

La puerta de aluminio del remolque se abrió y Unique entró cargada con una bolsa de plástico.

Necesito pasta —dijo a Smoke—. Me la debes.

—Atiendan, pues, vecinos, buenos ciudadanos. —Pinn volvía a dirigir el dedo a la cámara, concentrado de nuevo en su penosa experiencia. Al diablo Moses Custer o quien fuese—. Si han visto a un chico blanco, de aspecto corriente, con guedejas, llámenme ahora.

—¿Ves? ¡Te dije que hay una descripción! —exclamó Possum.

—¿Han dicho algo de la lesbiana que murió en Belle? —preguntó Unique, y se volvió hacia el televisor.

—¿Qué lesbiana? —preguntó Smoke con un bostezo.

—No —intervino Possum—. Pero el Agente Verdad lo mencionó en su página, aunque no dijo que fuera lesbiana. Le pide al público que le dé pistas.

A Unique le pareció muy divertido. No había pistas. Al salir del bar con la mujer se había vuelto invisible, de forma que nadie pudo verla y en consecuencia tampoco dar pistas al Agente Verdad ni a cualquier otra persona. Por supuesto, hacerse invisible tenía sus inconvenientes. Finalmente, Unique se había dado cuenta de que la reorganización de sus moléculas tras conseguir su Objetivo era la causa, probablemente, de que casi no recordara nada después del hecho. Y revivir sus crueldades era la mejor parte.

—Coja el teléfono ahora mismo. —Pinn repitió el número de teléfono que aparecía en la parte inferior de la pantalla—. Si la pista se confirma y lo cogemos, le enviaré quinientos dólares. Les ha hablado A. P. Pinn, en «Cara a cara con Pinn». Buenas noches —se despidió con una gran sonrisa.

Librodot

—Tal vez deberíamos salir por ahí a ver qué se cuece —sugirió Cat, harto de la emisión y de las noticias locales que seguían—. Vamos, saco la lona del coche y salimos de caza.

—Sí —gruñó Cuda—. Casi se ha acabado la cerveza y sólo me queda un pitillo. ¡Vaya! —Se puso en pie y se desperezó—. Podríamos buscar a ese cabrón de Custer y matarlo en el hospital antes de que sople algo.

—No sabe nada más de nosotros —replicó Smoke—. Y silo hubieras matado en su momento —añadió, mirando a Possum—, ahora no tendríamos que preocuparnos de eso.

Possum había bebido demasiada cerveza mientras buscaban su presa esa noche y le había fallado un poco el pulso (por lo cual daba gracias en secreto) al abrir fuego, de modo que la bala había herido a Moses en el pie, haciéndole saltar la bota.

—Sigo pensando que deberíamos encontrarlo —dijo en contra de sus verdaderos sentimientos—. Esta vez le volaré la cabeza.

Fingió ser tan frío y violento como Smoke: sacó su nueve milímetros de detrás de sus holgados vaqueros y apuntó al televisor como si fuera una cama de hospital.

Smoke se incorporó de un salto, agarró el fusil y apuntó a la cabeza de Possum, que soltó el arma.

—Si te cargas la tele, pedazo de mierda, tú eres el siguiente.

Possum tragó saliva con dificultad, abrió los ojos como platos y suplicó:

—Smoke, no. ¡Por favor! Estaba bromeando, ¿vale?

—Necesito mi dinero —insistió Unique con voz suave y tranquila al tiempo que sus ojos se encendían. Su Objetivo empezó a crear aquella tensión insoportable dentro de su Oscuridad.

Smoke no le prestó atención. Con una risotada, disparó un tiro al suelo y la bala rebotó contra una lámpara. Luego indicó a Possum que recogiera el arma.

0 quizá le pegue un tiro a la perra, ya que tanto te gusta el bicho, parece. De hecho... ¡Tráelo!

—¡No! —exclamó Possum. Por favor, Smoke. ¡No puedes cargarte a la perra! ¡Y no me gusta! ¡No soporto al maldito bicho, pero lo necesitamos! ¡No se te ocurra desperdiciar una bala en ella, todavía!

—Algún día me la acabaré cargando —masculló Smoke—. 0, mejor aún, voy a prenderle fuego. Pero no lo haré hasta que haya terminado con esa zorra de Hammer. Va a recibir una lección por hacer que me encerrasen. ¡Ella y ese jodido Andy Brazil!

Possum se retiró a su habitación a regañadientes. Allí se sobresaltó al ver una foto de Popeye con un abriguito rojo que llenaba la pantalla del ordenador. La Popeye de carne y hueso dormía sobre la cama de Possum, y reconoció su retrato escaneado tan pronto éste la despertó.

—¡Mierda! —susurró mientras leía rápidamente el último artículo del Agente Verdad. ¡No podemos contarle esto a Smoke! —advirtió a Popeye al tiempo que la cogía en alto; la perrita empezó a temblar de excitación y de miedo.

¡El Agente Verdad sabía, de algún modo, que Popeye había sido raptada y aún estaba viva! La estaba buscando y pedía a todos colaboración. Por supuesto, Popeye sabía muy bien que el Agente Verdad era Andy porque había oído muchas conversaciones privadas entre éste y su dueña cuando la página web era sólo un plan. A continuación, Andy había desaparecido

Librodot

bruscamente y, poco después, le tocó a Popeye.

—Yo no te haré daño, pequeña —le cuchicheaba Possum al oído—. Pero Smoke es malo. Ya sabes lo malo que es, y tenemos que asegurarnos de que no sepa que el Agente Verdad ofrece recompensa por ti y anima a todos a participar en una batida, igual que en «Bonanza».

A Popeye no tenían que recordarle la maldad de Smoke y habría renunciado a su ardilla de trapo favorita a cambio de la oportunidad de hincarle los dientes en el tobillo. Quedaría traumatizada para siempre por el recuerdo del momento de distracción en que su dueña la había dejado salir por la puerta y mientras ella comprobaba si había cerrado bien el gas de la cocina. Todo sucedió muy deprisa. Su dueña volvió corriendo a la cocina mientras ella olfateaba la hierba junto a la acera; de pronto, un Toyota Land Cruiser negro aceleró en la calle, frenó en seco a su lado y Possum llamó a Popeye por su nombre, mostrándole una chuchería.

—Ven aquí, Popeye, sé buena chica —dijo Possum como si fuera el ser humano más simpático del mundo—. ¡Mira qué tengo para ti!

Antes de que se diera cuenta, la perrita era capturada y arrojada a la parte trasera del Land Cruiser que conducía aquel monstruo malévolo, Smoke. Llevaron a Popeye al Winnebago, donde permanecía desde entonces, y todas las noches soñaba con su dueña que, según decía Smoke, estaba muerta. Durante un tiempo la perrita no le había creído, pero ya se había resignado a la posibilidad de que su dueña ya no estuviese en este mundo porque, si aún estaba viva, a aquellas alturas sin duda ya la habría encontrado y habría enviado a Smoke a la cárcel para el resto de su podrida existencia.

Possum agarró a Popeye con fuerza y la llevó de vuelta al salón. El hombre había aprendido a fingir cosas, incluidos sus sentimientos. Tuvo cuidado de actuar como si ocuparse del rehén canino fuera una molestia. Nunca demostraba que él y Popeye se llevaban bien y que la perra era quizás el único consuelo cálido y amoroso en su vida, aparte de los programas antiguos de televisión que miraba mientras los demás piratas de la autopista dormían. Popeye se acurrucó en el regazo de Possum y le lamió la mano.

—¡Te he dicho que no me lamas! —mintió Possum.

A esas alturas, la perrita ya entendía la antipatía que fingía tenerle Possum cuando Smoke andaba cerca.

—Tal vez sea hora de enviarle a Hammer un mensaje que diga que hemos encontrado a su perra —dijo Smoke. Entregó a Unique el dinero que le reclamaba y la muchacha se marchó en silencio—. Así vendrá donde la citemos y, cuando se presente, podré volarle la cabeza a ella y también a Brazil.

—Sí —asintió Cuda—. Llevas meses diciendo eso, Smoke. Y yo siempre te repito lo mismo: ¿Y si se presenta con más agentes? ¿Que pasaría si Brazil se salva del primer tiro? Recuerdo que nos contaste que la última vez que tuviste un encuentro con él acabaste en la cárcel, de modo que este Brazil debe de ser todo un tipo.

—¡Nada de eso! ¡Aquí el único tipo que hay soy yo! Quizá matemos a todo el que se presente. —Smoke se volvió hacia Popeye y añadió en tono burlón—: Y a ti, la primera. Possum, encierra a ese saco de pulgas en tu habitación, envía un mensaje electrónico al capitán Bonny y pregúntale cuándo carajo vamos a actuar y a usar la perra para pillar a esos cabrones. ¡Estoy harto de esperar! —añadió, dirigiéndose a todos los presentes—. ¡Ve a

Librodot

buscar el coche! —ordenó a Cat.

Possum se conectó a Internet, cliqueó en «Favoritos» y abrió la página web del capitán Bonny, un sitio egocéntrico y cargado de autobombo que mostraba en la página de presentación la xilografía de un Barbanegra feroz. Possum fue a la sección «Cómo contactar» y tecleó el siguiente mensaje, que era lo contrario a lo que quería Smoke:

Querido capitán Bonny:

Los piratas aún no estamos preparados para dar el gran golpe. Lo tendremos al corriente.

Sinceramente,

Pirata Possum

Major Trader tomaba un banana split en el despacho de su casa cuando llegó el mensaje. Cada vez estaba más molesto con el pirata Possum y sus toscos y criminales colegas, fueran quienes fuesen. Trader había mantenido su palabra de filtrar información a los piratas y mantener su actividad oculta a los medios de comunicación, pero hasta el momento no había sacado nada de ello. Sería mejor que lo recompensaran adecuadamente tan pronto como los piratas dieran el «gran golpe», que Trader creía relacionado con el paso de un gran alijo de cocaína, heroína y armas a través de la frontera canadiense.

Tecleó un mensaje:

Querido pirata Possum:

Como siempre, me alegro de tener noticias tuyas, pero permíteme recordarte que cuando organicé el secuestro de Popeye para que pudierais tender una emboscada a la superintendente Hammer, el trato fue que me compensaríais de forma generosa. He sido paciente durante meses, pero ahora las condiciones han cambiado. Ya no quiero el 50 sino el 60 por ciento del botín, en metálico, guardado en una bolsa impermeable y depositado donde yo os diga. Y te recuerdo que si no cumplís conmigo, me veré obligado a usar la fuerza.

Sinceramente,

El infame capitán Bonny

11

La negra puerta frontal del asador Ruth Chris se abrió despacio y el gobernador Crimm y la primera dama salieron de la que antaño fuera la casa de la plantación, escoltados por todos lados por unos circunspectos agentes de la Protección de Personalidades que vestían unos pulcros trajes. Las cuatro hijas de los Grimm, todas solteras y con más de treinta años, caminaban tras sus importantes padres y quedaban aisladas del resto de los comunes mortales por otro muro de policías en la retaguardia de la marcha.

Macovich se apresuró a tirar el cigarrillo y se desplegó como si fuera una tumbona al apearse del coche mientras Andy se alisaba el uniforme, asegurándose de que todo, la corbata, las esposas, el spray de pimienta, la porra eléctrica, la munición extra y el silbato estuvieran en su sitio. Advirtió que tal vez no fuera buena idea sacar a relucir el asunto de Tangier o hablar de Hammer ante tantos ojos y oídos. Hammer quedaría muy mal si sus agentes se enteraban de que el gobernador no le devolvía las llamadas ni se

entrevistaba con ella. Y, viendo cómo caminaba el gobernador, Andy no sabía si estaba o no totalmente sobrio.

—Mira, es imposible que el gobernador se acuerde de ti o que la hija a la que molestaste diga algo —lo tranquilizó Andy, alcanzándolo mientras el distinguido grupo se acercaba—. Creo que será mejor que hable con él a solas. Me parece que está un poco borracho.

Macovich no tenía intención alguna de ayudar a Andy a conseguir una audiencia privada con el gobernador, sobre todo si éste estaba algo bebido o se mostraba más contento y generoso de lo habitual. Lo único que le faltaba a Macovich era que Andy terminase siendo el perro faldero del gobernador, además de serlo de Hammer. Macovich llevaba años intentando ganar reconocimiento social e incluso afecto por parte del gobernador, y todo había sido en vano. Además, el incidente del billar no contribuía a arreglar las cosas.

—¡Bah!, yo ni lo intentaría. —Macovich trató de desanimar a Andy—. Sobre todo si está borracho. Cuando está borracho es especialmente mezquino.

Macovich se sintió algo culpable por mentir a Andy y entrometerse en sus cosas, pero no podía evitarlo. Temía que su escalada al éxito profesional se viera truncada y que, si no se conducía con astucia, terminase de guardia jurado en un centro comercial o de piloto de empresarios racistas en una agencia de flete de helicópteros. Pero para su sorpresa y preocupación, Andy no le hizo ningún caso y se acercó al gobernador y le estrechó la mano.

Así que ahora me protege el Ejército. —El gobernador parecía encantado al vislumbrar que la sombra que tenía delante era un hombre alto y con uniforme, por lo que debía de pertenecer al Ejército o la Guardia Nacional—. Esto me gusta.

Las tres hijas mayores de Grimm rodearon a Andy como sanguijuelas en una sangría mientras la cuarta, que evidentemente no había superado la adolescencia, mascaba chicle. El gobernador Crimm sonrió y se dio unas palmaditas en los bolsillos en busca de la lupa, que había enganchado a su reloj de bolsillo con el fin de que su amado instrumento óptico no volviera a acabar en la bombonera. Al otro lado de la lupa apareció un inmenso ojo que escrutaba quién podía estar presenciando sus generosas proposiciones a un joven soldado.

—Yo siempre digo que, cuanta más protección, mejor —comentó el gobernador. ¿Cómo te llamas, soldado?

—Andy Brazil. Me gustaría ser su piloto, gobernador, si a usted le parece bien. Cuando tenga un momento, podríamos hablar de ello.

—Apuesto a que también quieres incorporarte al cuerpo de Protección de Personalidades...

No era la primera vez que el gobernador oía aquello. Todos los policías estatales a los que había conocido querían ser agentes de Protección de Personalidades, del mismo modo que muchos agentes federales deseaban entrar en el servicio secreto. Era una cuestión de poder. Se trataba de estar lo más cerca posible del trono. Estudió a Andy y distinguió con dificultad que se trataba de un joven atractivo, de buena constitución pero sin ser un armario de músculos como esos otros hombres y mujeres que protegían a la primera familia. El de Andy era un cuerpo eficaz que podía danzar alrededor de un problema en vez de lanzarse de cabeza contra él. El gobernador vio en el joven al yerno perfecto, casado con alguna de sus hijas. Luego su mente

Librodot

sobrecargada y embriagada advirtió que no estaba muy seguro de poder confiar en su esposa cuando aquel joven tan atractivo y encantador rondase cerca.

Pese a jurar que decía la verdad con la mano izquierda sobre la Biblia de la familia Crimm, la primera dama no había convencido a su marido de no tener escondidos a sus amantes en los armarios de la mansión. El día anterior, Crimm había vuelto a casa sin previo anuncio a la hora del almuerzo y descubrió a Pony arrodillado en el suelo, frotando con un trapo el interior de un armario.

—¿Qué haces? —le preguntó el gobernador, buscando la lupa que colgaba de la cadena de su reloj.

—Aplico un poco de pulimento para muebles sobre la madera —respondió Pony, nervioso, mientras pasaba el paño por las rayas que los trébedes habían dejado en la madera de pino. Tenía que haberlo hecho hace tiempo, pero no he encontrado el momento hasta hoy. Hay una estupenda sopa de guisantes al fuego, si le apetece...

—¿Lleva jamón? —Con la ayuda de la lupa, el gobernador examinó las melladuras que se apreciaban en la vieja madera—. ¿Cómo ha podido rayarse esta madera? Es como si alguien con botas de tachuelas se hubiera escondido dentro del armario, o tal vez alguien con zapatos de baile.

—Quizá sea del aspirador —sugirió Pony mientras cubría las rayas lo más deprisa posible—. Siempre digo a las asistentas que no guarden los aspiradores en los armarios de la ropa. Me temo que la sopa sí lleva jamón. No sabía que viniera a comer, señor, o me habría asegurado de que no le pusieran jamón ni hueso de jamón.

Mientras Pony le contaba todo aquello, el gobernador detectó un sonido metálico, como si alguien bajara las escaleras corriendo. Crimm también corrió y, aunque no alcanzó a ver el origen de aquel extraño ruido, sospechó que se trataba de un hombre con espuelas o armadura. Sus temores acerca de la infidelidad de su esposa empezaron a graznar dentro de su psique. ¿Su mujer ligaba con hombres a través de Internet y luego se enzarzaban en juegos sexuales de fantasía y disfraces? La imaginó en poses eróticas junto a unos jóvenes y viriles amantes que por toda vestimenta llevaban espuelas o un casco con una pluma, o tal vez las dos cosas. Maude y sus lascivos acompañantes practicaban un sexo ruidoso y metálico, y tal vez utilizaban imanes para aumentar su pervertido placer antes de que ella, de repente, se fijase en las telarañas del techo y empezara a negar sus favores a aquellos ciberhombres del mismo modo que se los había negado al gobernador durante tantos años. Seguro que Andy Brazil también andaba metido en el lío. ¿Cómo tener la certeza de que Andy no había conocido an tes a Maude en Internet y que quería ser piloto de la primera familia para estar cerca de ella?

Para entrar en Protección Ejecutiva primero tienes que ser agente de la Policía Estatal —le dijo a Andy en tono autoritario y antipático.

—Ya lo soy, gobernador. Y andamos escasos de pilotos —añadió Andy, dirigiéndose a la primera dama. El no era sexista y no trataba a las esposas de los demás como si fueran apéndices.

—Pues últimamente tenemos siempre el mismo piloto —dijo ella, irritada por el comentario y mirando a Macovich con el ceño fruncido.

¿Qué había sido de todos sus pilotos? Por lo que ella recordaba, a principios de año tenían muchos y supuso que el problema debía de ser la

Librodot

nueva superintendente de la Policía Estatal, aquella mujer exigente y mandona con los hombres. Trader tenía muchas cosas desagradables que decir sobre ella. Tal vez había llegado el momento de escribirle una nota y pedirle más pilotos. La señora Crimm recurrió a su dicho más querido y lo expresó en voz alta.

—En la variedad está el gusto y es la salsa de la vida —dijo.

—Perdone? —Andy estaba desconcertado.

—Querría saber si está de acuerdo en eso.

—En la mayoría de casos —replicó Andy, que captó que lo estaban poniendo a prueba—. Pero no siempre. Por ejemplo, para ir a trabajar no utilizo más ropa que el uniforme. Me gusta mucho el uniforme de la Policía Estatal y lo llevo a gusto cada día, por lo que eso de la falta de variedad no representa para mí un problema.

—¿Qué? —El gobernador descifró el código secreto de su mujer y se quedó pasmado de que resultara tan flagrante. La imaginó practicando el sexo con aquel tipo, Andy, que probablemente no llevaba encima nada más que el cinturón del uniforme—. En la variedad no está el gusto ni ninguna otra cosa. La salsa de la vida no es la variedad, sino la lealtad y el servicio. ¿Qué es para ti la salsa? —preguntó Crimm a gritos mientras observaba con la lupa a su infiel esposa.

—Cálmate, querido —dijo la primera dama, recordando de repente que había escondido trébedes en el armario de las salsas y las especias y pensando que tal vez sería mejor no aludir a ellas de nuevo—. Te dije que no comieras tanta crema amarga ni tanta mantequilla. Ya sabes lo mal que le sienta a tu submarino. —La mujer confiaba en que aquello distraería su atención—. Toda esa grasa animal y esos productos lácteos son combustible para tu submarino y la salsa no es el problema, porque en la cena no has tomado salsas. Ya sabes que en casa siempre evitamos las salsas, y con buena razón. Y no las mencionemos más, no vaya a ser que hagas asociaciones que irriten a tu submarino y lo impulsen hacia una turbulencia que podría terminar en arandelas sueltas, fugas de líquido y lodo alzándose desde el fondo de tus intestinos. Y bien, agente Brazil... Qué nombre tan exótico. ¿Es usted suramericano? Estas son Constancia, Gracia y Esperanza, ¿las conoce?

La primera dama se detuvo antes de pronunciar el nombre de su cuarta hija, la mujer más joven y la menos atractiva de todas las que había en el aparcamiento.

—¿Y tú? —preguntó Andy a la chica, suponiendo que se llamaría Gula o Pereza debido a su apariencia y a su conducta.

—¿A ti qué te importa? —La muchacha reventó de un mordisco el globo que había hecho con el chicle y Andy quedó sorprendido por su contundencia y falta de encanto—. Ah, y te vi marcharte en un coche sin distintivos. ¿De qué sirve ir en un coche sin distintivos si se lleva uniforme? —lo regañó—. Es de retrasado mental.

—Tu acento no es de aquí. —Andy pasó por alto los malos modales e intentó ubicar aquel marcado acento nasal. Tampoco quería contarle que Hammer insistía en que condujera un coche sin distintivos, ya que era un periodista clandestino y prefería que llamara la atención lo menos posible.

—Nací en Grundy, en las minas de carbón —dijo la insolente hija del gobernador.

—No es cierto. —La primera dama se había quedado pasmada—. Yo

Librodot

estaba embarazada de ella cuando, durante una campaña electoral, hicimos una rápida visita a la zona de minas de carbón de la frontera oeste de Virginia —le contó a Andy mientras el gobernador seguía mirando con la lupa en busca del helicóptero y los agentes de Protección se arracimaban en torno a la familia, a la espera de órdenes—. Pero nació en el hospital, como el resto de mis hijas —añadió, indignada, la señora Crimm, y lanzó una mirada de reproche a la chica, que seguía sin tener nombre.

—Supongo que siempre podría utilizarse otro piloto —dijo el gobernador Crimm en tono abatido, deseando no haber comido tanto y humillado por el hecho de que su mujer hubiese hablado en público del submarino.

Había veces en que Bedford Crimm se lamentaba de la vida. En Virginia los gobernadores no podían sucederse en el cargo, por lo que siempre había tenido que esperar cuatro años antes de volverse a presentar a las elecciones. Durante veinte años se había reciclado mediante aquel arcano, anticuado y ridículo sistema de gobierno: comandante en jefe durante una legislación para volver al sector privado durante la siguiente, y luego de vuelta a la mansión. En esos momentos la Casa Blanca era un objetivo más pequeño y distante. El gobernador Crimm tenía casi setenta años, el vodka le subía directo a la cabeza y su mal equipado submarino casi nunca seguía el rumbo previsto.

Los agentes de Protección estaban cada vez más nerviosos. Alrededor de ellos se congregaba una multitud. Andy no era estúpido y sabía que ser piloto del gobernador llevaba un premio añadido: cuanto más cerca de él estuviese, más información podría recabar para los artículos del Agente Verdad.

—Gobernador —dijo Andy—, permítame decirle que será para mí un gran honor llevarle a usted y a su familia en un helicóptero nuevo y, aunque yo no sea un agente de Protección, conmigo también estarán protegidos. ¿Podríamos hablar de esto un momento en privado? No, supongo que no...

Macovich ardía de indignación, pero nadie lo notaba porque a los agentes se les enseñaba a no demostrar sus sentimientos. Su único consuelo al ver cómo Andy lo eclipsaba en aquella fría noche de septiembre era que él sí sabía el nombre de aquella horrible hija pequeña de Crimm. Vaya si lo sabía. Nunca había hablado con ella, ni siquiera cuando la ganó al billar, pero no la perdía nunca de vista tras la máscara oscura de sus gafas de sol.

Se llamaba Regina, pronunciado a la manera británica, y eso era parte de lo que fallaba en ella, además de su desafortunada obesidad y el ancho y feo rostro. Entre los agentes de Protección era bien sabido que Regina tenía unas inclinaciones que no coincidían con los implacables intentos de la primera dama de casar a sus indeseables hijas.

—El agente Brazil no es un gran piloto —susurró Macovich a la primera dama tras decidir que la mejor manera de proteger su territorio era traicionar a Andy—, pero está soltero y últimamente ha estado muy deprimido. Creo que está muy solo.

—¡Qué triste! —dijo la primera dama—. Pues lo invitaré a la mansión, claro que sí.

—Oh, eso estaría muy bien, señora —replicó Macovich, como si fuese el ofrecimiento más generoso que nunca hubiese escuchado.

Macovich pensó, con un punto de satisfacción vengativa, que Andy Brazil no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo. Al blanquito guapo le iban a sacar las entrañas igual que al hombre de paja que se llevaban los monos

Librodot

voladores siguiendo las órdenes de su supervisora, la malvada bruja del oeste, o de donde demonios fuese.

—Bueno, creo que deberíamos irnos —dijo el gobernador al notar que su submarino se precipitaba en la oscura bilis que expulsaba su vesícula—. No me siento bien. No debería haber comido ese pastel con chocolate belga fundido que Trader hizo servir en el restaurante. Es cierto, Maude, tengo que prescindir de los dulces —añadió, dirigiéndose a Andy, que lo escuchaba con atención.

Macovich y los otros agentes se llevaron de allí a la primera familia y escoltaron a sus miembros hasta el helicóptero envueltos en una oscuridad protectora. Andy sacó el teléfono móvil, decidido a llamar al asador para decirles que metieran los restos del pastel en una bolsa de plástico, pero recordó que había prometido a Hammer que hablaría al gobernador de la situación en Tangier. Mientras corría hacia el helicóptero, el motor se puso en marcha y las palas empezaron a girar.

—¡Gobernador! —gritó Andy—. ¡La superintendente Hammer tiene noticias urgentes y necesita hablar con usted! —El ruido de la hélice se tragó sus palabras.

—¡Huelo a tabaco! —La primera dama se disparó como una alarma detectora de humo y se protegió el peinado rígido de una repentina corriente de aire.

—No he sido yo —dijeron a una todos los agentes.

Smoke y sus perros de la carretera contemplaban la escena desde el otro lado del cristal ahumado de su todoterreno Toyota de color negro, que había sido robado en Nueva York y, después de algunas transacciones, había terminado en sus manos, con placas nuevas de matrícula y el número de identificación del vehículo borrado. Los piratas estaban circulando por el centro comercial de Bellgrade, donde se encontraba el asador Ruth Chris, tras unos viejos árboles, cuando el inmenso helicóptero detenido frente al restaurante llamó su atención.

Ninguno de los piratas de las autopistas había visto jamás una cosa así, y cuando el piloto pisó a fondo el acelerador Smoke y su cuadrilla contemplaron boquiabiertos la velocidad de las palas y el destello de las luces de aterrizaje mientras los árboles eran sacudidos por una ráfaga huracanada.

—Joder! —exclamó Smoke, sorprendido. Era raro que demostrase emociones que no fueran la ira y el odio—. ¿Habéis visto eso?

Pasmados, Cuda, Possum y Cat permanecieron sentados en silencio. El ruido de la hélice retumbaba en sus oídos y les excitaba de forma lasciva la sangre.

—Me pregunto si será muy difícil pilotar uno de esos cacharros —dijo Smoke—. ¿Imagináis lo que podríamos hacer con un trasto de ésos? ¡A tomar por culo los camiones! Nunca nos cogerían y podríamos entregar nosotros mismos la mercancía en Canadá; necesitaríamos la mitad de tiempo y podríamos prescindir del intermediario.

El helicóptero se elevó e inundó de luz cegadora la hierba que se agitaba arremolinada. Al otro lado de una gran ventana lateral, Smoke distinguió a una de las hijas del gobernador que abría una bolsa de comida basura, patatas fritas probablemente. Luego se fijó en algo más. Andy Brazil volvía corriendo a su coche sin distintivos. Ver de nuevo a aquel hijo de puta

Librodot

encendió a Smoke. En la época en que Andy era policía municipal, Hammer y él lo habían arrestado y encarcelado. Mientras estaba en la celda, Smoke no había pasado un solo día sin acariciar fantasías sádicas sobre lo que les iba a hacer a aquel par de policías.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Smoke cuando el helicóptero se elevó sobre los árboles y retumbó en el cielo, mirad quién está ahí. Tal vez debería volarle ahora mismo la tapa de los sesos, joder.

—¿Qué sesos? —Cat apartó los ojos de la brillante luz que rasgaba la noche y siguió la mirada vengativa de Smoke, que estaba clavada en un agente rubio que montaba en un coche sin marcas.

—Por qué quieres volarle los sesos ahora mismo? —protestó Possum mientras Smoke ponía en marcha el todoterreno. No irás a hacer algo así con toda esa policía por aquí, ¿verdad? ¿Estás loco o qué? Si quieres hacerlo, yo me bajo del coche.

Possum iba sentado delante y cuando agarró la manija de la puerta Smoke le pegó en la cara con el revés de la mano. Cuda y Cat se encogieron en sus asientos, en silencio. Despreciaban a Smoke, pero no tenían donde ir y en aquellos momentos andaban metidos en tantos problemas que lo más conveniente era conservar aquel empleo. Tanto Cuda como Cat habían debutado en bandas callejeras de esas que ahora estaban tan desprestigiadas. Ser un pirata era como ser de la mafia, se dijo Cat para tranquilizarse, y permaneció quieto, sin parpadear, en el asiento del todoterreno. Nadie se metía con Smoke y sus perros de la carretera; ellos perseguían premios más importantes que asaltar a la gente, robar en cajeros automáticos y disparar desde el coche sólo por diversión. Hacía pocos días, Smoke los había llevado a una galería comercial y les había comprado zapatillas Nike y toda la pizza y las patatas fritas que pudieran comer.

0 sea que no era tan malo, intentaba consolarse Possum, aunque estaba harto de que Smoke le pegara y de temer que se ensañase o matara seres indefensos como la pobre Popeye. Cuando Possum era pequeño, su padre también le pegaba y hacía cosas horribles en la mesa, como clavar el cuchillo en la madera de la mesa y arrojar la comida al otro lado de la habitación. A su padre le gustaba cazar conejos y mandaba a los perros a por ellos para contemplar cómo despedazaban a aquellas pequeñas criaturas que gritaban. Possum empezó a faltar a clase y se quedaba a oscuras en el sótano, viendo televisión. Con el paso de los años, dejó de crecer y sólo salía del sótano muy tarde por la noche para saquear la nevera y el mueble bar cuando sus padres habían terminado de pelear y se habían acostado.

Possum nunca causó ningún daño hasta que fue capaz de ver en la oscuridad y hasta que la luz del sol le dolía en los ojos. Entonces empezó a salir del sótano después de la medianoche y a recorrer el lado norte de Chamberlayne Avenue para contemplar los coches que circulaban y la gente que caminaba, una gente que podía ir y venir a su aire sin tener que pasarse la vida en un sótano escuchando los destrozos que su padre hacía en la casa, las palizas que daba a su madre y las torturas que infligía a los animales.

Una noche, hacia las dos de la madrugada, Possum se encontraba rondando por el aparcamiento del centro comercial Azalea y vigilaba el cajero automático con la esperanza de que alguien hubiese olvidado sacar dinero de la ranura, cuando apareció un Toyota todoterreno y se detuvo. Possum empezó a correr, pero Smoke era demasiado rápido para él y, cuando quiso

Librodot

darse cuenta, se descubrió inmovilizado en el suelo; un chico blanco que llevaba el cabello a lo rasta le clavó una pistola en la sien mientras le ordenaba montar en el todoterreno. Desde entonces, Possum había sido un perro de la carretera y a veces echaba de menos el sótano y pensaba en su madre. Una vez, sólo una, la había llamado desde un teléfono público.

—Trabajo en el turno de noche —le explicó a su madre—, pero no puedo decirte dónde, mamá, porque papá vendría a buscarme, ya sabes. ¿Cómo van las cosas?

—Oh, cariño, a veces no van mal —respondió ella en aquel tono vencido que Possum conocía tan bien—. Por favor, Jerry, vuelve a casa —añadió la mujer, porque el nombre auténtico de Possum era Jeremy Little—. Te echo de menos, pequeño.

No te preocupes de nada. —Dentro de la cabina telefónica llena de pintadas, Possum sintió una punzada en el pecho—. Ganaré dinero suficiente para sacarte de ahí y llevarte a vivir a un buen motel donde él no pueda encontrarnos jamás.

Possum ya había visto que la dificultad de aquel plan radicaba en que Smoke siempre se quedaba los premios en dinero y daba algo de pasta a sus perros conforme la necesitaban, pero no les permitía acumularla. Possum comía, bebía y fumaba toda la hierba que quería; llevaba bonitas zapatillas deportivas y unos vaqueros inmensos que siempre se le caían: iba equipado con un busca, un teléfono móvil, un Sistema de Ubicación Global GPS portátil, una pistola y disponía de una habitación para él solo en el remolque. Sin embargo no tenía ahorros y era poco probable que alguna vez los tuviera. Pensó en ello y la cara le escoció y el labio le sangró. Echaba de manos a su madre y advirtió que Smoke era peor incluso que su padre.

—No puedes matarlo ahora mismo. —Possum intentó que Smoke entrara en razón—. Será mejor que esperemos y hagamos la gran movida. Entonces podremos librarnos de todos a la vez, incluida Popeye.

—No te preocupes —dijo Smoke mientras regresaba a Huguenot Road y aceleraba—. No voy a cargarme a Brazil esta noche, delante de toda esa gente. Pero cuando llegue el momento oportuno se enterará, lo mismo que esa puta de Hammer. ¡Ja! Tal vez utilice a Popeye para dar de comer a un pit bull y luego deje el esqueleto en su patio.

—Si haces eso, ya no conseguirás nada más —dijo Possum con fingida despreocupación. Esa perra es tu mejor premio, Smoke. Ya sabes que esa policía hará cualquier cosa por recuperar el animal, así que será mejor que juegues bien tus cartas y tengas paciencia. Tal vez podrías utilizar a Popeye para pillarlos a los dos a la vez. Qué te apuestas a que Brazil conocía a la perrita y no le ha gustado nada que desapareciera?

—Sí, los pillaré a los dos, claro que sí, joder. ¡Los dos a la vez! —Smoke intentó seguir el helicóptero que se perdía a toda prisa en el horizonte iluminado de la ciudad. Entonces los llevaremos a la casa-club —como llamaba al remolque vivienda—, y tendré todo el tiempo del mundo para hacerles daño de verdad antes de volarles el cerebro y echar sus malditos cuerpos al río.

Los perros de la carretera sabían que, de niño, la especialidad de Smoke había sido enterrar vivos conejos y ardillas, aplastar ranas, atrapar pájaros y tirarlos por la ventana, y hacer otras cosas atroces a pobres criaturas indefensas. A Possum no le había pasado por alto el hecho de que Smoke pusiera nombre de animales a sus bandidos, como para dar a entender lo

Librodot

que les haría si se pasaban de la raya.

—Sí tiéndeles una trampa. —Possum se esforzó en parecer mezquino y duro—. Y tal vez podamos matar también a otra gente —añadió—. Quizá podríamos decirle al capitán Bonny que no vamos a pagarle nada y que si se mete con nosotros le pegaremos un tiro y lo arrojaremos al río.

—Calla. —Smoke le dio un bofetón—. Tenemos que averiguar dónde aparcan ese helicóptero y nos lo llevamos. Tal vez tengamos que hacerle un puente.

—No será necesario —se atrevió a comentar Posssum, que sentía punzadas de dolor en la oreja—. He visto un reportaje sobre esos cacharros en el Discovery Channel. Lo único que hay que hacer para que se pongan en marcha es pulsar un botón. Luego, le das a un pequeño manubrio y lo pilotas con una palanca.

—Conducir un helicóptero no es lo mismo que conducir un coche —intervino Cat—. No sé si conseguiremos que despegue.

—Averiguad dónde está el aeropuerto de la Policía Estatal —Smoke ordenó a sus perros de la carretera—. Buscadlo en el GPS.

Unique no necesitaba un Sistema de Ubicación Global para encontrar su camino, ni disponía del aparato. Smoke no le suministraba armas y equipamiento especial, aunque si lo necesitaba, podía conseguir lo que quisiera de él. Unique tenía sus propias técnicas especiales que irradiaban de la oscuridad en la que moraba el nazi que había en ella. Mientras conducía el Miata por Strawberry Street, se sintió ingrávida y volátil. Surcaba la noche, dejando una estela a su paso con su larga melena y con el viento frío en su rostro bonito y delicado. Aparcó a una manzana de distancia de la casa del policía rubio sin saber que se trataba de Andy Brazil, el mismo poli del que Smoke acababa de hablar.

Cuando Hammer y Andy detuvieron a Smoke, Unique aún no conocía a éste, por lo que nunca había visto a ninguno de ambos. Si Unique no hubiese estado poseída por el demonio, habría sido una coincidencia importante el estar acechando no sólo al enemigo de Smoke, sino también al Agente Verdad, y todo sin ella saberlo. Pero en realidad nada de lo que había ocurrido en la vida de Unique se debía a la casualidad o la coincidencia. Su Objetivo la había dirigido, guiándola a dejar la bolsa de basura en el porche del policía y a pegar un sobre con cinta adhesiva en su puerta.

En la cima de una de las siete colinas de Richmond, dominando la ciudad, había una casa antigua, histórica, que Judy Hammer había dedicado mucho esfuerzo a restaurar y amueblar de modo impecable. Aún estaba pagando los plazos de un escritorio de anticuario ante el cual, al otro lado de la ventana, se extendía la ciudad en un reconfortante circuito de luces que le recordaba que tenía una tremenda responsabilidad ante los virginianos y que se había convertido en un modelo para muchas mujeres a lo largo y ancho del país.

En cualquier caso, no era fácil encontrar hombres adecuados cuando una se acercaba poco a poco a los sesenta y llevaba un arma en su bolso de Ferragamo. Hammer se sentía sola y desanimada, y se había llevado una conmoción terrible al ver la foto de Popeye en la página web. Para las noticias tampoco había sido un buen día: una mujer presentaba una demanda contra McDonald's porque, al parecer, se había quemado con un pepinillo de una hamburguesa mal montada; más tarde, un hombre oficialmente declarado ciego y su hermano que intentaban robar en un

apartamento cometieron el error táctico de decidir que el ciego vigilaría; por no hablar de la gente que sufría coágulos de sangre a causa de las sirenas de ambulancias, o de la policía local que volvía a dragar el río James en busca de armas, ya que muchos sospechosos declaraban haber arrojado las suyas desde algún puente tras cometer sus delitos.

Hammer estaba un poco sorprendida de no tener aún noticias de Andy. Le preocupaba que el silencio indicara, tal vez, la imposibilidad de conectar con el gobernador. Quizás Andy y Macovich no hubieran establecido contacto o, en caso afirmativo, que los resultados no fueran de utilidad. Mientras le daba vueltas en la cabeza a tales ideas, sonó el teléfono.

—¿Sí? —respondió secamente, como si detestase ser molestada.

—Superintendente Hammer? —le llegó la voz de Brazil al otro extremo de la línea.

—¿Qué sucede? —inquirió.

Andy estaba en su coche y se dirigía al este por Broad Street, entre jóvenes hoscos que se reunían en las esquinas o frente a edificios tapiados y miraban con recelo y odio el coche sin distintivos, con todas las antenas y las luces azules ocultas.

—No estoy lejos de Church Hill —informó Andy mientras observaba a aquella gente de aspecto poco recomendable—. Si no te importa —siguió adelante con valentía—, me gustaría pasar por ahí a contarte lo que sucede.

—Bien —respondió Hammer y colgó sin despedirse.

Hammer no tenía en su código genético tolerancia a las pérdidas de tiempo y, conforme se hacía mayor, su odio a la comunicación a distancia iba en aumento. No soportaba el estrépito del teléfono cuando alguien invadía su espacio auditivo; detestaba el buzón de voz y lo hacía correr deprisa antes de borrarlo definitivamente de su vida, casi siempre mucho antes de que el mensaje terminara; los transmisores-receptores eran una molestia, igual que el correo electrónico (sobre todo los mensajes instantáneos de «colegas» indeseados que invadían su ciberespacio sin previa invitación). Hammer quería sólo silencio. A aquellas alturas de su vida, empezaba a cansarle la gente y se daba cuenta de las escasas ocasiones en que la comunicación producía un resultado relevante.

—Dime qué sucede —dijo Hammer antes, casi, de que Andy cruzara la puerta. ¿Has comentado al gobernador que la isla Tangier ha tomado al dentista como rehén y que ha declarado la guerra a Virginia por culpa de esos condenados controles de velocidad, lo de la NASCAR y lo del posible fraude dental?

—No he tenido oportunidad —reconoció Andy a regañadientes y se sentó en el sofá—. Creo que su vista ya no reconoce a nadie. Pensaba que yo era un militar y no tenía idea de quién era Macovich. Me pregunto si no será ésta la raíz del problema, jefa. Quizá tiene una ceguera declarada y no te ha visto desde tu nombramiento porque ni entonces te llegó a ver.

Hammer nunca había contemplado tal posibilidad.

—Eso es una ridiculez —decidió.

—Con el debido respeto…

Ella levantó la mano para hacerlo callar. Sabía muy bien que cuando alguien soltaba lo de «con el debido respeto…», estaba mintiendo y pronto la fastidiaría o la irritaría.

—Di lo que sea y déjate de respetos… —replicó.

Librodot

—Alguien debería decirle que tiene que hacer algo con la vista —señaló Andy—. Quizá tú, jefa.

—Si alguna vez llego a hablar con él, le diré eso y más —replicó Hammer con impaciencia.

Andy la hacía sentirse vieja. La mera presencia de Andy la envejecía; Hammer había empezado a reaccionar con rechazo y ya no se mostraba especialmente cálida con él. Toda su vida había sido una mujer de belleza deslumbrante hasta que cumplió los cincuenta y cinco; entonces en un instante dio la impresión de acumular grasas y arrugas. El labio superior empezó a desaparecerle de la noche a la mañana y los pechos menguaron en cuestión de días. Andy, por el contrario, cada vez que lo veía estaba más guapo.

No era justo, se dijo.

—¿Te encuentras bien, jefa? —preguntó Andy—. De repente pareces irritada y bastante picajosa.

—Es que la mera mención del gobernador me saca de mis casillas.

Qué jodida injusticia, se lamentó en silencio. Hombres de su edad salían con mujeres de la edad de Andy, mujeres que consideraban una especie de atractivo añadido las calvas, las pieles arrugadas, las gafas gruesas, la musculatura flácida, los aparatos especiales y las píldoras para contribuir a mantener el nivel de intimidad y los ronquidos. Hammer se enfureció en silencio. ¡Menudo lavado de cerebro habían sufrido las mujeres! Las jóvenes se vanagloriaban, entre ellas, de la edad madura de sus amantes.

Hacía unos días, Windy Brees estaba fumando un cigarrillo en la puerta del aparcamiento de la oficina central cuando Hammer la oyó hacer comentarios con una amiga sobre el señor Click. Hammer pasó deprisa junto a Windy y su amiga, la mirada fija en el suelo y cargada con su cartera y varios expedientes, fingiendo que no prestaba atención a la conversación. Pero Windy tenía una voz escandalosa y todo el departamento de policía se enteraba de lo que decía.

—Qué edad tiene el señor Click? —ya había preguntado su amiga.

—Noventa y uno —replicó Windy con orgullo—. Me tiene embelesada. Me paso el día esperando que me llame. —Mostró el teléfono móvil, impaciente por oírlo sonar.

—Pero si lo tienes desconectado —observó la amiga—. Tienes que pulsar ese botón y ponerlo en marcha; de lo contrario, no sonará si te llama.

La amiga sacó del bolso su propio móvil y le hizo una demostración.

—¡Oh, vaya! —exclamó entonces Windy con renovada esperanza. Me pregunto si él sabrá conectar el suyo, porque cada vez que le llamo sale una voz que dice que no está accesible. Eso me deprime, porque me preocupa que no esté accesible en general y por eso no he tenido noticias suyas desde anoche.

—Creo que me encargaré personalmente de todo esto —decidió Hammer—. No puedo esperar a que el gobernador me reciba mientras un dentista permanece retenido como rehén en una isla que ha declarado la guerra a Virginia. Nada bueno puede salir de todo esto, Andy. Debemos intervenir de inmediato.

—Con el debido respeto —empezó a decir Andy, pero se contuvo—. Jefa... —intentó de nuevo—, el gobernador Crimm es un hombre orgulloso y un adicto al poder. Si actúas sin su conocimiento, no te lo perdonará ni lo olvidará. Quizá no lo reconozca, pero se ofenderá profundamente si tú te

llevas todo el mérito.

—Entonces, ¿qué demonios vamos a hacer?

—Dame cuarenta y ocho horas —se arriesgó a prometerle Andy—. No sé cómo pero conseguiré una audiencia con él y le informaré de todo. —Hizo una pausa y pensó en Popeye y en lo vacía que parecía la casa de Hammer sin la perrita—. Encontraremos a Popeye, ya verás. No voy a darme por vencido en este asunto —afirmó Andy.

A Hammer se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que reprimirlas con un rápido pestañeo.

—Sé cuánto la echas en falta —continuó Andy, conmovido ante su tristeza y dispuesto a hacer que Hammer le hablara de sus sentimientos—. Y sé cuánto te irrita que haga las cosas sin tu permiso, pero ya no soy ningún novato. Tengo iniciativa y tengo una idea bastante clara de lo que hago. Tú siempre pareces estar irritada con-migo y no aprecias nada de lo que hago.

Hammer no quiso mirarlo ni responder.

—Para ser sincero —continuó Andy—, últimamente siempre pareces sentirte abatida y furiosa con el mundo.

Hammer seguía callada y Andy empezó a levantarse de su asiento.

—Bueno, no quiero invadir tu intimidad —murmuró, percibiendo que lo último que deseaba la jefa era que se marchase—. Será mejor que me marche y no te moleste más.

—Buena idea —dijo Hammer y se puso en pie bruscamente—. Se hace tarde.

Acompañó a Andy hasta la puerta como si estuviera impaciente por verlo marchar. Andy consultó el reloj, al tiempo que murmuraba:

—Tienes razón. Me marcho ya. Debo terminar el próximo artículo, ya sabes.

—No sé si atreverme a sacar el tema... —comentó Hammer mientras lo acompañaba hasta el porche delantero, donde una acerba brisa de otoño hacía susurrar las hojas de los árboles, que empezaban a mostrar sus primeros tonos rojizos y amarillentos—. ¿Habrá más comentarios sobresalientes de tu sabio confidente?

—No tengo ningún sabio confidente —respondió Andy con sorprendente rotundidad mientras bajaba los peldaños y pasaba entre el suave resplandor de las farolas de gas—. Ojalá lo tuviera —añadió al tiempo que abría la puerta del coche—, pero me falta encontrar a alguien que encaje en la descripción.

Andy volvió a su casa malhumorado y cuando subía los peldaños, descubrió con sorpresa y recelo una bolsa de basura colocada sobre el felpudo y un sobre adherido a la puerta con una chincheta. En el sobre blanco, uno de esos corrientes, no había nada escrito; la bolsa de plástico negra contenía algo, no había duda. El instinto policial de Andy disparó de inmediato la alarma; no tocó nada y sacó el teléfono móvil.

—Detective Slipper —respondió una voz después de que el teléfono sonara largo rato en el despacho de la Escuadra A de la policía de Richmond, la división que se encargaba de los delitos con violencia.

—Joe, soy yo, Andy Brazil.

—¡Eh! ¿Qué tal te va? Todavía echamos en falta tu fea cara por aquí. ¿Qué tal las cosas en la Policía Estatal?

Librodot

—Escucha —respondió Andy en tono brusco—, ¿puedes acercarte por mi casa? Alguien ha dejado algo extraño en mi porche y no quiero tocarlo.

—¡Mierda! ¿Quieres que llame al equipo de explosivos?

—Todavía no. ¿Por qué no te acercas tú primero y echamos un vistazo?

Andy se sentó en los peldaños, a oscuras puesto que la luz del porche no era automática y todas las lámparas estaban apagadas para ahorrar en la factura de la electricidad. La sede central de la policía de Richmond estaba en el centro, pero no lejos de Fan District, donde Andy ocupaba una casita adosada de alquiler. El detective Joe Slipper se presentó al cabo de un cuarto de hora y Andy se dio cuenta de cuánto echaba de menos a algunos de los viejos amigos de su anterior trabajo en la Policía Metropolitana.

—Me alegro muchísimo de verte —dijo a Slipper, un hombre bajo y rechoncho que siempre apestaba a colonia y tenía buen gusto para escoger elegantes trajes de diseño, que conseguía tirados de precio en una tienda de saldos de la ciudad.

—¡Mierda! —masculló el detective mientras inspeccionaba la bolsa y el sobre con una linterna—. Realmente extraño.

—Has traído unos guantes? —preguntó Andy.

—Claro. —Slipper sacó de un bolsillo un par de guantes quirúrgicos.

Andy se los puso y arrancó el sobre de la puerta. Estaba cerrado y lo abrió con una navaja de bolsillo. Dentro había una foto Polaroid. El y Slipper se quedaron boquiabiertos cuando la luz de la linterna iluminó una imagen sobrecogedora del cuerpo desnudo y ensangrentado de Trish Trash en la isla Belle. Slipper tanteó la bolsa de basura con la puntera del zapato.

—¡Mierda! —soltó—. Aquí parece como si hubiera ropa…

Abrió la bolsa y extrajo con cuidado una chaqueta negra de cuero de motorista, unos vaqueros, unas bragas, un sujetador y una camiseta de manga corta con el logotipo de lo que debía de ser un club femenino de soft-ball de Richmond. Las ropas parecían haber sido rajadas con una navaja de afeitar y estaban tiesas debido a la sangre seca.

—¡Señor! —murmuró Andy y lo bañó un sudor frío al pensar en lo que el autor había marcado en el cuerpo de la mujer asesinada—. No tengo idea de qué es todo esto, Joe.

Callado y sombrío, Slipper volvió a su coche y cogió unas bolsas para pruebas y cinta adhesiva. Lo guardó todo en bolsas herméticamente cerradas y le dijo a Andy que tenían que hablar.

Ninguno de los dos tenía la más remota idea de que Unique estaba oculta en las sombras, al otro lado de la calle, contemplando la escena.

—¿Qué te parece si hablamos en tu coche? —sugirió Andy, pues no quería que Slipper entrara en su abigarrado comedor-despacho, donde tenía expuesto su material de investigación sobre Jamestown, la isla de los Perros, los piratas, las momias, las fotografías de Popeye y todo lo demás.

—Claro —asintió el detective, algo sorprendido—.

—¿Qué sucede? ¿Tienes una mujer escondida ahí dentro?

—Ojalá —respondió Andy—, pero no. La casa está manga por hombro y preferiría no distraerme en este momento. Pero si prefieres que entremos, no tengo inconveniente. Incluso puedes registrarlo todo, si quieres.

—Claro que no, Andy —dijo Slipper—. ¡Mierda!, no tengo ninguna razón para registrar tu casa, incluso si me das permiso. Vamos al coche, sentémonos en ese trasto viejo que me proporciona el Ayuntamiento para desplazarme.

Librodot

—No sé qué carajo sucede, Joe —continuó Andy.

—Pues yo, sí —replicó Slipper mientras subían al viejo Ford LTD sin distintivos y cerraban las portezuelas—. Parece que nuestro asesino ha dejado ahí esa mierda y nos está provocando. Mira, yo estuve en la escena del crimen y tengo muy claro que la foto se tomó antes de que llegáramos nosotros. Por no hablar de las ropas: Cuando respondimos a la denuncia, no encontramos el menor rastro de las ropas... y eso que buscamos por toda la isla.

Andy estaba muy inquieto. ¿Acaso sabía el asesino que él era el Agente Verdad? ¿Cómo podía saberlo? ¿Tal vez por eso había grabado el nombre en el cuerpo y ahora aparecían pruebas delante de su casa? Pero ¿cómo podía nadie, salvo Hammer, conocer la verdadera identidad del Agente Verdad? Resultaba inexplicable y Andy temió que si discutía abiertamente la situación con Slipper, el detective se lo diría a otros compañeros, su carrera literaria terminaría y el gobernador despediría a Hammer. Peor aún, Andy se convertiría en el primer sospechoso.

—¡Dios santo! —exclamó con un bufido de frustración—. Joe, deja que te diga, para empezar, que no tengo nada que ver con este caso. No sabía nada de la víctima hasta que tú llamaste a Hammer hace unas horas. Nunca había visto a la víctima y por supuesto no la maté, ni a ella ni a nadie, si es eso lo que estás pensando; creo que debemos ser absolutamente sinceros el uno con el otro, Joe.

—Desde luego que vamos a ser sinceros —replicó Slipper, mirando fijamente la calle oscura y vacía tras el parabrisas. Ante la negativa del detective a mirarlo a los ojos, Andy llegó a la conclusión de que Slipper no sabía qué pensar y, en realidad, sospechaba de él.

—¿Sabes algo del Agente Verdad? —preguntó el detective.

—Sé que su nombre estaba marcado sobre el cuerpo de la víctima; tú se lo contaste a Hammer y ella, a mí —respondió Andy—. Desde luego, conozco el sitio web de ese Agente Verdad, como todo el mundo.

—¿Has leído esa basura?

—Sí. Y no veo que en el contexto de esos artículos haya nada que guarde relación con la víctima. ¿Y tú?

—En eso tengo que darte la razón —confesó Slipper—. O sea, no veo ninguna relación entre Jamestown, las momias y todo lo demás, y lo que parece un claro asesinato sexual contra unas lesbianas. Y debo reconocer, Andy —añadió, volviéndose por fin hacia él—, que la mitad de la Policía Metropolitana siempre pensó que eras homosexual y que tú nunca has dado la impresión de que los gays te molestaran o que estuvieras obsesionado por ellos.

—Es cierto —replicó Andy con sinceridad—. No me obsesiona nadie salvo la mala gente.

—Sí, ésta ha sido siempre mi impresión. —Slipper sacudió la cabeza, perplejo—. Pero, por el amor de Dios, por qué habría de dejar el asesino toda esa ropa y el sobre en tu casa? Me pregunto si no podría tratarse de alguien a quien hayas detenido alguna vez o con quien, quizás, hayas tenido contacto, tal vez cuando trabajabas para la Policía Municipal. ¿Tu dirección aparece en el listín telefónico?

—No, Joe, claro que no. ¿Te importa si te hago una pregunta?

—Claro que no.

—¿Has pensado que quizás el vínculo con el Agente Verdad no sea que el

asesino lea sus artículos directamente, sino que la víctima los leía y que el asesino se enteró de ello de algún modo?

—Verás, me avergüenza un poco confesar que no había pensado en eso dijo Slipper con interés y con una chispa de esperanza—. Muy buena idea, Brazil. Seguiré esa línea; volveré sobre mis pasos y hablaré un poco más con los compañeros de trabajo de la muerta.

—Y tal vez con la gente que jugaba en el equipo de softball que consta en la camiseta —sugirió Andy—. Pero tendrás que evitar las preguntas directas acerca del Agente Verdad, porque será mejor que nadie sepa el detalle de lo que el asesino escribió en el cuerpo, ¿no crees?

—Desde luego. Eso sólo lo sabemos el asesino, nosotros y el forense. Y debemos guardarlo en secreto por si encontramos algún sospechoso y lo confiesa, ¿no es eso?

—Exacto, Joe.

—¿Y cómo piensas que podría averiguar algo sobre el Agente Verdad sin mencionarlo directamente?

—¿Qué te parece esta idea? —apuntó Andy—. Verás, el Agente Verdad tiene un correo electrónico...

—¿Sí?

—Sí, Joe. Ahí, en la página web, encontrarás cómo ponerte en contacto con él, quienquiera que sea. ¿Por qué no le envías un mensaje y le pides ayuda? El podría colgar algo en la página para ver si responde alguien que conociera a Trish.

—¿Y qué le digo? —Slipper se frotó la barbilla ¿Qué queremos que ponga en su página?

Andy se quedó pensativo:

—Verás —dijo al fin—, prueba esto: «La policía busca a alguien que conociera a Trish Trash y supiera cuáles eran sus pasatiempos, sus pasiones, lo que leía y si últimamente había alguien o algo de lo que hablara más de lo habitual».

Slipper tomaba notas y pidió a Andy que repitiera las últimas palabras.

—Y yo añadiría —sugirió Andy que los informadores no tienen que identificarse; de lo contrario, hay gente que no se sentiría cómoda presentándose. También ofrecería una recompensa por cualquier pista que conduzca a una detención.

Slipper puso en marcha el coche y encendió los faros al tiempo que Unique se agachaba tras un árbol en la oscuridad, invisible después de reorganizar sus moléculas y febril por cumplir su Objetivo, imaginando que una noche aparecía ante la puerta del policía rubio.

—Se me ha estropeado el coche —le dictó el guión el nazi que llevaba dentro. ¿Puedo utilizar el teléfono?

El policía la dejaba entrar y, cuando se volvía de espaldas apenas un segundo, Unique se hacía invisible y se deslizaba detrás de él. Entonces le rajaba el cuello de lado a lado para impedirle gritar y así ahogarlo en su propia sangre. Luego, continuó el nazi desde su negro espacio, Unique le cortaría aquella cara guapa, le arrancaría los ojos y la lengua, lo castraría, grabaría una esvástica en su vientre y fotografiaría, como siempre, los frutos de su Objetivo. Finalmente, recogería sus ropas y las enviaría a quienquiera que el nazi le indicara.

—Sé que ya habrás pensado en ello —continuó sugiriendo Andy en tono diplomático, pero yo llevaría el sobre al laboratorio de ADN para que lo

Librodot

analizaran, por si el asesino cerró el sobre con su saliva; después se puede pasar la muestra por la base de datos de ADN para ver si tenemos suerte y damos con algo. Y haría falta buscar muestras de ADN de la sangre de la ropa; a veces el asesino se corta durante la agresión. También llamaría a Vander para que haga su trabajo con los instrumentos de recogida de huellas por si hay alguna latente en la bolsa, en el sobre y en la foto Polaroid que pudiera investigarse. Por supuesto, hay que buscar rastros, fibras, cabellos y todo lo que haya en las ropas y en la bolsa; pero antes de hacer todo eso, no te olvides de dejar que la doctora Scarpetta lo vea todo.

—Sí, sí —dijo Slipper en tono algo desdeñoso, pues estaba entrenado a la antigua y entendía la moderna ciencia forense casi tanto como su VCR, que aún no sabía cómo funcionaba—. Ya iba a hacer todo eso.

El agente Macovich había llevado a la primera familia al helipuerto del centro de la ciudad. Después había regresado al hangar de la Policía Estatal, donde se subió a una escalera para limpiar el parabrisas a prueba de pájaros de aquel 430 y, a la luz de unas farolas de la pista, quitarle los insectos incrustados en él.

Sí ser piloto de helicóptero tenía glamour, de acuerdo, pensó Macovich con amargura. Nada más excitante que rondar cerca del gobernador, que veía menos que un topo, y de aquella familia suya, cuyos miembros se comportaban como si perteneciesen a la realeza. Los Crimm nunca le habían dado las gracias ni lo habían elogiado, y tampoco le habían subido el sueldo desde hacía bastante tiempo. No era justo que Andy Brazil hubiera estado suspendido de empleo durante un año y luego volviera alegremente al trabajo, como si nada.

Macovich esperó que a Andy le ocurriera lo que estaba pasándole a él, y que a los demás también. Macovich anhelaba que algún conjuro mágico lo liberara de las deudas y de su implacable y agotador deseo sexual. Las mujeres y la mayor parte de los hombres no sabían qué era tener un semental entre las piernas que no paraba de patear, soltar bufidos y encorvarse para salir del establo, aunque su «jinete», como Macovich lo llamaba, estuviese dormido. Su naturaleza lasciva había entrado al trote en su vida a muy temprana edad y su padre se reía, orgulloso, y lo llamaba Thorlo Purasangre, sin advertir que el pequeño Thorlo estaba desarrollando un gran problema que acabaría por dominar su cuerpo y su vida. Necesitaba mujeres y eso era caro. Necesitaba mujeres que fueran sexualmente insaciables y lo bastante experimentadas para mantenerse en la silla de montar por más dura que fuera la cabalgada, y era difícil encontrar compañía femenina de ese tipo.

Macovich dejó de frotar el cristal unos instantes al ver que un todoterreno se detenía con descaro frente al hangar de la policía. Se apeó un chico rubio de aire duro, con rastas, y caminó hacia el helicóptero como si tuviese el derecho de hacer en este mundo lo que le viniera en gana.

—¡Eh! —le gritó Macovich con severidad—. Esto es una zona restringida.

—Y yo estoy absolutamente perdido, joder —replicó el chico—. ¿Podrías decirme dónde está el aeropuerto de vuelos regulares? Debo tomar el avión a Petersburg dentro de un cuarto de hora y si no me doy prisa, lo perderé.

—A Petersburg no hay vuelos —explicó Macovich mientras frotaba con el trapo una salpicadura resistente—. Petersburg está a menos de cincuenta kilómetros de aquí, o sea que no entiendo por qué necesitas un avión. Si vas

Librodot

en coche, llegarás igual de rápido.

Los otros perros tenían las ventanillas bajadas y escuchaban con atención, preguntándose, nerviosos, qué haría a continuación Smoke. Cat, preocupado, pensó que si Smoke secuestraba el helicóptero, sería del todo imposible que sus perros lo hicieran volar. Desde su asiento en la parte trasera del todoterreno, veía que la cabina parecía una nave espacial, llena de interruptores e instrumentos que le eran por completo desconocidos. Dio un codazo a Cuda.

—¿Qué vamos a hacer si pega un tiro al poli y quiere llevarse el helicóptero? —le preguntó Cat.

—Quizá robar un camión Peterbilt y meterlo en el remolque frigorífico.

—No cabría en ninguno de los remolques que conozco.

—Sí, tendríamos que quitar el techo del remolque con un soplete para que cupiera la hélice. Es la hélice más grande que jamás he visto.

—Se llaman palas —lo corrigió Possum—. Los barcos y los aviones tienen hélices, pero los helicópteros no.

—Lo que sea, pero sigue sin caber —dijo Cat, molesto.

Mientras tanto, Macovich explicaba a Smoke cómo llegar a Petersburg.

—Toma la interestatal hacia el norte y lo encontrarás.

—¿Y si te pago para que nos lleves en ese cacharro? —preguntó Smoke, señalando el gran helicóptero—. ¿Cuánto tardaríamos?

—Unos diez minutos, siempre que no tuviéramos viento fuerte en contra. Pero no puedo llevarte. Este helicóptero sólo lo utiliza el gobernador y su familia.

—¿Sí? Pero no tendría por qué enterarse. —Smoke se mostraba cada vez más agresivo y se acercó a la escalera preguntándose si debía darle una patada y derribar al policía.

—En la cabina hay una especie de tacómetro que, cada vez que pongo en marcha el helicóptero, lo registra —explicó Macovich—. Mañana, cuando lleve a la primera dama a algún sitio, el tacómetro dirá que he pilotado el helicóptero diez minutos, que he aterrizado y he despegado otra vez para volver a aterrizar aquí, en el hangar, después de haberlos recogido en el asador para llevarlos a casa. ¿Cómo quieres que explique que utilicé el helicóptero para ir a Petersburg, a menos que el gobernador piense que, después de cenar, lo llevé allí?

—Tal vez no se acuerde.

Era una posibilidad cierta, habida cuenta la cantidad de vodka que había bebido aquella noche el gobernador, y Macovich se sintió tentado a llevar al chico. Había tenido una semana muy mala y aquella noche resultó ser muy tensa. Además, sabía que aquel mes no podría pagar los gastos que le cargaran a la Visa.

—Quizá podrías darnos una vuelta rápida en ese trasto —le sugirió el chico de las trenzas—. En realidad, ya no tenemos que ir a Petersburg, se ha hecho tarde.

—No. —Macovich bajó de la escalera y dio una sacudida al trapo, del que cayeron cientos de insectos No os llevaré.

Smoke palpó la dura pistola que ocultaba en la parte trasera del pantalón. Era lo bastante listo como para advertir que el secuestro de un helicóptero resultaba mucho más complicado que hacerse con un camión, por lo que tal vez sería mejor mostrar paciencia y preparase mejor el plan. Si mataba al policía, probablemente no fuera capaz de hacer despegar el helicóptero antes

Librodot

de que llegara alguien y se lo encontrara, junto a sus perros de la carretera, frente al hangar de la policía, leyendo manuales de vuelo y mirando debajo de las múltiples cubiertas.

—¿Das lecciones? —Smoke intentó otra aproximación.

—Sí, soy instructor de vuelo. —Macovich abrió el compartimento de los equipajes y echó dentro el sucio trapo.

—Te diré algo: Si das lecciones a uno de mis chicos, te recompensaré generosamente. Siempre y cuando nadie, y digo nadie, se entere de ello.

Smoke ya había decidido que sería Possum quien recibiera las lecciones. Si Possum era detenido, Smoke contrataría a alguien más y seguiría con sus planes como si nada hubiese ocurrido. Possum era el perro de la carretera que Smoke menos apreciaba; le importaba un pito la suerte que corriera y a veces lamentaba haberlo secuestrado en el cajero automático. Smoke dio al policía el número de su busca y le dijo que lo llamase si le interesaba hacer de instructor, aunque sería mejor que lo hiciera deprisa porque Smoke era un hombre muy ocupa-do. Además, dijo Smoke, si el agente estaba harto de su trabajo sin importancia y mal pagado, podría contratarlo para su plantilla de mecánicos.

—¿Tienes una plantilla de mecánicos?

—Claro que sí, joder. De Fórmula A.

—¡Vaya! ¿Del NASCAR?

—Soy piloto —dijo Smoke con impaciencia y pensando a toda velocidad—. Precisamente por eso debemos andarnos con tanto secreto. Sólo con mencionar mi nombre, me acosan más aficionados que insectos chocan contra tu parabrisas. Ser tan famoso como yo es como estar encarcelado.

—¡Vaya! ¿Y cuál es el número de tu coche? —Macovich no conocía a ningún piloto de la NASCAR que llevara el cabello recogido en trenzas, pero comprendía que el joven fuera disfrazado para evitar a sus locos seguidores.

No puedo decírtelo, gilipollas —lo intimidó Smoke—. Pero si quieres formar parte de mi plantilla de mecánicos —añadió, mientras se alejaba—, dame un toque por teléfono, joder. Y hazlo pronto.

Mientras Macovich reflexionaba sobre aquella oportunidad que se le había presentado de forma tan inesperada, Andy tomaba una cerveza sentado en su diminuta casa adosada, que estaba al final de Fan District, donde gentes marginales vivían en un permanente rechazo de su entorno.

Dijeran lo que dijeran los vecinos cuando al final del largo y duro día se balanceaban en las mecedoras de sus porches, Andy sabía que el único valor histórico de aquel barrio era su antigüedad. Aparte de eso, la zona estaba muy degradada, no había sitio donde aparcar y a veces los que acudían a los sanatorios y centros de reinserción del barrio decidían introducirse en las vidas de los vecinos sin previa invitación. Andy vivía en una casa de arenisca que disponía de una sola habitación, sin aire acondicionado ni calefacción y en la que las frecuentes subidas y bajadas de la tensión ponían en peligro el buen funcionamiento de su ordenador.

En aquel momento no le importaba en absoluto que la luz se fuera del todo. Un asesino trastornado había dejado unas pruebas en su porche y Andy esperaba que Slipper se apresurara a escribir al Agente Verdad. Se puso en pie, arrastró una silla hasta el otro lado de la sala, sacó otra cerveza del frigorífico de la cocina y, enojado, se sentó de nuevo ante el ordenador.

Escribió un conciso artículo, con palabras que fluyeron sin dificultad de

Librodot

sus dedos, y lo colgó en su sitio web. Slipper había enviado un mensaje al Agente Verdad y Andy lo respondió; después se quedó dormido al teclado. Cuando el teléfono lo despertó, tenía la cabeza apoyada en la mesa del comedor.

Refunfuñó y miró a su alrededor, aturdido y rígido, mientras el teléfono seguía sonando.

—¿Hola? —respondió, esperando que fuera Hammer y que ya hubiese leído su artículo y le hubiera gustado.

—Hay ahí un hombre llamado Andy Brazil? —preguntó una voz femenina que le sonó vagamente familiar.

—Quién lo pregunta?

—Soy la primera dama, Maude Crimm.

—¡Sí, primera dama! —exclamó Andy, asombrado—. Qué placer tan inesperado...

—Preséntese en la mansión a las seis para tomar unas copas y una cena ligera. Esta noche a las seis.

—¿Hoy jueves? —preguntó Andy, que no sabía qué día era.

—Claro, hoy es jueves, por supuesto; las semanas pasan volando. Estamos en la gran casa amarilla del centro de Capitol Square, junto a la calle Nueve, justo antes de llegar a Broadway. Sé que usted es relativamente nuevo en la ciudad y que ha estado suspendido de servicio por un año, así que tal vez no conozca el camino.

La primera dama colgó, devolvió el teléfono a Pony y sonrió con satisfacción a sus hijas, quienes la miraban sentadas a una mesa de desayuno de antes de la guerra de la Independencia.

—Sigo pensando que deberías haber hablado antes de esto con papá. —Gracia le hizo una seña a Pony para que añadiera más mantequilla a su sémola.

Entraba un frío viento del norte y empezaba a llover con fuerza.

—A papá le cayó bien ese joven, estoy segura de ello —replicó la señora Crimm—. Tu padre sabe muy bien lo que se hace. ¡Dios mío! Hace un momento brillaba el sol y ahora está lloviendo.

—Papá sabe más de lo que tú crees. Y si de repente empieza a ir en helicóptero con un joven rubio que antes era policía municipal y ahora es agente estatal y que antes estuvo suspendido, tal vez recuerde que no ha tenido nada que ver con eso —dijo Esperanza mientras la lluvia golpeaba el viejo tejado de pizarra.

—¿Nada que ver con qué? —preguntó la primera dama.

—Con que de repente nos haga de piloto.

—Tonterías. Necesitamos más pilotos. No entiendo qué les ha sucedido a todos los nuestros, como no sea que anden ocupados con los controles de velocidad y no tengan tiempo para nosotros. Y ya oíste lo que dijo el joven. Tiene algo importante de que hablar con papá y yo, por mi parte, quiero saber de qué se trata.

Pony buscaba la base del teléfono portátil. En la mansión nunca encontraba nada, y en los días especialmente duros no estaba seguro de que los oficiales de la prisión le hubieran hecho un favor asignándolo al servicio doméstico del gobernador. Otros internos que trabajaban para la primera familia hacían reparaciones fuera de la casa, rastrillaban hojas o abrillantaban los coches oficiales.

—No quiero molestar —dijo Pony, sin mirar a nadie a los ojos—, pero no

logro encontrar la base del teléfono.

Constancia, Gracia, Esperanza y la primera dama se distrajeron unos instantes, como les ocurría siempre que alguien buscaba algo. Regina era el único miembro de la primera familia que prefería comer sin que la sirvieran. Cuando Pony lo hacía, tardaba más. Regina se sirvió ella misma tostadas, sémola, huevos al nido, otro plátano y miel de oxidendro, que el gobernador de Carolina del Norte había mandado las Navidades pasadas para recordar maliciosamente a los Crimm que el estado del Tar Heel era muy superior a la Commonwealth de Virginia.

—Estaba aquí hace un minuto. —Esperanza se sentía frustrada y mostraba su cara de caballo muy pálida, porque todavía no se había maquillado.

La primera familia había aprendido el arte de buscar objetos por toda la casa sin moverse siquiera de la silla. Pony nunca había comprendido cómo lo conseguían, pero si él fuera tan listo y especial no llevaría la chaquetilla blanca ni se pasaría mañana, tarde y noche sirviendo a los Crimm.

—Perdone, señorita Esperanza, pero ¿dónde es aquí? —preguntó Pony con cortesía—. Dónde lo vio por última vez, quiero decir.

—Sólo tienes que llamar al número correspondiente —dijo Regina con la boca llena—. Cuando suene el aparato, sabrás dónde está.

—Eso sólo funciona cuando pierdes el teléfono, pero no el soporte —le espetó Constancia, enfadada porque los teléfonos, los soportes y otras cosas no se quedaban en su sitio.

Pues el soporte también suena, como usted comentó acertadamente ayer —dijo Pony a la primera dama, aunque ésta nunca le había comentado nada directamente en todo el tiempo que llevaba trabajando para la familia Crimm.

Tenía una solución al alcance de la mano, pero el problema persistía. A los internos no se les permitía tener el número de teléfono privado de la primera familia, de modo que si había que encontrar el soporte, un miembro de la primera familia tendría que marcar el número, y aquello iba contra el protocolo. Ese era un trabajo reservado a los ayudantes personales o administrativos o de grado seis y, a aquella hora de la mañana, los grado seis todavía no estaban en sus puestos.

La mesa del desayuno se convirtió en un retablo de mujeres de la primera familia inmovilizadas por la indecisión, excepto Regina, que seguía sirviéndose comida en el plato sin hacer caso de ningún protocolo.

—Dame —dijo al tiempo que alargaba la mano—. Pásame el teléfono, Pony.

El se acercó por detrás y puso el teléfono junto al plato, dejando un espacio libre como si acabara de servirle un postre flambeado. Regina marcó el número secreto con los dedos pringados de miel y, al momento, el soporte empezó a sonar bajo su bata acolchada sobre el aparador de caoba.

—Hola? —dijo Regina para asegurarse de que ella era quien llamaba—. ¿Hola? —repitió al tiempo que cruzaba las piernas, enfundadas en el pantalón de pijama, algo que siempre hacía pensar a Pony en dos troncos de árbol cubiertos de franela y calzados con unas sucias y peludas zapatillas—. Tal vez debería apuntarme a Protección de Personalidades. —Devolvió el teléfono a Pony. Estoy harta y asqueada de las obligaciones oficiales.

—Pero no te asignarían a nosotros. La primeradama se oponía a la idea e intentaba desanimar a su hija—. A menos que te asignaran otro agente que

Librodot

te protegiera a ti mientras tú protegías a papá, a tus hermanas y a mí.

Enséñame eso en el código de Virginia —arguyó Regina—. Apuesto lo que sea a que no está.

—Si me permiten... —dijo Pony al tiempo que limpiaba el teléfono y lo devolvía al soporte— No está. No consta en ninguna sección de ese código el que la primera familia necesite protegerse a sí misma y ser protegida al mismo tiempo.

—Tal vez podrías discutir eso con aquel agente tan guapo, Brazil. Dejaré que sea él quien te convenza de no hacerlo —dijo la primera dama a Regina—. Ser agente es muy peligroso y poco gratificante. Y, hablando de ellos, ¿alguna de vosotras ha leído al Agente Verdad esta mañana?

—Pero si acabamos de levantarnos —le recordó Constancia a su madre.

—Bueno, pues cuenta una historia muy emocionante y misteriosa sobre quién mató a J.R.

—¿Y eso? ¿Ahora escribe sobre «Dallas»? —preguntó Esperanza, asombrada—. Pero si hace ya mucho que no emiten esa serie.

—Es otro J.R. —explicó la primera dama a sus hijas—, pero es una pena que ya no pongan «Dallas». Vuestro padre nunca ha olvidado esa serie y se enfadó mucho con la cadena de televisión cuando dejaron de emitirla. En la tele ya no dan nada que valga la pena, a excepción del canal de compras.

UNAS PALABRAS SOBRE EL ACTO DE COMER ÁGUILAS por el Agente Verdad

Es muy posible que un joven al que los arqueólogos de Jamestown apodaron J.R. fuera el primer blanco asesinado por otro blanco en América; sin embargo esto es sólo una manera de hablar, ya que América no se llamaba todavía América en la época en que se colonizó Jamestown. Por cierto, J.R. significa Jamestown Rediscovery y es el prefijo que llevan todos los objetos encontrados en el programa de excavaciones arqueológicas, entre ellos las tumbas y los cadáveres que se hallaron en el lugar. No sabemos quién mató a J.R. y, en el momento de escribir esto, ni siquiera estamos seguros de quién es J.R.

Sin embargo, gracias a la ciencia J.R. ha conseguido contarnos un par de cosas. Los resultados de la prueba del carbono 14 confirman que murió en 1607, pocos meses después de que los primeros colonos llegaran a Jamestown, por lo que podemos concluir que fue uno de los 108 ingleses, entre adultos y muchachos, que zarparon de la isla de los Perros y quedaron encallados en la desembocadura del Támesis. La antropología nos dice que se trataba de un hombre robusto, de metro sesenta y cinco, barbilla redondeada, mandíbula pequeña y entre diecisiete y veinticinco años, que no presentaba signos de artritis y tenía unos dientes en buen estado, lo cual indica que su dieta no incluía el azúcar. Las pruebas de plomo, estroncio e isótopos de oxígeno demuestran que creció en el Reino Unido, posiblemente en el sudeste de Londres o en Gales.

J.R resultó mortalmente herido en la pierna con más de veinte perdigones de un mosquete del calibre sesenta, que en esa época se consideraba un arma de combate.

Las pruebas forenses demuestran que el rifle de mecha que lo mató fue disparado desde demasiado lejos como para que la herida se la hubiese infligido él mismo. Murió desangrado y fue enterrado sin mortaja en un ataúd hexagonal, con los pies hacia el este, siguiendo la tradición cristiana.

Si a J.R. lo mató otro colono, y yo creo que sí, esto nos lleva a las teorías del móvil, el cual puede inferirse de la documentación histórica. Un recorrido por los escritos de la época y la subsiguiente combinación de las palabras con los objetos y los huesos que se encontraron en las excavaciones puede sugerirnos varias posibles causas por las que J.R. podría haber sido asesinado.

Tal vez andaba metido en alguna intriga política o tenía dificultades domésticas o no trabajaba y se aprovechaba de los demás o era un ladrón o tomaba más comida de la que le correspondía. Quizá se dedicaba al canibalismo, como un colono posterior que fue ejecutado tras ser descubierto salando a su esposa muerta. 0 a lo mejor se encontró con un «natural» de la zona, que se había hecho con un arma y había querido probarla. O, lo que es más probable, J.R. tuvo un altercado con otro colono armado que decidió que el mejor lugar donde dispararle era la pierna, porque quizá J.R. llevaba casco y una coraza en el torso; tal vez el colono le disparó después de descubrir que espiaba para los españoles o que era un pirata.

Yo sospecho que J.R. era un espía, o un pirata, o ambas cosas. Sea cual fuere la verdad, la muerte de J.R. no fue agradable, es muy probable que permaneciera consciente el tiempo suficiente para advertir que se moría. Lo imagino yaciendo dentro de una fortaleza, cayendo lentamente en el estado de shock mientras veía que se desangraba por una arteria cortada detrás de la rodilla; e imagino la conmoción en el lugar, con los colonos transportando de un lado a otro trapos y agua del río y todas las medicinas que tenían a su alcance. Tal vez intentaron confortar a J.R., o quizá todos se enfrentaron al agresor y lo interrogaron.

Quién sabe. Pero mientras imaginan este trágico drama, mis fieles lectores, seguro que se están formulando la misma pregunta que me hago yo: ¿Por qué no hay ninguna mención de la muerte de J.R. en los escritos de John Smith? ¿Por qué, hasta la fecha, no hay ninguna referencia en ninguna crónica a este joven colono que fue abatido de manera accidental o deliberada?

Así se demuestra que la historia no es más que lo que ciertas personas deciden que las generaciones futuras deben saber. Supongo que cuando John Smith escribía sus relatos y contaba historias destinadas al rey James y a la gente de su tierra natal, era lo bastante astuto y perspicaz para saber que los patrocinadores financieros y los potenciales colonos quedarían un tanto decepcionados si se enteraban de que en Jamestown la gente era ingobernable y asesina, estaba constantemente asediada por los «naturales» y se veía obligada por el hambre a comer serpientes, tortugas y un águila por lo menos, según los restos que los colonos dejaron en la zona.

Los inicios de América no fueron excitantes, divertidos y ni siquiera patrióticos, pero realmente servirían como modelo para un reality show televisivo que conseguiría que Supervivientes pareciera Isla Fantasía. Y debo admitir con pesar que las cosas no han cambiado demasiado. ¡Miren el triste y sádico asesinato de Trish Trash! Tampoco sabemos quién la mató pero les pido, amigos lectores implicados en la comunidad, que me escriban un correo electrónico si, por casualidad, conocieron a Trish o saben algo de su

Librodot

vida, como sus intereses, aficiones, si leía, si utilizaba Internet o si había mencionado a alguien o algo nuevo en su vida en los últimos tiempos.

¡Tengan cuidado ahí afuera!

14

El gobernador Crimm llevaba una hora entera estudiando la copia del último artículo del Agente Verdad y estaba fascinado, abrumado y disgustado por lo que leía. Mientras desplazaba la lupa de una palabra a la siguiente, Major Trader lo puso al corriente de las cuestiones de Estado y le ofreció una cereza cubierta de chocolate, de confección casera.

—La Asamblea General empezará antes de que nos demos cuenta —apuntó Trader—. Y no estamos preparados, sencillamente.

—Siempre dice usted lo mismo —replicó el gobernador mientras engullía la golosina casi sin darse cuenta—. Pero ¿quién disparó contra J.R.? ¿Alguien ha interrogado a los arqueólogos al respecto? Y, si no lo ha preguntado nadie, ¿por qué? ¿Cómo cree que quedamos ante el público si somos incapaces de resolver un crimen que se cometió hace cuatrocientos años y del cual hubo, ciertamente, testigos presenciales? Quiero que llame a Jamestown y exija que el caso de J.R. se resuelva de inmediato. Y hagamos un gran comunicado de prensa que muestre a los ciudadanos de Virginia que no voy a tolerar la delincuencia.

—Juvenil. La delincuencia juvenil —precisó Trader.

—Sí, sí, —corroboró el gobernador.

Y creo que podemos sugerir, con bastante certeza, que fue abatido por un pirata. Al menos nos convendría mucho que corriera esta explicación —añadió Trader—.

Podríamos decir que fue cualquier pirata, no importa cuál, ¿entiende? Todos los piratas eran malvados entonces, y siguen siéndolo hoy día, de forma que no importa si exponemos que J.R. salió del fuerte a llenar un cubo de agua del río y de repente vio una nave española que enarbolaba la bandera pirata, cayendo muerto a tiros acto seguido.

—Pensaba que no queríamos despertar la atención sobre nuestros problemas de piratas.

—Los piratas de autopista son otro tema —respondió Trader, y se regocijó en secreto de sus actividades secretas de piratería que pronto lo harían rico.

Grimm detuvo la lupa sobre la palabra «caníbal».

—Imagine un colono salando a su difunta esposa para devorarla a continuación —comentó con asco.

El gobernador se imaginó descubriendo, al borde de la inanición, que su apetitosa esposa acababa de morir. Pensó en su cuerpo desnudo y carnoso y se preguntó cómo podría nadie comerse a su esposa sin, al menos, cocerla primero; pero supuso que si cocinaba a Maude, los demás colonos verían el humo y olerían la carne humana cocida y lo colgarían de una rama. ¡Ah, qué escena tan terrible! El submarino del gobernador dio bandazos hasta golpear unos escollos, causando una dolorosa sacudida en sus órganos huecos.

—En la época eso era un delito capital —apuntó Trader, como si le leyera el pensamiento—. Las visitas guiadas de Jamestown le informarán de que cualquiera que fuese descubierto devorando a su esposa o a cualquier otra persona era capturado y ahorcado en el acto. Luego lo enterraban a toda

prisa y en secreto para que otro colono no lo salara y cociera a él también.

—Me pregunto si el canibalismo sigue siendo delito capital; si no lo es, debería serlo. —El submarino del gobernador dio nuevos bandazos, aún más violentos.

—Depende de las circunstancias —contestó Trader e imaginó a su esposa, rolliza y suculenta, y se preguntó si alguna vez tendría tanta hambre como para acariciar, ni siquiera por un instante, la idea de comérsela; siempre en el caso de que muriese de repente y nadie echara en falta su presencia—. Por ejemplo, según el código del Estado debería haber otro delito grave relacionado con ello. Si el hombre la hubiera asesinado antes y tal vez la hubiese violado o robado, sí que sería un delito capital y se le aplicaría una inyección letal, a menos que usted frenara la ejecución o concediera clemencia.

—Yo nunca freno ejecuciones ni concedo clemencia —respondió el gobernador, impaciente. Continuó revisando el ensayo con la lupa y lo atravesó otra onda de choque—. De hecho, quiero que redacte un comunicado de prensa y anuncie que cualquiera que practique el canibalismo recibirá la pena máxima, siempre que se den esos otros delitos. Creo que nunca hemos tratado a fondo esa cuestión del canibalismo, y ya va siendo hora de que lo hagamos. De hecho, redactaremos una ley y la presentaremos ante la próxima Asamblea General.

Trader tomaba notas a lápiz, como era su costumbre, porque a menudo se veía en la necesidad de borrar todo lo que había escrito.

—Tal vez podríamos decir que sorprendieron a J.R. en pleno acto de canibalismo y fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento. ¿Qué le parece eso? —El gobernador alzó la vista y miró a Trader con un ojo ampliado y reumático que estaba nublado, inyectado de sangre y cada vez más vidrioso.

—No sabía que disparar a alguien en la pierna era una forma habitual de ejecución —apuntó Trader—. No creo que los ciudadanos lo aceptaran.

—Claro que sí. Todo el mundo sabe que en esos tiempos las armas no eran nada fiables. Ahora, hablemos de otra cosa.

—Sí, pasemos a otros temas —dijo Trader, y pasó una hoja del bloc de notas—. ¿Qué quiere hacer respecto a ese dentista que tienen retenido en la isla Tangier? Estoy seguro de que habrá visto los periódicos de la mañana o habrá oído las noticias, ¿verdad?

—Todavía no. —El gobernador gruñó y se agarró la hinchada panza.

—Bien, parece que la policía de Reedville habló con un periodista y, por desgracia, ha corrido la noticia de que la vida del dentista podría estar en peligro porque los tangierianos están molestos con el VASCAR. Le recomiendo que suspendamos nuestras iniciativas en ese aspecto de inmediato hasta que el asunto se resuelva de forma pacífica. Puedo decirle que yo, personalmente, advertí a la superintendente Hammer sobre las consecuencias de que la Policía Estatal empezara a pintar controles de velocidad. Pero, por supuesto, no ha querido escucharme, como siempre.

—Fue idea de ella? —El gobernador estaba confuso y mareado.

—Claro que sí, gobernador. ¿No se acuerda de que el otro día hablábamos del tema y le dije a usted que era la última muestra de los errores de juicio que comete y usted dijo: «Bien, de acuerdo. Pero si esto provoca un revuelo, asegúrate de que las culpas recaigan en ella y no en mí». Y yo le respondí: «Está bien, así será».

—¿Llegó a encontrar la perrita que perdió? —preguntó el gobernador

Librodot

mientras limpiaba la lupa con un paño especial y rezaba para que su último ataque submarino remitiera.

—Corre la teoría de que se lo robó uno de sus enemigos políticos —replicó Trader con voz grave.

—Es una lástima que le caiga tan mal a tanta gente —comentó Grimm, sentado muy erguido, mientras el color desaparecía rápidamente de su rostro—. Cuando la nombré, no tenía idea de que resultaría tal patata cliente. ¿Por qué no la llama y tengo una pequeña charla con ella? Aunque no ahora mismo.

—Le recomiendo fervientemente que no lo haga, gobernador. Ni ahora ni más adelante —se apresuró a sugerir el ayudante—. No querrá que le salpique todo esto, ¿verdad? Esa mujer es un incordio político y cuanto más se distancie de ella, mejor.

Bueno, lamento de veras lo de la perra. Espero que recibiese mi nota de simpatía.

—Me aseguré de ello —mintió Trader, y recordó la nota y las otras numerosas comunicaciones que había interceptado.

—Sabe, si le sucediera algo a Frisky... —añadió el gobernador con un jadeo lastimero—. Ni yo ni Maude ni las chicas volveríamos a ser los mismos. Frisky es un amigo tan querido y leal... Gracias a Dios que tengo un equipo de escoltas para asegurarme de que nadie se lo lleva a fin de pedir rescate o forzar mi decisión en algún asunto impopular.

—Sus decisiones nunca son impopulares —le aseguró Trader con énfasis. Por lo menos, las que son responsabilidad de usted.

—Pues estoy seguro de que me culparán también del reciente delito de violencia sexual —apuntó Grimm al tiempo que su submarino se metía en aguas inmundas.

—Insisto en recomendarle que hagamos correr la voz de que el asesinato de esa mujer, Trash, está relacionado con el caso de Moses Custer y, por lo tanto, que es responsabilidad de Hammer el que ninguno de los dos asuntos se haya resuelto — apuntó Trader, confiado y satisfecho—. Y, ya que estamos en ello, tal vez podamos establecer un vínculo con lo que J.R. muriese a manos de un pirata y meter en la cabeza del público la idea de que Hammer también es responsable de que no se haya resuelto el caso.

El gobernador se levantó de su asiento de un salto ya punto de caer mientras su submarino chocaba con nuevos objetos sumergidos.

—Déjeme — ordenó a Trader con un jadeo de apuro.— !Ahora mismo no estoy para pensar en piratas!

Possum sí podía y eso estaba haciendo. Llevaba pensando en piratas desde que leyera al Agente Verdad aquella mañana temprano. Possum estaba viendo la tele y reflexionaba sobre un fallo evidente de los perros de la carretera; excitado, creyó que lo podría utilizar para engatusar a Smoke y salvarle la vida a Popeye.

Cualquier pirata de siglos pasados que se preciara entendía la necesidad de enarbolar en el mástil una bandera que lo identificara ante los que iban a ser asaltados. Con la enseña negra de la calavera y las tibias cruzadas, el pirata informaba a la nave que iba a sufrir el abordaje de que era preferible rendirse sin lucha, so pena de... Si el barco hacía caso omiso de la enseña blanquinegra de la calavera sonriente, se izaba junto a ella un gallardete rojo que indicaba que el «so pena de...» era inminente. Si la embarcación seguía

navegando sin obedecer, empezaban los disparos de cañón y otros actos de violencia.

Los piratas modernos, al parecer, habían olvidado la cortesía de las banderas. En el presente, cuando una tripulación pirata se aproxima en un fueraborda para atacar un barco o un yate, no hay ningún aviso previo a que los morteros y ametralladoras abran fuego. Los piratas se han convertido en una especie sanguinaria, oprobiosa y muy cruel de forajidos marineros que no se dignan dar a nadie la menor oportunidad y a los que interesan en especial los productos enlatados, los aparatos electrónicos, las alfombras, la ropa de diseño, el tabaco y, sobre todo, los alijos de droga que esperan hallar en la embarcación abordada. Si estas drogas forman parte del botín, los piratas pueden tener la seguridad de que los marineros asaltados no informarán del incidente a las autoridades.

Los piratas de carretera deberían recuperar la cortesía de las banderas, pensó Possum; estaba sentado en su litera con la luz apagada, en la minúscula habitación del remolque desde la que hubiera visto los pinos ralos del fondo del aparcamiento si no tuviera las cortinas bien cerradas con cinta adhesiva. Jamás se perdía una reposición de «Bonanza» y fantaseaba constantemente con la idea de que tenía un padre como Ben Cartwright y unos hermanos como el pequeño Joe y Hoss. Se imaginó una vez más cabalgando en un buen caballo a través del mapa en llamas de La Ponderosa mientras el emocionante tema musical de guitarras y tambores galopaba en su cabeza.

El día anterior, después de comer, había visto su capítulo favorito, ese en el que unos feriantes secuestraban a la chica del pequeño Joe y la dejaban encerrada en el camerino de la Mujer Gorda, a varios camerinos de distancia del de las Bellas Muchachas de Egipto y de la Mujer Barbuda. El pequeño Joe convence a Hércules de que lo ayude y dan una paliza a los malos y le quitan un cuchillo a uno de ellos a tiempo de evitar que éste hiera a la Mujer Gorda y al final la chica del pequeño Joe le da un beso. ¡Ah!, cuánto le gustaba a Possum ver al pequeño Joe caminando cadenciosamente con el sombrero de vaquero muy inclinado y la gran pistolera, con los dos revólveres de seis tiros de cachas de marfil, colgada a la altura de las caderas.

¡Qué no daría Possum por salir de su habitación barata y maloliente y encontrar esperándole a Ben, el pequeño Joe y Hoss en lugar de Smoke, los otros perros de carretera y aquella chica rara, Unique, cuando se acercaba por el remolque, lo cual cada vez era más infrecuente! A veces se deslizaba por la mejilla de Possum una lágrima y tenía que hacerse el fuerte a la hora de apagar la tele y emerger del mundo más amable en el que vivía durante el día mientras los demás perros dormían la borrachera y la larga noche de maldades. Possum no había hecho daño a nadie hasta que Smoke se lo llevó del cajero automático y, ahora, vaya lío en el que andaba metido.

Había disparado contra aquel pobre camionero que no se metía con nadie, en su camión, pensando sólo en vender la carga de calabazas cuando abriera el mercado de verduras por la mañana. Possum tenía miedo de quedarse dormido; tan seguro estaba de que tendría pesadillas sobre lo que le había hecho a Moses Custer y sobre todas aquellas calabazas que habían llevado hasta la terminal Deep Water, arrojándolas al río James.

Durante varios días aparecieron reportajes en los noticiarios sobre miles de calabazas que flotaban y se quedaban prendidas en las rocas. Por supuesto, la policía de Richmond no tardó en sumar dos y dos y deducir que

Librodot

las calabazas flotantes tenían relación con las que contenía el Peterbilt robado. Possum esperaba fervientemente que el señor Custer no muriera ni quedara inválido. También se daba cuenta, vagamente, de que la razón de que Smoke le hubiese encargado disparar era que así no podría abandonar nunca a los otros perros de la carretera sin ir a parar a la cárcel, o tal vez al corredor de la muerte. Ojalá pudiera enviar un correo electrónico al Agente Verdad para pedirle que los salvara, a él y a Popeye, pero ¿y si el Agente Verdad lo entregaba a la policía? El animal podía terminar en la perrera y Possum, sin duda, acabaría en un reformatorio entre gente tan indeseable como Smoke.

Sentado en su cama, a oscuras y en silencio, Possum acarició a Popeye y pensó un modo de convencer a Smoke para que pusiera una bandera en el remolque y en el todoterreno. ¿Por qué no habría de acceder Smoke, siempre que Possum diera con la manera de hacerle pensar que la idea era suya, y que era buena? La de la calavera quizá sería demasiado evidente, pensó Possum en la oscuridad; además Smoke probablemente no sabría qué significaba. Possum se sentó ante el ordenador con la intención de mirar en la página del capitán Bonny para ver si el pirata tenía sus colores y, en caso de ser así, cuáles eran y cómo los exhibía.

Pero Possum se distrajo al pulsar «Favoritos» y abrió la página del Agente Verdad en lugar de la del capitán Bonny. Sorprendido, comprobó que el Agente Verdad había colgado otro de sus escritos.

—Vaya, ¿qué te parece eso? —le susurró en un cuchicheo excitado a Popeye, que roncaba en la litera—. ¡Dos artículos la misma mañana! ¡Vaya, ese Agente Verdad trama algo!

UNA BREVE DIGRESIÓN por el Agente Verdad

Los habitantes de la isla Tangier son una gente reservada y sensible que sabe poco sobre sus orígenes porque, como no es de extrañar, cuando uno empieza a urdir leyendas y a transmitir mala información termina por olvidar lo que sucedió en realidad y por creerse sus propias distorsiones.

A lo largo de los siglos, la gente de Tangier ha ocultado la verdad de su pasado pirata y ha preferido creer sus propias leyendas. Una tarde, fingiendo ser periodista visité la isla y hablé con una lugareña que se había dejado caer por Spanky's porque las ventas no eran muchas en la tienda de regalos y recuerdos.

—Supongo que estará usted harta de todos esos turistas que invaden la isla —comenté a la mujer, cuyo nombre y apellido tal vez fueran Thelma Parks.

—A mí no me caen mal cuando nos dejan en paz —respondió ella con su peculiar acento al tiempo que me lanzaba una mirada suspicaz.

—Y supongo que no lo hacen nunca...

—No, nunca. El otro día estaban en mi tienda con la cámara de vídeo y me filmaban, y yo no quería nada de eso.

—¿Les dijo que no lo hicieran? —pregunté, tomando notas.

—No.

Thelma siguió contándome que ahora cobra un cuarto de dólar por cada foto mientras trabaja en la caja registradora y esos ingresos añadidos le hacen un poco más fácil tolerar el alud de extraños que, al parecer, con-

sideran su tienda de recuerdos de Tangier exótica y distinta de todo lo que han visto en su vida, lo cual es inexplicable, me confió. Ninguno de los artículos —los faros de plástico, cangrejos, marmitas de cangrejo, langostas, pescado, esquifes y demás— estaba hecho a mano o en Estados Unidos. De hecho, añadió mi interlocutora, las langostas no abundan en la bahía de Chesapeake y muchos isleños no las han visto nunca, salvo en la tele o en los anuncios de restaurantes de marisco que aparecían con regularidad en las páginas del Virginia Plot.

Desde Spanky's, continué mi paseo y llegué al consultorio médico. Entré y no vi rastro de ningún médico, enfermera o dentista; sólo encontré a un muchacho larguirucho de ojos azules y cabellos rubios revueltos. Estaba sentado en el sillón de dentista, con la mirada perdida, sumido en ensoñaciones y por completo ajeno a mi presencia. Imaginé que era un paciente y que el doctor volvería en un momento, pues yo ignoraba que en realidad el dentista estaba secuestrado. Ni su toma como rehén ni la amenaza de guerra civil se habían hecho públicas todavía.

—¿Hola? —me anuncié educadamente.

El muchacho tenía los ojos fijos y no respondía.

—¿Estás aquí? —le pregunté.

No estaba.

—¿Podría encontrar a alguien del personal médico que tenga un minuto para hablar conmigo? —dije—. Estoy haciendo un trabajo de la historia de los inicios de nuestra nación y de su situación actual y creo que la isla Tangier es la llave.

—La llave la tengo en el bolsillo. —De repente el muchacho despertó con un parpadeo y se llevó la mano al bolsillo con gesto defensivo. Al ver a un desconocido, se sobresaltó y saltó del sillón—. ¿Qué hace usted aquí? ¡Pensaba que había cerrado bien la puerta!

Corrió a la puerta y echó el pestillo. Oí unos sonidos apagados que procedían de la parte trasera y el desplazamiento de una silla.

—El perro ha vuelto. El muchacho señaló en la dirección de la que procedía el ruido.

—¿Por qué arrastra la silla? —le pregunté, desconcertado. ¿Está atado a ella o algo así?

—Si.

La silla chirrió un poco más.

—Debe de sentirse aburrido y harto de estar encerrado y atado ahí dentro. ¿Por qué no lo dejamos salir al aire y le prestamos un poco de atención? —insistí, pues no me gustaba nada la idea de tener un perro atado a una silla en el interior de una consulta médica.

—¡Eso es! —El muchacho bloqueó la puerta que conducía a la zona mientras la silla seguía arrastrándose con un chirrido. Ese perro muerde. Por eso lo tienen atado. Es el perro del dentista.

—¿Y dónde está su amo?

—Atado, también.

—Ah, está ocupado, ¿no? Bueno, tal vez pueda hablar con él en otra ocasión —comenté—. ¿Y qué tienes en los dientes? Veo que llevas aparatos y parece que también te han hecho varias extracciones. Y observo que las gomas se te salen cuando hablas.

—¡Eso es! —Fonny Boy se cubrió la boca con la mano y lo miró, azorado—. ¡El dentista, será mejor que mire dónde pisa!

Librodot

—¿Te importa si mientras hablamos —le dije, acercándome más a la mesa en la que había una ficha dental bien visible— cojo la ficha y miro todo lo que han hecho? Supongo que la ficha es tuya, ¿no? ¿Eres Darren Shores?

—En Tangier todos me llaman Fonny Boy.

Fonny Boy y yo iniciamos una conversación; descubrí que era un gran experto en el folklore de la isla debido a la fascinación que sentía por la historia de la navegación, sobre todo en la bahía. Conforme nos íbamos conociendo mejor y se instalaba entre nosotros una cierta confianza vaga, Fonny Boy empezó a mostrarse más concreto y a hablar de piratas, o «malandrines» como él los llamaba. Me contó que antes se encontraban por doquier. En cierta época, había tantos barcos piratas frente a las costas de Maryland, Virginia y las dos Carolinas que ciudades como Charleston quedaban paralizadas. Nadie se atrevía a zarpar del puerto por temor a ser abordados por piratas a quienes no importaba matar a la gente de la forma más cruel.

Fonny Boy se explayó largamente acerca de Barbanegra en particular, que respondía al nombre de Edward Drummon mientras fue un honrado marinero en su puerto natal de Bristol, en Inglaterra, bien entrado el siglo xvii. Cuando decidió hacerse pirata, cambió tal nombre por el de Edward Teach, que con frecuencia aparece mal escrito en los registros, como Thatch, Tache o Tatch. Después de la guerra de la reina Ana, Barbanegra viajó a Jamaica para ir tras las naves francesas y empezó a cultivar la imagen de la persona más vil y aterradora que cabía imaginar, por si no había bastante con la amenaza de las banderas. Se trenzaba la larga barba en dos coletas y les prendía fuego con mechas de combustión lenta, contaba Fonny Boy; se colocaba al cinto las pistolas, las dagas y un enorme machete y portaba arma-mento complementario en la bandolera que cruzaba su pecho.

Muy pronto Barbanegra y su flotilla empezaron a aterrorizar la costa de Carolina del Norte y la bahía de Chesapeake. La gente de Tangier izaba la bandera de la calavera cada vez que se divisaba la nave del pirata en las cercanías y, de vez en cuando, el propio pirata, sanguinario y malvado, visitaba la isla en persona y bebía ron jamaicano y se corría una juerga a satisfacción de su negro corazón. Nadie lo quería en la isla ni dormía tranquilo mientras él rondaba por allí. Las mujeres y los niños se ocultaban en las casas y Barbanegra llegó a suponer que Tangier era una isla de hombres solamente. Esto hizo que sus visitas fueran cada vez más cortas y más espaciadas. Según Fonny Boy y ciertos registros históricos muy escasos, el pirata mostró curiosidad respecto a cómo había podido sobrevivir y continuar en la isla una población sólo de hombres.

La respuesta que recibió Barbanegra se perdió para siempre hasta el descubrimiento de un libro contable de hace cuatro siglos. Este hallazgo extraordinario, según la leyenda, llegó no se sabe cómo desde el Adventure, el barco de Barbanegra, a la buhardilla de un descendiente de Alexander Spottswood, gobernador de Virginia durante las sangrientas correrías del pirata. El libro de cuentas se centraba en el inventario del botín que Barbanegra lograba, y ofrecía detalles de su sadismo, crueldad y placer en despedazar gente y de cómo alzaba su copa de ron vacía al cielo e invocaba a Dios a un desafío. Las anotaciones manuscritas del pirata mencionaban ciento cuarenta barriles de cacao y uno de azúcar que había robado y enterrado bajo el heno en un granero de Carolina del Norte. Aparecía una referencia críptica a un tesoro enterrado cuya localización sólo Barbanegra y

Librodot

el diablo sabían y que hasta la fecha no se ha encontrado.

Advertí que era imposible que Tangier pudiera haber estado poblado sin mujeres y pregunté a Fonny Boy qué explicación había dado Barbanegra. El muchacho repitió lo que le había llegado transmitido desde generaciones atrás:

—«!Que la condenación atrape tu alma si me mientes!»... Así le bramó el pirata a un isleño astuto pero de poco fiar, llamado Job Wheeler, un viudo sin hijos que, según cuenta la historia, invitó al pirata a su casa, en una parte de la isla que hoy se conoce como Job's Cove.

»"No puedo ocultarte la verdad", le dijo Job a Barbanegra, que bebía copa tras copa de ron y se encendía la barba. "Aunque nuestros orígenes fueron ingleses, llegamos a esta isla desde Carolina del Norte."

»Job le confesó esta rotunda mentira porque estaba seguro de que ello despertaría la atención del pirata, pues era sabido que estaba confabulado con Charles Eden, el gobernador de Carolina del Norte. Durante gran parte de su atroz carrera, había navegado los bajíos y recovecos de Carolina del Norte sin el menor temor. De hecho, cualquier plan organizado en otros territorios para derrotar a Barbanegra y a sus lobos de mar se veía siempre frustrado por alguna carta de alguien de Carolina del Norte, para gran disgusto del gobernador Spottswood, de Virginia, que no era amigo del pirata ni tenía intención de que éste siguiera actuando o con vida.

»''Cómo es posible tal cosa?", gruñó Barbanegra entre volutas de humo al tiempo que guiñaba un ojo de manera amenazadora, sugiriendo así que más le valía a Job "decir la verdad o te hago mil pedazos y te envío de vuelta al infierno, de donde saliste, villano".

»"No soy ningún villano", declaró Job. "De donde vengo es de Carolina del Norte, no del infierno, y allí tengo muchos amigos y parientes. Pero es posible que no se sepa que los habitantes de esta buena isla somos originarios de Carolina del Norte y conseguimos escapar y salvar la vida porque hubo una sequía terrible que agotó las cosechas y cuarteó nuestras lenguas, dejándonos sin provisiones, de forma que nos apiñamos en embarcaciones y nos trasladamos aquí, sin dejar más aviso que la palabra `crotoanos' grabada en un poste de la valla y la sílaba `cro' tallada en un árbol para que se pensara que nos habíamos ido a vivir con los crótanos."

»Barbanegra le recordó a Job que una cosa eran los indios crótanos y otra lo que habían escrito, "crotoanos", a lo que Job replicó: "Sí, eso es bien cierto, pero no fui yo quien grabó la palabra, sino otro con menos instrucción que yo".

—Insinúas con eso pregunté a Fonny Boy— que los isleños descienden de los colonos perdidos que desaparecieron después de que sir Walter Raleigh los dejara en la isla Roanoke? Bien —continué la reflexión para mí mismo, está comprobado que cuando Walter Raleigh salió para el Nuevo Mundo el 8 de mayo de 1587, su plan era buscar una ubicación en la bahía de Chesapeake, pero los vientos huracanados lo obligaron a anclar al sur de Roanoke. Así pues, los colonos perdidos no llegaron a Carolina del Norte por propia voluntad, para empezar. Supongo que si uno fuera a reubicarse, estudiaría su objetivo original y Tangier es descrita como una isla bonita, pero carente de reservas de agua potable.

»No obstante —proseguí—, la cronología hace imposible que Job le dijera todo eso a Barbanegra, porque los colonos perdidos ya estaban perdidos cuando Smith se dirigió a Virginia y, supuestamente, descubrió esta isla en

Librodot

1608. Así pues, me veo obligado a descartar por completo esa teoría. Además, no podemos demostrar, al menos a mi satisfacción, que cuando Smith tocó tierra en Tangier no estuviera en realidad en la isla Limbo y que todos vosotros fuerais limbonianos.

Fonny Boy, con su mirada vacía de nuevo, se acurrucó en el sillón de dentista, ausente y retorciéndose ligeramente. La silla chirrió de nuevo al fondo del consultorio para estrellarse a continuación en el suelo con gran estrépito, derribada al parecer por el perro del dentista, que también debía de estar soñando, o así lo creí yo.

—Bien, debo marcharme —le dije a Fonny Boy—. Veré qué más puedo descubrir de los tangierianos y por qué sólo Job Wheeler y Barbanegra sabían la verdad y las mentiras respecto al pasado de Tangier. Y también por qué, una vez muerto Job y después de que Barbanegra encontrara su merecidísimo final violento, esos secretos y otros quedaron ocultos en el libro de cuentas de la buhardilla de Spottswood.

A Fonny Boy se le aceleró el movimiento ocular hasta quedar en una mirada fija, como en pleno trance, y el muchacho se agarró a los brazos del sillón de dentista como si estuviera contemplando una emocionante película de aventuras. Era inútil probar a comunicarse con él otra vez y abandoné el centro médico. Tomé un coche de golf que hacía el servicio de taxi y volví al aeródromo mientras teorías y especulaciones se agitaban en mi cabeza sin cobrar mucho sentido porque no soy historiador ni novelista histórico, aunque conozco gente que sí lo es. Cuando emprendí la vuelta a casa en el helicóptero, sin sobrepasar los 3.500 pies para evitar la zona restringida R 4006 y dirigiéndome después al sur para evitar la zona restringida R 6609, advertí que era justo y sensato que continuase mi ardua investigación histórica sobre los inicios de este país y sobre su historia posterior.

—Cuidado con ese pájaro de ahí. —Mi copiloto señaló una gaviota que, al parecer, no advirtió nuestra presencia hasta el último segundo.

—¡Vaya, ése ha pasado cerca! —comenté mientras el ave descendía ante nosotros, rozando un patín con la cola—. Espero que no le haya dado.

Desvié el helicóptero unos grados al oeste para echar un vistazo a la gaviota mientras se alejaba, dando la impresión de volar hacia atrás porque, naturalmente, nosotros íbamos bastante más deprisa que ella.

P.D.: Quienquiera que tenga retenida a Popeye, que se ponga en contacto conmigo lo antes posible. Y muchas gracias por las pistas que ustedes, fieles lectores, me han enviado sobre Trish Trash.

¡Tengan cuidado ahí afuera!

15

Cuando Windy Brees irrumpió en el despacho de Hammer, ésta supo que había problemas.

—¡Por todos los santos! ¿Ha visto lo que el Agente Verdad acaba de publicar en su página web? —le preguntó Windy.

—Sí —respondió Hammer. Si, he leído el artículo que colgó esta mañana.

—¡No! ¡Acaba de colgar otro y no va a creer lo que cuenta!

—¿Un artículo nuevo? —Hammer estaba desconcertada, pero no quería que se notara que tenía conocimiento previo del horario de publicación del Agente Verdad—. Qué interesante —comentó—. Pensaba que sólo colgaba

Librodot

uno al día.

—Pues no —dijo Windy—. Sea quién sea, se trata de un escritor muy «proliferante». Me gustaría saber cómo es y cuántos años tiene. Debe de ser muy viejo porque sabe mucho, de historia y todo eso me refiero.

—¿Qué te hace pensar que el Agente Verdad es un hombre? —le preguntó Hammer mientras accedía al sitio web.

—Que sea tan listo.

Hammer empezó a leer el ensayo y ordenó a Windy que saliera de su despacho y cerrase la puerta. Luego llamó a Andy por teléfono.

—¿«Eso es»? —le susurró, indignada.

—Es una expresión muy común en Tangier —le contó Andy. «Eso es» significa que la persona que habla quiere decir, en realidad, que lo que sea «no es asunto tuyo». Por ejemplo, si te pregunto si estás enfadada conmigo porque no te he dicho nada de mi misión secreta o si te enfadarás porque te cuento que anoche alguien dejó algo horrible en mi casa y tú me respondes: «Eso es», quieres decir que...

—Tenemos que vernos ahora mismo en... —lo interrumpió ella, para interrumpirse a su vez al no saber dónde citarlo.

En Richmond no había ningún lugar donde reunirse sin llamar la atención, sobre todo ellos dos juntos.

—En el aparcamiento del supermercado Ukrop, dentro de un cuarto de hora —decidió Hammer, malhumorada.

—¿Qué Ukrop? —preguntó Andy al otro lado del hilo—. Y puedo explicártelo todo.

—Por teléfono, no. El Ukrop de Stonypoint. Hablaremos en el coche.

Major Trader también leyó el ensayo y llegó resoplando a la oficina del gobernador tras el esfuerzo de desplazar a toda prisa su gran envergadura.

—¡Gobernador! —exclamó Trader al irrumpir en el despacho sin llamar—. ¡El Agente Verdad ha estado en Tangier y afirma que un chico de la isla llamado Fonny Boy ha tomado al dentista como rehén! ¡El Agente Verdad es un periodista enmascarado!

—Qué? —preguntó con voz débil el gobernador mientras salía de su baño privado y se alisaba el chaleco de tela escocesa, asegurándose de que tenía en el bolsillo el antiguo reloj familiar que había pasado de una generación a otra—. ¿El chico de la isla es periodista? ¿Qué chico de la isla? ¿Qué demonios me está contando? Además, ya sabe que debe llamar antes de entrar.

—Se llama Fonny Boy. Un chico de la isla llamado Fonny Boy, y tenernos su descripción —explicó Trader, excitado. Y no; el Agente Verdad fue quien se disfrazó de periodista, no Fonny Boy.

—¿No se disfraza de Fonny Boy, sino de periodista? —Crimm rescató su lupa de la oficina de entre un montón de papeles—. Se supone que usted es el secretario de prensa, maldita sea, y en cambio no hace otra cosa que masacrar el inglés del rey; sencillamente lo masacra. Sin cesar y a conciencia. Y por el amor de Dios, a ver si lleva los trajes a la tintorería. ¿Su mujer no se queja? —Con el ojo tras la lupa, el gobernador observó al desaliñado y obeso secretario. Tiene una mancha de salsa en la camisa y la corbata es demasiado corta. Parece usted un parrandero después de una colosal curda. ¡Estoy pensando seriamente en despedirlo!

Librodot

—¡Gobernador, por favor! —gritó Trader—. No mate al mensajero. No he sido yo quien filtró toda esa información reservada y embarazosa en Internet.

—Eso ya lo sé. —El gobernador se sentó tras su escritorio y, con una seña, indicó a Trader que no chillara y se sentara—. Sea quien sea ese Agente Verdad, por lo menos es un buen escritor.

—Esto me lo tomo corno algo personal —dijo Trader—. Ha sido muy desagradable por su parte insultarme de ese modo. Creo que debería pedirme disculpas por herir mi sensibilidad creativa.

—Lo único que tiene usted de creativo es su manipulación de la verdad —le espetó el gobernador—. Si no estuviese ocupado en asuntos más importantes, entre ellos mi salud, desenmascararía más a menudo sus mentiras y tomaría medidas al respecto.

—Por cierto, ¿cómo se encuentra hoy? —preguntó Trader con falsa amabilidad.

—¿Me ha traído este último ensayo?

Trader desdobló la hoja donde lo había impreso, la alisó y la plantó ante los ojos del gobernador. Este permaneció largo rato en silencio, moviendo la lupa sobre las palabras del Agente Verdad mientras soltaba ocasionales gruñidos y otros sonidos inarticulados de desaprobación, sorpresa e incomodidad constitucional.

—Sólo cabe hacer una cosa —dijo con su más regio tono de voz—. Hay que buscar un operativo especial que descubra quién es ese Agente Verdad y lo lleve ante la justicia.

—Ante la justicia? ¿Por qué, gobernador? No creo que haya cometido ningún delito.

—Mire, creo que tal vez haya cometido traición, ¿usted no? Ese Agente Verdad está metiendo las narices en asuntos estatales y dice que mis planes de acción son una estupidez. Además, no me gusta su incansable obsesión por los piratas, cuando nosotros llevamos tanto tiempo trabajando para quitarle importancia. Ahora habla incluso de Barbanegra, y el pirata está en la mente de todos.

—Lo sé, lo sé. —Trader estaba por completo de acuerdo con el gobernador mientras pensaba, regocijado, en el sitio web del capitán Bonny—. Lo que no nos interesa es que el público crea que Barbanegra fue bien recibido en Virginia. No queremos que crea que estuvo allí ni siquiera una vez. Lo que debemos subrayar es que entre Barbanegra y Carolina del Norte había muy buenas relaciones y que fue nuestro propio gobernador Spottswood el que…

—Ya sabe lo que opino de Spottswood —replicó el gobernador al tiempo que su submarino se ponía en estado de alerta—. No quiero que obtenga más fama de la que ya tiene, ¿me oye? Tengo que convivir con sus supuestos descendientes y estoy harto de que me inviten a asados de cerdo y huevos de sábalo en la plantación, y de tener que oír historias apócrifas sobre el gobernador Spottswood que, probablemente, era un fanfarrón y tenía gota y gonorrea. —El gobernador sacó de nuevo su reloj—. Se está haciendo tarde. ¿Por qué no viene a la mansión a cenar para discutir mejor todo esto y trazamos un plan?

Andy ya tenía un plan, pero cuando vio que Hammer salía de su coche y cruzaba el aparcamiento del Ukrop en dirección a él, se dio cuenta de que estaba demasiado enfadada para contárselo.

Librodot

—Desenchufa ese sitio web de inmediato —dijo ella mientras abría la puerta de su Caprice sin distintivos. «¡Eso es!» Estás absolutamente loco. ¿Tengo que creerme que estuviste en Tangier en misión secreta y no me lo explicaste? ¿Y qué es eso tan horrible que apareció anoche en tu casa?

—Lo siento. Cometí un error al no contarte nada de esa misión, pero temía que me frenaras —dijo Andy con toda tranquilidad—. Y un sitio web no puede desenchufarse, jefa; puedo cerrarlo, pero seguro que no quieres que lo haga. Confía en mí, hay mucho en juego.

—Pues a mí me parece que, ahora mismo, lo único que está en juego es mi carrera, mi buen nombre y la vida de un dentista.

—Un bribón de dentista. Deberías ver el expediente médico que yo vi. ¿Y Popeye, qué? —preguntó Andy.

El dolor volvió a invadir a Hammer y la dejó sin palabras.

—Me parece que en el secuestro de la perra hay mucha premeditación; para mí, lo más probable es que sea obra de alguien que tiene algo personal contra ti —le dijo Andy.

—Medio mundo tiene algo contra mí —replicó ella, desconsolada.

—No lo han hecho por dinero, al menos no directamente. Si fuera por dinero —prosiguió Andy—, ya se habrían puesto en contacto contigo hace tiempo. Creo que hay alguien que tiene un plan realmente malvado. Y he recibido algunas pistas, unos correos electrónicos sospechosos, gracias al Agente Verdad. Creo que si continúo publicando mis ensayos y siguiendo todas las pistas que recibo, llegaremos al fondo de esta cuestión y de algunas otras. Y te juro que si Popeye está viva, tela traeré.

—Me resisto a hacerme demasiadas ilusiones —dijo ella, estoicamente . ¿De veras crees que está viva?

—No es más que una intuición, pero sí. Por un lado, los terrier de Boston no son un bocado apetecible para los ladrones de perros. Tienen orejas de murciélago, ojos saltones que miran hacia las paredes... y esa pequeña protuberancia en forma de sacacorchos que es la cola no oculta nada importante, ya sabes a qué me refiero. Eso por no hablar de la cara plana que tienen, la tendencia a perder pelo y sobre todo la inteligencia que, casi siempre, supera a la de sus dueños, sin incluirte a ti por supuesto. Yo diría que los ladrones prefieren los labradores, los collie miniatura, los cocker spaniel y quizá los dachshund.

—Entonces habrán secuestrado a Popeye como parte de un plan mucho más amplio que todavía no conocemos —dedujo Hammer.

—Exacto. —Andy asintió. La conversación había empañado los cristales.

—Pero hacerte pasar por periodista e ir a Tangier ha sido muy arriesgado, imprudente y estúpido por tu parte —dijo Hammer.

—Mira —replicó él—, a partir de un mensaje electrónico dirigido al Agente Verdad, antes incluso de ir allí a pintar el control de velocidad supe que la Policía Estatal iba a ser el chivo expiatorio de un error político a fin de desviar la atención del gobernador, a quien se considera cada vez más un potentado que no sirve para nada, un inútil, por culpa de ese imbécil de Major Trader. Ese individuo desaseado y exasperante lo manipula de una forma tan descarada que... Pero el pobre viejo no lo ve sencillamente porque no ve nada. No creerías las historias que oí el año pasado, cuando estuve fisgando por ahí.

—¿Como cuáles? —preguntó Hammer con interés.

—Por ejemplo, que cada vez que Trader le lleva galletas o dulces a Crimm,

Librodot

éste sufre poco después un ataque gastrointestinal que lo deja exhausto. Y permíteme que añada que las golosinas siempre son de chocolate o incluyen chocolate.

—¡No! ¿Crees que…?

—Estoy seguro de que sí, y tengo la intención de demostrarlo cuando el laboratorio acabe de analizar los bombones que supuestamente te mandó el gobernador y los restos de un pastel de chocolate fundido que Trader envió al asador de Ruth Chris.

—¿Los has llevado al laboratorio? —Hammer estaba asombrada.

—Por supuesto que sí. He oído rumores y, además, el gobernador nunca te devuelve las llamadas, así que es muy extraño que te envíe bombones, ya sabes tú a través de quién. Creo que ese hijo de puta de Trader lleva años bañando en laxante los dulces del gobernador. ¿Qué mejor manera de confundir y manipular a una persona que tenerla doblada a retortijones y llena de vergüenza cada vez que hay que tomar una decisión importante, lo cual en el caso del gobernador es cada día?

—¡Eso es un delito! —exclamó Hammer con repugnancia. Recordó que cuando la habían entrevistado para el puesto de superintendente, Trader le había ofrecido un tazón de plata con unos cacahuetes bañados en chocolate y ella los había rechazado, ya que nunca comía dulces ni nada que engordase.

—Ah, pero hay más —dijo Andy en tono ominoso—.He estado investigando a fondo a Trader. Para empezar, el nombre de soltera de su madre es Bonny.

No le veo la importancia.

Enseguida la verás Andy la miró a los ojos mientras el sol se ponía y los clientes del supermercado iban y venían de sus coches, ajenos a la importante conversación que se mantenía allí—. Los Bonny eran originarios de la isla Tangier. La madre de Trader se casó con un pescador llamado Trader, y Major Trader nació en la isla el once de agosto de 1951. Asistió el parto una comadrona que, al parecer, pasó un mal rato porque el niño venía de pie, o sea al revés, lo cual le va como anillo al dedo, ya que invierte la verdad y pone del revés todo lo moral y honrado.

—¿O sea que sugieres que lo de desarrollar el VASCAR en la isla Tangier fue una maniobra deliberada de Trader? —preguntó Hammer.

—Pues sí. Y una cosa es segura: Trader sabe de qué pie cojean los isleños, de acuerdo, y lo más probable es que aún conozca a alguien en la isla, pero hasta ahora no ha intervenido porque tiene, como mínimo, una buena razón para no hacerlo.

—¿Cuál?

—La familia Bonny desciende de los piratas —replicó Andy—. Y me temo que tengo más malas noticias —añadió, para a continuación explicarle el incidente de la bolsa de basura y el sobre que habían dejado en el porche de su casa la noche anterior.

Hammer escuchó todo el relato sin interrumpir, lo cual ya era poco habitual en ella, pero se la veía sorprendida y preocupada.

—Según algunos soplos que ha recibido el Agente Verdad —prosiguió Andy—, Trish Trash utilizaba unas iniciales como seudónimo, A.V., no sé por qué, y en los últimos tiempos la gente le tomaba el pelo preguntándole si era el Agente Verdad, por lo de las iniciales, claro. A ella le hacía mucha gracia y a menudo comentaba que le habría gustado mucho ser el Agente Verdad porque ella siempre quiso ser periodista y había terminado de

Librodot

funcionaria del Estado, trabajando en una base de datos.

Andy calló, profundamente entristecido al pensar en aquella mujer que nunca había hecho realidad su sueño, que había deseado ser el Agente Verdad y ahora estaba muerta.

—Entonces, ¿crees que conoció al asesino y estuvo hablando con él? inquirió Hammer—. ¿Y que tal vez le contó esa anécdota divertida de que la gente la confundía con el Agente Verdad y que ella quería ser el Agente Verdad, confiando después lo bastante en el desconocido para irse con él a algún sitio?

—Eso es justo lo que pienso. Pero tengo una duda sobre el sexo del asesino. Otros soplos indican que era muy improbable que esa mujer saliera con un hombre, y del todo imposible que se dejara acompañar por uno a casa, a no ser que fuera un compañero del trabajo. En la oficina tenía que fingir, porque temía represalias del intolerante de su jefe. Vestía con un estilo un tanto duro y los fines de semana frecuentaba bares, en busca de compañía de su mismo sexo. Al parecer, la noche de su muerte llamó a una amiga y le dijo que iría al Tobacco Company, que es un sitio muy agradable y no el tipo de garito donde se junta gente excéntrica. Así, supongo que la persona a la que conoció en ese local no era alguien que llamase la atención o cuyo aspecto inspirase desconfianza. Eso, claro está, suponiendo que allí conociera a alguien. De momento no sabemos dónde conoció al asesino. Por cierto, he enviado, bueno yo no, el Agente Verdad ha enviado toda esta información al detective Slipper, así que espero que esté trabajando en ello.

—Pero nada de esto explica por qué el asesino dejó pruebas en la puerta de tu casa, Andy —dijo Hammer con el rostro tenso de miedo—. ¡Me preocupa tu seguridad, por el amor de Dios! Es un psicópata pervertido y te está acechando.

A decir verdad —replicó Andy, no estoy convencido de que el asesino sea un hombre o de que actuara solo. Permíteme que te recuerde que a Moses Custer también lo rajaron con un arma parecida a una cuchilla.

—Una pirata de la carretera que comete crímenes rituales homófobos y racistas? —preguntó Hammer, dudosa.

—Es un error pensar que las mujeres no son violentas ni capaces de cometer los mismos horrores que los hombres —dijo Andy, pensativo— El fanatismo es el fanatismo, y pienso que estaría bien que hiciera planes para ocuparme pronto de eso en la página del Agente Verdad.

Mientras se desarrollaba esta intensa conversación, a pocos kilómetros de distancia, al otro lado del río James, Cat urdía sus propios planes. El bandido había tomado prestado el todoterreno que en esos instantes estaba aparcado ante el hangar de la Policía Estatal, encajado con disimulo entre otros dos vehículos privados. Al cabo de varias horas la espera de Cat se vio por fin recompensada con la llegada de Macovich, que apareció en el cielo y posó el 430 con el que volvía de la isla Tangier, a la que había ido a por marisco.

Macovich debía admitir que aquellos isleños eran la gente más rara de la tierra. Aunque habían declarado la guerra a Virginia y ondeaban una bandera que exhibía un cangrejo, en el momento en que advirtieron que Macovich estaba en la isla con el único objetivo de comprar algo habían arriado la bandera del cangrejo para izar la de Virginia. Y luego doblaron el precio del marisco para la cena del gobernador.

Librodot

Supongo que no sabe nada de ese dentista al que tienen aquí escondido. Macovich intentó averiguar algo sobre el secuestro mientras la cajera le devolvía el cambio en centavos.

—¿El dentista? Hace tiempo que no lo veo —respondió la mujer.

Macovich no la creyó y no pudo evitar fijarse en que llevaba las peores fundas dentales que jamás había visto.

—El les arregla los dientes, ¿verdad? —inquirió Macovich.

—Sí. —Mientras Macovich recogía los noventa y dos centavos, la isleña, llamada Mattie Dize, le dedicó una sonrisa blanca como la nieve.

—¡Vaya! —exclamó Macovich, sacudiendo la cabeza—. Suerte que no es mi dentista. Ahora, escuche. Creo que sería mejor que ustedes se tranquilizaran y dejaran que el dentista volviese a casa con su familia. ¿Qué ganan con tenerlo oculto en algún lugar de la isla? El resto de Virginia no quiere problemas con los vecinos de la isla.

Mattie frunció el ceño y se lamió el labio inferior al tiempo que cerraba de un golpe la caja registradora.

—El gobernador tampoco quiere problemas con ustedes, se lo aseguro —prosiguió Macovich mientras los cangrejos y una trucha alborotaban dentro del cubo de plástico blanco—. Me refiero a que podría empezar a derribar puertas hasta que encontrase al dentista y luego encerrar a todos los vecinos en sus casas. Pero seré bueno y no lo haré. Además, debo regresar con el pescado vivo; a la primera dama no le gusta el pescado muerto.

Mientras cerraba el helicóptero en el hangar, Macovich pensó que como mínimo había tratado de interceder. Entonces vio a un joven de aspecto duro que vestía como un mecánico de la NASCAR y hablaba por un teléfono móvil.

—Está aquí —le decía Cat a Smoke.

—¿Quién? Será mejor que me cuentes algo importante, porque me has despertado en plena noche... —Ese madero, el negro. Acaba de llegar con el helicóptero.

—Mierda, ¿en serio? Smoke se había despejado del todo—. Pues ve a hablar con él ahora mismo para que te dé esa lección. ¿Por qué no ha ido Possum en tu lugar?

—Está en su habitación, preparando algo —respondió Cat.

Pues le voy a pegar una patada en el culo susurró Smoke, de nuevo soñoliento.

Como quien no quiere la cosa, Cat se acercó al helicóptero que Macovich estaba llenando de gasolina con una manguera conectada a un camión de la Exxon que llevaba escrito JET-A con grandes letras. Cat se abotonó su chaqueta de la NASCAR y se caló la gorra oficial sobre los ojos, contento de haber asistido a todas las carreras celebradas en el circuito internacional de Richmond y de haberse hecho con todos los recuerdos de la NASCAR —ropa, mecheros, carteles, bolígrafos, jarras de cerveza y ambientadores para el coche—, mucho antes de que esos objetos fueran importantes para su trabajo.

Macovich contempló al hombre de la NASCAR que se le acercaba y se sintió excitado. ¡Daría cualquier cosa por formar parte de una plantilla de mecánicos de la fórmula NASCAR! Aquel tipo tenía una pinta envidiable: fanfarrón, tosco y fuerte, pero lo bastante pequeño como para caber en un coche de carreras. Fumaba un Winston, llevaba gafas oscuras y seguro que una rubia atractiva y sensual lo esperaba en casa.

—He venido por orden de mi piloto, cuyo nombre todavía no puedes saber

—dijo Cat al tiempo que accionaba un encendedor de colores de la Winston Cup, con la firma de Jeff Burton—. Empecemos.

—¿Empezar qué? Macovich miró el mechero con envidia y se preguntó si el piloto blanco con trenzas que había conocido la noche anterior sería Jeff Burton disfrazado.

—Que empieces a enseñarme a volar. Cat toqueteó el mechero y se tomó su tiempo para encender el cigarrillo que sostenía en la oreja.

Macovich miró a su alrededor para ver si alguien los observaba. Cat abrió la cremallera de uno de los bolsillos de la manga de su chaqueta y sacó un billete de cien dólares. Macovich miró el billete e intentó recordar cuándo fue la última vez que vio uno.

—Escucha una cosa —le dijo a Cat, deja que primero entregue el marisco. Nos veremos aquí dentro de un par de horas, cuando el sol empiece a ponerse.

—Espera un momento, joder —replicó Cat, alarmado—. ¡No quiero tomar lecciones de noche!

—¿Estás loco, tío? —le dijo Macovich con dureza—. ¿Crees que en un helicóptero tan grande como éste importa que sea de noche? ¡Pero si tiene los mejores instrumentos, piloto automático, un radar para el tráfico más un radar para las tormentas y todo tipo de luces de aterrizaje! ¡Incluso hay un reproductor de DVD para que la primera dama vea películas mientras la llevo de un sitio a otro!

Cat entendió lo del DVD pero nada más. Empezaba a pensar que las cosas estaban yendo demasiado lejos, pero no quería que aquel maldito madero negro se diera cuenta de ello.

—¿Ah, sí? —replicó Cat—. Pues yo he visto helicópteros más grandes y mejores que éste. ¿En qué crees que se desplazan hasta el circuito los pilotos de la NASCAR?

—Pues supongo que en Jet Rangers y tal vez en algún 407 —respondió Macovich, que sabía cómo viajaban los pilotos pues a la primera familia le gustaban mucho esas carreras de coches que se pasaban toda la noche dando vueltas en la pista—. Ahora tengo que entregar este marisco antes de que se muera —añadió Macovich—. Después volveré y sólo te cobraré cien dólares por la primera lección. Será un precio especial de cortesía, pero las lecciones siguientes te costarán más. Este aparato es muy caro.

—¿Cuál es su precio de venta al público? —preguntó Cat, ansioso.

—Unos seis millones —respondió Macovich mientras cerraba las puertas del helicóptero y el compartimento de las maletas.

A Possum no se le permitía tener un cerrojo en la puerta de su habitación, pero pensó que sería mejor que se pusiera uno; le preocupaba que Smoke se enfadara cuando descubriese que se había escabullido de las lecciones de vuelo. En la oscuridad de su rincón tragaba mantequilla de cacahuete y mermelada de uvas mientras, nervioso, hacía esbozos para la bandera pirata al tiempo que veía «Bonanza» y acariciaba a Popeye.

—Me gustaría poder hacer eso —le susurró a Popeye al ver que Hoss, junto al establo, doblaba herraduras con la mano.

El pequeño Joe intentaba convencer a Hoss de que peleara con el infame Bear Cat Sampson del circo Tweedy, que acababa de llegar a la población. Lo único que Hoss tenía que hacer era inmovilizar en cinco minutos al

Librodot

invencible luchador circense, y Hoss y el pequeño Joe ganarían cien dólares. Possum pensó que esa cifra debía de ser un montón de dinero, años atrás; ahora, cien dólares apenas daban para un par de zapatillas deportivas decentes.

Possum garabateó una herradura doblada en su libreta y luego intentó dibujar a Hoss levantando un carro lleno de pesados sacos. A continuación, en la tele, el pequeño Joe pegaba a Hoss con una tabla en el estómago y éste ni siquiera lo notaba. Ninguna de aquellas composiciones quedaba bien sobre papel, por lo que Possum intentó copiar el mapa de La Ponderosa ardiendo y pensó que, como mínimo, iba por buen camino.

La puerta se abrió y apareció Smoke, que lo miraba furioso. Possum entrecerró los ojos ante la luz que llenó de repente la habitación.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó Smoke, enojado.

Parecía dispuesto a echar a Possum y a Popeye de la cama y hacerles daño.

—Nada.

—¿Por qué no has ido al hangar? ¡Cat me ha telefoneado y tú, mientras tanto, aquí holgazaneando ante el televisor! ¡Eras tú y no Cat quien tenía que aprender a volar!

—Cat lo hará mucho mejor que yo —dijo Possum, mansamente—. Estabas dormido, Smoke, y no queríamos molestarte con eso.

—¡Venga, levántate ya, vago! Nos vamos al Wal-Mart a comprar ropa de la NASCAR. De ahora en adelante, ésos serán nuestros colores, y que no te pesque yo llevando una camiseta de Michael Jordan. Vamos a ir a la carrera —prosiguió Smoke—. El sábado por la noche hay una aquí, la de la serie Winston.

—¡Pero si no tenemos entradas! —exclamó Possum—. ¿Cómo vamos a entrar sin entradas? Además, no habrá sitio para aparcar el coche.

—No necesitamos entradas ni sitio para aparcar —dijo Smoke, y acto seguido salió de la habitación y cerró la puerta de golpe.

Hoss entró en el cuadrilátero y recibió unos cuantos golpes antes de hacerle una llave a Bear Cat y romperle algunas costillas.

—¡Suéltalo, suéltalo! —susurró Possum, aunque había visto aquel episodio tantas veces que sabía que Floss no lo soltaría hasta que se hubiera consumido el tiempo, y que Hoss y el pequeño Joe perderían los cien dólares y acabarían viajando con el circo hasta que Bear Cat se curase y pudiera luchar otra vez—. ¡Suéltalo, Hoss!

Ben Cartwright y el pequeño Joe animaban desde las gradas y Possum se puso a dibujar de nuevo. La fórmula NASCAR le había dado una idea. Al igual que los piratas, en la NASCAR se utilizaba todo tipo de banderas para las diversas advertencias y penalizaciones. Possum dibujó una bandera a cuadros negros y blancos y la transformó en una de piratas, pintando en rojo los huesos y la calavera.

—Mierda —murmuró—. Esto tampoco queda bien, Popeye.

Convirtió la bandera a cuadros en un juego de tres en raya y siguió sin quedar satisfecho del resultado. Entonces lo que dibujó fue la bandera negra, que significaba que había llegado el momento de entrar en el foso de los mecánicos, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo hasta las raíces del cabello. Por ahí iba bien. Borró zonas de negro para lograr unos ojos blancos y una boca sonriente que daba la morbosa impresión de pertenecer a una calavera contenta; la cruzó con dos patas de zarigüeya en vez de fémures y le

Librodot

puso a la calavera un cigarrillo entre los dientes, cuyo humo ascendía en remolino. Una calavera fumadora, pensó cada vez más excitado mientras el circo Tweedy se quedaba sin dinero y tenía que pagar a Hoss y a Joe con un elefante que encerraban en el establo de La Ponderosa. Al abrir la puerta y descubrir aquella nueva res, Ben Cartwright se disgustaba.

Entristecido, Possum pensó en el fallecido Dale Earnhardt, que pilotaba el coche número tres de color negro Goodwrench Services Chevy, de la General Motors, y decidió rendir homenaje al héroe de las carreras desaparecido. «Jolly Goodwrench», escribió Possum en negro debajo de la bandera negra de la calavera que fumaba el cigarrillo.

—¡Eh, mira! —dijo, entrando en la habitación de Smoke para mostrarle el bloc de dibujo.

—Si entras una vez más sin pedir permiso, te volaré esa polla pequeña que tienes! —gritó Smoke antes de sentarse en la cama y encender un cigarrillo.

—Ya tenemos una bandera pirata, Smoke —le explicó Possum—. Voy a hacer una como ésta y podernos llevarla a las carreras para que la gente piense que es nuestra bandera NASCAR. También podemos llevar a Popeye y asegurarnos de que esos dos polis se presenten, ¿no crees? Nadie sospecha nunca que los mecánicos puedan ir armados. Los atacamos, les volamos los sesos y luego aparece Cat con el helicóptero, nos recoge y nos largamos. Podríamos escapar a la isla Tangier y, como allí ya está todo el mundo alborotado, podemos escondernos con ellos hasta que las cosas se calmen, ¿vale?

Smoke dio una honda calada al cigarrillo y sacudió varias latas de cerveza para ver si quedaba alguna llena, pero todas estaban vacías.

—Tráeme una cerveza, joder —le dijo a Possum—. Asegúrate de tener lista esa bandera para el sábado. Y llama a Cat al móvil y dile que se asegure de que el sábado contamos con ese helicóptero. Dile que le diga a ese negrata asqueroso que el famoso piloto y sus mecánicos necesitarán que los lleve al circuito y luego a una gran fiesta en la isla. Una vez allí, lo mataremos, el helicóptero será nuestro y nos habrá salido todo a pedir de boca.

16

Cuando Andy se acercó a la mansión del gobernador, las verjas negras de hierro forjado se abrieron con un chirrido, y un severo y majestuoso agente de policía lo inspeccionó desde el otro lado de la ventana acristalada de la garita.

—Dónde aparco? —preguntó Andy, a la vista de que el camino circular empedrado estaba ocupado por la flota de Suburban utilitarios y limusinas del gobernador.

—Déjelo sobre la hierba —indicó el agente.

—No puedo hacer eso —protestó Andy, y contempló el césped recién cortado y los setos en forma de esculturas.

—No hay problema —aseguró el agente—. Los internos se ocuparán mañana. Les sienta bien estar ocupados.

Pony observaba todo aquello a través del cristal centenario de la ventana. El mayordomo no estaba de buen humor. Durante la última hora el ayudante de cocina de la mansión le había protestado de forma repetida

Librodot

porque las hijas de Crimm, y en especial Regina, se habían quejado de la sugerencia de una cena ligera; eso significaba por lo general trucha o cangrejo azul recién traído de Tangier. Regina tenía la fea costumbre de entrar a hurtadillas en la cocina y mirar bajo las tapas de los pucheros, y al descubrir una trucha y varias decenas de cangrejos azules en estado agónico en el fregadero tuvo un arranque de furia.

—¡Detesto el pescado! —declaró iracunda—. ¡Todo el mundo sabe que detesto el pescado!

—Su mamá nos ha indicado el menú —le dijo el chef Figgie—. No hacemos más que seguir sus instrucciones, señorita Reginia.

—¡No me llamo Reginia!

El chef Figgie resistió el impulso de decirle que mejor le iría si su nombre fuera Reginia, y no el otro. Observó la trucha del fregadero y deseó que se muriese deprisa. El pez tenía un anzuelo en la boca y el chef no lograba entender cómo era posible que el animal aún diera coletazos después de tanto rato. Los cangrejos seguían tratando de escapar y golpeaban sus caparazones contra el fregadero de acero inoxidable, montando un gran estrépito, y dirigían sus ojos periscópicos hacia él con una mirada de resentimiento y temor.

El chef Figgie se resistía a matar bichos y se oponía, de forma religiosa, a arrebatar la vida de los animales inferiores y menos inteligentes que él antes de cocinarlos. Prefería que la comida ya estuviera muerta y envasada cuando llegaba a sus manos. Y, sobre todo, estaba radicalmente en contra de la cría de cerdos, mientras que Regina tenía pasión por sus productos.

—¿Y qué ha sido del jamón? —preguntó la chica con su voz sonora y ruda—. ¿Por qué no nos pones canapés de jamón? Sabes muy bien que esto va a ser una cena ligera, Figgie. Haces todo esto porque no te caigo bien. Observa cómo me miran esos cangrejos. ¿Por qué no les abrimos la puerta de atrás y dejamos que se larguen a otra parte?

—Si los soltamos, la primera dama no estará muy contenta —murmuró Figgie.

—¿Y a quién carajo le importa?

Los cangrejos, tras escuchar la conversación, se encaramaron unos sobre otros para que el de encima alcanzara el grifo con una de las pinzas, pero se quedaron inmóviles, fingiéndose muertos, cuando Major Trader entró en la cocina. En la estancia, amueblada en un estilo funcional y situada en la planta inferior, los arqueólogos habían descubierto durante la última restauración del edificio miles de objetos, entre ellos espinas de pescado y toscos anzuelos, junto con numerosas puntas de flecha y perdigones de mosquete.

Trader observó el fregadero.

—¿Por qué están amontonados así esos cangrejos? Dan la impresión de estar muertos y la primera dama no soporta el marisco fresco muerto, Fig. —Trader siempre llamaba así al cocinero, para abreviar—. Le gusta que chapoteen y golpeen el lateral de la olla cuando se echan a hervir, bien vivos, para que no pierdan propiedades al servirlos. Ten esto. —Depositó sobre la mesa una cajita de latón—. Mi esposa ha preparado unas galletas para el gobernador. Que no las toque nadie más.

El chef Figgie sintió náuseas sólo de pensar en poner a hervir un ser vivo.

Los cangrejos contuvieron la respiración con sus ojos como antenas muy tiesas, paralizados de terror y vueltos hacia Trader. Con los siglos, los

Librodot

cangrejos habían desarrollado una visión muy sofisticada para localizar y eludir a sus enemigos naturales, entre los que se contaban los pescadores de Tangier. Los isleños eran gente horrible que pasaba el día en la bahía, en sus pequeñas barcas repletas de trampas para cangrejos que cebaban con pescado podrido y echaban al agua, sabedores de que al cangrejo azul le encanta el pescado podrido y no tiene nada más que comer si escasea éste u otros restos en descomposición.

Esto es lo que sucedía: un inocente cangrejo se escurre entre el cieno del fondo, sin meterse con nadie, cuando la gran caja de alambre desciende como un ascensor y se posa en el fondo entre una nube de fango. El cangrejo huele el pescado podrido y observa pedazos de éste que flotan en el interior de la nasa. Entonces llama a algunos amigos o miembros de la familia y les dice:

—Bueno, yo me atrevo. ¿Qué os parece?

—Traman algo —apunta uno de los otros—. Cuidado con lo que haces.

—¡Dios santo, pero tengo un hambre...! —protesta el cangrejo.

—¡Quédate quieto! ¿No te he advertido contra esas cosas? ¡Acabarás prendido en una de ellas!

—Escucha —dijo Trader en voz alta—, los cangrejos ya están muertos y a la primera dama no le hará ninguna gracia si se entera cuando ya los tiene en el plato. Te despedirá y todos tus negritos se quedarán sin papá otra vez.

A Trader, odioso racista donde los hubiera, le pareció una gran idea y lanzó una risotada: diecisiete niños negros más en la calle, sin una figura paterna. Todos serían de mayores traficantes de drogas esperando en largas colas ante las clínicas de metadona, y terminarían en la cárcel igual que su papá. Y, un día, trabajarían en la cocina de la mansión con la duda de si los cangrejos estaban vivos o muertos, o de si la primera dama se desharía de ellos; de los negritos, no de los cangrejos, matizó Trader para sí mientras todo aquello inundaba su mente como unas aguas negras.

Andy ya había tocado el timbre tres veces mientras Pony observaba desde la puerta por la mirilla de antiguo vidrio ondulado. Era fundamental que un mayordomo diera la impresión de estar muy ocupado y de que la mansión era muy grande y se requería mucho tiempo atravesar sus hermosas estancias y pasar bajo gráciles arcos camino de la puerta principal.

—¡Ya voy! —dijo con las manos ahuecadas sobre la boca para que su voz sonara lejana.

Andy llamó otra vez, golpeando enérgicamente la piña tropical de pesado metal que era el símbolo de la hospitalidad en Virginia. Pony marcó el paso sin moverse de sitio durante un minuto, hasta ponerse un poco sudoroso y jadeante

—¡Ya voy! —repitió, esta vez sin obstáculos ante la boca para que sonara más próximo.

Contó hasta diez y abrió.

—Vengo a ver a los señores Grimm —dijo Andy y, para gran sorpresa de Pony, le estrechó la mano.

—¡Oh! —exclamó el mayordomo, y por un momento se le quedó la mente en blanco. El joven era educado y agradable; intentaba mirarlo a la cara y Pony no estaba acostumbrado a ello, simplemente. Cuando logró dominarse, volvió a su papel: ¿Y a quién debo anunciar?

Andy se lo dijo y enseguida sintió lástima de Pony. El pobre hombre

Librodot

andaba de cabeza en su trabajo y nadie lo apreciaba.

—Me gusta esa chaqueta —añadió Andy—. Debe de plancharla continuamente, .no? Da la impresión de que podría sostenerse sola, sin usted dentro —dijo a modo de cumplido.

—Mi mujer trabaja en la lavandería, en el piso de abajo, cerca de la cocina. Ella me la plancha y se le va un poco la mano con el almidón —respondió Pony, orgulloso—. No nos vemos nunca, salvo cuando estoy trabajando, porque el resto del tiempo me tienen encerrado.

—Debe de ser muy duro eso.

—No es justo —reconoció Pony—. Los seis últimos gobernadores, incluido el señor Crimm en tres de las legislaciones, siempre me han prometido que me conmutarían la condena, pero luego andan muy ocupados y no se acuerdan más de lo dicho. Es el problema de la limitación de mandato, en mi opinión. Lo único que hace la gente es preocuparse de lo más inmediato.

Andy entró en el vestíbulo y Pony cerró la puerta.

—Exacto —asintió Andy—. Tan pronto son elegidos, ya están pensando en lo que harán a continuación. Sólo disponen de cuatro años y la mitad de ellos deben pasarlos haciendo campaña o yendo a entrevistas de empleo.

Pony asintió, satisfecho de que alguien, por fin, comprendiese lo que suponía estar destinado en la mansión.

—¿Ha venido a ver a las chicas Crimm? Debo decirle que no parece usted de su tipo.

—Que yo sepa, no —respondió Andy, dudando por un instante del verdadero motivo de la primera dama para invitarlo a la mansión.

Regina también tenía dudas:

—¡Esos cangrejos no están muertos! —chilló—. Uno de ellos acaba de mirarme. ¡Le he visto mover los ojos! ¿Cómo puedo comerme un bicho con unos ojos como ésos que le sobresalen de la cabeza? ¡Me duelen los míos sólo de verlo! Se diría que no para de escrutarlo todo, por el modo en que le sobresalen y porque no tiene párpados...

—Es para poder enterrarse en la arena y seguir mirando —le explicó Trader—. Son como el periscopio de un submarino.

Aludió de forma intencionada al submarino para burlarse con disimulo de las tripas del gobernador. Trader sólo era respetuoso con su distinguido jefe cuando no había más remedio, y tenía por costumbre maltratar al personal de la casa y decir lo que le venía en gana cuando Crimm no estaba presente o no se enteraba.

—Llévatelos al río y suéltalos —ordenó Regina al chef Figgie—. El pescado, también. Ese pescado también está mirándome. Y quítale ese maldito anzuelo de la boca, primero. Si lo sueltas con el anzuelo donde lo tiene, el pobrecillo se enganchará en algo y se ahogará. Para cenar quiero galletas saladas con jamón, mantequilla y jalea de menta, ¿me oyes? ¿Qué ha sido del resto del pastel que no terminamos, el de manteca de cacahuete? —Abrió el grifo sobre los cangrejos y el pescado, lo cual los despertó un poco, mientras daba órdenes a gritos—. En ese rincón hay un cubo. Saca el mocho y pon los bichos ahí enseguida. No vuelvas a traer otro cangrejo o pescado a la mansión; y también estoy harta de carne de ciervo. ¿Cómo sabemos que los indios no envenenan el venado como venganza por el pasado? Vienen

Librodot

arrastrando los animales muertos y creen que somos muy afortunados al recibir sus regalos.

—No debería llamarlos indios, señorita Reginia. Son nativos americanos, y son muy considerados al traernos esos ciervos. —El chef Figgie estaba ofendido y no parecía intimidado en absoluto por la muchacha.

—Nativos americanos, ¿eh? —Regina enrojeció de ira—. ¡Oh, vaya, es lo mismo que cuando nosotros os llamamos «nativos»!

—Ni mucho menos. —Figgie miró directamente a los ojos de Regina, pequeños y duros, que le recordaban las pasas incrustadas en la masa del pan de pasas—. Y si vuelve a llamar nativo a algún miembro del personal de la mansión, la denunciaré a la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color. No me importa que sea la hija del gobernador, señorita.

—¡Saque los cangrejos de ahí ahora mismo! —gritó Regina—. ¡O se morirán y apestarán!

Cuando Figgie los levantó con suavidad del profundo fregadero y los depositó en el cubo de fregar, los cangrejos chasquearon las pinzas para celebrar sus palabras. Con unas tijeras de alambre, cortó el anzuelo y lo extrajo de la boca dolorida de la trucha.

Pony no tendría tanta suerte. Nadie le había quitado nunca el anzuelo por ninguna razón. Cuánto le gustaría a él que el chef Figgie lo metiera en un cubo para soltarlo en el río James. Pony observó cómo el cocinero cruzaba el comedor y se dirigía a una puerta lateral con un chapoteo del agua del cubo, donde cangrejos y pescado hablaban entre ellos, y se explicaban sus planes. Regina le siguió los pasos de cerca y se detuvo en seco cuando vio a Andy.

—Definitivamente, no va a haber cena ligera —le dijo.

—Da igual —respondió Andy con cortesía—. Creo que debería ayudarme a pescar a su padre lo antes posible.

—Hace este juego de palabras sin gracia por lo de ese pescado? —replicó ella, ceñuda.

Andy no la conocía lo suficiente para hacer bromas, y Regina no tuvo ninguna duda de que aquel tío guapo no iba a ser simpático con ella. Ninguno de ellos lo era ni lo sería jamás.

El visitante contempló los bichos que nadaban en el abarrotado cubo y advirtió que entre ellos había una trucha.

—¡Oh! Lo siento, no había visto la trucha hasta este momento. De lo contrario, nunca habría hablado de pesca en su presencia. No pretendía faltarle al respeto, señorita Crimm. Es sólo que, sinceramente, espero con impaciencia tener la oportunidad de hablar con el gobernador esta noche.

—Puede llamarme Regina y tratarme de tú. No, Andy no podía. Era incapaz de decir el nombre o de tratarla de tú sin sentirse muy incómodo.

—¿Se la conoce por algún otro nombre? —preguntó—. ¿Reggie, tal vez?

—Nadie me ha llamado así nunca.

El amable interés de Andy perturbó a la chica, quien tuvo que asirse al pasamanos de caoba bruñida que se curvaba hasta desaparecer de la vista y conducía a las habitaciones privadas de los Crimm, en el piso superior. Allí, en aquel momento Maude Crimm se acondicionaba los cabellos ante el espejo, insatisfecha del reflejo que adquirían con la laca.

En otros tiempos había sido muy guapa. La primera vez que Maude y Bedford se habían visto, en el baile de Fabergé, ella era voluptuosa, pequeña pero bien proporcionada, con una boca roja bien formada y unos expresivos ojos de color violeta. Maude se hallaba contemplando la caja con un huevo

Librodot

de perlas y metales preciosos que había conducido a la revolución bolchevique y al misterio de Anastasia, cuando Bedford Crimm IV un senador del Estado recién elegido, se aproximó a ella con galantería e inspeccionó a través de una lupa sus encantadoras curvas, apenas cubiertas por el vestido de pronunciado escote.

¡Vaya! ¿Será posible? —comentó él-. Siempre me he preguntado por qué un huevo. ¿Por qué no otra cosa, si uno quiere hacer objetos con metales preciosos y joyas de valor incalculable?

—¿Qué habrías escogido tú como tema? —inquirió ella, tímida y coqueta.

Entonces Maude se había rendido enseguida a Grimm y a su mente inquisitiva, y se le ocurrió que ella siempre se había tomado a la ligera la colección Fabergé. Tantos años y nunca se había preguntado por qué.

—Desde luego, yo no habría escogido un huevo —replicó Crimm con una voz rotunda e importante que revelaba un leve acento sureño—. Algún objeto de la guerra de la Independencia, tal vez —añadió tras pensarlo—. Unos cañones de oro rosa o unas banderas confederadas de platino con rubíes, diamantes y zafiros, las mismas piedras y metales que deberías llevar alrededor de tu delicioso y esbelto cuello blanquísimo... —Recorrió la garganta de la joven con el índice corto y rechoncho—. Un collar largo con un diamante enorme que desapareciera en tu escote —le enseñó dónde—. Y que quedara oculto a la vista y te hiciera cosquillas cuando menos lo esperaras.

—Siempre he deseado un diamante grande —murmuró Maude al tiempo que miraba alrededor con nerviosismo, esperando que nadie en la abarrotada sala les prestara atención—. Tú sí que parece que llevas un buen diamante encima —añadió, y le miró directamente la bragueta del esmoquin.

—El diamante del deseo —soltó él con una risilla.

—Sí, porque siempre estás deseando, ya veo —respondió ella—. ¿Sabes, senador Crimm?, yo también soy toda una coleccionista.

—¿No me digas?

—¡Oh, sí! Precisamente sé mucho de lupas —añadió para impresionarlo—. Se remontan a las cuevas de Creta y una vez hubo un emperador chino que usaba un topacio para observar las estrellas. Eso fue miles de años antes de que naciera el niño Jesús, ¿te imaginas? Y apuesto a que no sabes que el propio Nerón solía mirar a través de una esmeralda cuando contemplaba a los gladiadores en combate; supongo que para que el sol no le dañara los ojos. Por eso creo que es muy adecuado que tú también tengas instrumentos ópticos muy especiales, ya que eres un hombre tan importante y poderoso.

—Por qué no nos colamos en el lavabo de caballeros para presentarnos el uno al otro? —propuso Crimm.

—¡Nunca haría eso! —El no de Maude era un sí, pero Crimm descubriría poco después de casarse que incluso un sí era un no si a ella le preocupaban las molduras o las telarañas de los rincones.

—¡En el de señoras, entonces! —probó él de nuevo.

Las mujeres hermosas nunca le habían hecho caso hasta que se había metido en política. Ahora le resultaba sorprendentemente fácil y sentía que se le había concedido una segunda oportunidad. Que fuera bajito y cegato, además de terriblemente feo de nacimiento, ya no tenía importancia. Ni siquiera el tamaño de su diamante la tenía. No era como en los viejos tiempos del Commonwealth Club, donde todos los machos prometedores se sentaban alrededor de la piscina, desnudos, a tomar decisiones políticas y a

Librodot

discutir adquisiciones hostiles de empresas.

—Ni medio quilate —recordó Crimm que cuchicheaba uno de ellos. Por supuesto, las voces llegaban al otro lado del agua y Crimm, sentado en el trampolín de saltos, alcanzó a oír el desagradable comentario.

—Lo que vale es la calidad, no el tamaño —replicó—. Y la dureza.

—Todos los diamantes son duros —dijo otro de los presentes, que dirigía una empresa de las quinientas más importantes según la publicación Fortune, que más adelante cambió su sede a Charlotte.

Crimm descubrió en el lavabo de señoras que no todos los diamantes son duros. La marca de nacimiento de Maude había causado un mal efecto; su trasero daba la impresión de haberse posado en un charco de tinta. La mancha era espantosa y Crimm no se atrevió a tocarla.

—Qué te pasó? —preguntó mientras se apartaba y volvía a esconder su diamante en los pantalones.

—No me pasó nada —dijo Maude, colocada todavía contra la fría pared de azulejos del lavabo—. Con la luz apagada, ni se ve. Y hay gente que lo encuentra atractivo.

Maude apagó la luz y lo besó con voracidad mientras buscaba el diamante, hasta que lo encontró de nuevo.

—Dime cosas guarras —le susurró en el lavabo a oscuras—. Nadie me las ha dicho nunca y siempre he querido oír las obscenidades que haría conmigo la gente, sobre todo los hombres. Y ten cuidado cuando me aplastes contra la pared, porque es muy dura. No, no me eches al suelo; también está duro y además muy sucio. Quizá no deberíamos hacerlo aquí. Terminaré llena de morados.

—Podemos meternos en uno de los retretes —Crimm apenas podía hablar—. Si entra gente, no nos verá. Y si hacemos ruido, disimularemos tirando de la cadena repetidamente.

Aquellos días de fogosidad amorosa se acabaron tras la boda. La vista de Bedford había empeorado progresivamente y no había vuelto a poner un dedo sobre su esposa desde que concibieran a Regina, a pesar de los incansables esfuerzos de la primera dama por tener un aspecto deseable. A ello se dedicaba con el único propósito de camuflar su burlona y frustrante intención de decir no al final.

Maude no había fantaseado con la idea de decirle sí desde hacía mucho tiempo y, mientras pensaba en Andy Brazil, se le ocurrió que quizá debería probar otra vez un sí, y decirlo en serio. Al fin y al cabo, su marido estaba siendo muy injusto con el asunto de los trébedes, y eso la obligaba a pasarse todo el tiempo cambiándolos de escondite por toda la mansión.

Quizá debería darle a su marido algo importante de qué preocuparse y conservar a su lado al atractivo Brazil, pensó para sí, resentida. Al carajo con sus hijas. Tal vez si seducía a Andy, Maude se sentiría mejor consigo misma y estaría lo bastante distraída como para aplacar su obsesión por las compras. Se aplicó otra gruesa capa de rimel negro para realzar el violeta intenso de sus ojos, utilizó un pintalabios de un tono rojo subido, se dio un retoque más de maquillaje y frunció el entrecejo para comprobar que todo se mantuviera en su sitio.

¡Ay, querida! —murmuró ante el espejo al detectar un leve movimiento en su frente.

El colágeno estaba desapareciendo también y Maude temió verse obligada a hacer otro viaje al cirujano plástico maxilofacial. Había llegado un

Librodot

momento en que, simplemente, ya no soportaba otro pinchazo más sin una buena dosis de Demerol, y total apara qué? A nadie le importaba. Nadie la apreciaba ya. Se desabrochó el sujetador y se desembarazó de él sin quitarse la blusa, un truco aprendido en el Sweet Briar College en sus tiempos de estudiante.

—Tanto esfuerzo para nada —murmuró para sí con impaciencia mientras sus pechos emigraban hacia su cintura.

Con un suspiro, se puso de nuevo el sostén y cambió la blusa por un atractivo suéter de cachemira fina que ya le iba varias tallas pequeño cuando Maude estaba mucho más delgada.

—Así —anunció al perro de la familia, Frisky, que dormía en la cama de la suite principal de la casa—. Debes reconocer que tengo bastante buen aspecto, para haber cumplido los setenta...

Frisky ni se movió. Era un perro labrador ya muy viejo y estaba harto de que la primera dama le hablara sin cesar. Así llevaban nueve años, y Frisky opinaba que la primera dama ya estaba bastante avejentada desde el primer día. En los últimos tiempos tenía un aspecto especialmente ajado, con el rostro helado y los labios hinchados, y el perro no tenía la menor intención de abrir los ojos o de interrumpir su sueño favorito, en el que era recogepelotas en Wimbledon. En silencio, rezó para que la primera dama por una vez no lo obligara a despertarse.

—¡Ven, Frisky! —llamó su ama al perro dormido, tras probar sin éxito a chasquear los dedos. Maude Crimm olía demasiado a loción corporal y tenía las manos pringosas. Los dedos resbalaban, en lugar de saltar con un chasquido—. ¡Vamos! Bajemos a recibir a nuestro invitado.

La suerte de los cangrejos azules y de la trucha estaba a punto de cambiar de nuevo.

Major Trader se había ofrecido a tirar el cubo de la fregona él mismo porque tenía una agenda propia, secreta y egoísta. Pensó que encontraría a alguien pescando y que podría vender el pescado fresco fácilmente y por una buena cifra, al tiempo que buscaba un lugar adecuado para esconder la maleta herméticamente cerrada llena de dinero que pronto esperaba obtener de los piratas.

En aquellos instantes Trader conducía su coche oficial y el cubo se derramaba en el portaequipajes. Los cangrejos y la trucha no veían nada en la oscuridad e intuían que aquel viaje con Trader, que aceleraba, derrapaba en las curvas y daba frenazos en los semáforos, no presagiaba nada bueno.

Jimmy Crimini seguro que no lleva GPS —dijo un cangrejo, chocando contra otro en el fondo del cubo—. Se ha perdido. Lo sé.

—Qué? —preguntó la trucha que flotaba por encima de los cangrejos mientras éstos se daban de porrazos a cada curva, a cada acelerón y a cada frenazo—. Me parece que tiene problemas de motor.

—¿Habías ido en coche antes?

—No, no podría decir que he ido —respondió la trucha—, pero los he visto parados en el muelle, desde una distancia prudencial, cuando los pescadores salen de pesca. Todos sus camiones y coches de golf saltan y derrapan como éste.

Los cangrejos cayeron hacia un lado y chocaron entre sí.

—¡Oh! ¡Qué daño! —se quejó uno de ellos—. No me metas la pinza en los ojos o recibirás.

Librodot

—¡Tengo gazuza!

—Pues no habrá pescado podrido hasta que lleguemos de nuevo al agua. ¡Aguanta!

Trader subió al bordillo y aparcó encima de la acera, donde Caesar Fender estaba pescando sin capturar nada.

—¡Eh, hijo de puta! ¡Acabas de aplastar mi caja de aparejos con el coche! —gritó Caesar al vehículo oficial—. ¿Quién te crees que eres? Yo no estoy haciendo nada. Ni siquiera tengo coche, así que no tienes ningún derecho a arremeter contra mí con los faros encendidos y atropellar mi caja de aparejos, como si yo fuera un conductor temerario o algo…

—Tengo pescado fresco del que come el gobernador —anunció Trader—. Te lo vendo por cincuenta dólares. Apuesto a que en casa tienes una colección de enanitos hambrientos y seguro que nunca han comido cangrejos azules y trucha fresca.

A Caesar Fender lo asombró el modo de farfullar de aquel blanco obeso, pero respondió:

—Que haya negros bajitos no significa que sean enanos. Y me debes dos dólares por la caja y otros setenta y cinco centavos por los anzuelos y las boyas que has roto. ¡Y si te acercas un palmo más, tirarás la lata de gusanos al agua y te pegaré una patada!

—¡Si me pones una mano encima haré que te arresten y acabes en la cárcel! —lo amenazó Trader.

—¡Págame todo lo que me has destrozado!

—¡Cuidado con lo que dices! ¡Estás hablando con un importante funcionario del Gobierno! —le gritó Trader.

—¡Me importa un pimiento quién coño seas!

Mientras los dos hombres discutían y se insultaban, los cangrejos y la trucha se apresuraron a ultimar un plan para salvarse.

—Hagámonos los muertos —propuso un cangrejo.

Trader abrió el maletero y Caesar miró en su interior, enfadado pero curioso. La trucha estaba panza arriba con los ojos cerrados y los cangrejos, inmóviles, también tenían los ojos cerrados.

—¡Me estás engañando, hijo de puta! —le gritó Caesar a Trader. ¡Este pescado está más muerto que muerto! ¿Cuánto hace que lo llevas en el portaequipajes? ¿Un mes? ¡J000der!

—Movió la mano ante el rostro de Trader y sacó el cubo—. ¡Eres un mentiroso, blanco asqueroso! Mira lo que hago con tu maldito marisco fresco.

De repente los cangrejos y la trucha salieron despedidos del cubo como si huyeran de un incendio. Volaron por el aire y se precipitaron al río James, donde se hundieron hasta el fondo. Allí se sentaron y los asombrados cangrejos miraron a su alrededor mientras la trucha nadaba en perezosos círculos sobre su cabeza.

—¡Mira! ¡He visto la trucha nadando ahí en medio! —Trader señaló la sombra del pez bajo la brillante superficie—. ¡No están muertos! ¡Has tirado mi marisco fresco! ¡Me debes cincuenta dólares! —exigió.

—¡Ni hablar! —dijo Caesar mientras recogía sus aparejos triturados.

El código genético pirata de Trader se encendió, y dio un puñetazo a Caesar en el ojo. Caesar convirtió su caña de pescar en un látigo y pegó a Trader en la mejilla con hilo de pesca del treinta y unos cuantos plomos que había enganchado con los dientes horas antes, poco después de su llegada al

Librodot

muelle en bicicleta. Los dos hombres sostuvieron una lucha feroz y rodaron por el suelo mientras se gritaban obscenidades y se pegaban. Furioso y ensangrentado, Trader corrió hacia su coche, al que Caesar empezó a pegar patadas antes de romper el parabrisas delantero con los restos de la caja metálica de los aparejos.

Jadeante y frenético, Trader se hundió en el asiento del conductor y buscó la pistola de señales que siempre llevaba escondida debajo de éste. Puso una bengala del calibre doce en el grueso cañón de la pistola de señales, que había pertenecido a su familia pirata desde 1870, y se cortó los dedos con añicos de cristal del parabrisas. Salió del coche rodando por el suelo y apuntó a Caesar mientras el enloquecido pescador le lanzaba plomos. Uno de ellos dio a Trader en la nariz y, por un movimiento reflejo, el dedo que tenía en el gatillo lo apretó.

La bengala encendida surcó el aire como un pequeño misil, alcanzó a Caesar y le estalló en el pecho. Los cangrejos y la trucha contemplaron horrorizados cómo el pescador en llamas corría unos pasos antes de desplomarse. Trader huyó en su malogrado coche oficial con el maletero aún abierto y el parabrisas convertido en una telaraña de fragmentos de cristal. Un poco más tarde, cuando entró renqueante en la mansión del gobernador estaba pálido y mostraba restos de sangre; el traje y la corbata se hallaban hechos jirones. Trader estaba agitado, paranoico y confundido.

Regina también estaba confundida. Jamás había visto a su madre tan maquillada y perfumada. Si se la hubiera encontrado en un tanatorio, habría pensado que estaba hinchada de formol y excesivamente cubierta de masilla, y que sus ropas se habían mezclado con las de alguna otra dama muerta más pequeña que ella y a la que gustase mucho el fucsia.

—Qué demonios te ha ocurrido, mamá? —preguntó Regina mientras engullía una gruesa loncha de jamón cubierta de miel y metida dentro de una inmensa galleta que goteaba mantequilla y jalea de menta.

La señora Crimm, que llevaba un poco de retraso, se sentó en un extremo de la mesa y alzó el tenedor para indicar a los demás que podían empezar a comer.

—¿Que qué me ha ocurrido? ¿A qué te refieres? —La señora Crimm lanzó una mirada amenazadora a Regina—. Y se supone que no deberías empezar a comer antes que los demás. Como si no te hubiera dicho mil veces…

Cuando Trader entró en el comedor, Andy, que estaba cortando el único trozo de jamón magro que había encontrado en su plato, advirtió al instante que el secretario de prensa estaba conmocionado. Vio los restos de sangre y percibió un ligero olor a pólvora quemada.

—Pues yo preferiría saber qué le ha sucedido a usted —dijo Andy al recién llegado.

La señora Crimm dedujo de esas palabras que su joven y apuesto invitado no había pensado ni por un momento que a ella le hubiese ocurrido algo. Siempre se la veía atractiva y muy arreglada. Era irracional y victoriano que las mujeres ocultasen su cuerpo bajo vestidos largos de telas gruesas. En cualquier momento, Andy la vería en el extremo de la mesa, la miraría y ya no podría apartar los ojos de ella. Después de cenar, ambos se escabullirían a la suite principal y ella cerraría la puerta y diría que sí, y lo diría en serio. Aunque el gobernador volviera a casa, si Andy y ella no hacían ruido, no los

Librodot

vería.

—¿Se ha encontrado con una manifestación o en medio de un huracán? —Andy se quedó mirando a Trader mientras éste daba una larga y jadeante explicación; el hombre hablaba tan deprisa que sus palabras tropezaban las unas con las otras y chocaban entre sí tras haber las pronunciado.

—¿Qué diantres dice? —preguntaba la primera dama a Andy cada pocos segundos. ¡Es como si hubiera sufrido una apoplejía!

El relato de Trader podía resumirse fácilmente, aunque él tardó mucho tiempo en contarlo y lo hizo cambiando los hechos repetidas veces. El quid de la cuestión era el siguiente: había llegado al río a las siete de la tarde y un afroamericano pescaba junto a su bicicleta. Trader había saludado al tipo y habían hablado del tiempo mientras tiraba los cangrejos y la trucha al agua.

—Oh, querido —lo interrumpió la señora Crimm—. No habrá tirado los cangrejos al río James, ¿verdad? Si no encuentran el camino de vuelta a la bahía, morirán seguro; tan seguro como que me llamo Maude Crimm.

Trader siguió contando su historia en un parloteo ininteligible. Andy intentó traducir sus palabras a los demás:

—Dice que hubo un intercambio de disparos. Que apareció un Lincoln con matrícula de Nueva York, conducido a toda velocidad por un hispano de unos veinte años que disparaba un revólver Sig-Sauer de nueve milímetros por la ventanilla mientras gritaba obscenidades. Disparó a quemarropa contra el pescador y lo alcanzó en el pecho. Trader dice que el pescador ardió en llamas posiblemente a causa de la pólvora que debió de prender por el estallido de un mechero Bic que el pescador llevaba probablemente en el bolsillo de la camisa.

—¿Y cómo es que no sabe nada seguro? —Regina cogió otra galleta—. ¿Por qué no comprobó siquiera si el pobre hombre estaba todavía vivo o ya se había quemado? ¿Por qué no intentó apagar el fuego o pidió ayuda? —Atravesó a Trader con la mirada al tiempo que masticaba—. ¿Se largó de allí corriendo sin pedir auxilio? ¿Qué clase de persona es usted?

—¡El tipo se cagaba en mí! —Trader elevó la voz sin advertir que su problema de habla se debía el estrés postraumático; eso había activado un código genético que lo hacía hablar como un antiguo pirata.

—¡No tolero que se hable así en la mesa! —le espetó la señora Grimm.

—¡Pues el negro se cagaba en mí una y otra vez! ¡Me dio miedo acercarme a él!

—¡Esto no lo soporto! —exclamó Regina, tapándose los oídos—. Que alguien hable por él. Andy, cuéntenos qué dice. ¿Y realmente quiere decir que el hispano le defecó encima, literalmente? ¿Lo hizo? ¿Qué significa todo esto? ¿Qué significa eso de que el pistolero se cagó en él?

—¡Regina! —la riñó su madre—. ¡En la mesa no se habla de hábitos del sanitario!

Trader empezó a explicar que hablaba de un intercambio de disparos, pero Andy le advirtió que se dejara de expresiones soeces y que se limitara a narrar los hechos. La recomendación surtió efecto. La primera familia siguió cenando mientras Trader denunciaba, a través de Andy, que estaba seguro de que el hispano era el autor de los crímenes racistas y que a continuación atacaría a la primera familia. Por eso él había regresado corriendo a la mansión, para comprobar si estaban todos a salvo y protegidos.

—Dijo que odiaba a Crimm —farfulló Trader— y que pensaba que todos los Crimm tenían que morir.

Librodot

—¿Está seguro de que no se refería a los criminales y no a los Crimm? —preguntó Regina, sin dejar de comer—. Papá es partidario de mandar a los criminales a la silla eléctrica, y lo sabe todo el mundo.

—Querida, eso no tiene demasiado sentido —intervino la señora Crimm—. Lo que está claro es que el hispano es un criminal, aunque no entiendo por qué iba a descargar su odio racista contra personas de su misma condición.

—¡Maldita sea mi alma! ¡El infame se refería a ustedes! —Trader señaló a cada una de las Crimm con gesto ominoso y malsano—. A los Crimm y no a los criminales.

—Ya no podremos salir de la mansión nunca más, mamá. —Esperanza estaba aterrorizada.

—¿Y si está escondido ahí afuera, en alguna parte? —Constancia tenía los ojos desorbitados y siguió llenándose repetidamente la copa de vino con manos temblorosas.

—Es la primera vez que oigo decir que alguien arde en llamas cuando le disparan. —Andy presionó a Trader en este detalle—. ¿De veras vio humo y llamas y que la ropa se le quemaba? Ya sé que no se quedó mucho tiempo allí y que además estaba asustado y preocupado por los Crimm y quizá sufrió un ligero desmayo, pero me cuesta creer su relato.

En tono condescendiente, Trader explicó que era un fenómeno científico probado el que, desde el principio de los tiempos, la gente ardía en llamas y se incineraba sin causa aparente.

—Se llama combustión espontánea —dijo—. Compruébelo.

Andy no necesitaba comprobarlo. Estaba bastante familiarizado con la combustión humana espontánea y conocía historias de gente que había ardido sin motivo aparente.

—Bien —le dijo a Trader—, ya veremos qué dice el forense.

—No creerá que ese psicópata se presentará aquí y nos incendiará a todos, ¿verdad? —Constancia expresó en voz alta sus preocupaciones.

—¿Racismo contra nosotros? —Gracia no lo comprendía—. Pero si nunca le hemos hecho nada, ni a él ni a ningún hispano. Y no pertenecemos a ninguna minoría, aunque somos una familia noble y es cierto que nobles hay pocos.

—No conocemos a ningún hispano —recordó Esperanza a su familia, mirando a todos los que estaban sentados a la mesa con su cara de caballo temblorosa a la tenue luz de las velas—. Y en la oficina de papá no hay ningún hispano, nunca lo ha habido. ¿Por qué tendrían que odiarnos los hispanos?

—Pues por eso que ha dicho, probablemente —replicó Andy.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Regina con la boca llena.

—He notado que en la oficina del gobernador podría haber un poco más de diversidad —respondió Andy, intentando ser diplomático—. Cuando un grupo entero de gente se siente excluido, pueden suscitarse sentimientos de odio que desencadenen la violencia.

—Pero si Bedford no habla español —explicó la señora Crimm—. No ve motivos para hacerlo.

—Creo que no ve muchos motivos para hacer nada, primera dama —dijo Andy en tono neutro, y casi añadió «con el debido respeto», pero la sombra de Hammer lo había acechado durante todo el día—. Estoy convencido de que si hiciera algo por su vista, su vida mejoraría de forma espectacular.

—Su vista es la de siempre —le rebatió la primera dama—. Ve una

Librodot

comunidad de Virginia distinta, comprometida con la riqueza y el bienestar de todos y cada uno y que, en adelante, tenga un objetivo distinto, que la gente... ¡Oh, querido!, me temo que no recuerdo la siguiente frase. ¿Cómo es? —preguntó, mirando las caras aburridas de sus hijas.

—Es lo mismo que dice en cada inauguración —respondió Regina, hastiada—. Desde que lo eligieron siempre utiliza el mismo discurso. Fue una idiotez la primera vez y lo sigue siendo. —Miró a Andy—. Mi padre cree que tendrían que cambiar el nombre a la comunidad de Virginia y llamarle la «disparidad», porque odia a Carolina del Norte y está harto de que esas quinientas empresas de la revista Fortune y los bancos y la industria del cine se establezcan allí y no aquí...

Alargó la mano para ponerse mantequilla y el cuchillo se le escapó de los gruesos y pringados dedos para acabar en el suelo de madera. Pony apareció como caído del cielo, lo recogió y lo sustituyó por uno limpio que sacó del cajón de la cubertería.

—¿Necesita algo más, señorita Reginia? —preguntó con amabilidad.

—Ese nombre no está mal —apuntó Andy, sorprendido—. ¿Por qué no te llamamos todos Reginia en vez de Regina?

—No quiero que me llamen de otra manera y estoy hasta el moño de que todo el mundo se preocupe de cómo me llamo. Y aún estoy más harta de que nadie me llame nunca. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Cada vez que suena el teléfono es alguien que intenta encontrar el soporte. No tengo amigos, ni uno solo.

—Regina lloraba con la boca llena, masticando tristemente—. Nací en una mina de carbón y...

—Eso no es verdad —la interrumpió con firmeza su madre.

—Fui concebida en una mina —insistió Regina, indiscreta—. Sé lo que ocurrió cuando papá y tú bajasteis a ese túnel hondo y oscuro y tú llevabas ese sombrerito rígido con una linterna. ¡Imagina cómo me siento al saber que su esperma estaba cubierto de polvo negro y se dirigió hacia un óvulo, decidiendo que el resultado sería yo!

Intentó alcanzar el vino, pero la botella se le resbaló y rodó por la mesa hasta caer al suelo. Con paciencia, Pony se agachó bajo la mesa para recoger la botella de chardonnay de Virginia.

—¡Estoy tan harta de todo, joder...! —aulló Regina.

—¡No vuelvas a utilizar más esa palabra! —le dijo la primera dama con severidad—. ¿Por qué eres tan mal hablada? Cuando naciste no hablabas así... Y creo que esa palabra que empieza con jota es sucia y degradante e impropia de una señorita como tú, sobre todo siendo hija de un gobernador.

—Pues en la mina de carbón seguro que se hablaba así —le dijo Regina a Andy con ironía.

Llegados a aquel punto, ya nadie se acordaba de que Trader se había sentado a la mesa o de que estaba en este mundo. Entonces cometió el error de pensar como un secretario de prensa y hablar con acento de antiguo pirata:

—Sí, es mejor que usen eufemismos como «¡Por todos los diablos!», «¡Vive Dios!», «¡Por Belcebú!».

—¡Basta! —le ordenó Andy—. ¡No siga por ese camino, Trader!

—¿Por qué habla con ese acento, Major? —le preguntó Regina, que lo había entendido todo pese a haberse tapado los oídos.

—Yo nací en la isla, como todos mis antepasados —explicó Trader

Librodot

mientras se limpiaba la sangre del rostro con una servilleta de lino—. Creo que la conmoción de haber presenciado un asesinato me ha trastornado el cerebro.

—Mire, a mí no me importa que naciera en la isla. Lo mejor será que olvide si el acento con que habla es inglés antiguo o inglés isabelino, o si John Smith decía «joder» o decía « jolines». ¿En la isla todo el mundo habla como usted o ese acento es sólo cosa suya? —preguntó Regina en tono agresivo, aunque su curiosidad era auténtica—. Después de tantos siglos, ¿por qué no habla de forma que el resto de la gente entienda qué diablos dice? —Luego se volvió hacia la primera dama—: ¡Mamá, insisto en que papá despida a este hombre! Su voz me irrita. Si la sigo oyendo, no podré sacármela de la cabeza en toda la vida. Y no puedo permitirme que me causen más irritaciones, porque ya estoy demasiado irritada y me fastidia hasta lo indecible que los de Protección de Personalidades me lleven de un lado a otro como a una marioneta. ¡Quiero un coche y el permiso de conducir, y quiero moverme sin vigilancia!

—¡A callar! —ordenó la primera dama al advertir que Pony había oído pasos en la parte delantera de la casa y se encaminaba hacia allí.

Al cabo de un momento se oyó un portazo en el vestíbulo y el tono de los murmullos indicó que Bedford Crimm no había tenido un día demasiado bueno.

—¡Huelo a jamón! —exclamó el gobernador consternado—. Pensaba que cenaríamos marisco. No estoy en absoluto de humor para jamón. ¿Qué ha pasado con los cangrejos que mandé traer de la isla?

—Ordena alguna cosa más el señor? —le preguntó un agente de protección.

—¡No! —gritó Maude Crimm desde el comedor—. ¡No dejes que se vaya, cariño! ¡Esta noche necesitamos aquí a todos los agentes!

Aquello era muy impropio de la primera dama, que era famosa por lo mucho que le molestaba la omnipresente presencia de los de seguridad. Al principio, ir siempre a todas partes rodeada de unos fuertes agentes dispuestos a servirla en todo la había hecho sentir importante y admirada, pero más adelante se cansó de ello. Maude Crimm deseaba sentarse en el jardín o en la bañera o ver la televisión o comprar por Internet sin cámaras ni testigos que vieran todo lo que hacía. Cada vez se mostraba más paranoica respecto a su intimidad y albergaba la creciente sospecha de que los agentes observaban todo lo que hacía; todo, incluidos sus esfuerzos por esconder las antigüedades que compraba.

—¿Qué ocurre? —preguntó el gobernador mientras entraba en el comedor y entrecerraba los ojos ante la luz de las velas para distinguir lo que cada uno tenía en el plato—. Jamón —murmuró con desagrado— No lo soporto. ¿Qué ha pasado con los cangrejos? —preguntó, clavando sus opaca mirada en Regina.

—Los hemos soltado. —Regina fue sincera con su padre.

—¿Yo los mando traer en helicóptero y vosotros los soltáis?

—Los cangrejos y la trucha —añadió ella, sirviéndose más jalea de menta.

—Señor… —Andy se disponía a abordar el meollo de las dificultades de la primera familia—. Ha ocurrido algo que debe usted saber. Un negro que pescaba en el río acaba de ser asesinado y Major Trader nos ha informado de que usted, su esposa y sus hijas podrían estar en peligro. Al parecer ha sido testigo del crimen y supone que el sospechoso es el mismo que asaltó a

Moses Custer y mató a Trish Trash.

Crimm agarró la lupa que llevaba colgando y, visiblemente alarmado, miró a su secretario de prensa.

—¡Cielos, está usted sangrando! —exclamó el gobernador—. ¿No debería ir al hospital?

A Trader le daba miedo hablar e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió el gobernador—. No querría ser desconsiderado, pero no me parece recomendable sentarse a la mesa en este estado.

Trader se puso en pie y se llevó la servilleta a la frente. Permaneció quieto sobre la antigua alfombra oriental, con los ojos desorbitados, mientras intentaba ordenar sus enmarañados pensamientos y se le ocurría algún plan. Para empezar, decidió que su momentáneo trastorno del habla era buena cosa; en aquellas circunstancias lo mejor era expresarse de una forma que los otros apenas pudieran comprender, así resultaba mucho más fácil mentir y la gente se sentía menos inclinada a hacerle preguntas. Además, siendo necesario que una tercera persona tradujera sus palabras el testimonio de Trader era una interpretación y no tenía ninguna validez ante un juez.

—Es horrible —dijo Esperanza, describiendo a continuación lo ocurrido—. Ese monstruo hace arder en llamas a la gente y luego se escabulle a toda prisa. Es de Nueva York, habla español y tiene intención de hacernos lo mismo a cada uno de nosotros.

—Por poco que me guste —intervino la señora Crimm—, creo que necesitamos que todos los agentes vigilen la mansión hasta que detengan a ese espantoso individuo. Quizá necesitemos también la ayuda de la Guardia Nacional, querido.

El gobernador cogió una silla y se sentó, sin saber qué hacer y perplejo de que nadie le hubiera comunicado la emergencia hasta ese momento. A menudo recibía las malas noticias cuando iba camino de su casa para cenar, lo cual no contribuía en absoluto al buen funciona-miento de su submarino.

—Bien, que alguien me informe —exigió el gobernador.

Trader quería contar muchos detalles falsos, pero sabía cómo reaccionaría el gobernador ante el repentino farfullar. El secretario de prensa indicó a Andy por señas que explicara los acontecimientos del día a Crimm. Andy lo hizo.

—¿Y qué nos recomienda? —preguntó el gobernador a Andy tras escuchar un relato que parecía carecer de toda veracidad y racionalidad.

—Yo no correría ningún riesgo —respondió Andy—. Mantenga una estrecha vigilancia, señor, pero este asunto debería someterse a investigación. Con franqueza, opino que, pese a la narración de los hechos que como presunto testigo nos ha hecho el señor Trader, hay datos importantes que desconocemos. —Luego añadió, mirando a Trader—: Y lo digo sin ánimo de ofender, pero es posible que lo que usted supuestamente vio y lo que en verdad ocurrió no coincidan. Por ejemplo, me gustaría hacerle dos preguntas: ¿Qué sucedió con el cubo de fregar? ¿Alguien más vio el tiroteo?

Mediante gestos, Trader explicó que el cubo de fregar debía de estar por ahí y que los únicos testigos, aparte de él, fueron la trucha y los cangrejos. Trader estaba seguro de que con eso las cosas quedarían claras.

—Pues si el cubo está por ahí —apuntó Andy—, eso nos lleva a pensar que

Librodot

usted soltó los cangrejos y la trucha antes de que se produjera el altercado, porque es prácticamente imposible que usted viera arder a alguien y luego pensara en tirar los peces al río, ¿verdad?

Trader negó con la cabeza y recordó cómo los cangrejos y la trucha saltaban al aire desde el cubo lleno de agua sucia y caían al río con un chapoteo mientras el pescador y él empezaban a pelear y a insultarse. Trader había vuelto a dejar el cubo en el suelo, o tal vez lo hiciera el pescador. En aquellos momentos la policía ya debía de haber encontrado el cubo y lo retenía como prueba. Trader tuvo el presentimiento de que el cubo iba a causarle problemas.

—Dígame —el gobernador encendió un habano y miró a Andy—, ¿nos sería de ayuda localizar los cangrejos y la trucha?

—Eso es lo más estúpido que jamás he oído —le espetó Regina—. ¿En qué podrían ayudarnos? ¿Y cómo sabríamos que son los mismos que estuvieron aquí, en nuestra cocina?

—Por el ADN —respondió Andy—. Si dejaron tejidos o restos de células en el cubo, aunque sólo fuera una traza, podríamos identificarlos. Por ejemplo, la gente ni se imagina cuántas células se desprenden de los ojos; cuando te frotas los ojos, se te llenan los dedos de células y luego las depositas en cualquier cosa que tocas. Todos los seres vivos tienen un ADN único, excepto los hermanos gemelos.

—¿Quiere decir que quizá los ojos de los cangrejos dejaron células en el cubo? —el gobernador estaba fascinado—. ¿Cómo sabe todo esto?

—Siempre me ha interesado la ciencia forense y la investigación criminal, gobernador. Mi padre fue agente de policía en Charlotte.

—¿Y ahora dónde está?

—Murió en el cumplimiento de su deber, señor.

Aquello conmovió al gobernador. Siempre había querido un hijo varón; sus hijas no lo impresionaban en absoluto y rara vez disfrutaba de su compañía. En realidad, Bedford Crimm necesitaba tanto a alguien sensible con quien hablar que no fuera una mujer, que incluso olvidaba lo preocupado que estaba porque su esposa y Andy tal vez fueran amantes.

—Tomemos un poco de brandy y fumemos —dijo, volviendo un ojo acuoso ampliado detrás de la lupa hacia Andy—. ¿Juega usted al billar?

—Muy de vez en cuando, señor —respondió Andy.

—¿Y qué vamos a hacer con ese terrible asesino que aún anda suelto? —quiso saber la señora Crimm, preocupada.

—Informe de lo sucedido a los otros agentes —le dijo el gobernador a Andy para que se lo transmitiera a Trader—. Dígale que ponga en estado de alerta al resto de los agentes de Protección de Personalidades y que la Guardia Nacional vigile desde el aire y busque ese coche con matrícula de Nueva York. Tal vez convendría también que peinaran el centro de la ciudad.

—Asimismo podrían controlar los peajes de todas las autopistas —sugirió Andy—, por si ese asesino en serie supuestamente hispano quisiera marcharse de la ciudad —añadió, mirando a Trader con desdén. El secretario de prensa desvió la mirada.

—Una idea excelente —convino el gobernador, cada vez más impresionado por aquel joven—. Tenemos que localizar los cangrejos y la trucha. Diga a Trader que empiece a buscarlos, ya que él fue el último que los vio.

—Dígaselo usted mismo, señor —apuntó Andy con cortesía—. Oye bien, lo que le ocurre es que no puede hablar o quiere que pensemos que no puede.

Librodot

Y me permitiría sugerir que la búsqueda de posibles testigos la realizara una persona más objetiva.

Andy estaba seguro de que si Trader encontraba los animales, se encargaría de que nadie volviera a verlos con vida nunca más. El gordo y mentiroso secretario de prensa pirata los herviría vivos y se los comería, pensó Andy mientras preveía la reacción del gobernador cuando leyera el ensayo que pensaba publicar tan pronto encontrase un ordenador. Lanzó una mirada dura y amenazante a Trader.

—No se acerque a los cangrejos ni a la trucha —le advirtió Andy.

Esperó a que Trader desapareciera, renqueante, y luego hizo un aparte con la primera dama para hablar en privado con ella.

—Escuche —le dijo Andy—, no me gusta tener que pedirle favores o entrometerme en su intimidad, primera dama Crimm. Sin embargo, parece que tenemos una larga noche por delante y he pensado que tal vez podría prestarme su ordenador un minuto para consultar una cosa.

Por supuesto —respondió ella con gran impaciencia por llevarlo a su salón privado, donde había pasado tantas horas secretas y deliciosas sentada ante su escritorio chino, comprando por Internet.

Mientras subían por la escalera, sintió un cosquilleo de excitación lasciva que aumentó cuando invitó al joven a ocupar su silla.

—Necesita que le enseñe cómo funciona alguna cosa? —preguntó al tiempo que se inclinaba sobre él rozándole la parte trasera de la cabeza con su busto grande y bien encorsetado.

—No, gracias —respondió Andy al tiempo que el perfume le provocaba una reacción alérgica que lo hacía estornudar—. Si pudiera dejarme a solas un momento... Me temo, señora, que éste es un asunto policial clasificado y sólo puedo verlo yo. —Estornudó tres veces más.

—Qué están haciendo ahí arriba? —preguntó el gobernador, celoso, con la vista clavada en las escaleras—. ¿Qué demonios traman? ¿Quién estornuda? —añadió mientras su mujer se corría un poco el carmín de labios y se despeinaba los cabellos, rígidos a causa de la laca, antes de volver al lado de su marido.

Andy colgó su siguiente artículo, que había terminado por la mañana. El momento no podía ser más apropiado para publicarlo. Después se levantó de la silla en el preciso instante en que Regina irrumpía en el salón y le preguntaba qué hacía.

—Mamá lleva el maquillaje corrido, como si los dos hubiesen estado retozando —explicó con delicadeza—. Y tienen suerte de que papá no pueda ver su aspecto.

—Hace un momento su maquillaje estaba perfectamente —replicó Andy—. Lo único que ha hecho ha sido acompañarme hasta el ordenador y marcharse. Y su aspecto era exactamente el mismo que durante la cena.

—Qué está haciendo aquí? —En los pequeños ojos de Regina brillaba la sospecha—. Apuesto a que usted es el Agente Verdad, ¿no es cierto?

—Vaya cosas de pensar —dijo Andy.

—¡Demuéstreme que no lo es!

—Probar que no lo soy resulta más bien difícil —replicó Andy mientras Regina se sentaba al ordenador.

La muchacha accedió a la página del Agente Verdad y, cuando vio que había un ensayo nuevo, soltó una exclamación de asombro. Hizo doble clic en el hipertexto.

Librodot

—¿Ve? —insistió Andy—. No es posible que el Agente Verdad estuviera escribiendo un ensayo y a la vez cenando aquí con la primera familia.

—Sí supongo que tiene razón —dijo Regina, impaciente por empezar a leer.

UNAS PALABRAS SOBRE ANNE BONNY. La mujer pirata más famosa que jamás haya existido (Nota: Muchos expertos en piratería difieren en sus biografías de Anne Bonny.) por el Agente Verdad

La historia empieza con su nacimiento en el condado de Cork, Irlanda, el 8 de marzo de 1700, hija ilegítima de un famoso abogado irlandés llamado William Cormac y de la doncella de su esposa, cuyo nombre nunca ha llegado a las crónicas. Cuando se conoció el escándalo, no tuvo más remedio que huir de Irlanda con su nueva familia y establecerse en Charleston, Carolina del Sur, donde trabó amistad con Barbanegra y algunos políticos corruptos. Muy pronto, William se convirtió en un rico comerciante y se trasladó a una plantación en las afueras de la ciudad.

De la infancia de Anne no se sabe mucho, a excepción de que era una hermosa niña pelirroja cuyo temperamento feroz la llevó a matar a una sirvienta con un trinchante al final de una discusión entre ambas.

Cuando Anne fue lo bastante mayor para elegir su propia ropa optó por prendas de corte masculino, y enseguida empezaron a rondarla muchos admiradores. Las insinuaciones sexuales eran recibidas con tanta violencia que uno de sus pretendientes tuvo que guardar cama durante semanas.

(Nota: Hago aquí un inciso porque quiero remarcar, querido lector, que casi desde el principio la conducta de Anne revelaría que se trataba de una sociópata con un mal ajuste genético. Este, por desgracia, se iba a transmitir de generación en generación hasta la Virginia actual, donde uno de sus descendientes directos ocupa un cargo de gran influencia y poder.)

Cuando Anne tenía dieciséis años, un nuevo acontecimiento desafortunado marcó su vida al enredarse con un pobre e inútil marinero llamado James (Jim) Bonny, que estaba decidido a arrebatarle la plantación a la familia. El individuo pensó que la manera más fácil de lograrlo era casándose con Anne, cuya indumentaria no advertía o no parecía importarle. El padre de Anne no aprobó la boda y la pareja recién casada no obtuvo la plantación, ni tan siquiera una habitación decente en ella en caso de tener la intención de quedarse a vivir con la familia de Anne.

La joven pareja se marchó muy enojada de Charleston y llegó por mar a New Providence, en las Bahamas, donde Anne se aficionó enseguida a un establecimiento local llamado La Guarida de los Piratas, que era exactamente lo que su nombre indicaba. Jim constituía un lamentable y débil ejemplo de virilidad y coraje y empezó a delatar a los marineros que no le caían bien, acusándolos de ser piratas aunque no lo fueran; mientras, su esposa, insatisfecha y psicópata, cada vez pasaba más horas en La Guarida.

Muchos de los marineros que se convirtieron en sus compañeros de borracheras habían sido piratas y se aburrían. Un día, mientras bebían con Anne, a quien los ex piratas creían un hombre, ésta se quejó de la desagradable y mezquina cuñada del gobernador de Jamaica, Lawes, la cual había dicho de ella que no merecía la pena conocerla. No está claro en las crónicas si la mujer hizo tal comentario mientras Anne iba disfrazada de hombre o no. Lo que sí está bien documentado es que la respuesta de Anne

Librodot

fue saltarle dos dientes, lo cual en el siglo xviii era mucho más grave que ahora, pues no había dentistas ni protésicos y una sonrisa sin dientes era para toda la vida.

Tenía que haberle saltado todos los dientes —fanfarroneó Anne ante los ex piratas mientras bebían en La Guarida—. Y luego atarla a un árbol desnuda y no darle ni pan ni agua, y dejar que la picaran una miríada de hormigas furiosas.

—Sí, tenías que haberlo hecho —asintió el capitán pirata Calico Jack—. ¿La habrías desnudado del todo, incluidas sus partes íntimas?

—Toda desnuda —respondió Anne—. Mejor no cubrirle las partes íntimas para que las picaduras de las hormigas le dolieran más.

—Sí, mucho mejor.

Anne y Calico se hicieron muy amigos y un día ella quiso asegurarse de que supiese que era una mujer y se desabrochó la camisa. Calico se ofreció a comprarla al débil de su marido, Jim, el cual los delató a ambos al gobernador Rogers, de Carolina del Sur. A Anne se le ordenó que se presentase para ser azotada como castigo y a continuación devolverla a su marido, por lo que Calico y ella decidieron que se reunirían en el muelle, vestidos los dos de hombre, y que robarían una chalupa para iniciar su vida como pareja pirata.

Durante los meses siguientes, Anne y Calico Jack asaltaron muchos barcos e instalaciones portuarias. El sexo de ella siguió siendo un secreto para todo el mundo excepto para él, hasta que capturaron un barco mercante holandés y reclutaron a unos cuantos marineros de la tripulación, incluido un joven de ojos azules increíblemente apuesto. Anne se quedó prendada de él y se desabrochó la camisa para revelarle su verdadera identidad; entonces el hombre se desabrochó la suya y mostró que era Mary Read. No se sabe si ambas quedaron decepcionadas al ver que no eran hombres, pero se convirtieron en un dúo de piratas, hábiles con las pistolas y los espadines y bravas luchadoras cada vez que su tripulación irrumpía en barcos mercantes cuando éstos menos lo esperaban.

A Anne y a Mary les gustaba mucho aquel ambiente y llegaron a ser unas bucaneras sanguinarias muy respetadas, que blandían sus espadas y abordaban barcos con más valentía que muchos hombres. En 1720 se quedaron embarazadas a la vez y sufrieron una sorprendente derrota cuando un antiguo colega reconvertido en cazador de piratas abordó su barco; la tripulación entera estaba borracha y escondida en la bodega, y había dejado a Mary y a Anne luchando solas contra un implacable fuego de cañón:

—¡Si entre vosotros hay algún hombre, que salga y pelee como se supone que hacen los hombres! —gritó Anne mientras blandía el alfanje, furiosa, y disparaba sus pistolas.

Los hombres de la bodega no contestaron y todos fueron capturados y colgados salvo las dos piratas embarazadas, a las que encerraron en la cárcel. Mary murió de unas fiebres en su diminuta y húmeda celda y se cree que a Anne la indultaron, desapareciendo luego de los mares y de las crónicas de la época.

Mi teoría de lo que le ocurrió a Anne Bonny se basa en un estudio de los relatos que se han escrito de su vida; a través de ellos llegué a una conclusión que entra dentro de la esfera de lo posible. Podemos estar seguros de que Anne no volvió a las Bahamas ni tampoco regresó al lado de

Librodot

su marido o a la piratería activa. Sospecho que tuvo el hijo que esperaba, decidió transgredir la ley y evitar a la vez la vida tradicional de una mujer; dio a luz en un lugar que fuera un puerto seguro para ella y que satisfaciera también su ansia de aventura. Probablemente supiera que Barbanegra y otros piratas frecuentaban la isla Tangier y que comerciaban con los isleños, y que si seguía vistiendo como un hombre, podría hacerse pasar por pescador. Eso le permitiría, al menos, salir en barco para enseñarle a su hijo los caminos del viento, la bahía y las artes de pesca.

Sospecho que el hijo era varón y creo que de ese linaje asesino desciende, precisamente, cierto funcionario del Gobierno. Y si el gobernador lee este ensayo, que piense en las muchas veces en que un individuo traidor y despreciable le ha ofrecido un dulce, al que siempre ha seguido un explosivo ataque gástrico.

Es una vergüenza que ese truhán, cuyo nombre por ahora seguirá en el anonimato, no hiciera constar nada de esto cuando aspiraba el alto cargo que ocupa en el Estado y se le sometió a la comprobación habitual de antecedentes. Aunque en la actualidad la comprobación de antecedentes no sirve de mucho, puesto que no revela las motivaciones que —en el caso de esta persona, al igual que en el de su antepasada, Anne Bonny— son controlar, acceder al poder político y militar y conocer las leyes para así transgredirlas cada vez que le apetece.

¡Tengan cuidado ahí afuera

Los enfermeros de la ambulancia no intentaron reanimar a Caesar Fender, todavía sin identificar. El cuerpo aún humeaba, tendido en el suelo junto a la caja de aparejos destrozada. Estaba quemado de una manera muy rara; sólo se había chamuscado el pecho y no había indicios de incendio alguno en las cercanías que pudiera explicar aquella muerte insólita.

—Es como si se le hubiera incendiado el corazón —dijo el detective Slipper—. 0 los pulmones, quizá. ¿Podría ser consecuencia de fumar?

—¿Hablas de estar fumando y que, de pronto, se te enciendan los pulmones? —preguntó Treata Bibb, que llevaba quince años al volante de una ambulancia y jamás había visto nada parecido. Luego reflexionó y respondió su propia pregunta—: No. Imposible. No creo que el tabaco tenga nada que ver con lo que ha matado a este pobre hombre. —Se agachó para observar el cuerpo más de cerca—. Es como si se le hubiera abierto un cráter de extremo a extremo, desde el pecho hasta la espalda. Mira, puede verse el pavimento a través del agujero. ¿Lo ves? —Treata tocó la carne ennegrecida con la mano enguantada—. Incluso los huesos están quemados en el pecho, pero el resto del cuerpo se halla intacto. —Desconcertada y asombrada, se preguntaba quién habría hecho aquello, cómo y por qué.

Los coches se detenían en la calle y la gente formó un cordón en ambas aceras, como si esperara el paso de un desfile. La policía tenía dificultades para controlar a la multitud de mirones y periodistas después de que corriera la noticia de que un pescador había estallado en llamas junto a Canal Street, muy cerca de donde se localizara el cuerpo mutilado de Trish Trash, en la isla Belle.

—Qué sucede? —preguntó un ama de casa llamada Barbie Fogg por la ventanilla abierta de su mini furgoneta.

Librodot

—Tendrá que leerlo en los periódicos —respondió un agente, que le hizo señales con la linterna para que continuara la marcha.

—Nunca los compro.

La mujer se protegió los ojos del haz de luz de la linterna y se preguntó por qué estarían allí aquellos grandes helicópteros que volaban sobre la ciudad y los condados vecinos escrutando el suelo con sus grandes focos.

—Debe de haber algún asesino en serie que ha escapado de la cárcel, o algo así —decidió, horrorizada, y un escalofrío le erizó hasta las raíces de los cabellos—. ¡Quizá sea el mismo que asesinó a esa pobre mujer el otro día! ¡Y ahora no podré proteger a mi familia porque no recibo el periódico y usted no quiere darme el menor detalle! Luego se preguntan por qué la policía no cae bien a la gente...

La mujer aceleró y acto seguido se detuvo otro coche. Al volante iba una anciana cuya vista ya no era la misma de otros tiempos.

—Discúlpeme, busco la autovía que lleva al centro —dijo la anciana, que se llamaba Lamonia, al agente de la linterna—. Llego tarde al ensayo del coro. ¿Qué es todo este alboroto? —Volvió la cabeza en dirección a unos helicópteros Blackhawk que no alcanzaba a ver; en cambio, el oído lo conservaba en perfecto estado—. Parece que estemos en guerra.

—Hay un pequeño lío, pero ya nos ocupamos de todo, señora —respondió el agente—. A la autovía se va por ahí. —Señaló la dirección con la linterna—. Tome a la izquierda por la Octava y llegará directamente.

—Ya la he encontrado otras veces —dijo Lamonia con un leve tono dolido y humillado en la voz—. El año pasado me di contra el guardarraíl. A decir verdad, agente, probablemente no debería conducir de noche; apenas veo nada cuando oscurece. Pero si sigo faltando al ensayo, me echarán del coro y eso es lo único que me queda en esta vida. Hace dos años que enviudé, ¿sabe?, y luego se me murió el gato cuando di marcha atrás y, sin darme cuenta, lo aplasté bajo el coche.

—Tal vez sería mejor que dejara de conducir...

Lamonia miró a izquierda y a derecha y creyó detectar un punto de luz que le recordó las pruebas de visión que consistían en poner la cara ante una máquina y pulsar un botón cada vez que aparecía una lucecita en su visión periférica. La semana anterior había pulsado el botón al azar y repetidas veces, con la esperanza de engañar otra vez al oftalmólogo.

—Sé perfectamente lo que está haciendo —le había dicho el médico mientras echaba unas gotas en las pupilas de Lamonia—. No crea que es la primera que lo intenta —añadió.

—¿Y si probamos otra vez la cirugía con láser?

Según el oftalmólogo, la mala visión nocturna de Lamonia no tenía remedio. Si se las había arreglado sola hasta entonces era sólo porque tenía una buena memoria y sabía cuántos pasos había hasta el porche y dónde se encontraba exactamente cada mueble. Sabía al tacto qué falda o vestido se ponía en la oscuridad, pero conducir de noche era otro asunto. Las calles de la ciudad no habían cambiado, pero la memoria no la podía ayudar cuando los coches cambiaban de carril o se detenían delante de ella o los peatones decidían cruzar al otro lado. Todo esto le explicó Lamonia al agente, que ya se había marchado a otra parte.

—Así que, si hace el favor de indicarme con la linterna, me guiaré por ella y aparcaré —continuó la anciana mientras otro helicóptero pasaba a baja altura con un ruido atronador, iluminando la escena del crimen con su foco.

Librodot

Lamonia detectó la zona iluminada, se dirigió hacia allí, tocó el bordillo y advirtió que algo crujía bajo la llanta.

—¿Qué ha sido eso? —murmuró al tiempo que golpeaba una camilla y la mandaba directamente al río antes de chocar por detrás con la ambulancia.

—¡Alto! ¡Stop! —gritaron varias voces en torno a su Dodge Dart.

Lamonia piso a fondo el freno, aunque ya se había detenido. Confusa y asustada, puso marcha atrás y retrocedió, llevándose unos metros de cinta policial que protegía la escena del crimen, hasta que notó otro bulto bajo la rueda trasera izquierda.

—¡Alto! —Los gritos se hicieron más apremiantes—. ¡Alt000!

Hooter Shock advirtió que había alguna urgencia cuando el agente Macovich se presentó con una furgoneta cargada de conos y luces de tráfico.

—Eh, ¿qué hace cerrando al paso todos esos carriles? —preguntó mientras el agente colocaba los conos de color naranja fluorescente que siempre le recordaban los gorritos que se repartían en las fiestas cuando era niña.

—Instalo un control —informó Macovich al tiempo que colocaba unas bengalas encendidas a lo largo de la autopista 150 Norte, una concurrida vía de cuatro carriles de entrada y salida de la ciudad.

Hooter observó con interés y con cierta inquietud cómo Macovich cerraba cada carril con un muro de plástico naranja y fuego y sólo dejaba abierto el de « importe exacto», obligando a todos los vehículos que iban en dirección norte a pasar ante su cabina, donde los conductores tenían que darle el importe en mano. La mujer era una veterana cobradora de peaje de las autovías de la ciudad y recordaba los viejos tiempos en que tenía que llevar guantes quirúrgicos, que siempre se rompían por efecto de sus uñas artificiales. En la actualidad, los cobradores sólo parecían preocupados por no entrar en contacto con los dedos de los conductores cuando, en realidad, los billetes y las monedas estaban mucho más sucios que las manos de los desconocidos.

La mujer sabía que el dinero pasaba por millones de manos. Con frecuencia era recogido del suelo y las monedas se frotaban unas con otras dentro de las carteras y los monederos; las piezas tintineaban en los bolsillos de unos pantalones que no habían pasado por la lavandería en mucho tiempo; los billetes eran de un papel poroso que absorbía bacterias como una esponja y, en los locales de topless de la ciudad los hombres los introducían en las minúsculas ropas de las camareras, y así entraban en contacto directo con partes del cuerpo enfermas.

Hooter podía pasarse semanas hablando de los lugares que frecuentaba un billete y de cómo se ensuciaba éste. Así pues, se había alegrado mucho cuando, por fin, se había dado cuenta de que al Ayuntamiento no le importaba si cambiaba los guantes quirúrgicos por otros de algodón, que no se le rompían con las uñas. En cambio, cada vez que tenía que sacar la mano enguantada por la ventanilla se sentía fatal, como si el conductor tuviera alguna enfermedad contagiosa. Cada turno hería miles de sentimientos, y nunca tenía ocasión de explicar al automovilista que el guante no tenía nada que ver con él o con ella misma, sino con la situación insalubre de la economía.

Librodot

—Gérmenes —murmuró Macovich mientras fumaba un cigarrillo, apoyado en el exterior de la cabina de Hooter, y charlaba con ella desde el otro lado de la ventanilla a la espera del siguiente coche—. Todo está lleno de gérmenes. ¡Uf...! Recuerdo cuando hice las prácticas del cursillo de primeros auxilios con esos muñecos de goma de tamaño natural; allí tenías suerte si alguien limpiaba la boca del muñeco de goma antes de que te tocara a ti taparle la nariz con los dedos y aplicar tus labios sobre sus labios de goma y soplar. También es un asco cuando llegas al lugar de un accidente y encuentras a alguien inconsciente y desangrándose y tienes que ponerte guantes dobles y cubrirle el rostro con una máscara de plástico con un agujero en el centro, parecida a esas fundas de papel higiénico desechables que uno encuentra en los lavabos de los aviones. En esa situación, uno sólo espera que el accidentado no le estornude o le vomite encima, o que empiece a moverse, y reza para que no tenga el sida.

—Pero una puede contagiarse de sida tocando dinero —replicó Hooter, y acompañó su aseveración con un gesto de cabeza—. ¿Y cómo sabes que un «homosensual» no se encuentra con otro « homosensual» y hacen el amor en el parque y luego, sin haberse lavado las manos, se compra un bocadillo y lo paga con un billete de cinco dólares? Y, a continuación, ese billete se guarda en una cajita de caudales junto a otros cientos de billetes igualmente antihigiénicos y termina en el banco, y allí se lo dan a otro hombre que tiene sida avanzado cuando éste acude a hacer efectivo un cheque. Y, más tarde, el billete de cinco dólares termina en la barra de un bar de mala muerte donde el camarero se lo echa al sucio bolsillo y decide bajar al centro de la ciudad y pasa por mi cabina.

—Eso será lo siguiente —pensó Macovich en voz alta. La conversación le hacía sentirse incómodo y lo llevaba a dudar de que volviese a tocar dinero en su vida—. Para pagar cualquier cosa, tendremos que llevar guantes mañana, tarde y noche. Gracias a Dios que cuando ponemos multas no hemos de tocar dinero...

—Sí, los policías sois afortunados en este aspecto.

Macovich se colocó en mitad del carril y apuntó la linterna al Pontiac Grand Prix que se acercaba. Era un modelo antiguo, con abolladuras, y al agente se le aceleró el pulso al reconocer la matrícula de Nueva York y un sello de inspección caducado. Se acercó a la portezuela del conductor con la mano convenientemente posada sobre el cierre de la pistolera.

—Permiso de conducir y documentos del coche —dijo cuando se abrió la ventanilla. Iluminó con la linterna el rostro asustado de un chico mexicano que no parecía tener la edad reglamentaria para conducir y que, sin duda, era un inmigrante ilegal—. ¿Hablas inglés?

—Sí —respondió el muchacho en español, sin hacer el ademán de mostrar los papeles.

—¿Por qué no le preguntas mejor si lo entiende? —sugirió Hooter en voz alta desde su cabina, donde no tenía nada más que un taburete, un extintor de incendios y su libro de bolsillo.

Macovich repitió lo que sugería Hooter mientras el mexicano se cubría la vista del cegador haz de luz de la linterna.

—No —respondió el muchacho, cada vez más asustado.

—¿No? —Macovich frunció el entrecejo—. ¡Vaya! Pues si no entiendes inglés, ya me dirás cómo has entendido lo suficiente para saber que estaba preguntándote si entendías.

Librodot

—Creo que no —dijo el mexicano al azar, en su idioma.

—¿Qué dice? —Macovich se volvió hacia Hooter, que se había incorporado en el taburete.

—Supongo que puedo salir; el carril está bloqueado de todos modos —dijo Hooter al agente. Abrió la puerta y abandonó la cabina.

—Qué ha dicho el chico? —Macovich estaba desconcertado—. ¿Ha dicho que va a salir del coche? Porque no me parece que tenga intención de hacerlo ni de colaborar en absoluto.

Hooter sólo captó fragmentos de lo que Macovich decía mientras ella se abrochaba la chaqueta y sacaba del bolsillo una barra de labios. Luego anduvo contoneándose por el asfalto con sus botas de piel sintética de tacones de veinte centímetros. Una de las características del empleo de cobradora era estar constantemente cara al público. Hooter era muy exigente en cuanto a la ropa y al maquillaje y se aseguró de que cada trenza estuviera en su sitio, rematada con la correspondiente cuenta de brillantes colores.

—Eso de no cooperar no está bien, cielo. —Hooter se asomó a la ventanilla abierta del mexicano—. Será mejor que colabores con ese agente grandullón. Nadie quiere problemas, porque ahora mismo están buscando a un sospechoso que bien podrías ser tú. Así que es mejor que colabores, si no quieres empeorar las cosas.

—Hooter, no le cuentes todo eso —le susurró Macovich al oído. El perfume de la cobradora penetró en sus fosas nasales y le envolvió el cerebro—. ¿Qué aroma es ése?

—Poison. —A Hooter le encantó que se hubiera dado cuenta—. Lo compré en Target.

—¿Cómo sabes que buscamos a un sospechoso? —cuchicheó él, sin apartarse del perfume.

—¿Por qué, si no, ibais a cerrar todos los carriles menos el de cambio exacto? —respondió ella—. ¿Acaso crees que me chupo el dedo? Pues ya he corrido mucho, para que te enteres, y soy la cobradora más veterana de este peaje.

—Vale, no lo he dicho con ninguna intención, doña Veterana —Macovich se burló de ella.

—¡No me vengas con ironías!

—No soy irónico con nadie y menos con una mujer bonita como tú. ¿Qué te parece si quedamos para tomar algo cuando acabemos el turno? —Macovich pensó en el crujiente billete de cien dólares que Cat le había dado tras su breve lección de vuelo.

El mexicanito permanecía rígido en su asiento, con los ojos como platos y una mano por visera. Temblaba y se agarraba al volante con tal fuerza que tenía blancos los nudillos.

—¡Por favor! No buena armonía —dijo y miró a Macovich y a Hooter.

Cruz Morales entendía vagamente el inglés y se había acostumbrado a usar las sencillas frases en español que la mayoría de neoyorquinos entendía de inmediato. Sin embargo había un mar de incomprensión entre él y el policía y la mujer de la cabina, y Cruz no podía permitirse más investigaciones. Tenía doce años, un carné falso y había viajado a Richmond a recoger un paquete para sus hermanos mayores. Aunque no sabía qué contenía el paquete envuelto a conciencia que llevaba oculto en el hueco de la rueda de recambio, por el peso podía imaginar que, probablemente, transportaba armas otra vez.

Librodot

—Me parece que dice que necesita un favor y no sé qué de una armónica —tradujo Hooter—. El chico es demasiado joven y menudo como para hacer daño a nadie. El instinto maternal se difundió en una nube de aroma—. Quizá necesita un refresco o un café. Todos los mexicanos empiezan a beber café desde que son bien pequeños.

En aquel momento el diente delantero de oro de la mujer parecía el único punto brillante en la existencia de Cruz Morales. Cruzó la mirada con ella y sonrió un poco, con un castañeteo de dientes.

—¿Ves? —Hooter dio un ligero codazo a Macovich y topó con su pistola—. Ya está relajándose. Ahora empezaremos a entendernos con él.

Echó una ojeada a la larga hilera de vehículos que estaban detenidos en su carril. La fila de faros impacientes era interminable, y celebró en su interior que todos acudieran a verla. Por un momento se sintió como una estrella de cine y le abrumó la compasión por el mexicanito, a quien se veía muy asustado y lejos de casa; además, era probable que tuviera frío y estuviera cansado y hambriento.

Hooter se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, buscó entre barras de labios y sacó el pañuelo que le regalara un apuesto agente blanco el año anterior, cuando aquel tipo con la bolsa de papel en la cabeza intentó robar en el peaje y se acabó estrellando contra él. Hooter sacó un bolígrafo, quitó el capuchón y anotó el número de teléfono de su casa en el pañuelo, entregándoselo luego al muchacho del coche.

—Cielo, puedes llamarme siempre que necesites algo —declaró magnánima—. Sé muy bien lo que supone pertenecer a una minoría y que la gente siempre piense lo peor cuando no has hecho otra cosa que coger su dinero lleno de gérmenes o conducir a alguna parte sin reparar, probablemente, en que se te ha pasado la fecha de la revisión.

—¡Fuera del coche! —ordenó Macovich de repente al inmigrante ilegal—. ¡Sal despacio y con las manos siempre a la vista!

Cruz Morales apretó el acelerador a fondo y salió quemando llanta, lanzado a través del paso de peaje, al tiempo que se disparaban las luces y la alarma porque no le dio tiempo a echar las tres monedas de cuarto de dólar en la cesta.

—¡Mierda! —exclamó Macovich y a continuación se palpó el cinturón en busca de las llaves, corrió a su coche sin distintivo y saltó al asiento.

Conectó las luces y las sirenas y salió a toda velocidad. A Hooter le dio la impresión de un árbol de Navidad iluminado y vocinglero, volvió a su cabina de aluminio, hecha a medida del cliente con su cesta para las monedas de acero inoxidable y resistente a vandalismos, y cerró la puerta. El río interminable de faros empezó a avanzar perezosamente hacia ella y la cobradora pensó que ojalá los conductores no estuvieran muy gruñones, después del retraso.

—Qué diablos sucede? —preguntó el primero desde el asiento elevado de su camión remolque—. Si me quedo aquí sentado un minuto más, me convertiré en un esqueleto.

—Entonces, a esa amiguita apetitosa que estoy segura anda esperándote no le quedará gran cosa de ti para darle placer —replicó Hooter, irónica, con un destello de sonrisa—. Oye, me encanta ese adhesivo del arco iris que llevas ahí. —Con un gesto de cabeza, señaló el parabrisas—. Ultimamente los veo cada vez más a menudo, ¿sabes?, como si la gente quisiera ver el lado bueno de las cosas y sentirse esperanzada. Me gustaría tener uno de

Librodot

esos para pegarlo en la cabina.

El conductor se inclinó hacia delante y abrió la guantera.

—Toma —le ofreció un puñado de adhesivos—. Sírvete, colega.

—¿Lo ve? —comentó Hooter al siguiente conductor, que era una mujer, cuando el camión del arco iris continuó la marcha—. Si una es agradable con la gente, el buen rollo se contagia como los gérmenes. Sólo que ser agradable no te pone enferma. —Alargó la mano en-guantada y cogió el billete de un dólar que le tendía Barbie Fogg.

—Yo sé por qué están parados todos esos coches —declaró Barbie—. ¿Ha oído usted lo de ese hombre que han matado ahí, junto al río? Lo cuentan por la radio.

—¡Oh, vaya! —Hooter le devolvió un cuarto de dólar y depositó los setenta y cinco centavos en la cesta del peaje—. Aquí no tengo radio porque no hay tiempo de escucharla. ¿Qué dice que ha pasado, cielo?

Los coches empezaron a accionar las bocinas y convirtieron la interestatal en una bandada inacabable de gansos canadienses en plena emigración.

—La policía no ha querido decírmelo. Pero mañana vendrá todo en el periódico —respondió Barbie—. El problema es que a mí no me llega, de modo que no me enteraré de mucho más.

—Pase por aquí mañana —le dijo Hooter, dándose importancia—. Yo siempre leo el periódico antes de entrar al trabajo. Se lo contaré todo. ¿Cómo se llama, encanto?

Se intercambiaron los nombres y Hooter le dio uno de los adhesivos.

—Póngalo en su vehículo y llevará sonrisas y esperanza a todo el que se cruce con usted —le prometió.

—¡Vaya, gracias! —Barbie se mostró emocionada y encantada—. ¡Lo haré tan pronto como llegue a casa!

19

El gobernador Crimm aplicó tiza en la punta del taco de billar. El humo del cigarro formaba un halo brumoso alrededor de su cabeza mientras intentaba distinguir las bolas rayadas sobre la mesa de tapete rojo que Thomas Jefferson trajera consigo de Francia o, al menos, eso había dicho Maude cuando la encontró en una página de subastas en Internet. Cada pocos minutos, un agente entraba en la sala de billar e informaba al gobernador sobre el desarrollo de la operación. Las noticias no eran prometedoras.

Los controles en los peajes de las autovías sólo habían localizado un coche con matrícula de Nueva York y el conductor, que sin duda era hispano, se había dado a la fuga. Hasta el momento no había sido detenido y la opinión general era que el individuo, el horrible asesino en serie, había salido de la ciudad en dirección norte. Entre otras novedades inquietantes cabía destacar el último ensayo del Agente Verdad, en el que acusaba a Major Trader de deslealtad y de ser un pirata egoísta que intentaba envenenar al gobernador. Y por si las cosas no fueran ya lo bastante complicadas, Regina se había instalado en una antigua silla retrete Chippendale y comía helado mezclado con unas galletas caseras que se había agenciado en la cocina. Mascaba con la boca abierta y sin parar de hablar, distrayendo al gobernador, quien observaba las bolas de billar a través de la lupa.

—Buen tiro— dijo Andy cuando una bola blanca con rayas rojas salió

Librodot

despedida de la mesa. Se apresuró a cogerla y la coló en la tronera con disimulo.

—No me estará dejando ganar, ¿verdad? —le preguntó el gobernador mientras daba tiza de nuevo al taco.

—Todos te dejan ganar siempre —le dijo Regina a su padre—, excepto yo. Me niego.

Regina era una brillante jugadora de billar y en los períodos entre legislaturas de su padre como gobernador, cuando tenía libertad para entrar y salir a su antojo, se había hecho famosa en los bares de la zona por sus carambolas y sus ansias de ganar. La única persona que la había derrotado sin hacer trampas era aquel nauseabundo e insolente agente Macovich.

—Toma —Andy ofreció a Regina su taco de billar—.

—Esta noche no estoy fino. Sigue tú.Y mientras Regina preparaba las bolas Andy se dirigió al gobernador: Si no le importa que se lo pregunte, ¿cómo fue que Trader empezó a trabajar para usted?

—Buena pregunta —respondió el gobernador—. Fue durante mi primer mandato como gobernador. Recuerdo que él era un hombre de baja estofa, pero llegué a conocerlo bien porque solía venir por la mansión y ayudaba en algunos asuntos, como supervisar a los internos, que no es precisamente una tarea agradable.

Pony se presentó en la sala por si alguien quería un poco más de brandy y oyó el comentario que el gobernador hacía sobre los internos. Le dolió. Siempre le dolía que la primera familia diera a entender que porque alguien hubiese sido condenado por un delito, ya no se podía confiar en él nunca más.

—Quiere otro cigarro? —preguntó Pony al gobernador Grimm. Regina estaba tirando con el taco por detrás de la espalda; la bola blanca golpeó otras dos que salieron disparadas, se desviaron en ángulos inverosímiles y se colaron en las troneras.

—Debo reconocer que me ha decepcionado mucho saber que tal vez intentó envenenarme —añadió el gobernador. Necesitaremos catadores de comida, como antaño, me temo. Y Trader en realidad tendría que ser uno de ellos.

—Eso si lo encuentra —replicó Andy—. Yo diría que desaparecerá; lo más probable es que ya lo haya hecho. Es una lástima que no tengamos ninguna prueba concluyente en su contra, pues de otro modo podríamos haberlo arrestado antes de que abandonara la mansión.

—Pues a mí me parece que el Agente Verdad tiene abundantes pruebas —comentó Crimm a modo de insinuación—. Y eso me sugiere que ese columnista renegado tal vez sea cómplice de Trader. ¿Dígame cómo iba a saber ese Agente Verdad que intentan envenenarme, si no tuviese algo que ver con ello?

Andy no había previsto aquel giro en los pensamientos del gobernador y eso le preocupó un poco. Si llamaban a la superintendente Hammer a declarar y le preguntaban bajo juramento si conocía la identidad del Agente Verdad, debería contar lo que sabía y Andy se vería metido en un gran problema.

—Tengo que hablar con la superintendente Hammer y preguntarle lo que sabe —soltó Grimm en ese instante como si le leyera el pensamiento.

—Estoy seguro de que se alegrará mucho de hablar con usted, gobernador —comentó Andy—, porque hasta ahora le ha costado mucho hacerle llegar

sus mensajes y nunca ha obtenido ninguna respuesta.

—Que nunca ha obtenido respuesta? —El gobernador miró a Andy con la lupa—. Le he escrito muchas notas, y no sólo sobre lo de su pobre perrita sino también para invitarla a actos oficiales.

—Pues nunca las ha recibido, señor.

—¡Así que ese maldito Trader se dedica a interferir en todo! —El gobernador estaba cada vez más desengañado.

En mi opinión, le ha mentido desde el principio —asintió Andy.

—Si., —un cigarro nuevo me sentaría muy bien —dijo el gobernador a Pony, que seguía esperando pacientemente en el umbral de la puerta.

Crimm confundió el plato del helado de Regina con un cenicero y apagó el medio cigarro en él. Mientras, su hija metía una bola tras otra en las troneras sin el mínimo sentido de la deportividad.

—Por eso no me gusta jugar contigo —le dijo—. A veces ni siquiera llego a tirar. No hace falta ni que me presente en la sala. —Se dirigió a Andy: Le diré qué vamos a hacer. Voy a asignarle una investigación secreta. Quiero que descubra lo antes posible quién es el Agente Verdad y vea cuál es su relación con Trader. Y mientras está en ello, liberemos al dentista y asegurémonos de que esos isleños de Tangier no vuelven a hacer de las suyas.

¿Por qué no nos asignas una misión especial a los dos, a Andy y a mí, y yo lo ayudo a resolver delitos y a limpiar las calles de mala gente? —sugirió Regina mientras la última bola rodaba sobre el fieltro, daba varias veces contra las bandas y se hundía en la tronera—. Tal vez podría enseñarme también a pilotar.

—Quizá la señorita Regina y el señorito Andy podrían ayudar en el caso de ese pescador que se acaba de quemar —sugirió Pony desde el umbral—. Una vieja atropelló el cadáver, una bicicleta y una caja de aparejos. Los agentes hablan de ello. Dicen que un hispano malvado anda suelto y que probablemente matará a otra persona de color de la misma manera.

—¿De qué manera? —inquirió el gobernador.

—Por combustión espontánea.

—Bien, me parece que deberá ser el doctor Sawamatsu quien juzgue este caso —replicó Crimm. El doctor Sawamatsu era el último forense que el mismo gobernador había nombrado, y tenía la máxima confianza en su infalibilidad. Se encontraba en Virginia con el único propósito de estudiar las heridas de bala para luego regresar a Japón con los conocimientos adquiridos. Sin embargo, allí el tráfico era tan terrible y estaba tan harto de vivir en una casa tan llena de gente que no conocía que decidió quedarse en la Commonwealth tras finalizar sus estudios. Entonces el gobernador Crimm, que siempre había querido atraer turismo y negocios japoneses, lo había llamado por teléfono.

—Doctor Sawamatsu —dijo el gobernador, y el médico nunca olvidaría lo que oyó a continuación, permítame que le dé mi modesta opinión sobre un asunto. Como usted ya sabe, el forense actual es una mujer que no me cae demasiado bien. Todo el personal que tiene a sus órdenes es estadounidense, y me pregunto si no marcaría la diferencia el que yo tuviera en Virginia un forense japonés.

—¿Marcar la diferencia? ¿Para quién?

—Para esas quinientas empresas japonesas de Fortune que siguen trasladándose o que nunca se han instalado aquí, y entre los ciudadanos japoneses en general; todavía tienen que descubrir el Williamsburg colonial,

Jamestown, nuestros parques temáticos y las plantaciones, hoteles, etcétera. Siempre y cuando hablen inglés... y todos lo hablan.

El doctor Sawamatsu tuvo que pensar deprisa. Ser médico forense en Estados Unidos era lo que más deseaba en la vida, pero sabía muy bien que sus pacientes no ocupaban puestos de importancia en la industria turística ni en la comunidad financiera, así como que rara-mente podría ejercer ninguna influencia en ellos, ni antes de ser llevados a la morgue ni después.

—Con casos especialmente sensacionalistas sí que se marcaría la diferencia —apuntó el doctor Sawamatsu—, por la publicidad y el mensaje que transmitiría el hecho de que el forense fuera asiático. En tal caso, creo que mis compatriotas se lo agradecerían instalando aquí sus empresas y trayendo turismo, siempre y cuando usted les ofreciera un incentivo fiscal.

—¿Un incentivo fiscal?

—Uno importante.

—¡Qué idea tan insólita! —exclamó el gobernador. Sin embargo, al colgar el teléfono dijo a su gabinete que había decidido eximir del pago de impuestos a todas las empresas e individuos japoneses. El resultado fue sorprendente. Al cabo de un año el turismo había florecido. Los ferrocarriles y los autobuses tuvieron que doblar el número de empleados y servicios, y empezaban a aparecer tiendas de artículos fotográficos en todas las esquinas. El doctor Sawamatsu fue nombrado ayudante de la forense y recibió una nota de agradecimiento del gobernador, que el joven doctor enmarcó y colgó en su sala al lado de la colección de recuerdos que había recogido de sus pacientes difuntos. Ellos ya no necesitaban aparatos ortopédicos ni las notas amenazadoras o de suicidio, ni tampoco los restos del vehículo siniestrado en el que habían muerto o las armas con las que los habían matado.

—Tenemos que llevarnos este cuerpo de aquí —dijo el doctor Sawamatsu a la policía mientras se agachaba en la oscuridad con los guantes quirúrgicos—. Por favor, no permitan que nadie más lo atropelle.

—¿Dónde está la jefa? —preguntó el detective Slipper, que no compartía la opinión que el gobernador tenía del doctor Sawamatsu—. ¿Por qué no ha venido la doctora Scarpetta? Casi siempre es ella quien acude a las escenas de crímenes complejos y sensacionalistas.

—Fue a Halifax, al juzgado, y no regresará hasta muy tarde —respondió el doctor Sawamatsu un tanto irritado. Y ahora hay que llevar este cuerpo al depósito enseguida.

—No sé si podremos sacar la litera del río —lamentó comunicar el detective Slipper—. Necesitaríamos a los buceadores.

—No tenemos tiempo. Lo envolveremos en unas sábanas y lo llevaremos a la ambulancia —ordenó el doctor Sawamatsu—. Mañana por la mañana lo examinaré. Aquí no veo nada.

—Me alegro de no ser la única —le espetó Lamonia de mal humor.

Estaba esposada, de pie junto a su abollado Dodge Dart, y no sabía qué había hecho para que todos estuvieran tan irritados. Por supuesto, Trader no estaba en absoluto enojado con Lamonia. El contemplaba aquella actividad frenética a través del parabrisas roto después de perder una hora en el puente enfocando el río con la linterna para ver si encontraba los mariscos y la trucha. Trader estaba profundamente agradecido a Lamonia por haber destruido casi por completo la escena del crimen. Vio que el forense y los enfermeros cubrían el cadáver del pescador con una sábana y

Librodot

se lo llevaban para meterlo en la ambulancia cuyos faros traseros aparecían astillados. La suerte de Trader había cambiado por completo en un solo día aciago.

La vida y la carrera profesional de Major Trader se desmoronaban, aunque para ser sincero consigo mismo, eso no era ninguna novedad. Se miró al espejo retrovisor y vio reflejado un rostro que podía ser el de su abuelo materno, también llamado Major. En realidad, todos los hombres del linaje de su madre se habían llamado Major desde que Anne Bonny quedase embarazada de un pirata francés y diera luz a un niño al que llamó Major, pues era un rango superior a capitán y ella no había conocido a ningún pirata cuyo rango superase al de capitán.

Todos los Major se parecían. Su constitución era robusta, tenían la cara rojiza, los ojos azul pálido y el cabello ralo. De niño, Trader había pasado por una racha pirómana y nunca lo habían detenido. Hasta aquel día, nadie en la isla sabía que había sido el pequeño Major quien quemó un cobertizo en la bahía que se utilizaba como vivero de cangrejos; murieron abrasados miles de cangrejos, se perdió la producción anual y la economía se hundió. Para empeorar aún más las cosas, no fue posible contener el fuego y éste se extendió por varias caletas, quemando a su paso gran número de barcas antes de extinguirse en la bahía de Chesapeake, que se hallaba alarmantemente cerca de la casa de Hilda Crockett. La mujer era famosa por sus largas mesas familiares, sus pasteles de cangrejo, los buñuelos de almeja, el pan casero, el jamón y mucho más.

El joven Major Trader se aficionó también a sacar la pistola de señales de la familia del bote donde su padre escondía el licor. Al experimentar con gasolina de mechero y bourbon, Major advirtió que podía quemar sitios a distancia sólo con una jarra de leche llena de líquido inflamable; se trataba de disparar una bengala a la jarra cuando nadie mirase y provocar una pequeña explosión, algo parecido a lo que le había hecho al pescador.

De joven, Pony también había vivido al margen de la ley, pero a diferencia de Trader tenía remordimientos y experimentaba una abrumadora sensación de vergüenza y pesar. Después de hartarse de ver al gobernador jugando a billar con su hija Regina y tirando la ceniza del habano en cualquier objeto que le pareciera un cenicero, Andy salió con Pony al jardín. Se sentaron en un banco de granito y se pusieron a charlar.

—¡Quiere que le traiga alguna cosa, señorito Andy?

—No, gracias, es usted muy amable. ¿Por qué no se relaja un poco y me habla de usted? ¿Por qué se llama Pony?

—No lo sé —respondió Ponv, y recordó que anhelaba un cigarro—. ¿Le importa que fume? Sacó un paquete de su chaqueta blanca—. Mi padre me puso Pony porque mi hermana, que es mayor que yo, le decía que quería un poni. Como mi familia no podía permitirse comprarlo, al nacer yo mi padre le dijo a mi hermana: «Mira, éste es tu pony».

Andy intentó establecer si la historia era conmovedora o deprimente y no hizo ningún comentario.

—No es un nombre que me haya ayudado demasiado, si quiere que le diga la verdad —prosiguió Pony—. Los otros internos siempre hacen comentarios hasta que se dan cuenta de que no voy a dejar que me monten en la ducha, ya sabe a qué me refiero. —Sacudió la cabeza, sonrió y sus fundas dentales

Librodot

de oro brillaron en la oscuridad. He tenido algunas refriegas, pero soy más fuerte de lo que parezco. De joven hice un poco de lucha y también sé algo de kárate.

—¿Cuánto tiempo le queda de condena? —preguntó Andy.

—Otros dos años, a menos que el gobernador me conceda la libertad. Y podría hacerlo, pero no lo hará. Ocurre que yo desempeño muy bien mi trabajo y los Crimm no quieren que venga otro a hacerlo; se han acostumbrado a mí. Y si hago mal el trabajo, me mandan de vuelta a la cárcel, así que es como una encerrona. —Sacudió la ceniza del cigarrillo—. Ojalá no hubiese robado ese paquete de tabaco. —Movió en sentido negativo la cabeza y suspiró.

—¿Está en la cárcel por robar un paquete de tabaco? —Andy no daba crédito a lo que oía.

—Sí, porque violé mi libertad condicional. Antes de eso había sido una botella de brandy de albaricoque en una tienda. Así que arruiné mi vida por una tontería, aunque la buena vida no es para mí. Me viene de familia.

—¿Lo de robar?

—Lo de la autodestrucción. ¿Y usted?

Era raro que alguien le preguntase a Andy por su vida, y él siempre había sido muy cuidadoso con lo que revelaba.

—Háblame de usted, señorito Andy —lo animó Pony—. ¿Alguna chica en su vida? ¿Alguien especial?

Andy metió las manos en los bolsillos de la chaqueta de invierno de su uniforme y encorvó los hombros para protegerse del frío intempestivo mientras los helicópteros batían la noche. Se habían formado nubes y la luna era una astilla que a Pony le recordaba una sonrisa dorada.

—Ahora mismo, no —dijo Andy—. Salí un tiempo con una mujer mayor que yo. La conocí en Charlotte, pero lo dejamos.

—Supongo que ella sigue en Charlotte.

—No sé dónde está. Yo quería que fuéramos amigos, pero ella no lo ve así. No entiendo a las mujeres —confesó Andy—. Siempre dicen que los hombres no saben ser amigos, y cuando uno intenta serlo se comportan de manera extraña.

—Es verdad. —Pony asintió despacio con la cabeza—. Usted lo ha dicho. Las mujeres nunca dicen lo que piensan ni lo que quieren, ni reconocen quererlo a menos que sea algo que no quieran o no quieran que tú pienses que quieren. Así que lo único que hacen es tomarte el pelo, ¿me entiende? Mi esposa es una mujer muy dulce cuando no está demasiado cansada de hacer la colada de la primera familia o enfadada conmigo porque vuelvo a la cárcel los días festivos y durante las vacaciones. Pero si lo miro desde su punto de vista, comprendo que yo tampoco soy siempre sincero con ella.

»A veces tengo que decirle que la quiero, que me gusta mucho su aspecto, o que estoy muy apenado y tengo el corazón lleno de tristeza porque he pasado nuestros mejores años entre rejas y eso no es justo para ella, y repetirle lo mucho que me duele. Supongo, señorito Andy, que lo que me ocurre es que no quiero reconocer ante ella ni ante mí mismo que probablemente he jodido mi vida para siempre, ya sabe a lo que me refiero. —Dio una calada al cigarrillo. Mire, creo que es demasiado tarde y que ya nunca saldré de la cárcel porque el gobernador se olvidará, o lo hará el siguiente gobernador, o el otro.

»Y creo que no tengo suficiente coraje como para causar problemas en la

Librodot

mansión y que me despidan, con el fin de poner una demanda a la Commonwealth por discriminación. Eso me permitiría tener abogados que revisaran mi historial de la prisión, descubriendo que ahí hay algún Ho con los ordenadores del Departamento de Castigos, y entonces sería un hombre libre. Pero como no tengo dinero para un abogado... Quiero decir que para que todo se me arreglase, tendría que portarme mal de nuevo.

—Comprendo perfectamente cómo se siente —convino Andy—, pero debe seguir portándose bien. Mire al Agente Verdad. El ha hecho lo correcto diciendo la verdad sobre Major Trader y ahora el gobernador sospecha que el Agente Verdad ha hecho algo malo.

—Sí, ya lo he oído. Me gustaría ser ese Agente Verdad —dijo Pony con un suspiro. Parece una buena persona y ya era hora de que alguien hiciera sonar la alarma respecto a Trader. Desde siempre he sabido que es una manzana podrida con malas intenciones. Sí, señor, me gustaría conocer al Agente Verdad. Tal vez él podría solucionar mis problemas con el Departamento de Castigos.

—Y por qué no llama usted mismo y pide que alguien compruebe esos datos? —preguntó Andy.

—Porque no me permiten hacer llamadas privadas desde la mansión. De todas formas, tampoco hacen caso a los internos; todos los que están metidos en líos dicen que se trata de un error, por qué iba a ser yo distinto?

Regina estaba escondida detrás de un antiguo boj, oyéndolo todo. Había perdido interés en la partida de billar y decidió salir al jardín a escuchar de hurtadillas; deseó haberse puesto un abrigo. Espiar se le daba muy bien y esperaba recoger información que le fuera útil. Pero al escuchar la conversación de Andy y Pony se sintió conmovida y se le olvidó el motivo por el que estaba allí. Ella también experimentaba frustración cada vez que intentaba hacer amigos y a menudo la juzgaban de forma equivocada.

—Yo en su lugar —le decía Andy a Pony—, mandaría un correo electrónico al Agente Verdad y le pediría que averiguara por qué usted sigue encerrado todavía.

—¿Cree que lo haría? —Pony advirtió que el boj se movía y que salía humo de él.

—Por preguntar no se pierde nada.

—Sí, pero tampoco tengo acceso al correo electrónico. —Pony observó cada vez más alarmado el arbusto que se movía y humeaba. Pensó en el pescador y fue presa del pánico—. ¡Creo que ese boj de ahí está a punto de estallar! —exclamó al tiempo que se oía una fuerte y sorda detonación desde detrás de las matas.

Andy se levantó de un salto y corrió hacia la planta humeante y maloliente en el preciso momento en que Regina abandonaba su escondite y se incorporaba, inmensa como una montaña.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Andy.

—Ensayo técnicas de investigación —respondió ella, agarrándose con ambas manos la barriga enorme, temblorosa como un flan.

—¡Oh!, no vuelva a esconderse por ahí y a fingir que está a punto de estallar, señorita Reginia —dijo Pony, flojo de alivio. ¡Dios!, por un momento me ha tenido en vilo. Pensé que ese chiflado había puesto una bomba en el jardín y todo iba a estallar.

—Es hora de que me vaya —dijo Andy.

Recójame a primera hora de la mañana y empezaremos a trabajar en el

Librodot

caso —dijo Regina. Incluso no sintiéndose bien, tenía una manera de hacer sugerencias que daba la impresión de estar ordenando un ataque aéreo—. Lo estaré esperando.

—Eso no será posible —respondió Andy—. Primero tengo que ir al depósito para ver qué descubre el forense en el caso del hombre que han matado en el río. Seguro que no querrás ver una cosa así. Es muy desagradable.

—¡Pues claro que quiero verlo! —insistió Regina con un entusiasmo impropio de la situación.

—Es poco recomendable y muy perturbador —Andy trató de disuadirla—. ¿Has olido alguna vez un animal muerto lleno de moscas? Pues esto es mucho peor. El hedor penetra en lo más hondo de las fosas nasales de forma que, cada vez que tienes comida cerca, el olor despierta y te provoca intensas náuseas. Por no hablar de los sonidos v las imágenes que uno encuentra en un depósito de cadáveres.

—¡Iré! —Regina no aceptaba un no por respuesta.

Andy estaba bastante bajo de ánimo mientras conducía por el centro. Empezaba a desear no haberse encontrado con los Crimm en el restaurante la noche anterior. No había nadie a quien más deseara evitar que a Regina, y ahora parecía que iba a tener que andar con ella constantemente. Por no hablar de que el gobernador acariciaba la idea de que el Agente Verdad era cómplice de Trader y de que, además, algún psicópata había grabado «Agente Verdad» en un cadáver, dejando pruebas del delito en casa de Andy.

—Estoy metido en un buen lío —dijo a Judy Hammer por la radio del coche.

—Andy, ¿tienes idea de la hora que es? —dijo Hammer con voz adormilada cuando el sonido del teléfono la devolvió al mundo con un sobresalto. Pareces desanimado. ¿Qué ha sucedido?

Una vez más, Andy se encontraba casualmente cerca del barrio de Hammer, Church Hill, y la superintendente le sugirió que pasara por su casa. En aquel preciso momento, Fonny Boy decidió acercarse por el centro médico y ver qué hacía el doctor Sherman Faux. Este estaba tiritando a ciegas en la silla plegable mientras rezaba:

—Señor, te pido un milagro. No uno de los grandes; un milagro pequeñito, simplemente. Quizá podrías enviarme a un ángel desocupado que me sacara de aquí. Te prometo que me trasladaré enseguida y que no perderé tiempo innecesariamente, porque sé que hay muchas más personas y animales que necesitan tu ayuda mucho más que yo. Pero no puedo hacerle el bien a nadie mientras siga aquí, retenido y atado. Estoy entumecido y dolorido de llevar tanto tiempo sentado en esta silla metálica. Sólo un ángel, eso es lo que te pido. Tal vez un par de horas, sólo; lo que tarde en llevarme de vuelta a tierra firme.

Fonny Boy escuchó con atención sin que el dentista detectara su presencia, porque había aprendido desde la cuna a no hacer movimientos bruscos que alertaran a los peces y cangrejos que se disponía a capturar. Los cangrejos, sobre todo, eran muy hábiles y tenían una visión excelente. Si las jaulas no se mantenían perfectamente limpias, el cangrejo no podría ver con nitidez a través de ellas y sospecharía de un pedazo de pescado podrido que flotara en medio de un revoltijo de algas en forma de caja. Fonny Boy mantenía impecables las jaulas de la familia, y podía ser más silencioso que

Librodot

una mariposa cuando era necesario.

Haría pensar al dentista que Dios intervenía y escuchaba su plegaria, se dijo Fonny Boy, aunque la verdad era que había pensado aceptar la oferta del doctor de un empleo en tierra firme. El muchacho se incorporó y abandonó el centro sin hacer el menor ruido; luego dio media vuelta, entró de nuevo y cerró la puerta con estruendo para que el dentista lo oyera.

—Quién anda ahí? —dijo el doctor Faux con voz esperanzada—. ¿Eres tú, Fonny Boy?

—Sí.

—¡Oh, gracias a Dios! Tengo frío y necesito ir a casa, Fonny Boy. ¿Qué tal el diente? ¿Te ha pasado ya el efecto de la lidocaína?

—Sí.

—¿Y ese algodón que te tragaste? ¿Te ha dado problemas?

—¡Sí!! —respondió el chico hablando al revés, para decir que aún no los había tenido. Luego, añadió: Lo llevaré a la costa. No hay tiempo para cogerle a mi padre el catalejo y la linterna; se ha levantado bastante aire y usted no tiene abrigo, doctor, pero debemos largarnos ahora, antes de que salgan todos los barcos a recoger las cestas con las capturas.

—¡No me importa el abrigo y, sin duda, podemos prescindir de prismáticos o linternas! —exclamó el dentista, animado.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, aunque Fonny Boy no podía verlas debido a la venda pestilente que aún llevaba el rehén en torno a la cabeza. ¡Con la de años que el dentista llevaba cobrando de la seguridad social por los trabajos, reales o ficticios, que había realizado al chico y nunca se le había ocurrido que Fonny Boy fuera un ángel!

—Que Dios te bendiga, muchacho —susurró Faux mientras los dos salían a escondidas del centro médico. —¡Chist! ¡Silencio! —le avisó Fonny Boy.

Las calles de la isla estaban desiertas y a oscuras, y no quedaba una sola luz encendida en las casas: los isleños dormían profundamente v los cochecitos de golf se recargaban. Pero Fonny Boy sabía que no faltaba mucho para las tres de la madrugada y, a esa hora, los pescadores se dirigirían a sus barcas, de modo que convenía darse prisa. Si lo descubrían tratando de liberar al doctor Faux, tendría problemas. Por supuesto, su madre lo llevaría de inmediato a la iglesia Metodista Unida y se lo contaría al reverendo Crockett. Fonnv Boy ya había tenido problemas con el reverendo y estaba harto de tener que memorizar fragmentos de las Escrituras para redimir sus faltas.

La barca de la familia estaba amarrada a escasos bloques de casas de la iglesia y, con cada paso, parecía como si la silueta del campanario observara a Fonny Boy y lo siguiera. Las gentes de Tangier eran temerosas de Dios y no toleraban que se desobedeciera a los padres. Aunque para el doctor Faux fuera un ángel, el muchacho estaba desobedeciendo abiertamente a sus padres al escaparse de casa y dejar huir al dentista. Además, cuando llegara el padre para zarpar hacia la zona de pesca, no tendría manera de hacerlo y se irritaría muchísimo al comprobar la ausencia de su barca.

Mientras bajaban unas escaleras de madera desvencijadas que conducían al amarradero, Fonny Boy expresó su preocupación en voz alta. Estaba pensándoselo mejor y le aterrorizaba bajar el último peldaño que le llevaría irremediablemente a otro mundo del todo nuevo, que lo asustaba. El dentista intentó reconfortarlo diciéndole que su sentimiento era el mismo que experimentaron los hombres y muchachos en diciembre de 1606

Librodot

mientras descendían por las escaleras de Blackwall, en la isla de los Perros, y abordaban las naves. El pequeño Richard Mutton, de St. Bride, Londres, tenía sólo catorce años, la misma edad que Fonny Boy, y sin duda también estaba aterrado al bajar el último peldaño.

—¿Su familia viajaba con él? —susurró Fonny Boy.

—El pequeño Richard era el único Mutton de la lista de colonos, al menos que sepamos.

—Entonces, por qué lo hizo? —musitó el muchacho. Imaginó a Richard Mutton completamente solo y aterido de frío en la oscuridad, contemplando las tres pequeñas naves que iban a surcar el océano Atlántico hasta un mundo desconocido y peligroso.

—Por el oro —respondió el doctor Faux—. El pequeño Mutton, como la mayoría de los primeros colonos de nuestro país, estaban seguros de que encontrarían oro o, al menos, plata, igual que los españoles en sus Indias Occidentales. Y, por supuesto, de que recibirían grandes extensiones de tierras para empezar a trabajarlas.

—Quién le enseñó a usted todo eso? —preguntó Fonny Boy con asombro.

—Una parte de ello estaba en el artículo del Agente Verdad esta mañana, antes del secuestro. Y siempre me ha gustado la historia de Virginia.

Las ventanas de las casitas empezaban a iluminarse en toda la isla. Fonny Boy saltó a la barca de su padre y empezó a imaginar oro y tesoros mientras aceleraba la travesía en una oscuridad completa.

El chico debería haber comprobado cuánto combustible llevaban a bordo y quizás hacerse con un par de bidones auxiliares para la travesía, que duraba hora y media. En cualquier caso, estaban a cinco millas al este de Tangier y dentro de la zona restringida R-6609 cuan-do el motor fuera borda empezó a hipar y a toser hasta que se detuvo definitivamente.

—¡Oh, no! —exclamó el dentista. Empezó a temer que Dios no hubiera respondido a su plegaria después de todo, sino que lo había puesto en un apuro aún mayor para castigarlo por su vida fraudulenta. —¿Qué hacemos ahora, Fonny Boy?

Todo pescador guardaba una pistola de señales en su embarcación, pero Fonny Boy no podía recurrir a ella; si fuera rescatado por su propia gente, a continuación debería enfrentarse al castigo inimaginable que le esperaba por escaparse con el dentista. También le preocupaba el encontrarse en alguna de las zonas militares restringidas que rodeaban la isla y no estaba seguro de que fuera buena idea disparar cualquier cosa al aire, por si acaso. ¿Y si los militares respondían al fuego?

¿Te parece que la corriente nos acabará empujando hacia Reedville? —preguntó Faux mientras el aire gélido empezaba a abrirse paso entre su inadecuada indumentaria.

—No —respondió el muchacho.

Empezó a rebuscar en los diversos compartimentos estancos de la embarcación y apartó de en medio cabos, una navaja oxidada, varias botellas de agua y repelente de mosquitos, que el dentista utilizó a discreción aunque hacía demasiado frío para que los insectos anduvieran al acecho. El compartimento bajo el asiento del piloto es-taba cerrado con candado y Fonny Boy probó a dar con la combinación. Todas las cosas de valor, incluida la pistola de señales, debían de estar allí dentro; además, esperaba que su padre también hubiera metido el emisor-receptor de radio y no se lo hubiera llevado a casa.

Librodot

20

Cruz Morales escapó de los agentes del Estado atajando por una serie de callejones y aparcó junto a un contenedor detrás del Freckles, a la entrada de Patterson Avenue. Permaneció sentado en la oscuridad, jadeante y alerta mientras sus ojos saltaban, nerviosos, de un lado a otro. En el interior del Freckles, que a Cruz le había parecido que era un pequeño bar, sonaba música country y un murmullo de voces. De repente deseó una cerveza más que ninguna otra cosa en el mundo. Tenía los nervios alterados y jamás en la vida había estado tan asustado.

Estaba seguro de que los inmensos helicópteros que volaban bajo y rastreaban con los focos andaban tras él. No sabía qué había hecho para que le persiguieran de esa manera, a no ser que se tratara de algo relacionado con el paquete de la rueda de repuesto. Pero ¿cómo lo sabían las autoridades? Cuando esos tipos del taller lo llevaron a la trastienda y le dieron un paquete a cambio de otro, Cruz supo que estaba participando en algo que podía acarrearle problemas. Pero esos tipos no lo habrían delatado. ¿Para qué? Además nadie había visto la transacción y, según recordaba, los helicópteros ya estaban en el cielo cuando él salió del aparcamiento del taller. ¿Las autoridades lo buscaban antes de que hubiera hecho algo? ¿Cómo era eso posible?

Se apeó del coche, abrió el maletero y sacó el paquete del compartimento de la rueda que, en realidad, no era ningún escondite ya que en él no estaba ni la rueda de repuesto ni la alfombra, y el primer lugar que un poli registraría sería ése. Cruz estaba a punto de tirar el paquete en el contenedor cuando se abrió la puerta trasera del bar y el callejón se inundó de luz y voces.

Major Trader estaba borracho, se sentía machito y había decidido orinar afuera, por más que el Freckles tuviera unos aseos en condiciones. Aliviarse al aire libre lo devolvía a sus raíces, y los piratas y los pescadores eran muy diestros adaptándose a la inconveniencia. Las barcas, por ejemplo, no tenían proa, y la familia de Trader tenía una casita en el patio que él tampoco utilizaba apenas cuando aparecía por allí, a menos que se llevara entre manos algo más importante que orinar. Trader se tambaleó un poco mientras se debatía con la bragueta y los dientes de una terca cremallera mordían la tela de sus mal cortados pantalones.

—¡Mierda! —Trader blasfemó como un pirata y tiró con fuerza—. ¡Que los demonios se apoderen de mi alma!

Cuanto más fuerte tiraba, más se le clavaban los dientes de la cremallera. Estaba en un apuro, de acuerdo, porque la cremallera se hallaba exactamente a mitad de camino y cuanto más luchaba con ella, más se quejaba su vejiga. Tambaleante, se puso una mano entre las piernas y maldijo su suerte al tiempo que intentaba romper los clientes metálicos de la cremallera.

Cruz se agazapó en las sombras detrás del contenedor y asomó la cabeza para observar, asombrado, lo que estaba ocurriendo. Nunca había visto un numerito como aquél. ¿En qué demonios hablaba el gordo y por qué saltaba sobre un pie y después sobre el otro mientras se agarraba las partes íntimas? Bajo aquella luz escasa parecía que se tiraba de la entrepierna

hacia arriba, como si quisiera librarse de la gravedad y salir volando, jadeaba y maldecía como un pirata y sus saltos y brincos eran cada vez más vigorosos y lo impulsaban más cerca del contenedor en dirección a Cruz.

Cruz dejó el paquete en el suelo y se puso frente al contenedor justo en el momento en que aquel demente avanzaba a saltos hasta la parte trasera de éste. Entonces corrió, montó en su coche y se alejó a toda velocidad mientras Trader seguía agarrándose las partesy saltando y su urgencia se volvía más insoportable. La cremallera había pasado de resistirse a quedarse completamente trabada. Aquellos dientes de metal no iban a soltarse y estaban clavados con tal violencia que la cremallera ardía al tacto.

Trader tiró de ella y gimió de dolor. Era como si alguien le hubiese puesto una bomba de bicicleta en la vejiga y quisiera saber cuántos kilos de presión podía aplicar antes de que reventara y quedara plana de alivio y vergüenza. Los piratas no se meaban encima, ni de niños. Una cosa era mearse en otros y en sus propiedades, pero uno no se meaba encima ni siquiera mientras abordaba un barco o incendiaba un vivero de cangrejos. Trader estaba cansado de saltare jadeante cuando vio un paquete en el suelo y se sentó sobre él con las piernas cruzadas.

—Maldita sea —murmuró repetidas veces mientras la puerta trasera del Freckles se abría. Un rayo de luz lo alcanzó y entrecerró los ojos.

Hooter Shook acababa de terminar el turno en el peaje y se había dejado caer por el bar en busca de compañía masculina y una bebida. Se lo había pasado tan bien con el grandullón de Macovich que la cabeza le empezó a dar vueltas. Luego, por desgracia, discutieron.

—No creo que me case —le dijo Macovich mientras se atizaba la cuarta cerveza, porque no quiero que un montón de niños me salten encima en el momento en que entro en casa y que todo mi dinero salga por la ventana. Llevo tiempo ahorrando para comprarme un Corvette.

—¿Qué? —Hooter estaba un poco bebida, y la cerveza y su carácter no combinaban bien. Eres como todos los demás —lo acusó mientras hacía repiquetear sus uñas postizas increíblemente largas sobre la barra Sí, yo me mato trabajando y cuando llego a casa te encuentro sacando brillo a ese coche tuyo mientras que los niños están en la casa berreando, con los pañales sucios y sin nada que comer. Luego esperas sexo de mí mientras bebes cerveza y ni siquiera me preguntas qué tal me ha ido la jornada.

—¡Vaya! ¡Has saltado al final de la película, nena! Todavía no hemos hecho manitas y ya estamos casados y tenemos niños. ¿Por qué no bebemos más cerveza y nos relajamos?

Ella tamborileó las uñas con tanta fuerza y de una manera tan errática que parecían patines de hielo en un partido de hockey.

—Nunca he entendido por qué las mujeres tenéis que llevar esas uñas de ocho centímetros —confesó—. ¿Has cogido alguna vez un sello o una moneda?

—Yo no cojo monedas si no es con guantes —replicó, indignada. ¡Ya sabes cómo me siento con las cosas sucias e insalubres!

Eso preocupó a Macovich de manera considerable. Si se sentía de ese modo con el dinero, ¿qué tipo de intercambios iba a tener con ella? Por lo que había contado, dormía con un traje anticontaminación biológica y esas uñas podían hacerle daño en sus partes delicadas. Vaya, pensó. ¿Y si le clavaba las uñas en el caballo? ¿Y si, además, llevaba un perfume llamado Veneno? Tenía que mostrarse más precavido y no ligar con alguien que ha-

Librodot

bía conocido en el peaje de la autopista. La última vez que ligó con una mujer de la que no sabía nada, la situación había sido parecida. Letitia Sweet trabajaba en el supermercado Shell Quik, cerca de comisaría, y una tarde que Macovich estaba de turno entró a comprar palomitas y a tomarse un café. Letitia era robusta como un Cadillac y a buen seguro tenía encima tantos kilómetros y tantas capas de pintura como el coche, pero Macovich estaba de mal humor debido a esa fiera del billar que era la hija de Crimm.

—¿Qué llevas puesto? —le preguntó a Letitia cuando ésta apareció tras el mostrador, impresionándola con un billete de veinte dólares.

—¿Qué quieres decir con eso de qué llevo puesto? Ella le dedicó una sonrisa y se inclinó sobre la caja registradora, mostrando sus pechos como artillería.

Macovich tuvo que reconocerlo; aquella mujer era un bocado apetitoso la agarrara por donde la agarrara, aun cuando su primera cita fuera la última.

—¿Quién te crees que eres? —le gritó Letitia. ¿Qué te crees que haces, agarrándome de este modo? ¿Piensas que no tengo sangre en las venas? ¿Te gustaría que te cogiera y te diera con el estropajo que utilizo para limpiar el puchero al final de la jornada?

Ella le hizo una demostración y Macovich tuvo que admitir que no le gustó en absoluto. Así pues, ¿por qué había ido de Letitia a Hooter? Estaba perdido en el espacio de su propia disfunción y de sus malas experiencias. Cuando Hooter dijo que necesitaba aire fresco y que, si tenía suerte, hablaría con él breves momentos en caso de que volviera a pasar por el carril de importe exacto, decidió que era mejor no protestar. Como era habitual, ella terminaba la cita en un sitio dejado de la mano de Dios, sin medio de transporte para volver a casa. Sintió pena de sí misma, pero olvidó sus problemas durante unos instantes cuando salió al callejón y vio a un hombre gordo sentado sobre un paquete junto al contenedor.

¿Qué te pasa, cariño? Me parece que no te encuentras bien —dijo Hooter acercándose a él con sus tambaleantes tacones altos—. ¿Qué haces en este frío callejón? ¿Quieres que llame a una ambulancia?

—Se me ha trabado la cremallera —le dijo Trader, que se retorcía y tiraba de ella en vano. ¡Maldición!

—A mí me ha ocurrido alguna vez se solidarizó Hooter al tiempo que se acercaba y lo miraba bien para asegurarse de que no se tratara de un desequilibrado mental—. Y te digo que es mucho peor cuando sucede detrás. Señaló la espalda de un imaginario vestido de noche. A mí me ocurrió en ese elegante baile de Nochevieja en el Holiday Inn. No podía subirme la cremallera y temía que, si tiraba muy fuerte, rompería aquel bonito traje.

Siguió explicando con todo detalle que, finalmente, había decidido esperar en el vestíbulo del hotel hasta que pasó un joven árabe y la ayudó a bajarse la cremallera para que pudiera volver a subírsela sin que se enganchara en la tela de chiffon. Pero el árabe no quería que se la subiera y, de hecho, insistió en que se quitara el vestido y todo lo que llevaba debajo; ella no tuvo más remedio que pegarle. Hooter encendió un cigarrillo, atrapada en sus recuerdos mientras Trader seguía luchando con la cremallera y le suplicaba que lo liberase de aquel cautiverio.

Echame una mano, por favor.

—Qué dices, que quieres un cigarrillo? —Ella encendió uno y se lo tendió—. Te daré todos los que quieras y no te cobraré, porque nunca toco dinero con mis manos. Además, creo que es un pecado dar un cigarrillo a

alguien y después cobrarle, ¿no te parece? ¿Estás sentado encima de algo, cariño?

De repente Trader notó el duro bulto sobre el que se había situado junto al contenedor. Lo palpó con la mano que tenía libre y empezó a arrancar el papel al tiempo que apagaba el cigarrillo en el suelo.

—Armas —anunció, y entonces advirtió que tal vez podría utilizar una para disparar contra la cremallera y desatascarla, siempre que procediera con cuidado.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y por qué te has sentado encima de esas pistolas? Eso es peligroso. ¿Por qué las tienes envueltas como si te hubiesen llegado por un servicio de paquetería?

Trader sacó una pistola de nueve milímetros, abrió la recámara v, aunque no estaba familiarizado con las armas de fuego, a excepción de las pistolas de señales, se alegró de ver que estaba cargada. Manoseó la corredera hasta que intuyó que el cartucho ya estaba en la cámara. Separó las rodillas todo lo que pudo y disparó con cuidado.

—¡Dios todopoderoso! —gritó cuando la bala chocó contra la cremallera de cobre y rebotó en el contenedor produciendo gran estruendo.

—¡Estás loco! —chillo Hooter al tiempo que retrocedía unos pasos y estuvo a punto de caer. ¿Por qué disparas a tus partes íntimas?

Trader siguió debatiéndose con la cremallera y apretó de nuevo el gatillo; se enfureció al ver que la bala rebotaba en el metal y salía silbando hacia arriba, alcanzando la farola de la calle. Aquella cremallera era indestructible y clavaba los dientes en un mordisco letal. El seguía disparando sin cesar y los casquillos caían al suelo. Hooter corrió por el callejón, llamando a la policía y haciendo señales con los brazos a los helicópteros que sobrevolaban la zona.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó. ¡Bajen y detengan a ese chiflado! ¡Quiere volarse las partes íntimas y está fallando, pero pronto alcanzará algo! ¡Socorro! ¡Socorro!

Andy aparcaba frente a la casa de Judy Hammer cuando le llegó la llamada por la radio.

—Alguien dispara en la manzana cinco mil de Petterson Avenue. No hay ningún agente de la zona. Hay testigos que informan de un tiroteo en el callejón.

Hammer apareció en el porche delantero, preguntándose por qué Andy no se apeaba del coche. Bajó las escaleras para averiguarlo.

—¿Qué haces? —preguntó Hammer mientras Andy bajaba la ventanilla.

—Hay un tiroteo y nadie responde a la llamada —respondió, excitado. Supongo que las otras patrullas de la ciudad están ocupadas en otros tiroteos y buscando al hispano.

—Vamos —dijo ella sin vacilar al tiempo que montaba en el coche.

Arrancaron a toda prisa con la luz giratoria activada y la sirena a todo volumen mientras la telefonista de la policía seguía intentando que algún agente despertara y acudiera a Petterson Avenue.

—Tres treinta —dijo Andy por la radio, utilizando el número de unidad que tenía cuando estaba en el departamento de policía de Richmond.

—Tres treinta —repitió la telefonista, algo confundida, porque recordaba la agradable voz de Andy y sabía que ya no trabajaba para el municipio.

Librodot

—Acudo a Petterson Avenue —confirmó Andy.

—Diez cuatro, antigua unidad tres treinta.

—¿Sabe en qué lugar del callejón? —preguntó, hablando al micrófono.

—Diez diez, tres treinta. —Era la manera que la policía tenía de decir: «Negativo, agente Brazil o quienquiera que se haga pasar por el agente Brazil».

La telefonista Betty Frealdey se volvió hacia los operadores de las llamadas de emergencia que estaban sentados a sus espaldas y se encogió de hombros.

—Pensaba que se había marchado y que había ingresado en la policía estatal. ¿Qué hace aquí otra vez? —preguntó.

Todos los operadores de emergencia se encontraban ocupados. Esa noche, en Richmond las cosas estaban que ardían: Un varón blanco borracho había caído en el patio mientras sacaba de paseo a su perro. Una mujer negra yacía en medio de la calle, cerca de la tienda de comestibles Eggleston. Un bebé se había comido las cuentas que había en el interior de un osito de peluche Millenium Y2K. Se habían producido varios accidentes de coche y casi todos los agentes andaban tras los pasos de un varón hispano sospechoso de conducir un Grand Prix con matrícula de Nueva York. Sin embargo, el suceso que más llamó la atención de Hammer fue que un hombre con una bolsa en la cabeza había intentado robar la tienda de pan y pollo Popeye en Chamberlayne Avenue.

—Me pregunto si será el mismo tipo que el año pasado intentó atracar la cabina de un peaje —dijo Hammer—. ¿Cómo se llama? Chocó contra la cabina porque llevaba en la parte trasera de la cabeza los agujeros que había hecho en la bolsa y no veía.

—En la calle se le conoce por Stick —respondió Andy. Tiene un historial delictivo interminable y lleva años utilizando el sistema de la bolsa.

—Habría que pensar que ya se ha dado cuenta de que su modus operandi es obvio y no funciona —dijo Hammer, a la que siempre sorprendía la estupidez de muchos delincuentes.

—Asaltó el Popeye de Broad Street hace un par de meses —recordó Andy al tiempo que aceleraba para cruzar una luz en ámbar en Cary Street. Entró con la bolsa en la cabeza, tropezó con la barandilla donde la gente hace cola, se hizo con ocho piezas de pollo para la cena y luego chocó contra el escaparate y se rompió la nariz. Conseguimos su ADN por la sangre que dejó en la bolsa de papel.

—¿Vá armado?

—Ese es el problema. Nunca lleva armas; se limita a entrar con la bolsa en la cabeza y pide algo. Por eso no podemos acusarlo de nada serio y nunca pasa demasiado tiempo en la cárcel. Según él, pide a la gente que le dé algo y la gente se lo da sin protestar, lo cual no es un delito, y no hay nada en el Código de Virginia que impida andar por ahí con una bolsa en la cabeza. Así, cuando Stick se presenta al juicio, el juez lo deja en libertad.

—A cualquier agente de la zona —dijo la telefonista—. Hay un varón blanco con una bolsa en la cabeza en el aparcamiento del Popeye en Chamberlayne Avenue. Una ambulancia va de camino hacia allí.

—Me parece que ha tropezado de nuevo —dijo Andy.

Aquella noche Stick no fue el único que tropezó. Cuando Barbie Fogg se

Librodot

apeó de su furgoneta en el aparcamiento, pisó la muñeca Barbie de una de las mellizas. Como siempre, estaba allí donde la niña había jugado con ella.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Barbie mientras se levantaba del suelo y comprobaba si se había hecho daño.

Barbie, que creía de veras en las señales del universo, interpretó lo que habría podido ser un accidente grave como señal de que había dado un paso en falso y algo se le había pasado por alto. «¡0h, claro!», pensó mientras recordaba aquello tan especial que le había sucedido antes de detenerse en la residencia de ancianos, donde visitaba a mujeres enfermas y olvidadizas a las que no conocía. Barbie creía que el universo la había elegido para ser una sanadora y, por fin, el universo estaba a punto de recompensarla; era por eso que Hooter le había dado aquel regalo especial.

Minutos más tarde, sus vecinas, las hermanas Clot, vieron que Barbie colocaba un adhesivo en el cristal trasero de la furgoneta familiar. Uva Clot miró desde detrás de las cortinas de la cocina y se quedó pasmada.

—¡Ven, mira! —gritó Uva a Ima, su hermana solterona que veía la televisión en la sala, con el sonido a todo volumen. Que Dios se apiade de ella, se cae de borracha y pega esa cosa en el coche con los niños dentro de la casa. Qué va a ser de esos niños cuando todo el mundo vea lo que su madre acaba de poner en la furgoneta? Siempre he sospechado de ella. ¿ Té lo había dicho, Uva, que sospechaba de ella? ¡Ven aquí ahora mismo y mira lo que hace!

Uva se movió con dificultad apoyada en su bastón y entrecerró los ojos por la abertura de las cortinas. Al ver a Barbie Fogg en su aparcamiento iluminado, se puso rígida. No veía bien lo que hacía, pero era como si se moviera junto a la furgoneta y pateara una muñeca para luego acercarse al vehículo, alisar algo en el cristal trasero y después alejarse un poco para admirarlo. Uva distinguió unos colores brillantes.

—¿Qué se trae entre manos? —le preguntó a su hermana.

—¿No has visto lo que ha puesto en la ventana, Uva? ¡Uno de esos adhesivos del arco iris! ¿No te acuerdas de todas esas banderas y pegatinas del arco iris que veíamos cuando vivíamos en el barrio francés?

Uva contuvo una exclamación, tan sobresaltada que se abalanzó hacia delante con el bastón y cayó entre las cortinas. Se agarró a ellas para recuperar el equilibrio y éstas se desplomaron con gran estruendo. Barbie Fogg vio que las hermanas Clot la observaban desde la ventana de la cocina que, de repente, se había vuelto transparente, y las saludó con la mano mientras se escabullían.

—Lennie —gritó Barbie mientras entraba en la cocina por el lavadero, donde su marido hurgaba en el frigorífico. Nunca dirías lo que ha ocurrido hoy.

—Seguro que no —respondió Lennie, irritado, mientras abría una lata de cerveza . Y no voy a adivinarlo.

—Un dechado de palabras —dijo ella, como siempre.

—Por qué has tardado tanto? Pensaba que volverías mucho antes.

—El tráfico y esa pobre gente de la residencia —respondió ella—. Oh, Lennie, esta noche he hecho una amiga y he puesto un adhesivo del arco iris en la furgoneta.

—¿Y ahora qué harás? ¿Conducirás en medio de una tormenta y encontrarás un bote de oro? Lennie dio un trago a la cerveza y se secó los

Librodot

labios con el revés de la mano.

—¿Duermen las niñas? —quiso saber Barbie mientras hurgaba en el frigorífico, porque había decidido celebrar su arco iris con un combinado de limonada. Un bote de oro estaría muy bien, ¿no?

—Sí, sí, escucha —dijo Lennie—, a uno de mis clientes le sobran entradas para la carrera del sábado y, como ya sabes, yo tengo que ir a Charlotte a esa conferencia de la inmobiliaria. Así que si quieres las entradas, dímelo o se las doy a alguien.

—Llamaré a una canguro y tal vez vaya con una amiga —asintió Barbie, sin añadir que no se perdería una carrera por nada del mundo y que estaba encantada de que su marido no pudiera ir.

Barbie sentía una pasión secreta por el piloto Ricky Rudd, que tenía una piel aterciopelada y un en-ycantador cabello rubio. Cada vez que encontraba fotos de él con la estrella de la Texaco en su vistoso traje o veía en televisión el Monte Carlo rojo brillante con el número 28, sentía un cosquilleo en todo el cuerpo y decidía escribirle una carta. Llevaba años escribiéndole; él vivía en Carolina del Norte y le enviaba misivas semanales, preocupada en conseguir su teléfono cuando se mudara a Virginia, su estado natal. Nunca le había contestado, por supuesto, pero ella creía que lo habría hecho de no haber utilizado seudónimo e indicar el remitente.

Además de Ricky Rudd, Barbie también estaba obsesionada por Bo Mann, en quien se fijó mientras conducía el coche de seguridad en la Chevrolet 2000 del Monte Carlo 500 del año anterior. Cuando Barbie se acercó el foso para suplicar que le tomaran una foto con él, fue lo bastante lista para engañarle y conseguir su dirección.

Si te mando la foto en un sobre con el franqueo pagado, ¿me dedicarás un autógrafo? —le preguntó ella mientras posaban ante el coche de seguridad.

—¿Dónde? ¿En el sobre o en la foto? —replicó Bo. ¡Cómo le gustaban a Barbie los hombres con sentido del humor!

—Me han dicho que esta noche han reventado a un hombre junto al río —decía Lennie—. Eso significa que otro psicópata anda suelto. Vamos a la cama a hacer el amor.

A Barbie la limonada le subía a la cabeza a toda velocidad.

—Oh, querido —suspiró—. Me parece que esta noche no tengo muchas ganas, Lennie. Mi cerebro está lleno de arco iris y lo único que quiero es relajarme y disfrutar de esa sensación, si no te importa.

A Lennie sí le importaba. Frustrado, terminó la cerveza y sacó otra. La abrió y contempló la esbelta silueta de su mujer; dedicaba mucho tiempo al cuidado de su cuerpo, pero luego no dejaba que le quitara la ropa y explorase lo que tanto esfuerzo le costaba mantener. Aquello era absurdo. ¿Por qué quería una mujer ser atractiva si luego no le apetecía el sexo?

—Voy a ver si las niñas están bien, y me acuesto anunció Barbie—. ¡Oh, querido, creo que voy a desvanecerme por culpa de esta limonada!

—¡Cómo me alegro de que algo consiga tumbarte!—murmuró él mientras pensaba en lo poco que se quejaba de lo mucho que salía su esposa de compras o de cuánto gastaba en cirugía plástica e inyecciones, por no hablar de lo que debía de hacer con esa doctora a la que acudía una vez al mes.

Lennie también le mandaba flores a menudo, aunque no hubiese ningún motivo especial, y nunca se quejaba de tener que cuidar a las gemelas, Mandie y Missie, que tenían casi cinco años. Lo único que deseaba era que su mujer le permitiera tocarla y al menos fingiera que le gustaba o que no le

Librodot

importaba.

Lennie le tendió otro combinado de limonada y se sirvió otra cerveza. Hacerla beber solía funcionar, pero en los últimos tiempos lo único que conseguía era ponerla grogui y distante.

—No puedo seguir viviendo así —murmuró él—. Me parto la espalda vendiendo fincas y, la mitad de las veces, al llegar a casa tengo que hacer de canguro de las niñas porque tú estás visitando inválidas o con tus amigas por ahí. Luego estás demasiado cansada para mí, o será que te has cansado de mí.

—Una chica necesita amigas, ¿sabes? —A Barbie le costaba pronunciar—. Me parece que los hombres no comprenden lo mucho que necesitamos a nuestras amigas. ¿Cuántas entradas dices que te sobran?

—Sí, claro, pues creo que yo también necesito una amiga —replicó él en tono más agresivo.

Barbie se echó a llorar. No soportaba su mal humor ni su fealdad, y se acobardó ante aquella muestra de rabia ciega.

—No lo sé —sollozó—. Lo siento, Lennie. Intento complacerte por todos los medios, cariño, pero desde que cumplí cuarenta años no me ha apetecido más. No es culpa tuya, amor mío, seguro que no lo es. Tal vez necesite consultar a alguien y hablar de ello.

—Oh, Dios mío —Lennie puso los ojos en blanco—.

¡Y ahora tendré que pagar otra terapeuta, supongo! ¿Para qué? Tú eres consejera voluntaria. ¿Por qué no hablas contigo misma?

Ella lloró con más desconsuelo y él se sintió muy mal. Entonces la abrazó y le suplicó que fuera feliz.

Si necesitas hablar con alguien, hazlo de inmediato —la tranquilizó en voz baja—. Tengo dos entradas y seguramente conseguiré algunas más a través de ese ejecutivo de la General Motors que acaba de jubilarse y ha comprado esa casa grande que hay junto al río.

Andy y Hammer doblaron la esquina del callejón del Freckles y vieron que todas las farolas estaban apagadas. Trader, cubierto de porquería, se hallaba sentado sobre un paquete junto a un contenedor que rebosaba basura hedionda. Se había quedado sin munición y seguía batallando con su cremallera, al borde de la histeria y desesperado por mear.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Hammer al descubrir a su más odiado funcionario. ¿Qué demonios está haciendo aquí, sentado sobre un paquete, y disparando un arma? ¿Y por qué lleva el traje tan sucio?

—¡La cremallera no se me abre! —respondió Trader en una explosión de ira.

Hammer se agachó para calibrar el problema y Andy vio a una mujer acechando en la oscuridad, desde una distancia prudencial.

—Eso es porque se le ha enganchado la ropa interior en la cremallera —dijo Hammer . ¿Y por qué están tan mellados todos los dientes?

—¡He intentado hacerlos saltar!

—No se mueva —le ordenó Hammer—. A ver qué puedo hacer.

Palpó la cremallera de Trader, con cuidado de no tocar nada más. Tardó unos segundos en desengancharle el calzoncillo y la cremallera sonrió abierta. El hombre fue hasta el otro lado del contenedor y empezó a orinar como un caballo.

Librodot

—¡Señor! —exclamó Andy, asqueado.

Luego inspeccionó el paquete que había en el suelo y sacudió la cabeza: contenía cinco revólveres de gran calibre y varias cajas de munición.

—Por lo visto se dedica a todo tipo de actividades paralelas.

—Sí —asintió Hammer, enojada—. ¡Qué vergüenza!

—¡Eh! —gritó Andy a la mujer que esperaba entre las sombras, incapaz de distinguir nada salvo una silueta con el cabello trenzado y tacones altos—. ¡Venga aquí!

Hooter caminó tambaleante hacia ellos, nerviosa porque tal vez también anduviera metida en un problema y no sabía cuál.

—Oh, les conozco a los dos —dijo Hooter, sorprendida. Usted era esa jefa de policía, pero ya no lo es más porque ahora está con los estatales. —Luego se dirigió a Andy—: Y usted es el encantador agente que me ayudó el año pasado, cuando ese tipo de la bolsa en la cabeza quiso atracarme en la cabina del peaje.

—¿Qué sabe de esto? —Andy movió la cabeza en dirección a Trader, que seguía aliviándose.

—Lo que sé es que salí del bar y que él estaba aquí en el callejón, dando saltos, y que luego se sentó encima del paquete. ¡Oh, Dios mío, mire! ¡Son pistolas! Nunca sabré por qué estaba sentado sobre esas armas junto a un contenedor. Le dije que era peligroso, pero no se separaba del paquete y tiraba de su entrepierna. Así que no sé nada más, excepto que de repente empezó a disparar hacia todos lados y yo corrí para ponerme a cubierto y pedir ayuda.

—¿Y qué hacía aquí en el callejón? —quiso saber Andy.

—Estaba tomando el aire.

—Si estaba tomando el aire es que antes estuvo en el interior de algún sitio donde no había demasiado. ¿Dónde? —preguntó Andy.

—Tomando una copita —señaló el Freckles con la cabeza—. Había mucho humo ahí dentro, sobre todo por culpa de ese agente que nunca apaga un cigarrillo sin encender otro.

Andy pensó al instante en Macovich, y Hammer hizo lo mismo.

—Ve a mirar si aún está en el bar —le dijo Hammer a Andy.

Corrió hasta la parte delantera de aquel bar de barrio viejo y al abrir la puerta se clavaron en él un montón de ojos turbios. Macovich estaba solo, sentado en un reservado, y bebía y fumaba. Andy se sentó frente a él.

—Acabamos de recoger a Major Trader en el callejón —dijo—. ¿No has oído todos esos disparos?

—Pensaba que era un coche a escape libre —farfulló Macovich tras una nube de humo—. Y estoy libre de servicio —añadió malhumorado— Pero sé que Trader está en la zona, porque lo he visto en la barra un buen rato, solo, bebiendo cerveza. Yo no le he dicho nada, claro, y he intentado no llamar su atención.

—¿Lo has visto hablar con alguien o telefonear? ¿Algo que nos indique que había venido aquí para encontrarse con alguien y comprar un paquete de armas?

—¡Vaya! En estos días, todo son problemas —dijo Macovich mientras hacía girar despacio la botella de cerveza sobre la mesa—. Ese hombre me gusta muy poco, pero no puedo decir que lo viera hacer algo sospechoso.

—Entonces no podremos demostrar que tiene algo que ver con esas armas —comentó Andy, decepcionado—. Al menos, de momento. Y no pertenece a

nuestra jurisdicción acusarlo de alboroto público con exhibicionismo. Eso corresponde a la policía municipal, silo creen conveniente. ¿Estabas aquí con Hooter?

—¡Eso sí que fue un error! No aguanta ni una sola cerveza, ya se ha puesto caliente y... Eso me pasa por ligar con la empleada del peaje.

Macovich intentó comportarse como si Hooter no le importara en absoluto. Era inferior a él, una vulgar empleada de la autopista. ¿Y si se ponía desagradable y salía enfurecida de la cabina? El podía ligar con mujeres a cualquier hora del día y no necesitaba para nada a la empleada del peaje.

—Creo que lo mejor será que la acompañe a casa —dijo Macovich—. No tiene coche.

—Pues yo creo que lo mejor será que pida un taxi para cada uno —replicó Andy—. Pero ella tal vez deba explicar unas cuantas cosas a la policía.

En el mismo momento en que Andy decía aquello, Hammer preguntaba a Hooter por la policía.

—Eres tú quien los ha llamado? —preguntó Hammer—. Porque alguien tiene que haberlo hecho.

—Yo grité a los helicópteros —Hooter miró el Black Hawk que volaba a poca altura—, y supongo que uno de los pilotos pidió ayuda por radio.

—Es imposible que te oyeran gritar desde un helicóptero —replicó Hammer mientras Trader seguía regando el callejón, detrás del contenedor.

—Bueno, lo único que sé es que yo les grité y moví los brazos, por lo que tuvieron que ser ellos los que avisaran a la policía, porque yo no lo hice. Tampoco había oído nunca a nadie mear tanto rato. —Miró en dirección al ruido. Vaya tipo raro. Creo que será mejor que usted lo registre; apuesto a que ha hecho otras cosas que no están bien. Quizá también es homosexual, porque intentaba volarse a tiros las partes íntimas como si odiase su masculinidad. Eso significa que probablemente tenga el sida y cantidad de dinero sucio en el bolsillo. Yo que usted no lo tocaría sin guantes. Llevo un par en el bolso; si los necesita, se los presto —ofreció—. Imagino que tendrá que encerrarlo —añadió mientras Andy salía del Freckles.

Trader ha estado dentro, bebiendo —informó Andy—. Macovich lo ha visto. ¿Y tú? —le preguntó a Hooter.

—Si estaba, yo no lo vi. Había tanto humo flotando alrededor de la mesa.

—Voy a llamar a los municipales a ver qué quieren hacer —dijo Andy a Hammer—, pero de momento no pienses que este caso es nuestro. —Luego se dirigió a Hooter—: Tenemos que conseguirte un taxi.

—Escuche —dijo ella, indignada. No estoy borracha.

—Yo no he dicho que lo estés, pero no tienes coche.

—El sí tiene coche, y ésa es la razón por la que estoy aquí —dijo al tiempo que señalaba el Freckles con la barbilla. Era obvio que se refería a Macovich.

No está en condiciones de conducir —dijo Andy—. Se ha tomado demasiadas cervezas y no está de humor. Creo que sus sentimientos están heridos.

—¿Qué? —dijo Hooter con los ojos encendidos de interés—. Ese es demasiado insensible como para que le hieran los sentimientos.

—Eso no es cierto —replicó Andy—. A veces los hombres más grandes y duros son los más sensibles, pero se lo guardan todo dentro. Podrías llevarlo tú a casa, en su coche.

—Y luego, ¿qué hago? ¡Yo no me quedo con un hombre que todavía vive

Librodot

con su madre!

Mientras seguía conduciendo en la noche, Cruz Morales habría dado cualquier cosa por tener cerca a su madre. A las tres de la madrugada, miró furtivamente a su alrededor, cerró la puerta de una cabina telefónica y sacó la sucia servilleta que le diera la empleada del peaje. Parecía una buena persona y Cruz necesitaba ayuda. Con aquel Pontiac matrícula de Nueva York nunca conseguiría salir de la ciudad, ya que había helicópteros y policía por todas partes. Por lo menos, ya entendía a qué se debía todo aquel jaleo.

Mientras se alejaba a toda velocidad del bar donde un hombre chiflado saltaba junto a un contenedor, Cruz oyó por la radio que alguien había muerto carbonizado junto al río y que todo el mundo buscaba a un sospechoso hispano de Nueva York. Este podía ser el asesino en serie que llevaba cometiendo crímenes racistas desde Jamestown, un caso sin resolver porque una policía no hacía bien su trabajo, según declaraciones del gobernador. Cruz no sabía de qué iba todo aquello, pero era hispano, y tampoco comprendía por qué se había convertido en fugitivo de unos delitos con los que nada tenía que ver. Por ello se detuvo en un 7-Eleven para hacer una llamada urgente. Miró la servilleta y vio que había dos números apuntados, uno a cada lado. Habría jurado que la mujer del peaje sólo había anotado uno; se preguntó de dónde habría salido el otro y cuál era el correcto. Metió un cuarto de dólar en el teléfono público y marcó el primer número.

—¿Hola? —dijo la voz masculina que respondió.

—Busco a la señora del peaje —dijo Cruz, suponiendo que la señora del peaje debía de tener novio.

—¿Quién es usted?

—No puedo decírselo, pero tengo que hablar con ella. Me dijo que la llamara —aseguró Cruz.

Andy trabajaba al ordenador en el artículo siguiente del Agente Verdad, cuando tuvo la intuición de que la mujer en cuestión era Hooter. Pero ¿por qué alguien la buscaba allí, en su casa?

—En este momento no está —dijo Andy, lo cual era cierto aunque se prestaba a confusiones.

Hooter había llevado a Macovich a casa y nadie sabía nada más de ellos. Después Andy llamó a los municipales, que se presentaron a recoger el paquete de armas pero decidieron no arrestar a Trader por falta de pruebas y porque era un importante funcionario del Gobierno.

—Pero si conseguimos relacionar estas pistolas con usted —le dijo uno de los policías—, se verá metido en un buen lío. Me importa un pito cuál sea su cargo, por lo que le recomiendo que vuelva a su casa y no intente salir de la ciudad ni cometa ninguna imprudencia de ese estilo.

—Pues claro que no saldré de la ciudad —mintió Trader. Por asombroso que pareciera, los cables de su mente se hallaban de nuevo conectados y volvía a hablar con normalidad—. Mañana iré a trabajar a la oficina del gobernador, como siempre.

—Mire, creo que sería mejor que eso lo hablase con el gobernador —le había dicho Andy—. En estos momentos, no está muy satisfecho con su

trabajo.

—Tonterías —le espetó Trader—. Nuestras relaciones siempre han sido buenas y, en realidad, me considera su mejor amigo.

—Tal vez deje de hacerlo, Trader, sobre todo si el trabajo sangriento de Regina tiene resultados desafortunados para usted —replicó Andy—. Me han dicho que tuvo que ser ingresada de urgencias hace un rato aquejada de un fuerte dolor gastrointestinal. Tanto usted como yo sabemos que la causa fueron las galletas que, según varios testigos, usted llevó a la mansión y dejó en una encimera de la cocina. Oyeron que decía que esas galletas eran sólo para el gobernador, pero Regina se hizo con ellas cuando nadie miraba.

—Con las galletas de mi esposa nunca ha enfermado nadie —dijo Trader.

—¿Y cuándo volverá? —preguntó la persona no identificada, con un fuerte acento hispano, que había llamado por teléfono.

—No lo sé seguro, pero si puedo ayudarle en algo... —Andy intentó hacer hablar a aquel hombre evasivo y sospechoso.

—Mire, es que estoy preocupado, ¿sabe? Han dicho que un hispano mató a alguien junto al río, pero yo no he matado a nadie y la policía me está buscando —explicó Cruz, agazapándose en la cabina telefónica cuando vio un Land Cruiser negro que aparcaba en la gasolinera.

—¿Por qué cree que la policía le está buscando?

—Porque me dieron el alto en el peaje y me persiguieron sin razón. ¡Tuve que esconderme porque temí por mi vida! La señora de la cabina me dio su número de teléfono y dijo que me ayudaría.

Andy intentó comprender por qué Hooter le había dado el número de su casa a un posible fugitivo, y entonces recordó el caso del tipo de la bolsa del año anterior.

—Quizá deberíamos vernos y hablar de esto —sugirió Andy mientras hacía clic en el ratón con aire ausente y cambiaba una palabra del artículo que iba a colgar en Internet momentáneamente—. Huir de la policía, aunque se sea inocente, es absurdo. Lo único que conseguirá es tener más problemas legales. ¿Por qué no nos encontramos en un sitio seguro y hablamos de ello? Yo tengo contactos y tal vez pueda ayudarle.

Cruz estaba a punto de acceder. Y seguramente habría hecho lo más inteligente, encontrarse con la persona con la que hablaba por teléfono, de no haber sido por el acontecimiento imprevisto que se desarrolló ante sus propios ojos. A través del cristal del 7-Eleven vio que una mujer blanca entraba en el establecimiento y hablaba con la dependienta. A continuación, un tipo blanco con el cabello trenzado entraba tambaleándose, con aspecto de estar colocado, sacaba una pistola del bolsillo de su abrigo y apuntaba a la empleada, que estaba lejos del timbre de seguridad que todos los supermercados te

nían. Cruz no oyó lo que el tipo decía, pero mientras insultaba a la aterrorizada dependienta ataviada con la chaqueta a cuadros naranjas del 7-Eleven, su aspecto era muy malvado y violento. La mujer empezó a llorar y suplicar mientras el hombre vaciaba la caja registradora. Entonces, para horror de Cruz, la mujer de cabello largo y negro le quitó la pistola al individuo, la puso junto a la sien de la dependienta y disparó repetidas veces. Las explosiones sacudieron la cabina telefónica y Cruz chilló.

—Qué ha sido eso? —preguntó Andy, sorprendido por lo que parecían unos disparos de pistola.

—¡Ah! ¡El tipo ese de las trenzas! ¡Acaba de disparar a la dependienta! —

Librodot

gritó el hispano antes de colgar el teléfono.

«Smoke», pensó Andy mientras recordaba la descripción que Pinn, el guardián de la prisión, le diera de él después de que éste escapara. Según el identificador de llamadas, el hispano había telefoneado desde el 7-Eleven de Hull Street, al sur del río, y Andy llamó a emergencias mientras Cruz montaba en su coche de un salto y se marchaba de allí a toda prisa.

Un minuto más tarde, quedó horrorizado al ver que llevaba el Land Cruiser pegado a su parachoques. Había aprendido a conducir en la ciudad de Nueva York, y se metió por varios callejones, cortó por un pasaje lateral, luego cruzó una mediana y, pasando de forma temeraria entre los coches, terminó en la carretera de Three Chopt, en el aparcamiento de lo que parecía una gran mansión con pistas de tenis.

UNA BREVE HISTORIA DE CREMALLERAS por el Agente Verdad

Una cremallera, para aquel de ustedes que tal vez no se haya detenido nunca a pensar en ello, es un engranaje simple que se emplea para unir los bordes de una abertura, tal como una bragueta, la espalda de un vestido o una bolsa de congelados, aunque esta última en realidad va sellada mediante un cierre hermético más parecido a unas encías que a unos dientes, apretadas una contra otra. La cremallera que nos interesa consiste en dos bandas de tela, cada una con una hilera de dientes de metal o plástico que encajan de modo muy parecido a una vía de tren cuando se tira de la pieza corrediza hacia arriba. A la inversa, esta vía de tren se separa cuando se tira de la pieza corrediza hacia abajo... a menos que la cremallera se salga de la guía o se atasque, que es lo que le sucedió anoche a ese ponzoñoso y falso Major Trader.

El primer cierre con corredera de que hay constancia fue exhibido en 1893 por Whitcomb L. Judson en la Feria Mundial de Chicago. El señor Judson llamó «cierre de abrazo» al sofisticado objeto de ganchos y presillas. Unos cuantos años después Gideon Sundback, un inmigrante sueco e ingeniero eléctrico, mejoró el engranaje al sustituir los ganchos y presillas por grapas de resorte, y en 1913 produjo el «Sin Gancho número 2», aunque no se llamaría cremallera hasta que B. F. Goodrich empleó el nombre en 1923, cuando su empresa manufacturó unos chanclos impermeables que llevaban este cierre.

No es preciso decir que, si tropezáramos casualmente con una cremallera en lo que creemos que es una tumba colonial de Jamestown, podríamos llegar como mínimo a la conclusión de que los restos humanos son posteriores a 1913. Sólo para ir con la suposición un poco más allá, pongamos que yo, al descubrir una tumba en el emplazamiento arqueológico, desenterrara una cremallera junto a la zona pélvica de los restos del esqueleto; de inmediato, se lo habría hecho notar a alguno de los arqueólogos, preferiblemente al doctor Bill Kelso, que es el arqueólogo jefe de Jamestown y experto en artilugios coloniales, botones incluidos.

—Doctor Kelso —le habría dicho probablemente—, mire, una mancha verde en la tierra que tiene la forma exacta de una cremallera. Mi interpretación es que el verde indica una cremallera de latón oxidada por el tiempo.

Y, muy posiblemente, el apreciado arqueólogo estaría de acuerdo e

indicaría que, cuando los alfileres de cobre y latón de las mortajas se oxidan, también dejan una mancha verde; pero el alfiler deja una mancha en forma de alfiler que se distingue con facilidad de la forma de una cremallera. También añadiría que el alfiler medieval podía ser de hierro y estar rematado con una cabeza de peltre en la que, a veces, llevaría incrustado cristal o una piedra semipreciosa. Sin embargo, la mayor parte de alfileres hallados en emplazamientos históricos son de alambre de latón estirado y poseen una cabeza cónica, que es otra pieza de alambre que da entre tres y cinco vueltas en torno al extremo y luego es aplastado de un golpe. Este método de hacer alfileres se mantuvo hasta 1824, cuando Lemuel W Wright patentó un alfiler de cabeza sólida que se elaboraba en un único proceso.

Si encontráramos un alfiler que midiera doce centímetros, sospecharíamos que teníamos en las manos un alfiler para el cabello y que el cuerpo de la tumba pertenecería, muy posiblemente, a una mujer. Si halláramos un imperdible, la tumba sería sin lugar a dudas posterior a 1857. Si se tratara de un alfiler para mortaja, la persona de la tumba debería estar envuelta reverentemente con un sudario en el momento de ser enterrada. Si encontráramos corchetes de alambre de latón para sujetar capas, la tumba bien podría datar del siglo xvi. En cuanto a agujas, es probable que el doctor Kelso mencionara que apenas se encuentran porque se oxidan, salvo que estén hechas de hueso, en cuyo caso podríamos llegar a la conclusión de que los restos pertenecían a un tejedor de alfombras.

—¿Y los dedales? —le preguntaría al doctor Kelso mientras limpiaba con cuidado la tierra de la mancha de la cremallera de mi tumba.

Su respuesta bien podría ser que eso varía, según su empleo.

Los dedales del siglo xvi y principios de XVII eran, por lo general, chatos y pesados, y rara vez estaban decorados. Si descubriera un dedal muy alto, la tumba sería casi con certeza de mediados del xvii y, si tuviera un agujero horadado en la punta, muy posiblemente habría sido vendido a algún indio de las praderas, que lo colgaría de una tirilla de cuero a modo de campanilla para adornar ropas y bolsas. Los nativos americanos tenían un gran sentido de la estética y les encantaba llevar cuentas, pedazos de cobre, útiles domésticos y cabezas y partes del cuerpo de muñecos de madera prendidos en sus ropas.

La mayoría de partes de muñecos al alcance de esos nativos americanos estaban moldeadas en arcilla, con un molde de dos piezas. Muy apreciados por los chicos de la colonia eran los cañones y arcabuces fundidos en peltre o cobre, con las ánimas perfectamente horadadas, sugiriendo que los muchachitos podían bombardear James Fort si querían, o que si un nativo americano se apoderara de tal juguete y lo luciera colgado de una tirilla, podría dispararse accidentalmente en su propio pie o algo peor. Por desgracia, no encontré juguetes enteros ni partes de ellos durante mi investigación junto a los arqueólogos de Jamestown, ni tampoco tuve la suerte de hallar monedas o tan siquiera un botón. Sin embargo, topé con cierto número de balas de mosquete, una punta de lanza y restos del esqueleto de una mujer que había sido fumadora crónica de pipa y no se había cortado los cabellos en un período de entre cuatro y siete años.

Y, como narrador veraz que soy, también diré, para que conste, que no encontré ninguna cremallera mientras excavaba en Jamestown. Pero si la hubiese hallado, estoy seguro de que la habría reconocido al momento y habría obtenido de ella abundante información.

Librodot

Volvamos ahora a Major Trader, esa sabandija: sigue suelto y sin remordimientos. Se le ha visto por última vez haciendo uso de una pistola detrás del Freckles y muy probablemente sigue aún en la ciudad, dedicado a sus atroces asuntos, como de costumbre. Si usted hace clic en el icono de la cárcel, en el ángulo superior derecho verá una foto reciente de Trader junto al gobernador Crimm, el caballero que empuña una lupa y está a la izquierda. Por favor, no los confunda. El gobernador es un hombre cumplidor de la ley y me gustaría aprovechar esta oportunidad para decirle lo siguiente:

Sé que es un tema delicado, señor, pero es preciso que haga usted algo con respecto a la vista, y me gustaría sugerirle que adopte un perro guía o un caballo guía. En realidad, pienso que lo mejor es lo segundo, porque el tiempo de espera para obtener un minicaballo no es tan larga, viven mucho más que un perro y usted ya tiene uno que protestaría ante la presencia de otro. Me he tomado la libertad de preguntar cómo podría usted hacerse con un minicaballo y he descubierto que hay uno disponible ahora mismo. Lo han entrenado para que sea aseado y utiliza unas fundas que le impiden resbalar en superficies lisas. Le gusta viajar en la trasera del coche o de la furgoneta, y también le gustan las otras mascotas y los niños. Se llama Tip. Me he tomado la libertad de enviar un correo electrónico a los criadores para que le reserven a T¡p y lo llamen a su despacho para informarle, lo cual han prometido hacer de inmediato.

En cuanto a otras cuestiones, señor, alguien debería investigar la situación de su mayordomo respecto al Departamento de Castigos. Ha llegado a mi conocimiento que puede haber un error en los ordenadores, y ya va siendo hora de que ese hombre sea liberado del sistema carcelario y trabaje para usted como civil en lugar de como interno. Yo que usted me ocuparía también de la situación de Moses Custer y me aseguraría de que está en custodia y protección, de forma que sus agresores no vuelvan a malherirlo o algo peor. Es posible que esos mismos delincuentes violentos dieran un golpe esta mañana temprano, cuando la empleada de una tienda fue asesinada, e incluso pueden estar relacionados con la brutal muerte de Trish Trash.

Gobernador Crimm, es hora de que demuestre a los virginianos que usted, personalmente, se ocupa de ellos y no tiene más intereses que lo que es mejor para la comunidad.

¡Tengan cuidado ahí af uera!

21

Possum leyó el último artículo del Agente Verdad varias veces y tuvo la certeza de que el anónimo cruzado de la Red sospechaba que los asaltantes que mencionaba eran Smoke y los perros de la carretera.

—¿Por qué no habría de imaginarlo? —le susurró a Popeye, que roncaba en la cama—. Todo el mundo sabe que Smoke se fugó de la cárcel y que trama maldades porque es incapaz de hacer otra cosa. ¡Oh, Señor! Popeye, ¿y si la policía descubre nuestro remolque y nos detiene o Smoke se mete en un tiroteo con ellos y terminamos todos muertos?

Popeye despertó al instante.

—¡No es justo! —continuó Possum, cada vez más irritado—. ¿Por qué

tuvieron que matar a esa mujer del Seven-Eleven? ¡Ahora hay una descripción de Smoke en las noticias porque alguien vio el tiroteo!

Possum jadeó y volvió la vista varias veces hacia la puerta cerrada.

—Bueno, es hora de que haga algo —le susurró a Popeye—. ¡Pues voy a hacerlo y sólo espero que Smoke no lo descubra!

Possum tecleó el correo:

Apreciado Agente Verdad:

Ese Trader sobre el que acaba de escribir es un pirata de la Red que firma como Capitán Bonny. Lo he descubierto por eso que usted escribió el otro día en su página respecto a que Trader tenía relaciones con esa mujer pirata a la que ya supongo muerta, a estas alturas.

Creo que usted podría atrapar al Capitán Bonny enviándole un correo electrónico acusatorio. Bastará con que le diga que le dejará una maleta impermeable llena de lo que él imagina y, cuando aparezca, lo atrape. Utilice un nombre falso que sea el mismo que el mío, para que crea que el mensaje procede de mí.

P.D. Se prepara una encerrona que tiene que ver con Popeye. ¡Ese Trader es quien urdió el plan para secuestrar a la perrita!

Possum hizo clic en «Enviar» y lanzó una mirada a la puerta cerrada con profundo alivio. Gracias a Dios, ni Smoke ni ninguno de los demás perros de la carretera habían advertido lo que acababa de hacer. Si Smoke lo pillaba enviando un correo electrónico al Agente Verdad en aquellos términos, seguro que lo mataba. Seguro que lo molía a golpes y a patadas hasta dejarlo por muerto, igual que había hecho Possum con aquel tipo inocente, Moses Custer. Este, en el mismo instante en que Possum pensaba en todo ello, recibía una llamada telefónica en su habitación del hospital.

—Es el gobernador —anunció la enfermera Charles con voz chillona al tiempo que el puño de la manga de su uniforme volcaba un vaso de la bandeja de la comida de Moses y derramaba zumo de naranja sobre el camisón hospitalario del paciente.

—¿Está segura? —replicó Moses, incrédulo. Pensó que si la enfermera provocaba un solo accidente más, alargaría la mano hasta el botón de alarma y lo pulsaría a fondo—. Quiero decir, ¿y si es alguno de los piratas que trata de localizarme?

La enfermera Charles apartó el teléfono, golpeando con él al paciente en la barbilla.

—Me temo que no está aquí —dijo al aparato mientras le limpiaba el zumo de naranja a Moses y, sin querer, le daba un codazo en la nuez.

—¡No! —el paciente le quitó el teléfono de las manos—. ¿Y si es el gobernador realmente? ¡No le puedo colgar así! —Cogió el aparato e inquirió—: Quién llama, si no le importa la pregunta? Antes de ponernos a buscar a Moses de habitación en habitación, suponiendo que esté en el hospital o que siga con vida, tenemos que asegurarnos de quién quiere hablar con él.

—Soy el gobernador Crimm.

—¿Qué gobernador Crimm? —insistió Moses, no muy convencido todavía.

—El gobernador Bedford Crimm IV. No existe otro gobernador Crimm porque, cada vez que ha habido uno, he sido siempre yo. Es la tercera vez

Librodot

que soy gobernador de Virginia. ¿0 será la cuarta?

—Todavía estamos buscando a ese tal Moses —continuó Moses, aún no decidido a fiarse de aquella voz familiar—. Pero, ya que está usted al aparato, ¿le importa si le pregunto el nombre de su madre, de su esposa, de sus hijos y de sus animales de compañía, y sus edades y números de calzado?

—Pues claro que me importa que me haga esas u otras preguntas personales —replicó el gobernador, profundamente ofendido.

—Está bien, está bien. Espere un momento.

Moses cubrió el micrófono del aparato con la mano y el corazón se le aceleró. Era el gobernador, sin duda, porque ningún gobernador respondería a preguntas personales sin más, mientras que un pirata que quisiera engañarlo haciéndose pasar por quien decía ser habría soltado los datos.

—Diga? —Moses utilizó un tono de voz algo más agudo. Al habla Moses Custer.

—Sí, sí —dijo Crimm con tono impaciente desde su asiento en el despacho del piso superior de la mansión, con su mirada nebulosa puesta en la espléndida panorámica del paseo circular y de la garita de guardia—. Parece que ese hospital está muy desorganizado y la persona que atiende el teléfono es muy grosera.

—Pues sí, esto es un lío —respondió la voz extraña, chillona, al otro extremo de la línea. La voz se dirigió a otra persona—: ¡Ay! ¡Ya se ha enredado con el catéter! ¡No vuelva a sacármelo de otro tirón! ¡Cuando me lo vuelve a meter, duele de mil demonios!

Siguió a esto una discusión sofocada y el gobernador se enteró de que Moses estaba enredado en su catéter y se negaba a que la enfermera se lo quitara y lo cambiara por un orinal.

—¡No voy a utilizar el orinal! —exclamó Moses—. Conociéndole, sé que terminará todo derramado en la cama. ¡Déjeme el catéter y llévese el orinal antes de que se caiga o me pinche con el tenedor! —A continuación se dirigió al aparato—: Bien, gobernador. Lo siento de veras, pero a esa enfermera la pasa algo, se lo aseguro. Está enferma, tiene Parkerson o disentería muscular, y cada vez que se me acerca termino terriblemente golpeado, como cuando esos piratas me pegaron y me robaron las calabazas del camión.

—Bien, me aseguraré de no ir nunca a ese hospital en concreto —dijo el gobernador mientras examinaba con la lupa el último artículo del Agente Verdad.

—Por supuesto, señor. Ni siquiera pase en coche por delante y, desde luego, no se le ocurra entrar. Y espero con todo mi corazón que nunca necesite ir a un hospital, gobernador. Cada día rezo por su salud y su prosperación.

—Qué dice? —El gobernador se acordó del consejo que le diera el Agente Verdad y preguntó—: ¿Qué dice de la transpiración?

—¿Yo? —No sé —farfulló Moses, y el gobernador pensó que estaba muy sedado.

—Ahora escuche —dijo Crimm, que iba directo al grano—. El terrible ataque que sufrió usted me ha llamado la atención y he querido saber cómo se encuentra y comunicarle que tengo un interés personal en su salud. También voy a asegurarme de que reciba usted protección cuando salga del hospital.

Librodot

—¿De veras? —La voz de Moses subió varias octavas al tiempo que oía algo parecido a una bandeja de comida que chocaba contra la puerta.

—¡Pues claro que sí! Usted es un virginiano y he jurado cuidar de todos los ciudadanos de esta magnífica y poco común Commonwealth nuestra. Dígame, ¿cuándo le darán el alta?

El gobernador vio que aquel educado agente Brazil cruzaba la verja y aparcaba su coche sin distintivos frente a la mansión. Crimm no recordaba si el joven tenía cita con él aquella mañana, pero le pareció que la visita guardaba relación con Regina y suspiró aliviado. Regina necesitaba algo en que ocupar su atención, y el gobernador necesitaba a alguien que protegiera a Moses Custer.

—Me parece que han dicho que podré irme a casa antes del anochecer, eso si esa enfermera no me rompe la cabeza o me da una medicina equivocada —respondió Moses. Le agradezco muchísimo su interés. No puedo creerlo, estoy hablando con el mismísimo gobernador. Primero me pegan y me roban las calabazas y después el gobernador me telefonea para decirme que tendré protección. Y el mismísimo gobernador en persona me dice que lamenta lo ocurrido, aunque no haya sido culpa suya, y que no voy a tener ningún problema porque esas calabazas obstruyeran el canal.

—Pues claro que no tendrá ningún problema —dijo el gobernador mientras observaba cómo Andy se apeaba de su coche y Regina bajaba las escaleras vestida de safari—. Por cierto —dijo intentando terminar la conversación y transmitir sentimientos de buena voluntad—. El sábado por la noche vendrá conmigo en el helicóptero y se sentará en mi palco en la carrera de la Winston Series. Un agente estatal llamado Andy Brazil estará esperándole en el hospital para escoltarle hasta su casa.

—¡Dios del cielo! —Moses estaba sorprendido y encantado—. ¡Nunca he estado en una carrera de la NASCAR, jamás en mi vida! ¿Sabe si es muy difícil encontrar entrada y sitio para aparcar? ¡Creo que he despertado en el paraíso!

Crimm salió a tientas de su despacho, preocupado por los minicaballos y por cómo sería que a uno lo llevaran siempre a todas partes. Supuso que tendría que acceder a ello, ya que su vista cada día era peor. Aquella mañana había tenido que agarrarse a la barandilla de la escalera con ambas manos. Luego se había sentado de nuevo en la silla Windsor del salón de las damas y había pedido dos huevos revueltos y una loncha crujiente de tocino. Como nadie lo atendía, se puso en pie, llegó a la sala de los caballeros y volvió a intentarlo. Al fin terminó en el ascensor, donde Pony lo encontró instantes después cuando transportaba ropa blanca al segundo piso.

—¿Dónde estoy? —preguntó confundido mientras Pony lo guiaba hasta la sala del desayuno.

—Siéntese, gobernador. —Pony retiró la silla de la mesa y le puso la servilleta en el regazo—. ¿Ha dormido bien, señor?

—Pues no —respondió Regina al tiempo que ponía mantequilla en la sémola—. Siempre tengo la misma pesadilla.

Como nadie en la mesa demostró interés por su pesadilla, decidió contársela a Andy tan pronto como montó en el coche sin distintivos.

—Es igual que la otra vez —dijo—. No sé qué tienen que ver las ruedas. ¿Por qué cree usted que sueño con ruedas casi cada noche? En un sueño tras otro, veo todas esas ruedas que se mueven solas por la carretera sin que las impulse ningún coche, ruedan solas...

Librodot

—¿Y tú dónde estás cuando eso sucede? —preguntó Andy a Regina mientras se abrochaba el cinturón de seguridad y le indicaba que hiciera lo mismo.

—En la cama, como si no tuviera nada que ver conmigo.

—En relación a las ruedas, me refiero —aclaró Andy.

—Intentando esquivarlas. ¿Qué le parece? —replicó ella.

—Entonces, ¿vas a pie?

—¡Pues claro que sí! Mientras papá sea gobernador, ningún miembro de la familia puede conducir. Tenemos que ir con chófer a todas partes y estoy harta de eso.

—Creo que es muy comprensible que tengas esos sueños —dijo Andy—. Sientes que no vas a ninguna parte. Eres como un coche sin ruedas o unas ruedas sin coche y, de una forma u otra, estás bloqueada en la autopista de la vida, impotente, amenazada y frustrada porque el mundo se mueve y tú no.

El gobernador y la primera dama observaban a Regina y Andy desde la ventana.

—Parece que discuten —apuntó la primera dama.

—Pues no podemos adoptar otro perro —decidió el gobernador.

—¿Quién ha dicho nada de un perro, querido?

—Mejor que no me haga con un perro lazarillo —dijo el gobernador—El Agente Verdad tiene razón. Para Frisky sería una injusticia que hubiera otro perro en la mansión. Tal vez un gato, pero me parece que no hay gatos lazarillos y, de cualquier forma, detesto a los gatos.

—Estoy segura que los gatos no se pueden adiestrar de esa manera, querido —dijo la señora Crimm—. Lo más probable es que se dediquen a subirse a objetos, a esconderse bajo otros o a no hacer nada, y sería muy arriesgado que fueras atado al gato mientras el animal hace esas cosas.

—No te atan a los animales —dijo Esperanza, que se entrometió en la conversación mientras observaba, celosa, cómo su horrible hermana pequeña se marchaba con el atractivo agente—. Vas sujeto a un pequeño tirador. Y acabo de leer en el artículo del Agente Verdad que también hay caballos lazarillos, y sugiere que te hagas con uno enseguida. A Frisky un caballo no le importaría, papá.

—Sí, pero en la mansión no podemos tener un caballo —protestó la señora Crimm.

—Pues quiero uno —decidió el gobernador—. Hoy mismo.

No me gusta en absoluto la idea de que Regina vaya al depósito de cadáveres —dijo la señora Crimm, preocupada mientras Andy y su hija se perdían de vista.

—Tal vez le siente bien —comentó el gobernador—. Tal vez le haga ver lo afortunada que es y así deje de quejarse tanto.

—Estoy de acuerdo —intervino Esperanza—. Debería estar contenta de estar viva.

El gobernador se alejó y chocó contra un busto de tamaño natural de lady Astor.

—Discúlpeme —murmuró.

Aquella mañana, Barbie Fogg también chocaba con cosas. Con la mirada turbia debido al exceso de combinados, chocó con una esquina de la cama, se dio en el hueso de la risa con la tostadora y unos segundos antes, en un

Librodot

despiste, casi había chocado con el coche que iba delante de ella en la autopista. Por lo general, cuando se dirigía en la furgoneta al Ministerio Baptista del Campus, donde trabajaba como voluntaria, nadie le prestaba demasiada atención. Sin embargo, aquella mañana muchos automovilistas se fijaban en su estado de estupor, y eso la distraía.

Siempre había sido una mujer atractiva que vestía ropa llamativa, aunque de buen gusto, y creía profundamente en el cuidado de la piel. «La piel es el regalo que Dios hizo a las mujeres», decía con frecuencia a las alumnas que se acercaban a ella en busca de consejo. «La ropa y los accesorios no sirven de nada si no van acompañados de una buena piel», y todo el mundo tenía que ir con regularidad al dermatólogo y utilizar cremas limpiadoras e hidratantes, así como evitar el sol.

Era cierto que aquella mañana su piel resplandecía de forma especial tras la mascarilla de glicólico que medio recordaba haberse puesto la noche anterior después de beber en abundancia. Pero por qué la miraban todos esos automovilistas? Algunos de ellos incluso hacían sonar la bocina, y uno que llevaba un pendiente y que la adelantó con su Porsche levantó el pulgar en señal de triunfo.

Redujo la velocidad al llegar a la cabina de Hooter y vio, complacida, que también ella lucía con orgullo el adhesivo del arco iris pegado en el cristal deslizante de la cabina.

—Vaya, ¿tú trabajas veinticuatro horas o qué? —la saludó Barbie. Hooter parecía encontrarse indispuesta—. Las dos tenemos adhesivos del arco iris, qué divertido, ¿no?

—Uf, ayer me pasaron unas cosas tan extrañas... —empezó a contar Hooter mientras los coches formaban una cola tras la furgoneta.

Hooter explicó a Barbie que un chalado sentado en un paquete de armas junto a un contenedor de un callejón había querido volarse las partes íntimas con una pistola.

—Y luego... ¿Conoces a ese agente inmenso con el que ligué anoche? Pues... —Hooter interrumpió su relato—. No, claro, no hay ninguna razón para que lo conozcas, pero tuve que llevarlo a casa de su mamá y él quería unos cariñitos, pero yo no le hice caso porque su mamá estaba justo allí, en la habitación de al lado, y seguro que estaba escuchando lo que hacíamos con la oreja pegada a la pared.

»Y entonces le dije: "¿Por qué vives aún con tu madre? Imagínate si llego a hacer lo que me pides y entra en la habitación y nos ve...". ¿Te imaginas si me pongo a montar el caballito de ese agente inmenso y cuando estamos en plena faena entra su madre en camisón? A mí eso me parece enfermizo. Ese hombre es raro, te lo aseguro.

-¿De qué caballito hablas? —Barbie estaba horrorizada y confundida.

—Es el nombre que él le da a la cosa de hombre más grande que jamás... —Los bocinazos apagaron el último comentario—. Lo que pasa es que nunca he visto una en directo, pero si me atengo al lío que armaba cuando intentaba sacarlo de su establo, ¿entiendes qué quiero decir? Tenía que ser realmente grande. —Sonaron más bocinas.

—Sí, bueno, ¿tú dirías que yo armo mucho lío? —le confió Barbie—. Toda esa gente me mira y toca el claxon y casi me saca de la carretera —añadió mientras un gran camión entraba en la hilera contigua y Bubba Loving alzaba el dedo índice en gesto despectivo y gritaba algo a Barbie—. ¿Cómo sabe mi nombre? —le preguntó a Hooter—. Es la primera vez que veo a ese

Librodot

hombre en mi vida y acaba de gritar mi nombre. Soy muy buena leyendo los labios.

—¡No me digas! —comentó Hooter, mirando hacia el camión—. No los soporto, de veras, cuando llevan la bandera confederada en el parabrisas y el nombre de Bubba» en la placa de matrícula. Suerte que ha ido a pasar por importe exacto, porque yo no toco dinero con-federado ni con guantes ni sin ellos, pero me parece que no ha dicho tu nombre. En realidad, dudo mucho de que lo haya dicho —añadió Hooter.

—Pues yo estoy segura de que ha dicho Fogg.

—No, qué va, dijo algo que no sonaba nada bonito, pero no fue tu apellido.

—¿Me ha insultado? Eso es el colmo. —Barbie estaba confundida—. ¿estás segura de que no ha dicho mi apellido?

—No seré yo quien se lo pregunte. Es un blanco sureño y palurdo y probablemente tiene una capucha en el armario, si sabes a qué me refiero.

Barbie no sabía a qué se refería.

—Sí, mujer, una sábana blanca. Seguro que va por ahí quemando cruces con los del Ku Klux Klan.

—Todo el que queme cruces irá al infierno —dijo Barbie con pía indignación.

—No me importa adónde vaya la gente como él después de morir. Lo que no quiero es que se detenga ante mi cabina e intente averiguar dónde vivo para venir luego a quemar cruces en mi jardín, aunque la verdad es que no tengo jardín. Pero supongo que puede quemar una cruz en el aparcamiento.

—Hay tanta gente chiflada. —Barbie estaba desanimada—. Las cosas no pueden ir peor.

Hooter no podía estar más de acuerdo con ella.

Mientras doblaba por la calle Nueve, camino del depósito, con Regina haciendo estallar globos de chicle en el asiento del pasajero, Andy tampoco creía que las cosas pudieran ir peor.

Cómo se ponen en marcha las luces y la sirena, en este cacharro? —preguntó ella.

—No vamos a poner en marcha la luz ni la sirena —respondió él—. Y no me hables de usted, porque ahora eres la agente auxiliar.

—Muy bien. ¿Y por qué no las pones? Estás atendiendo un caso de asesinato, ¿no? Me parece que si quisieras ponerlas en marcha, podrías hacerlo.

—No, no podría. No estamos persiguiendo a nadie ni tampoco tenemos prisa —dijo, intentando contener la irritación.

—No estamos de buen humor hoy, ¿verdad? —comentó Regina mientras miraba por la ventanilla a la gente que buscaba aparcamiento en vano o esperaba bajo el frío para cruzar la calle.

No se veía sometida a los inconvenientes habituales y, por primera vez en muchos años, se sentía feliz. No podía creer que por fin había escapado a la guardia de protección de personalidades e iba con Andy dentro de un coche nuevo de la policía estatal, camino del depósito de cadáveres.

—Seré una buena compañera para ti —prosiguió—. Sé muchas cosas que tú probablemente no sabes y, ya puestos, más cosas que esa forense. Apuesto a que no sabrías qué hacer si quedaras atrapado en unas arenas movedizas, ¿verdad?

Librodot

—No tengo la intención de quedarme nunca atrapado en una duna —replicó Andy—. La evitaría.

—Sí, eso es muy fácil decirlo. Si fuera tan sencillo evitar las arenas movedizas, la gente no se quedaría atrapada en ellas y moriría. Lo que hay que hacer es extender los brazos y las piernas e intentar flotar. —Se lo enseñó—. Después pones el bastón bajo la espalda para no hundirte y sacas las piernas y escapas. Y si quieres derribar una puerta, pegas una patada al cerrojo y la cerradura de un coche puede abrirse con una llave inglesa y una ganzúa. También sé cómo sobrevivir a los ataques de los cocodrilos, las pitones y las abejas asesinas —fanfarroneó—. Además puedo dar a luz en un taxi o salvarme si mi paracaídas no se abre.

—Eso lo dices porque has leído Cómo sobrevivir a la peor situación posible —replicó Andy para sorpresa de la chica—. Pero que hayas leído ese libro sentada confortablemente en la mansión no significa que sepas salvarte si ocurriera lo peor.

—Papá me lo regaló por mi cumpleaños —dijo Regina con presunción—. Y a mis hermanas nunca se lo ha regalado porque son unas cobardes a las que no les interesan las aventuras. No puedo imaginarme a Esperanza intentando aterrizar un avión cuyo piloto hubiese sufrido un infarto, y Constanza se moriría de miedo si se perdiera en el desierto o naufragase en alta mar.

Revolvió en su mochila y sacó el pequeño manual de brillantes tapas amarillas.

—Así pues, ¿qué harías si no se te abriera el paracaídas? —preguntó a Andy mientras alisaba la punta doblada de una página manchada de algo que parecía chocolate.

—Antes de saltar comprobaría que el paracaídas está en buen estado —replicó Andy, cuya paciencia se tensaba como una cuerda de guitarra a punto de romperse.

—¿Y si hubiera una tormenta de relámpagos?

—La evitaría.

—¿Te refugiarías bajo un árbol? —Regina estaba dispuesta a confundirlo para que diera una respuesta incorrecta.

—Pues claro que no.

—¿Y si estuvieras haciendo submarinismo a ochenta metros de profundidad y te quedaras sin aire? —le preguntó Regina con agresividad.

—Eso no me ocurriría.

Regina cerró el manual de una palmada y volvió a guardarlo en la mochila.

—Cuándo crees que podré conseguir un uniforme? —preguntó ella, cada vez más enojada.

—Después de que hayas asistido a la academia y te hayas graduado. Casi un año entero, siempre y cuando la academia te acepte.

—Tienen que aceptarme.

—El hecho de que tu padre sea gobernador no significa que todo el mundo tenga que aceptarte —replicó Andy de mal humor—. No tengo intención de decir a nadie quién eres, salvo una auxiliar que me ayuda.

—Pues ya lo diré yo —dijo ella, tras abrir la ventana y tirar el chicle.

—Eso sería muy poco inteligente por tu parte. ¿No crees que ya es hora de que la gente te acepte por cómo eres en vez de por quién eres? Y no tires nada por la ventanilla.

Librodot

—¿Y si no me aceptan? —preguntó con languidez—. Y tú ya sabes que no me aceptarán. Nadie me ha aceptado nunca aun sabiendo quién es mi padre, ¿cómo van aceptarme sin saber quién es?

—Supongo que ha llegado la hora de que veas lo que ocurre y que aceptes de una vez por todas la realidad —dijo Andy mientras doblaba por Clay Street—. Y si la gente no te acepta, la culpa sólo será tuya.

—¡Y una mierda! No es culpa mía. —La voz de Regina subió de tono y se volvió más estridente—. ¡No puedo evitar haber nacido así!

—En cambio sí puedes evitar ser brusca y egoísta —replicó Andy—. Y todavía no estoy sordo, así que no grites. Quizá por una vez en la vida podrías pensar en los demás en vez de en ti misma. ¿Y esa pobre persona que ha pisado el chicle que acabas de tirar? ¿Te gustaría pisar un chicle cuando vas hacia el trabajo, tienes prisa, no puedes comprarte unos zapatos nuevos y te has dejado un niño enfermo en casa?

Regina nunca había pensado en eso.

—La gente no te acepta porque tú tampoco aceptas a nadie, ésa es la única razón. Son cosas que la gente nota —prosiguió Andy, que aparcaba detrás de un moderno edificio de ladrillo llamado Biotech II que albergaba la oficina y el laboratorio del forense.

—Pues no sé cómo hacerlo —confesó Regina—. Uno no sabe hacer cosas que nadie le ha enseñado. Y durante toda mi vida, todo el mundo me ha tratado de una manera especial porque soy quien soy. Nunca he tenido la oportunidad de pensar en nadie más.

—Pues ahora ya la tienes. —Andy aparcó en un espacio para los visitantes y se apeó—. Porque si me tratas mal, yo te trataré mal. Tal vez sea una buena cosa que hayas venido al depósito; así podrás practicar el ser amable con personas muertas a las que no les importará que no lo consigas.

—¡Qué idea tan estupenda! —Entusiasmada, Regina siguió a Andy por la acera en dirección al vestíbulo—. Pero ¿cómo voy a preocuparme de los sentimientos de alguien que ya no puede sentir?

—Eso se llama simpatía, compasión, unas palabras que sin duda te son desconocidas. —Andy se detuvo en recepción y firmó en el libro de visitas—. Intenta pensar en lo que han sufrido las personas que se encuentran aquí y en lo tristes que están sus familiares. Por una vez, deja de pensar en ti misma. Y si te portas de una manera molesta, eso será el final de tu trabajo como auxiliar porque no lo toleraré y sé que la jefa tampoco, y te echará a la calle de una patada.

—Papá puede despedirla —señaló Regina.

—Y ella se comerá a tu padre para desayunar —replicó Andy.

Mientras las cerraduras electrónicas se abrían y entraban en el despacho de la forense, Andy le tendió un pequeño bloc y un bolígrafo.

—Toma notas —le ordenó—. Apunta todo lo que diga la doctora y mantén la boca cerrada.

Regina no estaba acostumbrada a recibir órdenes, pero tan pronto como vio fotos de autopsias en las mesas del despacho empezó a perder su fanfarronería y su egoísmo habituales. Parecía que las empleadas conocían muy bien a Andy, y se mostraron muy simpáticas y coquetas con él. Regina quedó sorprendida y emocionada cuando Andy la presentó como su auxiliar.

—Menuda suerte la tuya —dijo una de ellas, guiñándole el ojo.

—Y yo, ¿por qué no puedo ser tu auxiliar? —preguntó otra—. Me encantaría que me enseñaras un par o tres de cosas.

—Hemos venido por el caso de ese pescador. —Andy iba directo al grano—. ¿Se está ocupando de él el doctor Sawamatsu?

—No, todavía no ha llegado.

—¿Y la jefa? —Andy se alegró de que el doctor Sawamatsu no estuviera y deseó que no apareciese. En primer lugar, el inglés del doctor Sawamatsu era lamentable y a Andy le costaba mucho esfuerzo entenderlo, sobre todo cuando utilizaba términos técnicos. El doctor Sawamatsu tenía sangre fría y era cínico, y Andy siempre se oponía a las personas que se mostraban insensibles con las víctimas, estuvieran éstas vivas o muertas. Y aún había algo peor: el doctor Sawamatsu había alardeado repetidas veces ante Andy sobre su colección de recuerdos entre los que se contaban articulaciones artificiales, implantes de mama y de pene, un ojo de vidrio, piezas y trozos humanos procedentes de accidentes aéreos y otros desastres. Andy dudaba de que la jefa e-tuviera al corriente de aquella afición indecorosa de su ayudante, porque la colección estaba en su casa y no en la oficina.

—Tal vez se lo diré —pensó Andy en voz alta mientras recorría el largo pasillo alfombrado que conducía a los despachos de la doctora Scarpetta.

—Decirle qué a quién? —Regina miró a su alrededor asombrada, haciendo una pausa para observar las salas interiores, donde había microscopios sobre las mesas y rayos X sujetos ante fuentes de luz.

—No hagas preguntas y, como decimos en las investigaciones criminales, no toques ni muevas nada —le advirtió Andy—. Y no podrás divulgar nada de lo que oigas o veas, ni siquiera a tu familia.

Lo intentaré —asintió ella. Pero hasta ahora nunca he guardado un secreto.

Barbie Fogg solía escuchar secretos que le contaba la gente y también tenía algunos propios. Dolida por si Lennie también los tenía, decidió tomar la siguiente salida de la autopista y volver a la cabina de Hooter para contarle que estaba preocupada por la marcha de su matrimonio.

—Lennie sale mucho de la ciudad y el otro día me dijo que quería una amiga. ¿Tú crees que tiene ligues en la carretera porque a mí no me apetece el sexo? —le confió Barbie a Hooter. Bueno, en realidad Lennie se dedica a vender propiedades, y eso significa que pasa muchos ratos en casa sin demasiado que hacer, por lo que a veces vigila a las gemelas. Que tiene tiempo de sobra para los ligues, vaya. Y para empeorar aún más las cosas, ahora tiene que ir a Charlotte para una reunión importante, lo cual supone que me tendré que quedar en casa y no podré pasar a verte en una semana más o menos.

Tanto Barbie como Hooter se mostraron decepcionadas. Era como si fueran amigas de toda la vida.

—Oh, querida, no había pensado hasta ahora lo mucho que voy a echarte de menos —confesó Barbie.

—¡Oh, Dios mío, si no vienes a verme sufriré una crisis de ansiedad! ¿Con quién hablaré? ¿Por qué tiene que ir la gente a Charlotte? Estoy tan harta de que todos vayan a Carolina del Norte, ¿sabes? Como si fuera la tierra prometida o algo así. Mira, yo nunca he estado en Carolina del Norte. ¿Qué tiene de especial?

—¿Trabajas mañana por la noche? —le preguntó Barbie mientras llegaban más coches y empezaban a tocar la bocina—. ¿Por qué no vienes conmigo a

Librodot

la carrera de la NASCAR? Me encantaría. Podrías ver a todos esos pilotos tan guapos. Pero deberías tomarte la tarde libre, porque me gusta llegar muy temprano y pasear por los boxes mientras los chicos se preparan para pilotar los coches. A veces te permiten que te hagas fotos con ellos. ¡Oh, si supieras cómo es estar allí, abrazada a un piloto guapo, con su ajustado traje ignífugo de colores...!

—Pues no, no lo sé. Jamás he ido a una carrera de la NASCAR y tampoco he visto nunca pilotos afroamericanos. —Hooter no prestaba ninguna atención a la interminable hilera de automovilistas impacientes—. ¡Quizá me tome libre el día entero! No he tenido vacaciones desde que se casó mi hermana y fui a la boda. Fui su dama de honor. —El rostro de Hooter resplandeció al recordar lo bien que se lo había pasado vestida con aquel traje largo de color rosa, con mangas transparentes y lleno de pasamanería y lazos—. Fue un día maravilloso, amiga, te lo aseguro.

—¡Venga! ¿Por qué no te dedicas a conversar con tu amiga en otro momento, joder? ¡Vamos, que esto es un nido de tortilleras! —gritó Bubba Loving desde su camión.

—¿Qué demonios es un nido de tortillas? ¿No era de golondrinas? —preguntó Barbie mientras anotaba su teléfono en un papel—. ¿Y por qué está otra vez aquí ese hombre vulgar gritando sobre cosas de comer?

—Hay que serlo para entender que otro lo es —le gritó Hooter a Bubba.

—Toma, —querida le dijo Barbie a Hooter—, llámame en las próximas horas. Estaré en el Ministerio Baptista del Campus; si me telefoneas y me dices que vendrás a la carrera, no regalaré la entrada a otra persona afortunada. ¡Ven, por favor! ¡Oh, querida, cómo me gusta tener amigas para hablar con ellas!

—Creo que sí que vendré. Sí, seguro que sí. ¡Pues claro que sí, maldita sea! —Hooter estaba cada vez más excitada con la idea—. Cuenta conmigo a menos que no logre encontrar a nadie que me haga la suplencia en la cabina. ¿Qué te parece si vienes a recogerme aquí mismo? ¿A qué hora quedamos?

—A las dos en punto.

—Bien, pues yo iré a casa a cambiarme y luego volveré aquí. Entonces tendremos todo el tiempo del mundo para hablar de tu desgraciada vida sexual.

—Eso será maravilloso. Contenta, Barbie la saludó con la mano al tiempo que se alejaba y olvidaba pagar los setenta y cinco centavos del peaje, lo cual disparó las alarmas—. ¡Funciona! ¡El arco iris funciona! ¡Magia, esto es magia!

—¿Por qué no hablas con tu amiga cuando no haya nadie esperando? —le gritó Lamonia desde su Dodge Dart.

Lamonia estaba de mal humor, lo cual era comprensible. Primero la habían esposado por culpa de su mala visión nocturna, después se había quedado atrapada en el tráfico porque dos lesbianas de distinta raza flirteaban en la cabina del peaje de la autopista mientras un racista palurdo las insultaba. ¿Qué ocurría en el mundo para que las cosas fueran tan mal? «0h, Dios mío, ten compasión», pensó Lamonia. Todo el planeta iba camino de la autodestrucción y sólo era cuestión de tiempo que Jesús se hartase y volviera a la tierra, y Lemonia todavía no estaba preparada para el juicio final, no señor. Cada domingo, Lamonia le pedía a Jesús que esperase un poco, porque si aparecía en una nube para llevarse consigo a todos los

Librodot

creyentes, tenía muchos amigos y vecinos que serían condenados al fuego eterno.

—Consagra tu vida al Señor —le dijo Lamonia a Hooter mientras dejaba el billete de un dólar en la mano enguantada.

Usted lo ha dicho, amiga —replicó Hooter, dejando caer tres cuartos de dólar en la lata y devolviéndole uno de cambio.

—¡Yo no soy amiga tuya ni de nadie! Pide perdón por tus pecados y reza a Jesús. Pídele que se haga cargo de tu vida y le dé sentido, ¿me oyes? Porque El vendrá pronto, ¿y verdad que no te gustará que te encuentre sentada en esa cabina, entregada a tus perversiones con desconocidos, ni descubrir que la mitad de los coches que pasan por tu carril van vacíos porque ya han sido transportados por El?

—Tiene toda la razón —animó Hooter a la predicadora—. Toda la razón del mundo.

Lamonia no necesitaba que la animasen.

—Dos hombres trabajan en un campo —prosiguió— y, de repente, uno de ellos desaparece. Dos mujeres hacen la colada en una lavandería pública y, de repente, una de ellas desaparece. Tú estarás cobrando los peajes y, de repente, la mitad de los conductores desaparecerán, y será mejor que no te quedes sentada en la cabina porque eso significará que no subirás con El al cielo.

—¡Yo estoy preparada para el Juicio Final! —aseguró Hooter a Lamonia mientras ambas se intercambiaban sus números de teléfono ¡Estoy preparada y lo espero con ganas, siempre lo he esperado! Jesús volverá, siempre lo he sabido. —Hooter miró hacia el techo de la cabina—. Ven, Jesús, ven ahora. Te estoy esperando y no te cobraré el peaje cuando bajes flotando de tu nube.

—¡No! —gritó Lamonia. ¡No le pidas que venga ahora! ¡Todavía hay mucho trabajo por hacer, estúpida! ¡Mira, todos esos son pecadores! Kilómetros y kilómetros de pecadores. ¡Primero reza por ellos, muchacha!

Hooter miró la larga cola de coches que hacían sonar las bocinas.

—Sí, amiga, tiene razón. La mayor parte de ellos no están preparados para la venida del Señor. Oh, mira que son desagradables... —Hooter sacudió la cabeza con tristeza—. Por eso, pedimos a Jesús que espere un poco más, que nos dé algo más de tiempo —rezó en voz alta mientras Lamonia salía del carril del peaje y embestía a otro coche—. Por favor, Dios de los cielos, dame fiesta el sábado por la tarde, ¿comprendes? Necesito unas pequeñas vacaciones —suplicó Hooter—. No te pido nada más, Señor.

—¡Oh, Dios santo! —rezaba el doctor Faux mientras Fonny Boy y él iban en el bote, a la deriva—. Llevamos así toda la noche y media mañana y tengo tal frío y tal hambre que creo que no sobreviviré a las próximas horas. Ayúdanos, Señor, por favor.

Fonny Boy había desistido de entrar en el compartimento cerrado y se dedicaba a tocar amargas notas con su armónica y a probar diversos métodos de técnicas de respiración. Casi deseaba que los capturaran y los devolvieran al almacén; lamentó no haberse preocupado de llevar comida y bebida para la travesía, pero había su-puesto que llegarían al continente antes de necesitar las vituallas.

—¡Señor, ten piedad! Me parece que la corriente nos lleva de vuelta a la isla —le dijo al doctor Faux.

Librodot

—Yo no veo tierra por ninguna parte. Y si estuviéramos cerca de la isla, ya nos habrían localizado y tal vez obligado a pasar la plancha. A mí me parece que nos hemos desviado hacia el santuario y, de ser así, en esa zona no habrá ningún pescador y moriremos.

—No, qué va —replicó Fonny Boy—. La corriente va hacia el otro lado —señaló las ligeras olas que se movían en el agua—. Pero seguro que creen que hemos logrado escapar en el bote y si ahora no nos apresuramos, nos atraparán y tendremos que recitar la Biblia.

—A menos que crean que estamos en el continente, y ya sabes que allí no nos buscarán. ¿Seguro que no puedes recordar la combinación de ese maldito candado? En ese compartimento tal vez haya bengalas o un espejo para hacer señales.

Fonny Boy sabía la combinación y se sentía terriblemente frustrado por no poder recordarla. Había probado todas las fechas de cumpleaños de su familia, el código postal de Tangier y varios números de teléfono, pero todo había sido en vano. Golpeó la armónica contra el costado de la barca para sacarle el exceso de saliva. Luego tocó una melodía en clave de do, como siempre, empezando por el cuarto orificio.

—¡Piensa, Fonny Boy! —lo alentó el doctor Faux—. La gente suele utilizar trucos para recordar cosas, y supongo que tu padre recurría a alguna combinación de números que nunca olvidase. ¿Hay algún otro número que fuera importante para él? ¿Su aniversario de boda?

Fonny Boy tampoco lo recordaba. Sopló en el extremo grave de la armónica e intentó una pequeña improvisación de blues, como hacía su héroe Dan Aykroyd.

—Sé que algunos pescadores utilizan la brújula —seguía hablando el dentista—. ¿No crees que tu padre tiene una para cuando sale a controlar los cangrejos?

La palabra «cangrejo» voló desde aquel barco que apenas se movía y se posó en el agua, para hundirse después hasta el fondo. Allí un gran grupo de callinectes («nadador hermoso», en griego) sapidus («sabroso», en latín) disfrutaban de la tranquilidad y la seguridad que les proporcionaba el santuario de los cangrejos. Los fugitivos del cubo estaban apiñados todos juntos y un cangrejo azul muy hermoso, con unas grandes pinzas, decidió investigar las voces humanas y el débil sonido de la armónica. Nadó entre el lodo, dejando a sus amigos en una nube de cieno, y a unos ocho metros de la superficie espió la quilla de la barca y oyó voces.

—No, qué va. No utiliza brújula. Las brújulas ya no se necesitan —decía una voz de muchacho.

El cangrejo reconoció que era la voz de aquel chico flacucho y rubio de la isla que siempre hablaba de los tesoros de los piratas cuando él salía a desayunar a primera hora de la mañana.

—Vaya, ¿y el número de tu apartado de correos? —preguntó otra voz.

El cangrejo azul no la reconoció, aunque su acento parecía del continente.

Fonny Boy probó aquel número, pero el candado permaneció tal cual.

—¿Un número de la suerte, tal vez? ¿No tiene tu padre un número de la suerte?

El único número de la suerte que se le ocurrió a Fonny Boy fue el trece, pero el candado tampoco se movió. Volvió a concentrarse en la armónica y tocó un !Oh Susanna! casi irreconocible.

—¿Y una comida o una bebida que le gusten mucho y que lleven número?

—El doctor Faux no iba a rendirse. Como la salsa Heinz 57, el Seven-Up o el chile Dos alarmas...

—A mi padre le gusta el Seven-Up —dijo Fonny Boy con un brillo de esperanza—. Le gusta beberlo con los helados Spanky. No conozco a nadie que beba tanto Seven-Up como él, pero para la combinación se necesitan cuatro números y el Seven-Up sólo tiene uno.

—Bien, «seven» es «siete», pero «up» significa «arriba», no le veo sentido...

Fonny Boy decidió seguir arrancando notas de su armónica.

—¿No hay ningún número que signifique «arriba»? Tiene que haberlo. ¡Vamos, Fonny Boy, piensa!

—La brújula tampoco tiene un «arriba». Sólo Norte, Sur, Este y Oeste —replicó Fonny Boy.

—«Up» podría ser «Norte», hacia arriba —insistió el doctor Faux—. ¿Cómo se marca el Norte en los cuadernos de náutica? Con un cero, ¿verdad? ¡Cero grados!

Pero no puede ser el cero... ¡Espera! ¡Ya lo tengo! Prueba con 360. Son tres números y también sería dirección Norte, o sea que tu padre tal vez utilizaba siete y tres-cientos sesenta como clave de Seven-Up.

El cuerpo fusiforme del cangrejo se propulsó de nuevo hacia abajo, hasta el fondo, donde avisó a sus aterrorizados amigos.

—¡Hay siete de ellos ahí arriba! —exclamó—. Y están desobedeciendo la ley porque pescan en el santuario. ¡Voy a hacer que los arresten!

El cangrejo supuso que los siete pescadores del bote eran una banda armada que buscaba a los cangrejos y la trucha, aunque los cangrejos no la habían visto desde hacía bastante tiempo. 0 tal vez la banda de los siete, como el cangrejo empezó a llamarlos, eran unos piratas a quienes el gobernador había prometido inmunidad si encontraban los cangrejos y la trucha y los devolvían en un cubo a la mansión. Los cangrejos azules conocían bien a los piratas; ni los impresionaban ni les tenían miedo. Los piratas estaban siempre demasiado enfadados y borrachos como para dedicarse a perseguir cangrejos, y eso había sido así desde hacía cientos de años. La vida de los cangrejos tampoco había mejorado en lo más mínimo por los viejos cañones, monedas y joyas que encontraban en el fondo de la bahía. A decir verdad, a los cangrejos les importaban un pito los tesoros.

Pero a aquel isleño rubio llamado Fonny Boy sí que le importaban, pensó el cangrejo mientras avanzaba entre la nube de lodo hasta llegar a una plataforma en el lecho de la bahía en el que había el pecio de un balandro cubierto por el cieno. El viejo pecio había sido alcanzado por balas de cañón y se había hundido en un bajío, y con el paso de los siglos la corriente lo había arrastrado hasta su presente ubicación. El cangrejo escarbó alrededor de una oxidada ancla y agarró un trozo pequeño de hierro. Se impulsó furiosamente con sus patas nadadoras hasta llegar al bote, se encaramó en el motor fuera borda y lanzó el trozo de hierro al aire. Cayó justo sobre el regazo de Fonny Boy, que ensayaba una cara de pez chupándose las mejillas a fin de conseguir notas más limpias con la armónica.

—Qué demonios es esto? —gritó Fonny Boy, sorprendido—. ¡Mira!

Estudió el trozo de hierro y supo que era muy antiguo y que, probablemente, pertenecía a un barco hundido.

—¡Un trozo de tesoro que cae del cielo y nos dice que ahí abajo hay un barco malandrín! —exclamó, presa de una excitación incontrolable al darse

Librodot

cuenta de que por fin, después de una vida tan dura, su sueño se hacía realidad—. ¡Tenemos que marcar este sitio, porque si no lo perderemos!

La única manera de marcar un sitio era tirar al agua una nasa de cangrejos y, unos minutos más tarde, los cangrejos fugitivos vieron descender una nasa metálica que quedaba colgando unos metros por encima del fondo porque la cuerda era demasiado corta.

El cangrejo frunció su curiosa boca en una sonrisa, seguro de lo que ocurriría a continuación; los isleños eran muy previsibles. La codicia haría enloquecer al chico isleño y la banda de los siete pronto caería presa.

El plan de Possum también iba bien. Había cortado camisetas de distintos colores, y había cosido y pegado los trozos dándoles una forma que empezaba a parecer la de una bandera.

—¿Ves lo que hago, niña? —le susurró a Popeye.

Alisó la bandera sobre la cama y la perrita quedó sorprendida al ver una calavera que fumaba un cigarrillo.

—Ya tenemos una bandera para las carreras de la NASCAR Possum murmuró orgulloso—. La colgaremos en los boxes, donde fingiremos ser unos mecánicos, y me aseguraré de que alguien busque la bandera y venga a salvarnos. 0 si eso no funciona, tal vez a Smoke le guste tanto la bandera que se muestre más agradable con nosotros y cuando escapemos a la isla Tangier, encontraré la manera de escabullirme contigo y correremos a la casa del pescador más cercano.

Possum clavaba la aguja en la bandera y volvía a sacarla para coser la calavera pirata.

—Entonces te devolveré a la superintendente Hammer y la policía olvidará mi ataque a Moses Custer. Y tal vez incluso pueda ir a verte de vez en cuando. Quizá la superintendente Hammer me contrate como cuidador tuyo. ¿Qué te parece?

A Popeye le pareció una idea extraordinaria. Possum siguió uniendo los trozos de camiseta con hilo y aguja y pegamento. El resultado no fue el que había esperado, pues advirtió que la bandera sólo tenía un lado y eso lo obligaría a montarla entre dos postes, antenas o palos en vez de hacerla ondear. De todas maneras, estaba satisfecho con el resultado, que no era reconocible como NASCAR o como un Jolly Roger, sino como un híbrido de ambas cosas.

Possum clavó la obra terminada en la pared y se sentó en la cama, imaginando la reacción de Smoke. Le preocupaba ir a la carrera el sábado y se preguntaba qué planes y esperanzas podrían salir mal. Una cosa era segura: no quería más problemas. Cómo le gustaría volver al sótano de sus padres y poder salir por la noche sin miedo de que lo arrestaran... Possum había visto en el noticiario de la televisión que Moses estaba todavía en el hospital y, gracias a Dios, su estado era estable. Al recordar que había apuntado con la pistola a aquel pobre hombre que yacía en el suelo y le había disparado, Possum se echó a temblar.

Aún no comprendía qué le había ocurrido; lo único que sabía era que tenía miedo de Smoke. También sabía que si se comportaba distinto de los otros perros de la carretera, tarde o temprano acabaría con una bala en la cabeza. ¡Oh, cómo lloraría su madre si se enteraba de que lo habían matado y habían abandonado su cuerpo junto con el cadáver de una perrita blanca y negra! Si Ben Cartwright o Joe o Hoss pudieran ayudarlo... Pero en todos los

Librodot

episodios de Bonanza que Possum había visto, jamás aparecía ningún niño negro en La Ponderosa.

—Tal vez no le gusten los negros —pensó Possum en voz alta mientras imaginaba a Ben Cartwright con su chaleco de cuero y su cabello blanco como la nieve—. Los negros eran esclavos, así que, ¿por qué soy tan estúpido de pensar que alguien montado en un caballo vendrá a rescatarme? —Possum miró la bandera que colgaba detrás del televisor—. En La Ponderosa nunca he visto banderas confederadas ni esclavos, sólo a Hop Sing, que es chino y puede entrar y salir a su antojo siempre y cuando limpie la casa y cocine.

Possum se preguntó si podía hacer algo para congraciarse con los Cartwright, que debían de estar muy decepcionados por su reciente conducta delictiva.

—Siento lo de Moses —Possum le dijo a Hoss.

—Bueno, amiguito, lo que hiciste estuvo muy mal —replicó Hoss.

—Ya lo sé, Hoss, créeme, pero tenía miedo y Smoke me habría matado o pegado o habría ahogado a Popeye si no hubiese apretado el gatillo. Me gustaría volver a ese momento y escapar antes de que fuera demasiado tarde. Pero ahora sí ya es demasiado tarde y aquí estoy.

—Tienes que arreglarlo, amiguito —dijo Hoss desde debajo de su inmenso sombrero blanco—. Lo hecho, hecho está, pero nunca es demasiado tarde para arreglarlo.

—Cómo? —le preguntó Possum a Ben.

Ben iba montado en su caballo, dispuesto a marcharse a Carson City. Miró a Possum desde lo alto y esbozó una leve sonrisa.

—Podrías empezar por llamar a Moses y pedirle disculpas —respondió, moviendo las riendas—. Y después tendrías que entregarte el sheriff Coffey —añadió antes de salir al galope.

Possum permaneció en la oscuridad y abrió despacio su teléfono móvil. El corazón le latía con fuerza mientras se aseguraba de que nada se moviera en el remolque. No oyó nada y llamó a información para que le pusieran con el hospital donde sabía que Moses estaba ingresado.

—Con Moses Custer, por favor —dijo Possum en voz baja.

—Quién llama? Moses Custer sólo acepta llamadas de personas que están en una lista.

—Soy el número tres de esa lista, señora —replicó Possum, con la intención de engañar a la mujer.

La oyó comprobar sus papeles con la esperanza de que el número de Dale Earnhardt fuera su número de la suerte, y más o menos lo fue.

—Aquí dice el señor Brutus Custer y señora. ¿Quién de ellos es usted?

Possum tenía una voz alta y aguda que podía pasar tranquilamente por la de una mujer. Se sintió algo ofendido, pero supo que no podía fingir que era Brutus.

—Soy la señora Custer. Estoy muy preocupada por mi suegro. Ni como ni duermo. Dígale que si no tiene ganas de ponerse, ya llamaré en otro momento.

Possum le había dado a la recepcionista una excusa para que se lo quitara de encima, y cada vez estaba más nervioso. Entonces Ben Cartwright se volvió en su silla y lo miró con severidad.

—Espere —dijo la recepcionista.

—Hola —dijo una voz de hombre al otro lado del hilo—. ¿Eres Jessie?

Librodot

¿Cómo estás? ¿Por qué no has venido todavía a verme? Hoy ya me marcho a casa.

—Señor Custer, no soy Jessie pero quiero hablar con usted. Por favor, no cuelgue. —El corazón le latía con tal fuera que Possum pensó que le rompería las costillas.

—Quién es? —preguntó Custer, suspicaz.

—No puedo decírselo, pero siento mucho lo que le ocurrió. Estuvo mal, muy mal; yo no quería hacerlo, pero me obligaron.

—Quién eres? —preguntó Moses con apremio y preocupación—. ¿Por qué te metes conmigo? Seguro que eres uno de esos piratas.

—Sí —confesó Possum—, pero ya no lo seré más.

—Vaya si no lo serás. Supe enseguida que no eras Jessie, porque tu voz es distinta.

—No puedo hablar mucho tiempo —dijo Possum tras respirar hondo—. Lo único que quería decirle es que siento mucho lo que hice y que si encuentro una forma de poder resarcirlo, se lo prometo que lo haré. Y asegúrese de ir siempre bien escoltado, porque esos perros ya están hablando de salir a buscarlo y terminar con usted. El nombre del líder es Smoke, y su novia, Unique, disparó ayer contra esa pobre mujer del Seven-Eleven. Si ese día en que nos llevamos el camión y las calabazas no le llego a disparar, Smoke me habría matado.

—¡Hijos de puta! ¡Que vengan por mí, si quieren, y sabrán lo que significa meterse en problemas!

—Haré todo lo posible por convencerlos de que no lo hagan.

—¿Tú? ¿Qué demonios…?

Moses se puso a gritar y Possum, presa del pánico, colgó el teléfono.

—¿Qué está pasando aquí, joder? —preguntó Smoke, abriendo de repente la puerta del cuarto de Possum—. ¿Con quién hablas?

Possum escondió el móvil bajo las sábanas justo a tiempo.

—Hablaba con Popeye sobre nuestra bandera nueva —respondió Possum—. ¿Qué te parece, Smoke?

Smoke entró con la cerveza del desayuno en la mano y se miró un buen rato la bandera que colgaba en la pared.

—¿Qué es esta mierda? —preguntó con dureza y mezquindad.

—No tienes bandera y pensé que todos los piratas tienen bandera, al igual que los pilotos de la NASCAR tienen colores. Así que he hecho ésta para ti, Smoke; ya te dije que la haría. He pensado que mañana, cuando vayamos a la carrera, podemos ponerla en el foso. Luego, cuando escapemos a la isla, podrías colgarla allí para que todo el mundo sepa que no debe meterse contigo.

—Si hablas solo, mejor será que bajes la voz. Me has despertado, ¿sabes? —dijo Smoke—. Ahora estaré cansado todo el día.

Smoke se calmó y miró la bandera desde distintos ángulos con aire pensativo. De repente tuvo una idea y la arrancó de la pared.

—Tal vez me cargue a la maldita perra de un disparo y la envuelva con esto. Así tendremos un pequeño regalo para dejarle a Hammer en su puerta —gruñó Smoke con crueldad.

Popeye, que sabía imitar tan bien a Possum como éste a la perra, fingió dormir de nuevo, y Possum fingió que no le importaba lo que pudiera ocurrirle al animal.

—Pero eso no estaría tan bien como pescar a Hammer y a ese agente

Librodot

Brazil —recordó Possum, porque en esa época Smoke solía olvidar muchas cosas—. Y necesitamos a la perra para que se presenten en las carreras y podamos cargárnoslos. Luego Cat nos llevará a la isla en helicóptero y allí viviremos como señores.

—¿Y cómo vas a montar todo eso, joder? —preguntó Smoke al tiempo que tiraba la bandera encima de Popeye, que no se movió.

—Fácil —respondió Possum—. Escribo un correo electrónico al capitán Bonny y le digo que lo haga. Sabemos que tiene contactos, ¿no? Puede contarle el plan a Hammer y hacerle creer que eres un magnífico piloto de la NASCAR; la guapa Unique es tu novia y los demás somos los mecánicos de tu equipo y acabamos de encontrar a Popeye perdida en la carretera. La hemos recogido, pero no vamos a entregarla a nadie que no sea Hammer, y queremos que el agente Brazil atestigüe que es ella de veras. En el momento en que Hammer se ponga a chillar de felicidad por haber recuperado a la perra, sacamos las pipas, matamos a todo el mundo, corremos hacia el helicóptero y nos escapamos volando.

—Pues venga, hazlo —ordenó Smoke tras terminarse la cerveza y tirar la lata al suelo.

23

La forense, doctora Scarpetta, estaba en su despacho cuando Andy llamó a la puerta abierta.

—Doctora Scarpetta? Hola —dijo con cortesía y algo de nerviosismo—. Si no es mal momento, me gustaría hablar con usted del hombre sin identificar que ardió en Canal Street la pasada noche.

—Entre. —La doctora Scarpetta alzó la vista de los certificados de defunción que tenía delante—. ¿Nos conocemos?

—No, señora, pero he trabajado con el doctor Sawamatsu varias veces.

Andy se presentó y luego explicó que Regina era una auxiliar de la Policía Estatal, aunque no se refirió a ella por su nombre.

—¿Y se llama usted…? —quiso saber la doctora.

Regina la miró boquiabierta, incapaz de articular palabra. Nunca había conocido a una mujer tan poderosa, y aquello la pilló absolutamente desprevenida. La doctora Scarpetta era rubia y muy guapa, tendría alrededor de cuarenta y cinco años y llevaba un vistoso traje a rayas. ¿Cómo era posible que alguien que seguramente podía lograr lo que quisiera trabajara con muertos como medio de ganarse la vida? ¿Qué podía decir Regina para explicarse, sin revelar su identidad y causar problemas?

—Me llamo Reggie —farfulló la chica.

—Agente Reggie —asintió la doctora Scarpetta sentada en su gran silla de juez, al otro lado del escritorio.

Luego se dirigió a Andy en tono severo—: ¿Y usted la avala? Aquí no suelen entrar auxiliares de la policía.

—Me hago responsable de todo —dijo Andy, lanzando una cortante mirada a Regina.

—Oh, no se preocupe —intervino la chica—. No diré nada de lo que vea u oiga, ni tocaré ni moveré nada.

—Muy buena idea —replicó la doctora Scarpetta. Luego, dirigiéndose a Andy, explicó—: El hombre ha sido identificado por las huellas dactilares. Se llama Caesar Fender, varón negro de cuarenta y un años y natural de

Librodot

Richmond. Y hoy tenemos el depósito lleno, por así decirlo. ¿Ha visto una autopsia alguna vez? —preguntó a Regina.

—No, pero no porque no quisiera. —Regina no sabía qué hacer para impresionar a la legendaria doctora.

—Comprendo.

—Pero en las clases de biología del instituto fui la única de mi grupo a quien no le importó diseccionar una rana —fanfarroneó Regina—. Las vísceras nunca me han impresionado. Creo que no me importaría ver morir a alguien, incluso a un condenado en el corredor de la muerte.

—Pues a mí en el instituto no me gustaba diseccionar animales —replicó la doctora Scarpetta para sorpresa de Regina—. Las ranas me daban mucha pena.

—A mí, también —intervino Andy—. Mi rana estaba viva y no me parecía bien tener que matarla. Es algo que todavía me preocupa.

—A mí sí me importa ver morir a la gente, sean condenados o no. Me parece que no has pasado mucho tiempo en una escena del crimen o en la sala de emergencias de un hospital —prosiguió la doctora Scarpetta y, mientras hojeaba los papeles de su escritorio, pensó que el nombre de Andy le sonaba familiar; claro, Andy Brazil era el agente que había enviado las chocolatinas envenenadas al laboratorio—. Tengo que discutir algo

con usted —le dijo—. Tenemos que hablar a solas unos momentos.

Era su manera de pedir cortésmente a Regina que saliera del despacho.

—Sal un minuto, por favor —le dijo Andy—. Enseguida estaremos contigo.

—Cómo quieres que sea una auxiliar si siempre me haces salir?—dijo Regina con un deje de su malhumor habitual en la voz.

—No siempre te hago salir—replicó Andy mientras la acompañaba a la puerta y casi la empujaba para que saliera—. Quieta ahí —añadió, como si hablara con Frisky.

Cerró la puerta y volvió al escritorio de la doctora Scarpetta. Retiró una silla y se sentó.

—Acabo de recibir el informe del laboratorio sobre esas chocolatinas —comentó la forense—. Es un asunto tan serio que el doctor Pond ha querido llamarme la atención de inmediato al respecto, porque estoy bastante familiarizada con esos envenenamientos por laxantes. Hace años tuve un caso de una mujer cuyos hijos le daban chocolate con laxante, al parecer para gastarle una broma. La mujer desarrolló lesiones en diversos órganos, edema pulmonar, entró en coma y murió. —Tendió el informe a Andy y siguió explicando—: Los tests se han realizado con cromatografía líquida de alta resolución v los chocolates han dado positivo de fenolftaleína en varias concentraciones. En los laxantes comerciales, la dosis adecuada contiene unos noventa miligramos de fenolftaleína; sin embargo, una sola de las chocolatinas de la caja que usted envió al laboratorio contenía doscientos, que de ser ingeridos provocarán, como mínimo, pérdida de líquidos y electrolitos. Eso es muy peligroso, sobre todo si la víctima es vieja y no goza de buena salud.

—Que es precisamente lo que le ocurre al gobernador —apuntó Andy, cada vez más preocupado—. ¿Y no han encontrado huellas o algo en el envoltorio? Y la nota caligrafiada, ¿estaba realmente escrita por el gobernador

La doctora Scarpetta buscó entre otros informes.

Encontraron una latente utilizando Luma-Lite y tinte fluorescente. La

Librodot

pasaron por el sistema automatizado de identificación de huellas y aquí está su número. Usted mismo puede comprobar a quién pertenece en el ordenador de la Policía Estatal. —Se lo anoto—. Por lo que se refiere al examen de documentos, la muestra de la caligrafía del gobernador no coincide con la de la nota que acompañaba las chocolatinas.

—Así que la nota es falsa. —Andy no estaba en absoluto sorprendido.

—No es una prueba concluyente porque necesitamos un ejemplar oficial. La que utilizamos de manera preliminar era de una carta que, supuestamente, el gobernador había enviado al doctor Sawamatsu.

—Comprendo, y no tenemos que dar por sentado que esa carta es auténtica —asintió Andy— o que la haya firmado el gobernador.

—Legalmente, no podemos hacerlo.

—Lo cual me recuerda…dijo Andy—. Espero no meterme en donde no me llaman, pero verá, doctora Scarpetta, me preocupa la colección de souvenirs del doctor Sawamatsu. Son muv indecorosos, y al menos de eso fanfarronea siempre ante nosotros. ¿Ha ido usted alguna vez a su casa?

—No —respondió ella, con la expresión endurecida.

Si había algo que la doctora no toleraba era la falta de respeto hacia los muertos. A ningún miembro de su equipo le estaba permitido coleccionar recuerdos, dinero, efectos personales, armas, drogas o alcohol tomados de un cadáver o de la escena de un crimen.

—Tal vez debería presentarse allí sin avisar —le sugirió Andy. Ir a su casa, quiero decir.

—No se preocupe —dijo ella—. Lo haré.

—Me pondré a investigar el caso del chocolate envenenado ahora mismo —prometió Andy—. Y supongo que el grafólogo necesitará también una muestra de la caligrafía del sospechoso.

—No sabía que tuviera un sospechoso —dijo ella—. Pero sí, claro, sería estupendo si pudiera obtener una muestra de su caligrafía. Y le sugiero que consiga también una muestra de la víctima.

—¿De la superintendente Hammer? —Andy estaba intrigado—. ¿Por qué?

—Para descartar el síndrome de Munchausen —respondió la doctora Scarpetta en tono prosaico—. En multitud de ocasiones, el envenenamiento por fenolftaleína ocurre cuando una persona la ingiere de forma continuada con el fin de llamar la atención, de los cuidados del padre, la madre o el cónyuge.

—Está diciendo que es posible que la superintendente Hammer quiera que creamos que el gobernador o alguien que se hace pasar por él le manda chocolatinas envenenadas porque quiere llamar la atención? !Me resulta imposible de creer! Usted no la conoce —dijo Andy en tono cortés, pero a la defensiva.

—No, no la conozco en absoluto —replicó la doctora Scarpetta—. Pero es nueva en un cargo que exige mucho y, si ha tenido la misma experiencia que yo, seguro que el gobernador nunca ha respondido a sus llamadas ni la ha invitado a las fiestas en la mansión. Por eso tendría que tramar algo para que pareciera que el gobernador intentaba envenenarla. Si el gobernador llegara a ser sospechoso de un intento de homicidio, con eso llamaría la atención.

—¿Puedo preguntarle algo sobre Trish Trash? —Andy cambió de tema de forma inesperada—. Sé que no es mi caso, pero me importa mucho; como tal vez ya sepa usted, el asesino dejó pruebas en la puerta de mi casa, por

Librodot

razones que desconozco.

—¡Oh! Así que era usted... —Scarpetta frunció el ceño y Andy vio que estaba preocupada por ese caso—. Una muerte brutal, terriblemente malvada —añadió—. Pero usted hizo muy bien en llamar al detective Slipper y no entrometerse. Hemos levantado huellas latentes, pero no coinciden con las del sistema de investigación de huellas y el ADN que encontramos en el sobre tampoco aparece en la base de datos. Y por lo que se refiere a pruebas, encontramos varios cabellos negros muy largos adheridos a la sangre de la ropa de la víctima.

—Cabellos de mujer?

—No lo sé —respondió Scarpetta—, pero es posible.

—¿Y no han encontrado coincidencias en las huellas ni en el ADN? Interesante —musitó—. Me pregunto si esas huellas no aparecen en la base de datos porque ese individuo es joven, tiene antecedentes por delincuencia juvenil y ese expediente está sellado. Hasta hace bien poco no se nos permitía introducir las huellas o el ADN de menores en las bases de datos, por lo que tal vez nos enfrentemos a un veterano delincuente, joven y que tenga cabello negro y largo; o quizá se trate de una mujer que mata por deporte y que tal vez tiene relación con los piratas de la autopista de Smoke, que posiblemente asaltaron a Moses Custer y anoche mataron a la dependienta del Seven-Eleven.

—No lo sé.

Scarpetta se puso en pie, abrió la puerta y Regina entró a toda prisa en el despacho, cuaderno y bolígrafo en mano.

—No quiero abusar de su tiempo, doctora Scarpetta, pero estamos muy preocupados por el caso del pescador —dijo Andy, centrándose en otro de sus asuntos de interés—. En especial porque se dice que es un crimen racista, y he pensado que sería buena idea acercarme hasta aquí personalmente y darle la información que tenemos por si puede serle útil en la autopsia. Un individuo sospechoso que presenció la muerte afirma que el pescador murió por combustión espontánea, que pudo producirse cuando el plomo y la pólvora ardiendo de una bala prendieron los tejidos sintéticos de la camisa de la víctima; eso explicaría que ardiera en llamas. Y permítame que añada que el principal sospechoso lo es también del otro caso que hemos estado analizando...

—¿Y por qué no le has dicho que intentaron envenenarme? —lo interrumpió Regina. Era obvio que había estado escuchando tras la puerta cerrada y había oído una parte, al menos, de la conversación privada.

—Ahora no vamos a hablar de eso —le advirtió Andy, consciente de que si divulgaba lo que sabía, quedaría claro que ella no era una auxiliar sino la mimada hija pequeña del gobernador.

—¡Fue horrible! —dijo Regina a la doctora Scarpetta—. Comí esas galletas y, de repente, me doblé por la cintura con el peor dolor que jamás haya sentido. Bueno, la verdad es que no fue de repente. No empecé a encontrarme mal hasta que me escondí detrás del boj en el jardín, y allí tuve los primeros retortijones y el ataque de gases.

»Lo siguiente que recuerdo es que un agente de protección me Llevó a toda prisa al hospital, donde se me sometió a todo tipo de oprobios, como tener que mear en un vasito de plástico y ver que una enfermera metía un pequeño bastón en él. También querían que hiciese aguas mayores, pero después de aquel terrible ataque no me quedaba nada dentro. ¡El pis se

volvió rosa y me asusté muchísimo! Pensé que orinaba sangre, pero la enfermera me dijo que le habían puesto un reactivo químico y que por eso se había vuelto rosa y eso significaba lo peor: que alguien había puesto laxante en las galletas y había querido matarme a sangre fría.

»0 quizá quería envenenar a otra persona, pero yo fui la inocente que comió las galletas —prosiguió, disfrutando de su protagonismo—. La enfermera dijo que el pis normalmente tiene un ph de cuatro o seis y que el laxante hace que se vuelva rosa si el ph es superior a siete. 0 sea que he tenido suerte, doctora, porque esta mañana yo podría haberme convertido en otro de sus casos —añadió con gran dramatismo.

—Sí, has tenido suerte —convino la doctora Scarpetta. Todos tenemos suerte de no ser casos para el forense una mañana u otra. Agente Brazil, ya hemos hecho la radiografía al pescador y no hay ninguna bala.

—Entonces, ¿qué otra cosa pudo hacerlo arder?

—Buscaremos aceleradores y otras sustancias, por supuesto —dijo al tiempo que se quitaba la chaqueta del traje y la colgaba detrás de la puerta—. En casos como éste, los exámenes externos nos dicen mucho. —Se puso una bata de laboratorio—. Por ejemplo, el cuerpo está mucho más carbonizado en la parte posterior, lo cual cuadra con el hecho de que, fuera lo que fuese lo que lo incendió, entró en su cuerpo a la altura del pecho; un poco a la izquierda, en la zona del corazón, para ser precisa.

Andy y Regina siguieron a la doctora Scarpetta por el pasillo.

—Entonces no ardió sin motivo, ya que algo entró en su cuerpo —dijo Andy mientras Regina, concentrada, tomaba notas.

—Y no se encontró arma en la escena del crimen, ¿verdad?

—No, doctora.

—Cómo se escribe aceleradores...? Regina tenía problemas y la forense todavía no había entrado en cuestiones técnicas.

—El sospechoso que presenció la muerte, ¿comentó de qué color eran las llamas o dijo algo respecto a su intensidad? —preguntó la doctora Scarpetta—. Si eran intensas y blancas, o azules o rojas, por ejemplo...

—¿.., con ce o con zeta? —La voz de Regina sonaba tensa y petulante.

—No. Además, no lo considero un testigo creíble —respondió Andy a la forense.

—Con ce —le dijo la doctora a Regina.

—¿Cómo se escribe «carbonizado»?

—Nos ocuparemos de eso más tarde —dijo Andy, sugiriéndole a la chica que no interrumpiera más con sus indiscreciones o preguntas de ortografía.

—Hay que destacar el residuo blanco grisáceo que encontramos en la cavidad torácica, lo cual lleva a pensar que en su cuerpo ardió algún elemento pirotécnico o incendiario. —La doctora Scarpetta se detuvo ante la puerta del vestuario de señoras—. Tendrá que entrar por el vestuario de hombres le dijo a Andy—. La agente Regina y yo nos encontraremos con usted allí y empezaremos.

—¿Pirotécnico? —Regina cayó presa del pánico, y su reacción al miedo y la inseguridad siempre era desafortunada—. ¿Qué clase de elemento? ¿Qué demonios es un elemento pirotécnico? —Se puso desagradable—. ¡No puedo escribir tan deprisa y esto no es justo! ¿Qué se creen, que en la mansión cada día oigo estas palabras?

—Tal vez no sea el mejor momento para que asistas a tu primera autopsia —decidió la doctora, lanzándole una mirada inquisitiva.

Librodot

Andy sacó la radio portátil y se puso en contacto con Macovich.

—¿Puedes devolver el paquete a su destino? —preguntó en el código de los agentes de protección de personalidades—. Y quiero que compruebes un número de identificación en la base de datos.

—Entendido —respondió la voz de Macovich con poco entusiasmo.

—Diez-veinticinco en la cámara frigorífica del depósito.

—Entendido. Estaré ahí dentro de quince minutos.

—Lo has estropeado todo se quejó Andy a Regina unos minutos más tarde mientras esperaban en la cámara frigorífica, sentados en sillas de plástico junto a la máquina de refrescos.

Dos empleados, un hombre y una mujer vestidos con uniforme oscuro, empujaban una camilla con un cadáver dentro de una bolsa y avanzaban despacio y con dificultad por la rampa. Parecían tener problemas para extender las patas de la camilla.

—Yo no he hecho nada —replicó Regina—. ¡No eres bueno conmigo!

—Te había dicho que te callaras y que te ocuparas de lo tuyo, y no lo has hecho —le recriminó Andy.

Los empleados estaban en un apuro. No podían abrir las patas de la camilla; eso significaba que no podían dejar el cadáver, que era muy grande, apoyado en el suelo y no les quedaba ninguna mano libre para abrir la puerta trasera de la furgoneta.

—Mira eso —dijo Regina al tiempo que los señalaba—. ¿Por qué no vas a ayudar a esa pobre gente en vez de regañarme?

—Si te quedas sentada y quieta, lo haré —dijo Andy, que no confiaba en Regina. Se acercó corriendo a la furgoneta y le dijo a la mujer—: Eh, permita que les ayude.

—Muy amable por su parte —dijo ella, ofreciéndole su lado de la camilla.

—Pensaba que lo habías arreglado, Sammy —dijo irritada la mujer a su compañero mientras tiraba de las patas de la camilla.

—Necesitaba aceite, Maybeline.

—Entonces, ¿por qué no funciona? Las patas están rígidas como las de un muerto, y el otro día las ruedas se quedaron trabadas. Apuesto a que tampoco has arreglado eso.

Sammy permaneció en silencio mientras Andy sostenía la camilla con una mano y con la otra abría la furgoneta.

—Siempre ocurre lo mismo, me dices que has arreglado algo y luego no funciona. —Maybeline estaba furiosa—. Me deslomo haciendo este trabajo asqueroso y tú te pasas el día sentado frente al televisor.

—La furgoneta está cerrada con llave —dijo Andy, y la camilla se movió peligrosamente—. Creo que será mejor que se olviden de las patas e intentemos abrir el vehículo.

—Qué has hecho con las llaves? —preguntó Maybeline a Sammy mientras tiraba de las patas de la camilla.

—Las tengo en el bolsillo, pero no puedo sacarlas. No me queda ninguna mano libre. —Sammy estaba a punto de perder los nervios—. ¡Deja de tirar de las patas o el cadáver rodará por los suelos, maldita sea!

Regina, que entendió que se trataba de una emergencia, se abrió camino hasta la camilla al tiempo que sonaba el timbre y la puerta de la cámara frigorífica se abría con un chirrido.

—Yo sacaré las llaves —le dijo a Sammy, y se puso a cachearlo como viera hacer a los policías en las series de televisión.

Librodot

Regina no sabía que Sammy tenía muchas cosquillas. Cuando empezó a hurgar en el bolsillo delantero de sus pantalones, el hombre se retorció y dio un bote en el aire. Lo que Macovich vio al entrar en la cámara fue a un hombre enloquecido con un traje oscuro que reía y gritaba y le pedía a la horrible chica Crimm que se estuviera quieta. A continuación, el tipo se llevó las manos a la cintura y el extremo de la camilla que sujetaba cayó al suelo; la inmensa bolsa negra que contenía el cadáver chocó contra el cemento de forma estrepitosa.

Andy gritaba a Regina y la empleada chillaba de dolor porque la camilla le había pillado la mano y le había golpeado la cara. Le sangraba la nariz y un dedo.

Macovich decidió no moverse de su coche sin distintivos y observar el altercado, cada vez más violento. «A ver cómo termina ese blanquito guapo —pensó con maldad—. Eso te pasa por dedicarte a adiestrar animales y por sacar de paseo a esa horrible hija del gobernador. Ja, ja. Hace tiempo que no veo una buena pelea. Espera a que la doctora Scarpetta sepa lo que está ocurriendo aquí afuera. Te mandará a la luna de una patada y se quejará a la superintendente Hammer.»

—¡Eres idiota! —le gritó Andy a Regina.

—¡El idiota eres tú! —replicó ella gritando a pleno pulmón.

—¡Mira lo que has hecho! —le gritó Sammy—. Como la familia de esta señora vea su cuerpo lleno de morados y huesos rotos…

—A los muertos no les salen moratones —señaló Andy. Y dudo que tenga algún hueso roto.

Al ver que Maybeline sangraba, Sammy se encendió y le quitó las llaves a Regina, mandándola contra el vehículo de un empujón. Ella le devolvió el empujón y le dio una patada en el tobillo. El la agarró por el brazo y Regina intentó meterle los dedos en los ojos y le mordió la mano. Andy intervino para inmovilizar a Sammy pasándole el brazo por el cuello. En aquellos instantes se abrió la puerta que daba al interior del edificio y salió la doctora Scarpetta, con guantes quirúrgicos y bata, para ver qué era aquel tumulto.

—¡Ya basta! —anunció con una voz que transmitía autoridad. ¡Paren ahora mismo!

24

A mediodía, Fonny Boy había deducido cuántas vueltas a la izquierda y a la derecha abrirían el candado si utilizaba la combinación 7-360, una indicación náutica, supuso.

Como esperaba, el compartimento secreto contenía una pinta de vodka Bowman, un paquete de cigarrillos y, gracias a Dios, una pistola de plástico de señales Orion, que tenía un alcance de veintiuna millas. Había tres cartuchos, cada uno de ellos con una bengala de quince mil candelas, y Fonny Boy los disparó todos apuntando a lo alto. El doctor Faux y él contuvieron el aliento, aún a la deriva en el bote. Todavía se hallaban perdidos en mitad de ninguna parte, y la jaula para cangrejos se obstinaba en seguirlos.

No deberías haberlas disparado todas a la vez —rezongó el doctor, desanimado—. ¿Por qué lo has hecho, Fonny Boy? Habría sido más sensato disparar uno y esperar un rato, luego probar el segundo y por fin el último. Ahora volvemos a estar como al principio, perdidos en el mar sin agua ni

Librodot

comida. Y deja ese vodka donde estaba, no conseguirás otra cosa que atontarte y deshidratarte aún más.

Lo que ninguno de los dos tenía forma de saber era que en ese instante tres pilotos de la Guardia Costera y un mecánico hacían maniobras de rutina en un helicóptero Jayhawk de color anaranjado brillante. Volaban a una altitud de quinientos pies cuando vieron pasar tres pequeños cohetes ante el parabrisas del aparato y se sobresaltaron considerablemente.

—¡Dios santo! ¿Qué ha sido eso? —exclamó el piloto que se hallaba al mando por el micrófono.

—¡Nos disparan! —exclamó el mecánico de vuelo desde su asiento, en la parte posterior.

—No, no, creo que son señales de socorro. Bengalas. —El copiloto calmó a sus compañeros. ¿Os habéis fijado en su brillo, como si fueran fosforescentes?

—No estamos en una zona restringida, ¿verdad?

—No, no.

—Entonces deben de ser bengalas.

Las fosforescencias se apagaron rápidamente, pero dejaron unas estelas blancas en el aire que no tardaron en difuminarse, aunque permitían seguirlas hasta el punto de origen si uno se daba cierta prisa. El enorme helicóptero viró al este y en unos minutos divisó un bote con dos personas, que empezaron a agitar los brazos frenéticamente. Los tripulantes y el mecánico de la Guardia Costera también observaron una boya que, con toda probabilidad, iba unida a una jaula para cangrejos.

—Joder! ¡Tangierianos! —dijo el copiloto.

—Sí. ¿Y sabéis una cosa? Están en el santuario de cangrejos —replicó el mecánico—. Mirad esa boya amarilla. Una nasa de pesca.

En el momento en que ellos divisaban la boya, Fonny Boy y el dentista escucharon el sonido inconfundible de las palas del helicóptero. Fonny Boy estaba condicionado a responder mal ante la presencia de la Guardia Costera; para él no hacía otra cosa que acosar a los pescadores. Sin embargo, esta vez se sentía optimista como nunca gracias al pedazo de metal oxidado que llevaba en el bolsillo, ¿No decía siempre su madre que había una razón para las cosas? Si no hubiera ayudado al dentista a escapar, se hubiera quedado sin carburante y hubiese sido rescatado por la Guardia Costera, jamás habría descubierto un barco hundido que estaba claramente marcado con una jaula de cangrejos. Esta, sin que Fonny Boy y el doctor Faux lo advirtieran, también era arrastrada por la corriente porque la cuerda era demasiado corta.

—Gracias a Dios —dijo el dentista con la vista puesta en el Jayhawk que se acercaba con rapidez—. ¡Nos han encontrado! Magnífico, porque me parece que no nos hemos movido nada; la trampa para cangrejos sigue ahí, al costado mismo del bote, y ya estaría lejos si nos moviéramos.

—Es increíble la desfachatez con que están pescando en la reserva —comentó el mecánico al tiempo que sacudía la cabeza.

El piloto inmovilizó el helicóptero a baja altura, en una maniobra que levantó un torbellino de agua en torno a la embarcación. Los dos marineros al pairo bajaron la cabeza y se taparon los ojos. Sus ropas se agitaron como un espantapájaros bajo un huracán mientras descendía la cestilla de rescate.

Librodot

Cruz Morales también necesitaba que lo rescataran y empezaba a desesperar. Tal vez debería entregarse a las autoridades. Por lo menos, podría refugiarse de la mañana helada y tomar una comida caliente. Estaba agotado de dar vueltas a pie por el West End de Richmond; cautamente, había decidido ocultar el coche porque parecía que toda la policía de Virginia y los militares lo buscaban. Lo único que tenía que hacer era encontrar a alguien, una mujer —y mejor si no tenía un aspecto atlético o un aire decidido— a la que amenazar para robarle dinero y las llaves del coche. Entonces escaparía, dejaría el coche lo antes posible y robaría otro para regresar con él a Nueva York. 0, mejor aún, pensó mientras se aproximaba a un edificio bajo de ladrillo en una zona arbolada junto a un lago, en el corazón del bosque: podía abandonar el coche en la estación del Amtrack y volver a casa en tren.

En un rótulo del edificio de ladrillo decía: «Ministerio Baptista del Campus». Cruz se sorprendió de encontrar allí una iglesia y se le ocurrió que tal vez alguno de los feligreses hablaría español. Se atusó el cabello y se frotó los dientes con la manga de la chaqueta en un intento de ofrecer un aspecto más presentable; se le aceleró el corazón. Abrió la puerta del local en el preciso instante en que Barbie Fogg conducía a una estudiante a la sala de espera, donde había una mesilla auxiliar con un montón de revistas y profusión de plantas artificiales que Barbie había comprado por una nimiedad en la liquidación de mobiliario de una casa del vecindario.

—Puedo imaginármelo —Barbie se condolía con la estudiante, que tenía acné—. Siempre he tenido la piel seca, de forma que no he sufrido tu problema, pero claro que puedo comprender cómo te sientes... Dale una oportunidad a mi médico; sé que te ayudará.

—Espero que sí, señora Fogg. Como le he dicho, no pienso en otra cosa y me siento fatal.

Ninguna de las dos prestó atención a Cruz. Este se apresuró a tomar asiento en un sofá y se quedó absorto en una revista que no era capaz de comprender, pues su nivel de lectura apenas pasaba de ser mediocre.

—Mi madre siempre decía que el jabón es la clave. Te frotas con jabón Ivory las zonas problemáticas y contribuye a secarlas —continuó Barbie al tiempo que propinaba unas palmaditas reconfortantes en el hombro de la alumna—. Yo no lo he probado nunca, porque no sería útil en mi caso. Quizá te convenga una exfoliación.

—¿Una exfoliación?

—Mi doctor hace exfoliaciones químicas. Pregúntale al respecto.

—Desde luego que lo haré. Muchísimas gracias, señora Fogg. Sólo el hecho de hablar con alguien ya es... reconfortante, ¿sabe?

—Soy la mayor creyente en las bondades de una charla entre amigas —asintió Barbie con afecto. Y no te preocupes si los chicos del campus no quieren salir contigo. Un día de estos encontrarás a tu príncipe y vivirás feliz por siempre jamás. ¡Con una piel hermosa!

Barbie notó que la envolvía una sensación de abatimiento mientras pronunciaba unas palabras que sonaban huecas en su alma. La muchacha jamás lograría una piel hermosa. Ya tenía marcas y señales de un rojo y púrpura subidos, que sin duda precisarían un tratamiento de cirugía mediante láser con la esperanza de reparar el daño de años. Respecto a lo de vivir feliz por siempre jamás, Barbie no sabía de nadie capaz de afirmar tal cosa con

Librodot

sinceridad. La vida junto a Lennie era plana e insulsa, y esa mañana Barbie estaba impaciente por encontrar un momento de calma para escribir otra carta a su amante de la NASCAR.

—Te veré pronto —le prometió en un susurro.

—Sí, vendré a verla pronto —respondió la estudiante afligida por el acné, y salió por la puerta.

Fue entonces cuando Barbie advirtió la presencia del muchacho mexicano de aspecto zarrapastroso que estaba sentado en el sofá. Frunció ligeramente el ceño y notó una punzada de inquietud. Desde luego no tenía aspecto de ser uno de sus alumnos, pero los chicos podían ser tan desaliñados en estos tiempos. También parecía un poco joven para estar en la universidad, aunque cuanto mayor se hacía Barbie, más jóvenes le parecían los alumnos.

—¿Puedo ayudarte? —dijo en un tono profesional que había adquirido con el tiempo, y que aparcaba nada más entrar en casa porque molestaba a Lennie.

—Sí —respondió él en español con timidez, sin apenas levantar los ojos de la revista.

—Lo siento, sólo hablo inglés —reconoció Barbie—. Pero tú también lo hablas, ¿no?

La inquietud de la mujer aumentó. ¿Cómo era posible que el muchacho estudiara en la universidad de Richmond, si no hablaba inglés? Y si no era estudiante, ¿qué estaba haciendo allí, en el Ministerio Baptista del campus? Barbie deseó contar con la presencia del reverendo Justice, pero aquella mañana no había llamado para decir dónde estaba ni cuándo llegaría, y la secretaria se encontraba de baja a causa de un resfriado. De modo que Barbie estaba sola en el pequeño edificio.

—Sí —respondió Cruz—, hablo un poco de inglés, pero no muy bien.

—¿Tenías cita?

—No, no tengo cita. Pero necesito ayuda urgente.

Barbie tomó asiento al otro extremo del sofá, guardando la distancia, al tiempo que se decía que no sería buena idea llevar a aquel mexicanito mal vestido a su despacho y cerrar la puerta.

—Háblame de ti —Barbie utilizó la frase con la que siempre empezaba las sesiones mientras deseaba otra vez que el reverendo entrara por la puerta en aquel mismo instante.

Sin embargo, recordó que el reverendo Justice había acudido al hospital a visitar a aquel pobre camionero apaleado y tenía pendientes muchas peticiones para que acudiera a dar conferencias e intervenir en programas locales de radio y de televisión. Por tanto, no debía ser tan egoísta como para desear que el reverendo se apartara de la gente verdaderamente necesitada sólo porque ella se sintiera un poco incómoda.

—No tengo dinero —expuso Cruz al tiempo que sus intenciones criminales empezaban a tambalearse—. No soy de aquí y no tengo dinero para volver a casa. Yo sólo había venido por un trabajo, ¿sabe? Y luego sucedieron todas esas cosas... Me asusté.

—Bueno, en la capilla del campus no tienes que temer nada —dijo Barbie con convencimiento y un punto de orgullo—. Estamos aquí para ayudar a la gente, y no podrías hallarte en lugar más seguro.

—Sí, está bien. No me sentía seguro y tengo mucha hambre. Cruz contuvo unas lágrimas con un parpadeo.

También necesitaba afeitarse la pelusa negra del bigote y precisaba un

Librodot

buen corte de pelo. Barbie se fijó además en que llevaba las uñas muy sucias y exhibía un tatuaje en el revés de la mano derecha. Aquel muchacho había llevado una vida difícil, el pobre…

—Cómo has dado con nosotros? —se preguntó en voz alta.

—He visto el cartel y he pensado que quizás era usted familia de Gustavo, de Sabina o tal vez de Carla.

Barbie no supo a qué se refería el muchacho.

—Así pues —continuó Cruz—, he entrado. ¿Sabe usted cómo podría hacer para volver a casa?

—Eso depende de cómo hayas llegado aquí, para empezar —respondió Barbie, confusa—. ¿Y dónde está tu casa?

Cruz no era muy listo, pero se dio cuenta de que el coche tenía matrícula de Nueva York y que los policías buscaban a un hispano neoyorquino. Quizás era mejor no mencionar la ciudad, de momento.

—Apuesto a que vienes de Florida —apuntó Barbie—. Allí viven muchos hispanos. Mi marido me llevó a los Everglades en nuestro segundo aniversario. El siempre había querido montar en una de esas lanchas movidas por ventilador y luego pasamos dos noches en Miami Beach en uno de los pocos hoteles que no estaban completos en esos días, porque a mí me encanta esa serie de televisión que transcurre allí, ¿sabes cuál digo?

Cruz frunció el entrecejo y se rascó la cabeza.

—Bueno —continuó ella—, quizá podrías tomar el autobús a Florida. El Ministerio Baptista del campus tiene un pequeño fondo discrecional al que es posible recurrir si un alumno necesita llegar a su casa y no puede pagarse el viaje.

Cruz se hundió en una depresión. En Florida no conocía a nadie.

—Podría ir a Nueva York a buscar un empleo —dijo entonces con la esperanza de que ella no pensara que era neoyorquino, y por tanto no lo relacionara con el asesino en serie hispano que andaba por ahí cometiendo crímenes racistas.

—Nueva York es enorme —apuntó Barbie, y allí es muy difícil encontrar empleo. Pero te diré lo que voy a hacer. ¿Qué te parece si te doy dinero para que compres un billete de autobús y algo para comer?

Algo le susurró a la mujer que quizá no era aconsejable hablar de dinero o mencionar la existencia de unos fondos discrecionales en el edificio, pero siempre era un poco impulsiva en lo que hacía por la gente que se encontraba en dificultades; aunque aquel muchacho tenía una piel perfecta, se le veía desgraciado y miserable. Así pues, tal vez Dios le estaba diciendo que hiciera ese pequeño milagro por el chico, y Barbie pensó en su arco iris y la embargó un sentimiento de felicidad.

—¡Oh, gracias, gracias! —dijo el chico en español, con inmenso alivio—. Dios la bendiga. Es usted una buena mujer. Me salva la vida y no lo olvidaré nunca.

Barbie se sintió reconfortada ante esas palabras de gratitud y pensó mejor las cosas. Se levantó del sofá.

—Pero antes tengo que hablarlo con el reverendo Justice, si logro encontrarlo —añadió. Quizás has oído hablar de él. Se ha hecho muy famoso últimamente. Intentaré ponerme en contacto con él, aunque es como si se hubiera esfumado de la faz de la tierra. Espera aquí.

—Aquí estaré —prometió Cruz.

Barbie regresó al despacho y cerró la puerta. Llamó a la secretaria, que no

Librodot

parecía muy resfriada cuando contestó al teléfono.

—Tienes idea de dónde está el reverendo? —preguntó Barbie mientras en su interior, con o sin arco iris, empezaban a resurgir los temores. ¿Cómo podía estar segura de que el hispano era un buen chico? ¿Y si no lo era?

—¿Has probado en su casa? —apuntó la secretaria con tono seco, como si Barbie fuera una molestia.

—No contesta nadie —respondió Barbie en tono de frustración al tiempo que alguien llamaba a la puerta.

Deseó hablar con Hooter para pedirle su opinión sobre lo de dar dinero al chico hispano pero, por lo que Barbie sabía, las cabinas de peaje no disponían de teléfono.

—Hay alguien ahí? —exclamó una voz femenina al tiempo que volvían a llamar a la puerta.

Barbie se apresuró a ver quién era.

—Lo siento —gritó nerviosa desde el otro lado de la puerta—. ¿Quién es usted? ¿Tiene cita?

—Acepta visitas no concertadas? Tengo que hablar con alguien o me lanzaré al lago. No soy baptista, pero eso no importará si me quito la vida y la gente, sobre todo esa que detesta a los baptistas, se entera de que no quiso hablar conmigo —replicó la intrusa entre lágrimas.

A Regina Crimm su camino la había conducido hasta Barbie Fogg y Cruz Morales de la manera más extraordinaria, y el momento no podía ser más oportuno.

El agente Macovich cruzaba el centro en coche para devolver a la frustrada «agente» Regina a la mansión, cuando oyó por la radio que se había descubierto un Grand Prix viejo con matrícula de Nueva York en el aparcamiento del Country Club de Virginia. Al parecer alguien había abandonado allí el vehículo hacía muy poco, ya que un coche desvencijado con una matrícula ajena a Virginia habría de llamar de inmediato la atención en el club, tal como era el caso: una mujer que se disponía a jugar a tenis en la pista cubierta vio el Grand Prix mientras aparcaba su Volvo e hizo una llamada al teléfono de avisos de la policía.

—Lo siento —dijo Macovich a Regina al tiempo que conectaba la sirena y las luces—. Tenemos que comprobar una cosa. Tal vez se trate de ese hispano a quien busca todo el mundo.

—Está bien. Prometo que no diré nada —asintió Regina, regocijada con los destellos luminosos y el aullido de la sirena; se sentía excitada porque sabía que responder a una llamada de emergencia mientras se protegía a la primera familia iba contra las normas del servicio.

—Por lo que a mí respecta, en este momento sigues siendo una agente en activo —declaró el agente al tiempo que aceleraba la marcha por Broad Street, zigzagueando entre el tráfico—. Y si se te ocurre delatarme como ya hiciste cuando te gané limpiamente al billar, lo negaré todo y diré que eras tú quien conducía.

—Fue papá quien se puso furioso contigo —replicó Regina.

—¡Hum! ¡Se puso así porque tú eres una mala perdedora y me indispusiste con él! —rugió Macovich mientras aceleraba ante un semáforo en ámbar.

Los conductores se echaban a la cuneta, convencidos de que los iban a multar por algo. El tráfico había reducido la velocidad al mínimo mientras algunos conductores se encogían de miedo y pedían al cielo no haber pisado

Librodot

una línea continua o que ningún helicóptero hubiera medido su velocidad y ahora los persiguiese el coche patrulla.

—El gobernador no me vio ganarte —continuó Macovich con irritación mientras hacía lo posible para sortear los vehículos, que apenas avanzaban—. Por eso me acusaste, y ahora debo preocuparme de que no me recuerde.

—No se acordará, tranquilo —le aseguró Regina—. Dice que todos parecéis iguales, pero no te lo tomes en el mal sentido. Lo que sucede es que papá no distingue bien a la gente y a veces llama Esperanza a Constancia y a la inversa, sobre todo si no van maquilladas y todavía llevan la bata de cama.

—¡Queréis salir de en medio! —gritó Macovich a los coches que intentaba adelantar.

Al cabo de unos minutos, dejó Three Chopt Road y tomó un largo camino que conducía al exclusivo club de campo, con su elegante edificio social, las pistas de tenis y de paddle y el extenso campo de golf. El CCV, como se conocía al Club de Campo de Virginia, estaba en un barrio muy rico, muchas de cuyas casas eran tan espaciosas como la mansión del gobernador. Macovich rompió a sudar mientras pasaba despacio sobre un obstáculo destinado a moderar la velocidad. En aquel barrio la gente pensaba que también todos los negros se parecían, y la mala vista no tenía nada que ver con ello.

—Te aseguro que no hay nada que deteste más que venir por aquí —murmuró.

—¿Por qué? Papá es miembro desde la primera vez que fue gobernador. Yo he crecido en el club, prácticamente. —Regina buscó el Grand Prix con la mirada, esperando ser la primera en verlo.

—Sí, eres miembro porque entra toda la familia. Pero cuando tu padre ya no sea gobernador y quieras entrar por tu cuenta, ya veremos qué sucede —replicó Macovich al tiempo que divisaba el coche cerca de la pista cubierta—. Gente como tú y como yo no es aceptada en lugares como éste, por si aún no te has dado cuenta. Y la mayoría de los demás gobernadores declinan ser miembros, aunque sea gratis, porque significa ir contra su conciencia.

Esto era nuevo para Regina.

—¿Por qué no iba a entrar yo, por mi cuenta? Soy blanca y procedo de una antigua familia de Virginia.

—Sigues perteneciendo a una minoría.

Macovich comunicó por radio que había encontrado el Grand Prix y pidió refuerzos antes de encender un cigarrillo. Se apeó e inspeccionó el coche, vio que la llave estaba todavía en el contacto y, al poner en marcha el motor, observó que el indicador de gasolina marcaba un depósito vacío. No escapó a su atención el hecho de que no hubiera efectos personales en el interior del vehículo ni en el portaequipajes. Tomó de nuevo a la radio.

—El vehículo parece estar abandonado —informó a otro patrullero que se hallaba a unos minutos de distancia—. Voy a inspeccionar la zona. Ustedes ocúpense de enviar el coche al aparcamiento de la grúa municipal.

—Recibido.

—¿A qué viene eso de «una minoría»? —Regina continuó la disputa con Macovich—. ¿Cómo te atreves a insultarme así?

—¡Oh, vaya! —Macovich se enfureció entre su nube de humo—. Para mí, pertenecer a una minoría no es ningún insulto; en cambio ya veo que para ti sí lo es. Pues deja que te diga una cosa, señorita Mayoría: es bien sabido que

Librodot

cuando papá no está en el despacho y no tienes a los agentes de seguridad especial rondándote, te largas a Babe's a jugar a billar.

—No siempre. Sólo un par de veces, hace poco. Antes era demasiado joven. ¿Y qué?

—Cuándo fue la última vez que viste un tío en ese garito, .eh? Todos sabemos a qué vas allí. Quizá sales con un guapo jugador de hockey hierba de cabeza rapada y botas duras, o tal vez montas en una Harley con algún otro encanto con el que te encuentras en el bar. 0 tal vez prefieres a alguna doctora o abogada que vive en el armario hasta la hora del cóctel para refugiarse entonces en un reservado de algún lugar tranquilo y oscuro donde intimar con otras Mayorías. ¡Vaya que sí! Y llevas una vida protegida, sí, fingiendo que eres la última en saberlo.

Regina se quedó estupefacta. Siempre había dado por supuesto que cuando su padre no estaba en el despacho ni aparecía en las noticias, podía llevar la vida que quisiera. Las veces que había frecuentado el bar de mujeres del centro comercial de Carytown, nunca se le había pasado por la cabeza que hubiese gente que observara y chismorreara. La mención del jugador de hockey, en particular, le evocó recuerdos terriblemente dolorosos y descorazonadores de un nuevo romance fracasado. También había estado desesperadamente enamorada de D.D., un percusionista de la Orquesta Sinfónica Municipal que esperó al cumpleaños de Regina para anunciarle que tenía una relación con el violoncelista y que no deseaba volver a verla ni a hablar con ella.

Macovich entró en los terrenos de la cercana Universidad de Richmond para hablar con la policía del campus y comprobar si habían visto a alguien cuya presencia no fuera habitual en la zona.

—Detesto mi vida —declaró Regina. Macovich no la había visto nunca tan enfadada—. ¡Eres malvado! ¡Todo el mundo me trata mal! ¡Nadie es capaz de soportar tanta crueldad y tanta humillación!

Macovich entró en un pequeño aparcamiento que había junto al lago para hacer un cambio de sentido.

—¡Soy tan desgraciada que voy a estallar! ¡Un día de estos sólo encontrarán de mí una pequeña mancha en el suelo quemado! —amenazó al tiempo que distinguía una furgoneta blanca que mostraba el adhesivo de un arco iris en el parachoques; estaba aparcada delante de un pequeño edificio de ladrillo cuyo rótulo decía: «Ministerio Baptista del Campus». ¡Para aquí! —ordenó—. ¡Para o dejaré de respirar hasta que me muera, y tendrás que dar muchas explicaciones! No podrán descubrir la causa de mi muerte y te acusarán de ella.

Macovich frenó en seco y aparcó junto a la furgoneta mientras Regina imaginaba su cuerpo desmayado dentro de una bolsa en el depósito de cadáveres. La doctora Scarpetta pasaría muchísimas horas estudiándolo, para reconocer al fin que no había ninguna causa aparente de la muerte.

—Quizá muriera de desazón —diría la famosa forense a sus importantes padres.

0, mejor aún, Regina encontraría el modo de arder por generación espontánea, como el pescador, y Andy tendría que pasar el resto de su vida investigando la trágica, misteriosa y prematura muerte. El joven perdería el sueño, frustrado y cargado de sentimiento de culpa, tratando de determinar qué le había sucedido exactamente a ella. No podría quitársela de la cabeza y desearía haber sido más agradable con ella y no haberla echado con malos

modos del mismo depósito de cadáveres donde habría de visitarla cuando ya fuese demasiado tarde.

Regina dejó atrás la furgoneta que lucía el adhesivo del arco iris en el parachoques y se acercó al edificio; imaginó que estaría especializado en dar consejo a gays baptistas. «¡Qué injusto, nacer gay baptista!», pensó y le sorprendió que en la Universidad de Richmond hubiera tantos como para tener unas dependencias propias. Subió los peldaños hasta la puerta y entró en el vestíbulo, en cuyo sofá estaba sentado el muchacho, al que tomó por un gay baptista mexicano. Cohibida, ocultó su rostro hinchado y lleno de lágrimas de los ojos curiosos del chico, se sonó la nariz otra vez y una nueva oleada de pesadumbre recorrió su robusto cuerpo. Andy lo iba a lamentar, sin duda; estaría destrozado cuando entrara corriendo en el depósito y suplicara que le dejaran decir adiós a su ex auxiliar, la agente Reggie.

«Por favor, déjeme un momento a solas con ella en la sala de examen —pediría a la doctora Scarpetta—. Todo es culpa mía. ¡Temía demostrarle lo mucho que me importaba y que la necesitaba, y ahora la encuentro así! ¡La tensión a la que estaba sometida su vida y mi desconsideración hacia ella han sido demasiado y ha estallado en llamas!»

Quizá fue un asomo de clarividencia por parte de Regina, pero en el instante en que fantaseaba acerca de la combustión humana espontánea Andy se apresuraba a volver a la sede central para colgar en la Red un artículo del Agente Verdad sobre aquel mismo tema.

LA VERDAD SOBRE LA COMBUSTIÓN HUMANA ESPONTÁNEA por el Agente Verdad

Aunque no hay pruebas de que la gente arda en llamas, textualmente, sin ayuda mecánica o química de alguna clase, está demostrado que los seres humanos vivos pueden quemarse en ausencia de un fuego exterior. Hago está distinción porque alguno de ustedes, mis lectores, quizá cree erróneamente que quemar es lo mismo que arder en llamas, cuando no es así. Bien, tal vez debería usar el verbo « combustionar», ya que de combustión vamos a hablar.

Durante siglos se ha escrito, aunque no siempre de forma convincente, sobre la combustión humana espontánea (CHE). Novelistas como Melville y Dickens, por ejemplo, la emplean para demostrar que la que se hace se paga y que si eres malo e injusto con los demás, existe la justicia poética por la que un día, mientras andas ocupado en tus mezquinos asuntos en tu castillo o casa, arderás en llamas de repente.

Lo que sorprenderá al lector, tal vez, es que existe una explicación científica de la CHE. Unos experimentos con cuerpos humanos y partes del cuerpo de difuntos donados a la Granja de Cuerpos de Knoxville, Tennessee, han demostrado que bajo ciertas condiciones es posible que si se incendia el cuerpo, éste siga quemándose hasta quedar casi completamente incinerado. Por lo general un cuerpo tarda entre una y tres horas y media en reducirse a fragmentos de hueso y cenizas, y ello sólo ocurre en un incendio en el que se produzcan temperaturas muy elevadas o en un horno crematorio.

Así pues, debo reconocer que cuando el antropólogo forense, doctor Bill Bass, me comentó que uno de sus estudiantes graduados había escrito su tesis doctoral sobre la CHE, creí que estaba de broma.

La gente no arde sola —protesté mientras tornábamos una barbacoa en

Librodot

Calhouns, en Knoxville—. No doy crédito a lo que oigo.

—No, arder en llamas, literalmente, no —rectificó el doctor y tomó un vaso de té helado de una jarra mientras el sol poniente se reflejaba en el río Tennessee—. Pero se quema durante períodos de tiempo considerablemente largos.

Esta extraña conversación ante unas costillitas de cerdo a la barbacoa sucedió la primavera pasada, cuando me dejé caer por la Granja de Cuerpos para ver si los expertos ya habían hecho algún progreso en el experimento de la momificación. Yo acababa de regresar de Argentina y todavía estaba muy interesado en las momias, y esperaba que el doctor Bass se decidiera a intentar un embalsamamiento al viejo estilo egipcio con uno de los cuerpos donados a la granja. El no veía ningún propósito razonable en ello y explicaba que resultaría muy difícil dar con un farmacéutico que preparase lo que necesitábamos; además, probablemente, sobrepasaría el presupuesto.

Con todo, el doctor Bass, un hombre sencillo y amable, no quiso que me marchara decepcionado y de vacío. Me dijo que si seguía interesado en el tema, la Granja de Cuerpos estaba realizando una investigación bastante inusual sobre la combustión humana espontánea. Respondí que, en efecto, me interesaba, y en el transcurso de unas semanas visité con asiduidad la Granja. No es un lugar agradable y ofrezco aquí una breve descripción para aquellos lectores que no estén familiarizados con el sitio. El Servicio para la Investigación de la Descomposición de la Universidad de Tennessee, o Granja de Cuerpos, como lo denominan la mayoría de quienes lo conocen, consta de varias hectáreas arboladas que rodea una valla alta de madera rematada con alambre de espinos. Durante unos veinticinco años, antropólogos y expertos forenses se han dedicado a estudiar la descomposición, por razones que deberían ser bastante evidentes. Sin saber cómo cambia el cuerpo humano en diferentes condiciones y en ciertos períodos de tiempo, no dispondríamos de datos que nos ayudaran a establecer la hora de la muerte.

La Granja de Cuerpos es el único servicio que conozco que facilita a los investigadores y científicos llevar a cabo importantes experimentos que no se permiten en depósitos forenses, funerarias o escuelas médicas. Pero cuando se donan cuerpos a la Granja queda sabido y aprobado que los restos se utilizarán para investigación, que en este caso consistirá en prender fuego a una pierna amputada para ver si podría experimentar una combustión casi completa en ausencia de combustible externo.

Puedo resumir el brillante trabajo de la doctora Angi Christensen diciendo que se prendió fuego al tejido mediante una mecha de algodón y que la muestra continuó quemándose durante cuarenta y cinco minutos; se empleó como combustible grasa fundida que era absorbida por la mecha («efecto pábilo»). Otros experimentos con huesos demostraron que los osteoporósicos y los menos densos se quemaban de forma más fácil y uniforme que los huesos densos y sanos. Tras meticulosas pruebas y cálculos matemáticos, Christensen llegó a la conclusión de que en algunos casos el cuerpo humano puede quemarse a temperaturas muy bajas si se ayuda de ropas de algodón que sirvan de mecha.

Las mujeres mayores, obesas y de huesos delicados que visten ropa casera de algodón son las víctimas más probables de este fenómeno, infrecuente pero espeluznante. Le ofrezco aquí, lector, el triste caso de Ivy, cuyo apellido me reservo por respeto a su intimidad.

Ivy era una mujer blanca de setenta y cuatro años que, con metro cincuenta de estatura, pesaba casi noventa kilos, según su permiso de conducir y la descripción que los vecinos daban de ella. Hasta dos años antes de su extraña y terrible muerte, trabajó de cuidadora de niños en Miami para complementar sus modestos ingresos de la pensión de la Seguridad Social y la pequeña cantidad de dinero que su esposo, Wally, le dejó a su repentina muerte. Ivy no trabajó nunca para la misma familia más de seis meses, ya que los padres terminaban inevitablemente por desconfiar de ella después de asistir a una sucesión de circunstancias sospechosas hasta que por último despedían a aquella peculiar mujer aun en el caso de no poder demostrar que hubiera hecho realmente nada malo.

Ivy mostraba unas ansias desmesuradas de sentirse necesaria y, desde su punto de vista, no había nadie más necesitado que un niño enfermo o asustado. Procuraba no aceptar nunca una oferta de empleo si los niños ya tenían edad para hacerse entender de forma inteligente y creíble; de este modo, los padres no podían oír de ellos la verdad de sus fechorías aunque, desde luego, se preocuparan cuando volvían de una salida y descubrían a su pequeño o a su niña con retortijones, diarrea, magulladuras o quemaduras inusuales, o presos de un ataque de histeria.

Varios ex clientes, escamados, apuntaban a que la mujer alteraba la comida de los niños con laxantes y otros medicamentos y la cargaba de especias en exceso. Una pareja estaba segura de que Ivy había quemado a su hijo con un cigarrillo de forma intencionada, aunque ella aseguraba que el pequeño había cogido el cigarrillo del cenicero y lo había pisoteado; eso explicaba las ocho quemaduras que presentaba en la planta de sus piececitos. Escándalos y comentarios se arremolinaron en torno a ella y, finalmente, Ivy decidió que era mejor retirarse. Fue entonces cuando empezaron sus verdaderos problemas.

A solas en su casita de estuco la mayor parte del tiempo, Ivy pasaba los días bebiendo oporto barato, fumando y engullendo aperitivos delante de la tele. Estaba muy encorvada debido a la osteoporosis, y la artritis la torturaba cada vez más a menudo. Ya nadie la Llamaba ni la necesitaba para nada. Llegó un momento en que odiaba su vida y a todos los que se habían cruzado en ella; nunca imaginó que se hallaba en camino de convertirse en un caso de combustión humana espontánea para estudio.

Quiso el destino, pues, que Ivy estuviera de especial malhumor el día de Navidad de 1987, cuando se puso el vestido de algodón con manga larga porque el tiempo estaba un poco fresco. Se preparó un combinado y abrió la gran caja de bombones Whitman, regalo de su hijo, que vivía no muy lejos de allí pero nunca iba a verla y rara vez llamaba. Se instaló en el sofá de vinilo frente al televisor y dejó pasar la mañana bebiendo y fumando. Fue en ese mismo sofá donde, dos días más tarde, su cuerpo terriblemente quemado fue descubierto por la mujer cubana que vivía en la casa contigua, la cual se había preocupado al ver que Ivy no recogía sus periódicos.

Quizás a usted, lector, le interese saber que llevó el caso la doctora Kay Scarpetta, forense jefe del estado de Virginia. Esta empezaba entonces su carrera como patóloga forense residente de la oficina del forense de Dade County, y fue quien acudió a la desconcertante escena. Los investigadores de incendios y la policía no habían visto nunca algo semejante, lo cual no es de extrañar ya que sólo hay informes de un par de centenares de casos de combustión humana espontánea desde el siglo xvii. El torso de Ivy estaba

Librodot

incinerado casi por completo, incluidos los huesos, y sin embargo no había rastro de fuego en ningún otro rincón de la casa. Aunque en el momento de la muerte de la mujer no se sabía gran cosa de la CHE, la reconstrucción de los hechos resulta bastante sencilla a posteriori.

Ivy se quedó dormida de la borrachera y se le cayó de los labios un cigarrillo encendido, que prendió en su ropa de algodón. Cuando su cuerpo empezó a quemarse, la grasa fundida saturó el algodón y la tela actuó de mecha. Ivy sufrió una combustión lenta durante muchas horas hasta que el fuego se extinguió, mucho después de que la mujer muriese. Es una suerte que yo investigara ese raro fenómeno, porque ahora sé lo suficiente para apreciar dos cosas respecto a la muerte misteriosa del pescador Caesar Fender, cuyo cuerpo quemado se encontró recientemente en Canal Street.

La CHE no es un suceso paranormal y la muerte de Caesar no cumplía en absoluto las premisas de dicho fenómeno.

En primer lugar, el residuo blanco grisáceo de la cavidad torácica apunta claramente a una fuente externa de combustión. Además, Caesar no era muy mayor, ni tampoco obeso, y es improbable que tuviera los huesos delicados. Más significativo aún es que no llevara ninguna prenda de algodón, y no podía haberse producido aquel «efecto pábilo». Tampoco había ninguna prueba de que estuviera fumando en el instante de su muerte, aunque uno de los testigos, que ahora es el principal sospechoso, dijera que Caesar llevaba un encendedor Bic en el bolsillo; ni el citado encendedor ni fragmentos del mismo se recuperaron en la escena del crimen ni en el depósito de cadáveres.

Esto me lleva a sospechar que se utilizó una pistola de señales para cometer lo que es claramente un asesinato, y tengo la impresión de que la doctora Scarpetta coincide conmigo. Todo ello hace de la muerte de Caesar algo muy diferente de la que tuvo Ivy, a quien tanto gustaba recibir la atención a expensas de otros. El trastorno de ésta se denomina síndrome de Munchausen por sustitución, lo cual significa simplemente que alguien hace daño a otra persona que no puede defenderse ni explicar después qué ha sucedido. Las víctimas suelen ser niños pequeños y enfermos. La motivación del agresor es obtener simpatía o atención, o sentirse necesario mientras lleva a su víctima al médico o al hospital.

¡Oh!, no sé qué le pasa a mi pequeño —le solloza el agresor al doctor—, pero vuelve a tener unas diarreas terribles y está deshidratado y tan débil que no es capaz de levantarse de la cama. Estoy tan preocupado que no sé qué hacer. Quiero muchísimo a mi pequeño y ya he perdido dos bebés, y si vuelve a suceder perderé el deseo de vivir...»

Otra reacción común, cuando el presunto cuidador ha hecho daño a alguien cuya custodia tiene encomendada, es tomar a la víctima en brazos y arrullarla y llorar.

«Pobrecito —exclama el agresor, mentiroso y despiadado—, pobrecito mío. ¿Cómo te has quemado esos piececitos? No te preocupes, yo cuidaré de ti. No llores, por favor, no llores y no la tomes conmigo. Yo no te he hecho nada, mi amor.»

El bebé llora, chilla y se agarra lleno de pánico y dolor a mamá o a papá, o bien al cuello del cuidador, mientras lo llevan al servicio médico de urgencias, donde el progenitor o el cuidador consiguen la atención y la comprensión deseadas.

Me parece perfectamente posible que Major Trader, además de su

Librodot

proclividad hacia los piratas, padezca de este síndrome de Munchausen por sustitución: incita a los demás a manipular y sentirse necesitados. Si alguno de ustedes, mis lectores, se encuentra con él o sabe dónde está, llame a la policía de inmediato. La última vez que lo vieron estaba desayunando un bocadillo y salía de su garaje en coche, y ahora ha evitado su detención y se le considera un fugitivo peligroso. Si lo ven, hagan el favor de no acercarse: es violento e incapaz de sentir re-mordimientos. Tampoco deben aceptar comida de él; sobre todo, los dulces.

¡Tengan cuidado ahí afuera!

—Eso es lo que estoy estudiando —la voz de la doctora Scarpetta resonó en el intercomunicador del despacho de Hammer poco después de que el último artículo del Agente Verdad surcara el ciberespacio—. Pero habría preferido que no apareciera en Internet ninguna in-formación sobre la bengala de señales o cualquier otro detalle del caso.

—Nadie tiene el menor control sobre lo que escribe el Agente Verdad —replicó Hammer el tiempo que lanzaba una mirada de desaprobación a Andy—. Mantiene un anonimato total.

—Cómo habrá sabido de ese caso de Miami? —se preguntó la doctora Scarpetta.

—Quizás haciendo una búsqueda en Internet sobre la combustión humana espontánea... —Esta vez fue Andy quien respondió. Supongo que la prensa se ocupó ampliamente de un caso tan excepcional, ¿no?

—Sí como de costumbre.

—Qué viene ahora? —inquirió Hammer mientras deambulaba, inquieta.

—He enviado el residuo grisáceo al laboratorio de estudio de pruebas y veremos si encontramos óxido de estroncio, perclorato potásico, fosfórico y elementos químicos parecidos —les informó la doctora por el intercomunicador—. Entretanto, tenemos una muerte debida a quemaduras en el cuarenta por ciento del cuerpo; todo lo demás queda pendiente de confirmación, pero creo que deberían considerar el asunto un caso de homicidio, a menos que descubramos que el hombre llevaba encima una bengala de alguna clase que se encendió por accidente.

—Trader mintió. ¡Vaya sorpresa! —comentó Andy a Hammer cuando ésta colgó el teléfono—. Mejor para ese hispano con matrícula de Nueva York.

Por desgracia, Macovich no tenía modo de saber lo que Hammer y Andy estaban hablando. Mientras el agente esperaba en el coche a que Regina terminara su visita a Barbie en el edificio, Cruz Morales salió al exterior a fumar y advirtió la presencia del Caprice sin distintivo. El corazón le dio un vuelco y empezó a latirle de forma acelerada. ¡La maldita consejera había hablado con la policía! Soltó el cigarrillo y echó a correr, lo cual llamó de inmediato la atención de Macovich, que lo re-conoció como el mexicano que se había detenido en la taquilla (le peaje de Hooter. Macovich también soltó el pitillo y saltó del coche en su persecución.

—¡Alto o disparo! —gritó al tiempo que sacaba la pistola.

—Si, he pensado en pegarme un tiro. —Regina le abrió su corazón a Barbie Fogg; ninguna de las dos se había percatado de la persecución a pie

Librodot

que se desarrollaba en el aparcamiento—. Pero no tengo pistola.

—¡No sabes cuánto me alegro de ello! —exclamó Barbie con alivio.

—No entiendo qué me sucede —continuó Regina entre lágrimas tras la puerta cerrada del despacho de Barbie, que estaba amueblado con un escritorio azul lacado, un sofá rosa y profusión de adornos de seda en relajantes tonos pastel—. Es como si fuera de otro planeta.

Creo que estoy diciendo lo correcto, y a todo el mundo le parece un fastidio. No tengo un solo amigo y, aunque tuviera alguno... —Consultó el reloj—. Bueno, hace tres horas creía que tenía uno, pero ya no. Me parece que nunca he hablado con nadie tanto tiempo seguido como ahora con usted. Y, desde luego, nunca me habían prestado tanta atención —añadió en tono lastimero.

—¿Quién era ese amigo que creías tener hace tres horas? —Barbie la escuchaba muy atenta desde una silla de color lavanda.

—Andy. Me dejaba ser su auxiliar y, de repente, se ha vuelto odioso.

—¿Su auxiliar? ¿Es tu novio, o lo ha sido algún tiempo? —Barbie estaba algo sorprendida.

Si alguna vez había conocido una mujer que no resultara atractiva a los hombres, era esa pobre chica. Necesitaba con urgencia un cambio radical de imagen. Si le encargaban a ella la tarea casi imposible, empezaría por realzar los colores de Regina, que resultaban difíciles de determinar. Las facciones pálidas y anónimas y el cabello oscuro resaltarían más, sin duda, con colores atrevidos como el carbón o el rojo, pero Barbie pensaba que sólo las mujeres más femeninas soportaban bien un aspecto que insinuase firmeza y carácter.

Lo que menos necesitaba Regina era reforzar un aire agresivo. Tal vez si perdía cuarenta kilos, se maquillaba, se hacía un bonito peinado y empezaba a ponerse cremas con regularidad, su aspecto se suavizaría, pensó Barbie.

—No es mi novio —decía Regina con una indignación que dejaba entrever lo dolida que estaba y la horrible opinión que tenía de sí misma.

—¿Tienes dolores de cabeza? —preguntó Barbie. Regina se sonó la nariz de forma ruidosa.

—Por supuesto. ¿Cómo no habría de tenerlos cada día, alguien en mi situación?

Barbie pensó que debería trabajar todos los aspectos de la pobre muchacha; incluso enseñarle a sollozar por lo bajo, en lugar de sonarse la nariz de aquella forma.

—Frunces demasiado el entrecejo y se te marcan mucho los músculos del ceño —señaló—. Creo que un buen sitio para empezar sería Botox. Puedo ponerte en contacto con mi doctor. Pero antes hablemos de ese novio tuyo y de lo que ha sucedido.

—¡Andy no es mi novio! exclamó Regina aún más fuerte, con el rostro hinchado y encendido—. Esta mañana me ha dejado ser su auxiliar y hemos ido al depósito de cadáveres, pero luego se ha puesto irritable.

—Andy trabaja en el depósito de cadáveres? —Barbie se horrorizó.

Aquello iba de mal en peor. Una morgue era el último lugar que convenía visitar a alguien como Regina, y la idea de proponerle un maquillaje de tonos invernales se hizo aún más inapropiada y de mal gusto; nadie que rondara por el depósito de cadáveres debería ir de rojo subido y negro.

—Es agente de policía —explicó Regina con creciente impaciencia—. Pero tampoco le he caído bien a la mujer que dirige el depósito y no me ha dejado

ver una autopsia sólo por no saber deletrear.

Barbie la escuchó con muda perplejidad.

—Ya sabe —continuó Regina—, la forense jefe.

—¡Ah, sí! He leído cosas sobre ella y la he visto en televisión —dijo Barbie—. Con esa melena rubia y esa figura esbelta, a ella sí que le sientan bien los tonos intensos. Pero empiezo a ver que contigo deberíamos probar algo diferente. Quizá colores claritos y luminosos. ¿Has llevado falda alguna vez?

—¿Tonos intensos? ¿Falda? ¿Qué es esto, una escuela de moda? —Regina se sintió insultada y rechazada—. ¡He venido aquí para hablar de mis problemas, no para que usted me haga de madre!

—De tu madre ya hablaremos otro día —indicó Barbie a su cliente. Paso a paso. Necesitaremos muchas sesiones, encanto. Pero ahora creo que deberíamos centrarnos en ese Andy, porque es evidente que ha herido tus sentimientos.

—Nunca había conseguido que alguien como él me prestara atención, y entonces voy y soy tan estúpida que me quedo colgada de él. —Las lágrimas aparecieron de nuevo. Me dijo que no tengo amigos porque soy una egoísta sin pizca de consideración hacia los sentimientos de los demás, me exilió al aparcamiento y luego, mientras yo buscaba las llaves, me lanzó un grito y un cuerpo cayó en el asfalto.

—¡Oh!

Aquello era más de lo que Barbie podía digerir y las imágenes que destellaban en su cabeza eran más de lo que podía soportar. Sin duda, iban a perturbar su tan necesario reposo aquella noche.

—He echado a perder mi oportunidad —sollozó Regina. Me doy cuenta de ello y no sé qué hacer. Quiero que él me respete y me admire por algo, pero no sé qué.

—Todas las mujeres tenemos que esforzarnos mucho para obtener reconocimiento y admiración. —Por fin Barbie entendía algo—. Oh, sí, esto es muy importante. Por lo tanto, lo que necesitas es un pequeño proyecto. ¿Qué pequeño proyecto podrías iniciar que te pusiera en el buen camino? ¿Algo que hagas tú sola, que impresione a los demás y mejore la impresión que tienen de ti?

Regina reflexionó unos instantes, al tiempo que se sonaba la nariz.

—¿Y si empezamos por las cremas y un cuidado completo de la piel? —apuntó Barbie—. Después podemos hablar de dietas y yoga.

Cabía esperar que, por una vez, Regina se pusiera a prueba.

—Papá necesita un caballo lazarillo —apuntó ésta con un atisbo de esperanza—. Tal vez yo podría encargarme de supervisar el asunto. Alguien tendrá que darle de comer, cepillarlo y adiestrarlo.

—¿Tu padre tiene algún caballo que se ha quedado ciego? —Barbie frunció el entrecejo sin cambiar de expresión; los músculos de su frente, paralizados, aparecían laxos e inexpresivos.

—No. Es él quien no ve y quiere un mini caballo porque ya tenemos a Frisky.

—¡Ah! Bien, una idea encantadora. —Barbie intentó mostrarse animada—.

Librodot

¿Por qué no empiezas por eso, entonces? Estudiemos lo de supervisar el asunto del caballito para tu padre.

—Puede que él lo lleve a la carrera de mañana por la noche; me aseguraré de que todo el mundo vea que me ocupo de él —apuntó Regina, ya con el ánimo un poco más alegre—. ¡Eso impresionará a todos, incluso a Andy!

—¡Qué coincidencia! —se admiró Barbie al tiempo que pensaba en su arco iris mágico y en cómo éste establecía relaciones en su existencia, por lo demás vacía—. Resulta que yo también voy a la carrera, ¿sabes? ¿Quieres que antes te ponga bien guapa? Quizá conozcas a algún piloto apuesto y valiente...

—¡Oh, por favor, siéntese con nosotros en el palco! —Regina se excitó e incluso mostró un poco de aprecio—. Sería perfecto. Pero no quiero falda. Me niego a ponérmela a menos que usted esté segura de que así voy a impresionar a la gente. El caballito y yo podríamos ir en su furgoneta; esos animales no son mayores que Frisky.

—¿Por qué no? —dijo Barbie tras una reflexión, suponiendo que Frisky sería un gato y que, por tanto, un mini caballo cabría fácilmente en una caja para transporte de mascotas en la trasera de la furgoneta—. Ahora, dime dónde quedamos.

—Nos encontraremos en la mansión, mañana al mediodía —dijo Regina, satisfecha—. Y dejaré que me ponga guapa.

Unique, sentada en el deprimente apartamento que pagaba su padre, un médico rico e importante del cual aceptaba ayuda pero al que odiaba, también pensaba en ponerse guapa. Estaba desnuda sobre la sábana negra de su cama y revolvía unas fotos polaroid de diversas personas a las que había asesinado salvajemente a lo largo de los años. Pero esta vez se sentía un poco inquieta y no obtenía la excitación sexual que solía experimentar al revivir sus crímenes.

La noche anterior, cuando ella y Smoke escapaban del 7-Eleven se fijaron en un muchacho mexicano que conducía un Gran Prix desvencijado. Unique ordenó a Smoke que lo persiguiera. La chica no se había molestado en reordenar sus moléculas para entrar en la tienda porque era muy tarde y, aunque había visto el Grand Prix, no advirtió que el conductor andaba cerca, puesto que la luz de la cabina telefónica no funcionaba. Así pues, no era invisible cuando le había volado los sesos a la empleada para luego salir de la tienda a la carrera, en el mismo instante en que el mexicano abandonaba la cabina, saltaba al coche y desaparecía a toda velocidad.

Smoke no había conseguido alcanzar el Grand Prix y Unique, en aquel momento, debía tener presente la posibilidad de que alguien pudiera dar una descripción de ella a la policía. Contempló la foto sangrienta de T. T y se vio a horcajadas sobre el cuerpo, rajándolo con el cúter mientras la carne y la sangre calientes de la mujer eran consumadas en su Propósito y se convertían en parte de su insaciable Oscuridad. Todas las víctimas de Unique se convertían en parte de su ser. El nazi que llevaba dentro la había aleccionado hacía mucho tiempo respecto a que esta transustanciación violenta y sexual, ese Objetivo,

era fundamental para que el nazi viviera. Si el nazi moría, ella moriría con él.

Los ojos aterradores de Unique recorrieron el dormitorio y reconocieron el mobiliario negro barato, las velas negras y el incienso, así como los

Librodot

recuerdos nazis que empezara a adquirir por Internet al tornar la decisión de destruir y consumir, conforme a su Objetivo, a aquellos que no merecían la existencia humana. Tomó otra polaroid y fantaseó con el rubio policía de paisano cuya identidad aún desconocía. Pero su Propósito lo uniría a ella muy pronto y, aunque la primera vez que lo había visto en la tienda y lo había seguido hasta su casa era invisible, no podía arriesgarse a que él pudiera reconocerla de alguna manera. ¿Y si el chico mexicano le daba una descripción?

Unique se levantó de la cama y se miró en el espejo de cuerpo entero. Su piel desnuda brillaba tenuemente y se sacudió la larga melena de color ala de cuervo antes de empezar a cortársela con un cúter. El pelo cayó alrededor de sus pies desnudos y el nazi le ordenó que se tiñera en un tono rubio claro, casi blanco, y cambiara sus planes de negarse a ir con Smoke a la carrera nocturna del día siguiente. Unique había planeado consumar su Propósito con el policía rubio mientras los perros de la carretera fingían ser un equipo de asistencia, pero ahora las cosas habían cambiado. Ojalá pudiera encontrar al mexicano y silenciarlo para siempre a cuchilladas, pero tal vez fuera demasiado tarde. Quizás el chico ya había dado su descripción a la policía.

—Enséñame —susurró a su Oscuridad—. Enséñame el Objetivo.

—Encontrarás tu Objetivo —se respondió a sí misma con otra voz que sonó profunda y sobrenatural.

—Sí. —Sonrió al espejo, y el deseo se hizo intenso. Luego visualizó al policía rubio—. Pronto, pronto. Muy pronto tendrás una experiencia única.

26

—Siento náuseas —dijo Fonny Boy a los pilotos por los auriculares; él y el doctor Faux seguían tiritando, mareados, en la cola del Jayhawk—. Estoy igual que aquella vez cuando me caí y terminé sentado sobre mi propio vómito.

La triste historia de infancia de Fonny Boy, de cuando iba a toda velocidad con su triciclo y había volcado, vomitándose encima, no llegó a oídos de los guardacostas. Estos habían tenido la suficiente sensatez como para llamar por radio a la NCIC y pedir más datos de los res-catados, averiguando así que al dentista al que acababan de sacar se le perseguía por fraude al sistema sanitario, blanqueo de dinero y extorsión; en cuanto al locuaz muchacho tangieriano, había cometido una flagrante violación de la ley marítima y también se le buscaba por secuestro.

Por supuesto, Andy se había encargado de que se emitiesen órdenes de detención contra el doctor y Fonny Boy después de su visita a Tangier con el disfraz de periodista y de inspeccionar el historial dental del muchacho; más tarde comprendió que cuando Fonny Boy había mencionado que el dentista estaba a buen recaudo, hablaba en serio, literalmente. Cuando el piloto supo que la Policía Estatal buscaba a las dos personas que acababan de rescatar, conectó la frecuencia de emergencia y llamó por radio a los helicópteros policiales que estuvieran en el aire.

Casualmente, Macovich, que había dejado a Regina una hora antes, estaba dando una lección de pilotaje a Cat cuando llegó la llamada por la radio.

—Helicóptero cuatro, tres, cero, Sierra Papa —respondió Macovich, tenso

Librodot

mientras Cat, a los mandos, provocaba que el aparato bimotor diera un respingo—. ¡No te he dicho que tocaras ese pedal! ¡Levanta el izquierdo! —exclamó Macovich por los auriculares; pero, en su confusión, pulsó el botón de transmisión y las instrucciones fueron oídas por cientos de pilotos de la zona, incluidos los de la Guardia Costera—. Si levantas el izquierdo, es como si pisaras el derecho. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¿Ves lo que sucede? El aparato vuelve el morro hacia la derecha porque al levantar el pedal izquierdo es como si pisaras el derecho. ¿No recuerdas lo que te he contado del par de torsión?

Cat, sudoroso, no estaba interesado en la aerodinámica en absoluto. Sólo quería aprender lo imprescindible para pilotar el helicóptero sin ayuda. Le importaba un comino la licencia o cumplir las normas de la FAA, porque estaba seguro de que en cuanto él y los perros de la carretera escaparan a Tangier, venderían el Bell 430 a los piratas canadienses y no tendrían que preocuparse de nada nunca más. «Seis millones de dólares», pensó mientras corregía en exceso la maniobra, lo cual hizo que el helicóptero oscilara precariamente sobre el asfalto.

A Macovich le llegó una voz por los auriculares: —Helicóptero cero, Sierra Papa. Está usted en uno, veinticuatro, punto cinco. —Era la frecuencia de emergencia—. Cambie a uno, veinticinco, cero.

Macovich cambió mientras luchaba con los controles y seguía gritándole a Cat. Pero sin darse cuenta, pulsó de nuevo el botón de transmitir.

—Vuelve a posarte. ¡Con calma, con calma! No busques el suelo, deja que se pose. ¡Por el amor de Dios, no tires de la palanca en el último segundo!

El helicóptero dio un nuevo brinco en el aire y se posó otra vez demasiado deprisa, rebotando sobre las ruedas al tiempo que la cola giraba sin control, a punto de golpear un cochecito eléctrico. Macovich gritó a Cat que apartara pies y manos de los controles.

—¡El aparato es mío! —Macovich pugnó por estabilizar el helicóptero—. ¡Es mío! ¡Suelta los mandos, desgraciado! ¡Te lo juro, no volveré a darte lecciones nunca más! ¡Es inútil!

Cat apretó el mando del rotor hacia delante al tiempo que mantenía apretado el pedal derecho, lo cual provocó que el helicóptero se deslizara por el asfalto en un giro cerrado a la derecha y se dirigiera de frente al hangar con las palas del rotor girando a toda potencia. Macovich no tuvo más remedio que alzar el puño y descargarlo contra la sien de su alumno de la NASCAR, dejándolo fuera de combate. Enseguida presionó ambos pedales y detuvo el helicóptero antes de que se estrellara contra la cola de una avioneta Cessna Citation. Volvió a cortar el gas para pasar a punto muerto y, agitado, soltó un gran suspiro en el que exhaló su pestilente aliento a tabaco.

—¡Joder! —gruñó Cat mientras poco a poco volvía en sí—. ¿Por qué me has arreado, hombre?

—Dile a tu condenado piloto que si necesita ir a alguna parte, el helicóptero lo llevo yo y tú aparcas tu condenado culo en la parte de atrás —replicó Macovich, colérico. A la mañanita de vuelo, casi catastrófica, se sumaba la jaqueca de la resaca y el mal recuerdo de cuando Hooter lo había emborrachado en Freckles y luego, tras llevarlo a la abigarrada casa de su madre, de una sola habitación, se había negado a hacer el amor con él en el sofá.

—Amigo, tenemos que ir a la carrera de mañana por la noche —apuntó

Librodot

Cat mientras se frotaba la cabeza.

—Sí, bueno, el gobernador también tiene que ir —dijo Macovich mientras apagaba los controles, de modo que a vosotros os tendré que llevar por turnos, no hay más remedio. No puedo decirle al gobernador que él tiene que ir en coche.

—¿De qué estás hablando? —replicó Cat, acalorado—. Mira todos esos aparatos. —Volvió la mirada hacia la flota de relucientes helicópteros nuevos que dormían en el hangar—. No nos importa en cuál nos lleves, mientras cueste lo mismo que éste.

Macovich supuso que el equipo de mecánicos de la NASCAR estaba obligado a mantener cierta imagen, y dudó sobre la decisión a tomar. Supuso que podría reclutar a Andy para que llevara a la primera familia en un 407, más pequeño pero igualmente lujoso, lo cual dejaría a Macovich en libertad para trasladar como era debido al piloto de la NASCAR y a su equipo de mecánicos, mucho más anónimos, por una buena cantidad de dólares. Eso le permitiría conseguir su propio apartamento, de modo que las mujeres que ligaba se sintieran más cómodas a la hora de hacer el amor con él. Al gobernador, si llegaba a darse cuenta, le diría que el 430 se hallaba fuera de servicio porque precisaba una revisión de mantenimiento.

—¡Hum? ¿Helicóptero Sierra Papa? ¿Tiene compañía? —probó de nuevo el piloto de la Guardia Costera mientras se dirigía hacia el centro de Richmond a una velocidad de ciento setenta nudos.

—Sierra Papa. ¿Quién intenta establecer contacto? —La voz jadeante volvió a los auriculares y los pilotos se miraron y asintieron; era su manera de indicar que no resultaba nada sorprendente que los pilotos de la Policía Estatal renunciaran al puesto continuamente.

Por el mundillo de la aviación corrían rumores, y la versión más aceptada decía que nadie quería ser piloto de la Policía Estatal porque la primera dama siempre intentaba ligar a sus feas hijas con los pilotos que llevaban a la primera familia a las cenas o de compras. Bueno, tal vez fuera por eso. Lo más probable es que se debiera a que el departamento de la Policía Estatal al completo se había vuelto loco desde que se pusiera al frente la superintendente con la que tenía que conectar la Guardia Costera respecto a los dos fugitivos.

—Estamos en un HH-60 de la Guardia Costera —radió el piloto—. Tenemos a bordo a dos sujetos y necesitamos un contacto con la Policía Estatal. Bien, la situación es muy delicada. ¿Tienen una frecuencia para contactar con la superintendente?

—¡Es como una película!exclamó Windy Brees cuando, un minuto después, entraba como una exhalación en el despacho de Hammer para informar animadamente, a ella y a Andy, de que un helicóptero de la Guardia Costera acababa de pescar al dentista secuestrado y a su raptor, el chico de la armónica—. Están en un helicóptero y han tenido que rescatarlos en esas cestas, entre el oleaje y bajo un viento atroz, como en esa película, El gran aullido. ¿La han visto? Con Keanu Clooney... ¡Ay, si no fuera tan joven...!

—Está bien, está bien —la interrumpió Hammer—. A ver si podemos sintonizar otra vez con la Guardia Costera y hablar con ellos.

Hammer se volvió en su silla hacia la radio que había sobre la mesa

Librodot

situada detrás del escritorio al tiempo que Andy buscaba el 125.0, una frecuencia bastante genérica que compartía un grupo de pequeños aeropuertos y que no se utilizaba muy a menudo.

—Diles que estamos en uno, veinticinco, cero —dijo Andy a la secretaria.

Al cabo de poco rato, tenían en el aire a los pilotos de la Guardia Costera.

—Aquí la Policía Estatal —dijo Andy por el micrófono. ¿Están en modo «Tripulación sólo»?

Afirmativo —fue la respuesta.

—Afirmativo —repitió Andy—. ¿Puede explicarme las circunstancias?

—Afirmativo. Hemos descubierto a dos sujetos en un bote y los hemos subido a bordo. Al parecer estaban pescando en la reserva de cangrejos y se quedaron sin carburante. Han lanzado bengalas de socorro ante nuestra presencia y la inspección de la embarcación ha dado como resultado que la embarcación no cumplía las medidas de seguridad. No había extintores de incendios ni chalecos salvavidas.

—Necesitamos a esos dos sujetos aquí. ¿Cuál es su situación actual, piloto? —Era Hammer quien ahora se hallaba al micrófono.

—Estamos a once punto tres millas al este del aeropuerto de Richmond.

Hammer preguntó a la Guardia Costera si podían transportar a los detenidos a la sede central de la policía del Estado para interrogarlos.

En aquel mismo momento, sin darse cuenta de que la radio estaba conectada en modo «Tripulación sólo» y que nadie en la cabina podía oírle, el doctor Faux estaba diciendo por su micrófono que agradecería al piloto que los dejaran, a él y a Fonny Boy, en Reedville.

—No es preciso que regrese a Tangier de momento —decía el doctor mientras el helicóptero surcaba atronadoramente un cielo que cualquier piloto calificaría de absolutamente despejado—. Y quiero asegurarme de que ustedes entienden que Fonny Boy, simplemente, tenía la amabilidad de tocar la armónica para mí mientras me enseñaba la bahía cuando nuestra barca ha tenido problemas de motor. En cuanto a la nasa para cangrejos, no tenemos idea de dónde ha salido.

—¿Es cierto eso? —preguntó el mecánico, que estaba en la parte trasera con ellos y podía oír la transmisión del dentista, pero no lo que se decía en la cabina.

—¡Qué va! —Fonny Boy cometió el error de hablar al revés mientras el helicóptero seguía rumbo al oeste, hacia la sede central de la policía del Estado.

—¡Oh! ¿Dices que no es verdad? —replicó el hombre con aspereza—. Ya me lo parecía. ¿De modo que estabais pescando ilegalmente?

—Llamaré a mi esposa y vendrá a recogernos —continuó farfullando el dentista, nervioso—. Y lamento haber causado tantos problemas. Desde luego, nos han salvado la vida; si alguna vez necesitan un arreglo dental, hagan el favor de visitarme. Los trataré gratis, aquí tienen mi tarjeta.

Sacó una tarjeta de visita, que se le escapó de los dedos debido a la corriente de aire que entraba por la portezuela del helicóptero abierta de par en par. La tarjeta salió volando hacia la tarde luminosa y el rotor de cola la hizo trizas.

—¡Oh, vaya! Era la última que tenía. Y eso de ahí no parece Reedville —añadió Faux con voz alarmada cuando el Jayhawk inició la aproximación a un helipuerto de lo que parecía la ciudad de Richmond.

—Tendréis que explicar muchas cosas —dijo Andy a Fonny Boy y al

Librodot

dentista cuando ambos, esposados, eran conducidos a una sala de interrogatorios.

—Todo es un error —dijo el doctor Faux, decidido a negar que lo hubieran secuestrado y cualquier otra cosa que pudiera empeorar aún más la situación—. Sencillamente, había prolongado mi estancia en la isla y Fonny Boy me devolvía a casa cuando la barca se quedó sin combustible.

La atención de Fonny Boy se desvió hacia el pedazo de hierro que guardaba en el bolsillo. Por encima de todo, tenía que volver a la jaula para cangrejos y seguir la cuerda y bucear hasta el barco hundido, pues ya tenía el pleno convencimiento de que guardaba el tesoro que tanto anhelaba. De lo que no estaba muy seguro era de por qué la boya se había mantenido a medio metro escaso de la popa de la barca mientras ésta iba a la deriva en la corriente, pero supuso que se había desorientado y que la embarcación no se había movido de sitio. No podía afrontar la posibilidad de que hubiera perdido la localización de su destino y lo único que le esperara en la vida era regresar a Tangier o quizá descubrirse tras unos barrotes.

—¿Han tomado algún otro rehén en la isla? —preguntó Andy al dentista mientras Windy tomaba notas.

—No sé nada de ningún rehén —respondió el doctor—. Y es una vergüenza que me detenga aquí, esposado como un delincuente común. ¡Soy un dentista que ayuda a los pobres!

—Sí, los ayuda mucho —replicó Andy con agresividad, en el papel del policía malo—. Los ayuda echando a perder sus dentaduras con arreglos dentales innecesarios, mal hechos o inexistentes, como sustituir coronas y empastes caros por otros de materiales baratos y facturar por falsos «tratamientos de conducta» de pacientes pediátricos, que acaban con más coronas de acero que dientes de leche hay en la boca. Sólo el año pasado, treinta y dos pacientes suyos se sometieron a ciento noventa y dos extracciones dentarias y, al menos en cien casos, facturó por la colaboración de anestesistas cuando, en realidad, usted mismo sedaba a los pacientes.

»Y podría continuar —añadió Andy con severidad mientras dirigía una mirada cortante al doctor Faux, que se sintió al borde del desmayo—. Para que lo sepa, acabo de organizar una investigación conjunta en la que participarán la unidad de la Fiscalía General de Virginia para el Control del Fraude en el Seguro Médico, el FBI y la inspección de Hacienda. Hace dos días que se ha expedido una orden de búsqueda y captura contra usted porque el comisario no ha podido encontrarlo para entregarle la citación en persona, ¿y sabe por qué?

—Ni idea —graznó el doctor Faux mientras Fonny Boy pasaba la lengua por sus mal ajustados aparatos dentales y una banda de goma saltaba despedida sobre la mesa de interrogatorios.

Porque su única dirección es un apartado de correos, y en su casa y en su consulta sólo responde el contestador automático le recriminó Andy—. Y como nunca ha permitido que amigos o familiares le tomen fotografías, el comisario no tiene la menor idea de qué aspecto tiene usted. Y porque, en cualquier caso, los tangierianos lo retenían como rehén en la isla y el comisario no tenía intención de ponerse a buscarlo en Tangier, pues sabe que los isleños no son dados a colaborar con nadie que lleve uniforme, sobre todo si éste pretende entregar una citación.

—Esa es su opinión —respondió Faux, cuya auténtica personalidad empezaba a asomar—. Tendrá que demostrar todo lo que dice y qué razones

Librodot

tiene. Hay mucha gente que utiliza apartados de correos y que se muestra reticente a que les saquen fotografías. A mí no me ha secuestrado nadie y no existen más rehenes.

—Escuche, doctor Faux, necesitamos su colaboración —intervino Hammer, en el papel de policía bueno—. Lo último que quiere nadie es otra guerra civil. Los isleños son tan ciudadanos de la comunidad de Virginia como usted y como yo, e ir contra nosotros es igual que ir contra sí mismos; es como si uno monta en cólera y se pega a sí mismo un tiro en la pierna. Cualquier revuelta civil por parte de los isleños tendrá resultados autodestructivos y, además, la tripulación del helicóptero de la Guardia Costera tiene la sensación de que cuando dispararon esas tres bengalas desde la barca no lo hicieron para señalar su situación apurada, sino con la manifiesta intención de abatir el aparato.

—¡Pero qué dice! —exclamó el dentista.

—¡Yo se lo explicaré! —replicó Hammer, cambiando al papel de policía malo—. Cuando una isla declara la guerra a su propio gobierno y arría la bandera y comete un secuestro, ¿qué se supone que hay que pensar si, de pronto, uno de esos isleños se pone a disparar contra un helicóptero de las fuerzas del orden? No es preciso subrayar que los helicópteros forman parte de lo que ha irritado a dichos isleños, debido al plan VASCAR.

—Esas bengalas las disparó Fonny Boy, no yo. Además, yo no soy tangieriano —se apresuró a puntualizar el dentista. Le dije que no lo hiciera. Y también fue él quien soltó la nasa para cangrejos en el santuario de cría. Lo hizo para localizar ese barco pirata…

—¿Un barco pirata? —intervino Andy.

Al oír esas palabras, Fonny Boy saltó y lanzó una mirada amenazadora al doctor Faux.

—¡No tiene derecho a decir eso! ¡Deje de hablar de mi barco pirata! —protestó el muchacho. ¡Va sabía yoque no era de fiar!

—Soy muy de fiar —replicó el dentista, quisquilloso. Y no has encontrado ningún barco. Lo que sucedió, para ser precisos, es que un pedazo de metal oxidado te encontró a ti.

—Qué eres, muchacho, un imán? —preguntó Andy a Fonny Boy con sarcasmo—. Creo que es hora de que alguien cuente alguna verdad aquí. Déjame ver ese pedazo de metal.

—¡Seguro! —Fonny Boy habló una vez más al revés, al tiempo que arrastraba las esposas encima de la mesa y movía las manos hacia uno de los bolsillos en gesto protector.

—¡No me obligues a cachearte! —Hammer ayudó a Andy a apretar las clavijas al muchacho.

—¡Es mío! —protestó Fonny Boy, negándose a colaborar—. Cayó del cielo y aterrizó en mi rodilla mientras tocaba el arpa de boca.

—Déjame ver ese pedazo de metal, por favor —insistió Andy, adoptando el papel de poli bueno al tiempo que se levantaba de su asiento. Te prometo que no me lo quedaré, a no ser que guarde relación con un delito o con la investigación de un accidente, ¿de acuerdo?

—¡Sí, claro! —Fonny Boy se mantuvo en sus trece y apretó el costado derecho de su cortavientos. Al hacerlo, palpó un bulto duro inesperado junto a la cremallera rota.

Picado por la curiosidad, Andy hurgó en el bolsillo, introdujo los dedos por un agujero y descubrió en el forro la llave del consultorio médico de la isla.

Librodot

—¡Ah! —exclamó el dentista al verla—. ¡La llave que se llevó el chico cuando me encerró en la consulta después de arrearme un puñetazo en la nariz sin ningún motivo!

—¡Pensaba que había dicho que no le secuestraron! —Hammer lo había pescado en una mentira.

—Soy una víctima inocente —replicó Faux—. Exijo que me dejen en libertad de inmediato. Y estoy decidido a presentar cargos. Esa gente violenta e indigna de confianza me retuvo contra mi voluntad y, probablemente, han sido ellos los que me han denunciado por fraude.

—He visto sus dentaduras —intervino Andy—. Y sólo hay que ver la de Fonny Boy. ¿Cuántos empastes, endodoncias, coronas y extracciones te ha hecho a ti, Fonny Boy?

El muchacho no las recordaba todas y era incapaz de contarlas, por lo numerosas. Apretó un bolsillo de los vaqueros y palpó la pieza de metal. Se dio cuenta de que se hallaba en un grave apuro debido a lo que el dentista había contado de él, y pensó que sería mejor proporcionarle al agente lo que quería. Al fin y al cabo, el pedazo de metal no debía de tener mucho valor y lo único que importaba era salir de allí, regresar donde estaba la jaula para cangrejos y descubrir el barco hundido y el tesoro.

Andy sostuvo en sus manos el pedazo de hierro irregular, viejo y oxidado, y lo estudió con tanto asombro como si fuera una antigüedad única.

—Necesitamos hacer la prueba del carbono a este objeto —dijo a Hammer—. Podría ser muy importante.

27

La jornada se consumía rápidamente para Andy y aún quedaba mucho por hacer.

Lo siguiente en su programa era recoger a Moses Custer en el hospital y asegurarse de que llegaba a su casa sin novedad. Después tendría que llevar la maleta impermeable a Canal Street, donde el capitán Bonny, alias Major Trader, había accedido por correo electrónico a presentarse para recoger lo que le enviaban.

«Yá verás tú lo que vas a recibir —pensó Andy mientras llenaba la vieja y abollada maleta de aluminio con pesas que sacó del abigarrado gimnasio que había improvisado en el sótano de su casa adosada. Ya verás cuando te detenga por asesinato, intento de asesinato, conspiración para asesinar, obstrucción a la justicia y cualquier otra cosa que se me ocurra, hijo de puta.»

Andy guardó la maleta, un disfraz y el equipo de pesca en el portaequipajes del coche y se dirigió deprisa al hospital, en el centro de la ciudad.

Lamento haber tardado tanto en llegar —se disculpó al entrar en la habitación de Moses Custer, una estancia privada, espaciosa, adonde el gobernador había ordenado que lo trasladaran, aunque Moses estuviera a punto de recibir el alta.

—Ya está a punto para marcharse. Y ya era hora de que usted viniese a recogerlo, porque necesitamos la habitación —dijo una enfermera cuya tarjeta de identificación decía: A. Carless; se trataba de una mujer de complexión muy fuerte, cuyos ojos miraban en dos direcciones a la vez.

Librodot

Sin añadir una palabra más, la enfermera se dispuso a ayudar a Custer a levantarse de la cama y pasar a una silla de ruedas.

—No necesito la silla —murmuró Custer con nerviosismo—. ¡Ay! ¡Acaba de darme en la boca con el codo! ¡Espere, no llevo la bata atada por detrás! ¡Ayúdeme, por Dios, señor agente! ¡Por favor, aparte de mí a esa enfermera! ¡Estoy más magullado ahora que cuando llegué al hospital!

Daba pena verlo. Custer tenía la cabeza negra y amoratada, un ojo cerrado a causa de la hinchazón y varios dientes de menos, aunque no estaba claro cuánto de ello se debía a la agresión que lo había llevado al hospital. Tenía enyesado un brazo y la enfermera Carless consiguió golpear con él la mesilla auxiliar en su intento de obligar al paciente a salir de debajo de la sábana para pasarlo a la silla de ruedas, a la que se había olvidado de echar el freno. Antes de que Andy pudiera intervenir, la mujer alzó del lecho a Custer y lo depositó con brusquedad en la silla, que echó a rodar por sí sola y se estrelló contra una cajonera. Custer soltó un chillido mientras la silla salía rebotada hacia atrás y golpeaba la cama; su pie derecho, vendado, tocó el asa del orinal que había en el suelo y lo envió rodando al otro extremo de la estancia al tiempo que la silla giraba sin control y Moses salía des-pedido de ella.

—¡No me toque! —chilló Custer de nuevo mientras la enfermera lo alzaba agarrándolo por la parte delantera de la bata, lo cual dejó a la vista la espalda y otras partes de su cuerpo que no interesaban a nadie más que a él.

—¡Vaya! —dijo Andy, quien asió a Custer por el codo y le ajustó la bata al tiempo que cerraba el paso a la enfermera Carless para evitar nuevas lesiones al paciente—. ¿Dónde guarda sus ropas? Le ayudaré a vestirse.

Mi hijo me trajo algo. Están en ese cajones —respondió Moses. ¡Y usted no toque nada! —le gritó a la enfermera—. ¡Que las traiga el agente!

Andy lo ayudó a ponerse la ropa entre las protestas y los deseos de intervención de la enfermera; por último, lo acomodó en la silla de ruedas.

—Le llevaré hasta el coche —dijo a continuación—. Y no necesitamos su ayuda —avisó a la enfermera, que cada vez estaba más irritada y agresiva.

—Las normas del hospital dicen que el paciente debe salir acompañado de una enfermera —protestó.

—Y las normas de la Policía Estatal establecen que las personas en custodia y protección sean trasladadas por un agente de la ley —replicó Andy—. Le sugiero que no intervenga.

La mujer se llevó las manos a las caderas con gesto desafiante, pero calló.

Mientras Andy empujaba a buen paso la silla de Moses por los pasillos, las recias pisadas de la enfermera sonaron tras ellos.

—¡Voy a informar de usted a la supervisora! —masculló mientras apartaba de su camino a un interno y hacía que otra enfermera, al tratar de esquivarla, chocase contra un carrito de material médico, el cual se estrelló contra un macetero que contenía una planta de maíz.

Major Trader era de esos que no subiría a un autobús a menos que estuviera desesperado. Sin embargo, después de leer el último artículo del Agente Verdad consideró que sería una buena idea pasar por la estación central y sacar un billete de ida a Key West, donde tenía parientes que compartían su herencia pirata y nunca lo entregarían a las autoridades. Era

evidente que estaba en marcha una investigación a fondo que iba a sacar a la luz muchos hechos que no hablarían en su favor.

El gobernador Crimm no se mostraría nada amistoso al enterarse de que, en efecto, llevaba años envenenándolo. Tampoco le alegraría saber que Trader se había dedicado a mentir, retener información, falsificar notas cuando había tenido necesidad de ello, holgazanear, filtrar informaciones a la prensa para obtener ventajas financieras y personales o utilizar un alias en Internet para dirigir asuntos ilegales relacionados con los piratas. Menuda sorpresa se iba a llevar cuando supiera que su ayudante procedía de familia de piratas, que había sido un pirómano en la infancia y que había asesinado al pescador en Canal Street, por mencionar sólo algunas de las flaquezas de Trader.

Una vez tuvo en el bolsillo el billete, consignado a un nombre falso, se apresuró a abandonar la estación de autobuses para dirigirse a Canal Street.

Andy, consciente de que andaba corto de tiempo, había preguntado a Moses si le importaba acompañarlo a una misión.

—Esa enfermera nos ha retrasado —le explicó Andy—. Y ahora tengo que ver a un sospechoso a las dos y media, es decir, dentro de un cuarto de hora.

Le acompañaré gustoso —respondió Moses—. Estaré fuera de circulación un mes por lo menos. Un poco de actividad y aire fresco me sentará bien. ¿Puedo ayudar en algo?

—¿Recuerda algo más de la agresión?

—No. Lo único que recuerdo es a un ángel que me dijo que se le había estropeado el coche y que me prometió no sé qué único.

—¿Unico? —repitió Andy, perplejo.

—Es lo que dijo.

—¿Sabe usted pescar? —preguntó Andy a continuación.

—Soy un auténtico experto —replicó Moses. Andy aparcó unas calles más abajo del lugar adonde se dirigía, que resultó ser precisamente el punto en el que Trader había asesinado a Caesar Fender. Cuando el llamado «Capitán Bonny» había intercambiado correo electrónico con Andy que en realidad había accedido con el nombre de usuario de Possum (aunque Andy ni siquiera conocía la verdadera identidad de éste), Andy había sugerido aquel lugar. Pensó que todo sería aún más sonado si no sólo atraía de nuevo a Trader al lugar del crimen, sino que también le recompensaba por sus fechorías con una maleta llena de hierro y un viaje gratis al calabozo municipal. Andy abrió el portaequipajes y sacó la pesada maleta; después se puso la misma barba falsa, la peluca de la cola de caballo y las ropas desaliñadas que utilizara como disfraz en Tangier, y le entregó a Moses una caña de pescar.

—Lo único que tiene que hacer es pescar —le dijo a Moses mientras se encaminaban hacia el muro de contención del borde del río—. Limítese a pescar y no me preste atención. Lo que sucederá a continuación es que se presentará un hombre e intentará coger la maleta, como si fuera suya. Pero no conseguirá moverla una pulgada por mucho que se esfuerce. Yo me ofreceré a ayudarlo y, antes de que se dé cuenta, lo tendré esposado y camino de la cárcel.

—¡Oh! Está bien, me parece estupendo —dijo Moses.

—Luego lo llevaré a usted a su casa, sano y salvo.

—Sí, me parece estupendo —repitió Moses mientras avanzaba renqueante

Librodot

hacia el lugar.

Unos jirones de cinta policial para delimitar escenas de crímenes ondeaban bajo el viento frío. Moses miró a su alrededor con cierta inquietud y observó los rastros de un incendio en el asfalto y un cubo de plástico volcado.

—Vaya, fíjate en esto —dijo Andy para sí, irritado, al tiempo que recogía el cubo—. ¡Menuda labor policial! ¡No puedo creer que se dejaran esto aquí!

Colocó el cubo junto a la pared y situó la pesada maleta a unos palmos. Moses puso un gusano de plástico en el sedal y añadió un flotador.

—No será aquí donde reventó ese pescador, ¿verdad? —inquirió, preocupado.

—En realidad, sí —respondió Andy mientras preparaba también su equipo de pesca.

Espero que no haya quedado aquí con ningún asesino apuntó—. Ya tengo suficiente de gente malvada, por el momento.

—No se alarme —lo tranquilizó Andy—. Usted no intervenga y dedíquese sólo a pescar. La persona que se presentará aquí no le hará nada. Lo único que quiere es coger esa maleta y escapar.

—Debo admitir que nadie le reconocería con ese disfraz —apuntó Moses, y con un gesto hábil y armonioso lanzó el sedal a las aguas perezosas del río plagado de rocas—. Parece un hippie trasnochado, uno de esos que conduce una vieja Volkswagen decorada con grandes flores.

Bien. Y no se le ocurra llamarme Andy o agente cuando aparezca el tipo.

Desde luego —asintió Moses—. No pienso poner sobre aviso a un asesino. ¿Por qué mataría a ese pobre pescador negro? ¿Y cómo está usted tan seguro de que el tipo no me echará un vistazo y decidirá hacer lo mismo conmigo? Ponga un flotador o su lombriz se hundirá directamente hasta el fondo y se enganchará a alguna roca.

—El tipo sólo quiere coger el dinero y abandonar la ciudad a toda prisa —dijo Andy mientras añadía el flotador al hilo y lanzaba el aparejo a la corriente—. Además, yo estoy aquí; si intenta algo, se verá en graves problemas.

—¿Va usted armado?

—Sí llevo a mi amiga en la parte de atrás de la cintura —respondió Andy al tiempo que notaba un ligero tirón en la caña.

Major Trader llegó en un taxi Blue Bird y le dijo al conductor que esperase o no le pagaría. Trader observó a dos vagabundos que pescaban en el malecón y avistó en una esquina una maleta de aluminio abollada, solitaria. Llevaba la pistola de señales en el bolsillo del abrigo por si alguien se entrometía y se encaminó directamente hacia la maleta.

—¿Esto es de alguno de vosotros? —preguntó Trader a los pescadores.

—No lo había visto en mi vida —replicó Andy, pues era absolutamente lícito mentir cuando uno actuaba como agente encubierto.

—Yo, tampoco —le secundó Moses. He llegado y me he sentado aquí, como siempre que venimos a pescar.

—Alguien me robó el coche y por eso he tenido que tomar un taxi —mintió Trader—. Dentro llevaba mi maleta, que es ésta, y he tenido el presentimiento de que el ladrón se desharía de ella en alguna parte, porque dentro no había más que ropa y unos libros.

—Pues si es suya, llévesela —dijo Andy.

Trader estudió detenidamente a los dos pescadores para asegurarse de

Librodot

que no se interesaban más por él y que no serían capaces de identificarlo más adelante, si alguien los interrogaba. Eran un par de perdedores, estaba claro, y probablemente jamás en la vida habían te-nido un empleo decente. ¿Por qué, si no, se encontraban allí pescando un viernes a mediodía, cuando la gente normal estaba en plena jornada laboral? Trader agarró la maleta por el asa y, al tirar de ella, el hombro casi se le descoyuntó.

—¡Mierda! —murmuró, sorprendido.

¡La condenada valija debía de pesar cien kilos! Imaginó cientos de dólares de plata y fajos de billetes e incluso tal vez oro. Los piratas debieron de dar un gran golpe. Intentó de nuevo levantar la maleta v no fue capaz de separarla un centímetro del suelo. Entonces probó a abrirla, pero estaba cerrada con combinación y los cerrojos no cedieron. Mientras reflexionaba sobre qué hacer y echaba miradas furtivas a su alrededor, rompió a sudar; el viejo pescador negro, que parecía haber sufrido un accidente grave de coche, tiró de su caña y empezó a recuperar sedal.

—¡Ha picado! —anunció Moses a todo el que quisiera oír—. ¡Sí, señor, esta preciosidad no va a seguir en el agua mucho tiempo!

—¿Cómo te las arreglas siempre? —Andy representó su papel—. Cada vez que vengo aquí contigo, tú sacas un cubo de pescado y yo vuelvo a casa de vacío.

Fue entonces cuando Trader reparó en el cubo de plástico blanco, que le resultó familiar. Una descarga de adrenalina le disparó una alarma interna.

—¿El cubo es suyo? —preguntó Trader mientras probaba diferentes combinaciones.

—Pues sí —respondió Andy.

—¿Sí? ¿Y cómo es que lleva estampado «Mariscos Parks»? ¿No es una pescadería de la isla de Tangier?

Trader empezó a sospechar algo y se llevó la mano a la pistola de señales—. Ese cubo procede de la mansión del gobernador, así que no me venga con que es suyo...

—No lo sabía. No he estado nunca en la mansión del gobernador, aunque precisamente iré mañana porque el gobernador me lleva a la carrera de la NASCAR.

—Alguien se dejó ahí ese cubo —dijo Moses, siguiéndole el juego a Andy mientras cobraba el pez. Como parecía que nadie lo quería... Pero no me importara devolverlo a la mansión cuando vaya por allí.

—Pero si el cubo es suyo —insistió Trader, acercándose para echar un vistazo de cerca—, ¿por qué no tiene agua? Si fuera a utilizarlo para plantar el pescado que captura, ya se habría molestado en llenarlo de agua. ¡Y sé perfectamente que lo de ir a la carrera con el gobernador es una bobada!

El pez saltó del agua, debatiéndose, y a Andy su aspecto le resultó familiar.

—¿Una trucha? —preguntó a Moses mientras Trader, entre gruñidos de esfuerzo, probaba de nuevo a levantar la maleta.

—¡Sí, señor! —exclamó Moses—. ¡Y de las buenas!

Cada vez más desesperado y un poco receloso de los pescadores harapientos, Trader intentó arrastrar la maleta y soltó unas maldiciones. Moses levantó a la combativa trucha y Andy observó en el animal una herida antigua de anzuelo en la mandíbula inferior. La trucha vio a Trader y se hizo la muerta.

—Suéltala —dijo Andy a Moses—. No necesitamos peces, cangrejos o nada

Librodot

más para identificar a ese mantecoso mentiroso.

Se quitó la barba falsa y la peluca de cola de caballo y sacó la pistola.

—¡Manos arriba, Trader! —ordenó Andy con voz enérgica mientras Moses extraía el anzuelo de la boca de la trucha y la devolvía al agua.

—¡Libre al fin! —dijo el pescador a la trucha mientras ésta se alejaba nadando.

—¡Queda detenido! —gritó Andy.

Regina también estaba dando órdenes a gritos, sin resultado. El mini caballo, Trip, había llegado a la mansión hacía una hora, pero Regina había prestado poca atención a las instrucciones del entrenador, sin molestarse tampoco en estudiar la cinta de vídeo que las recogía. ¿Cuánto le iba a costar que el caballito entendiera las órdenes de «a la derecha», «a la izquierda», «siéntate», «ven» y «túmbate»? Sin embargo, llevaba un buen rato gritándoselas al futuro lazarillo y Trip seguía plantado en mitad del salón de baile, mirándola inmóvil.

Muévete —dijo Regina con un chasquido de los dedos y un enérgico taconeo.

Trip parpadeó, pero no se movió.

—¡Ven aquí ahora mismo! —probó Regina en un tono áspero al tiempo que la primera dama aparecía en la escalinata y bajaba los peldaños a toda prisa, sosteniendo una caja de trébedes que se proponía guardar en la despensa del mayordomo.

—¡Pony estúpido!

—¡Regina! —exclamó la señora Crimm, jadeante a causa del esfuerzo, al tiempo que hacía una pausa—. ¡No vuelvas a hablarle así al servicio!

—¡Oh!, su hija no habla conmigo, señora —dijo Pony, haciendo acto de presencia con su bata blanca almidonada—. ¿Puedo ayudarle con la caja?

—¿A qué viene este revuelo? —El gobernador asomó de una estancia y miró a través de la lupa con manifiesta perplejidad—. ¿Dónde estoy? He ido a mi despacho y no he encontrado el escritorio. ¿Alguien ha movido de sitio mi escritorio? ¿Qué llevas ahí, Maude?

—Unas cosas que voy a tirar —improvisó su mujer sobre la marcha— Estaba despejando un armario y he encontrado este zapatero giratorio que compré por catálogo. Supongo que no sabes a cuál me refiero, pero nunca ha servido para nada útil y la mayor parte de los zapatos que hay en él de todos modos están anticuados.

—Su escritorio sigue donde estaba —indicó Pony al gobernador. ¿Puedo ayudarle en el piso de arriba, señor?

—Qué es esto? —El gobernador descubrió el mini caballo y quedó prendado de él al instante—. ¡Qué bonito eres! ¡Y qué arnés más fino, con esa empuñadura de cuero repujado! ¡Pero si incluso vas calzado!

—Tiene que ir calzado para que no resbale continuamente en la madera encerada —explicó Regina, impaciente, mientras la primera dama se apresuraba escalera abajo para esconder los trébedes. Pero es un bicho inútil. No quiere hacer lo que le ordeno, así que no veo que vaya a ser de utilidad, papá. ¡Ven aquí! —insistió Regina, dando unas palmadas para despabilar al indiferente animal—. Tú, idiota, ven aquí ahora mismo o te devolveré y tendrás que servir a otro cegato que, probablemente, vivirá en una pocilga y no tendrá servicio doméstico ni limusina, cocinero o visitas de

Librodot

gente importante.

—Tal vez no le dices las palabras correctas —reflexionó el gobernador al tiempo que se acercaba a Trip y le daba unas palmaditas en la crin rojiza. ¡Siéntate!

Trip permaneció inmóvil.

—¡Busca! —El gobernador arrojó un palo imaginario a la alfombra oriental—. ¡Bueno, déjalo!

El caballito hizo caso esta vez.

—Señor —dijo Pony—, ¿qué le gustaría merendar?

—Me apetecería un par de huevos con una tostada —respondió el gobernador mientras su ojo ampliado, nebuloso, escrutaba a su nuevo caballo guía.

—La tostada, ¿aparte o debajo de los huevos? —preguntó Pony, minucioso.

—Debajo —decidió el gobernador, y al oírlo el caballito procedió a refugiarse bajo la mesa de jugar a cartas, que era de caoba con incrustaciones—. ¡Vaya!

—¿No resulta extraño? —comentó Crimm al tiempo que se arrodillaba e intentaba convencer al animal de que saliera de allí debajo—. Creo que a este bicho le sucede algo. 0 tal vez has confundido al pobrecillo y lo has intimidado con tu rudeza —dijo a Regina.

—¿Con qué derecho…? —empezó a protestar ella.

Trip, al instante, salió de debajo de la mesa, torció a la derecha v empezó a recorrer la sala de baile sobre sus zapatillas ajustadas con velero.

—Todo es siempre culpa mía. Estoy más que harta de que me culpéis de lo que va mal. Soy una supervisora excelente y es ese caballo retrasado mental el que me está fastidiando, no al revés…

—¡Alto ahí! —soltó el gobernador a su hija. Ya había oído suficiente.

Trip se detuvo.

—¿Señor? Pony había reaparecido en la estancia. ¿Qué preferirá con los huevos? (Salsa holandesa, mantequilla, sal, pimienta o alguna otra cosa?

Crimm hizo una pausa para consultar con su submarino, que permanecía tranquilo. ¡Bendito fuera! Desde que dejara de comer los dulces de Major Trader no le había causado mayores problemas. Bien, quizá ya no necesitaba aquella dieta blanda. Dios santo, ¿no sería eso una bendición del cielo?

—Hasta podría probar otra vez el jamón —pensó en voz alta.

—Puedo ponerle jamón con los huevos, si quiere —sugirió Pony mientras Trip deambulaba por la sala de baile, arrastrando las riendas sin dueño.

—Claro, ¿por qué no? —asintió el gobernador, encantado—. ¡Pónselo! ¡Vamos!

Al momento Trip dejó de dar vueltas y se encaminó hacia el ascensor.

—¡Miren eso! —se admiró Pony. El caballito va derecho a…

—¡Olvida el caballo y ocúpate de la merienda! —interrumpió el gobernador al mayordomo. ¡Arriba! Trip se detuvo en seco y levantó una pata.

—Creo que empieza a entender—anunció el gobernador y, levantándose, fue hasta el caballito y le dio unas palmaditas en la testuz—. Ya puedes bajar la pata, amiguito.

Trip no se movió.

—Ale parece que sólo atiende a un par de palabra— apuntó Pony. ¡Vamos! —dijo a Trip.

Librodot

El caballito bajó la pata y se encaminó de nuevo al ascensor. Intrigado, Pony fue tras él y pulsó el botón de bajada. Las puertas se abrieron y el animal entró en el camarín.

—Montemos con él y veamos qué hace —propuso el gobernador, más divertido de lo que había estado en mucho tiempo.

El mayordomo y él, junto con el caballito, bajaron en el aparato. Cuando las puertas se abrieron en la planta baja de la mansión, el mini caballo se quedó esperando, inmóvil.

Déjame ver… dijo Grimm, pensativo antes se ha movido cuando he dicho «vamos».

Trip se apeó del ascensor.

¡Si! —exclamó Pony, encantado de que el gobernador hubiera dado con la palabra clave.

El caballo tomó a la derecha y cruzó una puerta abierta. En la sala, la primera dama se afanaba en guardar una gran caja de trébedes en una estantería. Cuando percibió las pisadas del animal y miró a su al-rededor, descubrió a su marido y soltó un chillido. La caja se estrelló contra el suelo y los trébedes se esparcieron con estrépito por el piso de madera de pino centenaria.

—¡Espera! —la señora Crimm intentó explicarse, pero el susto disparó sus pensamientos y la dejó confusa. Trip se detuvo.

—¿Qué es eso? —preguntó el gobernador a su esposa, mientras observaba los trébedes a través de la lupa—. Oh, vamos…

Liberado de la orden de detenerse, Trip se metió en la despensa repleta de trébedes y esperó allí a la siguiente orden.

—!De modo que se trataba de eso! —exclamó el gobernador. Has estado de compras, ¿no es eso? Andabas a vueltas otra vez con esa manía de comprar antiguallas… Y yo pensaba que recibías a hombres inmorales en la mansión.

—¿Cómo pudiste pensar tal cosa? —exclamó la primera dama al tiempo que se agachaba a recoger sus preciados trébedes, o al menos la última remesa de éstos que había adquirido por Internet—. ¡Oh, Bedford, yo nunca te engañaría!

—¡Quieta! —El gobernador le ordenó que dejara en paz los condenados trébedes; Trip obedeció la orden dejando de hacer lo que estaba haciendo en aquel momento, que en cualquier caso no era mucho.

—¿A qué viene eso de «otra vez»? —preguntó la señora Crimm con perplejidad—. ¿Tú sabías que coleccionaba trébedes?

La primera dama lanzó una mirada acusatoria a Pony y el mayordomo se encogió de hombros como si dijera: «No lo ha sabido por mí».

—Claro. Me he tropezado con tus trastos aquí y allá —explicó el marido—. Con franqueza, pensé que eran antiguallas, quizá propiedad de anteriores gobernadores del siglo pasado.

—Pues de trastos, nada —replicó la señora Crimm con indignación—. Y son muy caros —añadió, imprudente.

—Devuélvelos —ordenó el gobernador.

—¿Devolverlos? ¡Devolverlos! —La primera dama levantó la voz, escandalizada, y Trip dio un paso atrás en la despensa y mandó un trébede en forma de herradura contra otro labrado que representaba un perro.

—¡Santo cielo! —exclamó Pony en tono admirativo—. ¿No creen que ha reconocido la herradura y que por eso ha decidido darle una coz? ¡Qué caballito tan listo! Y a lo mejor también ha reconocido al perro. Quizás es su

forma de decir que quiere librarse de Frisky y ser la única mascota de la casa.

—Debemos mantenerlos separados —apuntó la señora Crimm, consternada ante la perspectiva de tener que ocuparse de otra cosa más. ¡Oh, pobre Frisky! Se pondría tan triste si prestamos más atención al pony que a él...

Fue una pena que dijera pony, porque al gobernador se le quedó grabada la palabra en la cabeza y a partir de ese momento empezó a referirse al mini caballo como «el pony», lo cual era muy confuso para Pony, el mayordomo.

—Ven aquí, pony.

El gobernador intentó animar a Trip para que saliera de la despensa, y Pony respondió entrando en ella. El mayordomo, el caballito, la primera dama y el gobernador se amontonaron en la estrecha dependencia y empezaron a golpear y pisar trébedes.

—Sé bueno, pony, vamos fuera —insistió el gobernador como si Trip fuera Frisky y lo pudiera convencer con una galleta.

Pony salió, pero Trip no se movió.

—Eres muy terco, pony —masculló Crimm con voz enérgica.

—Lo siento, señor—respondió el mayordomo, que para entonces ya estaba absolutamente confuso—. No pretendía hacer nada que le molestase. Hablando de los huevos, señor, los quería con tostadas, ¿verdad? Y con mucho jamón, me ha dicho.

—Exacto —respondió el gobernador, abstraído, mientras seguía con la lupa al mini caballo; éste decidió salir de la despensa y, pasando bajo una mesa, se dirigió al ascensor y se desvió a la derecha, acabando en la cocina.

—¡Es el caballo más asombroso que he visto! se admiró Pony—. Fíjese, señor, tal como si fuera a prepararle los huevos él mismo. —Se dirigió a Trip—: Ahora, escucha: en tostadas y con jamón; así es cómo los quiere tu amo.

Trip pasó junto a un tajo de carnicero y volvió al ascensor.

—Sólo estoy bromeando un poco le dijo el mayordomo al honorable matrimonio Crimm—. Sé que no hay ningún caballo en el mundo capaz de cocinar. Si los hubiera, seguro que tendrían más caballitos de esos en la mansión y va no necesitarían internos.

—Yo, desde luego, no comería nada que me cocinara un caballo —declaró la señora Crimm con desaprobación—. Sólo pensar en lo antihigiénico que sería...

—Eso me recuerda... —dijo el gobernador, echando a andar detrás de Trip: Tenemos que arreglar tu situación con el departamento de Prisiones. Les haré una llamada.

—¡Oh! eso significa que debe de haber leído lo que dice el Agente Verdad respecto a que me ayudará —apuntó Pony, sorprendido y satisfecho—. Desde luego, me encantaría saber quién es ese hombre para mostrarle mi aprecio.

—¡Eh, cierra el pico!

La voz hostil procedía de una celda oscura, pestilente y angosta. Era de noche y en el calabozo de la ciudad ya se habían apagado las luces.

—!Cállate tú! —replicó Major Trader al tedioso bandido que se hacía llamar Stick.

Librodot

El individuo había terminado allí después de fingir que se había golpeado la cabeza, que estaba cubierta con una bolsa, y hacerse luego el inconsciente con la esperanza de que así lo llevaran gratis al hospital y escapar a continuación. No funcionó.

—¡Callaos! —intervino otro interno; Trader no estaba seguro, pero le pareció que la voz ofensiva pertenecía a Slim Jim, delincuente habitual cuya especialidad era abrir cerraduras de coche y robar el dinero para el peaje y las gafas de sol.

—¡Cállate tú! —replicó Trader a su vez. Estaba de suficiente mal humor para no dejarse intimidar por nadie.

—!No! ¡Cierra la boca tú, hijo de puta! —Era Snitch quien se había despertado ahora. Y estaba irritable.

—¡Si!, —añadió el chico mexicano—. ¡Que todo el mundo se calle, por favor!

—No te metas, hispano —amenazó Trader.

—¡Eh! —replicó el mexicano, ofendido—. Yo te vi rondando entre los cubos de la basura.

—!Vaya! —exclamó Stick—. Ya sabía yo que ese tipo estaba chiflado. ¿Qué hacía en un lugar así?

—Creo que se la estaba cascando —dijo el mexicano, que ahora tenía que revelar su verdadero nombre a los compañeros de celda o reconocer ante la policía que era un delincuente juvenil—. Mirad, yo me escondía de la policía detrás de un bar y lo vi rondando por el callejón; se agarraba la polla mientras saltaba y hacía ruidos, de modo que salí corriendo porque me pareció un loco.

—¡Pues vaya suerte tienes! ¡Mira que acabar en la misma celda que él! —comentó Snitch con sarcasmo, y se colocó la almohada bajo la cabeza—. Menuda suerte tenemos todos, encerrados con un loco gordo y apestoso…

—Sí, qué hacías rondando por allí, ¿eh? —soltó Stick en tono provocativo.

—No es asunto tuyo. Pero tengo una razón para todo y no hago nada sin motivo.

—Por favor, no nos peleemos. Ya es suficiente con tener que estar aquí encerrados. Por el amor de Dios, tengamos un poco de consideración y roguemos por la paz —intervino el reverendo Pontius Justice. La noche anterior había pasado por la casa de Barbie Fogg a dejar unos vídeos y luego, cuando ya se iba del barrio, cometió el error de negociar una mamada para acabar descubriendo que la mujer a la que pidiera la propuesta no era una buscona, sino una solterona cuyo coche se había estropeado y que se había quedado sin baterías en el móvil.

—¡Para qué querría yo sus veinte dólares? —había preguntado la solterona con un acento raro cuando el reverendo le hizo el gesto de que se acercara al Cadillac—. Si me los ofrece para un taxi, amigo, se lo agradezco mucho, pero no acepto dinero de desconocidos.

—Me da igual en qué te lo gastes —respondió el reverendo Justice, que estaba bebido y cansado e insatisfecho de cómo iba el nuevo programa de vigilancia del barrio, que hasta entonces no había evitado un solo delito—. Sube y ocúpate de mí un rato, y puedes hacer lo que quieras con este billete nuevo de veinte pavos que tengo aquí, ¿lo ves?

La solterona, que resultó ser Uva Clot y que era infinitamente mayor de lo que él había pensado al verla desde lejos y a oscuras, se acercó al Cadillac, anotó el número de matrícula y empezó a pedir ayuda a gritos. Cuando el

Librodot

reverendo Justice salió a escape, la policía le pisaba ya los talones con el ulular de las sirenas y los faros centellantes palpitando en su cabeza.

—¿Y tú, por qué estás aquí? —preguntó el reverendo a la zona oscura de la celda donde Trader llenaba la cama como un gran saco de patatas.

—Soy un pirata —anunció Trader en tono amenazador.

—¡Que Dios nos proteja! —exclamó el reverendo, atónito—. No serás uno de esos piratas que malhirieron a ese pobre camionero y le estropearon todas las calabazas, ¿verdad?

—¡No es asunto suyo!

—¡Que el Señor nos asista!

—Y me encanta maltratar a los bichos —añadió Trader, pues conocía lo suficiente sobre psicópatas como para saber que todos ellos empezaban su monstruosa carrera de crímenes violentos atormentando a criaturas indefensas.

El, por ejemplo, no había sentido el menor asomo de remordimiento al incendiar el criadero de cangrejos, matando madres y crías y demás animales en plena muda, cuando estaban temporalmente desprovistos del caparazón protector.

No le importaban en absoluto los botes que ardieron ni que la Chesapeake House de Hilda fuera pasto de las llamas o que casi toda la isla de Tangier quedase afectada. Tampoco se había turbado su ánimo al urdir el secuestro de la perrita boston terrier de Hammer, que estaba a cargo de Smoke y sus violentos perros de la carretera. Trader esperaba que a aquellas alturas Popeye ya hubiera sufrido un cruel final. Así aprendería aquella maldita superintendente.

—¡Vaya! —sonó la voz de desaprobación de Stick en la celda oscura—. Yo eso no lo he hecho ni lo haría nunca. Creo que debemos ahogarlo en el retrete —propuso a los demás—. Lo sujetamos entre dos y el que tenga una mano libre, que le meta la cabeza dentro.

—Cuando aún estaba en octavo curso, alguien atropelló a mi cachorro —dijo Slim Jim con tono apenado y molesto—. Nunca lo superé y el cabrón que lo hizo ni se paró.

Snitch sintió curiosidad; se sentó erguido en la cama y puso la almohada contra la pared para apoyar su dolida espalda.

—Qué significa eso de «aún estaba en octavo curso»?

—Ya sabes, no había manera de salir de allí —respondió Slim Jim—. Se parecía a este calabozo. Cada año me decían que debía repetir octavo, y todo por culpa de esa señora Pomm, la maestra.

—Supongo que en octavo no hacíais más que jugar al pom-pom —apuntó Stick.

—Exacto. Era una de las cosas que la fastidiaban —respondió Slim Jim mientras evocaba aquella época frustrante de su fracasada vida—. ¿Pom pom?

Esperaba una respuesta de sus compañeros de celda. Finalmente, el reverendo cayó en la cuenta.

—Quién es? —preguntó.

—¡Cállate! —soltó Trader con disgusto.

—Quién es, cállate? —insistió el reverendo, aliviado de que se presentara alguna distracción.

—¡Metamos al jodido pirata en el retrete y tiremos de la cadena! ¡Así callará!

Librodot

—¡Sí! ¿Cómo sé que no fuiste tú el que atropelló a mi cachorro? —preguntó Slim Jim en tono acusador, vuelto hacia la cama de Trader.

—¿Cómo? Pues, para empezar porque es muy improbable que yo aparezca nunca por tu asqueroso barrio. Seguro que vives en un bloque de viviendas sociales y te pasas el tiempo en la calle comiendo queso gratis y calzado con unas zapatillas robadas.

—¡Vuelve a decirme algo así y te abro la cabeza antes de metértela en el meadero y tirar de la cadena para que tus sesos desaparezcan por la cloaca!

—¡Por favor! —protestó el reverendo—. ¡Es hora de pedir perdón en nuestras oraciones y de buscar la paz y de amar a tu semejante como a ti mismo!

—¡Yo nunca me he amado a mí mismo! —reconoció Snitch, cada vez de peor humor.

—Yo tampoco —añadió Slim Jim, apenado—. Cuando mi cachorro murió aplastado en la carretera ante mis propios ojos, dejé de amarme. Decidí no volver a amar nada nunca más, porque cuando quieres algo mirad lo que pasa.

—Ni que lo digas —asintió Stick.

Possum estaba solo en el remolque porque Smoke y los demás habían salido de ronda. Había dado como excusa que debía añadir unos toques finales a la bandera, para no acompañarlos y quedarse con Popeye.

De repente el ordenador le anunció que tenía un correo electrónico y a Possum se le disparó la adrenalina. La mayor parte de los mensajes electrónicos que le llegaban procedían de otros piratas, y éstos a aquellas horas por lo general estaban bebidos, drogados y lejos de sus ordenadores. Possum se incorporó hasta quedar sentado en su jergón de madera y empleó el ratón para ver qué había en el buzón. Excitado y nervioso, vio que el remitente era el Agente Verdad:

Querido Anónimo:

A juzgar por la importante información que me ha enviado, debe de ser usted una buena persona. He estado esperando más noticias de usted y, al no recibirlas, he tomado la iniciativa de establecer contacto. Le complacerá saber que el Capitán Bonny (alias Major Trader) ha sido detenido y se encuentra actualmente en el calabozo. Me he ocupado de ello en persona y ahora debo pedirle que mantenga su parte del trato.

Cuál es esa gran trama que implica a Popeye? ¿Y cómo sé que me está diciendo la verdad? Me gustaría creer eso que dice de que no quiere que nadie más sufra daño. .Cómo podríamos encontrarnos para resolver eso? ¿Y cómo podríamos rescatar a Popeye? AGENTE VERDAD

Possum permaneció sentado un momento, excitado pero temeroso por su vida. Si delataba a Smoke y a los perros de la carretera y el asunto salía mal, tanto él como la perrita podían darse por muertos.

Possum acarició al animal, que había saltado a su regazo y parecía leer también el correo electrónico del Agente Verdad. Possum sabía que eso era imposible; ningún perro sabía leer. Y la mayoría de los conocidos de Possum, incluidos los demás miembros de la banda, tampoco sabían. Incluso Smoke y su novia, aquella chica chiflada y desagradable, leían con dificultad y

solían obtener la información que buscaban del propio Possum o en los noticiarios de televisión.

—¿Qué hago, Popeye? —cuchicheó a la perrita.

La perrita agarró el lápiz con los dientes y pulsó el teclado. Possum observó con incredulidad cómo aparecían en la pantalla tres palabras en negrita: «HAZLO Y BASTA»

—¿Por qué no me dijiste que sabías leer y escribir? susurró a la perrita mientras la abrazaba.

¿Popeye le lamió el cuello. «Oh, por favor, sálvame», le rogó a Possum en silencio.

—¿Qué quieres que haga? —repitió Possum mientras las tres palabras parecían destellar en la pantalla como luces de emergencia que acudieran al rescate a toda prisa.

Popeye saltó de su regazo a la cama y empezó a tironear de la bandera pirata con las patas.

—¿Tu crees que dará resultado, en serio? —le preguntó Possum—. Quiero decir, eso ha sido idea mía, ¿no? ¿Cómo sabes, pues, que he hecho la bandera para eso? Pero ¿y si no sale bien, Popeye? ¿Y si Smoke acaba por matarnos a tiros a los dos?

Popeye se enroscó sobre la bandera y se durmió, como si quisiera dar a entender que eso no le preocupaba en absoluto. La perrita sabía algo que Possum ignoraba. El Agente Verdad era, en realidad, Andy Brazil, y éste era un hombre intrépido que siempre prevalecería sobre el mal. Igual que su dueña. De lo que no estaba muy segura la perrita era de la suerte que correría Possum. No quería que lo encerraran o que lo castigaran de ninguna manera. Popeye se despertó, saltó de la cama y golpeó la puerta de la habitación con las patas para indicarle a Possum que la abriera, cosa que él hizo.

La perrita se dirigió al salón y buscó entre una baraja de naipes arrugados hasta que encontró el as de espadas; lo cogió con los dientes y se lo llevó a Possum, que seguía sentado en su litera frente al ordenador.

—No estoy seguro de entenderte —le susurró el pirata—. ¡Oh, espera un momento! ¿Acaso estás diciéndome que debo guardar una carta en la manga?

Popeye lo miró con una expresión que sugería que Possum casi había dado en el clavo, pero que no se trataba de aquello exactamente.

—¿O quieres decir que tengo que jugar la partida? Popeye no reaccionó.

—¿Que debo probar un farol?

Popeye se impacientó. ¿Por qué a los humanos les costaba tanto entender a los animales, cuando éstos eran tan explícitos? No mentían y ni siquiera disimulaban la verdad. Salvo que estuvieran enfermos o que hubieran sido maltratados, los animales no tenían más objetivo que sobrevivir y ser respetados y queridos. Popeye arrancó el naipe de los dedos de Possum y lo arrojó repetidas veces al teclado, como si estuviera repartiendo cartas.

—¿Una partida? — Possum se rascó la cabeza y Popeye se lamió la pata entre gañidos de confirmación—. ¿Quieres que me la juegue con el Agente Verdad?

Popeye volvió a encaramarse de un salto al regazo de Possum y le lamió la cara con entusiasmo. Possum emitió un bufido tenso y sonoro y se puso a escribir en el momento más oportuno, porque Andy estaba a punto de abandonar la esperanza de obtener respuesta.

Librodot

Querido Agente Verdad:

Le juro que puede confiar en mí, pero me preocupa el que me vaya a meter en problemas si le ayudo. Verá, yo estoy atrapado, digamos, por Smoke y los perros de la carretera, y tengo miedo de que si los delato, incluso si todo sale bien, yo también termine en la cárcel.

Verá, fui yo quien le pegó un tiro en el pie a Moses Custer y lo dejó sin bota. Lo hice porque no tuve más remedio; de lo contrario, Smoke me habría dado una buena paliza o quizá me habría pegado un tiro a mí. Y Smoke siempre anda diciendo que le hará daño a Popeye si no hago lo que dice.

No sé qué hacer.

Andy leyó el mensaje y se enteró por primera vez de que Smoke, el muy hijo de puta, estaba detrás del secuestro de Popeye. Comprendió que no debía tomarse a la ligera al pirata. También se dio cuenta, con alivio, de que estaba en una posición perfecta para hacer un trato con aquel anónimo pirata de autopista, quien quiera que fuese. De modo que envió de inmediato su respuesta.

Querido Anónimo:

La bala que dice que le disparó a Moses no dio en el blanco. Lo llevaron al hospital porque los asaltantes lo apuñalaron y lo molieron a palos. ¿También intervino usted en la paliza? ¿Lo apuñaló?

AGENTE VERDAD

Querido Agente Verdad:

¡No! Lo único que hice después de intentar pegarle ese tiro fue ayudar a echar las calabazas al río. Lo de las puñaladas fue cosa de Unique. ¡No sabe cuánto me alegro de que la bala fallara! Tal vez ahora podré perdonarme y Hoss no volverá a ponerse furioso conmigo.

Andy no entendió la referencia a Hoss, y era la primera vez que oía hablar de un tal Unique. Pero decidió arriesgarse.

Querido Anónimo:

Estoy seguro de que ya sabrá que Hoss querría ver presos a los perros de la carretera para que nadie más, incluida Popeye, sufra daños. Dudo mucho de que Hoss esté furioso con usted, porque él ya debe de saber que la bala no le dio a Moses. Hoss lo sabe todo. Quizás esté disgustado con usted por no haber entregado todavía a Smoke v sus otros perros de la carretera. Ha llegado el momento de rectificar, y un buen punto de partida sería decirme dónde puedo encontrar a Smoke y los suyos sin que ellos lo sepan. Si me ayuda, se le concederá inmunidad a cambio de su colaboración con la policía. Y supongo que a estas alturas usted ya sabe que yo siempre digo la verdad.

AGENTE VERDAD

La respuesta Llegó al buzón electrónico momentos después.

Querido Agente Verdad:

Vaya a la carrera y busque un equipo de asistencia con una bandera pirata. Somos nosotros. Yo tendré a Popeye y haré lo posible para no entrometerme, pero debería saber que Cat ha tomado lecciones de pilotaje de helicópteros con la policía del Estado y que proyecta llevarnos a todos por aire a la isla Tangier después de que Smoke se cargue a un montón de gente.

—¡Dios santo! —murmuró Andy al leer el mensaje. Sólo se le ocurría un miembro de la Policía Estatal capaz de impartir lecciones de vuelo en aquel momento, dada la crítica escasez de pilotos que sufría la institución—. ¡Macovich! ¡Estúpido cabrón! ¿Qué demonios estás haciendo? —exclamó en voz alta.

Macovich no era un santo, pero tampoco tenía muchas luces. Andy intentó imaginar la motivación de Macovich. Rebuscó en el maletín y sacó los papeles del caso del hombre de la bolsa en el que había trabajado el año anterior. Marcó el número de teléfono de la casa de Hooter Shook.

Tras un concierto de ruidos, crujidos y voces de «¡ya va!», Hooter respondió, soñolienta:

—¿Diga?

La mujer creía que su interlocutor era Macovich, que la había estado llamando con frecuencia y se había presentado en la cabina de peaje aunque no tenía necesidad de hacerlo. Aquel hombre, pensó Hooter con irritación, era un adicto al sexo. Jamás había visto nada igual. La mayoría de los hombres con los que tenía una primera cita le con-cedían al menos un par de horas antes de plantearse si tenía el más remoto interés en cogerse de las manos de nadie o en meter sus respectivas lenguas hasta el fondo de la garganta del otro, pero Macovich no había parado de sobarla por debajo de la mesa cuando estuvieron tomando copas en el reservado de Freckles. A Hooter le había caído muy bien cuando charlaban junto a los conos de tráfico.

—¡Te dije que dejaras de llamarme! —soltó Hooter por el teléfono antes de que Andy tuviera tiempo de decir una palabra.

—Yo no la he llamado recientemente —replicó Andy—. Déjeme adivinar... Usted cree que está hablando con el agente Macovich.

—Pues... la voz no me suena, es cierto —respondió Hooter y se tranquilizó.

—Soy el Agente Verdad —se atrevió a revelar Andy.

—¡Vamos! Usted se burla de mí —replicó Hooter, suspicaz. No había reconocido la voz de Andy porque para ella casi todos los blancos tenían la misma voz—. ¿Cómo me iba a llamar ese Agente Verdad?

—Pues soy yo —insistió Andy con confianza—. Y la he llamado porque necesito su ayuda. Ha llegado a mi conocimiento que la otra noche estuvo en Freckles con Macovich.

—Sí. Y fue una velada infernal, se lo aseguro.

—¿El pagó la cuenta?

—No vi ninguna cuenta —respondió Hooter—. Salí un momento al callejón a respirar un poco y entonces ese chalado se puso a pegarse tiros en la entrepierna, o por lo menos a intentarlo...

—Sí, todo eso ya lo sé —la interrumpió Andy con buenos modales—, pero le pregunto si vio a Macovich tirar de cartera.

—Pues sí. Pagó todas las rondas, porque era el único afroamericano del local y supongo que los blancos no confían en nosotros para abrirnos una cuenta.

—Dudo mucho de que ése fuera el caso —la tranquilizó Andy—. La gente

Librodot

del Freckles no es así y es fácil pensar lo peor cuando uno ha sido tratado de forma injusta. Quizá Macovich no tiene cuenta allí porque le gusta lucir su dinero, sobre todo si quiere impresionar a alguien.

Se produjo una pausa en la comunicación mientras Hooter sopesaba lo que acababa de oír.

—Bien —concedió al fin—, supongo que tiene usted razón. Desde luego, exhibía su dinero, lo cual no me gusta nada porque el dinero está lleno de gérmenes; él sabía que me disgustaba y no dejaba de tocarme las piernas mientras bebíamos en el reservado. Pero, ahora que lo pienso, no recuerdo que pidiera que se lo apuntaran en la cuenta, de modo que quizá tenga usted razón y yo he sacado conclusiones precipitadas. ¿Sabe?, hay gente que llega al peaje y es incapaz de decir «buenos días» o «gracias», aunque yo se lo haya dicho primero. Y siempre he pensado que se debe a mi condición de no blanca.

—Mucha gente se porta de forma grosera y ofensiva, es cierto —asintió Andy.

—Sí, eso es —dijo Hooter, que se había relajado bastante y ya parecía estar muy despierta. Pero es cierto que tenía dinero y que lo exhibía —añadió, volviendo a Macovich—. Tiene usted que entender que allí dentro había mucho humo, pero lo enseñaba abiertamente y vi un puñado de billetes de veinte; incluso juraría que llevaba alguno de cien, un billete que no veo nunca en el carril de cambio exacto del peaje y que yo no he tenido en mis manos jamás en la vida.

Así pues, Macovich estaba dando lecciones de pilotaje de helicóptero a Cat, y probablemente éste se las pagaban a cien dólares cada una. Macovich debía de hacerlo de noche o en horas libres, cuando sabía que no habría nadie más en el hangar de la Policía Estatal. Andy entró en la cocina a mirar la hora. Pasaba un poco de la una de la madrugada. Se vistió de paisano, cogió el arma y la radio portátil y subió al coche.

Cuando llegó al aeropuerto todo estaba como él sospechaba. El Bell 430 no se encontraba en el hangar y el suelo de asfalto se hallaba cubierto de lo que a Andy le parecieron colillas recientes de cigarrillos Salem Light, incluso cerca de los depósitos de combustible. Andy sintonizó su radio en la frecuencia de la aviación de la Policía Estatal.

—430 Sierra-Papa —dijo Andy por el micrófono.

Macovich se sobresaltó y se puso tenso cuando le llegó la voz de Andy por los auriculares mientras Cat, vestido con los colores de la NASCAR, intentaba guiar el helicóptero con suavidad y firmeza en una trayectoria alrededor del cercano aeropuerto de Chesterfield.

—30 Sierra-Papa —respondió Macovich, haciéndose el inocente y fingiendo estar muy ocupado.

—¿Quién nos llama? —quiso saber Cat.

—Espere —transmitió Macovich a Andy. Es la torre —dijo luego a Cat por el intercomunicador de abordo, pues no quería cometer el mismo error de emitir lo que estaba hablando en privado.

—Déjame hablar con ellos —dijo Cat mientras cometía un error en la aproximación—. Necesito practicar con la radio.

—Ahora no —respondió Macovich por el micrófono—. Tendrás que hacer otro sobrevuelo, porque estabas demasiado alto para la aproximación y tengo la impresión de que la torre quiere quejarse de tu manera de volar, de modo que será mejor que me dejes hablar a mí. Y quítate los auriculares un

Librodot

momento porque lo que nos va a decir la torre no será nada agradable, te lo aseguro. ¡No te acerques tanto a la valla! ¡Sube a ochocientos pies y sigue pilotando mientras yo soluciono esto!

Cat se quitó los auriculares y entornó los ojos tras los cristales de sus gafas de sol Oakley, tratando de reconocer la silueta oscurísima de los árboles que se alzaban delante.

—30 Sierra-Papa —transmitió Macovich a Andy—. Ahora mismo estoy ocupado.

—Recibido. Eso lo sé muy bien —respondió la voz de Andy; su tono daba a entender que sabía perfectamente qué estaba haciendo Macovich—. Tu estudiante está en violación —Andy utilizó la jerga del sector.

—¿A qué te refieres? —Macovich estaba cada vez más alarmado y tiró del colectivo para salvar los árboles, un reflejo que ya apenas advertía porque se había hecho habitual tener que luchar con los controles del aparato mientras daba las lecciones a aquel inútil de la NASCAR.

—Tú limítate a informar a tu estudiante de que la torre te requiere que vuelvas a tierra lo antes posible —ordenó Andy a Macovich.

—Recibido —respondió éste a regañadientes; luego, señaló los auriculares e indicó a Cat que se los pusiera—. Tenemos un problema —le dijo—. ¡El aparato es mío, no me hagas repetir que apartes las manos y los pies de los controles! Tenemos un buen lío con las autoridades aeronáuticas, y voy a pilotar yo para que no tengamos más problemas y no acabemos estrellándonos.

—¡Mierda! —exclamó Cat—. ¡La carrera! ¡Mejor será que no haya problemas! El famoso piloto para el que trabajo no tolerará ningún fallo… ¡y es amigo del gobernador y del presidente de los Estados Unidos y hará que te despidan!

—No te preocupes —dijo Macovich al tiempo que aceleraba la marcha, de regreso al aeropuerto—. Yo me ocuparé.

Así fue, pues, cómo cayó Cat. Al cabo de una hora el tipo estaba en el calabozo municipal, encerrado en una celda llena de internos que no paraban de decirse «¡cállate!» y de hablar de un cachorro que había muerto arrollado por un coche que se había dado a la fuga. Andy llamó a Hammer tan pronto llegó a casa. Informó a su jefa de todo lo que sucedía y le dio la reconfortante noticia de que Popeye seguía viva y que quizá sería rescatada en la carrera.

—¡Ese condenado estúpido! —exclamó ella, refiriéndose a Macovich—. Ya puede ir entregando el arma y la placa cuando llegue a la central. Llámalo y dile que se presente en mi despacho a las ocho en punto.

—Con todos mis respetos, no estoy de acuerdo —declaró Andy—. Smoke y los demás perros de la carretera ignoran que hemos descubierto a Cat y que lo tenemos detenido.

—Sí, pero, para ellos también es un desaparecido en acción —le recordó Hammer—. ¿No crees que sospecharán algo cuando no aparezca para llevarlos a la carrera?

—Creo que tengo la manera de resolver eso.

—Ojalá.

—Yo llevaré al gobernador en el 407 y me aseguraré de que él, Moses Custer y los demás lleguen sanos y salvos a su palco. Y tendremos colocados estratégicamente a una veintena de agentes y de miembros de la Unidad de Protección de Personalidades. Macovich tiene que llevar a Smoke y a su

Librodot

banda según lo previsto. No te preocupes, jefa, yo me ocupo.

—¡Tonterías, Andy! —Hammer no estaba convencida—. Acudirán a esa maldita carrera más de ciento cincuenta mil aficionados. Veinte agentes no pueden proteger al gobernador y a sus invitados al mismo tiempo que controlan a esa multitud, si algo va mal. Al primer disparo que suene se producirá una estampida y puede morir gente aplastada. Los coches saldrán huyendo del autódromo y habrá accidentes. Será un desastre terrible y no creo que estemos preparados para controlar la situación.

»Y si los de Tangier deciden ser un problema también? No creo que nada los disuada de esa idea ridícula de que la NASCAR proyecta apropiarse de su isla, y durante la carrera sería un momento perfecto para desencadenar un movimiento hostil por su parte. —La super-intendente continuó pintando situaciones negativas—. Deberíamos tener desplegados agentes en la isla. Con franqueza, desearía que escribieras algo en uno de tus artículos que convenciera a esos isleños de ser razonables y tranquilizarse, pero dudo de que nadie en Tangier tenga ordenador.

—No he recibido comunicaciones de nadie de la isla —reconoció Andy, así que debes de tener razón. Nadie allí lee mis artículos. Sin embargo, a juzgar por la cantidad de antenas parabólicas que vi allí, seguro que ven la tele. ¿Por qué no dar, pues, un poco de diversión a la isla? Puedo poner algo en mi próximo artículo que acabe por aparecer en los noticiarios antes de la carrera.

Andy recordó a Fonny Boy y la pieza de hierro oxidada, y decidió que nada captaría tanto la atención de los isleños como hablar de unos objetos de valor allí encontrados que codiciaban unos forasteros.

De inmediato se puso a escribir un correo electrónico cuidadosamente redactado en el que daba instrucciones a su anónimo amigo pirata para que dejara su ordenador conectado a la página del Agente Verdad y esperase a su nuevo artículo. Además, el pirata anónimo debía informar a Smoke de que Cat estaba ocupado en «prácticas de autorrotación» y en hacer su «viaje de comprobación», y que se reuniría con ellos en la isla Tangier después de la carrera para así tener tiempo de hacer un «reconocimiento de altura» de la zona y establecer el nuevo cuartel general de la banda.

«Dígale a Smoke y a los demás que Cat ha tenido noticia de un enorme tesoro oculto y que su instructor dejará a Cat en la isla primero, y luego llevará a Smoke y los demás a la carrera, según lo previsto, antes de conducirlos a Tangier. Allí Cat ya habrá salido en un bote para asegurarse de que nadie más lo encuentre —escribió Andy al anónimo pirata—. Por si Cat no tiene ordenador o no sabe usarlo, limítese a decir que el correo electrónico que advierte de todo esto lo envía el instructor del helicóptero, el agente Macovich, que ha decidido pasarse al bando de los perros de la carretera. El será a partir de ahora su piloto y les conseguirá armas y equipos de submarinismo, organizará el blanqueo de dinero y hará viajes a Canadá o donde sea necesario, a cambio de una modesta participación en el tesoro.»

Cuando recibió aquella última comunicación del Agente Verdad, Possum se quedó ligeramente perplejo y algo asustado, pero decidió hacer lo que le decía, dejar el ordenador conectado a la página y pasar la información a Smoke. Sin embargo, Possum tenía una última pregunta que hacer:

Querido Agente Verdad:

Esta es la última vez que le escribo, pero quisiera pedirle si no podría

quitar esa foto de Popeye de la portada de su página web. Verá, si Smoke ve esa foto será el final de la perrita, porque Smoke no tiene idea de que nadie, aparte de la superintendente a quien se la robó, la busque todavía.

P. D. Me llamo Possum, aunque mi nombre era Jeremniah Little antes de que Smoke me obligara a sumarme a sus perros de carretera con amenazas de muerte. ¿Puede usted llamar a mi madre y decirle que estoy bien, que no ando metido en problemas, y averiguar si todavía vive con mi padre? Si fuera así, no puedo volver al sótano y no tendré ningún lugar adonde ir cuando me libre de Smoke y deje el remolque.

P. D. ¡No olvide su promesa!

Andy respondió con un mensaje instantáneo en el que aseguraba a Possum que la foto de Popeye estaba siendo eliminada en aquel mismo momento y que, por supuesto, el Agente Verdad llamaría a la madre de Possum y cumpliría todas sus promesas. Andy escribió asimismo:

Cuando estén a punto de abandonar el autódromo, sea usted el primero en subir a la parte de atrás del gran helicóptero que pilotará ese agente Macovich. Luego, deslícese por el asiento con Popeye, salte por la otra puerta y eche a correr lo más deprisa posible hacia un remolque que enarbola la bandera de Virginia y tiene seis conos de tráfico delante. El remolque resultará claramente visible al otro lado de la valla que rodea el helipuerto y yo estaré sentado en una silla de jardín delante de la puerta, disfrazado de seguidor de la NASCAR borracho. ¡Y tenga cuidado con el rotor de cola!

¡Buena suerte!

AGENTE VERDAD

¡¡FALTAN UNAS HORAS PARA EL DESCUBRIMIENTO DEL TESORO TORY!! por el Agente Verdad

La reciente detención del doctor Sherman Faux (un dentista embustero a quien todos deberían evitar) ha tenido como consecuencia una revelación sorprendente que está provocando revuelo entre los historiadores marítimos, los arqueólogos y los buscadores de tesoros de todo el mundo.

Si usted, mi fiel lector, se pregunta por qué no ha oído hablar nunca del famoso tesoro Tory, aquí le ofrezco una explicación bastante clara. Major Trader, ese funcionario infame e indigno de confianza, tiene fama de haber manipulado todas las noticias oficiales que circulan por el Estado y que ya corren por otros estados y países. Por lo tanto, es lógico que la inminente recuperación de unos barcos naufragados en la bahía de Chesapeake, lo cual conducirá sin duda al descubrimiento del destacado tesoro Tory, sea una noticia que Trader y sus asociados no quieren que llegue a conocimiento del público en general, y de los isleños de Tangier en particular.

Durante la guerra de la Independencia de los Estados Unidos, el corsario inglés más activo y peligroso fue Joseph Wheland, hijo, quien empezó su carrera violenta y codiciosa en 1776 y se dedicó al abordaje y al saqueo en nombre de la corona británica. Muy pronto Wheland se encontró al frente de una flotilla con la que golpeaba donde quería y se lanzó a arrasar plantaciones en la zona de la bahía de Chesapeake, haciéndose con el ganado, los esclavos, el mobiliario, la plata y las joyas de las familias y

Librodot

cualquier otra propiedad u objeto de valor que sus hombres encontraban. Esta era su principal actividad, que poco tenía que ver con las victorias militares o con su lealtad a la Corona. En resumen, Wheland se convirtió en un simple pirata y escogió la isla de Tangier como cuartel de invierno.

Desde su guarida, Wheland lanzaba su creciente flotilla de cañoneras al abordaje de otras naves para robar, degollar y fusilar. No hay suficiente información respecto a cuánto botín amasó, cuántos barcos hundió o cuántas de sus propias embarcaciones naufragaron en las costas de Tangier y las islas vecinas, pero sí es posible afirmar con seguridad que durante más de dos siglos la fortuna del desaparecido tesoro Tory ha dormido en el fondo fangoso de la bahía. La razón de esta deducción es de pura lógica.

Los piratas tan rapaces y violentos como Wheland no se cebaban sólo en los inocentes, sino que no vacilaban en robarse y matarse entre ellos si se sentían capaces de salir bien librados. Así, si aparecía en la zona otro barco cargado de botín de las plantaciones, Wheland se lanzaba a perseguirlo, salvo que temiera estar en inferioridad de condiciones. En esto los piratas no se diferenciaban mucho de los traficantes de drogas actuales. Cuando los traficantes hacen un alto en Virginia en sus viajes entre Nueva York y Miami, no es raro que un camello le compre armas o heroína a otro y luego saque la pistola y abra fuego. El resultado es que quien gana no sólo se queda el botín, sino también el dinero o contrabando que constituía el presunto pago; entre los extras se encuentran también el dinero y la droga que la víctima llevara en los bolsillos, las cadenas de oro, el reloj con diamantes incrustados, los anillos y el medio de transporte.

Los traficantes de drogas, al igual que los modernos piratas de autopista, no son más que piratas de tierra firme. Si se imagina, lector, por un momento una banda de traficantes trasladada en el tiempo al siglo xviii y que despierta en una cañonera frente a la costa de la isla de Tangier, tendrá una visión bastante aproximada de lo que podía ser un encuentro con otra embarcación en esa época. Tenga la seguridad de que la batalla que se desencadenaría entre narcotraficantes marinos no sería distinta de cuando Wheland atacaba otro barco pirata en aquellos tiempos. Lleguemos incluso a imaginar a Wheland como un pirata de la droga transportado en el tiempo. La escena podría ser más o menos la siguiente:

Una fresca noche de octubre, Joseph Wheland salió en su Mercedes negro con alerón, cristales ahumados de tono púrpura, tapacubos dorados, tapicería de piel de oveja, sistema de sonido potenciado y ambientadores colgantes. Con un cigarrillo en la mano y ligeramente colocado de hierba, dejó Nueva York para dirigirse a Richmond con un convoy de varios vehículos más, custodiado por hombres armados. Wheland era conocido en la calle como Wheeling Bone; siempre estaba en su coche, apenas se dejaba ver y era físicamente enclenque, nada impresionante. Sin embargo, su aspecto físico no disminuía el terror que atenazaba el corazón de sus víctimas y de otros piratas cuando sabían que Wheeling Bone andaba cerca.

Al llegar a Richmond de madrugada, Wheeling Bone y su gente aparcaron en una calle repleta de basura en el barrio de viviendas subvencionadas de Gilpain Court y se dirigieron a un apartamento que era la guarida de un traficante de droga local llamado Smack y de otros piratas de tierra firme. Cuando Smack se asomó a la ventana y vio a Wheeling Bone vestido con un gabán largo de color negro, unas Nike negras y un mono de entrenamiento negro estampado de huesos y calaveras, se inquietó un poco.

Librodot

—¡Mierda! No sé... —dijo a varios de sus secuaces—. Esto tiene mal aspecto. Da la impresión de que podría llevar una Uzi bajo ese abrigo negro... Creo que se ve cómo asoma la boca del cañón.

—¿Estás seguro de que no es un ojal? —dijo uno.

—Yo digo que no corramos riesgos —apuntó otro.

—¡Mierda, no, no correremos riesgos! —asintió Smack—. Propongo que disparemos sin abrir la puerta.

Las correderas de las pistolas chasquearon en la guarida y en ese momento sucedió lo inexplicable. Wheeling Bone y su grupo estaban a punto de llamar a la puerta cuando, de pronto, se esfumaron con un extraño crepitar de la estática y un destello de intensa luz blanca. Aquello asustó a Smack y sus piratas, que respondieron con una salva de disparos que hizo trizas la puerta, junto con lámparas y botellas de cerveza. Dispararon hasta vaciar los cargadores. Cuando la humareda se disipó, contemplaron con asombro la calle, oscura y vacía.

Wheeling Bone y su tripulación dieron un salto a través de la tercera dimensión, pasaron por el pliegue del tiempo y aterrizaron suavemente en una cañonera llamada Rover, que estaba cargada de antigüedades del siglo joyas y sacos de polvo de oro y de monedas de plata.

—Dónde demonios estamos? —preguntó Wheeling Bone mientras oteaba las aguas apacibles de la bahía de Chesapeake y la lejana silueta en sombras de la isla de Tangier—. ¡Joder, no había visto nunca un barco tan antiguo! !Ni siquiera tiene motor, ni hay linternas!

—¡Mierda, mira eso! —exclamó uno de sus hombres mientras inspeccionaba un enorme cañón—. ¡No sabes cuánto me gustaría disparar con uno de esos contra un coche de policía!

Wheeling Bone y los demás se rieron al imaginar la escena; luego se pusieron a pensar en cómo podrían utilizar aquellos cañones de manera segura, fabricar granadas caseras y navegar. Con el paso de los días y de las semanas, se dedicaron a abordar naves de forma indiscriminada a celebrarlo en noches de borrachera regadas con madeira y ron, porque se acabó pronto la marihuana y el crack y no encontraron a nadie que hubiera oído siquiera hablar de tales cosas. Wheeling Bone y sus hombres se hicieron expertos en atacar otras embarcaciones piratas, a las que prendían fuego después de saquearlas y pasar a los tripulantes por las armas para despedazarlos y arrojarlos a continuación por la borda, dejando que los cangrejos los devorasen.

Pasaron los años y la guerra de la Independencia terminó, pero con ello Wheeling Bone se hizo aún más importante y codicioso. Aterrorizó la bahía y las costas de Maryland y Virginia, y se hizo aún más temido que Barbanegra en su tiempo, aunque no hay constancia de que Wheeling Bone llevara barba. Su modus operandi, que sin duda había aprendido de los relatos sobre Barbanegra que circulaban entre los piratas, consistía en disparar los cañones contra el costado de un barco indefenso, a lo que seguía el lanzamiento de granadas al estilo Barbanegra; en este caso, eran botellas explosivas llenas de pólvora, perdigones, tuercas, pedazos de plomo y de hierro, muy parecidas a las modernas granadas de mano, salvo que se encendían mediante una corta mecha rápida que los piratas prendían antes de arrojar rápidamente aquellas armas de destrucción masiva contra los barcos enemigos. Acto seguido, Wheeling Bone y sus hombres abordaban la embarcación fuera de combate, pasaban sobre los muertos, remataban a los

Librodot

heridos y saqueaban a placer.

Wheland o Wheeling Bone, como el lector prefiera llamarlo, se desvaneció de la documentación histórica hacia finales del siglo XVIII, y en 1806 la piratería había desaparecido prácticamente de la bahía, aunque las, por lo demás, pacíficas aguas y costas vecinas volvieron a hacerse inseguras apenas seis años después, durante la guerra de 1812. De hecho, la bahía de Chesapeake y el cercano río Patuxent siguen siendo hoy día un centro principal de actividad militar, lo cual explica la existencia de esas zonas restringidas que, como ya mencionaba en un artículo anterior, tanto dificultan el vuelo a la isla Tangier.

El número de pecios fantasmales sumergidos y de arcones de botín que han sembrado el fondo de la bahía desde que John Smith fundara Jamestown sólo puede ser objeto de especulaciones. La ley que regula el tráfico de antigüedades establece claramente que los tesoros piratas encontrados pertenecen al Estado en que se descubran, que en el caso del tesoro Tory es Virginia. Por sur puesto, si puede rastrearse el tesoro y averiguarse cuál era el barco al que pertenecía legítimamente el botín, es muy probable que, injustamente, la localidad desde la que zarpó dicho barco reclame el tesoro, lo que significaría una batalla larga y agotadora en los tribunales. Tengo muchas sospechas de que el botín de Wheland será reclamado por Carolina del Norte. Pero todo esto serán meras disquisiciones si ciertos individuos encuentran el tesoro primero y logran pasarlo rápidamente a algún comprador, a un precio muy alto. Y sólo afirmo lo obvio si digo que nadie en más capaz de localizar pronto el tesoro Tory y de apoderarse de él que los descendientes de los piratas que hoy viven en la isla Tangier y conocen la bahía mejor que nadie.

Mi opinión es que el tesoro pertenece a los pescadores y que debería permitirse que éstos se lo quedaran. La economía de Tangier está muy deprimida. Los pescadores tienen una cuota de extracción de cangrejos azules muy estricta y la población de crustáceos viene menguando desde hace años. Pido a todos, empezando por el gobernador, que se mantengan lejos de esa nasa de pesca de cangrejos que se encuentra a 10,1 millas de la costa occidental de Tangier, marcada con una boya amarilla. Ojalá prevalezca la honradez y desaparezca la codicia ante la constatación de que la mayoría de nosotros no tiene que llevar la vida dura y, a menudo, nada gratificante de los pescadores. A la vista de los sufrimientos que padecieron sus antepasados cuando Joseph Wheland estableció su cuartel de invierno en la isla, sería justo y adecuado que los tangierianos de hoy sacaran un provecho de la malévola crueldad de los piratas. Sería un ejemplo perfecto de justicia poética.

Anne Bonny y Wheland no recibieron nunca el castigo que merecían. Ni siquiera Barbanegra pagó por sus crímenes. Colgarlo hasta la muerte y empalar luego su cabeza cortada en lo alto de una pica fue un castigo leve en comparación con el trato que recibían los piratas en otras partes del mundo. En siglos pasados, antes de que la piratería adquiriera su moderna pátina de romanticismo y éste la redujera, mundanamente, a una suerte de atraco a mano armada, la actividad pirata se tomaba muy en serio. No hay más que repasar las páginas de la edición de 1825, en dos volúmenes, del «Registro del terror, o archivo de crímenes, juicios, providencias y calamidades», para que uno quede conmocionado y deprimido ante lo que ahí se cuenta.

Librodot

A modo de ejemplo recordaré cuál era el destino típico de los piratas rusos del Volga, que en siglos pasados estaba tan infestado de bandidos que los mercaderes dejaron de transportar cargamentos de valor río abajo a menos que los barcos fueran acompañados por una fuerte escolta armada. Esos piratas rusos, en absoluto tan despiadados como Bonny, Wheland o Barbanegra, eran apresados con vida, y sin duda se alarmaban mucho al observar cómo los soldados construían una balsa y erigían en ella un armazón con enormes ganchos de hierro.

Los piratas capturados eran desnudados y colgados de los ganchos por las costillas, y las balsas se enviaban a la deriva río abajo para que todos vieran aquella imagen espantosa y oyeran los alaridos de dolor. Y si alguien en los pueblos y ciudades de las riberas por los que pasaba la balsa mostraba un hálito de piedad y ofrecía al condenado un trago de agua o de vodka o un piadoso tiro de gracia, el castigo por hacer de buen samaritano era sufrir la misma muerte lenta y terrible que el pirata. La amenaza era suficiente para evitar que nadie interviniera y, de hecho, cuando uno de esos piratas consiguió escapar de los ganchos y, desnudo y temblando a causa del dolor y la pérdida de sangre, se presentó ante un simple pastor, la reacción inmediata de éste fue machacarle la cabeza con una piedra.

Supongo que el pastor se apresuró a enorgullecerse públicamente en el pueblo de la vileza que acababa de cometer, pues de otro modo el relato no habría llegado a los registros históricos. Con esto, sin embargo, no quiero decir que esté a favor de las palizas o de torturar a los presos hasta la muerte. Tampoco debe nadie pensar que apruebo la manera en que los rusos afrontaban la piratería. Sólo señalo que Bonny, Wheland, Barbanegra y sus secuaces sedientos de sangre tuvieron mucha suerte de que no los capturaran en Rusia.

Es muy probable que una pieza de hierro de una de las granadas de Wheland haya conducido al descubrimiento de uno, al menos, de sus barcos hundidos y sólo cabe especular sobre los misterios y tesoros que han descansado durante siglos en el fondo de la bahía, en la zona de esa boya amarilla que antes mencionaba. Sé que los historiadores insistirán en que no hay pruebas de la existencia de ese tesoro Tory, pero debo recordar a mis lectores y al gobernador Crimm que Wheland, Wheeling Bonre, no tenía una lista de todos los barcos y plantaciones que saqueó y no podemos estar seguros de qué barcos se hundieron, incluido su buque insignia, o de la suerte que corrieron.

¡Tengan cuidado ahí afuera!

29

Possum no había visto el artículo recién publicado en la página web porque Smoke y los perros de la carretera habían vuelto al remolque hacía menos de una hora y el pánico hizo presa en él.

—¡Cómo me gustaría que estuvieras aquí conmigo! —le rezaba Possum a Hoss—. Sé que alguna vez he hecho cosas malas, pero ahora intentaré no hacerlas más. Quiero que se lo digas a Joe, al señor Cartwright y tal vez a Adam, si todavía sigue en la serie. ¿De acuerdo? Si me escuchas, Hoss, prepara una cuadrilla y ven a buscarme a las carreras. Estoy muy asustado, nunca lo había estado tanto. No sé, pero tengo la impresión que algo no va salir como el Agente Verdad quiere que salga.

Librodot

»Y tampoco quiero perder a Popeye. Le tengo mucho cariño y es la única en quien puedo confiar, Hoss. ¡Piensa cómo te sentirías si tuvieras que renunciar a tu caballo o te preocupara que unos bandidos te tendieran una emboscada cuando menos lo esperases y mataran al animal! Popeye no me pertenece, y no es justo que tenga que vivir encerrada en este remolque. Sé que tengo que hacer lo correcto, pero necesito ayuda, Hoss.

—Ahora escucha, amiguito —dijo Hoss, a lomos de su querido caballo—. Los bandidos son bandidos, tanto si roban caballos como si atracan camiones. Papá, Joe y yo no estamos enfadados contigo. Estamos terriblemente enfadados con Smoke y su banda de ladrones pistoleros. Tendrían que colgarlos a todos de una cuerda bien corta. Ahora, haz lo que el Agente Verdad te ha dicho y no tengas miedo, porque estamos contigo.

Hoss se desvaneció de la mente de Possum, que se limpió las lágrimas en la bandera pirata y se sentó. Miró hacia el ordenador y vio que ya estaba colgado el artículo del Agente Verdad. Lo leyó con profundo interés, intuyendo lo que el Agente Verdad tenía en mente. Respiró hondo, le dijo a Popeye que no se moviera y que fuese buena y salió de su habitación para aporrear la puerta del cuarto de Smoke.

—¡Smoke! —gritó Possum—. ¡Smoke, levántate y mira esto! ¡No lo creerás!

Smoke estaba sentado con las piernas cruzadas en la cama. Llenaba una hipodérmica con disolventes y matarratas que había robado en la sección de droguería del supermercado cuando llevó a los perros de la carretera a comprar los colores de la NASCAR.

—¿Qué quieres, joder? —Smoke le gritó a Possum. Se había colocado de cerveza y crack y estaba de muy mal humor; después de atracar otro supermercado, había descubierto que la caja sólo contenía ochenta y dos dólares—. ¿Has visto a Cat? ¿Dónde demonios está? —gritó de nuevo Smoke mientras ponía el pequeño capuchón naranja en la aguja de la jeringuilla.

Possum abrió la puerta de par en par y miró a su alrededor con el corazón acelerado.

—No quiero molestarte, Smoke, pero en la página web del Agente Verdad hay algo que deberías leer —dijo Possum con una vocecita acobardada—. Habla mucho de tesoros y si nos ponemos en marcha deprisa, podríamos hacernos con ellos. ¿Qué haces con esa aguja?

Smoke saltó de la cama con el torso desnudo, cubierto de tatuajes y bañado en sudor. Tenía los ojos vidriosos, y si había algo peor que Smoke, era Smoke colocado y con necesidad de dormir para que se le pasara el colocón.

—Popeye —dijo Smoke con una risa cruel mientras fingía inyectarle la jeringuilla a la perra.

—Olvídate un minuto de ese maldito perro —replicó Possum, que había aprendido a hacerse el malo.

—¡No me digas que me olvide del perro, joder! ¡Eres un retrasado mental! —dijo Smoke, apuntando a Possum con la jeringuilla como si fuese a clavársela a él y no a Popeye—. Mira, así es como Smoke hace pagar a los gilipollas por sus pecados. Cuando la zorra de Hammer aparezca con el cabrón de su compinche, Brazil, en los boxes para salvar a esa estúpida perra, le clavaré a Popeye la jeringuilla con el matarratas delante de sus narices. Mientras intenten salvar a la perra, que sufrirá convulsiones instantáneas y un gran dolor, les dispararemos en la cabeza y correremos hacia el helicóptero.

Librodot

Aquella escena era horrible, pero Possum fingió frialdad y no reaccionó. De hecho, parecía medio dormido o sin prestar atención a nada, salvo a la posibilidad de hacerse con el tesoro Tory antes de que otro se lo quedara.

—0 si uno de los pescadores encuentra el tesoro antes de que lleguemos nosotros al terminar la carrera —dijo Possum—, tendremos que esperar que regrese a la isla y volarle los sesos, tirar su cuerpo a la bahía y quedarnos con el premio. Y Cat ya estará allí, con todo preparado. Precisamente por eso ahora no está aquí y tenemos incluso un agente trabajando para nosotros. ¡La vamos a armar muy gorda, tío! —fanfarroneó Possum.

Mientras bajaba a desayunar, Regina estaba desolada porque se veía muy gorda. Había sufrido otra noche de horribles pesadillas de ruedas y acababa de afrontar la verdad: la interpretación de Andy era correcta. La vida la superaba. Estaba terriblemente gorda y tenía una personalidad envilecida. Por primera vez en la vida, le remordió la conciencia y sintió un cosquilleo de vergüenza y pesar.

—Buenos días —le dijo Pony mientras ella, cabizbaja, retiraba una silla de la mesa y se hundía en ella.

—¿Qué quieres decirme con eso? ¿Que hoy es un buen día? ¿Que deseas que lo sea? ¿0 es que hablas por hablar? —murmuró Regina, mirando la comida humeante que Pony dejaba en la mesa.

—Pues a mí me parece un buen día —dijo Pony, contento—. ¡Pronto seré un hombre libre, señorita Regina! Lo único que ocurre —sirvió huevos escalfados y salchichas en un plato que brillaba con el oro del emblema de la Commonwealth de Virginia— es que parece que he pasado en la cárcel tres años más de lo que debía, por culpa de ese señor Trader. Dicen que untó a algunos funcionarios porque no quería verme libre.

Regina observó la comida y descubrió con sorpresa que no tenía hambre. No recordaba cuándo había sido la última vez que no había tenido hambre a menos que fuera después de comer esas chocolatinas envenenadas de Trader, camino del hospital. Pero en esa ocasión su falta de apetito había sido transitoria, tenía razones médicas y no podía relacionarse con su estado presente.

—¿No come, señorita Regina? —preguntó Pony, preocupado, plantado ante ella al otro lado de la mesa, con su almidonada chaqueta y una servilleta encima del brazo.

—En cualquier caso, no tendrías que haber estado en la cárcel. —Regina se vio sorprendida por su propia amabilidad—. Yo nunca te he visto hacer nada malo ni he tenido miedo de ti.

—Oh, gracias, señorita Regina. —Pony sonrió, confundido. No estaba acostumbrado a que Regina opinase sobre su situación o a que advirtiera siquiera que tenía vida propia—. Se lo agradezco, y creo que puedo ayudarla con Trip. Me parece que sólo responde a órdenes de una o dos palabras. Si uno intenta conversar con él, se confunde y no atiende.

Regina se animó un poco.

—Si le escribo una lista de órdenes, esta noche tal vez pueda ayudarnos con él en la carrera —sugirió Pony—. He leído algunos de los papeles que dejó el adiestrador, y ese tipejo es todo un experto. Lo único que tendrá que hacer es ponerle un pañal y meterlo en la limusina o en el helicóptero. Mi mujer está ahora en el cuarto de la colada preparando una manta con el emblema de la Commonwealth de Virginia para que se la coloque debajo del

Librodot

arnés.

El humor de Regina siguió mejorando, como si la depresión y el mal talante hubiesen sido una pared inmóvil durante toda su vida y de repente el sólido y opresivo muro de infelicidad comenzara a resquebrajarse. Pensó en Andy, en cómo le había enseñado a demostrar compasión y repitió mentalmente un par de frases simpáticas mientras Pony seguía hablándole de Trip, de cómo había aprendido a hacer sus necesidades en un sitio concreto, de cómo ponerle las zapatillas de tenis y de cómo le gustaban las caricias cuando no estaba trabajando.

—Me alegro de que papá te haya arreglado el tema de los papeles —Regina repitió lo que había ensayado mentalmente varias veces—, pero espero que sigas trabajando para nosotros aun cuando ya no lo necesites.

Pony estaba asombrado y se preguntó si Regina no tendría fiebre. Estaba algo pálida. Aquella mañana no había probado un bocado y ser amable no era propio de ella.

—Me gustaría mucho que me escribieras esa lista de órdenes —Regina siguió desconcertando a Pony con su simpatía—. Papá necesitará algo de ayuda con Trip en la carrera y quiero asegurarme de saber todo lo que hay que saber. Me alegro de que papá tenga un caballito lazarillo. Tal vez ahora ya no necesite más todas esas lupas.

Regina se levantó de la mesa y dobló su servilleta. Para Pony, la chica se había convertido por arte de magia en otra persona.

—Muchas gracias, señorita Regina —dijo el mayordomo—. Le haré esa lista y, si quiere, también puedo enseñarle unas cuantas cosas.

—Gracias a ti, Pony —dijo Regina mientras subía las escaleras para dirigirse a los aposentos de sus padres.

La primera dama estaba sentada ante su escritorio chino labrado y leía algo en Internet que la mantenía absorta.

—¿Dónde está papá? —preguntó Regina al tiempo que acercaba una silla para ver qué miraba su madre con tanto interés.

—Creo que está en el jardín con el pony —respondió la señora Crimm mientras pulsaba la tecla de la flecha descendente.

—A Trip no tendríamos que llamarlo «pony» —replicó Regina en un tono de voz insólitamente prudente—. Es un mini caballo, no un pony, y cuando papá dice «pony esto, pony lo otro», Pony cree que le habla a él y se confunde. Y además, probablemente hiere sus sentimientos,

—Sí, supongo que tienes razón. —La primera dama miró a Regina con perplejidad—. Qué amable estás esta mañana. Nunca te había visto así. ¿Te encuentras bien?

—No sé qué ocurre —dijo Regina, mirando por encima del hombro de su madre lo que parecía ser un nuevo artículo del Agente Verdad—, pero he vuelto a soñar con ruedas, mamá, y eso me ha hecho pensar en lo que Andy me dijo camino del depósito. Luego también he pensado en el depósito y me he preguntado si habría terminado allí de haber comido más galletas de esas con las que Major Trader quería envenenar a papá. Y de repente, he empezado a sentir un poco de esperanza. Yo pensaba que la esperanza no existía, ¿sabes?

—Pues claro que existe, querida —dijo la señora Crimm con aire ausente mientras se preguntaba si esos pescadores de la isla encontrarían el tesoro Tory, en el que seguramente habría trébedes procedentes de plantaciones saqueadas. No sabía si los piratas utilizaban trébedes, pero tal vez sí. Lo

Librodot

cierto era que cocinaban a bordo y habría sido muy sensato tener un trébede donde poner la cacerola para evitar que se quemara la madera del barco.

—Cuánto tiempo crees que puede estar un trébede sin oxidarse en el fondo de la bahía? —preguntó la mujer en voz alta mirando a través de unas gafas de montura antigua que llevaba sujetas con una cadena de oro. Tienes que leer esto. Es muy interesante y trata de un antiguo trozo de hierro que seguramente llevará a encontrar el tesoro Tory; y supongo que si un pedazo de hierro se mantiene bien tantos cientos de años bajo el agua, a los trébedes les tiene que ocurrir lo mismo. Muchos de ellos son de hierro.

»Pero debo decirte que no creo que a tu padre le guste mucho esto cuando se lo lea. Estoy segura de que dirá que el tesoro, legalmente, pertenece a la Commonwealth de Virginia. No importa a quién se lo robara Wheeling Bone. ¿Qué derecho tiene Carolina del Norte de apropiarse de algo que se ha encontrado en la bahía de Chesapeake? Lo que importa es que el tesoro está aquí, en Virginia, y por lo tanto pertenece a Virginia, de modo que todos los trébedes que se encuentren deben entregarse a la mansión.

Regina se puso en pie para observar más de cerca lo que su madre estaba leyendo. Aunque ella siempre había defendido que las cosas son de quienes las encuentran, en esta ocasión no estaba tan segura de ello. Si los isleños encontraban el tesoro y hacían con él lo que les diera la gana, el resto del mundo no podría disfrutar del placer de admirar los cañones viejos, las monedas y las joyas en el museo de Virginia.

—Tendrían que compartirse —dijo Regina al tiempo que oía dos pares de zapatillas deportivas acompañadas de unos pies pesados que avanzaban en su dirección.

—Qué ocurre? —Al oír el final de la conversación entre Regina y la señora Grimm, el gobernador hizo su pregunta habitual—. Adelante y sigue caminando —le dijo a Trip, que ya lo hacía y no necesitaba que se lo dijeran.

—Papá, creo que si utilizas menos palabras te entiende mejor —intentó ayudarlo Regina.

—Bien —dijo el gobernador. La palabra «bien» anuló todas las órdenes que Trip había recibido, y el animal se detuvo cerca del escritorio lacado de madreperla donde despachaba sus asuntos la primera dama—. No te he dicho que pares, pero era justo eso lo que quería —le dijo el gobernador al mini caballo al tiempo que le frotaba el hocico—. Creo que entiende mucho más de lo que imaginamos, Regina.

—Es posible —replicó ella—, pero lo que él entiende y lo que tú quieres que haga tal vez sean cosas distintas.

—Comprendo. ¿Qué es eso de los cañones y las joyas que deberían compartirse? —inquirió el gobernador mientras hurgaba en el bolsillo de su bata en busca de la lupa. Por más ayuda que le prestara el caballo, para leer necesitaba la lupa.

Regina parafraseó el ensayo del Agente Verdad y expresó de nuevo su opinión de que el tesoro no tenía que quedárselo quien lo encontrara, sino que debía compartirse con el público.

—Siempre y cuando ciertas piezas vengan a la mansión —se apresuró a añadir la primera dama.

—Tal vez un cañón o dos en el jardín y uno en la parte delantera de la casa —apuntó el gobernador, malhumorado al pensar en ese maldito estado de Carolina del Norte—. Por terrible que fuera ese pirata Wheland, forma parte de la historia de Virginia, y si esos pescadores encuentran primero el

Librodot

tesoro y lo venden a un anticuario, o peor aún, a Carolina del Norte, será mi perdición.

—Oh, Bedford —suplicó la señora Crimm—, tienes que hacer algo antes de que sea demasiado tarde. ¿No podrías enviar un portaaviones o algo para que esos isleños no se lleven el tesoro? ¡No tienen ningún derecho a hacerlo!

—No, no lo tienen —convino Regina, y era la primera vez que no estaba de acuerdo con lo que decía el Agente Verdad—. ¡Qué extraño! —añadió—. ¿A favor de quién está el Agente Verdad? Hasta ahora siempre había dicho cosas muy sensatas, a favor de la verdad y la justicia.

—Tal vez se haya confabulado con los isleños e intente influirme para que les permita quedarse el tesoro —observó el gobernador, que había empezado a ver las cosas cada vez más claras desde que no escuchaba los consejos de Trader ni comía sus galletas. Voy a emitir un comunicado para avisar a todos los cazadores de tesoros de que no se acerquen a esa nasa de cangrejos con la boya amarilla. Pobres de esos pescadores si se acercan al barco hundido, ¿verdad, compañero? —Dio una palmada a Trip en el lomo.

Tip se apartó de su amo, fue hacia el ascensor y luego dobló a la derecha.

—¡Muy bien! —dijo Regina, admirada de la fuerza y capacidad de decisión de su padre, mientras Trip doblaba de nuevo a la derecha v se detenía ante el reflejo que le devolvía un espejo dorado chippendale.

—Crees que está muy abajo? —preguntó la primera dama mientras imaginaba cofres de oro, vajillas de plata y joyas dignas de una reina.

—¿Abajo? —preguntó Regina en tanto Trip se tumbaba ante el espejo y seguía mirándose, un poco intrigado.

—Si nos basamos en los escritos del Agente Verdad —respondió el gobernador—, debe de estar bastante abajo porque se encuentra en el santuario de cangrejos, que está en una de las zonas más profundas de la bahía, si no me equivoco.

—Menos mal —suspiró la primera dama, aliviada—. Cuanto más hondo, mejor, porque de ese modo les será más difícil encontrarlo. Dudo que esos isleños tengan el equipamiento necesario para bucear tan hondo y subir un cañón grande a la superficie. ¡Si hasta hundiría una de sus barquitas!

Al cabo de una hora, las noticias del tesoro Tory habían corrido como un reguero de pólvora por Internet y las cadenas de radio y televisión, sobre todo en el estado de Carolina del Norte. Los comentaristas preveían una oleada de disturbios cuando los isleños supieran que el gobernador había decretado la orden de que la Guardia Costera arrestara a cualquier pescador que se acercase a menos de cinco millas de la boya amarilla. La Guardia Costera había corrido a patrullar esa zona de la bahía. Los cazadores de tesoros sabían que no les permitirían pasar con sus barcos, que el espacio aéreo entre la costa de Virginia y Tangier estaba cerrado para todo el mundo excepto aviones autorizados y que los barcos de la Armada se disponían a cercar la isla.

El doctor Faux y Fonny Boy se enteraron de la noticia por la radio del coche, después de enviar la fianza por correo y salir de Richmond lo más deprisa posible. Se dirigían a Reedville a toda velocidad, donde el dentista quería detener el barco correo y sobornar al capitán para que los ayudara a buscar la nasa de cangrejos que Fonny Boy había tirado al agua.

—La Guardia Costera no sospechará del barco correo —razonó el dentista

Librodot

mientras Fonny Boy, nervioso, miraba los postes de teléfono que se sucedían a través de la ventanilla.

—¡Esto no es legal! ¡El tesoro es mío! —gritaba Fonny Boy cada dos minutos.

—Iremos a medias —le recordó el doctor Faux—. Me debes lo de la fianza y lo que tenga que pagarle al capitán del barco correo. También necesitaremos equipamiento y eso es caro. Hay un almacén de material cerca de donde atraca el barco correo, pero deberemos darnos prisa y, por el amor de Dios, Fonny Boy, no hagas nada que pueda traernos problemas. Si la policía descubre que hemos estado en Richmond, nos arrestarán de nuevo por quebrantamiento de la libertad condicional y entonces el juez sí que nos encerrará.

—No nos hará nada. —La manera de hablar al revés de Fonny Boy significaba que, si los pescaban mientras sacaban el tesoro, se verían metidos en un buen aprieto.

—Y si aprehenden el barco correo, ¿a nosotros qué nos importa? —replicó el doctor Faux—. No es nuestro. Además, si nos interrogan echaremos la culpa al capitán y diremos que habíamos embarcado para franquear unas cartas y que, cuando nos dimos cuenta, el barco corría hacia el tesoro sin que pudiéramos apearnos de él.

—¡No! —Excitado, Fonny Boy quiso decir lo contrario.

Major Trader y sus compañeros de celda también se enteraron de las noticias porque uno de los guardianes tenía la costumbre de llevar un walkman con el volumen tan alto que los prisioneros oían todas las noticias, anuncios y canciones que se filtraban por sus auriculares.

—Escuchadme —dijo Trader—, en vez de perder el tiempo intentando ahogarme en el retrete, deberíamos aliarnos. Si encontramos la manera de salir de aquí, daremos con el tesoro.

—¿Estás seguro? —preguntó Slim Jim, vacilante—. Aun en el caso de que logremos salir de aquí, ¿cómo encontraremos esa boya y sacaremos todo el tesoro del fondo de la bahía?

—Yo no sé nadar —añadió Snitch.

—Uf, yo tampoco —confesó Stick.

—¡No tendréis que nadar, idiotas! —replicó Trader con impaciencia.

Había cambiado de cama con el chico mexicano, porque si Trader sabía de algo, era de psicología de salón. Su máxima era muy simple: si quieres fingir amistad y simpatía, sienta a la persona a la que deseas manipular en una confortable estancia sin otra cosa entre ella y tú que una mesa de café. Si el objetivo era intimidar, tenías que sentarte tras su mesa, que se convertía en una barrera infranqueable para la persona a la que deseabas aterrorizar. Si lo que buscabas era confundir y humillar, que siempre había sido la táctica preferida por Trader con el gobernador, envenenabas a la persona con laxante y luego insistías en discutir con ella cuestiones importantes.

Al llegar la mañana, vio que la cama de acero del mexicano estaba en el centro de la celda. Si se la quitaba mientras se encontraba en el baño, habría recuperado el papel de líder que tanto deseaba, aunque los otros reclusos no supieran por qué, de repente habían empezado a tratarlo con algo más de respeto. Tras explicar lo terribles que eran los ataques gastrointestinales, Trader ordenó que cuando el vigilante pasara ante la

Librodot

celda el reverendo Justice se doblase de dolor, gimiera y gritase mientras los otros internos lo rodeaban, asustados, y pedían ayuda.

—El guardia entrará en la celda para socorrerlo —explicó Trader—. Cuando lo haga —dijo, dirigiéndose a Stick—, le metes los dedos en los ojos. Y tú, Cat, le quitas la radio. Y tú. Slim Jim, le robas las llaves y tú señaló al chico mexicano—, metes el dedo en el bolsillo y finges que vas a empezar a disparar porque aquí nadie entiende español. Tú —le dijo por último a Snitch—, tú te quedarás aquí y cuando te interroguen dirás que nuestra fuga estaba bien planeada, que habías oído decir que nos esperaba un coche para llevarnos a Charlotte.

—Pero no nos espera ningún coche —replicó Stick, a quien no le gustaba la idea de meterle los dedos en los ojos a nadie.

—Aquí es donde entras tú —indicó Trader al reverendo Justice—. A ti los carceleros te tratan con mucho más respeto que a los demás, te hacen preguntas sobre religión e incluso te piden que reces por sus problemas. Estoy seguro de que si les preguntas si puedes utilizar el teléfono porque uno de los miembros de tu parroquia está a punto de morir y necesita los últimos sacramentos por teléfono, accederán.

—Los baptistas no tenemos últimos sacramentos —protestó el reverendo—. Y no estoy muy seguro de si quiero participar en esto. Ya estoy metido en un buen lío por hacer proposiciones deshonestas a esa vieja.

Callaron mientras el guarda con la música a todo volumen pasaba ante la celda, con los ojos vidriosos y chasqueando los dedos a ritmo de rap.

—Cuando llames por teléfono —prosiguió Trader—, hablas con alguien de pocas luces que trabaje para ti, que sea sumiso e ingenuo, y le ordenas que pase a recogerte en coche. Dile que irás con unos amigos; de ese modo, nos largaremos de la ciudad. En el caso muy improbable de que nos detuvieran, yo diré que os he secuestrado y que no tenéis nada que ver con el plan.

El reverendo Pontius Justice se tranquilizó un poco al oír estas explicaciones. Al fin y al cabo, él era un personaje público, famoso por dedicar su vida a salvar almas y luchar contra el crimen. Aunque a veces cediera a sus necesidades carnales reprimidas ligando con mujeres de la noche, siempre les pagaba y les daba las gracias.

Hammer aún no le había dado las gracias a Andy, y a éste le ponía nervioso ver que a ella sólo le interesaba caminar de un lado a otro de su oficina y quejarse.

—Tenías que habérmelo consultado todo primero —repetía ella una y otra vez tras la puerta cerrada de su despacho, aunque los sábados por la mañana apenas había nadie en comisaría—. ¡Por el amor de Dios, Andy! ¿Dónde tenías la cabeza cuando escribiste todas esas tonterías sobre el tesoro Tory? ¡Mira la que se ha organizado! Al alentar a los isleños a apropiarse del supuesto tesoro porque legalmente les pertenece, has conseguido que el gobernador los amenazara y enviase al Ejército. Si nunca hubiese habido una guerra civil, ahora la habría. Y, para serte sincera, estoy completamente de acuerdo con el gobernador. Los isleños no tienen ningún derecho sobre ese tesoro. Pertenece al museo.

—Es esto precisamente lo que intento decirte —la interrumpió Andy—. Mi única intención fue que todo el mundo pensase que los demás le quieren robar. Y a fin de que la isla Tangier se enfureciera de veras con Virginia, tuve

Librodot

que excitar a Virginia para que estuviera real-mente molesta con la isla. Entonces, cuando esta noche Macovich llegue en un helicóptero de la Policía Estatal lleno de gente de la NASCAR que, en realidad, son Smoke y sus perros de la carretera, ¿con qué tipo de bienvenida crees que los recibirán? Apenas necesitaremos a los agentes de paisano.

—Dices tonterías y me estás asustando —le espetó Hammer. Yo pensaba que el objetivo del Agente Verdad era decir siempre la verdad. Creo que en los últimos artículos lo único que has hecho ha sido manipular a todo el mundo, aunque sea por una buena causa o tú creas que lo es. ¡Maldita sea! Estoy tan confundida.

—Sé exactamente lo que sientes —le dijo Andy—. Te prometo que sé lo que me hago. Ambos sabemos lo cruel y peligroso que es Smoke. Si ese helicóptero aterriza en Tangier y ve a tipos que no parecen pescadores, aunque vayan vestidos como tales, es posible que Smoke abra fuego desde la misma pista de aterrizaje. Por eso tenemos que introducir un elemento sorpresa que lo haga dudar unos instantes y nos permita capturarlo sin incidentes.

—Vamos a organizarlo bien. Movilizaremos a las tropas —decidió Hammer—. El gobernador deberá volver a casa en coche después de la carrera. Tú y yo volaremos a Tangier en helicóptero y veremos qué podemos hacer para poner punto y final a esta historia. Y, por cierto, ¿qué te hace pensar que de veras exista ese tesoro en el fondo de la bahía?

—No es que lo piense —respondió Andy—, pero ese viejo trozo de hierro procedía de una batalla que se libró entre piratas, tal vez. Y ese tránsfuga de Joseph Wheland debió de amasar una buena fortuna tras todos esos años de dedicarse a expoliar plantaciones y otros barcos... En algún lugar tiene que estar el tesoro, ¿no?

Barbie Fogg jamás había estado en una plantación de verdad, pero al llegar a la verja de la mansión del gobernador intuyó cómo debían de haber sido en su época. Entró y vio algo muy extraño.

Dos fornidos agentes de Protección de Personalidades metían paja en la parte trasera de una gran limusina negra. Barbie aparcó en la calzada circular, agarró sus productos de maquillaje, que guardaba cuidadosamente en una caja de herramientas, y sacó una bolsa de ropa del maletero.

—¿Qué hacen? —preguntó a los agentes—. No es mi intención fisgar, pero ¿por qué amontonan esa paja en el suelo de esa hermosa limusina? ¿Acaso quieren plantar flores en su interior? Me parece una buena idea. Así el gobernador podrá ir montado en un jardín.

Los agentes le respondieron con seriedad que aquella información era confidencial y entonces se abrió la puerta de la mansión y apareció un mayordomo negro que vestía una chaqueta blanca muy almidonada. El hombre saludó a Barbie con una sonrisa.

—Entre —le dijo, amable—. La señorita Regina la está esperando. Permítame el abrigo. ¿Quiere que la ayude con la caja de herramientas?

—Gracias —respondió Barbie mientras se quitaba el abrigo. Debajo llevaba un ajustado y sexy vestido de cuero que resultaba muy poco acorde con su voz melindrosa y suave—. Necesito la caja de herramientas y la bolsa de ropa para arreglar a Regina.

Pony sabía que la apariencia de Regina requería mucho trabajo, pero le

Librodot

entristecía pensar que las cosas se hubieran deteriorado tanto que requirieran herramientas para arreglarlas. Acompañó a Barbie por la escalera de caracol hasta las estancias privadas de la primera familia, donde encontraron a Regina revolviendo su armario. Sacaba pinturas y sudaderas, y cada vez parecía más desalentada.

—¡Oh! —exclamó aliviada cuando Barbie entró y dejó la caja y la bolsa sobre la cama—. ¡Me alegro de que estés aquí! No encuentro nada que ponerme y hace un rato me he mirado al espejo y me he asustado. ¿Crees que a la hora de la carrera habrás terminado de ponerme guapa?

—Claro que sí —la tranquilizó Barbie mientras miraba por la ventana y veía a los dos agentes que metían paja en la limusina.

—Es para el viaje de Trip —explicó Regina.

—¿Qué Trip? —preguntó Barbie.

—Trip es el nuevo mini caballo de papá, especialmente adiestrado como lazarillo. Papá tiene que ir con él a todas partes y como yo soy la supervisora, ¿sabes?, he investigado un poco sobre el asunto; me he enterado de que los mini caballos viajan mejor en coche si tienen paja.

Hizo una pausa para ver si Barbie la comprendía. No era el caso.

—Para que le parezca que está en una especie de establo —apuntó la chica.

—¡Oh! —exclamó Barbie, asombrada—. Y yo que pensaba que iban a plantar un jardincito móvil. ¡Estúpida de mí! Pero yo diría que si un caballito hace sus necesidades dentro de una limusina, con paja o sin ella, a los demás pasajeros no ha de resultarles muy agradable.

—La caca de caballo no huele como la de perro —le recordó Regina— Y justo cuando Trip termine de hacer sus necesidades, tiras paja encima y ni te enteras.

—¿Y qué pasará mientras estés en el palco del gobernador viendo la carrera? —preguntó Barbie, preocupada, al tiempo que depositaba tubos de base para maquillaje, limpiador de impurezas, esmalte de uñas, tratamientos capilares, tintes y decenas más de cosméticos sobre una cómoda antigua de nogal.

—Si quiere salir, dará en la puerta con la pezuña —respondió Regina. Entonces lo bajaré en el ascensor y lo llevaré a algún sitio donde haya hierba. ¿Para qué son las tijeras? ¿Vas a cortarme el cabello?

Barbie ordenó a Regina que tomara asiento en la mecedora de lona y que estuviera muy quieta. Miró con atención la que iba a ser su obra más difícil y decidió que el cabello negro y rizado con las puntas abiertas de Regina tenía que cortarse.

—Enséñame los dientes —dijo Barbie.

Regina abrió la boca y tensó los labios para mostrar unos dientes amarillentos que podían ser los de un mini caballo, pensó Barbie con ironía.

—He traído un producto para dejarte los dientes blancos —dijo con más optimismo del que sentía en realidad—. Será mejor que te lo ponga ahora para que tenga tiempo de actuar. Y ese cabello, querida, no tiene color, de veras. Es como leonado, ni negro ni castaño, y creo que lo mejor sería teñirlo de negro y cortarlo por debajo de las orejas, escalado, claro está, para que te suavice la nariz y la barbilla.

»También he traído una crema bronceadora para que te la pongas después del baño con sales del mar Muerto, la manicura, la pedicura y una mascarilla de barro. La piel se te pondrá de un tono dorado sin necesidad de

Librodot

que la expongas a los dañinos rayos del sol. ¿No te parece excitante?

Regina no estaba muy segura. No había previsto que Barbie le pediría que se desnudara del todo y que tendría que permitir que una desconocida le pusiera barro, lociones y mascarillas en su rollizo cuerpo.

—Sé lo que estás pensando —dijo Barbie mientras le colocaba una toalla alrededor del cuello y empezaba a cortarle grandes mechones de cabello que le recordaban las matas que rodaban en las películas antiguas del Oeste que a veces veía con Lennie—. El día que hablamos en el Ministerio Baptista me di cuenta de que tienes una baja autoestima y que detestas tu cuerpo. Y, probablemente, ahora estás un poco nerviosa por tener que desnudarte y que alguien te frote, te rasque y te masajee todo el cuerpo, pero te sentará bien y cuando veas el resultado quedarás encantada.

—Por más que me frotes y me rasques, no conseguirás quitarme toda esta grasa —comentó Regina con franqueza mientras caían al suelo más mechones de cabello. En circunstancias normales, la idea de que le tocaran el cuerpo de tantas maneras distintas le habría parecido secretamente placentera.

Pero Barbie Fogg no era su tipo. En absoluto. No era lo bastante robusta, y a Regina le pareció que Barbie podía pasarse todo el día tocando y masajeando a otra mujer sin experimentar ni el más leve cosquilleo de deseo. A Barbie no debía de interesarle el contacto físico con nadie, pensó Regina. En este aspecto seguro que era igual a su madre; desde que Regina tenía uso de razón, la mujer siempre había encontrado mayor interés en las antigüedades, como los bancos de hierro forjado, las cajas metálicas de café o de tabaco y los trébedes, que en las aventuras sexuales con personas del sexo opuesto, del mismo sexo o consigo misma.

—Te pondremos a dieta de inmediato —dijo Barbie sin parar de darle a las tijeras—, lo cual significa que no podrás acercarte a las mesas del buffet de las carreras, ¿de acuerdo? Una buena ensalada con mucho apio, zanahoria y rábanos te ayudará a mantener la línea. Venga, no seas tan negativa. Ya sabes lo que dicen, ¿no? La ropa es la mejor amiga de una chica; así que entré en una tiendecita muy mona y elegí algo perfecto para ti.

—¿Qué es? —preguntó Regina, desconfiada, mientras Barbie empezaba a quitarle el cabello de la nuca con una navaja.

—Es monísimo. He intuido que te sentirías muy cómoda con él y que va perfecto con tu cara, tu tipo y tu personalidad. ¡Es un vestido de algodón perfecto! Cuando lo encontré, casi no podía creerlo. Ahora, no te muevas, no te balancees en absoluto. Esta mecedora es encantadora, pero no quiero cortarte con la navaja mientras te afeito la nuca; luego te haré una depilación a la cera del labio superior y de la barbilla, y tal vez te aclare las cejas y las patillas con unas pinzas.

»Bueno, pues lo que he encontrado es un mono de algodón lavado a la piedra, pero que lleva falda en vez de pantalones y que puedes ponerte con esta bonita camisa de seda de manga larga que está diseñada para que parezca una camisa de leñador pero que tiene un cuello de encaje y te resaltará mucho el busto gracias a este sujetador que he comprado. Tuve que adivinar la talla, pero supongo que usas la más grande.

—Jamás llevo sujetador —replicó Regina—. No soporto los sujetadores y casi siempre utilizo camisetas, porque debajo de las sudaderas nadie ve lo que llevo.

—Pues esta noche sí te verán —le aseguró Barbie con voz melindrosa—.

Librodot

Llevarás un escote tan grande que podrías meterte dentro todo un almuerzo. Y de los zapatos, porque ninguna indumentaria está completa sin los zapatos, he encontrado un par de zapatillas de tenis de cuero de color rojo. ¿Te imaginas? Llevan un cierre con lentejuelas a la altura del tobillo y lazos de cuero blanco, y te las pondrás con estos calcetines de diseño que parecen antiguos pero que están hechos de seda. ¿Tu talla de vestido es la cincuenta y cuatro?

—¿De hombre o de mujer? —preguntó Regina muy quieta mientras Barbie seguía afeitándole el cogote—. Siempre llevo ropa de hombre, o sea que no sé cuál es mi talla en ropa de mujer.

—No te preocupes en absoluto. Soy muy buena adivinando las tallas de la gente —dijo Barbie al tiempo que retrocedía para admirar su obra—. Supongo que gracias a mi trabajo como consejera he aprendido a saber qué pie calza la gente y qué talla usa, ¿no crees?

Barbie le tendió un espejo a Regina para que admirase su nuevo peinado.

—No sé —dijo la chica, dudosa—. Tiene la misma forma que los cascos de los pilotos de carreras.

—Pues es el último grito —sonrió Barbie—. Se llama NASCOIF, ¿no lo encuentras muy chic? Si tuvieran que hacértelo en un salón de belleza te cobrarían mucho dinero, eso suponiendo que te dieran hora y no te pusieran en una lista de espera durante toda la temporada de las carreras.

—Y si es tan chic, ¿por qué no te haces tú uno? —quiso saber Regina.

—Oh, porque mis rasgos son demasiado delicados —respondió Barbie—. Y ahora, vamos a meterte en la bañera.

Hooter también dedicó el día a arreglarse para asistir a las carreras. Había invertido horas en deshacerse las trencitas y acondicionarse el cabello, que en ese instante se cocía bajo un gorro de plástico enchufado a un secador; mientras, se pegaba unas nuevas uñas acrílicas que parecían banderas americanas curvadas. Luego se introdujo en unos ajustadísimos pantalones que imitaban la piel de serpiente y encima se puso unas botas plateadas cerradas con velcro, estilo astronauta.

Completar aquel conjunto requería mucha deliberación, y al final se decidió por un sencillo corpiño negro de tubo. Encima se puso una chaqueta metalizada, con los logotipos de la Kodak, la DuPont y Pennzoil, que había encontrado en la sección de la NASCAR de una tienda de remate de East Broad Street, entre un establecimiento que vendía pistolas económicas y una copistería.

Andy también prestaba mucha atención a su aspecto, pero no por razones de vanidad ni porque tuviese ganas de ligar. Nunca había estado en el Circuito Internacional de Richmond y no sabía bien qué solían vestir los borrachos aficionados a las carreras. Al fin decidió que, cuanto menos llamara la atención y más protegido fuera, mejor. Así pues, se puso unas gastadas botas camperas, unos vaqueros anchos que ocultaban el arma que llevaba en una pistolera oculta en el tobillo, una sudadera de los Redskins y una chaqueta de cuero. Aquella mañana no se había afeitado y con la barba de dos días, la peluca de la cola de caballo, las gafas oscuras de espejo y una pistola de nueve milímetros escondida en la rabadilla, en la parte trasera del pantalón, quedó satisfecho de su aspecto. Smoke no le reconocería. En realidad, nadie sería capaz de reconocerle.

Había empezado el proceso de salpicarse con una cerveza, cuando sonó el

Librodot

timbre de la puerta.

—¿Quién demonios…? —murmuró algo alarmado, porque no esperaba ninguna visita—. ¿Quién es? —gruñó ante la puerta cerrada.

—Soy yo —dijo una voz apagada de mujer.

Andy no la reconoció y pensó en la asesina en serie que había dejado las pruebas en las escaleras del porche.

—¿Quién es «yo»? —preguntó.

—Hammer.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido al abrir la puerta—. Siento haber estado desagradable, pero no sabía que fueras tú. Bueno, al principio no lo sabía, casi no reconocí tu voz porque…

Mientras observaba a Hammer de arriba abajo, el cerebro de Andy parecía no recibir riego sanguíneo. Hammer vestía como una motera, toda ella en cuero negro, botas negras Dingo y una chaqueta Harley. Colgada en el hombro lucía una bolsa Harley, en cuyo interior a buen seguro llevaba un pequeño arsenal. Había endurecido su hermoso rostro con capas de maquillaje y llevaba el cabello despeinado.

—Ahórrate cualquier comentario —dijo al entrar en la casa—. No tenía ningunas ganas de parecer una puta barata motociclista, pero algo tenía que hacer. Me preocupa nuestra llegada en helicóptero, con estas pintas —comentó al ver el disfraz de Andy . Y no podremos tener agentes de paisano en la isla porque los únicos pilotos de que dispongo sois tú y Macovich, y los dos estáis ocupados; además los barcos no van por culpa de las malditas restricciones que ha ordenado el gobernador gracias a tu artículo del tesoro Tory. Por eso he decidido pasar a verte y preguntarte si no crees que deberíamos reconsiderar muestra actuación.

Lo siguió hasta el comedor y se sentaron en la improvisada oficina. Cuando Hammer vio el ordenador, la impresora, los archivadores y las pilas de material de consulta, tuvo la extraña sensación de que aquél era el cuartel general secreto del Agente Verdad, por más que supiera perfectamente quién era el Agente Verdad, dónde vivía y dónde trabajaba. Advirtió, para su sorpresa, que había empezado a sentirse vinculada con aquel escritor ficticio y que hasta había deseado llegar a conocerlo.

—Esto es ridículo —dijo.

—Lo sé —convino Andy—. Parezco un imbécil y siento apestar a cerveza y no haberme afeitado. Y, probablemente, tienes razón: nuestros disfraces no cuadran con un helicóptero de la Policía Estatal.

—Se me hace extraño estar sentada en el sitio donde escribes los artículos. Me da la sensación de que he pasado al otro lado del telón y he descubierto al mago de Oz o algo parecido. Y tengo que decir que una parte de mí está muy decepcionada, porque me parece que yo también he empezado a creer en el Agente Verdad. ¡Dios mío, había empezado a ser admiradora suya! Sacudió la cabeza y suspiró—. Debo de estar volviéndome loca. En primer lugar, yo no soy admiradora de nadie, y me parece estúpido e irracional ser admirador de alguien o de algo. Un ser racional no encumbra a alguien al monte Olimpo, piensa que es un dios y cuelga carteles con su imagen en su cuarto.

»Cómo es posible que alguien adore, e incluso quiera acostarse con un perfecto desconocido? —prosiguió mientras Andy se miraba las manos, incómodo y herido porque a ella tal vez le gustaba más el Agente Verdad que él—. Supongo que eso significa que hay miles, quizá millones de perfectas

Librodot

desconocidas que leen al Agente Verdad, lo veneran y tienen fantasías sexuales con él —prosiguió Hammer—. Sé que a Windy le pasa, aunque en su caso está convencida de que el Agente Verdad tiene ochenta años y camina con bastón. Un buen apaño —anunció Hammer, dando una palmada a la mesa.

—¿Qué apaño? —preguntó Andy con una punzada de dolor y enfado—. No es ningún apaño, nunca lo ha sido. Qué importa si utilizo seudónimo para escribir o si no lo utilizo. Yo sigo siendo quien escribe los artículos. ¡Yo soy el Agente Verdad!

—El Agente Verdad no existe —replicó Hammer.

—Muy bien, déjame que te pregunte una cosa —dijo Andy, que intentaba recuperar la compostura—. Si nunca pensaste que el Agente Verdad era yo, ¿quién era entonces para ti el Agente Verdad? Tuviste fantasías con él, ¿eh?

—Esta discusión es estúpida y no lleva a ningún sitio —dijo Hammer—. Olvidémosla. Tenemos una importante operación por delante y debemos concentrarnos en ella, por el amor de Dios.

—Tienes toda la razón —dijo Andy con el tono de voz más pausado— En realidad, no me importa si eres admiradora o no del Agente Verdad o de nadie, incluido yo, que tampoco soy admirador de nadie. Nunca lo he sido —añadió mientras el teléfono empezaba a sonar.

—¡Vaya! Tenemos un problema, Brazil —dijo un excitado Macovich al otro lado del hilo—. ¡El gobernador no quiere llevar el helicóptero a la carrera!

—Estás bromeando —dijo Andy—. ¿Por qué demonios no quiere? Habla con él. Dile que por razones de seguridad tiene que ir por aire.

—No me hará caso. Al parecer, de repente se le ha ocurrido preparar un establo móvil para el mini caballo que acaba de comprarse. Creo que esa hija suya, el as del billar, ha tenido algo que ver en ello. Jamás en mi vida había oído algo tan estúpido, pero el caso es que hay unos agentes llenando de paja el suelo de la limusina y —no hay manera de convencer al gobernador de que lo olvide. De modo que él y la primera familia irán en la limusina, y no quiere bajar del burro. Oh, cómo lo siento... No sé qué decir.

—Pero ¿y Smoke y los perros de la carretera? —protestó Andy—. ¿Qué harán cuando el helicóptero no se presente a recogerlos para llevarlos a la carrera? ¡Y tienen a Popeye!

—Lo único que sé es que teníamos que encontrarnos en el helipuerto y yo no estaré allí.

—¡Mierda! —exclamó Andy al tiempo que colgaba el teléfono.

Explicó lo que ocurría y le dolió ver la angustia que se reflejaba en el rostro de Hammer cuando ésta comprendió que tal vez no podrían rescatar a Popeye y que el plan que tenían acababa de venirse abajo. Smoke y los perros de la carretera seguirían en libertad a menos que lograra atraerlos a una trampa y, tal como estaban las cosas, no aparecerían por la carrera.

—Cuando vean que el helicóptero no llega, pensarán que ha ocurrido algo —dijo Hammer, abatida—. Creerán que hemos detenido a Cat y que tenemos a toda la Policía Estatal esperándoles en el circuito. ¡Todo por culpa de un maldito mini caballo!

Andy no dijo nada. Ambos sabían que había sido él quien convenció al gobernador a través de la página del Agente Verdad de que se agenciara un

Librodot

mini caballo.

—No sé qué decir —farfulló Andy.

—Es demasiado tarde para disculparse —replicó una cabizbaja Hammer—. Y de todas formas, no tienespor qué pedir disculpas, Andy. No es culpa tuya. Fui yo la que me dejé llevar por esa charada del Agente Verdad sin pensar en las consecuencias. Sólo espero que Popeye... —dijo con voz quebrada—, sólo espero que no sufra —farfulló al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas—. ¡Maldita sea!

—Espera un minuto —dijo Andy mientras se le ocurría una idea sencilla pero increíble—. ¡Donny Brett vuela en un cuatro treinta!

—Quién? —preguntó Hammer al tiempo que buscaba un pañuelo en su bolsa Harley y unas esposas chocaban contra la pistola.

—¡El número once! Este año ya ha ganado cuatro veces, entre ellas en Martinsville y en Bristol, y sé de su pájaro porque la Bell lo ha utilizado en muchos anuncios. Luce los colores de Brett y él siempre lo utiliza para ir a las carreras, por lo que lo más seguro es que en este mismo momento se encuentre en el helipuerto del circuito. ¡Sí! —Los pensamientos de Andy volaban tan deprisa que apenas se le entendía— Familia de uno de los conductores. ¡Eso es! Y nos presentaremos con el helicóptero de Brett y nosotros mismos llevaremos a Smoke y los perros de la carretera.

—Pero, con lo tarde que es, ¿cómo vamos a ponernos en contacto con ese Brett o como se llame para que nos deje el helicóptero? —preguntó Hammer—. ¡Es imposible!

—Fácil —replicó Andy—. Nos adentraremos en el mundo de la fantasía y convertiremos la ficción en realidad.

—Ahora no es el momento de hablar como un escritor —le recriminó Hammer tras sonarse la nariz.

—Tú te sentarás delante, a mi lado, y fingiremos que eres mi novia. —Andy explicaba su plan a medida que se le ocurría.

—¿Y tú quién serás?

Yo me haré pasar por el hermano de Donny Brett —respondió Andy. Tenemos que hacer creer a Smoke y a sus perros de la carretera que Macovich llegaba tarde a buscar a los presuntos mecánicos y que por eso pidió ayuda a Brett. Engañaremos a esos capullos y en el momento en que aterricemos, habrá agentes de paisano que los detendrán. Venga, vamos, tenemos que ir al circuito.

La única manera de llegar, en vista de los grandes embotellamientos de tráfico que colapsaban toda la Commonwealth cuando ciento cincuenta mil aficionados de las carreras iban al circuito, sería en un helicóptero de la Policía Estatal. Una vez allí, correrían en busca de Donny Brett, a quien los periodistas siempre habían descrito como un profundo patriota y padre de familia que coleccionaba placas de policías y pistolas. Brett también confiaba en la seguridad, y cuando Hammer y Andy se abrieron paso entre la multitud y aparecieron en el lujoso remolque de Brett que estaba aparcado dentro del circuito, unos tipos muy grandes cerraron la puerta y dieron a entender que no les importaba hacer daño a admiradores y curiosos demasiado entusiastas.

—Tenemos que hablar con el señor Brett —anunció Hammer.

—Está descansando. Márchense, por favor —dijo uno de los gorilas con cara de pocos amigos.

Hammer llevaba la cartera en el bolsillo trasero de sus pantalones de

Librodot

cuero sujeta con una cadena y sacó la placa. Dijo en voz baja:

—Somos de la Policía Estatal y estamos trabajando en una gran operación secreta. ¡Hay vidas en juego!

Andy hundió la mano en el bolsillo y también sacó la placa.

—No queremos molestar al señor Brett. Sabemos que necesita paz y tranquilidad antes de montar en el coche y esperamos que gane la carrera, pero tenemos que verle —explicó Andy.

—Pues claro que ganará —dijo el segundo gorila—. Le sienta muy mal perder y antes de la carrera siempre cierra los ojos y medita un rato, pero voy a explicarle lo que ocurre para que él mismo decida.

—Me toman el pelo, ¿verdad? —dijo Donny Brett unos momentos más tarde, cuando la motorista madura y su novio palurdo entraron en el remolque—. No dudo que sean policías, pero deben de creer que soy estúpido y que les dejaré que cojan mi helicóptero y se vayan. El helicóptero no lo presto a nadie. ¿Cómo me voy a ir después de la carrera?

—Podemos conseguirte el cuatro treinta de la policía —dijo Andy al apuesto y famoso corredor, de aspecto más bien soñoliento y despistado cuando no vestía sus colores—. Tan pronto como el gobernador y su comitiva se encuentren a salvo en la mansión, un agente de Protección de Personalidades llamado Macovich pasará a recogerte, te lo prometo.

Brett abrió una Pepsi y pensó en lo que Andy le proponía.

—¿Ah, sí? ¿Y qué aspecto tiene ese pájaro de la policía? ¿Qué colores lleva?

—Los de la Policía Estatal —respondió Hammer.

—0 sea que, si gano la carrera, parecerá que me marcho de aquí escoltado por la policía, ¿no? —A Brett le gustó la idea.

—Y si no la ganas, también —dijo Hammer. —Pero ganarás —añadió Andy.

Brett se sentó ante la mesa y dejó escapar un largo suspiro. De repente aparecía pequeño e inseguro, todo lo contrario de la personalidad pública que exhibía como famoso piloto de carreras.

—La verdad es que no estoy muy seguro —confesó, agachando la cabeza avergonzado—. Todo el mundo dice que soy el favorito, lo cual todavía me crea más presión, y la verdad es que Labonte lleva la temporada con mucha más ventaja que yo. Le sacó puntos a Jarrett en la tercera carrera de Las Vegas, y desde entonces mantiene la ventaja. Mi problema es que me gustan los trofeos, ¿sabe? Muchísimo, y eso significa que no me baso en la solidez, como Labonte. Y si quiere que le diga la verdad, Richmond no es mi circuito favorito. La primavera pasada terminé el decimoctavo en la Pontiac Cuatrocientos. ¿Puede creerlo?

»Eso destrozó mi confianza en mí mismo, aunque el público no lo sepa. Creo que es una de las razones por las que tuve que comprarme ese gran helicóptero. Cuando voy y vengo en ese cacharro, la gente se vuelve loca y con eso aumenta mi confianza y mis admiradores quizá piensan que soy el mejor. Sin embargo, tal como van las cosas, no seré el mejor por mucho más tiempo.

Andy se sentó en una silla para escuchar con atención lo que Brett contaba y Hammer, cada vez más impaciente, consultó su reloj.

—Mira —le dijo Andy. Ahí afuera hay veinte o veinticinco coches y todos ellos, el número once incluido, tienen la posibilidad de ganar.

—Sí, en eso tiene razón —dijo Brett con aire muy desolado tras dar un

Librodot

sorbo al refresco. Todo el mundo puede ganar, la competición es muy cerrada y es por eso que cuando llegué el decimoctavo en este circuito perdí la confianza.

—En cualquier carrera —prosiguió Andy—, cualquier corredor puede hacer un gran adelantamiento y ganar, y pienso que serás tú quien haga hoy esa gran maniobra. Puedes hacerlo, Donny, eres un ganador como Rudd, Labonte, Skinner, Wallace y Earnhard. En las Quinientas de Daytona subiste al podio, y no olvides que todavía vas primero en la Raybestos Rookie de este año y que en la Winston de Charlotte también hiciste un primero.

—Pero aquí fui decimoctavo —insistió Brett, obcecado—. Es lo único que me viene a la mente mientras me concentro para salir; y cuando estoy así, empiezo a chocar y me golpean y hago trompos porque no estoy concentrado y no juzgo bien la posición de los demás.

—Siempre te has destacado por tu intuición y tu sensatez —le recordó Andy—. ¿No te acuerdas de la Busch Series del noventa y nueve?

—Tenemos que irnos —dijo Hammer, casi gritando debido a la tensión—. ¡Si no nos vamos, será demasiado tarde!

—Cómo podría olvidarlo? —replicó Brett al tiempo que sacudía la cabeza—. Esa ha sido mi mejor carrera.

—Exacto —lo animó Andy—. ¿Y por qué? Porque tuviste que pelear por cada centímetro de pista y porque hubo muchos golpes con trompos y accidentes. ¿Y qué hiciste? Justo después de que un accidente en la cuarta curva dejara fuera al número cuarenta y que Hamilton chocara contra Burton y Fuller, fuiste lo bastante listo para quitar el pie del acelerador y frenar. Luego avanzaste en la contrarrecta y conservaste la primera posición.

—Sí —dijo Brett, que parecía mucho más animado—. Claro que lo hice.

—Y eso ocurrió aquí —dijo Andy, acompañando sus palabras con unos golpes del pulgar en la mesa—. Eso fue aquí, en el circuito de Richmond.

—Lo sé, lo sé. Supongo que obsesionarme con las malas carreras es cosa de mi carácter —dijo Brett con una sonrisa—. ¿Y sabe qué? Esta noche será distinto y, si quiere utilizar mi helicóptero, hágalo siempre y cuando lo lleve alguien que sepa pilotarlo.

—Por supuesto —dijo Andy—. Y esta noche, durante la carrera, recuerda lo que te he dicho. Haz esa gran maniobra, ya sabrás cuándo.

—¿Qué demonios era todo eso? —Hammer le preguntó a Andy mientras volaban al centro de Richmond en el glorioso helicóptero de Brett, pintado de negro y con el número de su coche y los logotipos de sus patrocinadores en rojo, amarillo y granate brillantes—. Pensaba que no ibas a las carreras.

—No voy, pero a veces veo televisión y estudio estrategias, ya sean de pilotos de carreras, jugadores de tenis o tiradores del Ejército —replicó Andy mientras volaba a ciento cincuenta nudos y sobrevolaba la interestatal 95, una compacta hilera de coches que se arrastraban hacia el circuito—. Que suerte estar aquí arriba y no ahí abajo —añadió.

Hasta ese momento, Barbie Fogg había evitado los embotellamientos causados por los aficionados que se dirigían a las carreras. No se trataba de que fuera una experta en atajos, sino que después de recoger a Hooter en el peaje de la autopista había ocurrido algo inesperado. El teléfono móvil de Barbie había sonado y ella se sintió sorprendida y aliviada al oír la voz del reverendo Justice al otro lado de la línea.

Librodot

¿Dónde demonios se había metido? —preguntó Barbie mientras Hooter movía las manos y admiraba sus doce banderas acrílicas.

—He estado ocupado con el ministro de la prisión —respondió el reverendo—. Y mi coche está estropeado, por lo que necesitaría que vinieras a buscarme lo antes posible. Están conmigo unos miembros de mi congregación, así que seremos seis, incluyéndome a mí. ¿Tendrás espacio para todos?

—Bueno, iremos un poco apretados —respondió Barbie mientras Hooter se abría los cierres de velcro de las botas de astronauta y volvía a ajustárselos, admirando su elegante atuendo e imaginándose en las carreras, en el palco reservado al gobernador.

Hooter se preguntó si aparecería por allí ese gigante de Macovich y supuso que sí. Siempre fanfarroneaba de lo importante y peligroso que era su trabajo. Esa noche que habían estado bebiendo, Macovich no había dejado de hablar del gobernador: que si el gobernador esto, que si el gobernador lo otro, y Hooter sintió una punzada de pesar. Macovich era limpio y, aunque hablase sin parar del gobernador y de lo que suponía trabajar en esa gran mansión de Capitol Square donde ganaba a todo el mundo al billar, sólo pensaba en una cosa. Y Hooter necesitaba compañía.

—Te lo aseguro, amiga, quizás he sido muy dura con él —dijo Hooter con un suspiro mientras Barbie se detenía en una gasolinera y la miraba—. Espero que venga esta noche. ¿Tú crees que le gustará mi estilo?

—Estás fabulosa —la tranquilizó Barbie, a quien sólo le preocupaba llegar cuanto antes al circuito.

La llamada del reverendo había sido del todo inesperada y peculiar, pensó Barbie mientras se dirigía al barrio más degradado de la ciudad, al noroeste del centro, donde el reverendo le había dicho que esperase frente a la cárcel municipal, en el aparcamiento trasero de los juzgados de menores. El y sus fieles estarían escondidos en una zona arbolada y saltarían a la furgoneta tan pronto como apareciese. Entonces ella tendría que marcharse a toda velocidad y no hacer preguntas.

—Quizá deberías llamar a ese agente, decirle que llegaremos un poco tarde —sugirió Barbie, cada vez más ansiosa— y que nos guarde los asientos en el palco del gobernador.

—¿Qué significa tarde? —preguntó Hooter, porque no había prestado atención a lo que había dicho Barbie por el móvil unos minutos antes—. Amiga, no podemos llegar tarde. ¿Vamos a perdernos a todos esos pilotos saliendo de sus remolques antes de montar en los coches? No podremos hacernos fotos con ellos. ¡Es la oportunidad de mi vida y no podemos llegar tarde!

Barbie aceleró y cuando pasaban ante la Facultad de Medicina Hooter divisó un gran helicóptero de colores en el cielo.

—¡Oh, mira qué helicóptero! —Hooter se inclinó hacia delante para verlo mejor—. Desde ahí sí que se puede acariciar la luna, ¿verdad, amiga? Deben de llevar a algún pobre enfermo al hospital, pero nunca había visto un helicóptero de urgencias médicas como ése.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Barbie, que casi se salió de la carretera— ¡Son los colores de Donny Bretts! Mira, lleva el número once pintado en un lateral. ¡Oh, Dios mío!, ¿ya ha tenido que abandonar la carrera?

—Pero si la carrera todavía no ha empezado —señaló Hooter—. A lo mejor

Librodot

ha sufrido un ataque de corazón o algo sí. Haber quedado el decimoctavo cuando corrió aquí la primavera pasada debe de haberle supuesto una gran presión.

31

Andy y Hammer estaban mucho más tensos que Donny Brett.

Pese a la aparente confianza que mostrara Andy al prometer a Hammer que sabía perfectamente cómo manejar a Smoke y a los perros de la carretera, lo cierto era que no tenía idea de qué podía esperar; además, los auriculares no dejaban de moverle la peluca de la cola de caballo y muy pronto habría oscurecido demasiado para seguir con las Ray Ban puestas. Mantuvo el helicóptero quieto en el aire y puso el morro al viento cuando distinguió a Smoke y vio cómo éste, una mujer de aspecto frágil con los cabellos cortos de color platino y un par de perros de la carretera descendían de un utilitario negro que estaba detenido en el aparcamiento, al otro lado de la valla del helipuerto. Los delincuentes vestían los colores de la NASCAR y el más pequeño llevaba un bulto pequeño envuelto en algo parecido a una bandera negra plegada.

—Ese debe de ser Possum —dijo Andy a Hammer por el micrófono—. Y parece que tiene a Popeye.

Hammer hizo lo imposible para contenerse. Sabía que era imprudente dar muestras de que sintiera el menor interés por lo que se escondía en la bandera, pues se suponía que era la novia del hermano de Donny Brett y no tenía ningún motivo para saber quién era Popeye, ni para interesarse por ello.

—Aguanta, jefa —continuó Andy al tiempo que posaba el helicóptero en el suelo de cemento y ponía el motor en punto muerto—. Iré a hablar con ellos. Si sucede algo, cierra el contacto del motor y empieza a disparar por la ventanilla. Para abrir, tienes que correrla.

Los perros de la carretera y la mujer se encontraban junto a la valla. Desde allí observaban el espectacular helicóptero, un poco perplejos ante la visión del blanquito con la cola de caballo que se dirigía hacia ellos.

—Quién carajo eres? —preguntó Smoke en el instante en que el bulto de Possum se movía en sus brazos.

—Mi hermano me ha mandado a buscaros —dijo Andy, recomponiendo el guión una vez más.

—Eres hermano de Donny Brett? —preguntó Cuda con unos ojos muy abiertos—. ¡Vaya, hombre, tu hermano es un fiasco! Espero que esta noche lo haga mejor, porque sé que la primavera pasada estuvo fatal y llegó el dieciocho.

—¡Silencio! —ordenó Smoke—. Se supone que debe recogernos la Policía Estatal —dijo a Andy—. ¿Para qué demonios habría de molestarse tu hermano en enviarnos este helicóptero?

Andy detectó un movimiento nervioso de los dedos de Smoke sobre uno de los bolsillos de su chaqueta de la Winston Cup, de color rojo intenso, donde probablemente llevaba escondida una arma de gran calibre. Observó a la que tomó por novia de Smoke y detectó algo en sus ojos que le produjo un escalofrío. La mujer le resultaba familiar.

—Lo único que puedo decirte —explicó Andy— es que mi novia y copiloto y yo estábamos con Donny en su remolque, charlando, cuando se presentó ese

Librodot

policía negro, el grandullón, presa del pánico. Empezó a contarnos la historia de que el helicóptero del gobernador tenía una avería y estaba inmovilizado, y él había quedado en recoger a un equipo de mecánicos en el centro de la ciudad y no sabía qué hacer; entonces se le había ocurrido que tal vez Donny le podría ayudar porque tenía su helicóptero allí mismo. Supongo que esos mecánicos sois vosotros, ¿no? Los del equipo del «Pirata» —añadió, fingiendo de pronto dudas y recelos para confundirlos un poco.

—¡Sí! —gritó Possum para hacerse oír entre el estruendo de las palas del helicóptero; acto seguido, logró desenrollar la bandera lo suficiente para que Andy distinguiera parte de una calavera fumando un cigarrillo y de la palabra «Pirata»—. ¡Vamos! —añadió Possum.

—Espera un momento —dijo Smoke con una mirada amenazadora que dirigió a Andy—: ¿Qué diablos sabes tú de piratas?

—¡Sí, eso! —asintió Cuda.

—Eso que leo en la bandera —replicó Andy, señalándola y agradeciendo a Possum que hubiese sido lo bastante hábil para desplegarla a tiempo.

—Y la he colgado en la página oficial de la NASCAR —añadió Possum, mintiendo, para confirmar la historia.

—Sí, la he visto. —Andy envió una señal secreta a Possum.

Este la captó y contuvo su sorpresa. ¡El tipo rubio de la cola de caballo no era hermano de Donny Brett, sino el Agente Verdad que iba de incógnito! ¡El Agente Verdad había cambiado el plan! Possum había tenido en todo instante la sensación de que algo saldría mal en el último instante, y había acertado. De lo contrario, el Agente Verdad no habría aparecido allí en el helicóptero de Donny Brett.

Mira, no podemos perder todo el día aquí hablando —declaró Andy en voz alta—. Tenemos que salir del helipuerto antes de que aparezca un helicóptero sanitario transportando un corazón para un trasplante. Así que, vamos, o yo me largo de aquí y vuelvo a la pista.

—Vamos —asintió Smoke. El, su novia y los perros saltaron la valla y se sujetaron las gorras de béisbol de Herramientas MAC, M&M y Excedrina mientras corrían hacia el 430 a través de la ventolera que causaban los rotores.

Barbie y Hooter vieron aparecer el brillante helicóptero sobre los tejados; éste se alejó rápidamente al tiempo que Barbie entraba en el aparcamiento vacío del edificio de tribunales. La mujer avanzó hasta el fondo y, al instante, seis hombres de aspecto desesperado, entre ellos el reverendo, asomaron de una zona arbolada y echaron a correr como diablos en dirección a la furgoneta, abrieron las puertas y saltaron al interior, apilados unos sobre otros. No escapó a la atención de Hooter que los hombres apestaban, iban sin afeitar y no llevaban cinturón ni cordones en los zapatos. Sabía reconocer a un preso con sólo verlo, y se quedó paralizada de miedo. Oh, oh, ¿dónde se había metido? Y aquel chico mexicano, ¿no era el mismo que había visto en el peaje la otra noche?

—¡Conduce! —le gritó el reverendo Justice.

—¡ Sí, larguémonos! —exclamó Slim Jim.

—¡Agachaos! —chilló Trader.

—¡Eh, me estás aplastando! —se quejó Cat.

Los hombres se acurrucaron en el suelo de la furgoneta mientras Barbie

Librodot

salía del aparcamiento a toda velocidad y observaba unos coches patrulla con luces destellantes que corrían hacia el sombrío edificio de ladrillos que albergaba los calabozos municipales.

—Conduce normalmente —dijo Hooter, pues alguien debía mantener la cabeza clara y llevar el control—. Si sigues zarandeándonos así, seguro que la policía nos para. ¡Y nos detendrán por ayudar a unos presos a fugarse de la cárcel!

—¿Qué? —Barbie, presa del pánico, agarró el volante con ambas manos—. ¿Presos?

—Nos detuvieron injustamente, Barbie —dijo el reverendo Justice desde la parte trasera de la furgoneta. Es voluntad divina que nos escapemos y que tú nos ayudes. No tengo más remedio que hacer todo esto porque los demás reclusos me han obligado a fingir que se me rompía algo en las tripas y, cuando el guardián ha entrado en la celda a socorrerme, le he dado en la cabeza con una bandeja de la comida, como le habían hecho a Pinn cuando trabajaba de guardián de prisión.

»Saqué la idea de ese programa de televisión. ¿No son maravillosos los caminos que usa el Señor? —continuó su sermón el reverendo—. Si no hubiera estado en el programa, todo gracias a Moses Custer y a esos vigilantes del barrio que yo había empezado a organizar cerca del mercado de verduras... En fin, sin eso no se me habría ocurrido nunca golpear a alguien con una bandeja de la comida. Y, desde luego, si no hubiera estado tan estresado y fuera de mí por toda esa publicidad que he tenido últimamente, no habría intentado ligarme a la vieja con la intención de aliviarme y tampoco habría golpeado a nadie con una bandeja de comida.

Tal vez sólo fuera una superstición, pero Moses Custer siempre había oído decir que si te picaba un oído, era que alguien hablaba de ti. Mientras avanzaba en la caravana motorizada del gobernador, Moses sentía un escozor terrible bajo las vendas y se preguntó si ello no significaría que mucha gente a su alrededor sabía que era una personalidad destinada a sentarse en el palco del gobernador. Observó por el cristal ahumado del parabrisas de la impresionante limusina negra la retención del tráfico mientras el gobernador roncaba y su peculiar hija con el corte de pelo en casquete, negro, seguía mirándose fijamente el escote bamboleante; además, en el espacio entre asientos estaba aquel minúsculo caballito, que de vez en cuando pisaba a Moses.

Macovich, mientras tanto, intentaba sortear el tráfico al tiempo que hablaba por la radio con Andy; éste había conectado el intercomunicador del helicóptero en modo «Tripulación sólo», de forma que los perros de la carretera no podían oír lo que decía.

Para empeorar aún más las cosas —dijo Macovich por el micrófono—, acaban de escaparse seis detenidos y hay coches patrulla por todas partes; te aseguro que se ha organizado un gran lío ahí fuera. No sé cuándo llegaremos al recinto, pero vamos con retraso.

—Mira, tengo que pasar al plan B —transmitió Andy mientras el abarrotado recinto de la carrera aparecía lejos, mil pies más abajo.

—Uuuy, me temo que ahora tendrá que ser el plan G o H, por lo menos.

—Haré un reconocimiento en altitud sobre el circuito y seguiré dando vueltas hasta que consigas un puñado de agentes de uniforme en el helipuerto, de modo que Smoke cambie de idea y me ordene llevarlos a Tan-

Librodot

gier —respondió Andy.

—¡Pero allí no tenemos agentes encubiertos, Andy! dijo Macovich, preocupado.

Andy vio miles de aficionados que saludaban animadamente al helicóptero e intentaban acercarse al lugar de aterrizaje.

—No pensé en esto, y debería haberlo hecho —comentó—. Los fans de Brett reconocen su aparato y van a rodearnos en cuanto nos posemos. Alguien puede salir malparado, o tal vez Smoke aproveche para escapar. No pienso aterrizar ahí bajo ningún concepto.

—Recibido —respondió Macovich—. Cambio y fuera.

Las gradas empezaban a llenarse cuando Andy conectó las luces intermitentes de aterrizaje y se dispuso a reducir la velocidad. Volvió a conectar el intercomunicador en modo «Todos» para que lo oyeran atrás por los auriculares.

—Aterrizaremos en unos minutos. Ahora es muy importante que sigáis las instrucciones, por motivos de seguridad. Cuando nos posemos en tierra, esperad en los asientos y os sacará el equipo de tierra.

Smoke escrutaba el suelo desde su ventanilla. Cuando apareció a la vista el helipuerto, observó que decenas de agentes se dirigían hacia éste. Smoke también detectó que había algo raro en la cola de caballo que lucía el piloto; tuvo la impresión de que hacía un momento estaba centrada y ahora la tenía ladeada.

—Qué hacen todos esos policías? —preguntó por el micrófono.

—No sé, pero se apartarán cuando me acerque —respondió Andy; Hammer, tensa, contuvo el deseo imperioso de volverse a ver qué hacía Popeye.

—¿Ah, sí? —replicó Smoke con un tono malicioso en la voz—. Bueno, no sé si todo esto empieza a apestar…

—¡Eh! ¡Mirad a toda esa gente ahí abajo! —exclamó Cuda, admirado—. ¡Y mira cómo nos señalan y levantan el puño! ¡Deben de pensar que somos Donny Brett!

—Bobadas —la voz de Smoke llenó los auriculares de Andy.

De pronto, alguien le dio un tirón de la cola de caballo por detrás y se le descolocaron las Ray Ban.

Andy recordó lo que le había enseñado Macovich cuando aprendía a pilotar: «Limítate a llevar el helicóptero». No importaba lo que sucediera o lo desesperada que fuese la situación; él debía limitarse a llevar el helicóptero, y lo mantuvo en un descenso continuado al tiempo que sentía el cañón frío y duro de un arma en la nuca y oía a Smoke gritar obscenidades y amenazarle con matar a la perra.

—¡Calma! —intervino Hammer—. ¿Queréis que nos estrellemos, idiotas? ¡Estaos quietos ahí atrás para que podamos pilotar esta gran máquina porque ninguno de vosotros sabe llevar el aparato, lo cual significa que tendréis que depender de nosotros!

—¡Malditos policías…! Smoke estaba furioso. Sé quiénes sois, cabronazos! Y tengo a tu maldita perra aquí atrás, estúpida vieja. ¡Y si no hacéis lo que os diga, voy a llenarla de matarratas!

Hammer pensó y esperó sinceramente que aquello fuera una baladronada, pero Possum vio la jeringa que Smoke acababa de sacar del bolsillo. Possum sujetó a Popeye y notó cómo temblaba bajo la bandera mientras Unique permanecía muy quieta, como si estuviera en trance, con los ojos inundados

de una luz espectral.

No hagas eso en este momento —dijo Possum a Smoke—. Si pinchas a la perra, empezará a tener convulsiones y a dar saltos por todas partes. Además, si muere ya no tendrás nada con que amenazarlos.

Smoke calló un instante y decidió que Possum probablemente tenía razón. Hammer, en cambio, se quedó paralizada de miedo al comprender que Smoke podía tener realmente una jeringa llena de veneno para ratas. El muy cerdo... Si llegaban con vida al suelo, era capaz de matar a Smoke aunque se saltara todas las normas y terminase hundida profesionalmente, o acusada de homicidio.

Unique sacó un cúter de un bolsillo con su mirada irreal fija en la nuca del rubio policía. El nazi le había indicado que encontraría su Objetivo, y allí estaba. Reordenó sus moléculas, pero las devolvió a la normalidad cuando se dio cuenta de que el policía al que había estado acechando, y que había resultado ser Andy Brazil, ya la había visto cuando subieron al helicóptero. Así pues, no había razón para hacerse invisible y, de todos modos, él no iba a reconocerla. Se le calentó la entrepierna al pensar en el momento en que le rajaría la garganta de oreja a oreja. Luego el copiloto tomaría los mandos y, cuando aterrizaran, la degollaría a ella también y pasaría un buen rato a solas con el cuerpo.

—¡Sácanos de aquí! —ordenó Smoke a Andy—. ¡Ahora mismo! ¡Llévanos a Tangier! ¡Y no digas una palabra que no pueda escuchar aquí detrás!

32

Macovich distinguió la furgoneta blanca con el adhesivo del arco iris en el parachoques, dos coches por delante de él, y recordó el adhesivo que viera en la garita de peaje de Hooter. Entonces advirtió con sorpresa que era ella quien ocupaba el asiento del pasajero de la furgoneta; tenía la cabeza vuelta hacia atrás para hablar con alguien que se hallaba en la parte posterior del vehículo y a quien Macovich no alcanzaba a ver.

Eh, chica, ¿qué significa esto? —murmuró Macovich para sí cuando observó que la furgoneta avanzaba de forma algo errática, reduciendo la marcha y acelerando, dando bandazos y tratando de cambiar de carril para adelantar por donde fuera.

Macovich encendió los faros azules de la limusina especialmente preparada, y se pegó al parachoques del vehículo que lo precedía hasta obligar al conductor a salirse al arcén. Repitió la maniobra con el siguiente coche y, por fin, se encontró detrás de la furgoneta con todas las luces de emergencia encendidas y destellando.

—Qué sucede? —preguntó Regina, que se daba unos retoques con el polvo facial que le pasara Barbie.

—Intento abrirnos camino entre todo este tráfico —respondió el agente al tiempo que lograba colarse en el carril izquierdo y se situaba junto a la furgoneta.

Empezó a hacerle señales a Hooter en un intento de llamar su atención. Cuando ella, gracias a que Barbie la avisó de la presencia de la limusina, volvió la cabeza por fin y lo vio, puso una cara de angustia y le lanzó un mudo «¡Socorro!».

—¡Mierda! —dijo Macovich, pues las normas le impedían actuar en asuntos de tráfico cuando hacía de chófer del gobernador.

Librodot

Se encogió de hombros, como explicándole a Hooter que no podía intervenir. Señaló la parte de atrás de la limusina y levantó una caja para indicarle que llevaba allí «el Paquete». Hooter puso los ojos en blanco y lanzó otro «¡Socorro!» al tiempo que señalaba la parte trasera de la furgoneta, levantaba seis dedos y luego movía dos de ellos para dar a entender a Macovich que llevaba a los seis hombres fugados. ¿Seis pasajeros, en la parte trasera, que corrían? ¿Acaso no acababan de escapar seis hombres de los calabozos municipales, no lejos de allí? Y si en la parte trasera de la furgoneta iba gente normal y corriente, ¿por qué trataban de ocultarse a la vista?

Macovich conectó la radio y pidió refuerzos mientras gesticulaba hacia Hooter para que forzara a su conductora, que parecía estar fuera de sí, a salir de la carretera.

—Chica —le dijo Hooter a Barbie en voz alta—, lo siento mucho pero tengo que ir al baño ya mismo.

—¡Olvídalo! —llegó la voz imperiosa de Cat desde el suelo de la parte trasera de la furgoneta—. ¡No pararemos hasta que salgamos de este atasco y lleguemos a alguna parte donde no haya policía!

—Deja que te diga una cosa —Hooter se volvió en su asiento—, cuando una mujer dice que tiene que parar, tiene que parar, ¿entiendes? ¿Tu madre no te dio educación? ¿No te enseñó nada sobre las mujeres y sus períodos mensuales? ¿No te dijo que una mujer puede andar por ahí, ir en coche pendiente de sus asuntos y, de pronto, notar que despierta su fertilidad cuando no lo esperaba hasta un par de días más tarde?

Los hombres de la furgoneta callaron.

—Así pues, encanto, toma esa salida de ahí delante que lleva a la estación de servicio e iré al baño. No tardaré mucho, sólo espero que no me den los calambres. ¡Oh, Señor, por favor, que no me den los calambres!

Barbie estaba tan preocupada que olvidó por un momento a los fugitivos que viajaban atrás. Barbie lo había pasado fatal debido a los calambres cuando era más joven y entendía perfectamente lo insoportables y debilitantes que podían resultar. Puso el intermitente de la derecha y le dio unas palmaditas en el brazo a Hooter.

—¡Conduce! —le ordenó Trader.

—¿No tienes pastillas? —preguntó Barbie.

—¡Ay, aaay..!—Hooter respondió con un gemido y se encogió sobre el vientre—. ¡Aaaaaay...! No traigo nada porque no esperaba la regla todavía. ¡Aaaaaay! ¡Señor, por qué ha de pasarme esto hoy, precisamente!

Lo siento mucho —intervino el reverendo Justice con sinceridad al tiempo que inhalaba un puñado de polvo del suelo enmoquetado y apartaba de su cara el pie de Cat—. Rezaré para que el Señor te libre de los calambres. ¡Dios Santo... estornudó dos veces, te ruego que libres de los calambres a esta mujer, tu sierva! ¡imploro para ella tus poderes de curación en el nombre de Jesús!

—Aaaaaay...gimió Hooter más alto mientras la furgoneta apenas avanzaba en el atasco de aficionados a las carreras; todos estaban impacientes, preguntándose si iban a perderse el inicio de la carrera, cuando el coche de seguridad empezara a rodar por la pista y los F-16 de la Fuerza Aérea pasaran volando en formación.

—¡Está bien, está bien! —sonó la voz de Slim Jim; si había algo que no soportaba era oír las quejas de una mujer con calambres y luego tener que prepararse para el mal humor y la conducta ruin que, estaba seguro, vendría a continuación. Pararemos. Date prisa y no hables con nadie ni hagas nada que atraiga la atención.

Macovich miró a Hooter con atención y alarma mientras conducía a su altura. Era evidente que la habían herido y necesitaba que la trasladaran enseguida a un hospital. Macovich empezó a ser presa del pánico: ¿Cómo sabía que no la había acuchillado alguno de los fugados y no estaba desangrándose allí, ante sus propios ojos?

—Disculpe, señor —Moses dirigió la palabra al gobernador.

—¿Qué? —preguntó éste, saliendo de su sopor.

—El caballito me pisa con la pezuña y no consigo moverlo —explicó Moses; el hombre no quería causar molestias, pero temía haberse roto el pie y el dolor era insoportable.

Regina intentó recordar dónde había puesto la lista de órdenes y cayó en la cuenta de que la había olvidado en la mansión. Sabía que había una orden para que el animal levantara la pata. ¿Cuál era?

—Ven —dijo a Trip.

El caballito respondió avanzando un palmo hacia el que consideraba su adiestrador; en este caso, el gobernador.

—¡Aaaaaay! —exclamó Moses cuando el caballito chocó contra el brazo enyesado y a continuación lo pisó con la otra pata—. No crea que me quejo de vicio, señor, pero aquí dentro me están machacando tanto como lo hacían en el hospital.

—¡Muévete! —Regina empezaba a angustiarse y en su cabeza se confundieron las órdenes que había aprendido—. ¡Oh, lo siento!

Trip se movió y golpeó a Moses, cuya cabeza vendada se estrelló contra el cristal de la ventanilla. Con un alarido, suplicó que lo dejaran salir del coche.

—Pediré un taxi, volveré a mi casa y me meteré en la cama —dijo mientras intentaba apartar al mini caballo.

—¿Puedes parar? —gritó Regina a Macovich al tiempo que tiraba de su falda vaquera; le quedaba un poco ceñida y tendía a subírsele a sus caderas enormes El señor Custer no se encuentra bien y tiene que irse.

—¿Tiene que irse? ¿Adónde? —dijo Macovich, avanzando un poco más junto a la furgoneta.

—De vuelta.

Trip intentó dar la vuelta; esta vez apoyó todo el peso de sus cuartos traseros sobre ambos pies de Moses.

—¡Aaaaaay! —chilló el hombre.

—¡Aaaaaay! —se quejó Hooter cuando por fin Barbie tomó el desvío a la gasolinera de Hess.

La caravana motorizada del gobernador entró en la estación de servicio detrás de la furgoneta.

Otros aficionados a las carreras que también habían decidido aprovechar el atasco para repostar contempl-ron con asombro la limusina que abría la marcha, con sus luces azules destellantes, y las otras tres que la seguían, todas de color negro. Las puertas relucientes de la primera se abrieron y por ellas salieron a tomar un poco de aire fresco el gobernador, una chica gorda

Librodot

que exhibía un peinado horrible y un gusto horroroso para vestir y alguien que parecía un paciente hospitalario, además de un caballito de pelo rojizo, junto a varios chóferes de paisano que llevaban pistola bajo la chaqueta y el resto de la primera familia.

El gobernador sujetó de la correa a Trip y dio unos pocos pasos torpes mientras Macovich echaba a correr hacia la furgoneta en el instante en que Hooter se apeaba y chillaba, agitando los brazos:

—¡Nos han secuestrado unos presos! —exclamó, y de inmediato todos los aficionados a la NASCAR que se habían detenido a tomar una cerveza y a aliviarse de las ya consumidas, empezaron a lanzar vivas.

Slim Jim, Stick, Cruz Morales, Trader, Cat y el reverendo saltaron de la parte de atrás y se dispersaron. Dos de ellos fueron derribados al suelo por Bubba Loving. Macovich agarró a Cruz y a Stick por la espalda de la camisa y Cat zigzagueó, escabulléndose en dirección hacia el gobernador con el propósito de tomarlo como rehén. Regina, recordando que todavía era una agente auxiliar, decidió que le correspondía controlar la situación y gritó a

—¡Ataca!

El mini caballo desconocía tal orden y se quedó quieto mientras Cat pasaba ante él a toda velocidad. El gobernador entrecerró los ojos con aire confundido y tanteó a su alrededor en busca de la lupa. Regina, que de niña había fastidiado y lesionado a miembros del servicio y de la familia por medio del sistema de lanzarse contra cualquiera con la cabeza por delante, bajó la testa y pateó el suelo con sus zapatillas altas rojas de cuero auténtico, acumulando furia al tiempo que sufría un violento retroceso atávico a su naturaleza más primitiva. Corrió contra el preso fugado y lo golpeó en la entrepierna, levantándolo del suelo y enviándolo por los aires hasta chocar de lleno con Trader. A continuación se abalanzó sobre los dos, montó sobre ambos cuerpos y vociferó mientras golpeaba sus cabezas, una contra la otra, y se dedicaba a asfixiarlos. Hooter acudió corriendo a ayudarla mientras los excitados aficionados a la NASCAR la animaban a «embestir otra vez», a «pisar el acelerador a fondo» y a «sacarlos del circuito».

Smoke continuó apuntando a la cabeza a Andy y amenazó con matar a Popeye si él y Hammer no hacían exactamente lo que les decía.

—Sé que los dos lleváis armas; echadlas aquí atrás —ordenó Smoke por el micrófono.

«Limítate a pilotar el aparato», se dijo Andy.

—¡Echadlas aquí atrás ahora mismo! La voz cruel de Smoke resonó en los auriculares.

—Estoy pilotando —replicó Andy . Necesito ambas manos y los pies para llevar los mandos, y no voy a apartarlos para buscar un arma que no tengo hasta que estemos posados en el suelo.

—Yo no tengo ningún arma —respondió Hammer, dudando de si volverse por sorpresa y pegarle un tiro a Smoke con la pistola de nueve milímetros que llevaba en el bolso.

Sin embargo, decidió que no sería buena idea. A tan corta distancia, acertar el tiro no era problema. Pero si Smoke conseguía disparar su arma porque ella había abierto fuego con la suya, Andy podía resultar herido o muerto y ella tendría que encargarse de pilotar el aparato... y no sabía nada de helicópteros. Además, si su bala atravesaba al pirata y alcanzaba el

Librodot

motor, podía causar una avería grave y terminarían estrellándose. Contempló las aguas oscuras del río James en la desembocadura de la bahía de Chesapeake y recordó su miedo a ahogarse.

—Vuelve a sentarte y cállate —dijo a Smoke con el tono de severidad que reservaba a los sospechosos—. Ya estamos sobre la bahía y no querrás que perdamos el control del helicóptero precisamente ahora, ¿verdad? Si nos estrellamos, nos ahogaremos todos. Quedarás atrapado aquí dentro y golpearás las puertas tratando desesperadamente de abrirlas, pero no lo lograrás debido al vacío y te encontrarás debatiéndote en el frío y la oscu-ridad mientras el agua llena la cabina y te asfixias lenta-mente.

—¡Tranquilo! —suplicó Cuda a Smoke—. Tranquilízate, tío. ¡No quiero ahogarme!

Possum mantuvo a Popeye envuelta en la bandera y le acarició la cabeza. Smoke volvió a su asiento y jugó con la jeringa mientras Unique fijaba su extraña mirada en la nuca del Agente Verdad, con el cúter apretado en su delicada mano con tal fuerza que las uñas se le clavaban en la palma hasta hacerla sangrar. No sentía el menor dolor, sólo la oleada de calor y las intensas vibraciones y frecuencias que procedían de su Oscuridad.

Andy consultó una carta de navegación y entró en la frecuencia de radio de Patuxent; minutos después, captó la llamada de la torre de control militar.

—Helicóptero cero, uno, uno Delta Bravo —se identificó por la radio.

—Uno Delta Bravo, adelante —respondió la torre.

—Están utilizándose las zonas restringidas 6609 y 4006? —preguntó Andy.

—Negativo.

—Solicito permiso para transitar por ellas a mil pies, en ruta a la isla Tangier —dijo Andy.

—Permiso denegado. —La torre respondió exactamente lo que Andy había esperado oír.

—Entendido —asintió al tiempo que introducía en la radio en señal de respuesta el código 7500, anunciando un secuestro. A continuación hizo una señal a Hammer con el pulgar hacia arriba.

A pesar de todo, continuó dirigiéndose a la zona de transición entre las áreas restringidas; ahora que Patuxent lo tenía en el radar, conocía su número de identificación y estaba al corriente de que tenía secuestradores a bordo, los militares responderían. Aumentó las revoluciones del motor y agradeció una racha de viento que los impulsó a ciento setenta nudos. Quince minutos más tarde entraron en el espacio aéreo de Patuxent.

Andy respiró hondo y pasó el 430 a piloto automático. Smoke no podía saber que ahora tenía las manos y los pies libres y Andy alargó una de ellas, poco a poco, hasta sacar la pistola de la funda del tobillo. Hammer lo imitó y sacó discretamente su arma del bolso. Los dos ocultaron las pistolas bajo los muslos con el fin de que Smoke no viera lo que sucedía si volvía a levantarse de su asiento para asomarse de nuevo a la cabina.

Fonny Boy y el doctor Faux tampoco sabían qué estaba ocurriendo. Iban caminando por Janders Road a plena vista de cualquiera, pero no veían el menor rastro de ningún isleño. Muchas de las casitas tenían las luces

Librodot

apagadas y no circulaba un solo carrito de golf o una sola bicicleta bajo el frío atardecer. Desde que los dos se escabulleran del transbordador después del infructuoso intento de sobornar al capitán para ir en busca de la nasa para cangrejos con la boya amarilla, habían hecho todo el camino con la impresión de que la isla entera se hallaba desierta.

—¡Te lo juro! Quizá por fin ha venido Dios a llevárselos —dijo Fonny Boy, que había oído hablar de ello toda la vida—. ¡Y a nosotros no nos ha alcanzado porque no somos merecedores del cielo debido a nuestros pecados!

—¡Menuda tontería! —replicó el dentista con frustración.

Estaba cansado, hambriento y aterido de frío, y no hacía más que imaginar a todos los pescadores a bordo de sus barcas en busca del tesoro. Se preguntó si la Guardia Costera los habría rodeado y detenido a todos, o si los pescadores habían encontrado la manera de conseguir la colaboración de las autoridades. En pocas palabras, el doctor Faux ignoraba qué sucedía, pero estaba asustado y deseaba no haber cometido la estupidez de engrosar sus facturas, mentir a Sanidad, aprovecharse de los niños y echar a perder la dentadura de tantos in-cautos para obtener beneficios.

Cuando al fin llegaron a casa de Fonny Boy, allí tampoco había nadie.

—Mi madre debería estar aquí, preparando el fuego y limpiando los platos. Nunca sale después de oscurecer —se asombró Fonny Boy al tiempo que sus temores aumentaban—. ¡Estoy convencido de que Cristo bajó en su nube y se los ha llevado a todos, menos a nosotros!

—Basta —insistió el dentista—. Nadie ha ido a ninguna parte en una nube, Fonny Boy. Eso es un cuento. Vamos, tiene que haber una explicación para el hecho de que la isla esté desierta; cogeremos el carrito de golf de tu familia y daremos una vuelta. Sugiero que vayamos al aeropuerto a ver si sucede algo allí.

La batería del carrito estaba descargada, y aquello no hizo sino aumentar los malos presagios que Fonny Boy tenía.

—Iremos andando, pues —decidió el doctor Faux, y tomó en otra dirección que atajaba por una marisma—. Admito que es extraño. Si todo el mundo está en las barcas buscando el tesoro, ¿cómo es que había tantas amarradas en los muelles cuando dejamos el transbordador?

—¡Chist! —dijo Fonny Boy con un dedo sobre los labios—. ¡Oigo un helicóptero! ¡Debe de ser la Guardia Costera!

El dentista aguzó el oído y captó el ruido lejano. También detectó algo más.

—Cantos —dijo—. ¿Los oyes, muchacho?

Los dos se detuvieron en el sendero y el aire salobre revolvió sus cabellos mientras se aplicaban a oír el leve sonido de unos cantos religiosos que el viento transportaba, casi imperceptibles.

Viene de la iglesia metodista McMann Leon, la de Main Street —apuntó Fonny Boy con un jadeo de excitación—. Pero no lo entiendo, porque en esa iglesia no hay servicio los sábados por la noche.

Fonny Boy y el dentista echaron a correr en aquella dirección mientras el sonido de las palas del helicóptero aumentaba; distinguieron dos brillantes focos que se movían en el firmamento tachonado de estrellas, procedentes del oeste. Fonny Boy echó a correr y se despreocupó de si dejaba atrás al dentista.

—¡Eh! ¡Espérame! —lo llamó Faux—. Bueno, no importa; yo voy al

Librodot

aeródromo a ver si puedo largarme de aquí volando en uno de esos helicópteros que vienen.

Fonny Boy corrió como no lo hiciera en toda su vida; estaba jadeante y bañado en sudor cuando por fin ascendió los peldaños de la iglesia y abrió la puerta de par en par. No podía creer lo que vio en el interior. Hasta la última persona de la isla debía de haberse congregado allí, las luces estaban apagadas y los isleños sostenían velas. Cantaban a coro sin acompañamiento y Fonny Boy se quedó inmóvil, observándolos, presa del miedo y la confusión. Debía de haber sucedido algo terrible, pensó; o tal vez algo maravilloso; o tal vez sabían que Jesucristo descendía a buscarlos y aguardaban allí la nube que los transportaría. Aquello era una estupidez, protestó en silencio. ¿Por qué no estaban todos buscando el tesoro? ¿Por qué no se preocupaban de los helicópteros que estaban llegando? El ruido de los motores ya podía oírse en el interior de la iglesia. Fonny Boy sacó su armónica del bolsillo, ahuecó las manos en torno a ella para cortar el aire, juntó los labios y empezó a extraer las notas de un blues al tiempo que marcaba el ritmo con el pie.

El cántico cesó al instante y el reverendo Crockett ocupó el púlpito y escrutó el mar de velas parpadeantes.

—¿Quién anda tocando la armónica? —inquirió.

Fonny Boy improvisó una letra y sopló unas notas:

—Ya no voy más a la deriva, ya no voy vestido de domingo con los bolsillos vacíos, soy un hombre generoso, yo nunca he sido pobre.

A su alrededor se alzaron unos jadeos de asombro y unas voces exclamaron: «¡Alabado sea Dios!», «¡Jesúsbendito!» y «¡Es un milagro!». De inmediato, la madre de Fonny Boy salió tambaleándose de un banco y estrechó al muchacho entre sus brazos; un instante después, su padre lo alzaba en sus brazos con el curtido rostro bañado en lágrimas. Todo el mundo en la isla dio por muerto a Fonny Boy al correr la voz del asunto del tesoro Tory y de la captura del dentista; como no hubo mención alguna del muchacho en relación con tales noticias, los isleños supusieron que el pobre Fonny Boy había sido lanzado por la borda por el codicioso doctor Faux.

—¡Alcemos las manos unidas en señal de alabanza! —proclamó el reverendo Crockett—. ¡El Señor nos ha otorgado su gracia y ha vuelto a insuflar vida en este muchacho, que se había ahogado!

—¡Alabado sea Dios! —exclamó la madre—. ¡Me ha devuelto a mi hijo de entre los muertos!

—¡Que me muera si estaba muerto! —replicó Fonny Boy, confundido y profundamente emocionado, cuando empezó a entender que la isla entera se había reunido en la iglesia para rogar por su suerte—. El dentista me ha traído de vuelta antes de anochecer.

Un estruendo envolvió a los congregados cuando unos helicópteros sobrevolaron la iglesia, haciendo vibrar el tejado.

—¡Lo que faltaba! —exclamó el reverendo Crockett con desaprobación—. ¿El dentista ha vuelto a Tangier?

—¡Pues no! —respondió Fonny Boy, hablando al revés.

—¿Dónde está?

—¡Se dirigía al aeródromo! —indicó.

—¡Ese mal hombre de tierra firme me sacó hasta el último diente! —dijo la señora Pruitt en voz lo bastante alta para que todo el mundo la oyese.

—¡Y a mí!

Librodot

—¡Y a mí!

—¡Sí, a mí también!

¡Seguro que planea huir en los helicópteros!

Antes de que Fonny Boy se diera cuenta de nada, las voces coléricas se unieron en un vocerío ensordecedor y la población de la isla al completo salió de la iglesia. Formando un frente unido y decidido a la luz de las velas, se encaminó al aeródromo, que estaba a apenas cinco minutos a pie pues en la isla todo quedaba cerca.

Unos soldados que vestían uniforme de combate saltaban de dos helicópteros Black Hawk cuando vieron una pequeña nube de lucecitas que flotaba en dirección a ellos. Andy divisó el extraño enjambre de luces mientras lo sobrevolaba a mil quinientos pies, en el preciso instante en que Unique empujaba una corredera y dejaba al descubierto el filo del cúter.

—¿Qué sucede ahí abajo? —dijo Hammer, incapaz de contenerse.

—¡Será mejor que no intentéis nada u os podéis dar por muertos! —amenazó Smoke al tiempo que contemplaba por la ventanilla el mar de luces en movimiento y los grandes helicópteros Black Hawk—. ¿Qué habéis hecho? ¿Qué demonios es eso? ¡Hablad ahora mismo!

Possum tenía concentrada su atención en la jeringa que empuñaba Smoke. Conocía a éste lo suficiente para saber qué sucedería a continuación. En el instante en que el helicóptero se posara en el suelo, Smoke pincharía a Popeye a través de la bandera y le inyectaría el raticida; a continuación dispararía contra Hammer y el Agente Verdad y obligaría a sus perros de carretera, él y Cuda, a quedarse con él en aquella isla horrible para siempre jamás. De repente Possum notó que Unique se contraía como si sufriera un ataque al tiempo que desabrochaba el cinturón de seguridad.

—¡Adiós, Popeye! —musitó Smoke en un tono malévolo y burlón mientras quitaba el capuchón naranja de protección y dejaba al descubierto la aguja.

—¡Unique, no! —gritó Possum.

Andy recordó al instante que Possum había escrito en uno de los correos electrónicos: «Fue Unique», en referencia a quién había acuchillado a Moses, y que éste hablaba de un ángel que le había prometido «una experiencia única».

—¡Socorro! —chilló Andy por el micrófono en tanto reducía la velocidad, bajaba el morro del helicóptero y tiraba de la palanca hacia la derecha, haciendo que el aparato girase sobre sí mismo.

Durante un espeluznante momento quedaron boca abajo; de inmediato, se dispararon las alarmas y las luces de emergencia empezaron a destellar y el helicóptero, de improviso, saltó como un caballo rampante.

—¡Nos estrellamos! ¡Nos estrellamos! —exclamó Andy por el intercomunicador al tiempo que ponía el motor en punto muerto, bajaba al máximo la palanca de dirección y deslizaba el helicóptero con el aire que pasaba entre las palas de los rotores como único sostén para evitar que el aparato cayera como un yunque.

Apagar deliberadamente el motor en el aire no tenía nada de especial. Andy practicaba las autorrotaciones a menudo, y no sólo se le daban muy bien sino que también le encantaba la emoción de posar el aparato de cuatro toneladas sin ayuda de los motores. Otro truco que le gustaba practicar consistía en esperar hasta estar a diez metros del suelo antes de dar gas otra

Librodot

vez y remontar el vuelo, que fue lo que hizo esta vez; de pronto el helicóptero atronó de nuevo el aire de la noche en una subida a toda potencia. A quinientos pies, Andy cortó el motor de nuevo, sonrió a Hammer mientras la alarma se oía otra vez e inició otra autorrotación. Efectuó la peligrosa maniobra tres veces más y no le sorprendió ver que, cuando por fin descendió hasta tomar tierra, Smoke, Cuda y Possum estaban pálidos y encogidos en posición fetal y Unique aparecía tirada en el suelo, paralizada.

—¡Yo cogeré a Smoke, tú ve por la chica! —le gritó Andy a Hammer cuando abrieron las puertas de atrás, mientras las palas seguían girando y los envolvía en un vendaval—. ¡Cuidado con ella! ¡Es nuestra navajera!

Andy apuntó con su pistola a Smoke; éste, mareado, había perdido su arma hacía rato. Andy lo sacó a rastras de la cabina y lo arrojó al suelo como si fuera un saco de patatas al tiempo que Hammer agarraba a Unique. El mar de velas encendidas se dirigió hacia ellos y formó un círculo alrededor mientras los soldados acudían corriendo a ver qué diablos sucedía.

—¡Piratas! —anunció Andy a los perplejos isleños al tiempo que cerraba unas esposas en torno a las muñecas de Smoke.

Hammer inmovilizó a Unique con unos grilletes en los tobillos y las manos a la espalda mientras la muchacha perdía y recuperaba la conciencia, babeando.

—Lo siento —dijo Andy a los soldados—. Tuve que violar el espacio restringido porque me apuntaban con un arma, como ya habrán deducido, supongo, por el código que les transmití. Si no les importa, ¿podrían ayudarme a sacar de ahí al otro pirata, ese que está vomitan-do en una bolsa? Se llama Jeremiah Little y es un rehén inocente. Lo llevaremos con nosotros de vuelta a Virginia.

—Yo conozco los 430 —dijo uno de los soldados—. ¿Quiere que me ocupe de llevarlo al hangar?

—Sí, gracias —respondió Andy mientras Popeye cubría de lametones la cara de Hammer y el doctor Faux se acercaba a Hammer y le daba unas palmaditas falsas y congraciadoras en el hombro de la chaqueta de cuero negra.

—No sé qué ha sucedido, exactamente, pero me siento feliz de que la perra esté bien. ¿No es increíble cómo se parecen las mascotas a los niños? Yo sé cuánto quiero a mis gatos, si no le ofende —siguió diciendo el dentista a Hammer—. Y creo que será mejor que vuelva a Virginia con usted. Supongo que se marchará enseguida, ¿verdad?

—¡Sí, llévenselo! —replicó el reverendo Crockett—. No queremos volver a tener el menor contacto con él. ¡Arréstenlo!

—¡No! —la población entera de la isla habló al revés al unísono; las voces se alzaron por encima del ruido del motor y del zumbido de las palas, que reducían la velocidad—. ¡Llévenselo a tierra firme! —empezaron a entonar a coro.

DONNY BRETT TRIUNFA por el Agente Verdad

Bien, aficionados a las carreras, ¡menuda noche!

Supongo que las malas noticias son que no existe ningún tesoro Tory; por lo menos, no está en el punto marcado por la boya amarilla, que aparentemente no hizo sino ir a la deriva con la corriente de la bahía hasta que las aguas se hicieron menos profundas y la nasa para cangrejos quedó

Librodot

varada por fin en las algas a una milla de la costa de Virginia. Sin embargo, lo que importa es que el único tesoro del que se preocuparon los isleños fue Fonny Boy y, a buena distancia de él, la agente Regina, por capturar ella sola, sin ayuda, a los presos fugados.

Pero ¿qué me contáis de nuestro gran chico, Donny? Bien, lamento decir que anoche tuve que ocuparme de un caso y me perdí la carrera. Sin embargo, he podido ver las incontables repeticiones de su gran maniobra, cuando corría mano a mano con el número 4 y un accidente en la cuarta curva apartó de la carrera al Chevrolet número 33 y la carrera se suspendió durante siete vueltas para reemprenderse en la 94. ¡Vaya forma tuvo Donny de aprovechar una situación peligrosa con su gran maniobra!

Cierto, aficionados a los deportes. Ya lo visteis cortar el gas y clavar los frenos, como ya ha hecho otras veces, y después pasar como una bala al número 4 por el exterior de la contrarrecta y mantenerse primero el resto de la carrera.

«Me concentré en mí mismo —declaró un exuberante Donny Brett mientras tomaba un trago de champaña—. Intenté volver a disfrutar el momento sin preocuparme mucho de si perdía. Y quiero dar las gracias a ese policía que se molestó en hablar conmigo en el camión-taller. No sé cómo te llamabas, tío, pero te lo agradezco. Y quiero decirle a todo el mundo lo mismo que él me dijo: "No se trata de ser bueno, sino de saber cuándo se debe hacer la maniobra".»

Y ahora me toca a mí hacer la Gran Maniobra y deciros, mis fieles lectores, que hay un tiempo para hablar y un tiempo para estar callado. Ahora voy a despedirme y éste habrá sido mi último artículo. Quizá vuelva algún día, pero no lo sé. Ultimamente han sucedido muchas cosas y me queda mucho por hacer.

Continuaré recibiendo vuestros mensajes electrónicos y seguiré apreciando todo lo que hacéis por alentarme y por hacer del mundo un sitio mejor. Pero si no os respondo, por favor, no os molestéis ni penséis que me despreocupo. Recordad la regla de oro, y que hasta la vida más pequeña y todo en este mundo tiene una historia, si nos tomamos el tiempo suficiente para escuchar.

¡Tengan cuidado ahí afuera!

F I N

Librodot